DOM PROSPERO GUERANGER

ABAD DE SOLESMES

EL AÑO LITURGICO

PRIMERA EDICION ESPAÑOLA
TRADUCIDA Y ADAPTADA PARA LOS PAISES HISPANO-AMERICANOS POR LOS MONJES DE SANTO DOMINGO DE SILOS

III

EL TIEMPO PASCUAL

CON UN SUPLEMENTO PARA LAS FIESTAS NOVISIMAS



1956

EDICIONES ALDECOA

DIEGO DE SILOE, 18

BURGOS

Nihil obstat:

FR. FRANCISCUS SÁNCHEZ, O. S. B.
Censor ordinis

Imprimi potest:

✠ P. ISAAC M.ª TORIBIOS
Abbas Silensis
Ex Monasterio Scti. Dominici de Silos, die 21 Martii 1956

1145

Nihil obstat:

DR. JOSÉ BRAVO
Censor

Imprímase:

✠LUCIANO, ARZOBISPO DE BURGOS

Por mandado
de Su Excia. Rvdma. el Arzobispo, mi Señor,
DR. MARIANO BARRIOCANAL
Can. - Secr.

PRINTED IN SPAIN

Ediciones Aldecoa - Burgos 17391

EL TIEMPO PASCUAL

CAPITULO PRIMERO

HISTORIA DEL TIEMPO PASCUAL

Definición del tiempo pascual. — Se da el nombre de *Tiempo pascual* al período de semanas que transcurre desde el domingo de Pascua al sábado después de Pentecostés. Esta parte del *Año litúrgico* es la más sagrada, aquella hacia la cual converge el Ciclo completo. Se comprenderá esto fácilmente, si se considera la grandeza de la fiesta de Pascua, que la antigüedad cristiana embelleció con el nombre de *Fiesta de las fiestas, Solemnidad de las solemnidades,* a la manera, nos dice San Gregorio Papa en su Homilía sobre este gran día, que lo más augusto en el Santuario era llamado el *Santo de los Santos,* y se da el nombre de *Cantar de los cantares* al sublime epitalamio del Hijo de Dios que se une con la Santa Iglesia. Ciertamente, en el día de Pascua es cuando la misión del Verbo encarnado obtiene el fin que estuvo anhelando hasta entonces; en el día de Pascua el género

humano es levantado de su caída y entra en posesión de todo lo que había perdido por el pecado de Adán.

Cristo vencedor. — Navidad nos había dado un Hombre-Dios; hace tres días recogimos su sangre de un precio infinito para nuestro rescate. Mas en el día de la Pascua, no es ya una víctima inmolada y vencida por la muerte, la que contemplamos; es un vencedor que aniquila a la muerte, hija del pecado, y proclama la vida, la vida inmortal que nos ha conquistado. No es ya la humildad de los pañales, ni los dolores de la agonía y de la cruz; es la gloria, primero para él, después para nosotros. En el día de Pascua, Dios recupera, en el Hombre-Dios resucitado, su obra primera: el tránsito por la muerte no ha dejado en él huella ninguna, como tampoco la dejó el pecado, cuya semejanza se había dignado asumir el Cordero divino; y no es solamente él quien vuelve a la vida inmortal; es todo el género humano. "Así como por un hombre vino la muerte al mundo, nos dice el Apóstol, por un hombre debe venir también la resurrección de los muertos. Y así como en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados" [1].

La preparación de la Pascua. — Así, pues, el aniversario de este acontecimiento constituye cada año el gran día, el día de la alegría, el día

[1] *I Cor.*, XV, 21, 22.

por excelencia; a él converge todo el Año litúrgico y sobre él está fundado. Mas, como este día es santo entre todos, ya que nos abre las puertas de la vida celestial, donde entraremos resucitados como Cristo, la Iglesia no ha querido luciera sobre nosotros antes de que hubiésemos purificado nuestros cuerpos por el ayuno y corregido nuestras almas por la compunción. Con este fin instituyó la penitencia cuaresmal, y también nos advirtió desde Septuagésima que había llegado el tiempo de aspirar a las alegrías serenas de la Pascua y de disponernos a los sentimientos que su venida debe despertar. Ya hemos terminado esta preparación y el Sol de la Resurrección se eleva sobre nosotros.

SANTIDAD DEL DOMINGO. — Mas no basta festejar el día solemne que contempló a Cristo-Luz huyendo de las sombras del sepulcro; a otro aniversario debemos tributar el culto de nuestra gratitud. El Verbo encarnado resucitó el primer día de la semana, el día en que el Verbo increado del Padre había comenzado la obra de la creación, al sacar la luz del seno del caos y separarla de las tinieblas, inaugurando así el primero de los días. Por tanto, en la Pascua nuestro divino resucitado santifica por segunda vez el domingo y desde entonces el sábado deja de ser el día sagrado. Nuestra resurrección en Jesucristo, realizada en domingo, colma la gloria de este primero de los días; el precepto divino del sábado

es abolido con toda la ley mosaica; y los Apóstoles mandarán en lo sucesivo a todo fiel celebrar como día sagrado el primer día de la semana, en el que la gloria de la primera creación se une a la de la divina regeneración.

FECHA DE LA FIESTA DE PASCUA. — La resurrección del Hombre-Dios realizada en domingo, pedía no se la solemnizase anualmente en otro día de la semana. De aquí la necesidad de separar la Pascua de los cristianos de la de los judíos que, fijada de modo irrevocable en el catorce de la luna de marzo, aniversario de la salida de Egipto, caía sucesivamente en cada uno de los días de la semana. Esta Pascua no era más que una figura; la nuestra es la realidad ante la cual la sombra desaparece. Era necesario, pues, que la Iglesia rompiese este último lazo con la sinagoga, y proclamase su emancipación celebrando la más solemne de las fiestas un día que no coincidiese nunca con aquel en que los judíos celebrasen su Pascua, en lo sucesivo estéril de esperanzas. Los Apóstoles determinaron que desde entonces la Pascua para los cristianos no sería ya el catorce de la luna de marzo, aun cuando ese día cayese en domingo, sino que se celebraría en todo el universo el domingo siguiente al día en que el calendario caducado de la sinagoga continuaba colocándola.

Con todo, en consideración al gran número de judíos que habían recibido el bautismo y que

formaban entonces el núcleo de la Iglesia cristiana, para no herir su sensibilidad, se determinó que se aplicase con prudencia y paulatinamente la ley relativa al día de la nueva Pascua. Además, Jerusalén no tardaría en sucumbir debajo de las águilas romanas, según el vaticinio del Salvador; y la nueva ciudad que se levantaría sobre sus ruinas y que albergaría a la colonia cristiana, tendría también su Iglesia, pero una Iglesia completamente disgregada del elemento judaico, que la justicia divina había visiblemente reprobado en aquellos mismos lugares. La mayor parte de los Apóstoles no tuvieron que luchar contra las costumbres judías en sus predicaciones en tierras lejanas, ni en la fundación de las Iglesias que establecieron en tantas regiones, aun fuera de los límites del imperio romano; sus principales conquistas las hacían entre los gentiles. La Iglesia de Roma, que llegaría a ser Madre y Maestra de todas las demás, jamás conoció otra Pascua que aquella que hermana al domingo el recuerdo del primer día del mundo y la memoria de la gloriosa resurrección del Hijo de Dios y de todos nosotros, que somos sus miembros.

La costumbre de Asia Menor. — Una sola provincia de la Iglesia, el Asia Menor, rehusó largo tiempo asociarse a este acuerdo. San Juan, que pasó muchos años en Efeso y terminó allí

su vida, creyó no debía exigir, de los numerosos cristianos que de las sinagogas habían pasado a la Iglesia en aquellas regiones, el renunciamiento a la costumbre judía en la celebración de la Pascua; y los fieles salidos de la gentilidad que fueron a acrecentar la población de aquellas florecientes cristiandades, llegaron a apasionarse con exceso en la defensa de una costumbre que se remontaba a los orígenes de la Iglesia del Asia Menor. Como consecuencia, al correr de los años, esta anomalía degeneraba en escándalo; allí se aspiraban efluvios judaizantes y la unidad del culto cristiano sufría una divergencia que impedía a los fieles vivir unidos en las alegrías de la Pascua y en las santas tristezas que la preceden.

El Papa San Víctor, que gobernó la Iglesia desde el año 185, puso toda su solicitud sobre este abuso y creyó que había llegado el momento de hacer triunfar la unidad exterior sobre un punto tan esencial y tan central en el culto cristiano. Anteriormente, con el Papa San Aniceto, hacia el año 150, la Sede Apostólica había intentado, por medio de negociaciones amistosas, atraer las Iglesias de Asia Menor a la práctica universal; no fué posible triunfar sobre un prejuicio fundado en una tradición conceptuada como inviolable en aquellas regiones. San Víctor creyó tendría más éxito que sus predecesores; y a fin de influir en las asiáticos por el

testimonio unánime de todas las Iglesias, ordenó se reuniesen concilios en los diversos países en que el Evangelio había penetrado, y se examinase en ellos la cuestión de la Pascua. La unanimidad fué perfecta en todas partes; y el historiador Eusebio, que escribía siglo y medio después, atestigua que todavía en su tiempo se guardaba el recuerdo de las decisiones que habían tomado en esta encuesta, además del concilio de Roma, los de las Galias, de Acaya, del Ponto, de Palestina y de Osrhoena en Mesopotamia. El concilio de Efeso, presidido por Polícrato, obispo de aquella ciudad, resistió solo a las insinuaciones del Pontífice y al ejemplo de la Iglesia Universal.

San Víctor, juzgando que esta oposición no podía tolerarse por más tiempo, publicó una sentencia por la que separaba de la comunión de la Santa Sede las Iglesias refractarias del Asia Menor. Esta pena severa, que no se imponía por parte de Roma sino después de prolongadas instancias encaminadas a extirpar los prejuicios asiáticos, excitó la conmiseración de muchos obispos. San Ireneo, que ocupaba entonces la silla de Lyon, intercedió ante el Papa, en favor de dichas Iglesias, que no habían pecado, según él, sino por falta de luces; y obtuvo la revocación de una medida cuyo rigor parecía desproporcionado con la falta. Esta indulgencia produjo su efecto: al siglo siguiente, San Anatolio, obispo

de Laodicea, atestigua en su libro sobre la Pascua, escrito en 276, que las Iglesias del Asia Menor se habían adaptado finalmente, desde hacía algún tiempo, a la práctica romana.

La obra del concilio de Nicea. — Por una coincidencia extraña, hacia la misma época, las Iglesias de Siria, de Cilicia, y de Mesopotamia dieron el escándalo de una nueva desavenencia en la celebración de la Pascua. Dejaron la costumbre cristiana y apostólica, para adoptar el rito judío del catorce de la luna de marzo. Este cisma en la liturgia, afligió a la Iglesia; y uno de los primeros cuidados del concilio de Nicea fué promulgar la obligación universal de celebrar la Pascua en domingo. El decreto restableció la unanimidad; y los Padres del concilio ordenaron "que sin controversia, los hermanos de Oriente solemnizasen la Pascua en el mismo día que los romanos, los alejandrinos y todos los demás fieles"[1]. La cuestión parecía tan grave por su conexión con la esencia misma de la liturgia cristiana, que San Atanasio, resumiendo las razones que habían impulsado la convocatoria del concilio de Nicea, asigna como motivos de su reunión la condenación de la herejía arriana y el restablecimiento de la unión en la solemnidad de la Pascua[2].

---

1 *Spicilegium Solesmense,* t. IV, p. 541.
2 Carta a los Obispos de Africa.

El concilio de Nicea reglamentó también que el obispo de Alejandría fuese el encargado de mandar hacer los cálculos astronómicos que ayudasen cada año a determinar el día preciso de la Pascua, y que enviase al Papa el resultado de los descubrimientos realizados por los sabios de aquella ciudad, tenidos por los más certeros en sus cómputos. El Pontífice romano dirigiría después a todas las Iglesias cartas en que intimase la celebración uniforme de la magna fiesta del cristianismo. De este modo, la unidad de la Iglesia se trasparentaba por la unidad de la liturgia; y la Silla apostólica, fundamento de la primera, era al mismo tiempo el medio para la segunda. Además, ya antes del concilio de Nicea, el Pontífice romano tenía como costumbre dirigir cada año a todas las Iglesias una encíclica pascual en que señalaba el día en que debía celebrarse la solemnidad de la Resurrección. Así nos lo muestra la carta sinodal de los Padres del concilio de Arlés, en 314, dirigida al papa San Silvestre. "En primer lugar, dicen los Padres, pedimos que la observación de la Pascua del Señor sea uniforme en cuanto al tiempo y en cuanto al día, *en todo el mundo,* y que dirijáis a todos cartas para este fin, *según la costumbre*" [1].

Con todo, este uso no perseveró por mucho tiempo después del concilio de Nicea. La caren-

[1] *Concil. Galliae,* t. I.

cia de medios astronómicos acarreaba perturbaciones en la manera de computar el día de la Pascua. Es verdad que dicha fiesta quedó definitivamente fijada en domingo; ninguna Iglesia se permitió en adelante celebrarla en el mismo día que los judíos; mas, por desconocer la fecha precisa del equinoccio de primavera, sucedía que el día propio de la solemnidad variaba algunos años según los lugares. Paulatinamente fué descartándose la regla que había dado el concilio de Nicea de considerar el 21 de marzo como el día del equinoccio. El calendario exigía una reforma que nadie estaba preparado para realizar; se multiplicaban los calendarios en contradicción los unos con los otros, de manera que Roma y Alejandría no siempre llegaban a entenderse. Por este motivo, de tiempo en tiempo, la Pascua se celebró sin la unanimidad absoluta que el concilio de Nicea había procurado; pero se procedía de buena fe por ambas partes.

La reforma del calendario. — Occidente se agrupó en torno de Roma, que terminó por triunfar de algunas oposiciones en Escocia y en Irlanda, cuyas Iglesias se habían dejado extraviar por ciclos erróneos. Finalmente la ciencia hizo adelantos considerables en el siglo xvi, y permitió a Gregorio XIII emprender y terminar la reforma del calendario. Se trataba de restablecer el equinoccio en el 21 de marzo, conforme a la disposición del concilio de Nicea. Por una bula del

24 de febrero de 1581, el Pontífice tomó esta medida suprimiendo diez días del año siguiente, del 4 al 15 de octubre; de este modo restablecía la obra de Julio César, que en su tiempo también había tomado medidas acertadas sobre las computaciones astronómicas. Pero la Pascua era la idea fundamental y el fin de la reforma implantada por Gregorio XIII. Los recuerdos del concilio de Nicea y sus normas dominaban siempre sobre esta cuestión capital del año litúrgico; y así, una vez más, el Romano Pontífice señalaba la celebración de la Pascua al universo, no sólo por un año, sino por largos siglos.

Las naciones herejes experimentaron, a su pesar, la autoridad divina de la Iglesia en esta promulgación solemne que influía al mismo tiempo en la vida religiosa y en la civil; y protestaron contra el calendario como habían protestado contra la regla de la fe. Inglaterra y los Estados luteranos de Alemania prefirieron conservar aún mucho tiempo el calendario erróneo que la ciencia rechazaba, antes que aceptar de manos de un papa una reforma reconocida por el mundo como indispensable. Hoy es Rusia la única nación europea que, por odio a la Roma de San Pedro, persiste en tener su calendario retrasado diez o doce días respecto del que se usa en el mundo civilizado.

HECHOS MILAGROSOS. — Todos estos pormenores, que damos en síntesis, muestran la gran

importancia que tiene la fecha de la festividad de la Pascua; y el cielo ha manifestado más de una vez con prodigios que no le era indiferente esta sagrada fecha. En la época en que la confusión de ciclos y la imperfección de medios astronómicos ponían tanta incertidumbre sobre la fecha exacta del equinoccio de primavera, en ciertas ocasiones los hechos milagrosos suplieron las indicaciones que ni la ciencia ni la autoridad podían suministrar con certeza. Pascasino, obispo de Lilibea en Sicilia, atestigua en carta dirigida a San León Magno en 444, que, en el pontificado de San Zósimo, siendo cónsul Honorio por undécima vez y Constancio por la segunda, una intervención celestial vino a revelar el auténtico día de la Pascua en una población humilde y religiosa. En un paraje olvidado de Sicilia se escondía entre montañas inaccesibles y espesos bosques una aldea llamada Meltina. Su iglesia era de las más pobres, pero Dios se abajó hasta ella en su bondad; porque cada año, durante la noche pascual, en el momento en que el sacerdote se dirigía hacia el baptisterio para bendecir el agua, la fuente sagrada se encontraba milagrosamente llena, sin que hubiese ningún canal, ni otra fuente próxima que la alimentase. Terminada la administración del bautismo, el agua desaparecía por sí misma y la pila quedaba seca. Ahora bien, en el año referido sucedió que, habiéndose reunido el pueblo durante la noche que, engañado por un falso cómputo, se figuraba era

la de Pascua, cuando, acabada la lectura de las profecías, el sacerdote fué con sus fieles al baptisterio, se vió la pila seca sin agua. Los catecúmenos esperaron en vano la presencia del líquido por el cual se les debía conferir la regeneración, y se retiraron al amanecer del día. El 22 de abril siguiente, el diez antes de las calendas de mayo, la fuente apareció llena hasta los bordes, atestiguando que este día era la verdadera Pascua para aquel año.

Casiodoro, escribiendo en nombre del rey Atalarico, a un personaje llamado Severo, refiere otro prodigio que se efectuaba anualmente con fin idéntico, la noche de Pascua, en Lucania, cerca de la pequeña isla de Leucotea, en un lugar llamado Marcilianum. Había allí una gran fuente que se había escogido para la administración del bautismo en la noche de Pascua. Apenas el sacerdote había comenzado las solemnes preces de la bendición debajo de la bóveda natural que cubría dicha fuente, cuando el agua, como queriendo tener parte en los transportes de la alegría pascual, creció en el estanque; de manera que si antes se elevaba hasta la quinta grada, ahora se la veía subir hasta la séptima, como anticipándose a las maravillas de la gracia, de que ella iba a ser instrumento; mostrando Dios de este modo que la misma naturaleza insensible puede asociarse, cuando él lo permite, a las santas alegrías del más grande de los días del año [1].

[1] Casiodoro: *Variarum*, l. VII, carta XXXIII.

San Gregorio de Tours habla de una fuente que existía en su tiempo en cierta iglesia de Andalucía, en un lugar llamado Osen, en la que ocurría un hecho milagroso que servía también para comprobar el verdadero día de Pascua. Todos los años el obispo se dirigía con su pueblo a esta iglesia el Jueves santo. El seno de la fuente tenía forma de cruz y estaba adornado de mosaicos. Se comprobaba si estaba enteramente seca; y después de algunas preces todos salían de la iglesia, y el obispo cancelaba la puerta con su sello. El Sábado santo el obispo volvía rodeado de su pueblo; se abrían las puertas después de haber verificado la integridad del sello, y, al entrar en el recinto sagrado, contemplaban la fuente colmada de agua hasta por encima de la superficie del suelo, sin que jamás se desbordase. El obispo pronunciaba los exorcismos sobre aquella agua milagrosa y derramaba sobre ella el crisma. Luego se bautizaba a los catecúmenos; y, cuando el sacramento había sido conferido a todos, el agua desaparecía inmediatamente, sin que se supiese adonde se iba [1]. Los cristianos de Oriente también fueron testigos de prodigios semejantes. Juan Mosch habla, en el siglo VII, de una fuente bautismal de Licia que se llenaba de agua cada año, la vigilia de la fiesta de Pascua; mas permanecía los cincuenta días completos, y

---

[1] *La gloria de los mártires*, l. I, c. XXIV.

se agotaba de repente después de la fiesta de Pentecostés [1].

En la Historia del Tiempo de Pasión hemos recordado las leyes de los emperadores cristianos que prohibían los procesos civiles y criminales durante todo el curso de la quincena de Pascua, es decir, después del domingo de Ramos hasta la octava de la Resurrección. San Agustín, en un sermón pronunciado en esta octava, exhorta a los fieles a extender a todo el resto del año la suspensión de los procesos, querellas y enemistades, que la ley civil quería suspender al menos durante estos quince días.

El deber de la comunión. — La Iglesia impone a todos sus hijos la obligación de recibir la Sagrada Eucaristía en tiempo de Pascua; y este deber se funda en la intención del Salvador, que, aunque no fijó por sí mismo la época del año en que los cristianos debían acercarse a este augusto sacramento, dejó a su Iglesia el cuidado y la obligación de determinarla. En los primeros siglos la comunión era frecuente, y aun diaria según los lugares. Más tarde los fieles se resfriaron con respecto a este divino misterio; y vemos, según el canon 18 del concilio de Agda, en 506, que en las Galias muchos cristianos habían decaído de su primitivo fervor. Se declaró entonces que los seglares que no comulgasen en Navidad, Pascua y Pentecostés, no serían consi-

[1] *El prado espiritual*, c. CCXV.

derados como católicos. Esta disposición del concilio de Agda se adoptó como ley casi general en la Iglesia de Occidente. La encontramos entre otros lugares en los reglamentos de Egberto, arzobispo de York, y en el tercer concilio de Tours. Con todo, en diversos lugares, vemos prescrita la comunión para los domingos de Cuaresma, para los tres últimos días de la Semana Santa, y para la fiesta de Pascua.

A principios del siglo XIII, en el IV concilio general de Letrán, en 1215, la Iglesia, considerando la tibieza que invadía constantemente a la sociedad, determinó muy a pesar suyo que los cristianos no estarían estrictamente obligados a hacer más que una sola comunión al año, y que esta comunión se haría en la Pascua. A fin de hacer comprender a los fieles que esta condescendencia es el límite máximo que puede concederse a su negligencia, el santo concilio declara que a aquel que osare infringir esta ley, se le podrá prohibir la entrada en la iglesia durante toda su vida, y privarle de la sepultura eclesiástica después de su muerte, como si él mismo hubiese renunciado al lazo exterior de la unidad católica [1]. Estas disposiciones de un concilio ecuménico muestran la gran importancia del deber que con ellas se sancionaba; al mismo tiempo nos

[1] Más tarde, el papa Eugenio IV, en la constitución *Fide digna*, dada en el año 1440, declaró que esta comunión anual podía hacerse desde el domingo de Ramos hasta el domingo de *Quasimodo* inclusive.

hacen apreciar con dolor el lamentable estado de una nación católica donde millones de cristianos desafían cada año las amenazas de la Iglesia su Madre, al rehusar someterse a un deber cuyo cumplimiento constituye la vida de sus almas, al mismo tiempo que es la profesión esencial de su fe. Y cuando es necesario también excluir del número de los que no se muestran sordos a la voz de la Iglesia y vienen a sentarse al festín pascual, a aquellos para los cuales la penitencia cuaresmal es como si no existiese, hay que temer e inquietarse por la suerte de ese pueblo si algunos indicios no vienen de tiempo en tiempo a levantar las esperanzas, y a prometer un futuro de generaciones más cristianas que la nuestra.

Ritos litúrgicos. — El período de cincuenta días que separa la fiesta de Pascua de la de Pentecostés ha sido constantemente objeto de respeto particular en la Iglesia. La primera semana, consagrada principalmente a los misterios de la Resurrección, debía ser celebrada con esplendor especial; pero el resto de los cincuenta días no dejó de tener también sus honores. Además de la alegría que distingue a toda esta parte del año, y cuya expresión es el *Aleluya*, la tradición cristiana asigna dos usos al tiempo pascual que le diferencian del resto del año. El primero es la abolición del ayuno durante los cuarenta días: es la extensión del precepto antiguo que prohibe

el ayuno el domingo; todo este gozoso período debía ser considerado como un solo y único domingo. Las Reglas religiosas, aun las más austeras, de Oriente y de Occidente aceptaron esta práctica.

La otra práctica especial, que se ha conservado literalmente en la Iglesia de Oriente, consiste en no doblar las rodillas en los oficios de Pascua a Pentecostés. Nuestros usos occidentales han modificado esta costumbre, que se observó entre nosotros durante muchos siglos. La Iglesia latina admitió después de mucho tiempo la genuflexión en la misa durante el tiempo pascual; y los únicos vestigios que ella ha conservado de la antigua disciplina en esto, se han hecho casi imperceptibles a los fieles que no están familiarizados con las rúbricas del servicio divino.

Así, pues, el tiempo pascual es todo él como una fiesta continuada; ya lo proclamaba Tertuliano en el siglo III, cuando, al reprochar a ciertos cristianos sensuales el sentimiento que experimentaban de haber renunciado por su bautismo a tantas fiestas como ilustraban el año pagano, les decía: "Si amáis las fiestas, también las encontráis entre nosotros: no fiestas de un solo día, sino de muchos. Entre los paganos la fiesta se celebra una sola vez al año; para vosotros ahora cada ocho días es fiesta. Reunid todas las solemnidades de los gentiles, no llegaréis a la cincuentena de nuestro Pentecostés"[1]. San Am-

[1] De Idolatría c. XIV.

brosio, escribiendo a los fieles sobre este mismo tema hace la siguiente observación: "Si los judíos, no contentos con su sábado semanal, celebran otro sábado que se prolonga durante todo un año, ¡cuánto más debemos nosotros hacer para honrar la Resurrección del Señor! Por esto nos han enseñado a celebrar los cincuenta días de Pentecostés como parte integral de la Pascua. Son siete semanas completas, y la fiesta de Pentecostés da comienzo a la semana octava. Durante estos cincuenta días la Iglesia suspende el ayuno, como en el domingo, en que el Señor resucitó; y todos estos días son como un solo y mismo domingo" [1].

[1] Comentario sobre San Lucas, l. VIII, c. XXV.

CAPITULO II

MISTICA DEL TIEMPO PASCUAL

CORONACIÓN DEL AÑO LITÚRGICO. — De todas las estaciones del Año litúrgico, el Tiempo pascual, es ciertamente el más fecundo en misterios; más aún: puede decirse que este tiempo es el culmen de toda la mística de la liturgia en el período anual. Quien tenga la dicha de entrar con plenitud de espíritu y de corazón en el amor y en la inteligencia del misterio pascual, ha llegado a la medula misma de la vida sobrenatural; y por esta razón, nuestra Madre la Santa Iglesia, acomodándose a nuestra flaqueza, nos propone de nuevo cada año esta iniciación. Todo lo que ha precedido no es más que la preparación; la espera del Adviento, las alegrías del tiempo de Navidad, los graves y severos pensamientos de Septuagésima, la compunción y la penitencia de Cuaresma, el espectáculo desgarrador de la Pasión, toda esta gama de sentimientos y maravillas, no han servido sino para llegar al término a que hemos llegado. Y a fin de hacernos comprender que en la solemnidad pascual se trata del mayor interés del hombre terrestre, Dios ha querido que

estos dos grandes misterios, Pascua y Pentecostés, que tienen un mismo fin, se ofreciesen a la Iglesia naciente con un pasado que contaba ya quince siglos: período incalculable que a la divina Sabiduría no pareció demasiado prolongado, para preparar, por medio de figuras, las grandes realidades que nosotros poseemos ahora.

En estos días se juntan las dos grandes manifestaciones de la bondad de Dios para con los hombres: la Pascua de Israel y la Pascua cristiana; el Pentecostés del Sinaí y el Pentecostés de la Iglesia; los símbolos concedidos a un solo pueblo, y las verdades mostradas sin sombras a la plenitud de las naciones. Mostraremos particularmente la realización de las figuras antiguas en las realidades de la nueva Pascua y Pentecostés, el crepúsculo de la ley mosaica iluminado por el día perfecto del Evangelio; mas ¿no nos sentimos desde ahora impresionados de santo respeto, al pensar que las solemnidades que celebramos cuentan ya más de tres mil años de existencia, y que deben renovarse cada año hasta que resuene la voz del ángel que clamará: "Ya no habrá más tiempo" (*Apoc.*, X, 6) y se abran las puertas de la eternidad?

La Pascua de la eternidad. — La eternidad bienaventurada es la verdadera Pascua; y por esta razón la Pascua terrena es la fiesta de las fiestas, la Solemnidad de las solemnidades. El género humano había muerto, estaba abatido

con la sentencia que le retenía en el polvo del sepulcro; las puertas de la vida se le habían cerrado. Mas he aquí, que el Hijo de Dios se levanta del sepulcro y entra en posesión de la vida eterna; y no es él solamente el que ya no morirá; su Apóstol nos enseña que "es el primogénito entre los muertos" *(Col.,* I, 18). La Santa Iglesia quiere, pues, que nos consideremos ya como resucitados con él y como en posesión de la vida eterna. Estos cincuenta días del tiempo pascual, nos enseñan los Padres, son imagen de la bienaventurada eternidad. Están consagrados plenamente a la alegría; está desterrada toda tristeza; y la Iglesia no sabe decir nada a su Esposo sin mezclar el *Aleluya,* ese grito del cielo que resuena sin fin en las calles y plazas de la Jerusalén celestial, como nos lo dice la liturgia [1].

Durante nueve semanas nos hemos visto privados de este cántico de admiración y de gozo; sólo nos restaba morir con Cristo nuestra víctima; mas ahora que hemos salido del sepulcro con él, y que no queremos morir en lo sucesivo con la muerte que mata al alma y que hizo expirar sobre la cruz a nuestro Redentor, el *Aleluya,* vuelve a ser nuestro.

La Pascua de la naturaleza. — La sabiduría providencial de Dios, que ha ordenado en plena armonía la obra visible de este mundo y la obra sobrenatural de la gracia, quiso colocar la resu-

[1] *Pontificial romano,* para la Dedicación de las Iglesias.

rrección de nuestro divino Jefe en estos días que la misma naturaleza parece también resucitar del sepulcro. Los campos se visten de verdor, la arboleda del bosque recobra su follaje, el acento de las aves pone notas armoniosas en las auras, y el sol, símbolo radiante de Jesucristo triunfador, lanza torrentes de luz sobre la tierra regenerada. En tiempo de Navidad, este astro, abriéndose paso con premura entre las sombras que amenazaban extinguirle para siempre, se muestra en armonía con el nacimiento del Emmanuel, en el misterio de una noche profunda, envuelto en pañales de humildad; hoy, apropiándonos las palabras del salmista, "es un gigante que se lanza a la carrera; y no hay criatura que no se sienta reanimada por su vivificante calor". *(Sal.,* XVIII, 7.) Escuchad su voz en el *Cantar de los cantares* (II, 10-13), donde convida al alma fiel a incorporarse a la vida nueva que él comunica a todo lo que alienta: "Levántate, paloma mía, la dice, y ven. El invierno ha pasado, las lluvias han cesado; las flores despuntan en nuestra tierra; se han oído los arrullos de la tortolilla, la higuera arroja sus brevas y la viña en flor esparce su aroma."

Nobleza del domingo. — Hemos explicado en el capítulo anterior por qué el Hijo de Dios quiso escoger el domingo con preferencia a los demás días, para triunfar de la muerte y proclamar la vida. No podía mostrar más enérgicamente que

toda la creación se renueva en la Pascua, sino abriendo en su persona la inmortalidad al hombre el día mismo en que había sacado la luz de la nada. No solamente el aniversario de su resurrección será en adelante el más grande de los días; sino, cada semana, el domingo será también una Pascua, un día sagrado. Israel festejaba por orden de Dios el sábado, para honrar el reposo del Señor después de los seis días de su obra; la Santa Iglesia, que es la Esposa, se asocia también a la obra del Esposo. Ella deja pasar el sábado, el día que su Esposo estuvo en el reposo del sepulcro; pero, iluminada de los esplendores de la Resurrección, consagra desde entonces a la contemplación de la obra divina el primer día de la semana, que vió sucesivamente salir de las sombras la luz material, primera manifestación de la vida sobre el caos, y también a aquel que, siendo el esplendor eterno del Padre, se dignó decirnos: "Yo soy la luz del mundo." *(San Juan,* VIII, 12.)

Transcurra, pues, la semana toda completa con su sábado; a nosotros cristianos nos basta el octavo día, aquel que rebasa la medida del tiempo; nos basta el día de la eternidad, el día en que la luz ya no tendrá eclipses, ni se dará con medida, sino que iluminará sin fin y sin límites. Así hablan los santos doctores de nuestra fe, cuando nos revelan las grandezas del domingo y la razón de la abrogación del sábado. Sin duda convenía al hombre tomar como día de

su reposo religioso y semanal aquel mismo día en que el autor de este mundo visible descansó; pero con todo no existía entonces más que el recuerdo de la creación material. El Verbo divino se muestra en este mundo, que él había creado en el principio; esta vez oculta los fulgores de su divinidad con el velo de nuestra carne; viene para dar cumplimiento a las figuras. Antes de abrogar el sábado, quiere realizarle en su persona, como todo lo demás de la ley, pasándole por completo como un día de reposo, después de los trabajos de la Pasión, en el nicho fúnebre del sepulcro; pero apenas da comienzo el día octavo, cuando el divino cautivo se lanza a la vida e inaugura el reino de la gloria. "Dejemos, pues, dice Ruperto, dejemos al judío, esclavo del amor de los bienes de este mundo, entregarse a las alegrías pretéritas de su sábado, que no recuerdan más que el aniversario de una creación material. Absorto en las cosas terrenales, no supo reconocer al Señor que creó al mundo; no quiso ver en él al Rey de los judíos, porque proclamaba: *Bienaventurados los pobres*. Para nosotros nuestro Sábado es el octavo día, que al mismo tiempo es el primero; y el gozo que en él saboreamos no procede del recuerdo de la creación, sino más bien de que el mundo fué en él redimido" [1].

El misterio del septenario seguido de un día octavo, que es el día sagrado, recibe una apli-

[1] *De los Oficios divinos*, l. VII, c. XIX.

cación nueva y aún más amplia en la misma disposición del Tiempo Pascual. Este tiempo se compone de siete semanas, que forman una semana de semanas cuyo día siguiente, el día de Pentecostés, también es un domingo. Estos números misteriosos, que Dios señaló el primero instituyendo en el desierto de Sinaí el primer Pentecostés, cincuenta días después de la primera Pascua, fueron recogidos por los Apóstoles para aplicarlos al período pascual de los cristianos. Esto mismo nos lo enseña San Hilario de Poitiers, cuya doctrina repiten San Isidoro, Amalario, Rabano Mauro, y generalmente todos los antiguos expositores de los misterios de la liturgia. "Si multiplicamos el septenario por siete, dice, vemos que este santo tiempo es en verdad el Sábado de los sábados; pero lo que le corona y le eleva a la plenitud del Evangelio, es el octavo día que sigue, día que es a la vez el primero y el octavo. Los Apóstoles dieron a estas siete semanas un carácter tan sagrado que durante su duración nadie debe doblar la rodilla para adorar, ni turbar con el ayuno las alegrías espirituales de esta fiesta prolongada. El mismo carácter se extiende a cada domingo, ya que este día, el siguiente al sábado, ha llegado a ser, por la aplicación del progreso evangélico, la perfección del sábado, y el día que transcurrimos en fiesta y en alegría" [1].

---

[1] Prólogo a los Salmos.

Así, pues, encontramos en la estructura del Tiempo pascual ampliamente el misterio que nos recuerda cada domingo; en adelante todo data para nosotros del primer día de la semana, ya que la resurrección de Cristo le ha iluminado para siempre con su gloria, de la que no era más que una sombra la creación de la luz material. Acabamos de ver que esta institución estaba ya esbozada en la antigua ley, aunque el pueblo de Israel no poseía el secreto. El Pentecostés judío caía el quincuagésimo día después de Pascua, y este día era el que seguía a las siete semanas. Otra figura de nuestro Tiempo pascual se encontraba también en una de las instituciones que Dios dió a Moisés para su pueblo en el Año jubilar. Cada cincuenta años volvían a sus primeros poseedores las casas y los campos que habían sido vendidos durante los cuarenta y nueve años precedentes, y los israelitas que por pobreza se habían visto obligados a esclavizarse, recobraban la libertad. Este año, llamado propiamente el año sabático, seguía a las siete semanas de años que habían precedido, y significaban también nuestro octavo día, en que el Hijo resucitado de María, nos libraría de la esclavitud del sepulcro y nos pondría en posesión de la herencia de nuestra inmortalidad.

USOS LITÚRGICOS. — Los usos litúrgicos que distinguen el Tiempo pascual en la disciplina de ahora, se reducen a dos principales: la repeti-

ción continua del *Aleluya,* de que poco ha hemos hablado, y el empleo de los colores blanco y rojo, según lo piden las dos solemnidades, de las cuales la una abre este período y la otra le termina. El color blanco le exige el misterio de la Resurrección, que es el misterio de la luz eterna, luz sin sombras ni manchas, y que produce en aquellos que le contemplan el sentimiento de una inefable pureza y de una beatitud cada vez mayor. Pentecostés, que ya en esta vida nos da al Espíritu Santo con su fuego que abrasa, con su amor que consume, exige la expresión de un color distinto. La Santa Iglesia ha escogido el rojo para expresar el misterio del divino Paráclito manifestado en las lenguas de fuego que descendieron sobre todos los que estaban encerrados en el Cenáculo. Ya antes dijimos que apenas queda en la liturgia latina alguna huella de la antigua costumbre de no doblar la rodilla en el Tiempo pascual.

Las fiestas de los santos, que fueron suspendidas en el transcurso de la Semána Santa, lo serán también durante los ocho primeros días del Tiempo pascual; pero después vuelven a reaparecer en el Ciclo, alegres y copiosas, en torno al Sol divino. Ellas le harán cortejo en su gloriosa Ascensión; mas es tal la grandeza del misterio de Pentecostés, que, desde la vigilia de este día, de nuevo quedan suspendidas hasta la terminación completa del Tiempo pascual.

Los ritos de la Iglesia primitiva con respecto a los neófitos que fueron regenerados en la noche de Pascua, ofrecen también numerosas pinceladas del más conmovedor interés. No es éste el momento de tratar de ellos, ya que solamente se refieren a las dos octavas, la de Pascua y la de Pentecostés. Daremos su explicación a medida que se nos vayan presentando a través de la Liturgia.

CAPITULO III

PRACTICA DEL TIEMPO PASCUAL

LA ALEGRÍA ESPIRITUAL. — La práctica de este santo tiempo se resume en la alegría espiritual que debe producir en las almas resucitadas con Jesucristo, alegría que es un anticipo de la bienaventuranza eterna, y que el cristiano debe ya desde ahora mantener en sí, buscando cada vez con más ardor la Vida que alienta a nuestro divino Jefe, y huyendo constantemente de la muerte, hija del pecado. Durante el período que ha precedido, debimos afligirnos, llorar nuestras faltas, entregarnos a la expiación, seguir a Jesucristo hasta el Calvario. La Iglesia nos incita ahora a la alegría. Ella misma ha desechado todas sus tristezas; ya no gime como la paloma; canta como la Esposa que ha hallado de nuevo al Esposo.

A fin de hacer este sentimiento de alegría pascual más universal, ella se acomoda a la flaqueza de sus hijos. Después de haberles recordado la necesidad de la expiación, concentró toda la rigidez de la penitencia cristiana en los cuarenta

días que acaban de transcurrir; y después, dando libertad a nuestros cuerpos al mismo tiempo que a los sentimientos de nuestras almas, nos ha hecho llegar a una región donde todo es alegría, luz y vida, donde todo es gozo, calma, dulzura y esperanza de la inmortalidad. De este modo ha producido en las almas, aun las menos elevadas, un sentimiento análogo al que experimentan las más perfectas; de suerte, que en el concierto de las alabanzas que suben de la tierra a nuestro adorable triunfador, no hay disonancias, y, todos, fervorosos y tibios, unen sus voces con júbilo universal.

Ruperto, Abad de Deutz, el más profundo liturgista del siglo XII, expresa así esta feliz estratagema de la Santa Iglesia: "Hay, dice, hombres carnales que no saben abrir sus ojos para contemplar los bienes espirituales, a no ser a impulso de ciertos incentivos corporales que los estimulan. La Iglesia supo encontrar un medio proporcionado a su flaqueza para moverlos. Con este fin estableció el ayuno cuaresmal, que es el diezmo del año ofrendado a Dios; este espacio de tiempo no termina sino con la solemnidad de la Pascua, a la que luego siguen cincuenta días consecutivos sin un solo ayuno. Así los hombres mortifican sus cuerpos, sostenidos por la esperanza de que la fiesta de Pascua vendrá a librarlos de este yugo de penitencia; por sus anhelos se anticipan a la solemnidad; cada uno de los días de Cuaresma es para ellos como la

parada del caminante; los enumeran con cuidado, convencidos de que el número decrece progresivamente, y por eso esta fiesta, deseada de todos, es amada por todos, como lo es la luz para los que caminan en las tinieblas, la fuente copiosa para los que tienen sed y la tienda levantada por el Señor mismo para el viajero fatigado"[1].

¡Dichosos tiempos en que todo el ejército de los cristianos, como expone San Bernardo, nadie claudicaba en el deber, en que justos y pecadores caminaban unidos en la práctica de las observancias cristianas! Ahora la Pascua no produce la misma sensación en nuestra sociedad. Ciertamente la causa radica en la molicie y en la falsa conciencia, que arrastra a tantos hombres a preterir la ley de la Cuaresma, como si no existiese para ellos. De aquí proviene que tantos fieles vean llegar la Pascua como una gran fiesta, es verdad, pero apenas, se dejan impresionar por el anhelo de alegría intensa que lleva impresa la Iglesia durante estos días en toda su actitud. Pero todavía están mucho menos dispuestos para conservar y fomentar, durante un período de cincuenta días, la alegría de que participaron en corta medida, el día tan deseado por los verdaderos cristianos. No ayunaron, no guardaron la abstinencia durante la santa Cuaresma; ni siquiera la misma condescendencia de la Iglesia para con su flaqueza fué suficiente;

[1] *De los Oficios divinos*, l. IV, c. XXVII.

pidieron otras dispensas; y demos gracias si no se eximieron por sí mismos y sin remordimientos de estos últimos restos del deber cristiano. ¿Qué sensación puede producir en ellos el retorno del *Aleluya?* No fueron purificadas sus almas por la penitencia; ¡cómo van a tener sus almas ágiles para seguir a Cristo resucitado, cuya vida es ya más del cielo que de la tierra!

Pero no desarmonicemos las intenciones de la Iglesia, entristeciéndonos con pensamientos descorazonadores; pidamos más bien al divino Resucitado que con su bondad omnipotente ilumine esas almas con los fulgores de su victoria sobre el mundo y la carne y que las levante hasta sí. Nada debe distraernos de nuestra felicidad en estos días. El mismo Rey de la gloria nos dice: "¿Acaso los hijos del Esposo pueden entristecerse mientras el Esposo está con ellos?" *(S. Matth.* IX, 15.) Jesús permanece aún durante cuarenta días con nosotros; ya no padecerá más, ya no morirá: estén, pues, nuestros sentimientos en armonía con su estado de gloria y de felicidad que debe perdurar siempre. Es cierto que nos dejará para ascender a la diestra de su Padre; pero desde allí nos enviará el divino Consolador que permanecerá en nosotros, para que no quedemos huérfanos. *(San Juan,* XIV). Sean, pues, estas palabras nuestra comida y nuestra bebida durante estos días: "Los hijos del Esposo no deben entristecerse mientras el Esposo esté con ellos." Son la clave de toda la liturgia en esta

estación; no las olvidemos ni un solo instante, y experimentaremos que, si la compunción y la penitencia de la Cuaresma nos fueron saludables, la alegría pascual no lo será menos. Jesús en cruz y Jesús resucitado es siempre el mismo Jesús; pero en este momento nos quiere en torno suyo, con su Santa Madre, con sus discípulos, con Magdalena, todos deslumbrados y extasiados por su gloria, olvidando en esas horas demasiado fugaces, las angustias de la Pasión.

El deseo de la Pascua eterna. — Pero este tiempo lleno de delicias tendrá fin; sólo nos quedará el recuerdo de la gloria y de la familiaridad con nuestro Redentor. ¿Qué haremos después nosotros en este mundo cuando el que era su vida y su luz no sea ya visible? Cristiano, aspirarás a una nueva Pascua. Cada año te traerá esta dicha que supiste comprender; y de una Pascua a otra Pascua llegarás a la Pascua eterna que durará mientras Dios sea Dios, y cuyos fulgores llegarán hasta ti como un preludio de los goces que ella te reserva. Pero esto no es todo; escucha a la Santa Iglesia; ha previsto la desilusión con que puedes ser tentado y en la que puedes caer; escucha lo que ella pide para ti al Señor: "Haz que tus siervos expresen en su vida el misterio que han recibido por la fe" [1]. El misterio de la Pascua no debe dejar de ser vi-

[1] Colecta del Martes de Pascua.

sible sobre la tierra; Jesús resucitado sube al cielo; pero deja en nosotros la impronta de su resurrección; y la debemos conservar hasta que retorne.

VIDA NUEVA EN CRISTO. — Y en efecto, ¿por qué esta divina impronta no ha de permanecer en nosotros, sabiendo, como sabemos, que todos los misterios de nuestro Jefe nos son comunes con él? Después de su venida en carne mortal, no dió ni un solo paso sin nosotros. Si nació en Belén, nosotros nacimos con él; si fué crucificado en Jerusalén, nuestro viejo hombre, según la doctrina de San Pablo, estuvo unido a la cruz con él; si fué sepultado, nosotros lo fuimos con él: de aquí se sigue que, si resucita de entre los muertos, nosotros también debemos caminar en una nueva vida. *(Rom.*, VI, 6-8).

Así, pues, "Jesucristo, resucitado de entre los muertos, añade el mismo Apóstol, no muere ya otra vez; la muerte no tiene ya dominio sobre él; porque muriendo, murió al pecado una vez para siempre; pero viviendo, vive para Dios". *(Ibíd.*, 9-10.) Nosotros somos sus propios miembros: su suerte debe ser la nuestra. Morir de nuevo por el pecado será renunciar a él, separarnos de él, hacer para nosotros inútil esta muerte y esta resurrección que compartimos con él. Velemos, pues, para mantenernos en esta vida que no es nuestra, pero que nos pertenece como propia; porque quien la conquistó a la muerte, nos la

dió con todo lo que es suyo. Pecadores que habéis recuperado la vida de la gracia en la solemnidad pascual, no volváis a morir; haced obras de vida resucitada. Vosotros, justos, a quienes ha reanimado el misterio pascual, dad muestras de una vida más abundante en vuestros sentimientos y en vuestras obras. De este modo todos caminaréis en la *vida nueva* que nos recomienda el Apóstol.

No explicaremos aquí las maravillas del misterio de la Resurrección de Jesucristo; irán aflorando por sí mismas en nuestro sencillo comentario, y pondrán en mayor evidencia el deber de imitación impuesto al fiel con respecto a su divino Jefe, al mismo tiempo que nos ayudarán a comprender la magnificencia y la amplitud de la obra capital del Hombre-Dios. Es ahora en el Tiempo pascual, con sus tres magnas manifestaciones del amor y del poder divinos, Resurrección, Ascensión, venida del Espíritu Santo; es ahora cuando la Redención llega a su punto culminante. En el orden de los tiempos, todo ha servido para preparar este final, desde la promesa que el Señor irritado y misericordioso hizo a nuestros primeros padres después que pecaron; y en el orden de la liturgia, desde las semanas de espera del Adviento; he aquí que hemos llegado al término, y Dios se nos muestra con un poder y una sabiduría que sobrepasa infinitamente todo lo que nosotros podemos vislumbrar. Los mismos espíritus celestes se sobrecogen de

admiración y de pavor; lo canta la Iglesia en uno de los himnos del Tiempo pascual: "Los Angeles, dice, están enmudecidos de terror al ver el cambio que se opera en el estado de la naturaleza humana. La carne pecó, y la carne es quien la purifica; un Dios viene para reinar, y la carne se une en él a la divinidad"[1].

Además el Tiempo pascual pertenece a la *Vida iluminativa;* forma él su parte más elevada; porque no manifiesta solamente, como los tiempos que le han precedido, los abatimientos y padecimientos del Hombre-Dios. Nos le muestra en toda su gloria; nos le hace ver expresando en su humanidad el último grado de la transformación de la criatura en Dios. La venida del Espíritu Santo asocia también sus esplendores a esta iluminación; ella revela al alma las relaciones que deben unirla con la tercera de las divinas Personas. Así se manifiesta el camino y el progreso del alma fiel, que, habiendo llegado a ser objeto de la adopción del Padre celestial, es iniciada en esta feliz vocación por las lecciones y los ejemplos del Verbo encarnado, y consumada por la visita y la inhabitación del Espíritu Santo. Este es el origen de todo el conjunto de ejercicios que la conducen a la imitación de su divino modelo, y la preparan a la *unión* a que es

[1] Himno de los Maitines de la Ascensión.

invitada por aquel que "ha dado a todos los que le recibieron, el poder de llegar a ser hijos de Dios, por un nacimiento que no es de la carne, ni de la sangre, sino de Dios mismo." *(San Juan,* 1, 12, 13).

EL SANTO DIA DE PASCUA

MAITINES

La resurrección de Cristo. — La noche del Sábado al Domingo ve por fin agonizar sus largas horas; se aproxima el alborear del día. María, con el corazón angustiado, pero animosa y paciente, espera el instante en que volverá a ver a su Hijo. Magdalena y sus compañeras han velado toda la noche, y no tardarán en ponerse en camino hacia el santo sepulcro.

En el seno del limbo, el alma del divino Redentor se dispone a dar la señal de partida a aquellas miríadas de almas justas tanto tiempo cautivas, que le circundan respetuosas y amorosas. La muerte se cierne sobre el sepulcro donde retiene a su víctima. Desde el día en que devoró a Abel, ha absorbido a innumerables generaciones; pero jamás había estrechado entre sus lazos una presa tan noble. Jamás la sentencia del paraíso terrenal había tenido cumplimiento tan prodigioso; pero nunca tampoco vió la tumba sus esperanzas burladas con un mentís tan cruel. Más de una vez el poder divino la había arrancado sus víctimas: el Hijo de la viuda de

Naín, la hija del jefe de la sinagoga, el hermano de Marta y de Magdalena le habían sido arrebatados; pero ella los aguardaba en la segunda muerte. En cambio, de otro se había escrito: "Oh muerte, yo seré tu muerte; sepulcro, yo seré tu ruina." *(Oseas,* XIII, 14.) Unos instantes, y trabarán batalla los dos adversarios.

Así como el honor de la divina Majestad no podía permitir que el cuerpo unido a un Dios aguardase en el polvo, como el de los pecadores, el momento en que la trompeta del ángel nos llamará a todos al juicio supremo; del mismo modo convenía que las horas durante las cuales la muerte debía prevalecer fuesen abreviadas. "Esta generación perversa, había dicho Jesús, pide un prodigio; y sólo le será dado el del profeta Jonás." *(S. Mateo,* XII, 39.) Tres días de sepultura: el fin de la jornada del viernes, la noche siguiente, el sábado todo él completo con su noche, y las primeras horas del domingo. Era suficiente: suficiente para la justicia divina ya satisfecha; bastante para certificar la muerte de la augusta víctima, y para asegurar el más brillante de los triunfos; bastante para el corazón desolado de la más amante de las madres.

"Nadie me arranca la vida, sino que yo la doy de mi propia voluntad; y soy dueño de darla y dueño de recobrarla." *(San Juan,* X, 18.) Así hablaba a los judíos el Señor antes de su pasión; la muerte sentirá al punto la fuerza de esta pa-

labra del maestro. El domingo, día de la luz, comienza a alborear; los primeros fulgores de la aurora pugnan ya con las tinieblas. Inmediatamente el alma divina del Redentor sale de la prisión del limbo, seguida de la multitud de almas santas que la rodeaban. Atraviesa en un parpadear de ojos el espacio y, penetrando en el sepulcro, se reintegra al cuerpo del que se había separado tres días antes en medio de los estertores de la agonía. El cuerpo sagrado se reanima, se levanta y se desprende de los lienzos, de los aromas y de las fajas con que estaba ceñido. Las cicatrices han desaparecido; la sangre ha vuelto a las venas; y de aquellos miembros lacerados por los azotes, de aquella cabeza desgarrada por las espinas, de aquellos pies y de aquellas manos atravesadas por los clavos, irradia una luz fulgurante que llena la caverna. Los santos ángeles que adoraron con ternura al niño de Belén, adoran con temblor al vencedor del sepulcro. Pliegan con respeto y dejan sobre la tierra, en que el cuerpo inmóvil reposaba poco ha, los lienzos con que la piedad de dos discípulos y de santas mujeres le habían envuelto.

Pero el rey de los siglos no debe continuar ya en aquel sarcófago fúnebre; con más rapidez que la luz que penetra por el cristal, franquea el obstáculo que le opone la piedra de entrada a la caverna, que la potestad pública había sellado y rodeado de soldados armados. Todo

permanece intacto; y está libre el triunfador de la muerte; del mismo modo, nos dicen unánimemente los santos Doctores, apareció a los ojos de María en el establo sin haber hecho sentir ninguna violencia en el seno materno. Estos dos misterios de nuestra fe se aunan y proclaman el inicial y el último término de la misión del Hijo de Dios: al principio, una Virgen-Madre; al fin, un sepulcro sellado que devuelve a quien retenía cautivo.

LA DERROTA DE LA MUERTE. — El más profundo silencio reina todavía, en este momento en que el Hombre-Dios acaba de romper el cetro de la muerte. Su liberación y la nuestra no le han costado ningún esfuerzo. ¡Oh muerte! ¿qué te queda ya de tu imperio? El pecado nos había entregado a ti; tú gozabas de tu conquista; y he aquí que has caído hasta el abismo. Jesús, de quien tú te sentías tan orgullosa por tenerle debajo de tu ley, se te ha escapado; y todos nosotros, después de habernos poseído tú, también nos escaparemos de tu dominio. El sepulcro que nos preparas, se convertirá en nuestra cuna para una vida nueva; por que tu vencedor es el *primogénito entre los muertos (Apoc.,* I, 5); y hoy es la Pascua, el tránsito, la liberación, para Jesús y para todos sus hermanos. La ruta que él ha abierto, todos nosotros la seguiremos; y día vendrá en que tú, que lo destruyes todo, *tú nuestra enemi-*

ga, serás anonadada a tu vez por el reino de la inmortalidad. *(I Cor.*, XV, 26.) Pero desde ahora nosotros contemplamos tu caída, y repetimos para tu vergüenza, este grito del gran Apóstol: "Oh muerte, ¿dónde está tu victoria? ¿Dónde está tu aguijón? Por un momento triunfaste, y he aquí que has sido devorada en tu triunfo." *(Ibid.*, 55).

Apertura del sepulcro. — Pero el sepulcro no va a permanecer siempre sellado; es necesario que se abra, y que testimonie con claridad meridiana que aquel cuyo cuerpo inanimado le habitó por algunas horas, le ha dejado para siempre. De pronto la tierra tiembla, como en el momento en que Jesús expiró sobre la cruz; mas este estremecimiento del globo no significa ya terror; simboliza alegría. El Angel del Señor desciende del cielo; hace rodar la piedra de la entrada, y se sienta sobre ella con majestad; tiene por vestido una túnica de brillante blancura y su mirada irradia resplandores. Ante su presencia los guardianes del sepulcro caen por tierra despavoridos; quedan como muertos hasta que la bondad divina calma su terror; se levantan y, dejando aquel lugar, entran en la ciudad a dar cuenta de lo que han visto.

La aparición a Nuestra Señora. — Mientras tanto Jesús resucitado, cuya gloria aún no ha contemplado ninguna criatura mortal, ha fran-

queado el espacio y en un instante se ha reunido con su Santísima Madre. Es el Hijo de Dios, es el vencedor de la muerte; pero es también el hijo de María. María estuvo junto a él hasta que expiró; ella unió el sacrificio de su corazón de madre al que ofrecía él mismo sobre la cruz; es justo, pues, que las primeras alegrías de la Resurrección sean para ella. El santo Evangelio no refiere la aparición del Salvador a su Madre, mientras que se extiende sobre todas las demás: la razón es obvia. Las otras apariciones tenían como fin promulgar el hecho de la Resurrección; ésta la exigía el corazón de un hijo, y de un hijo como Jesús. La naturaleza y la gracia reclamaban esta entrevista primera, cuyo conmovedor misterio hace las delicias de las almas cristianas. No era necesario se consignase en los libros sagrados; la tradición de los Padres, comenzando por San Ambrosio bastaba para trasmitírnosla, dado caso que nuestros corazones no la hubieren presentido; y cuando nos preguntamos, por qué el Salvador, que debía salir del sepulcro el domingo, quiso hacerla en las primeras horas de este día, aun antes de que el sol hubiese iluminado al universo, asentimos fácilmente a la opinión de los autores que han atribuído esta prisa del Hijo de Dios, a la inquietud que experimentaba su corazón por poner término a la dolorosa espera de la más tierna y más afligida de las madres.

¿Qué lengua humana osará traducir las expansiones del Hijo y de la Madre, en esta hora tan deseada? Los ojos de María, yertos por el llanto y el insomnio, se abren de pronto a la suave y dulce luz que le anuncia la llegada de su querido Hijo; la voz de Jesús que resuena en sus oídos, no ya con el acento doloroso que en días pasados descendía de la cruz y traspasaba como una espada su corazón maternal, sino jovial y amorosa, propia de un hijo que viene a contar sus triunfos a aquella que le dió a luz; el aspecto de aquel cuerpo que ella recibió en sus brazos, hacía tres días, ensangrentado e inanimado, ahora es fúlgido y pletórico de vida, radiante con los reflejos de la divinidad, a que estaba unido; las ternezas de un tal hijo, sus palabras cariñosas, sus abrazos, que son los de un Dios; para evocar la sublimidad de esta escena, no conocemos más que la frase de Ruperto, que nos pinta la efusión gozosa que llenó entonces el corazón de María, como un torrente de dicha que la embriagaba y la quitaba el sentimiento de los dolores tan punzantes que había sufrido [1].

Mas este torrente de delicias, que el Hijo de Dios había preparado a su Madre, no fué tan súbito como este autor del siglo XII da a entender. Nuestro Señor mismo quiso describir esta escena en una revelación que hizo a Santa Te-

[1] *De los Oficios divinos,* l. VII, c. XXV.

resa. Se dignó confiarla, que la postración de su divina Madre era tan profunda, que no habría tardado en sucumbir a tal martirio; y que, cuando se apareció a ella en el instante en que acababa de salir del sepulcro, necesitó cierto tiempo para volver en sí, antes de encontrarse en estado de poder gustar aquella alegría; y el Señor añade que permaneció mucho tiempo a su lado, ya que esta presencia prolongada la era necesaria [1].

Nosotros, cristianos, que amamos a nuestra Madre, que la vimos sacrificar a su propio Hijo por nosotros en el Calvario, participemos con afecto filial de la felicidad con que Jesús se dignó colmarla en este instante, y aprendamos también a compadecer los dolores de su corazón maternal. Es la primera manifestación de Jesús crucificado: recompensa de la fe que veló siempre en el corazón de María, aun durante el lóbrego eclipse que se prolongó durante tres días. Pero es tiempo que Cristo se muestre a otros, y que la gloria de su resurrección comience a brillar sobre el mundo. Primero se hizo visible a aquella que entre todas las criaturas, era la más querida y la única digna de tal honor; ahora en su bondad, va a recompensar con su visita llena de consuelos, a las almas abnegadas que han permanecido fieles a su amor, en un duelo

[1] *Vida de Santa Teresa escrita por ella misma,* en las Adiciones.

quizás demasiado humano, impulsadas por un reconocimiento que ni la muerte ni la tumba pudieron enervar.

Las santas mujeres en el sepulcro. — Ayer, cuando la caída del sol comenzaba a anunciar que, según el uso judaico, al gran sábado sucedía el domingo, Magdalena y sus compañeras fueron por la ciudad a comprar perfumes para embalsamar de nuevo el cuerpo de su querido Maestro, tan pronto como la luz del día las permitiese ir a cumplir este piadoso deber. Han pasado la noche en vela, y cuando las sombras no se han disipado por completo, Magdalena con María, madre de Santiago, y Salomé están de camino hacia el Calvario, cerca del cual se encuentra el sepulcro en que reposa Jesús. En su aflicción, ni siquiera se han preguntado con qué ayuda podrán remover la piedra que cierra la entrada de la gruta; menos aún han pensado en el sello del poder público que será necesario romper previamente. Llegan al alborear del día; y lo primero que impresiona sus miradas, es la piedra que cerraba la entrada porque quitada de su lugar, quedaba libre la entrada en la cámara del sepulcro. El ángel del Señor que había recibido el encargo de remover la piedra y que se había sentado en ella como en un trono, no quiso dejarlas por más tiempo en el estupor de que eran presa, y así las dijo: "No tengáis miedo, sé bien que buscáis a Jesús el crucificado,

pero ya no está aquí; ha resucitado, como lo había predicho; venid y ved el sitio donde estuvo sepultado el Señor."

Era demasiado para estas almas cuyo amor hacia el maestro las enajenaba, pero que no le conocían aún por el espíritu. Quedaron "consternadas", nos dice el santo Evangelista. Es un difunto a quien buscan, un difunto querido; las dicen que ha resucitado; y esta noticia no despierta en ellas ningún recuerdo. Dos ángeles se las aparecen en la gruta completamente iluminada por el resplandor que despiden. Deslumbradas por esta luz inesperada, Magdalena y sus compañeras, nos dice San Lucas, fijaron en tierra sus ojos tristes y asombrados. "¿Por qué buscáis entre los muertos, las dicen los ángeles, aquel que vive? Recordad, pues, lo que os dijo en Galilea: que sería crucificado y que al tercer día resucitaría." Estas palabras causan cierta impresión sobre las santas mujeres, y en medio de su conmoción, un tenue recuerdo del pasado parece aflorar en su memoria. "Id, pues, continúan los ángeles; decid a los discípulos y a Pedro que ha resucitado, y que los precederá a Galilea."

Salen apresuradas del sepulcro y vuelven a la ciudad, llevando, en medio de su terror, un sentimiento de íntimo gozo, que las penetra a su pesar. Con todo, no han visto más que a los ángeles y un sepulcro abierto y vacío. Ante su relato, los apóstoles, lejos de dejarse ganar la confianza, atribu-

yen, nos dice también San Lucas, a la exaltación de un sexo frágil todo lo maravilloso que refieren acordes. La resurrección predicha tan claramente y en muchas ocasiones por su maestro, tampoco les viene a la memoria. Magdalena se dirige en particular a Pedro y a Juan; pero ¡su fe es todavía débil! Había ido a embalsamar el cuerpo de su querido maestro, y no le halló. Su decepción dolorosa se expansiona también delante de los dos Apóstoles diciendo: "Se han llevado del sepulcro al Señor y no sé dónde le han puesto."

PEDRO Y JUAN EN EL SEPULCRO. — Pedro y Juan se determinan a ir al lugar. Entran en la gruta; ven los lienzos puestos en orden sobre la losa de piedra en que había estado el cuerpo de su Maestro; pero los espíritus celestes que montan guardia, no se les muestran. Con todo eso, Juan recibe entonces la fe, y de ello nos da testimonio; en adelante creerá en la resurrección de Jesús. No hacemos más que pasar rápidamente sobre los relatos que tendremos ocasión de meditar más adelante, cuando la liturgia vuelva a ponerlos a nuestra vista. Ahora sólo nos proponemos seguir en su conjunto los acontecimientos de este día, el más grande de los días.

Hasta ahora Jesús sólo se ha aparecido a su Madre: las mujeres sólo han visto a Angeles que las han hablado. Estos bienaventurados Es-

píritus las han mandado ir a anunciar la resurrección de su maestro a los discípulos y a Pedro. No reciben esta comisión para María; es fácil comprender la razón: el hijo se había reunido ya con su madre, y la misteriosa y conmovedora entrevista se prolongó aún durante estos preludios. Pero ya el sol brilla con toda su fuerza, y las horas de la mañana avanzan; es el Hombre-Dios quien va a proclamar por sí mismo el triunfo que el género humano acaba de conseguir en él sobre la muerte. Sigamos con santo respeto el orden de estas manifestaciones, y esforcémonos respetuosamente por descubrir sus misterios.

APARICIÓN A MARÍA-MAGDALENA. — Magdalena, después de la vuelta de los Apóstoles, no pudo resistir el deseo de visitar de nuevo la tumba de su maestro. El pensamiento del cuerpo desaparecido, que tal vez sea objeto de mofa para los enemigos de Jesús y yazga sin honor ni sepultura, atormenta su alma ardiente y desconcertada. Vuelve y al poco tiempo llega a la entrada del sepulcro. Allí, en su inconsolable dolor, se entrega a sus sollozos; después, al asomarse al interior de la gruta, ve a dos ángeles sentados, cada uno en un extremo de la losa, sobre la que había visto extendido el cuerpo de Jesús. No les interroga; ellos son los que la hablan: "Mujer, la dicen, ¿por qué lloras?" "Porque han tomado a mi Señor y no sé dónde le han puesto." Y

después de estas palabras, se vuelve sin esperar la respuesta de los ángeles. De pronto se da de cara con un hombre y este hombre es Jesús. Magdalena no le reconoce; está buscando el cuerpo muerto de su maestro, quiere sepultarle de nuevo. El amor la transporta, pero la fe no ilumina su amor: no siente que aquel cuyos inanimados despojos busca está vivo allí, cerca de ella.

Jesús, en su inefable condescendencia, se digna hacerla oír su voz: "Mujer, la dice, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?" Magdalena no reconoció esta voz; su corazón está como embotado por una excesiva y cegadora sensibilidad; no reconoce todavía a Jesús por el espíritu. Con todo, sus ojos se han detenido sobre él; pero su imaginación, que la encadena, la hace ver en este hombre al guarda del jardín que rodea al sepulcro. Tal vez sea él, se dice, el que ha robado el tesoro que yo busco; y sin reflexionar por más tiempo, así impresionada, se dirige a él mismo y humildemente le dice: "Señor, si le has llevado tú, dime dónde le has puesto y yo le tomaré." Era demasiado para el corazón del Redentor de los hombres, para aquel que se dignó alabar altamente en casa del fariseo el amor de la pobre pecadora; y ya no podía retardar el recompensar esta terneza; va a declararse. Entonces con un acento que trae a la memoria de Magdalena tantos recuerdos de divina familiaridad, habla; pero no dice más que esta pa-

labra: "¡María!"; "¡Maestro!", responde ella con efusión, iluminada súbitamente por los esplendores del misterio.

Se lanza hacia él y posa sus labios en aquellos sagrados pies con cuyo abrazo había recibido antes el perdón. Jesús la detiene; no ha llegado el momento de entregarse a largos desahogos. Es necesario que Magdalena, primer testigo de la resurrección del Hombre-Dios sea elevada en recompensa de su amor, al más alto grado de honra. No conviene que María revele a otros los secretos de su corazón maternal; es la Magdalena quien ha de dar testimonio de lo que ha visto y oído en el jardín. Ella será, como dicen los santos Doctores, el Apóstol de los mismos Apóstoles. Jesús la dice: "Vete a mis hermanos y diles que subo a mi Padre y el suyo, a mi Dios y a su Dios."

Tal es la segunda aparición de Jesús resucitado, la aparición a María Magdalena, la primera en el orden del testimonio. La meditaremos de nuevo el jueves. Pero adoremos desde ahora la bondad del Señor, que antes de procurar establecer la fe de su resurrección en sus Apóstoles, se digna primeramente recompensar el amor de esta mujer, que le siguió hasta la cruz y aun más allá del sepulcro, y que siendo deudora en mayor grado que los otros, supo también amar más que los otros. Al mostrarse primero a Magdalena, Jesús quiso satisfacer ante todo

el amor de su corazón divino hacia la criatura, y mostrarnos que el cuidado de su gloria viene después.

Magdalena solícita de cumplir la orden de su Maestro, vuelve a la ciudad y no tarda en hallarse entre los discípulos; "He visto al Señor, les dice, y me ha dicho esto." Pero la fe no ha penetrado todavía en sus almas; Juan sólo ha recibido este don en el sepulcro, aunque sus ojos no han visto más que el sepulcro vacío. Recordemos que, después de haber huído como los otros, volvió al Calvario para recoger el último suspiro de Jesús, y que allí fué hecho hijo adoptivo de María.

Aparición de las santas mujeres. — Entretanto, María, madre de Santiago, y Salomé, que habían acompañado a Magdalena en su visita al sepulcro, vuelven solas a Jerusalén. De pronto Jesús se las aparece y las detiene. "Os saludo", las dice. Con estas palabras, el corazón se las llena de ternura y de admiración. Se precipitan a sus pies sagrados con fervor, se los besan y le rinden sus adoraciones. Es la tercera aparición del Salvador resucitado, menos íntima pero más familiar que aquella con que Magdalena fué favorecida. Jesús no terminará la jornada sin manifestarse a aquellos que están llamados a ser los heraldos de su gloria; pero, más que nada, quiere honrar a los ojos de todos los siglos ve-

nideros a estas mujeres, que, desafiando el peligro y triunfando de la debilidad de su sexo, le consolaron en la cruz con una fidelidad que no encontró en aquellos que había escogido y colmado de sus favores. Alrededor de la cuna donde se mostraba por vez primera a los hombres, convocó a pobres pastores, sirviéndose del ministerio de los ángeles, antes de llamar a los reyes por medio de una estrella; hoy que ha llegado al culmen de su gloria y ha puesto con su resurrección el sello a todas sus acciones y certificado su origen divino afianzando nuestra fe con el más irrefragable de todos los prodigios, espera, antes de instruir y de esclarecer a sus Apóstoles, a que unas pobres mujeres sean por él mismo instruídas, consoladas, colmadas, en fin, con pruebas de su amor. ¡Qué nobleza la de esta conducta tan *suave* y tan fuerte del Señor, nuestro Dios, y con cuánta razón nos dijo por el Profeta: "Mis pensamientos no son vuestros pensamientos!" *(Isaías,* LV, 8).

Si hubiese estado en nuestra mano ordenar las circunstancias de su venida a este mundo, ¿qué ruido habríamos hecho para llevar a todos los hombres, reyes y pueblos, junto a su cuna?

¿Con qué estrépito habríamos publicado en todas las naciones el milagro de los milagros, la Resurrección del crucificado, la muerte vencida y la inmortalidad reconquistada? El Hijo de Dios, que es "el *poder* y la *sabiduría* del Padre".

(Cor., I, 24), obró de otra manera. En el instante de su nacimiento, no quiso por primeros adoradores sino hombres sencillos, cuyos relatos no debían transcender más allá de Belén; y he aquí que actualmente la fecha de este nacimiento es la era de todos los pueblos civilizados. Como primeros testigos de su resurrección, no quiso sino débiles mujeres; y he aquí que este mismo día, en el preciso momento en que nos encontramos, todo el universo celebra el aniversario de esta Resurrección; todo se renueva, un fervor desconocido en el resto del año se deja sentir en los más indiferentes; el incrédulo que codea al creyente, sabe, por lo menos, que hoy es Pascua; y del seno mismo de las naciones infieles, innumerables voces cristianas se unen a las nuestras para elevar de todos los puntos del globo, hacia Jesús resucitado, la aclamación que nos aúna a todos en un solo pueblo, el gozoso *Aleluya*. "Oh Señor", podemos exclamar, como exclamó Moisés cuando el pueblo elegido celebró la primera Pascua y atravesó a pie enjuto el mar Rojo, "oh Señor, ¿quién entre los fuertes es semejante a ti?" *(Exodo,* XV, II).

MISA

La hora de Tercia reúne en la Basílica a todo el pueblo de la ciudad. El sol, cuya salida ha sido alegre, parece derramar luz más intensa; el

pavimento de la iglesia está alfombrado de flores. Debajo de los mosaicos del ábside, cuyos esmaltes brillan con claridad nueva, los muros se ven cubiertos con tapices preciosos; guirnaldas de flores que penden en festones del arco triunfal, corren a lo largo de las columnas de la nave mayor, y de allí se prolongan a las naves laterales. Numerosas lámparas, alimentadas con el aceite de oliva más refinado, refulgen en torno al altar, suspendidas del baldaquino. Surgiendo de su esbelta columna, el Cirio pascual, que no se ha apagado desde las primeras horas de la vigilia de ayer, eleva su llama siempre vivaz, y embalsama el lugar santo con el aroma de los perfumes que impregnan su mecha. Símbolo misterioso de Cristo-Luz, alegra las miradas de los fieles y parece decir a todos: "¡Aleluya! ¡Cristo ha resucitado!"

Pero lo que más concentra la atención es el grupo numeroso de neófitos, revestidos de blanco como los ángeles que aparecieron junto al sepulcro; en estos tiernos y nobles retoños se refleja más vivamente el misterio de Cristo resucitado del sepulcro. Ayer todavía estaban muertos por el pecado; ahora están llenos de vida nueva, fruto de la victoria del Redentor sobre la muerte. Feliz pensamiento de la Santa Iglesia, haber escogido para el día de su regeneración, aquel mismo en que el Hombre-Dios conquistó para nosotros la inmortalidad.

La Estación. — En Roma la Estación se celebraba antiguamente en la Basílica de Santa María la Mayor. Por una admirable delicadeza, esta reina de las numerosas iglesias dedicadas a la Madre de Dios, fué designada para la función de este día. Roma tributaba el homenaje de la solemnidad pascual a aquella que, más que ninguna criatura, tuvo derecho a experimentar las alegrías, por las angustias que había sufrido su corazón maternal, y por su fidelidad en conservar la fe de la resurrección durante las horas que su divino Hijo debió pasar en el Sepulcro.

Más tarde, la solemnidad de la Misa papal fué trasladada a la Basílica de San Pedro, más espaciosa y más apropiada para la multitud de fieles, que todo mundo cristiano envía en representación a las solemnidades pascuales de Roma. Con todo, el Misal romano continúa indicando a Santa María la Mayor, como la Iglesia de la estación actual; y las indulgencias son las mismas para aquellos que toman parte en las funciones que allí se celebran.

Todos los preludios al Sacrificio han terminado; los chantres ejecutan el solemne Introito, durante el cual el Pontífice, rodeado de Presbíteros, de Diáconos y de ministros inferiores, se dirige al altar. Este cántico de entrada es la exclamación del Hombre-Dios al salir del sepulcro, y dirigir a su Padre celestial el homenaje de su reconocimiento.

INTROITO

He resucitado, y aún estoy contigo, aleluya; pusiste sobre mí tu mano, aleluya: maravillosa se mostró tu ciencia, aleluya, aleluya. — *Salmo:* Señor, me probaste, y me has conocido: has conocido mi abatimiento y mi resurrección. ℣. Gloria al Padre.

En la colecta, la Santa Iglesia celebra el beneficio de la inmortalidad, hecho al hombre por la victoria del Redentor sobre la muerte; y en ella pide que los votos de sus hijos se eleven siempre a lo alto hacia este sublime destino.

COLECTA

Oh Dios, que, vencida la muerte por tu Hijo unigénito, nos has abierto hoy la puerta de la eternidad: nuestros votos que tú previenes con tu inspiración, prosíguelos también con tu ayuda. Por el mismo Jesucristo, nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* 1.ª del Apóstol San Pablo a los Corintios (V, 7-8).

Hermanos, arrojad el viejo fermento, para que seáis nueva masa, ya que sois ázimos. Porque Cristo, nuestra Pascua, fué inmolado. Comamos, pues, no con vieja levadura, ni con levadura de malicia y de perversidad, sino con ázimos de sinceridad y de verdad.

Dios ordenó a los Israelitas comer el Cordero Pascual con pan ázimo, es decir, sin levadura; enseñándoles con este símbolo, que debían renunciar, antes de tomar esta vianda misteriosa,

a la vida pasada, cuyas imperfecciones estaban figuradas por la levadura. Nosotros cristianos, que hemos sido elevados por Cristo a esta vida nueva, hacia la cual nos orientó resucitando él primero, debemos en adelante no tender sino a obras puras, a acciones santas, ázimo destinado a acompañar al Cordero pascual, que hoy se hace nuestro alimento.

El Gradual está formado con palabras del Salmo CXVII, repetidas en todas las Horas de este día. En él la alegría es un deber para todo cristiano; todo nos incita a ella; el triunfo de nuestro amado Redentor y los grandes bienes que nos ha conquistado. La tristeza en este día sería una protesta indigna contra los beneficios de que Dios se ha dignado colmarnos en su Hijo.

GRADUAL

Este es el día que hizo el Señor: gocémonos y alegrémonos en él. ℣. Alabad al Señor, porque es bueno; porque su misericordia es eterna.

El verso aleluyático nos da uno de los motivos por que debemos alegrarnos. Un festín ha sido preparado para nosotros; el Cordero está dispuesto; este Cordero es Jesús inmolado, en adelante siempre vivo: inmolado, para que seamos rescatados con su sangre; siempre vivo, para comunicarnos la inmortalidad.

Aleluya, aleluya. ℣. Cristo, nuestra Pascua, fué inmolado.

Para acrecentar la alegría de los fieles, la Santa Iglesia añade a sus cánticos ordinarios una obra lírica, en la que alienta el más vivo júbilo por el Redentor, que sale del sepulcro. Esta composición ha recibido el nombre de Secuencia, porque es como una secuela y una prolongación del canto del Aleluya. Se atribuye a Wippon († 1050), capellán de los emperadores Conrado II y Enrique III.

SECUENCIA

A la víctima pascual alabanzas inmolen los cristianos.

El Cordero redimió a las ovejas: Cristo, inocente, reconcilió con el Padre a los pecadores.

La muerte y la vida lucharon en duelo sublime; muerto el Rey de la vida, reina vivo.

Dinos, tú, María: ¿qué viste en el camino?

El sepulcro de Cristo viviente: y la gloria vi del resurgente.

Los testigos angélicos, el sudario y los vestidos.

Resucitó Cristo, mi esperanza; precederá a los suyos en Galilea.

Sabemos que Cristo ha resucitado realmente de entre los muertos; tú, victorioso Rey, ten piedad de nosotros. Amén. Aleluya.

La Santa Iglesia toma hoy de San Marcos, con preferencia a los otros Evangelistas, el relato de la Resurrección. San Marcos fué discípulo de San Pedro; escribió su Evangelio en Roma, dirigido por el Príncipe de los Apóstoles. Conviene que en semejante solemnidad se oiga en cierta manera la voz de aquel a quien el divino

resucitado proclamó piedra fundamental de su Iglesia y Pastor supremo de las ovejas y de los corderos.

EVANGELIO

Continuación del Santo *Evangelio* según San Marcos (XVI, 1-7).

En aquel tiempo María Magdalena y María, madre de Santiago, y Salomé compraron aromas para ir a ungir a Jesús. Y muy de mañana, al día siguiente del sábado, fueron al monumento salido ya el sol. Y decían entre sí: ¿Quién nos separará la piedra de la puerta del sepulcro? Y, mirando, vieron separada la piedra, que era muy grande. Y, entrando en el sepulcro, vieron a un joven sentado a la derecha, vestido con traje blanco, y se asustaron. Pero él las dijo: No os asustéis: buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado; ha resucitado, no está aquí, he ahí el sitio donde le pusieron. Pero id, decid a sus discípulos y a Pedro, que os precederá en Galilea; allí le veréis, como os lo dijo.

EL VENCEDOR DE LA MUERTE. — "Resucitó, ya no está aquí": un muerto que manos piadosas habían colocado allí, sobre aquella losa, en aquella gruta; se ha levantado, y aun sin quitar la piedra que cerraba la entrada, ha resucitado a una vida que ya nunca tendrá fin. Nadie le prestó ayuda; ningún profeta, ningún enviado de Dios se inclinó sobre su cadáver para volverle a la vida. El mismo fué quien, por su propia virtud, se resucitó. Para él la muerte no fué una necesidad; la padeció porque quiso; la aniquiló cuando quiso. ¡Oh Jesús, tú juegas con la muerte, tú, que eres el Señor, Nuestro Dios! Nos pos-

tramos de rodillas ante ese sepulcro vacío, que, por haber tú morado en él algunas horas has hecho sagrado para siempre. "He ahí el lugar en que te colocaron". ¡He ahí los lienzos, las vendas, que no te pudieron retener y dan fe de tu paso voluntario por el yugo de la muerte!

El ángel dice a las mujeres: "Buscáis a Jesús de Nazaret, el crucificado". ¡Recuerdo cargado de lágrimas! El día anterior fueron trasladados a él sus despojos maltratados, desgarrados, sangrantes. Aquella gruta, cuya piedra fué violentamente removida por la mano del Angel y que ahora está iluminada con claridad deslumbrante por este espíritu celestial, cobijó con su sombra a la más desolada de las madres; hizo eco a los sollozos de Juan y de los dos discípulos, y a los lamentos de la Magdalena y de sus compañeras; el sol se ocultaba en el horizonte e iba a comenzar el primer día de la sepultura de Jesús. Mas el profeta había predicho: "En la tarde reinarán las lágrimas; pero por la mañana brillará la alegría." (*Sal.*, XXIX, 6.)

Nos encontramos en este feliz amanecer; y nuestra alegría es grande, oh Redentor, al contemplar que este mismo sepulcro adonde te acompañamos con dolor sincero, no es sino el trofeo de tu victoria. Están curadas las llagas que besábamos con amor, reprochándonos el haberlas causado. Vives más glorioso que nunca, inmortal; y porque nosotros quisimos morir a nuestros pecados, mientras tú morías por ex-

piarlos, quieres que vivamos contigo eternamente, que tu victoria sea la nuestra, que la muerte, para ti y para nosotros, no sea más que un tránsito y que ella nos restituya un día intacto y radiante este cuerpo, que la tumba no recibirá ya en adelante sino como en depósito. ¡Gloria sea, pues, honor y amor a ti, que te has dignado no solamente morir, sino también resucitar para nosotros!

El Ofertorio reproduce las palabras con que el Salmista anunciaba el terremoto que sucedió en el instante de la Resurrección. Nuestro globo fué testigo de la más sublime de las manifestaciones del poder y de la bondad de Dios y el Supremo Señor quiso más de una vez que se asociase por movimientos inusitados a sus leyes comunes, a las escenas divinas de las que era teatro.

OFERTORIO

La tierra tembló y descansó, al levantarse a juicio Dios. Aleluya.

El pueblo santo va a sentarse en el banquete pascual; el Cordero divino invita a todos los fieles a alimentarse de su carne; la Iglesia, en la secreta, implora para estos felices convidados las gracias que les asegurarán la inmortalidad bienaventurada de la que ellos van a recibir la promesa.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, recibas las preces de tu pueblo con la ofrenda de estas hostias; para que lo inaugurado con los misterios pascuales, nos sirva, por obra tuya, de remedio eterno. Por Jesucristo, nuestro Señor.

RITOS ANTIGUOS. — Durante la Edad Media en la Misa papal, mientras el Pontífice recitaba esta oración secreta, los dos Cardenales Diáconos más jóvenes se separaban de sus colegas, y, cubiertos con sus dalmáticas blancas, iban a colocarse cada uno en una de las extremidades del altar, mirando hacia el pueblo. Representaban a los dos ángeles que guardaban la tumba del Salvador, y que se aparecieron a las santas mujeres y las anunciaron la resurrección de su Maestro. Los dos diáconos permanecían en sus puestos en silencio, hasta el momento en que el Pontífice dejaba el altar al *Agnus Dei,* para subir al trono, en el que debía comulgar.

También se observaba otra costumbre en Santa María la Mayor. Cuando el Papa, después de la fracción de la Hostia, dirigía a los asistentes el saludo de la paz con las palabras acostumbradas: *Pax Domini sit semper vobiscum,* el coro no respondía como en los días ordinarios: *Et cum spiritu tuo.* La tradición refiere que en esta misma solemnidad y en esta misma Basílica, celebrando cierto día San Gregorio Magno el divino sacrificio, y habiendo pronunciado es-

tas mismas palabras, un coro de ángeles respondió con una melodía tan suave, que las voces de la tierra enmudecieron, no osando unirse al concierto celestial. Al año siguiente se esperó, sin atreverse a contestar al Pontífice, a que las voces angélicas se oyesen de nuevo; esta espera duró varios siglos; pero el prodigio que Dios había hecho una vez a su siervo Gregorio no se repitió más.

Finalmente llega el momento en que la multitud de los fieles va a comulgar. La antigua Iglesia de las Galias hacía oír entonces un llamamiento, que dirigía a toda la multitud deseosa del pan de vida. Esta antífona se conservó en nuestras catedrales, aun después de la introducción de la liturgia romana por Pipino y Carlomagno; y no desapareció totalmente sino a consecuencia de las innovaciones del siglo XVIII. El canto que la acompañaba, manifiesta la majestad de los misterios: ponemos aquí el texto, para ayudar a los fieles a acercarse con más respeto a este banquete, en que el Cordero Pascual va a darse a ellos.

INVITACION DEL PUEBLO A LA COMUNION

Venid, oh pueblos; acercaos al inmortal misterio: venid a gustar la libación sagrada.

Acerquémonos con temor, con fe, las manos puras; vayamos a unirnos con aquel que es el premio de nuestra penitencia: El Cordero ofrecido en sacrificio a Dios su Padre.

Adorémosle, glorifiquémosle: y con los ángeles cantemos. Aleluya.

Mientras los ministros distribuyen el alimento sagrado, la Iglesia celebra en la Antífona de la comunión, al verdadero Cordero Pascual, que místicamente inmolado, pide a los que se alimentan de él, pureza de corazón; ésta se halla figurada en las especies de pan ázimo con que se oculta a nuestras miradas.

COMUNION

Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado, aleluya; comamos, pues, con ázimos de sinceridad y de verdad. Aleluya, aleluya, aleluya.

La última oración de la Iglesia en favor de su pueblo, implora para todos el espíritu de caridad fraterna, que es el espíritu de la Pascua. Al tomar nuestra naturaleza por la encarnación, el Hijo de Dios nos hizo sus hermanos; al derramar su sangre por nosotros en la cruz, nos unió a todos por el vínculo de la redención; al resucitar hoy, nos une también en la inmortalidad.

POSCOMUNION

Infúndenos, Señor, el espíritu de tu caridad; para que a los que has saciado con los sacramentos pascuales, los unifiques en tu piedad. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Después de la bendición del Pontífice, el pueblo se ausenta alabando a Dios y esperando el oficio de Vísperas, que con su pompa inusitada, pondrá fin a todas las magnificencias de esta jornada solemne.

USOS ROMANOS. — En Roma, el Papa desciende las gradas de su trono; ceñida la frente de la triple corona, se sienta sobre la *silla gestatoria*, y, llevado por los servidores palatinos, avanza por la nave mayor. En un lugar señalado, desciende y se arrodilla humildemente. Entonces, de lo alto de las tribunas de la cúpula, sacerdotes revestidos de estola muestran al pontífice y al pueblo el leño sagrado de la cruz y el velo llamado la *Verónica*, sobre el cual están pintados los rasgos deformados del Salvador caminando hacia el Calvario. Este recuerdo de los dolores y de las humillaciones del Hombre-Dios, evocado en el momento mismo en que su triunfo sobre la muerte acaba de ser proclamado con tanto esplendor, revela también la gloria y el poder del divino resucitado, y recuerda a todos con qué amor y con qué fidelidad se dignó cumplir la misión que había aceptado para nuestra salvación. ¿No ha dicho él mismo hoy a los discípulos de Emaús: "Convenía que Cristo sufriese, y que entrase en su gloria por el camino de los padecimientos"? *(S. Luc.*, XXIV, 46.) La Cristiandad, en la persona de su Jefe, tributa homenaje

en este momento a estos padecimientos y a esta gloria. Después de humilde adoración, el Pontífice recibe de nuevo la tiara, sube a la *silla* y es llevado hacia la galería desde la cual dará al inmenso gentío que cubre la plaza de San Pedro la bendición apostólica.

. . . . . .

Bendición del Cordero. — La costumbre de bendecir y de comer la carne de un cordero el día de Pascua, se ha conservado. Ponemos aquí, como complemento de los ritos de la pascua cristiana, la oración que la Iglesia emplea para esta bendición. El fiel recorrerá con placer esta fórmula antigua que transporta a otras costumbres y pedirá a Dios el retorno de esta sencillez y de esta fe práctica, que daba un sentido tan profundo y una grandeza tan sólida a las más insignificantes circunstancias de la vida de nuestros antepasados.

Oh Dios, que por medio de tu siervo Moisés, mandaste que, en la liberación del pueblo de Israel de Egipto, fuese matado un cordero, como símbolo de Nuestro Señor Jesucristo, y fuesen untadas con su sangre las puertas de las casas; dígnate bendecir y santificar también esta criatura de carne, que nosotros, tus siervos, deseamos tomar para alabanza tuya, en la fiesta de la resurrección del mismo Jesucristo, nuestro Señor, que vive y reina contigo por los siglos de los siglos. Amén.

Bendición de los huevos. — La carne de animales no era el único plato que les estaba prohibido a los cristianos por la ley cuaresmal; esta ley prohibía también los huevos, en su calidad de comida animal. Tal prescripción no está ya en vigor en nuestros días; pero, antes que la Iglesia hubiese hecho esta nueva concesión a nuestra flaqueza, era necesario que cada año una dispensa más o menos extensa viniese a legitimar el uso de un alimento universalmente prohibido durante la santa Cuaresma. Las Iglesias de Oriente han sido más fieles a esta disciplina y no conocen esta dispensa. En su alegría de recobrar un alimento, cuya abstención les había sido penosa, los fieles pidieron a la Iglesia bendijese los primeros huevos que aparecían en la mesa pascual; y he aquí la oración que la Iglesia empleaba para responder a su deseo:

Suplicámoste, Señor, hagas que descienda sobre estos huevos la gracia de tu bendición, para que se conviertan en saludable alimento de tus fieles, que van a tomarlos en acción de gracias por la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, el cual vive y reina contigo por los siglos de los siglos. Amén.

¡Cuán gozoso es el festín pascual, bendecido por la Iglesia nuestra Madre, y cómo acrecienta, por su santa libertad, la alegría de este gran día! Las fiestas de la religión deben ser fiestas de familia entre los cristianos; pero en todo el ciclo

no hay ninguna que sea comparable a ésta, que hemos esperado por tanto tiempo y que nos ha reportado juntamente las misericordias del Señor que perdona y las esperanzas de la inmortalidad.

POR LA TARDE

La tristeza de los Apóstoles. — El día avanza en su curso y Jesús aún no se ha mostrado a sus discípulos. Las santas mujeres se entregan a la alegría y al reconocimiento a que las incita el favor de que han sido objeto. Comunicaron su testimonio a los Apóstoles: no son solamente ángeles los que se las han aparecido; el mismo Jesús se las mostró; se dignó hablarlas; besaron sus sagrados pies; se muestran inconmovibles en sus afirmaciones; con todo, no consiguen vencer la postración de esos hombres, a quienes las escenas de la Pasión de su Maestro han abatido tan profundamente. Ante cualquier relato que oyen, se muestran tristes, como seres que han experimentado una cruel decepción. Con todo, son los mismos a quienes veremos dentro de poco afrontar los suplicios y la muerte, en testimonio de la Resurrección del Maestro cuyo recuerdo constituye para ellos en estos momentos como una humillación.

Podemos figurarnos las impresiones que los dominan, al escuchar la conversación de los dos

hombres que pasaron con ellos parte de la jornada y que también tuvieron relaciones con Jesús. Pronto, en el camino de Emaús, exteriorizaron de este modo el estado de su alma decepcionada: "Habíamos esperado en él, como en aquel que había de rescatar a Israel; y he aquí que ya hace tres días que la catástrofe ocurrió. Es cierto que algunas mujeres, que habían ido al sepulcro al amanecer, nos han inquietado con sus relatos. No habiendo encontrado su cuerpo, han regresado diciendo que han visto a Angeles que les han referido que él ahora está vivo. Algunos de entre los nuestros han ido al sepulcro y han comprobado lo que dicen las mujeres, pero a él no le han encontrado."

¡Cosa admirable! El anuncio de su resurrección, que tantas veces Jesús había hecho ante ellos, aun en presencia de los judíos, no les viene a la memoria. ¡Así el espectáculo y el recuerdo de la muerte ahogan en los hombres carnales el sentimiento del nuevo nacimiento que nuestro cuerpo ha de adquirir en la tumba!

LA APARICIÓN A SAN PEDRO. — Mas es necesario que Jesús se muestre resucitado a aquellos que deben dar hasta en los confines del mundo testimonio de su divinidad. Hasta ahora sólo se ha aparecido para satisfacer su ternura filial por su madre, y su infinita bondad para con las almas que habían respondido, según sus fuerzas, a sus

beneficios. Parece llegado el momento de pensar en su propia gloria: así, al menos, así nos lo figuramos nosotros. Pero aguardemos todavía. Jesús quiso en primer lugar recompensar el amor; pero, antes de proclamar su triunfo, siente la necesidad de realzar su generosidad. El colegio apostólico, cuyos miembros huyeron todos a la hora del peligro, contempló a su jefe renegando del Maestro que le había colmado de honores, ante la interpelación de una sirvienta; pero después de la mirada de reproche y de perdón que le dirigió Jesús en casa del Sumo Sacerdote, Pedro no cesó de deplorar su cobardía con las más amargas lágrimas. Jesús quiere ante todo consolar al humilde penitente, asegurarle de viva voz que le perdona y confirmar de nuevo, por esta señal de predilección divina, las prerrogativas que le confirió poco antes delante de los demás. Pedro duda todavía de la resurrección; no se rindió al testimonio de la Magdalena; pero no tardará en reconocer al divino Resucitado en la persona del Maestro ofendido, que se dispone a mostrársele como amigo que perdona.

Esta mañana el Angel dijo a las mujeres: "Id y decid a sus discípulos y a Pedro que él os precederá en Galilea." ¿Por qué Pedro es nombrado aquí con su propio nombre, sino para que sepa que, aunque tuvo la desgracia de renegar de Jesús, Jesús no renegó de él? ¿Por qué no es nombrado en esta ocasión, antes que los demás, sino para evitarle la humillación que le causaría

el contraste de su alta dignidad con la flaqueza indigna en que incurrió? Mas esta mención especial indica también que no cesó de estar presente en el corazón de su maestro y que pronto tendrá ocasión de expiar por su arrepentimiento, por su enmienda honrosa a los pies de aquel Maestro tan glorioso y tan lleno de bondad, la desgracia que tuvo de serle infiel. Pedro es lento en creer, pero su arrepentimiento es sincero y merece recompensa.

De pronto en una de las horas de este mediodía, el Apóstol ve aparecer ante sí aquel mismo Jesús a quien vió, hace tres días, atado y arrastrado por los esbirros de Caifás y cuya suerte había temido compartir. Pero este Jesús, entonces tan humillado, fulgura ahora en todos los esplendores de su resurrección; es un vencedor, un Mesías glorioso; pero lo que más deslumbra los ojos del apóstol es la inefable bondad de este divino Rey, que conforta al pecador mucho más que le deslumbra su resplandor. ¿Quién podrá evocar y penetrar el coloquio entre el culpable y el ofendido; los lamentos del apóstol, al que tanta generosidad llena de vergüenza; la seguridad de perdón proferida por unos labios sagrados y llenando de alegría un corazón tan abatido? Te bendecimos, oh Jesús, porque has levantado de su abatimiento a aquel que nos dejarás como Jefe y Padre, cuando asciendas al cielo.

Fe y primacía de Pedro. — Después de haber rendido homenaje a esta infinita misericordia del Corazón de nuestro Salvador resucitado, con no menos poder y expansión que la manifestó en los días de su vida mortal, admiremos la sabiduría con que continúa realizando en San Pedro el misterio de la unidad de la Iglesia, misterio que debe residir en este Apóstol y en sus sucesores. Jesús lo dijo en presencia de los demás en la última Cena: "Ruego por ti, Pedro, para que tu fe no desfallezca; cuando estuvieres convertido, confirmarás a tus hermanos." Ha llegado el momento de fortalecer en Pedro esta fe, que ya no debe faltarle jamás: Jesús se la comunica en este mismo instante.

A él le instruye el primero por sí mismo, para poner la base. Luego va a mostrarse a los otros apóstoles; pero Pedro estará presente con sus hermanos; de manera, que si este apóstol obtiene favores de los que los demás no participan, éstos no los reciben nunca sin que él participe en todos ellos. A ellos les toca creer en la palabra de Pedro, como así sucedió; por el testimonio de Pedro reciben la fe en la resurrección y la proclaman, como lo veremos pronto. Después Jesús se aparecerá a ellos mismos; porque los ama, y los llama sus hermanos, y los destina a predicar su gloria por toda la tierra; pero encontrará ya afianzada en ellos la fe de su resurrección, pues creyeron en el testimonio de Pedro; y el testimonio de Pedro obró en ellos el

misterio de la unidad que él obrará en la Iglesia hasta el fin de los siglos.

La aparición de Jesús al Príncipe de los Apóstoles está apoyada en el Evangelio de San Lucas y en la primera epístola de San Pablo a los Corintios, y es la cuarta de las apariciones del día de la resurrección.

LA NOCHE

LA APARICIÓN A LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS. — Cuatro veces ha dado Jesús señales de su resurrección en el curso de esta jornada. Ahora le queda manifestarse a los Apóstoles reunidos, y darles de este modo ocasión de unir su experiencia personal al testimonio que recibieron de labios de Pedro. Pero es tal la condescendencia del divino Resucitado para con sus discípulos, que, dejando todavía por algunos momentos a aquellos que llama sus hermanos, los cuales no dudan ya de su triunfo, se preocupa de consolar a dos corazones cuya aflicción no tiene otra causa que su poca fe.

Por el camino de Jerusalén a Emaús caminan tristes dos viajeros. Su exterior abatido denuncia claramente que una cruel decepción les atenaza; ¿no se alejarán de la ciudad por un sentimiento de inquietud? Eran discípulos de Jesús cuando éste vivía; pero la muerte vergonzosa del maestro en quien ellos habían creído, causó en ellos

una tristeza tan amarga como profunda. Humillados por haber comprometido su honor siguiendo a un hombre que no era lo que ellos habían pensado, permanecieron ocultos durante las primeras horas que siguieron a su suplicio; pero de la noche a la mañana se ha hablado de un sepulcro abierto y forzado, de la desaparición de un cuerpo enterrado. Los enemigos de Jesús son poderosos, y sin duda en estos momentos dan informes contra los violadores de una tumba, cuya piedra estaba sellada con el sello de la autoridad pública. Es de creer que la prueba judicial haga comparecer ante su tribunal a los que siguieron a un Mesías crucificado por la Sinagoga entre dos ladrones. Este era, sin duda, el tema del diálogo de nuestros dos caminantes.

Pero he aquí, que son alcanzados por otro tercero y este tercer caminante es el mismo Jesús. La fijeza de sus pensamientos en el tema triste que les ocupa, les ha privado de la libertad de reconocer sus rasgos; así también sucede cuando nos dejamos llevar de un dolor demasiado humano, que perdemos de vista al compañero divino puesto junto a nosotros, para caminar con nosotros y reanimar nuestra esperanza. Jesús pregunta a estos dos hombres por qué están tristes; ellos se lo confiesan con sencillez; y este Rey de gloria, este vencedor de la muerte, en este mismo día, se digna dialogar con ellos y explicarles en el camino toda la serie de oráculos que anunciaban las humillaciones, la muerte

y el triunfo final del Redentor de Israel. Los dos viajeros están conmovidos, sienten, como lo confesaron más tarde, que el corazón se les enciende con un fuego desconocido, a medida que esta voz hace llegar hasta sus oídos estas verdades hasta entonces desconocidas. Jesús disimula querer dejarlos; ellos le retienen: "¡Oh! Quédate con nosotros, le dicen; el día declina y debes aceptar nuestra hospitalidad."

Introducen a su compañero desconocido en la casa de Emaús; le hacen sentarse a la mesa con ellos; y ¡cosa extraña! no han adivinado todavía quién es este celestial doctor que acaba de resolver sus dudas con tanta sabiduría y elocuencia. Así somos también nosotros cuando nos dejamos dominar por pensamientos humanos; Jesús está a nuestro lado, nos habla, nos instruye, nos consuela; y con frecuencia necesitamos mucho tiempo para reconocer que es Jesús.

Finalmente ha llegado el momento en que el maestro de la luz va a revelarse a estos dos discípulos tan tardos en creer. Le han invitado a que presida su mesa; a él le corresponde partir el pan. Le toma entre sus sagradas manos; y en el instante en que efectúa la fracción para dar a cada uno su parte, se les abren de súbito los ojos y reconocen al propio Jesús, a Jesús resucitado. Van a caer a sus pies; pero, apenas se descubre a sus miradas, desaparece, dejándolos sorprendidos y al mismo tiempo inundados de

una alegría que sobrepasa a cuantas han gustado jamás en toda su vida. He aquí la quinta aparición del Salvador en la jornada de Pascua.

RETORNO A JERUSALÉN.—Los dos discípulos no podían permanecer por más tiempo en Emaús; a pesar de la hora avanzada, sólo ansían regresar lo antes posible a Jerusalén. Los urge anunciar a los apóstoles, cuyo abatimiento han compartido esta mañana, que su maestro vive, que le han hablado, que le han visto. Recorren con rapidez la distancia que separa el pueblecito en que ellos esperaban pasar la noche, de la gran ciudad de cuyos peligros huían. Pronto se encuentran en medio de los apóstoles, a los que se apresuran a contar su dicha; pero se les han anticipado; la fe de la Resurrección está viva en el colegio apostólico. Antes que ellos comiencen a hablar, dicen todos a una: "El Señor ha resucitado verdaderamente y se ha aparecido a Pedro."

Los dos discípulos refieren también a los Apóstoles que también ellos han sido favorecidos con la conversación y con la vista de su Maestro.

APARICIÓN A LOS APÓSTOLES.—La conversación continuaba entre estos hombres sencillos y rectos, oscuros entonces, pero cuyos nombres inmortales había de conocer más tarde el mundo

entero. Entre tanto las puertas de la casa estaban cerradas, porque el reducido grupo temía una sorpresa. Los guardias del sepulcro habían referido todo a los príncipes de los sacerdotes por la mañana; éstos habían procurado sobornarlos y también les habían dado dinero para obligarles a decir que, mientras dormían, los discípulos de Jesús habían venido a robar el cuerpo. Esta actitud desleal de las autoridades judías podía traer cierta reacción popular contra los Apóstoles, y se creyeron obligados a tomar precauciones.

Mientras los apóstoles repasan entre sí las impresiones de esta memorable jornada, he aquí que Jesús se presenta ante ellos sin que las puertas se hubiesen abierto para darle paso. Es él, sus facciones; es su voz llena de bondad. "¡La paz sea con vosotros!" les dice con ternura. Pero ellos permanecen sobrecogidos; aquella entrada misteriosa e inesperada los ha dejado desconcertados. Ignoran aún las prerrogativas de un cuerpo glorioso; y sin dudar de la resurrección de su maestro, no saben si se encuentran en presencia de un fantasma. Jesús, que en toda esta jornada parece haberse preocupado más de testimoniar su amor hacia los suyos que de proclamar su gloria, se digna darles a tocar sus miembros divinos; hace más aún, y para probar la realidad de su cuerpo, les pide de comer y come con ellos. ¿Quién podrá expresar la alegría que inundó sus corazones ante esta inefable fami-

liaridad y las lágrimas de ternura que corren por sus ojos? Con qué alegría dicen a Tomás cuando este apóstol vuelve a ellos. "¡Hemos visto al Señor!" Esta fué la sexta aparición de Jesús resucitado.

ORACIÓN. — Sé, pues, bendito y glorificado, vencedor de la muerte, que en este solo día te has dignado mostrarte a los hombres hasta seis veces, para satisfacer tu amor y corroborar nuestra fe en tu divina Resurrección. Sé bendito y glorificado por haber consolado con tu presencia y tu cariño el corazón angustiado de tu Madre, que también es madre nuestra. Sé bendito y glorificado por haber calmado la desolación de la Magdalena con una palabra de amor. Sé bendito y glorificado por haber enjugado las lágrimas de las santas mujeres con tu presencia y por haberlas dado a besar tus sagrados pies. Sé bendito y glorificado por haber dado a Pedro con tus propios labios la seguridad de su perdón y por haber confirmado en él los dones de la Primacía, revelándole a él, antes que a los demás, el dogma fundamental de nuestra fe. Sé bendito y glorificado por haber reanimado con tanta dulzura el corazón vacilante de los dos discípulos en el camino de Emaús y haber completado este favor descubriéndote a ellos. Sé bendito y glorificado por no haber terminado esta jornada sin visitar a tus Apóstoles y sin haberles dado pruebas de tu adorable condescendencia con su debilidad.

Sé, en fin, bendito y glorificado, oh Jesús, por haberte dignado hoy, por medio de tu Santa Iglesia, hacernos participar, después de tantos siglos, de los goces que gustaron en tal día María, tu Madre, Magdalena con sus compañeras, Pedro, los discípulos de Emaús y los Apóstoles reunidos. Aquí no falta nada; todo está vivo, todo renovado; tú eres el mismo, y nuestra Pascua de hoy es también la misma que aquella que te vió salir del sepulcro. Todos los tiempos son tuyos; y el mundo de las almas vive por tus misterios, como el mundo material se sostiene por tu poder, desde el instante en que te plugo comenzar tu obra creando la luz visible, hasta que palidezca y se eclipse ante la eterna claridad que tú nos has conquistado en este día.

LUNES DE PASCUA

El misterio de la Pascua es tan vasto, y tan profundo, que no serán demasiado siete días para meditarle y profundizarle. En la jornada de ayer no hicimos sino contemplar a nuestro Redentor saliendo del sepulcro, y manifestándose a los suyos hasta seis veces, en su bondad y en su poder. Continuaremos tributándole los homenajes de adoración, de reconocimiento y de amor a los cuales tiene derecho por este triunfo, que es nuestro al mismo tiempo que suyo; pero debemos

también penetrar respetuosamente el conjunto maravilloso de doctrina y de acontecimientos cuyo centro es la Resurrección de nuestro divino libertador, para que la luz celestial nos ilumine más y más y nuestra alegría crezca constantemente.

El misterio del Cordero. — ¿Qué significa, pues, el misterio de la Pascua? La Biblia nos responde que la Pascua es la inmolación del Cordero. Para comprender la Pascua, es necesario comprender antes el misterio del Cordero. Desde los primeros siglos del cristianismo se representaba el emblema del cordero en los mosaicos y en las pinturas murales de las Basílicas, como el símbolo que expresaba la idea del sacrificio de Cristo y de su victoria.

Por su actitud, rebosante de dulzura, el Cordero expresaba la abnegación que le había impulsado a dar su sangre por el hombre; pero se le presentaba de pie sobre una verde colina, y los cuatro ríos del paraíso fluían a su mandato debajo de sus pies, figurando los cuatro Evangelios que han llevado su gloria a los cuatro puntos del mundo. Más tarde se le representó empuñando una cruz de la que pendía una banderola triunfal: ésta es la forma simbólica con la cual le veneramos en nuestros días.

El Cordero en el Antiguo Testamento. — Después del pecado, el hombre no podía ya pres-

cindir del Cordero; sin el Cordero se veía desheredado para siempre del cielo y expuesto para siempre a la cólera divina. En los albores del mundo el justo Abel solicitaba la clemencia del Creador irritado, inmolando sobre un altar de césped el más lucido cordero de su rebaño, hasta que, cordero él mismo, cayó a los golpes de un fratricida, convirtiéndose de este modo en el modelo vivo del nuevo Cordero, a quien también sus propios hermanos condenaron a muerte. Más tarde, Abraham, sobre la montaña consumaba el sacrificio comenzado por su heroica obediencia, inmolando el carnero cuya cabeza estaba rodeada de zarzas y cuya sangre tiñó el altar levantado para Isaac. Más tarde, Dios habló a Moisés; le reveló la Pascua; esta Pascua consistía entonces en un cordero inmolado y en el festín de la carne de este cordero. La Santa Iglesia nos ha hecho leer estos días en el libro del Exodo lo que a este respecto había mandado el Señor. El cordero pascual no debía tener ninguna mancha; se debía derramar su sangre y comer su carne; tal era la primera Pascua. Está llena de figuras, aunque vacía de realidades; con todo había de bastar al pueblo de Dios durante quince siglos; pero el Judío espiritual sabía vislumbrar allí las huellas misteriosas de otro Cordero.

El verdadero Cordero. — Después que llegada la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo a la tierra, caminaba una vez este Verbo

poseyeron en otro tiempo, han recobrado, por inagotable poder de la sangre divina, su integridad primera. Toda la asamblea de los fieles se ha revestido de la veste nupcial; y este vestido es de un brillo deslumbrante, porque "ha sido blanqueado en la sangre del mismo Cordero." (*Apoc.*, VII, 14.)

El festín pascual. — Pero esta vestidura se nos ha dado para un festín, y en este festín encontramos otra vez a nuestro Cordero. Es él mismo el que se da en comida a sus felices convidados; y el festín es la Pascua. Las *actas* del Apóstol San Andrés se expresan de este modo: "La carne del Cordero sin mancha sirve de comida al pueblo que tiene fe en Cristo; su sangre le sirve de bebida; y aunque inmolado, este Cordero permanece siempre íntegro y vivo." Este festín se celebró ayer en toda la tierra; se prolonga también en estos días en los que contraemos una estrecha unión con el Cordero que se incorpora a nosotros por este divino manjar.

Reinado del Cordero. — Pero no está dicho todo cuanto se puede decir del Cordero. No viene solamente para ser inmolado, para alimentarnos con su sagrada carne. ¿Vendrá a mandar y a ser Rey? Sí, así es, y en eso consiste también nuestra Pascua. Pascua es la proclamación del reinado del Cordero. Es el grito de los elegidos en el cielo: "Ha vencido el León de la tribu de Ju-

dá, el descendiente de David." (*Apoc.*, V, 5.) Pero, si es León, ¿cómo es Cordero? Entendamos el misterio. En su amor hacia los hombres, que necesitaban ser redimidos, ser fortificados con un alimento celestial, se dignó mostrarse como Cordero; mas convenía también que triunfase de sus enemigos y de los nuestros; convenía que reinase, "porque todo poder le ha sido dado en el cielo y sobre la tierra." (*San Mat.* XXVIII, 18.) En su triunfo, en su poder invencible, es un León al que nada se le resiste, cuyos rugidos de victoria conmueven hoy al universo. Escuchad a San Efrén: "A la hora duodécima se le desclava de la cruz como al león dormido" [1]. Estaba muerto nuestro León; "su reposo fué tan breve, dice San León Magno, que, se diría sueño más bien que muerte" [2]. No era sino el cumplimiento del oráculo de Jacob, el cual estando para morir anunció con dos mil años de anticipación las grandezas de su ínclito descendiente, diciendo lleno de alborozo: "Cachorro de León eres, Judá. Para descansar te has echado como león y a manera de leona. ¿Quién osará despertarle?" (*Genes.*, XLIX, 9.) Por sí mismo se ha despertado hoy; se yergue sobre sus propios pies. Cordero para nosotros y León para sus enemigos, juntará en lo sucesivo la dulzura con la fuerza. Es el misterio completo de la Pascua: un Cordero triunfante, obediente, adorado.

---

[1] *In Sanctam Parasceven, et in Crucem et Latronem.*
[2] Primer Sermón sobre la Resurrección.

Tributémosle nuestros homenajes; y en tanto que podamos unir nuestras voces en el cielo a aquellas de los millones de ángeles y de los veinticuatro ancianos, repitamos con ellos desde ahora sobre la tierra. "Digno es el Cordero, que ha sido inmolado, de recibir el poder, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición." (*Apoc.*, V, 12.)

LA SUBLIMIDAD DE ESTA SEMANA. — La antigua Iglesia guardaba todos los días de esta semana como una fiesta continua; y los trabajos serviles se interrumpían durante ella. El edicto de Teodosio, en 389, que suspendía la actuación de los tribunales durante dicho intervalo, venía a confirmar esta prescripción litúrgica, que encontramos atestiguada en los Sermones de San Agustín y en las Homilías de San Juan Crisóstomo. Este último, hablando a los neófitos, se expresaba de este modo: "Durante estos siete días, gozáis de la enseñanza de la divina doctrina, la asamblea de los fieles se reune para vosotros, os admitimos a la mesa espiritual; de este modo os armamos y os ejercitamos en los combates contra el demonio. Porque ahora es cuando se prepara a atacaros con más furor; cuanto mayor es vuestra dignidad, más pertinaz será su ataque. Aprovechaos, pues, de nuestras enseñanzas durante este intervalo y aprended a luchar valientemente. Recordad también en estos siete días el ceremonial de las bodas espirituales

encarnado, que aún no se había manifestado a los hombres, a orillas del Jordán, y entonces San Juan mostrándole a sus discípulos, dijo: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo." El Santo Precursor en aquel momento anunciaba la Pascua; ya que advertía a los hombres que por fin la tierra poseía al Cordero verdadero, al Cordero de Dios tanto tiempo deseado. Había llegado el Cordero más puro que aquel de Abel, más misterioso que aquel de Abraham, más inmaculado que aquel que ofrecieron en Egipto los israelitas. Es verdaderamente el Cordero implorado con tanta insistencia por Isaías, Cordero enviado por el mismo Dios, en una palabra, el Cordero de Dios. Un poco de tiempo, y será inmolado. Hace tres días asistimos a su sacrificio; vimos su paciencia, su mansedumbre bajo del cuchillo que le degollaba, y fuimos teñidos de su sangre divina, que lavó todos nuestros pecados.

VIRTUD DE LA SANGRE DEL CORDERO. — El derramamiento de esta sangre redentora era necesaria para nuestra Pascua; era necesario que fuésemos marcados con ella para librarnos de la espada del Angel; al mismo tiempo, esta sangre nos comunicaba la pureza de aquel que nos la daba tan liberalmente. Nuestros neófitos salían de la fuente en la que él infundió su virtud, más blancos que la nieve; aun los pecadores, que habían tenido la desdicha de perder la gracia que

que habéis tenido la gloria de contraer. La solemnidad de las bodas dura siete días; hemos querido, durante todo este tiempo, reteneros en la cámara nupcial"[1].

Tal era entonces el celo de los fieles, su aprecio por las solemnidades de la Liturgia, la solicitud con que ellos rodeaban a los neófitos de la Iglesia en estos días, prestándose con diligencia a todos los actos exigidos de ellos durante esta semana. El júbilo de la resurrección llenaba todos los corazones y ocupaba todos los instantes. Los concilios promulgaron cánones que erigían en ley esta costumbre. El de Mâcon, en 585, formulaba así su decreto: "Debemos todos celebrar y festejar con celo nuestra Pascua, en la cual el Sumo Sacerdote y Pontífice ha sido inmolado por nuestros pecados, y honrarla guardando con exactitud las prescripciones que nos impone. Nadie se permitirá, pues, durante estos seis días, los que seguían al domingo, obra alguna servil; y todos se reunirán para cantar los himnos de la Pascua, asistiendo con asiduidad a los sacrificios cotidianos y juntándose para alabar a nuestro creador y regenerador por la tarde, por la mañana y al mediodía"[2]. Los concilios de Maguncia (813) y de Meaux (845) establecen esas mismas prescripciones. Las encontramos también en España, en el siglo VII, en los edictos de los reyes Recesvinto y Wamba. La Igle-

[1] 5.ª Homilía sobre la Resurrección.
[2] Canon II. Labbe, t. V.

sia griega las renovó en su concilio *in Trullo;* Carlomagno, Luis el Piadoso, Carlos el Calvo, las sancionaron en sus capitulares; los canonistas del siglo XI y XII, Burkard, San Yvo de Chartres, Graciano, nos las presentan en uso en su tiempo: finalmente Gregorio IX procuraba aún darlas fuerza de ley en una de sus Decretales, en el siglo XIII. Pero ya en muchos lugares esta observancia había aflojado. El concilio celebrado en Constanza en 1094 reducía la solemnidad de la Pascua al lunes y al martes. Los liturgistas Juan Beleth, siglo XII, y Durando, siglo XIII, atestiguan que desde su tiempo esta reducción estaba ya en uso entre los franceses. No tardó en extenderse en todo el Occidente y formó el derecho común para la celebración de la Pascua, hasta que el relajamiento creciente por doquier, obtuvo sucesivamente de la Sede Apostólica la dispensa de la obligación de guardar el Martes, y aun el Lunes; dispensa que ha convertido en ley general para toda la Iglesia el Código de Derecho Canónico.

Para comprender plenamente la Liturgia hasta el domingo *in albis,* es, por tanto necesario recordar constantemente a los neófitos, siempre presentes con sus vestiduras blancas a la Misa y a los oficios divinos. Las alusiones a su reciente regeneración son continuas y aparecen sin cesar en los cantos y en las lecturas durante el curso de esta solemne octava.

La Estación. — En Roma la estación de hoy es en la Basílica de San Pedro. Iniciados el último sábado en los divinos misterios en la Basílica del Salvador, en Letrán, los neófitos hoy celebran la resurrección del Hijo en el espléndido santuario de la Madre; es justo que en este tercer día vengan a tributar sus homenajes a Pedro, sobre el cual descansa todo el edificio de la Santa Iglesia. Jesús Salvador, María, Madre de Dios y de los hombres, Pedro, Jefe visible del cuerpo místico de Cristo: estas son las tres manifestaciones por las cuales hemos entrado y nos hemos mantenido en la Iglesia cristiana.

MISA

El Introito, sacado del Exodo, se refiere a los neófitos de la Iglesia. Les recuerda la leche y la miel misteriosa que les fueron dadas en la noche del Sábado, después de haber comulgado. Ellos son el verdadero Israel, introducido en la verdadera Tierra prometida. Alaben, pues, al Señor, que los ha escogido para hacer de ellos su pueblo de predilección.

INTROITO

Os introdujo el Señor en una tierra que mana leche y miel, aleluya: para que la ley del Señor esté siempre en vuestra boca, aleluya, aleluya. — *Salmo:* Confesad al Señor, e invocad su nombre: anunciad entre las gentes sus obras. ℣. Gloria al Padre.

Al contemplar a Cristo librado de los lazos de la muerte, la Santa Iglesia pide a Dios que nosotros, los miembros de este divino Jefe, consigamos la liberación de la que Jesús nos ofrece el modelo. Sojuzgados tanto tiempo por el pecado, debemos comprender ahora el precio de esta libertad de hijos de Dios que nos fué restituída por la Pascua.

COLECTA

Oh Dios, que con la solemnidad pascual diste remedios al mundo: suplicámoste sigas favoreciendo a tu pueblo con tus celestiales dones; para que merezca conseguir la perfecta libertad, y avance hacia la vida eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

EPISTOLA

Lección de los Hechos de los Apóstoles (X, 37-43).

En aquellos días, estando Pedro de pie en medio de la plebe, dijo: Varones hermanos, vosotros sabéis lo que fué divulgado por toda la Judea, comenzando desde Galilea, después del bautismo que predicó Juan, tocante a Jesús de Nazaret: cómo le ungió Dios con el Espíritu Santo y con poder; el cual pasó haciendo bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él. Y nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la región de los judíos, y en Jerusalén, al cual mataron colgándole de un madero. A éste resucitó Dios al tercer día, y le hizo manifestarse no a todo el pueblo, sino a los testigos predestinados por Dios; a nosotros, que comimos y bebimos con él, después que resucitó de entre los muertos. Y nos mandó predicar al pueblo, y atestiguar que él es el que ha sido constituído por Dios juez de vivos y muertos. De él atestiguan todos los Profetas que, todos los que crean en él, recibirán por su nombre el perdón de los pecados.

Misión de Cristo y de los Apóstoles. — San Pedro dirigió este discurso al centurión Cornelio, y a los parientes y amigos de este gentil, que los había reunido en torno a sí para recibir al Apóstol que Dios le enviaba. Tratábase de disponer todo este auditorio para recibir el bautismo y para que llegase a ser las primicias de la gentilidad; porque hasta entonces el Evangelio no había sido anunciado más que a los judíos. Consideremos que San Pedro, y no otro Apóstol, es quien nos abre hoy, a nosotros gentiles, las puertas de la Iglesia, que el Hijo de Dios estableció sobre él como sobre roca inquebrantable. Por eso, este pasaje del libro de los Actos de los Apóstoles se lee hoy en la Basílica de San Pedro, cerca de su Confesión, y en presencia de los neófitos, que son otras tantas conquistas de la fe sobre los últimos seguidores de la idolatría pagana. Observemos asimismo el método que emplea el Apóstol para inculcar a Cornelio y a los de su casa la verdad del cristianismo. Comienza por hablarles de Jesucristo; recuerda los prodigios que han acompañado su misión; después, habiendo referido su muerte ignominiosa sobre la cruz, propone el hecho de la Resurrección del Hombre-Dios como la más alta garantía de la verdad de su carácter divino. A continuación viene la misión de los Apóstoles que es necesario aceptar, así como su testimonio tan solemne y desinteresado, ya que no les ha ocasionado más que persecuciones. Aquel, pues, que confiese al

Hijo de Dios revestido de la carne, pasando por este mundo haciendo el bien, obrando toda suerte de prodigios, muriendo sobre la cruz, resucitado del sepulcro, y confiando a los hombres que él escogió la misión de continuar sobre la tierra el ministerio que él había comenzado; aquel que confiesa toda esta doctrina, está dispuesto a recibir en el bautismo la remisión de sus pecados; ésta fué la suerte feliz de Cornelio y de sus compañeros; tal ha sido la de nuestros neófitos.

Se canta a continuación el Gradual, que presenta la expresión ordinaria de la alegría pascual, sólo el Versículo es diferente del de ayer y varía cada día hasta el viernes. El versículo del Aleluya nos vuelve a evocar al Angel que desciende del cielo para abrir el sepulcro vacío y manifestar la salida victoriosa del Redentor.

GRADUAL

Este es el día que hizo el Señor: gocémonos y alegrémonos en él. ℣. Diga ahora Israel que es bueno: que su misericordia es eterna.

Aleluya, aleluya. ℣. El ángel del Señor bajó del cielo; y acercándose, separó la piedra y se sentó sobre ella.

La Secuencia *Victimae paschali*, página 64.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Lucas (24, 13-35).

En aquel tiempo iban dos discípulos el mismo día a una aldea, que estaba a sesenta estadios (8 km.) de

Jerusalén, llamada Emaús. Y hablaban entre sí de todo lo que había sucedido. Y acaeció que, mientras conversaban y se preguntaban mutuamente, acercándose a ellos Jesús en persona, caminó con ellos: pero sus ojos estaban velados, para que no le conocieran. Y díjoles: ¿Qué habláis entre vosotros mientras camináis, y por qué estáis tristes? Y respondiendo uno, llamado Cleofás, le dijo: ¿Tú sólo eres el peregrino en Jerusalén que no ha sabido lo ocurrido en ella estos días? Entonces él les dijo: ¿Qué? Y dijeron ellos: Lo de Jesús Nazareno, que fué un varón profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo: y cómo le condenaron a muerte los sumos pontífices y nuestros príncipes, y le crucificaron. Mas nosotros esperábamos que él había de redimir a Israel: y ahora, sobre todo esto, hoy es el tercer día que ha sucedido esto. Aunque también unas mujeres de las nuestras nos han asustado, porque fueron al sepulcro antes del día, y sin encontrar su cuerpo, volvieron diciendo que habían visto una aparición de Angeles, los cuales dicen que él vive. Y fueron al sepulcro algunos de los nuestros: y hallaron como habían dicho las mujeres, pero a él no le encontraron. Entonces él les dijo: ¡Oh estultos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los Profetas! ¿No fué necesario que Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria? Y, comenzando por Moisés y por todos los Profetas, les interpretó todas las Escrituras que hablaban de él. Y se acercaron a la aldea donde iban: y él fingió ir más lejos. Y le obligaron, diciendo: Quédate con nosotros, porque anochece y ya se acaba el día. Y entró con ellos. Y sucedió que, mientras estaba sentado a la mesa con ellos, tomó el pan y lo bendijo, y lo partió, y se lo alargó. Y se abrieron sus ojos, y le conocieron, y él se desvaneció ante sus ojos. Y se dijeron mutuamente: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, cuando nos hablaba en el camino, y nos declaraba las Escritu-

ras? Y, levantándose luego, volvieron a Jerusalén: y encontraron reunidos a los doce y a los que estaban con ellos, diciendo: El Señor ha resucitado verdaderamente, y se ha aparecido a Simón. Y ellos contaron también lo que les había pasado en el camino: y cómo le conocieron en la fracción del pan.

El sentido de la prueba. — Contemplemos a estos tres peregrinos que conversan en el camino de Emaús y unámonos a ellos con el corazón y el pensamiento. Dos de ellos son hombres frágiles como nosotros, que tiemblan ante la tribulación, que se sienten desconcertados por la cruz y que necesitan la gloria y la prosperidad para continuar creyendo. "¡Oh insensatos y tardos de corazón!", les dice el tercer viajero. ¿No era necesario que el Mesías padeciese todos esos trabajos para entrar en su gloria?" Hasta aquí nuestro retrato ha sido muy semejante al de estos dos hombres; más parecemos judíos que cristianos; y por esto el amor de las cosas terrestres nos ha hecho insensibles a la atracción celestial y por lo mismo nos ha expuesto al pecado. En adelante no podemos ya pensar así. Los esplendores de la Resurrección de nuestro Maestro nos muestran con suficiente viveza cuál es el fin de la tribulación, cuando Dios nos la envía. Sean las que fueren nuestras pruebas, no podrán compararse con ser clavados a un patíbulo, ni crucificados entre dos malhechores. El Hijo de Dios sufrió esta suerte; y considerad hoy si los suplicios del viernes han detenido la ascen-

sión que había de emprender el domingo hacia su reinado inmortal. ¿Su gloria no ha sido tanto más deslumbrante cuanto más profunda fué su humillación?

No temblemos, pues, en adelante ante el sacrificio; pensemos en la felicidad eterna que le recompensará. Jesús, a quien los dos discípulos no reconocieron, no tuvo sino hacerles oír su voz y describirles los planes de la sabiduría y de la bondad divinas, y hubo claridad meridiana en sus espíritus. ¿Qué digo? Su corazón se encendía y ardía en su pecho, oyéndole tratar de cómo la cruz conduce a la Gloria; y si ellos no le descubrieron en seguida, fué porque él velaba sus ojos para que no le conociesen.

Eso pasará en nosotros si dejamos, como ellos, hablar a Jesús. Entonces comprenderemos que "el discípulo no está sobre el maestro". *(S. Mat.,* X, 24); y contemplando el resplandor que hoy ilumina a este Maestro, nos sentiremos inclinados a exclamar: "No, los padecimientos de este mundo transitorio no guardan proporción con la gloria que se manifestará más tarde en nosotros." *(Rom.,* VIII, 18.)

El efecto de la Eucaristía. — En estos días en que los esfuerzos del cristiano por su regeneración son pagados con el honor de sentarse, con vestidura nupcial, a la mesa del festín de Cristo, no podemos menos de hacer resaltar que

fué en el momento de la fracción del pan, cuando los ojos de los discípulos se abrieron y reconocieron a su maestro. El alimento celestial, cuya virtud procede toda de la palabra de Cristo, da la luz a las almas; y ellas ven entonces lo que no habían visto antes. Así ocurrirá en nosotros por efecto del sacramento de la Pascua; pero consideremos lo que nos dice a este respecto el autor de la *Imitación:* "Conocen verdaderamente a su Señor en el partir del pan, aquellos cuyo corazón arde vivamente porque Jesús anda en su compañía." (L., IV, c. XIV.) Entreguémonos, pues, a nuestro divino resucitado; en adelante le pertenecemos más que nunca, no solamente en virtud de su muerte, que padeció por nosotros, sino a causa de su resurrección, que también realizó por nosotros. A semejanza de los discípulos de Emaús, fieles y gozosos, como ellos, solícitos a ejemplo suyo, mostremos en nuestras obras la *renovación de vida,* que nos recomienda el Apóstol, y que sólo conviene a aquellos a quienes Cristo ha amado hasta no querer resucitar sino con ellos.

La Iglesia escogió este pasaje del Evangelio con preferencia a otro, por razón de la Estación que se celebra en San Pedro. En efecto, San Lucas nos refiere en él que los dos discípulos encontraron a los Apóstoles informados ya de la resurrección de su Maestro; "porque, decían, se ha aparecido a Simón". Hablamos ayer de este favor hecho al príncipe de los Apóstoles.

El Ofertorio está compuesto de un pasaje del santo Evangelio referente a las circunstancias de la Resurrección de Cristo.

OFERTORIO

El Angel del Señor bajó del cielo y dijo a las mujeres: El que buscáis, ha resucitado, según lo dijo. Aleluya.

En la Secreta la Iglesia pide en favor de sus hijos que el manjar pascual sea para ellos un alimento de inmortalidad, que una los miembros a su Jefe, no solamente en el tiempo, sino hasta en la vida eterna.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, recibas las preces de tu pueblo con la ofrenda de estas hostias: para que lo inaugurado con los misterios pascuales, nos sirva, por obra tuya, de remedio eterno. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Durante la Comunión la Iglesia evoca a los fieles el recuerdo de Pedro, que fué favorecido con la visita del Salvador resucitado. La fe de la Resurrección es la fe de Pedro, y la fe de Pedro es el fundamento de la Iglesia y el lazo de la unidad católica.

COMUNION

Resucitó el Señor y se apareció a Pedro. Aleluya.

En la Poscomunión la Iglesia continúa pidiendo para todos sus hijos, comensales del mismo festín del Cordero, el espíritu de concordia que debe unirlos como miembros de una misma familia, cuya inolvidable fraternidad la nueva Pascua ha venido a sellar.

POSCOMUNION

Infúndenos, Señor, el espíritu de tu caridad: para que, a los que has saciado con los sacramentos pascuales, los unifiques con tu piedad. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

MARTES DE PASCUA

El tránsito del Señor. — El Cordero es nuestra Pascua; ayer lo reconocimos; pero el misterio de la Pascua dista mucho de estar agotado. He aquí otras maravillas que reclaman nuestra atención. El libro sagrado nos dice: "La Pascua es el *tránsito* del Señor." *(Exodo,* XII, 12); y el Señor, hablando él mismo, añade: "yo pasaré esta misma noche por la tierra de Egipto; heriré a todos los primogénitos en Egipto, desde el hombre hasta la bestia; y ejerceré mi juicio sobre todos los dioses de Egipto, yo el Señor". La Pascua es, pues, un día de justicia, un día terrible para los enemigos del Señor; pero es al mismo tiempo y por lo mismo el día de la

liberación para Israel. El Cordero acaba de ser inmolado, y su inmolación es el preludio de la manumisión del pueblo santo.

LA CAUTIVIDAD DE LOS HEBREOS. — Israel está sumido en la más afrentosa cautividad bajo de los Faraones. Una odiosa esclavitud pesa sobre él; los niños varones son entregados a la muerte; es el fin de la raza de Abraham, sobre la que descansan las promesas de la salvación universal; ya es tiempo de que el Señor intervenga y que se muestre el León de la tribu de Judá, al cual nadie podrá resistir.

LA CAUTIVIDAD DEL GÉNERO HUMANO. — Pero Israel representa aquí a un pueblo más numeroso que él. Es todo el género humano el que gime cautivo debajo de la tiranía de Satanás, el más cruel de los Faraones. Su servidumbre ha llegado al colmo; dominado por las más abominables supersticiones, prodiga a la materia sus ignominiosas adoraciones. Dios está ausente de la tierra, donde todo se ha divinizado, excepto Dios. La sima abierta del infierno sepulta a todas las generaciones casi en su totalidad. ¿Habrá trabajado Dios contra sí mismo, al crear al género humano? No; mas es tiempo de que el Señor pase y haga sentir la fuerza de su brazo.

LA CAUTIVIDAD DE CRISTO. — El auténtico Israel, el Hombre verdadero descendido del cielo,

también está cautivo. Sus enemigos prevalecieron contra él; y sus despojos sangrantes e inanimados fueron encerrados en la tumba. Los asesinos del Justo llegaron hasta sellar la piedra de su sepulcro; montaron guardia en él. ¿No es tiempo de que el Señor *pase* y confunda a sus enemigos con la rapidez victoriosa de su *paso?*

La liberación de los Hebreos. — Y en primer lugar, en el corazón de Egipto, después que cada familia israelita había inmolado y comido el cordero pascual, cuando hubo llegado el filo de la media noche, el Señor, según su promesa, *pasó* como un vengador terrible a través de aquella nación de corazón endurecido. El ángel exterminador le seguía e hirió con su espada a todos los primogénitos de aquel vasto imperio, "desde el primogénito del Faraón que se sentaba en el trono, hasta el primogénito de la cautiva que gemía en prisión, y hasta el primogénito de todos los animales". Un grito de dolor repercutió por doquier; pero el Señor es justo y su pueblo fué librado.

La resurrección de Cristo. — La misma victoria se renovó en estos días, cuando el Señor, a la hora en que las tinieblas luchaban todavía con los primeros rayos del sol, *pasó* a través de la piedra sellada del sepulcro, a través de sus guardias, hiriendo de muerte al pueblo primogénito, que no había querido "reconocer el tiem-

po de su visita." (*San Lucas*, XIX, 44.) La sinagoga había heredado la dureza del corazón de Faraón; quería retener cautivo a aquel de quien el profeta había dicho que sería "libre entre los muertos". (*Sal.*, LXXXVII, 6.) Entonces se dejan oír los gritos de una rabia impotente en los consejos de Jerusalén; pero el Señor es justo y Jesús se ha libertado a sí mismo.

La liberación del género humano. — Y el género humano, que Satanás hollaba debajo de sus pies, ¡cuán dichoso se ha sentido por el *paso* del Señor! Este generoso triunfador no quiso salir solo de su prisión; nos había adoptado a todos como hermanos y nos condujo a todos a la luz con él. Todos los primogénitos de Satanás son abatidos; toda la fuerza del infierno es quebrantada. Todavía un poco de tiempo y los altares de los falsos dioses serán derribados por doquier; un poco de tiempo más y el hombre, regenerado por la predicación evangélica, reconocerá a su creador y abjurará de los ídolos. Porque "hoy es la Pascua, es decir, el Paso del Señor".

La sangre del Cordero. — Pero considerad la alianza que une en una misma Pascua el misterio del Cordero con el misterio del Tránsito. El Señor pasa y manda al Angel exterminador que hiera al primogénito de todas las casas cuyo umbral no lleve la marca de la sangre del Cordero. Esta sangre protectora es la que desvía la

espada; y a causa de ella la divina justicia pasa a nuestro lado sin herirnos. Faraón y su pueblo no están protegidos por la sangre del Cordero; con todo, vieron raras maravillas y experimentaron castigos inusitados; pudieron comprobar que el Dios de Israel no es impotente como sus dioses; pero su corazón está más duro que la roca y ni las obras ni las palabras de Moisés pudieron ablandarle. El Señor los hiere, pues, y libra a su pueblo.

A su vez el ingrato Israel se obstina y, apasionado por sus sombras groseras, no reconoce otro Cordero que el cordero material. En vano sus Profetas le anunciaron que "un Cordero rey del mundo vendrá del desierto a la montaña de Sión". *(Isaías,* XVI, I.) Israel no quiere ver su Mesías en este Cordero; le mata con saña y furor; y continúa poniendo toda su confianza en la sangre de una víctima impotente para protegerle en lo sucesivo. ¡Será terrible el *paso* del Señor por Jerusalén, cuando la espada romana le siga, exterminando a derecha e izquierda a todo un pueblo!

Y los espíritus malignos que se habían burlado del Cordero, que le habían despreciado a causa de su mansedumbre y de su humildad, que llenos de frenesí, de alegría infernal, al verle arrojar hasta la última gota toda la sangre de sus venas sobre el árbol de la cruz, ¡qué decepción para su orgullo ver a este Cordero descen-

der en toda su majestad de León hasta los infiernos, para arrancar a los justos cautivos; después, sobre la tierra, llamar a toda criatura viviente "a la libertad de hijos de Dios!" *(Rom.,* VIII, 21.)

Tu paso, oh Cristo, es duro para tus enemigos, pero ¡cuán saludable para tus fieles! El primer Israel no le temió, porque estaba protegido por el signo de la sangre figurativa que señalaba la puerta de sus moradas. Nosotros somos más afortunados; nuestro Cordero es el Cordero de Dios mismo; y no son nuestras puertas las que son marcadas con su sangre; son nuestras almas las que son teñidas con ella. Tu Profeta, explicando más claramente el misterio, anunció seguidamente que serían perdonados, el día de tu justa venganza sobre Jerusalén, aquellos que llevasen en su frente la señal de la *Tau. (Ezeq.,* IX, 6.) Israel no lo quiso comprender. El signo de la *Tau* es el signo de tu Cruz; él nos ampara, nos protege y nos transporta de alegría, en esta Pascua de tu tránsito, en que todos tus castigos son para nuestros enemigos y todas tus bendiciones para nosotros.

La Estación. — En Roma la Estación es hoy en la Basílica de San Pablo. La Iglesia se apresura a conducir a los pies del Doctor de los Gentiles su reducido ejército de neófitos. Compañero de trabajos de Pedro en Roma y asociado a su martirio, Pablo no es el fundamento de la Igle-

sia; pero es el predicador del Evangelio a las naciones. Sintió los dolores y las alegrías del alumbramiento y sus hijos han sido innumerables. Desde el fondo de su tumba, sus huesos se estremecen de alegría a la llegada de sus nuevos hijos, ávidos de oír su palabra en las inmortales Epístolas en que todavía habla y hablará hasta la consumación de los siglos.

MISA

El Introito, sacado del libro del Eclesiástico, celebra la divina sabiduría de Pablo, que es como fuente siempre pura donde los cristianos van a beber, y cuya agua saludable les da la salud del alma y los prepara para la inmortalidad.

INTROITO

Les dió a beber el agua de la sabiduría, aleluya: ésta se fijará en ellos, y no se apartará, aleluya: y los ensalzará para siempre, aleluya, aleluya. — *Salmo:* Alabad al Señor e invocad su nombre: anunciad entre las gentes sus obras. ℣. Gloria al Padre.

La Iglesia glorifica a Dios en la Colecta, porque se digna hacerla fecunda cada año y darla los goces maternales en medio de las alegrías de la Pascua; a continuación implora para sus nuevos hijos la gracia de permanecer siempre conformes a su Maestro resucitado.

COLECTA

Oh Dios, que multiplicas tu Iglesia con una prole siempre nueva: haz que tus siervos conserven en su vida el sacramento que han recibido con fe. Por Jesucristo, nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de los Actos de los Apóstoles (XIII, 16. 26-33).

En aquellos días, levantándose Pablo, e imponiendo silencio con la mano, dijo: Varones hermanos, hijos de la raza de Abraham, y los que temen a Dios entre vosotros, a vosotros se os envía este mensaje de salud. Porque los que habitaban en Jerusalén, y sus príncipes, desconociendo a Jesús, y las voces de los Profetas, que se leen todos los sábados, juzgándole, las cumplieron y, no encontrando en él ninguna causa de muerte, pidieron a Pilatos autorización para matarle. Y, habiendo cumplido todo lo escrito acerca de él, bajándole del madero, le pusieron en un sepulcro. Pero Dios le resucitó de entre los muertos al tercer día: y fué visto durante muchos días, por los que habían subido con él de Galilea a Jerusalén, los cuales son hasta hoy día sus testigos ante el pueblo. También nosotros os anunciamos la promesa hecha a nuestros padres: porque Dios la cumplió en nuestros hijos, resucitando a Nuestro Señor Jesucristo.

LA FE EN LA RESURRECCIÓN. — Este discurso que el gran Apóstol pronunció en Antioquía de Pisidia, en la Sinagoga de los judíos, nos muestra que el Doctor de los Gentiles seguía en sus enseñanzas el mismo método que el Príncipe de los Apóstoles. El punto capital de su predicación

era la Resurrección de Jesucristo: verdad fundamental, hecho supremo, que garantiza toda la misión del Hijo de Dios sobre la tierra. No basta creer en Jesucristo crucificado, si no se cree en Jesucristo resucitado; en este último dogma es donde está contenida toda la fuerza del cristianismo, así como sobre este hecho, el más incontestable de todos, descansa la certeza completa de nuestra fe. Así pues, ningún acontecimiento realizado aquí abajo puede compararse con aquel cuanto a la impresión que ha producido. Ved al mundo entero conmovido en estos días, al congregar la Pascua a tantos millones de hombres de toda raza y de todos los climas. Hace diez y nueve siglos que Pablo descansa en la Vía Ostiense; ¡cuántas cosas han desaparecido de la memoria de los hombres a pesar del mucho ruido que hicieron en su tiempo, desde que esta tumba recibió por vez primera los despojos del Apóstol! La ola de persecuciones anegó a la Roma cristiana durante más de doscientos años; hasta fué necesario, en el siglo III, desplazar por un tiempo estos huesos y ocultarlos en las Catacumbas. Viene después Constantino que elevó esta basílica y erigió este arco triunfal cerca del altar bajo del cual reposa el cuerpo del Apóstol. Desde entonces, ¡cuántos cambios, cuántos trastornos de dinastías, de formas de gobierno se han sucedido en nuestro mundo civilizado y fuera de él! Nada permanece inmutable sino la Iglesia eterna. Todos los años, desde hace más de 1.500, se dirige

a leer en la Basílica de San Pablo, cabe su tumba, este mismo discurso en que el Apóstol anuncia a los judíos la Resurrección de Cristo. Ante esta perpetuidad, ante esta inmutabilidad hasta en los detalles más secundarios, digamos también nosotros: Cristo ha resucitado verdaderamente; él es el Hijo de Dios, porque jamás ningún otro hombre señaló tan profundamente su mano en las cosas de este mundo visible.

GRADUAL

Este es el día que hizo el Señor: gocémonos y alegrémonos en él. ℣. Díganlo ahora los que han sido redimidos por el Señor: aquellos a quienes redimió del poder del enemigo y congregó de todas las regiones.

Aleluya, aleluya. ℣. Resucitó del sepulcro el Señor, que pendió por nosotros en el madero.

A continuación se canta la Secuencia *Victimae paschali*, página 64.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Lucas (XXIV, 36-47).

En aquel tiempo se presentó Jesús en medio de sus discípulos, y díjoles: Paz a vosotros: yo soy, no temáis. Pero ellos, turbados y asustados, creían ver un fantasma. Y díjoles: ¿Por qué os turbáis, y suben estos pensamientos de vuestros corazones? Ved mis manos y mis pies, porque soy yo mismo: palpad y ved: porque el espíritu no tiene carne y huesos, como véis que tengo yo. Y, habiendo dicho esto, les mostró las manos y los pies. Pero, dudando todavía ellos, y admirándose de gozo, les dijo: ¿Tenéis aquí algo que comer? Y ellos le

ofrecieron parte de un pez asado, y un panal de miel. Y, habiendo comido delante de ellos, tomando las sobras, se las dió a ellos. Y díjoles: Estas eran las palabras que os decía, cuando todavía estaba con vosotros, porque era necesario que se cumplieran todas las cosas escritas acerca de mí en la Ley de Moisés, y en los Profetas, y en los Salmos. Entonces les abrió el sentido, para que entendieran las Escrituras. Y díjoles: Porque así estaba escrito, y así convenía que Cristo padeciese, y resucitase al tercer día de entre los muertos, y se predicase en su nombre la penitencia y el perdón de los pecados a todas las gentes.

La paz. — Jesús se muestra a sus discípulos reunidos, la tarde misma de la Resurrección y se acerca a ellos deseándoles la paz. Es el deseo que nos dirige a nosotros mismos en la Pascua. En estos días él restablece por doquier la paz; la paz del hombre con Dios, la paz en la conciencia del pecador reconciliado, la paz fraterna de los hombres entre sí por el perdón y el olvido de las injurias. Recibamos este deseo de nuestro divino Resucitado y guardemos cristianamente esta paz que se digna traernos él mismo. En el instante de su nacimiento en Belén, los ángeles anunciaron esta paz a los hombres de buena voluntad; hoy Jesús mismo, habiendo realizado su obra de pacificación, viene en persona a traernos el fruto. La Paz: es su primera palabra a estos hombres que nos representaban a todos. Aceptemos con amor esta dichosa palabra, y mostremos desde ahora en todos los acontecimientos que somos los hijos de la paz.

Imperfección de la fe. — La actitud de los Apóstoles en esta escena impresionante debe también fijar nuestra atención. Ellos conocen la Resurrección de su Maestro; se apresuraron a proclamarla a la llegada de los dos discípulos de Emaús; con todo, ¡cuán débil es su fe! La presencia inesperada de Jesús los turba; si se digna darles a palpar sus miembros para convencerlos, esta experiencia los asombra, los colma de alegría; pero aún permanece en ellos no sé qué fondo de incredulidad. Es necesario que el Salvador lleve su bondad hasta comer delante de ellos, para convencerlos plenamente de que es él mismo y no un fantasma. Con todo, estos hombres antes de la visita de Jesús creían ya y confesaban su Resurrección. ¡Qué lección nos da este hecho del Evangelio! Ellos creen pero con una fe tan débil que el menor choque los hace vacilar; piensan tener la fe y apenas si ha aflorado en su alma. Con todo, sin la fe, sin una fe viva y enérgica, ¿qué podemos hacer en medio de la lucha que debemos sostener constantemente contra los demonios, contra el mundo y contra nosotros mismos? Para luchar, la primera condición es estabilizarse sobre una base resistente; el atleta cuyos pies descansan sobre la arena movediza no tardará en ser derribado. Es muy común hoy día esta fe vacilante, que cree hasta que se presenta la prueba de esta misma fe, continuamente socavada por un naturalismo sutil, que es difícil dejar de respirar en mayor o

menor grado, en esta atmósfera pestilencial que nos rodea. Pidamos sin cesar la fe, una fe invencible, sobrenatural, que sea el móvil de nuestra vida entera, que no retroceda nunca, que triunfe siempre dentro y fuera de nosotros; para que podamos aplicarnos con verdad el dicho del Apóstol San Juan: "Nuestra fe es la victoria que pone al mundo entero debajo de nuestros pies." *(I San Juan,* V, 4.)

En el Ofertorio, la Iglesia, haciendo suyas las palabras de David, nos muestra las fuentes brotando de la tierra a la voz tonante del Señor. Esta voz majestuosa es la predicación de los Apóstoles y particularmente la de San Pablo; estas fuentes son las del Bautismo, en las que se sumergieron los neófitos para poder participar de la vida eterna.

OFERTORIO

El Señor tronó desde el cielo; el Altísimo emitió su voz, y brotaron fuentes de agua. Aleluya.

La Iglesia pide en la Secreta que el santo sacrificio nos ayude a caminar hacia la gloria infinita, cuyo camino es el Bautismo.

SECRETA

Recibe, Señor, las oraciones de los fieles con las hostias que te ofrecemos: a fin de que, por los deberes de nuestra piedad, alcancemos llegar a la gloria celestial. Por Jesucristo, nuestro Señor.

En la Antífona de la Comunión oímos a San Pablo dirigiéndose a los neófitos; les indica el camino seguro para llegar a ser imágenes fieles del Salvador resucitado.

COMUNION

Si resucitasteis con Cristo, buscad las cosas celestiales, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios, aleluya: gustad lo de arriba. Aleluya.

Unida a los deseos del Apóstol, pide la Iglesia para sus nuevos hijos, que acaban de participar del Misterio Pascual, la perseverancia en la vida nueva, de la que es principio y medio este divino sacramento.

POSCOMUNION

Oh Dios omnipotente, haz que la virtud del Misterio Pascual del que participamos, permanezca siempre en nosotros. Por Jesucristo, nuestro Señor.

MIERCOLES DE PASCUA

LIBERACIÓN DE EGIPTO Y DEL PECADO. — El nombre de Pascua significa en hebreo *paso, tránsito,* y ya expusimos ayer cómo ese gran día desde entonces se convirtió en sagrado, a causa del Tránsito del Señor; pero la palabra hebraica no expresa su significado total. Los antiguos Padres, acordes con los doctores judíos, nos enseñan que la Pascua es también para el pueblo

de Dios el Paso de Egipto a la tierra prometida. En efecto, estos tres hechos se conmemoran juntos en una misma noche: el festín religioso del cordero, la exterminación de los primogénitos de los Egipcios y la salida de Egipto. Hoy reconocemos una nueva figura de nuestra Pascua en este tercer hecho que continúa el desarrollo del misterio.

El momento en que Israel sale de Egipto para marchar hacia la tierra que es para él la patria predestinada, es el más solemne de su historia; pero esta salida y todas las circunstancias que la acompañan, forman un conjunto de figuras que no se descubren ni se esclarecen más que en la Pascua cristiana. El pueblo elegido se retira de en medio del pueblo idólatra y opresor del débil; en nuestra Pascua hemos visto a los neófitos salir valientemente del imperio de Satanás, que los tenía cautivos, y renunciar solemnemente a este orgulloso Faraón, a sus pompas y a sus obras.

EL MAR ROJO Y EL BAUTISMO. — En el camino que conduce a la tierra prometida, Israel encontró agua; y necesitó atravesar este elemento, tanto para sustraerse a la persecución del ejército del Faraón, como para penetrar en la patria feliz que destila leche y miel. Nuestros neófitos, después de haber renunciado al Faraón que los tenía esclavizados, también se han encontrado frente a las aguas; y, como ellos, no podían

tampoco huir del furor de sus enemigos, sino atravesando este elemento protector, ni penetrar en la región de sus esperanzas sino después de haber dejado tras de sí las aguas como baluarte inexpugnable.

Por la divina bondad, el agua que impide siempre al hombre correr, se convirtió para Israel en aliado compasivo y recibió orden de suspender sus leyes y de servir de libertadora del pueblo de Israel. Del mismo modo, también la fuente sagrada, convertida en auxiliar de la gracia divina, como nos lo enseñó la Iglesia en la solemnidad de Epifanía, ha sido el refugio, el auxilio seguro de aquellos que en sus ondas no han tenido que temer el poder que Satanás reivindicaba sobre ellos.

En pie y tranquilo en la otra orilla, Israel contempla los cadáveres flotantes de Faraón y de sus guerreros, los carros de combate y los escudos, juguete de las olas. Al salir de la fuente bautismal, nuestros neófitos sumergieron su mirada en esta agua purificadora y vieron hundidos para siempre sus pecados, enemigos más formidables que Faraón y su pueblo.

CAMINO HACIA LA TIERRA PROMETIDA. — Después Israel se dirigió gozoso a la tierra bendita que Dios determinó darle en herencia. En el camino oirá la voz del Señor que le dará él mismo su ley; calmará su sed con las aguas puras y refrigerantes que brotarán de las rocas a través de

los arenales del desierto y recogerá para alimentarse el maná que le enviará el cielo cada día. Del mismo modo, nuestros neófitos comienzan a caminar sin obstáculos hacia la patria celestial que es su tierra prometida. El desierto de este mundo, que tienen que atravesar, no tendrá para ellos peligros ni molestias, porque el Divino Legislador los instruirá por sí mismo en su ley, no entre relámpagos y truenos como lo hizo para Israel, sino de corazón a corazón, y con voz dulce y compasiva como la que maravilló a los discípulos en el camino de Emaús. Ya no les faltarán las aguas bulliciosas; hace algunas semanas oíamos al Maestro hablando con la Samaritana, prometer que haría brotar una fuente viva para aquellos que le adorasen en espíritu y en verdad. En fin, un maná celestial, muy superior al de Israel, porque asegura la inmortalidad a los que de él se nutren, será su alimento deleitoso y fortificante.

También nuestra Pascua es el Tránsito hacia la tierra prometida; pero con una realidad y una verdad que el antiguo Israel no conoció en las grandes cosas que la figuraban. Festejemos, pues, nuestro tránsito de la muerte original a la vida de la gracia por el santo Bautismo; y aunque el aniversario de nuestra regeneración no sea el día de hoy, no dejemos por esto de celebrar la feliz emigración que hicimos del Egipto del mundo a la Iglesia de Cristo; ratifiquemos con alegría y reconocimiento nuestra renuncia

solemne a Satanás, a sus pompas y a sus obras, a cambio de la cual la bondad de Dios nos ha otorgado tales beneficios.

IDENTIFICACIÓN EN CRISTO POR EL BAUTISMO. — El Apóstol de los Gentiles nos revela otro misterio del agua bautismal que completa éste y se aúna paralelamente con el misterio de la Pascua. Nos enseña que desaparecimos en esta agua, como Cristo en su sepulcro, y que morimos y fuimos sepultados con él *(Rom.*, VI, 4.) Acababa entonces para nosotros nuestra vida de pecadores, pues para vivir en Cristo, era preciso morir al pecado. Contemplando las fuentes sagradas en las cuales fuimos regenerados pensemos que son la tumba donde enterramos al hombre viejo, que no ha de volver a levantarse más. El bautismo por inmersión, usado antes por largo tiempo y que todavía hoy es el que se administra en muchas partes, era una imagen sensible de ese sepultarse; el neófito desaparecía por completo debajo del agua; parecía muerto a su vida anterior, como Cristo a su vida mortal. Pero, así como el Redentor no permaneció en la tumba, sino que resucitó a una vida nueva, del mismo modo también, según la doctrina del Apóstol *(Col.*, II, 12), los bautizados resucitan con él en el instante en que salen del agua, y reciben las arras de la inmortalidad y de la gloria, por ser miembros vivos y auténticos de este Jefe, que no tiene nada de común con la muerte. Y tam-

bién en esto consiste la Pascua, es decir en el paso de la muerte a la vida.

En Roma la Estación se celebra en la Basílica de San Lorenzo Extramuros. Es el principal de los numerosos santuarios que la Ciudad Santa ha consagrado a la memoria de su más ilustre mártir, cuyo cuerpo descansa debajo del altar mayor. Los neófitos eran llevados en este día junto a la tumba de este generoso atleta de Cristo, para que allí bebiesen la verdadera fortaleza en la confesión de la fe e invencible fidelidad a su bautismo. Durante muchos siglos el recibir el bautismo fué una aceptación del martirio; en todo tiempo es un alistamiento en la milicia de Cristo, de la que nadie puede desertar sin incurrir en la pena de los traidores.

MISA

El Introito está formado con las palabras que el Hijo de Dios dirigirá a sus elegidos en el último día del mundo al abrirles su reino. La Iglesia las aplica a sus neófitos, elevando de este modo sus pensamientos hacia la felicidad eterna, cuya esperanza ha sostenido a los mártires en sus combates.

INTROITO

Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino, aleluya, que os ha sido preparado desde el principio del

mundo. Aleluya, aleluya, aleluya.— *Salmo:* Cantad al Señor un cántico nuevo: cantad al Señor, tierra toda. ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta la Iglesia recuerda a sus hijos que las fiestas de la Liturgia son un medio para arribar a las festividades de la eternidad. Este es el pensamiento y la esperanza que domina en todo el *Año litúrgico.* Debemos, pues, celebrar la Pascua temporal de manera que merezcamos ser admitidos a los goces de la Pascua eterna.

COLECTA

Oh Dios, que nos alegras con la anual solemnidad de la Resurrección del Señor: haz propicio que, por medio de estas fiestas temporales que celebramos, merezcamos llegar a los gozos eternos. Por el mismo Jesucristo, nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de los Actos de los Apóstoles (III, 12-15, 17-19).

En aquellos días, abriendo Pedro su boca, dijo: Varones israelitas, y los que teméis a Dios, oíd. El Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a Jesús, a quien vosotros entregasteis y negasteis delante de Pilatos, cuando éste juzgaba que debía ser absuelto. Vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis que se os diera el hombre homicida; en cambio, matasteis al Autor de la vida, al que Dios resucitó de entre los muertos, de lo que somos testigos nosotros. Y ahora, hermanos, sé que lo hicisteis por ignorancia, como también vuestros príncipes. Pero Dios, que había predicho por boca de los

Profetas que Cristo había de padecer, lo cumplió así. Arrepentíos, pues, y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados.

También hoy llega a nosotros la voz del Príncipe de los Apóstoles que proclama la Resurrección del Hombre-Dios. Cuando pronunció este discurso estaba acompañado de San Juan y acababa de obrar en una de las puertas del templo de Jerusalén su primer milagro, la curación de un cojo. El pueblo se había agrupado alrededor de los dos discípulos y por segunda vez Pedro tomaba la palabra en público. El primer discurso había conducido a tres mil al bautismo; éste conquistó cinco mil. El Apóstol ejerció verdaderamente en esas dos ocasiones el oficio de pescador de hombres, que el Salvador le asignó en otra ocasión, cuando le vió por primera vez.

Admiremos con qué caridad San Pedro invita a los judíos a reconocer en Jesús al Mesías que esperaban. Les da seguridad del perdón, a aquellos mismos que habían renegado de Cristo, y los disculpa atribuyendo a ignorancia una parte de su crimen. Ya que ellos han pedido la muerte de Jesús débil y humillado, consientan al menos hoy que está glorificado, en reconocerle por lo que es, y su pecado les será perdonado. En una palabra, humíllense y serán salvos. Dios llamaba de este modo a sí a los hombres rectos y de buena voluntad; y continúa haciéndolo en nuestros días. Jerusalén dió algunos; pero la mayor

parte rechazó la invitación. Lo mismo ocurre en nuestros días; roguemos y pidamos sin cesar para que la pesca sea cada vez más abundante y el festín de la Pascua más concurrido.

GRADUAL

Este es el día que hizo el Señor: gocémonos y alegrémonos en él. ℣. La diestra del Señor ejerció su poder, la diestra del Señor me ha exaltado.

Aleluya, aleluya. ℣. El Señor resucitó verdaderamente y se apareció a Pedro.

A continuación se canta la secuencia de la Misa del día de Pascua, *Victimae paschali*, página 64.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Juan (XXI, 1-14).

En aquel tiempo se manifestó otra vez Jesús a sus discípulos junto al mar de Tiberiades. Y se manifestó así: Estaban juntos Simón Pedro y Tomás, el llamado Dídimo, y Natanael, que era de Caná de Galilea, y los hijos del Zebedeo, y otros dos discípulos suyos. Díjoles Simón Pedro: Voy a pescar. Dijéronle ellos: Vamos también nosotros contigo. Y salieron y subieron a la barca: y aquella noche no pescaron nada. Y, llegada la mañana, se presentó Jesús en la orilla: pero los discípulos no conocieron que era Jesús. Díjoles, pues, Jesús: Muchachos: ¿tenéis algo que comer? Respondiéronle: No. Díjoles: Lanzad la red a la derecha de la barca y encontraréis. Y la lanzaron: y ya no podían sacarla fuera, por la multitud de los peces. Dijo entonces a Pedro aquel discípulo a quien amaba Jesús: ¡Es el Señor! Cuando oyó Simón Pedro que era el Señor,

se ciñó la túnica (pues estaba desnudo), y se echó al mar. Y los otros discípulos vinieron con la barca (porque no estaban lejos de la orilla, sino sólo a unos doscientos codos), trayendo la red con los peces. Y, cuando bajaron a tierra, vieron unas brasas preparadas, y un pez sobre ellas, y un pan. Díjoles Jesús: Traed los peces que habéis pescado ahora. Subió Simón Pedro, y trajo a tierra la red, llena de ciento cincuenta y tres peces grandes. Y, a pesar de ser tantos, la red no se rompió. Díjoles Jesús: Venid, comed. Y nadie de los que comían se atrevió a preguntarle: ¿Quién eres tú?, sabiendo que era el Señor. Y fué Jesús, y tomó el pan, y se lo dió. Y lo mismo el pez. Esta fué la tercera vez que se apareció Jesús a sus discípulos después de resucitar de entre los muertos.

EL MISTERIO DE LA PESCA MILAGROSA. — Jesús se apareció a sus discípulos reunidos en la tarde del día de Pascua; y de nuevo se mostró a ellos ocho días después, como diremos luego. El Evangelio de hoy nos refiere una tercera aparición, que fué sólo para siete discípulos, a orillas del lago de Genesareth, llamado también por su vasta extensión el mar de Tiberiades. Nada más conmovedor que esta alegría respetuosa de los Apóstoles ante la aparición de su Maestro, que se digna servirles una comida. Juan, antes que ningún otro, ha notado la presencia de Jesús; no nos asombremos; su gran pureza esclareció la mirada de su alma; está escrito: "Bienaventurados los que tienen el corazón puro, porque ellos verán a Dios." *(San Mat.,* V, 8.) Pedro se arroja a las olas para llegar antes a la presencia

de su Maestro; se exteriorizaba como el Apóstol impetuoso, pero que ama más que los otros. ¡Cuántos misterios en esta admirable escena!

El fiel. — Existe ciertamente una pesca; es el ejercicio del apostolado para la Santa Iglesia. Pedro es el gran pescador; a él le toca determinar cuándo y cómo es preciso arrojar la red. Los otros Apóstoles se unen a él, y Jesús está con todos. Está atento a la pesca, él la dirige; porque el resultado es para él. Los peces son los fieles; pues, como lo hemos señalado en otra parte, el cristiano, en el lenguaje de los primeros siglos, es un pez. Sale del agua; y en el agua recibe la vida. Ya hemos visto antes cómo fué propicia a los israelitas el agua del Mar Rojo. En nuestro Evangelio encontramos también el Tránsito: el paso del agua del lago de Genesareth a la mesa del Rey del cielo. La pesca fué abundante, en lo cual se encierra un misterio que no nos es dado penetrar. Solamente al fin del mundo, cuando la pesca sea completa, entonces comprenderemos quiénes son estos ciento cincuenta y tres peces grandes. Este número misterioso significa, sin duda, otras tantas fracciones de la familia humana, conducidas sucesivamente al Evangelio por el apostolado; pero no habiéndose cumplido aún el tiempo, el libro permanece sellado.

Cristo. — De vuelta a la ribera, los Apóstoles se reunieron con su Maestro; pero he aquí que

encuentran la comida preparada para ellos: un pan, con un pez asado sobre carbones. ¿Qué simboliza este pez, que ellos no pescaron, que fué sometido al ardor del fuego y que va a servirles de alimento al salir del agua? La antigüedad cristiana nos explica este nuevo misterio: el pez es Cristo, que fué probado por los ardientes dolores de su Pasión, en los que el amor le devoró como fuego; se convirtió en alimento divino de aquellos que se purificaron atravesando las aguas. Ya hemos explicado en otro lugar cómo los primeros cristianos habían hecho una contraseña de la palabra *Pez* en lengua griega, porque las letras de esta palabra reproducen en dicha lengua las iniciales de los nombres del Redentor.

Pero Jesús quiere juntar en un mismo banquete consigo mismo, Pez divino, a esos otros peces de los hombres que la red de San Pedro sacó de las aguas. El festín de la Pascua tiene la virtud de fundir en una misma sustancia por el amor, al manjar y a los comensales, al Cordero de Dios y a los corderos hermanos suyos, al Pez divino y a estos otros peces a los cuales está unido por una indisoluble fraternidad. Inmolados con él, le siguen por doquier, en la pasión y en la gloria; testigo, el gran diácono Lorenzo, que ve hoy al rededor de su tumba a la feliz asamblea de los fieles. Imitador de su Maestro hasta sobre los carbones de la parrilla al rojo, comparte ahora, en una Pascua eter-

na, los esplendores de su victoria y los goces infinitos de su felicidad.

El Ofertorio, formado por las palabras del Salmo, celebra al maná que el cielo envió a los Israelitas después de cruzado el Mar Rojo; pero el nuevo maná es tan superior al primero que sólo alimentó el cuerpo, como la fuente bautismal, que lava los pecados, supera a las olas vengadoras que sumergieron a Faraón y a su ejército.

OFERTORIO

El Señor abrió las puertas del cielo: y les llovió maná para que comieran: les dió pan del cielo: pan de Angeles comió el hombre. Aleluya.

En la Secreta habla la Iglesia con efusión del Pan celestial que la alimenta y que es al mismo tiempo la Víctima del Sacrificio pascual.

SECRETA

Inmolamos, Señor, con pascuales gozos estos sacrificios, con los que se alimenta y nutre maravillosamente tu santa Iglesia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

"Aquel que hubiere comido de este Pan, dice el Señor, no morirá." El Apóstol nos dice en la Antífona de la Comunión: "Cristo resucitado ya no muere." Estos dos textos se unen para explicar el efecto de la Eucaristía en las almas. Al comer una carne inmortal es justo que ella nos comunique la vida que en ella reside.

COMUNION

Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no morirá, aleluya: la muerte no le dominará más. Aleluya, aleluya.

En la Poscomunión la Santa Iglesia pide que recibamos el fruto del alimento sagrado que acabamos de participar, el cual nos purifique y sustituya en nosotros al hombre viejo por el nuevo, que reside en Jesucristo resucitado.

POSCOMUNION

Dígnate, Señor, librarnos de las reliquias del hombre viejo; y haz que la participación de tu augusto sacramento nos confiera un nuevo ser. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

La bendición de los "Agnus Dei". — El Miércoles de Pascua es solemnizado en Roma con la bendición de los "Agnus Dei"; esta ceremonia la realiza el Papa el primer año de su pontificado, y después de siete en siete años. Los *Agnus Dei* son discos de cera sobre los cuales va impresa por un lado la imagen del Cordero de Dios y por el otro la de un santo. La costumbre de bendecirlos en la Pascua es muy antigua; se ha creído encontrar indicios en los monumentos de la liturgia desde el siglo v; pero los primeros documentos auténticos remontan solamente al siglo ix. El ceremonial actual es del siglo xvi.

Sería, pues, irracional decir que esta práctica fué instituída en memoria del bautismo de los neófitos, en la época en que se dejó de administrar este sacramento en las festividades pascuales. También parece demostrado que los neobautizados recibían cada uno de manos del Papa un *Agnus Dei* el Sábado de Pascua; de donde se debe concluir que la administración solemne del bautismo y la bendición de los *Agnus Dei* son dos ritos que han coexistido durante cierto tiempo.

La cera que se emplea en la confección de los *Agnus Dei* es la del cirio pascual del año anterior a la que se añade cera ordinaria: antiguamente se mezclaba también con santo Crisma. En la Edad Media, el cuidado de amasar esta cera y de grabar la marcas sagradas, pertenecía a los subdiáconos y a los acólitos del palacio; hoy se les ha asignado a los religiosos de la Orden del Cister que habitan en Roma en el monasterio de San Bernardo.

La ceremonia se celebra en el palacio pontifical, en una sala en la que se prepara un gran recipiente de agua bendita. El Papa se acerca al recipiente y recita esta oración:

"Señor Dios, Padre omnipotente, creador de los elementos, conservador del género humano, autor de la gracia y de la salud eterna; Tú, que has ordenado a las aguas que salían del paraíso regar toda la tierra; Tú, cuyo Hijo unigénito caminó a pie enjuto sobre las aguas y recibió el bautismo en su seno; que derramó el agua mezclada con la sangre de su sagrado costado,

y ordenó a sus discípulos bautizar a todas las naciones; sénos propicio y difunde tu bendición sobre nosotros, que celebramos todas esas maravillas, a fin de que sean bendecidos y santificados estos objetos que vamos a sumergir en estas aguas, y que el honor y la veneración que se les concede, nos merezca a nosotros, tus servidores, la remisión de los pecados, el perdón y la gracia, y finalmente la vida eterna con tus santos y tus elegidos.

El Pontífice, después de estas palabras, derrama el bálsamo y el santo crisma sobre el agua del recipiente, pidiendo a Dios la consagre para el uso al cual debe servir. Se vuelve después hacia las canastillas en las que están los sellos de cera, y pronuncia esta oración:

"Oh Dios, autor de toda santificación y cuya bondad nos acompaña siempre; Tú, que cuando Abraham, el padre de nuestra fe, se disponía a inmolar a su hijo Isaac por obedecer tu mandato, quisiste que consumase su sacrificio con la ofrenda de un carnero que estaba aprisionado entre las zarzas; Tú, que ordenaste por Moisés, tu siervo, el sacrificio anual de los corderos sin mancha; dígnate por nuestra oración, bendecir estas figuras de cera que llevan la imagen del inocentísimo Cordero y santificarlas por la invocación de tu santo nombre, a fin de que, por su contacto y por su contemplación, se sientan invitados los fieles a la oración, alejadas las tormentas y las tempestades y ahuyentados los espíritus del mal por la virtud de la santa Cruz que aparece impresa en ellas, ante la cual toda rodilla debe doblarse y toda lengua confesar que Jesucristo, habiendo vencido a la muerte por el patíbulo de la Cruz, vive y reina en la gloria de Dios Padre. El es el que, habiendo sido conducido a la muerte

como la oveja al matadero, te ofreció, Padre suyo, el sacrificio de su cuerpo, a fin de restituir la oveja perdida, que había sido seducida por el fraude del demonio, y transportarla sobre sus espaldas para reunirla con el rebaño de la patria celestial.

Oh Dios omnipotente y eterno, autor de las ceremonias y de los sacrificios de la Ley, que consentiste aplacar tu cólera, en la que había incurrido el hombre prevaricador, cuando te ofrecía hostias de expiación; Tú, que aceptaste los sacrificios de Abel, de Melquisedec, de Abraham, de Moisés y de Aarón; sacrificios que no eran más que figuras, pero que por tu bendición fueron santificados y saludables a aquellos que te los ofrecieron humildemente; dígnate hacer que, del mismo modo que el inocente Cordero, Jesucristo tu Hijo, inmolado por tu voluntad sobre el altar de la cruz, libró a nuestro primer padre del poder del demonio; así estos corderos sin mancha que presentamos a la bendición de tu majestad divina reciban una virtud bienhechora. Dígnate bendecirlos, santificarlos, consagrarlos, darles la virtud de proteger a los que los lleven devotamente, contra las malicias de los demonios, contra las tempestades, la corrupción del aire, las enfermedades, las quemaduras y los combates del enemigo, y hacer que sean eficaces para proteger a la madre y a la prole en los peligros del parto; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor."

Después de estas oraciones, el Papa, ceñido con un lienzo, se sienta cerca de la vasija; sus ministros le traen los "Agnus Dei"; él los sumerge en el agua, figurando de este modo el bautismo de nuestros neófitos. En seguida unos prelados los sacan del agua y los colocan sobre mesas cubiertas de lienzos blancos. Luego el Pontífice se levanta y dice esta oración:

"Oh Espíritu divino, que fecundas las aguas y las haces servir para tus más grandes misterios; tú, que las has quitado su amargor volviéndolas dulces, y que santificándolas con tu hálito te sirves de ellas para borrar todos los pecados por la invocación de la Santa Trinidad; dígnate bendecir, santificar y consagrar estos corderos que han sido sumergidos en el agua santa y ungidos con el óleo y el santo crisma; reciban de ti virtud contra los esfuerzos de la malicia del demonio; todos los que les lleven permanezcan en seguridad; no tengan que temer ningún peligro; la perversidad de los hombres no les sea nociva; y dígnate servirles de fortaleza y de consuelo.

Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, Cordero inocente, sacerdote y víctima; Tú, a quien los profetas llamaron la Viña y la Piedra angular; Tú, que nos has rescatado con tu sangre y que has señalado con esa sangre nuestros corazones y nuestras frentes, a fin de que el enemigo al pasar cerca de nuestras casas no nos hiera en su furor; tú, eres el Cordero sin mancilla cuya inmolación es perpetua, el Cordero pascual, hecho debajo de las especies sacramentales, remedio y salud de nuestras almas; tú nos conduces a través del mar del siglo presente a la resurrección y a la gloria de la eternidad. Dígnate bendecir, santificar y consagrar estos corderos sin mancha, que en tu honor hemos hecho de cera virgen y rociado de agua santa, del óleo y del Crisma sagrados, honrando en ellos tu divina concepción que fué efecto de la virtud divina. A quienes los lleven sobre sí, presérvalos del fuego, del rayo, de la tempestad, de toda adversidad; protege por ellos a las madres que se encuentran en los dolores del alumbramiento, como asististe a la tuya cuando te dió a luz; y del mismo modo que salvaste a Susana de la falsa acusación, a la bienaventurada virgen y mártir Tecla de la hoguera, y a Pedro de los lazos de la cau-

tividad; así dígnate librarnos de los peligros de este mundo y haz que merezcamos vivir contigo eternamente.

Inmediatamente los "Agnus Dei" son recogidos con respeto y reservados para la distribución solemne que debe hacerse el Sábado siguiente. Es fácil notar la relación que guarda esta ceremonia con la Pascua: el Cordero pascual es recordado de continuo; también la inmersión de los corderos de cera presenta una alusión evidente a la administración del bautismo, que fué durante tantos siglos la gran solicitud de la Iglesia y los fieles en esta solemne octava.

Las oraciones que hemos citado, en síntesis, no remontan a la más alta antigüedad; pero el rito que las acompaña muestra suficientemente la alusión al bautismo, aunque no se encuentre una expresión directa.

Los "Agnus Dei", por su significación, por la bendición del Soberano Pontífice y la naturaleza de los ritos empleados en su consagración, son uno de los objetos más venerados de la piedad católica. Desde Roma se difunden por todo el mundo; y con mucha frecuencia la fe de aquellos que los conservan con respeto, ha sido recompensada con prodigios. En el pontificado de San Pío V, el Tíber se desbordó de una manera pavorosa, y amenazaba inundar numerosos barrios de la ciudad; un "Agnus Dei" arrojado a las aguas las hizo inmediatamente retroceder.

Toda la ciudad fué testigo de este milagro, que más tarde se examinó en el proceso de beatificación de este gran Papa.

JUEVES DE PASCUA

Después de haber glorificado al Cordero de Dios y saludado el paso del Señor a través de Egipto donde acaba de exterminar a nuestros enemigos; después de haber celebrado las maravillas de esta agua que nos liberta y nos introduce en la Tierra de promisión; si ahora dirigimos nuestras miradas al divino Jefe, cuya victoria anunciaban y preparaban todos estos prodigios, nos sentimos deslumbrados de tanta gloria. Como el profeta de Patmos, nos prosternamos a los pies de este Hombre-Dios, hasta que él nos diga también a nosotros: "No temas; yo soy el primero y el último; el que vivo y el que he sido muerto; y he aquí que vivo por los siglos de los siglos y tengo las llaves del infierno y de la muerte." *(Apoc.,* I, 17.)

El vencedor de la muerte. — En efecto, él tendrá en adelante dominio sobre aquella que le había tenido cautivo; él guarda las llaves del sepulcro, lo que quiere decir en el lenguaje de la Escritura, que manda en la muerte y que esta

le ha quedado sujeta de una manera definitiva. Ahora bien, el primer uso que hace de su victoria, es extenderla a todo el género humano. Adoremos esta infinita bondad; fieles al deseo de la Santa Iglesia, meditemos hoy la Pascua en sus relaciones con cada uno de nosotros. El Hijo de Dios dijo al Discípulo amado: "Estoy vivo y fuí muerto"; por la virtud de la Pascua llegará el día en que también nosotros podamos decir: "Estamos vivos habiendo estado muertos."

La muerte, estipendio del pecado. — La muerte nos aguarda; está dispuesta a arrebatarnos; no escaparemos a su mortal guadaña. "La muerte es el salario del pecado" dice el libro sagrado *(Rom.,* VI, 23); con esta explicación queda todo plenamente comprendido: la necesidad de la muerte y su universalidad. La ley no es menos dura; y no podemos dejar de ver un desorden en la ruptura violenta del lazo que aunaba en vida común al cuerpo y al alma que Dios mismo había unido. Si queremos comprender la muerte tal como es en sí, recordemos que Dios creó al hombre inmortal; entonces comprenderemos el horror invencible que la destrucción infunde en el hombre, horror que no puede ser superado más que por un sentimiento superior a todo egoísmo, y por el sentimiento del sacrificio. Hay en la muerte de cada hombre un monumento vergonzoso del pecado, un trofeo para el ene-

migo del género humano; y para el mismo Dios habría humillación si no brillase su justicia y no restableciese de este modo el equilibrio.

NUESTRA ESPERANZA. — ¿Cuál será pues el deseo del hombre en la dura necesidad que le oprime? ¿Aspirar a no morir? Eso sería una locura. La sentencia es formal y nadie la burlará. ¿Podemos alegrarnos con la esperanza de que un día este cuerpo, que pronto se convertirá en cadáver y luego se disolverá sin dejar rastro visible de sí, podrá volver a la vida y sentirse de nuevo unido al alma para la cual había sido creado? Pero ¿quién obrará esta reunión imposible de una substancia inmortal con otra substancia a quien estuvo un día unida y que después se diría ha vuelto a los elementos de donde había sido tomada? ¡Oh hombre! Ciertamente así es. Tú resucitarás; este cuerpo olvidado, disuelto, aparentemente aniquilado, revivirá y se te devolverá. ¿Qué digo? Hoy mismo sale de la tumba, en la persona del Hombre-Dios; nuestra resurrección futura se cumple desde hoy en la suya; hoy se hace tan cierta nuestra resurrección como lo es nuestra muerte; y también este misterio le encierra la Pascua.

Dios, en su furor salvador, veló en un principio al hombre esta maravilla de su poder y de su bondad. Su palabra fué dura para Adán: "Comerás tu pan con el sudor de tu frente, hasta que

vuelvas a la tierra de la cual fuiste sacado; pues eres polvo y en polvo te convertirás." *(Gen.,* III, 19.) Ni una palabra, ni una sola alusión que dé al culpable la más leve esperanza respecto a esta porción de sí mismo destinada a la destrucción, a la vergüenza del sepulcro. Era preciso humillar al ingrato orgullo que había querido levantarse hasta Dios. Más tarde, el gran misterio quedó aclarado, aunque parcialmente; y muchos siglos antes, un hombre cuyo cuerpo, devorado por horrorosas úlceras, se caía a jirones, pudo ya decir: "Sé que mi redentor vive y que en el último día resucitaré de la tierra; que mis miembros serán de nuevo cubiertos de mi piel y que veré a Dios en mi carne. Esta esperanza reposa en mi corazón." *(Job,* XIX, 25-27.)

Mas, para realizarse el anhelo de Job, era necesario que el Redentor esperado se dejase ver en la tierra, que viniese a enfrentarse con la muerte, a luchar cuerpo a cuerpo con ella, y finalmente a vencerla. Vino en el tiempo señalado, no para impedir que muriéramos: la sentencia era demasiado formal; sino para morir él mismo y quitar de este modo a la muerte todo lo que tenía de duro y humillante. Semejante a esos médicos bienhechores que ellos mismos se inoculan el virus del contagio, comenzó, según la enérgica expresión de San Pedro, por "absorber la muerte". *(San Pedro,* I, 3, 22.) Pero la alegría de este enemigo del hombre fué breve; porque resucitó

para no morir y adquirió en ese día el mismo derecho para todos nosotros.

Desde este instante debemos considerar el sepulcro a nueva luz. La tierra nos recibirá, más para devolvernos, como devuelve a la espiga después de haber recibido el grano de trigo. En el día señalado, los elementos se verán obligados, por el poder que los sacó de la nada, a restituir los átomos que ellos no habían recibido más que en depósito, y al sonido de la trompeta del Arcángel, todo el género humano resucitará y proclamará la última victoria sobre la muerte. Para los justos esa será la Pascua; pero una Pascua que no será sino la continuación de la de hoy.

LA GLORIA DEL CIELO. — ¡Con qué inefable alegría nos volveremos a encontrar con este antiguo compañero de nuestra alma, esta parte esencial de nuestro ser humano, de quien habremos estado separados por tanto tiempo! Desde hace siglos, tal vez, nuestras almas estaban arrobadas en la visión de Dios; pero nuestra naturaleza de hombres no estaba representada por completo en suprema beatitud; nuestra felicidad, que debe ser también la felicidad del cuerpo no tenía su complemento; y en medio de aquella gloria, de aquella dicha, quedaba, sin borrar una mancha del castigo que afligió al género humano desde las primeras horas de su morada en la tierra. Para

recompensar a los justos por su visión beatífica, Dios se ha dignado, no sólo esperar al instante en que sus cuerpos gloriosos sean reunidos con las almas que los animaron y los santificaron; sino que todo el cielo aspira a esta última fase del misterio de la Redención del hombre. Nuestro Rey, nuestro Jefe divino, que desde lo alto de su trono pronuncia con majestad estas palabras: "Estoy vivo y estuve muerto", quiere que las repitamos nosotros en la eternidad. María, que tres días después de su muerte volvió a tomar su carne inmaculada, desea ver a su alrededor, en su carne purificada por la prueba del sepulcro, a los innumerables hijos que la llaman Madre.

La alegría de los Angeles. — Los santos Angeles, cuyas filas deben reforzarse con los elegidos de la tierra, se alegran con la esperanza del magnífico espectáculo que ofrecerá la corte celestial cuando los cuerpos de los hombres glorificados esmalten con su brillo, como las flores del mundo natural, la región de los espíritus. Una de sus alegrías es la de contemplar, por adelantado, el cuerpo resplandeciente del divino Mediador, que en su humanidad es tanto Jefe suyo como nuestro; la de centrar sus miradas centelleantes sobre la incomparable belleza que irradian las facciones de María, que también es su Reina. ¡Qué festividad tan plena será para ellos el ins-

tante en que sus hermanos de la tierra, cuyas almas bienaventuradas gozan ya con ellos de la felicidad, se revistan con el manto de esta carne santificada que no impedirá las irradiaciones del espíritu, y pondrá a los habitantes del cielo en posesión de todas las grandezas y de todas las bellezas de la creación! En el momento en que Jesucristo, en el sepulcro, desatando todas las ligaduras que le retenían, se levantó resucitado con toda su fuerza y su esplendor, los Angeles que le asistían fueron presa de una muda admiración a la vista de aquel cuerpo que les era inferior por naturaleza, pero que con los esplendores de la gloria resplandecía más que los más radiantes espíritus celestes; ¡con qué aclamaciones fraternales acogerán a los miembros de este Jefe victorioso, cuando se revistan de nuevo de una librea para siempre gloriosa, ya que es la de un Dios!

RESPETO AL CUERPO. — El hombre sensual se siente indiferente a la gloria y a la felicidad del cuerpo en la eternidad; el dogma de la resurrección de la carne no le conmueve. Se obstina en no ver más que lo presente; y, en esta preocupación grosera, su cuerpo no es para él más que un juguete del que debe aprovecharse lo más posible, porque dura poco. El amor hacia esta pobre carne es irrespetuoso; he aquí por qué no teme enlodarla, esperando que llegue a su con-

sumación, sin haber recibido otro homenaje que una predilección egoísta e innoble.

LOS HONORES QUE LA IGLESIA TRIBUTA A NUESTRO CUERPO. — Por esto el hombre sensual reprocha a la Iglesia ser enemiga del cuerpo, a pesar de que esta no cesa de proclamar su dignidad y sus altos destinos. Es una insolente audacia e injuria. El cristianismo nos precave de los peligros que acechan al alma por parte del cuerpo; nos revela la peligrosa enfermedad que la carne contrajo con la mancha original, los medios que debemos emplear para "hacer servir a la justicia nuestros miembros, que podían entregarse a la iniquidad". (*Rom.*, IV, 19); pero lejos de hacer que nos desprendamos del amor a nuestro cuerpo, nos le presenta como destinado a una gloria y a una felicidad eterna. Sobre nuestro lecho fúnebre la Iglesia le honra con el Sacramento de la Santa Unción, con el cual sella todos sus sentidos para la inmortalidad; preside la despedida que el alma dirige a este compañero de sus combates, hasta la futura y eterna reunión; quema respetuosamente el incienso junto a este despojo mortal consagrado el día en que el agua del bautismo fué derramada sobre él; y a los que sobreviven, les dirige con dulce autoridad estas palabras: "No estéis tristes como los que no tienen esperanza." (*I Tes.*, IV, 12.) Así, pues, nuestra esperanza no debe ser

otra que aquella que consolaba a Job: "Veré a Dios en mi propia carne."

FE EN LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE. — Así nuestra santa fe nos revela el futuro de nuestro cuerpo, y estimula, elevándolo, el amor instintivo que el alma tiene para con esta porción esencial de nuestro ser. Ella conexiona indisolublemente el dogma de la Pascua con el de la resurrección de la carne; el Apóstol no encuentra dificultad en decirnos que, si Cristo no hubiese resucitado, nuestra fe sería vana; del mismo modo que, si no existiese la resurrección de la carne, la de Cristo habría sido inútil" *(I Cor.*, XV); tan íntima es la unión entre estas dos verdades, que no forman por decirlo así más que una sola.

Por eso debemos ver un triste signo de decaimiento del verdadero sentimiento de la fe, en la especie de olvido en que parece haber caído, entre gran número de fieles, el dogma capital de la resurrección de la carne. Seguramente le creen, ya que el Símbolo se lo impone; sobre este punto no tiene ni sombra de duda, pero la esperanza de Job rara vez es el tema de sus pensamientos y de sus aspiraciones. Lo que les importa para sí mismos y para los demás es la suerte del alma después de esta vida; y ciertamente tienen mucha razón; pero el filósofo también predica la inmortalidad del alma y las recompensas para el

justo en un mundo mejor. Dejadle, pues, repetir la lección que ha aprendido de vosotros y mostrad que sois cristianos; confesad valientemente la resurrección de la carne, como hizo Pablo en el Areópago. Se os dirá tal vez lo que se le dijo a él: "Te oiremos en otra oportunidad sobre ese tema" *(Act.*, XVII, 32); pero ¿qué os importa? Habréis rendido homenaje a aquel que venció a la muerte, no solamente en sí misma, sino en vosotros; y vosotros sólo estáis en este mundo para dar testimonio de la verdad revelada por vuestras palabras y por vuestras obras.

El ejemplo de la cristiandad primitiva. — Al recorrer las pinturas murales de las Catacumbas de Roma, nos admiramos de encontrar allí por doquier símbolos de la resurrección de los cuerpos; el Buen Pastor es el tema que se encuentra con más frecuencia en aquellos frescos de la Iglesia primitiva; ¡tanto preocupaba este dogma fundamental del cristianismo a los espíritus, en la época en que no podían presentarse al bautismo sin haber roto violentamente con el sensualismo! El martirio era la suerte, al menos probable, de todos los neófitos; y cuando llegaba la hora de confesar su fe, mientras que sus miembros eran triturados o dislocados en los tormentos, se les oía proclamar el dogma de la resurrección de la carne como la esperan-

za que sostenía su valor; dan fe de ello sus Actas. Muchos de entre nosotros necesitan aleccionarse con este ejemplo, para que sea íntegra su fe y se aleje cada vez más de la filosofía que pretende prescindir de Jesucristo, aunque plagie aquí y allá algunos fragmentos de sus divinas enseñanzas.

El sensualismo lleva al naturalismo. — El alma vale más que el cuerpo; pero en el hombre, el cuerpo no es ni extraño ni una cosa redundante o superflua. Por los altos destinos que tiene, hemos de tratarle y cuidarle con sumo respeto; y, si en el estado presente nos vemos precisados a castigarle para que no se pierda, ni el alma con él, no será por desprecio, sino por amor. Los mártires y los santos penitentes amaron su cuerpo más que le aman quienes se entregan a los placeres; mortificándole para preservarle del mal, le salvaron; los otros, halagándole, le expusieron a la más triste suerte. Fijémonos bien: la trabazón del sensualismo con el naturalismo es manifiesta. El sensualismo falsea el fin del hombre para mejor pervertirle sin que sienta remordimiento; el naturalismo teme las luces de la fe; y precisamente sólo la fe es lo que hace al hombre comprender su destino y su fin. Esté alerta el cristiano, y si, en estos días no late su corazón de amor y esperanza con el pensamiento de lo que el Hijo de Dios ha hecho

por nuestros cuerpos resucitando gloriosamente, persuádase de que es muy débil su fe. Si no quiere perderse, crea dócilmente en la palabra de Dios, pues solamente ella le hará conocer lo que es ahora y lo que está destinado a ser más tarde.

En Roma, la Estación es en la Basílica de los doce Apóstoles. Se convocaba a los neófitos el día de hoy en este santuario dedicado a los Testigos de la resurrección, y donde descansan dos de entre ellos, San Felipe y Santiago. La Misa está esmaltada de alusiones al papel sublime de estos esforzados heraldos del divino resucitado, que han dejado oír su voz hasta los confines de la tierra y cuyos ecos resuenan, sin debilitarse, a través de los siglos.

MISA

El cántico de entrada está sacado del libro de la Sabiduría, y celebra la elocuencia de los Apóstoles, mudos antes por el miedo y tímidos como niños. La Sabiduría eterna los ha transformado en hombres nuevos y toda la tierra ha conocido por ellos la victoria del Hombre-Dios.

INTROITO

Tu mano vencedora alabaron, Señor, todos a una, aleluya: porque la Sabiduría abrió la boca de los mu-

dos, e hizo elocuentes las lenguas de los niños. Aleluya, aleluya. *Salmo:* Cantad al Señor un cántico nuevo: porque ha hecho maravillas. ℣. Gloria al Padre.

La Colecta nos presenta a todas las naciones reunidas en una sola por la predicación apostólica. Los neófitos han sido admitidos en esta unidad por su bautismo; la Santa Iglesia pide a Dios que los mantenga en ella por su gracia.

COLECTA

Oh Dios, que uniste la diversidad de las gentes en la confesión de tu nombre: da, a los renacidos en la fuente del Bautismo, una misma fe en las almas y una misma piedad en las obras. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

EPISTOLA

Lección de los Hechos de los Apóstoles (VIII, 26-40).

En aquellos días el Angel del Señor habló a Felipe diciendo: Levántate y vete hacia el mediodía, al camino que baja de Jerusalén a Gaza, el cual está desierto. Y, levantándose, se fué. Y he aquí que un eunuco etíope, ministro de Candace, reina de los Etíopes, y superintendente de todas sus riquezas, había ido a Jerusalén a adorar a Dios: y ahora volvía a su tierra, sentado en su carro, y leyendo al Profeta Isaías. Y dijo el Espíritu a Felipe: Acércate y arrímate a ese carro. Y, acercándose Felipe, le oyó leer al Profeta Isaías, y le dijo: ¿Entiendes, por ventura, lo que lees? El dijo: ¿Y cómo podré entenderlo, si alguien no me lo explicare? Y rogó a Felipe que subiera y se sentara con él. Y el lugar de la Escritura que leía, era éste: Fué llevado

a la muerte como una oveja: y, como un cordero, mudo ante el que le trasquila, no abrió su boca. Después de su humillación ha sido libertado de la muerte, a que fué condenado. Su generación ¿quién podrá explicarla, puesto que su vida será quitada de la tierra? Y, preguntando el eunuco a Felipe, dijo: Ruégote: ¿de quién dice esto el profeta? ¿De sí, o de algún otro? Entonces Felipe, abriendo su boca, y comenzando desde esta Escritura, le evangelizó a Jesús. Y, yendo por el camino, llegaron a donde había agua: y dijo el eunuco: Aquí hay agua: ¿qué impide que yo sea bautizado? Y dijo Felipe: Si crees de todo corazón, se puede. Y, respondiendo él, dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios. Y mandó parar el carro: y bajaron los dos, Felipe y el eunuco, al agua, y le bautizó. Y, habiendo subido del agua, el Espíritu arrebató a Felipe, y no le vió más el eunuco. Y siguió su camino gozoso. Felipe, en cambio, se encontró en Azoto, y, al pasar, anunció el nombre del Señor Jesucristo en todas las ciudades, hasta que llegó a Cesárea.

Docilidad del alma a la gracia. — Este pasaje de los Actos de los Apóstoles estaba destinado a recordar a los neófitos la sublimidad de la gracia que habían recibido en el bautismo y el estado en que habían sido regenerados. Dios los puso en el camino de la salvación, así como envió a Felipe al camino por donde el eunuco había de pasar. Les dió deseo de conocer la verdad, como había puesto en el corazón del oficial de la reina de Etiopía la feliz curiosidad que le condujo a oír hablar de Jesucristo. Pero todavía no se había realizado todo. Este pagano habría podido escuchar con desconfianza y sequedad de alma

las explicaciones del enviado de Dios, y cerrar la puerta a la gracia que salía a su encuentro; al contrario, abría su corazón y la fe le llenaba. De igual modo, nuestros neófitos fueron dóciles, y la palabra de Dios los iluminó; subieron de claridad en claridad hasta que la Iglesia reconoció en ellos a verdaderos discípulos de la fe. Entonces llegaron los días de la Pascua y esta madre de las almas se dijo a sí misma: "He aquí el agua, el agua que purifica, el agua que sale del costado del Esposo, abierto por la lanza en la cruz; ¿quién me impide bautizarlos?" Y cuando ellos confesaron que Jesucristo es el Hijo de Dios, fueron sumergidos, como el Etíope, en la fuente de la salvación; ahora, a ejemplo suyo, van a continuar caminando, llenos de gozo, por el camino de la vida; porque han resucitado con Cristo, que se dignó asociar a las alegrías de su propio triunfo, las del nuevo nacimiento de ellos.

GRADUAL

Este es el día que hizo el Señor: gocémonos y alegrémonos en él. ℣. La piedra que reprobaron los constructores, se convirtió en cabeza angular: esto fué hecho por el Señor, y es maravilloso a nuestros ojos.

Aleluya, aleluya. ℣. Resucitó Cristo, que creó todas las cosas, y se compadeció del género humano.

A continuación se canta la Secuencia *Victimae paschali*, página 64.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Juan (XX, 11-18).

En aquel tiempo María estaba fuera, junto al sepulcro, llorando. Y, mientras lloraba, se inclinó, y miró el sepulcro: y vió dos Angeles, vestidos de blanco, sentados, uno a la derecha y otro a los pies del lugar donde había sido puesto el cuerpo de Jesús. Y dijéronla: Mujer, ¿por qué lloras? Díjoles: Porque han llevado a mi Señor: y no sé dónde le han puesto. Y, después de decir esto, se volvió hacia atrás, y vió a Jesús, que estaba allí: y no sabía que era Jesús. Díjole Jesús: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, creyendo que era el hortelano, díjole: Señor, si le has quitado tú, dime dónde le has puesto: y yo le llevaré. Díjole Jesús: ¡María! Vuelta ella, díjole: ¡Rabbóni! (que significa Maestro). Díjola Jesús: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre: pero vete a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre, y a vuestro Padre, a mi Dios, y a vuestro Dios. Fué María Magdalena anunciando a los discípulos: He visto al Señor, y me ha dicho esto.

El apóstol de los Apóstoles. — Nos encontramos en la Basílica de los Apóstoles; y la Santa Iglesia, en lugar de hacernos oír hoy el relato de una de las apariciones del Salvador resucitado a sus Apóstoles, nos lee aquel en que se refiere el favor que Jesús hizo a María Magdalena. ¿Por qué esta aparente omisión del carácter y de la misión conferida a los embajadores de la nueva ley? La razón es fácil de comprender.

Al honrar hoy en este Santuario la memoria de aquella que Jesucristo escogió para ser el apóstol de sus Apóstoles, la Iglesia acababa de mostrar en toda su verdad las circunstancias del día de la resurrección. Por la Magdalena y sus compañeras comenzó el apostolado del mayor de los misterios del Redentor; ellas, pues, tienen auténtico derecho de ser honradas hoy en esta Basílica dedicada a los santos Apóstoles.

El Señor y las Santas mujeres. — Dios, por ser omnipotente, se complace en manifestarse en lo más débil, del mismo modo que en su bondad se gloría de reconocer el amor de que es objeto; he aquí por qué el Redentor prodigó primero todas las pruebas de su resurrección y todos los tesoros de su ternura a la Magdalena y a sus compañeras. Se sintieron más débiles que los pastores de Belén: tuvieron, pues, la preferencia; los mismos apóstoles se sintieron más débiles que el menor de los poderes del mundo, que a ellos se había de someter; he aquí por qué fueron ellos instruídos a su tiempo. Pero Magdalena y sus compañeras amaron a su Maestro hasta la cruz y hasta el sepulcro, mientras que los apóstoles le abandonaron: a las primeras y no a los segundos Jesús debía los primeros favores de su bondad.

¡Sublime espectáculo el de la Iglesia, en este instante en que surge sobre la fe de la Resurrec-

ción que es su base! Después de María, la Madre de Dios, en quien la luz no tuvo nunca parpadeos, y a quien era debido como a Madre y por ser santísima, la primera manifestación, ¿a quiénes vemos iluminadas con la fe por la que vive y alienta la Iglesia? A Magdalena y sus compañeras. Durante muchas horas, Jesús se cumplugo en la contemplación de su obra, tan débil a la consideración humana, pero en realidad tan grande. Unos instantes más y este rebañito de almas escogidas va a asimilarse a los mismos Apóstoles; ¿qué digo? El mundo entero vendrá a ellas. Durante estos días la Iglesia canta en todo el mundo estas palabras: "¿Qué has visto en el sepulcro, María?, dínoslo." Y María Magdalena responde a la Santa Iglesia: "Vi la tumba de Cristo, que vivía; vi la gloria de Cristo resucitado."

La mujer que ha pecado la primera es rehabilitada primero. — Y no nos admiremos de que solas las mujeres formasen este primer grupo de creyentes alrededor del Hijo de Dios, verdadera Iglesia primitiva que brilla con los primeros destellos de la resurrección; porque aquí tenemos la continuación de la obra divina según el plan irrevocable cuyo principio ya hemos reconocido. Por la prevaricación de la mujer, la obra de Dios se desequilibró en sus comienzos; y en la mujer es donde primero será de nuevo restaurada. El

día de la Anunciación nos inclinamos ante la nueva Eva, que reparaba con su obediencia la desobediencia de la primera; mas por temor de que Satanás se equivocase allí y no quisiese ver en María sino la exaltación de la persona y no la rehabilitación del sexo, Dios quiere que hoy los hechos declaren su voluntad suprema: "La mujer, nos dice San Ambrosio, había gustado la primera el brebaje de la muerte; ella será, pues, la que contemple la primera la resurrección. Al proclamar este misterio, ella reparará su falta [1]; y con razón es enviada para anunciar a los hombres la nueva de salvación, para manifestar la gracia que viene del Señor, aquella que en otro tiempo había anunciado el pecado al hombre" [2].

Los demás Padres revelan con no menos elocuencia este plan divino que da a la mujer la primacía en la distribución de los dones de la gracia, y en esto nos hacen reconocer no solamente un acto del poder del Supremo Señor, sino también la legítima recompensa al amor que Jesús encontró en el corazón de estas humildes criaturas, y que no había encontrado en el de sus Apóstoles, a los que durante tres años había prodigado los más tiernos cuidados, y de los que tenía el derecho a esperar una valentía más varonil.

[1] Comentario sobre San Lucas, c. XXIV.
[2] *Del Espíritu Santo*, c. XII.

La aparición a la Magdalena. — En medio de sus compañeras, la Magdalena se levanta como una reina, cuya corte la forman las demás. Es la preferida de Jesús, aquella que más ama, aquella cuyo corazón fué más quebrantado por la dolorosa Pasión, aquella que insiste con más fuerza para recibir y embalsamar con sus lágrimas y sus perfumes el cuerpo de su maestro. ¡Qué delirio en sus palabras mientras le busca! ¡Qué exaltación de ternura, cuando le reconoció vivo y siempre amoroso para con ella! Con todo, Jesús se abstiene de manifestar una alegría demasiado terrena: "No me toques, la dice; pues no he subido todavía a mi Padre."

Jesús no tiene ya las condiciones de la vida mortal; en él la humanidad permanecerá siempre unida a la divinidad; pero su resurrección advierte al alma fiel que las relaciones que tendrá en adelante con él no son ya las mismas. En el primer período se acercaba a él como si se acercase a un hombre; su divinidad apenas si se traslucía; pero ahora es el Hijo de Dios, cuyo resplandor eterno se percibe, porque irradia aun a través de su humanidad. Es, pues, el corazón el que debe buscarle ahora más bien que los ojos; el afecto respetuoso más que la ternura sensible. Se dejó tocar de la Magdalena cuando ella era débil y él mismo mortal; es necesario que ahora ella aspire al mayor bien espiritual que es la vida del alma, a Jesús en el seno del Padre. Magdalena, en su primer estado hizo lo su-

ficiente para servir de modelo al alma que comienza a buscar a Jesús, pero ¿quién no ve que su amor necesita transformarse? Su ardor la ciega; se obstina en "buscar entre los muertos al que está vivo". Ha llegado el momento en que debe elevarse a una vida superior, y buscar finalmente en espíritu aquello que es espíritu.

"No he subido todavía a mi Padre" dice el Salvador; como si dijese: "Prívate por el momento de estas muestras de cariño demasiado sensibles que te atarían a mi humanidad. Déjame antes subir a mi gloria; un día tú también serás admitida allí cerca de mí; entonces te será dado prodigarme todas las muestras de tu amor, porque entonces no será ya posible que mi humanidad te robe la vista de mi naturaleza divina." Magdalena comprendió la lección de su Maestro tan amado; una transformación se opera en ella; y en seguida, sola con sus recuerdos, que se extienden de la primera palabra de Jesús que deshizo en llanto su corazón y la arrancó de los amores terrenos, hasta el favor con que la honra hoy al preferirla a los Apóstoles, suspirará cada día por el sumo bien, hasta que purificada por la espera, hecha émula de los ángeles que la visitan y consuelan en su destierro, suba finalmente para siempre a donde está Jesús y estreche con un abrazo eterno aquellos sagrados pies, en los que reconocerá las señales imborrables de sus primeros ósculos.

El Ofertorio recuerda la leche y la miel de la Tierra de Promisión, en que la predicación de los Apóstoles ha introducido a los neófitos. Pero el altar sobre el cual se prepara el festín del Salvador, les reserva una comida más dulce.

OFERTORIO

El día de vuestra solemnidad, dice el Señor, os introduciré en una tierra que mana leche y miel. Aleluya.

La Iglesia encomienda a Dios en la Secreta la ofrenda de sus nuevos hijos; este pan transformado por las palabras divinas llegará a ser para ellos el alimento fortificante que conduce al viajero hasta el puerto de la eternidad.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, aceptes propicio los dones de tus pueblos: para que, renovados con la confesión de tu nombre y con el Bautismo, consigan la sempiterna felicidad. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

En la Antífona de la Comunión se deja oír la voz del Colegio apostólico por medio de Pedro. Felicita con efusión paternal a este pueblo renacido por los favores de que ha sido objeto por parte del soberano autor de la luz, que se dignó hacer fecundas las tinieblas.

COMUNION

Pueblo de conquista, pregonad las maravillas, aleluya: de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz. Aleluya.

En la Poscomunión se expresan los efectos de la Eucaristía. Este misterio sagrado confiere al hombre todo bien, le sostiene en el viaje de esta vida y le pone ya desde ahora en posesión de su fin eterno.

POSCOMUNION

Escucha, Señor, nuestras preces: para que los sacrosantos Misterios de nuestra redención nos presten tu auxilio en la vida presente, y nos granjeen los gozos sempiternos. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

VIERNES DE PASCUA

Hace ocho días estábamos alrededor de la cruz sobre la cual "el varón de dolores" *(Isaías*, LIII, 3) expiraba abandonado de su Padre, y rechazado como un falso Mesías por el juicio solemne de la Sinagoga; y he aquí que el sol sale hoy por séptima vez, después que se dejó oír el clamor del Angel proclamando la Resurrección de la adorable víctima. La Esposa, que poco ha

temblaba, con la frente en el polvo, ante esta justicia de un Dios, enemigo del pecado, hasta "no perdonar ni a su propio Hijo" *(Rom.,* VIII, 32), porque este Hijo divino llevaba en sí la semejanza del pecador, ha levantado de pronto la cabeza para contemplar el triunfo súbito y fulgurante de su Esposo, que la invita él mismo a la alegría. Mas si hay un día en esta octava en que deba exaltar el triunfo de tal vencedor, es ciertamente el Viernes, en que ella vió expirar, "colmado de oprobios" *(Thren.,* III, 30) a aquel mismo cuya victoria renueva ahora al mundo entero.

La resurrección, fundamento de nuestra fe. Detengámonos, pues, hoy a considerar la Resurrección de nuestro Salvador como el cenit de su gloria personal, como el argumento principal sobre el que descansa nuestra fe en su divinidad. "Si Cristo no ha resucitado, nos dice el Apóstol, nuestra fe es vana" *(Cor.,* I, XV, 17); pero, puesto que ha resucitado, nuestra fe está asegurada. Jesús debía, pues, elevar sobre este punto nuestra certeza al más alto grado; ved si ha dejado de hacerlo; ved si, al contrario, no ha llevado en nosotros la convicción de esta verdad capital hasta la mayor evidencia del hecho. Para esto dos cosas eran necesarias: que su muerte fuese la más real, la mejor comprobada, y que el testimonio de que ha resucitado, fuese el más irrefragable para nuestra razón. El Hijo de Dios

no ha dejado de cumplir ninguna de estas condiciones; las cumplió con un escrúpulo divino: de este modo el recuerdo de su triunfo sobre la muerte no se borraría del pensamiento de los hombres; por eso experimentamos hoy día, después de diecinueve siglos, algo de la impresión de terror y de admiración que sintieron los testigos que fueron a comprobar este tránsito repentino de la muerte a la vida.

Realidad de la muerte de Cristo. — Ciertamente. Aquel a quien José de Arimatea y Nicodemus bajaron de la cruz y cuyos miembros descoyuntados y sangrantes depositaron entre los brazos de la más desolada de las madres, fué presa de la muerte. La horrible agonía de la víspera, cuando luchaba con las repugnancias de su humanidad, a la vista del cáliz que tenía que beber; el quebrantamiento que había experimentado su corazón después de la traición de uno de los suyos y del abandono de los otros; los ultrajes y las violencias con que fué acometido durante largas horas; la espantosa flagelación que le hizo padecer Pilatos, con el intento de apiadar a un pueblo sediento de sangre; la cruz, con sus clavos que habían abierto cuatro fuentes por donde la sangre fluía; las angustias de corazón del agonizante, al ver a su madre llorando a sus pies; una sed ardiente que consumía rápidamente las últimas reservas de la vida; finalmente, la lanzada atravesándole el pecho y

llegando hasta el corazón y haciendo brotar de su envoltura las últimas gotas de sangre y de agua: tales fueron los títulos de la muerte para reivindicar tan noble víctima. Y para glorificarte, oh Cristo, los recordamos hoy; haz que aquellos por los que te dignaste morir, no olviden ninguna de las circunstancias de una muerte tan cara. ¿No constituyen hoy los más firmes sillares del monumento de tu resurrección?

Verdaderamente, pues, conquistó la muerte a este vencedor de nuevo cuño que había perecido en la tierra. Un hecho sobre todo permanecía incorporado a su historia: que su carrera, pasada toda ella en un oscuro lugar, había finalizado por una muerte violenta, en medio de las vociferaciones de sus indignos conciudadanos. Pilatos envió a Tiberio las actas del juicio y del suplicio del pretendido Rey de los Judíos; y desde entonces la injuria estuvo a la orden del día para todos los seguidores de Jesús. Los filósofos, los espíritus selectos, los esclavos de la carne y del mundo, los señalaron con el dedo, diciendo: "Mirad a esas gentes extrañas que adoran a un Dios muerto en una cruz." Pero, si este Dios muerto resucitó, su muerte ¿qué viene a constituir sino la base inquebrantable sobre que se apoya la evidencia de su divinidad? Murió y resucitó; anunció que moriría y que resucitaría; ¿quién sino un Dios puede tener en sus manos "las llaves de la muerte y del sepulcro"? (*Apoc.*, I, 17.)

REALIDAD DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO.— Así es. Jesús muerto sale vivo del sepulcro. ¿Cómo lo sabemos?—Por el testimonio de sus Apóstoles, que le vieron vivo después de su muerte, de los cuales se dejó tocar, con los que conversó durante cuarenta días. Pero ¿debemos creer a los Apóstoles?—Y ¿quién podrá dudar del testimonio más sincero que el mundo oyó jamás? Porque ¿qué interés iban a tener estos hombres en publicar la gloria del maestro al que ellos se habían entregado y que les había prometido que resucitaría después de su muerte, si sabían que después de haber perecido en un suplicio tan ignominioso para ellos como para él, no había cumplido su promesa? Si los príncipes de los judíos, con el intento de desacreditar el testimonio de estos hombres, sobornaron a los guardias del sepulcro, haciéndolos decir que durante su sueño, estos discípulos, que el miedo había dispersado, vinieron durante la noche a robar el cuerpo; tenemos derecho a responder con la elocuente ironía de San Agustín: "¡Luego ¿ponéis por testigos a gente dormida? Los que verdaderamente dormíais erais vosotros, que habéis fracasado en vuestras maquinaciones!"[1]. Mas ¿dónde iban a hallar los Apóstoles motivo para predicar la resurrección de Jesús, si hubiesen sabido que no había resucitado? "A sus ojos, observa San Juan Crisóstomo, su maestro había sido un falso

[1] *Enarr. sobre el Ps. LXIII.*

profeta y un impostor; ¡e iban ellos a vindicarle contra una nación entera! ¿Se entregarían a padecer los mayores tormentos por un hombre que los había engañado? ¿Acaso por las promesas que les había hecho? Pero, sabiendo que no ha cumplido su promesa de resucitar, ¿cómo pueden esperar el cumplimiento de las demás?"[1]. O se niega la naturaleza humana o es preciso reconocer que el testimonio de los Apóstoles es sincero.

SINCERIDAD DEL TESTIMONIO APOSTÓLICO. — Añadamos ahora que este testimonio fué el más independiente de todos, porque no procuraba a los testigos otras ventajas que los suplicios y la muerte; porque revelaba en los que le emitían una asistencia divina; porque hacían ver en ellos, tan tímidos la víspera, una firmeza que nada podía quebrantar, y una seguridad inexplicable en hombres de pueblo, seguridad que les acompañó aún en las ciudades más civilizadas, en las que hicieron numerosas conquistas. Añadamos también que los milagros más estupendos confirmaban su testimonio y congregaban en su derredor a multitudes de toda lengua y nación, que creían en la resurrección de su Maestro. Finalmente, cuando desaparecieron del mundo, después de haber sellado con su sangre la fe de que eran depositarios, la habían extendido

[1] *Coment. sobre S. Mat. Homilía LXXXIX.*

más allá de las fronteras del Imperio romano, y la semilla de la fe germinó pronto y produjo una cosecha que cubrió toda la tierra. ¿No engendra todo esto la certidumbre del hecho maravilloso que atestiguaban estos hombres? Rehusarles la fe, ¿no sería oponerse a las leyes de la razón? Oh Cristo, tu resurrección es tan cierta como tu muerte; sola la verdad pudo hablar a tus Apóstoles y sola ella puede explicar el éxito de su predicación.

Continuidad de este testimonio. — Pero ha cesado el testimonio de los Apóstoles; otro testimonio no menos imponente, el de la Iglesia, le ha sucedido, el cual proclama con no menor autoridad, que Jesús no está entre los muertos. Al atestiguar la Iglesia la resurrección de Jesucristo, la atestiguan centenas de millones de hombres, que todos los años, desde hace veinte siglos, vienen celebrando la Pascua. Ante estos millones de testimonios de fe, ¿se puede dudar ya? ¿Quién no se siente abrumado por el peso de esta aclamación que no ha cesado un solo año desde que los Apóstoles la comenzaron? Y en esta aclamación justo es distinguir la voz de tantos millones de hombres doctos y pensadores que se han ocupado complacidos en estudiar esta verdad y no la abrazaron sino después de haber sopesado las razones; de tantos otros millones que se han sometido al yugo de una verdad tan poco halagadora a las pasiones hu-

manas, sólo porque han visto claramente que no era posible después de esta vida seguridad alguna sin los deberes que ella impone; en fin, de tantos millones de otros que han sostenido y defendido a la sociedad humana con sus virtudes, y que han sido la gloria de nuestra raza, sólo por haber hecho profesión de fe en Dios, muerto y resucitado para bien del género humano.

Así se eslabona el testimonio de la Iglesia, es decir, la parte más escogida, más ilustrada, y más sana del género humano, al de los primeros testigos que Jesucristo se dignó escoger, de modo que de ambos resulta un solo testimonio. Atestiguan los Apóstoles lo que ellos vieron; nosotros atestiguamos y atestiguaremos hasta la última generación lo que ellos predicaron. Ellos se aseguraron por sí mismos del hecho que iban a anunciar, y nosotros estamos seguros de la veracidad de su palabra. Por haberlo experimentado ellos, creyeron; y, tras la experiencia, creemos también nosotros. Fueron dichosos de haber visto, ya en este mundo, al Verbo de la vida, y de haber oído su voz, de haberle tocado con sus manos *(I Juan,* 1); nosotros vemos y oímos a la Iglesia que ellos fundaron, pero que apenas salía de la cuna cuando ya desaparecieron ellos del mundo. La Iglesia es el complemento de Cristo, que la había anunciado a los Apóstoles como destinada a llenar el mundo, aunque procediese del diminuto grano de mostaza. Escribe

a este propósito San Agustín, en un sermón sobre la fiesta de Pascua, estas admirables palabras: "Todavía no vemos a Cristo, pero vemos a su Iglesia; por tanto creamos en Jesucristo. Los Apóstoles, por el contrario, vieron a Cristo, pero no vieron a la Iglesia sino por la fe. Se les mostró sólo una de las dos cosas y la otra era objeto de su fe; cosa parecida sucede con nosotros: creemos en Jesucristo sin verle; pero, estando unidos a la Iglesia, a quien vemos, llegaremos a verle a él, pues su contemplación solamente nos ha sido diferida" [1].

Poseyendo, pues, oh Cristo, con un testimonio tan magnífico, la certeza de tu resurrección gloriosa, como tenemos la de tu muerte sobre el árbol de la cruz, confesamos que eres Dios, autor y supremo Señor de todas las cosas. Tu muerte te había humillado y tu resurrección te ha ensalzado: tú mismo has sido el autor de tu abatimiento y de tu elevación. Habías dicho ante tus enemigos: "Nadie me quita la vida; soy yo el que la dejo; yo tengo poder para dejarla y para tomarla." *(San Juan,* X, 18.) Sólo un Dios podía hacer realidad esta palabra; tú la has cumplido en el verdadero sentido, y cuando hacemos un acto de fe en tu resurrección, confesamos por el mismo hecho tu divinidad. Haz digno de ti el humilde y feliz homenaje de nuestra fe.

[1] Sermón CCXXXVII.

La Estación se celebra, en Roma, en la Iglesia de Santa María *ad Martyres*. Es el antiguo Panteón de Agripa, dedicado en otro tiempo a todos los falsos dioses; le entregó el emperador Focas al Papa San Bonifacio IV, quien le consagró a la Virgen y a todos los Mártires. Ignoramos en qué templo se reunían los fieles de Roma en la antigüedad cristiana. Cuando se asignó esta iglesia, en el siglo VII, los neófitos, reunidos por segunda vez en esta octava, en un templo consagrado a María Santísima, tenían que comprender bien que la Iglesia quería fomentar en sus almas la confianza filial en ella, que se había convertido en su Madre y que era la encargada de llevar a su Hijo a cuantos él llama por su gracia a ser sus hermanos.

MISA

El Introito, sacado de los Salmos, recuerda a los neófitos el paso del mar Rojo y el poder de sus aguas para la liberación de Israel.

INTROITO

Los sacó el Señor con esperanza, aleluya: y a sus enemigos los ahogó en el mar. Aleluya, aleluya, aleluya. *Salmo:* Atiende, pueblo mío, a mi ley: inclina tu oído a las palabras de mi boca. ℣. Gloria al Padre.

La Pascua es la reconciliación del hombre con Dios, pues el Padre no puede rehusar nada a

un vencedor como su Hijo resucitado. La Iglesia pide en la Colecta que permanezcamos siempre dignos de tan bella alianza, conservando fielmente en nosotros el sello de la regeneración pascual.

COLECTA

Omnipotente y sempiterno Dios, que nos has dado el misterio pascual como pacto de la reconciliación humana: concede a nuestras almas la gracia de imitar con obras lo que celebramos con fe. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pedro (I Pet., III. 18-22).

Carísimos: Cristo murió una vez por nuestros pecados, el Justo por los injustos, para ofrecernos a Dios; murió, ciertamente, según la carne, pero fué vivificado en el Espíritu. En el cual fué también y predicó a los espíritus que estaban encarcelados: los cuales fueron incrédulos en otro tiempo cuando los esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se fabricaba el arca en la que se salvaron del agua unos pocos, es decir, ocho personas. De un modo parecido os ha salvado también ahora a vosotros el Bautismo, no quitando las manchas del cuerpo, sino purificando la conciencia delante de Dios, por la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, que está a la diestra de Dios.

El Diluvio y el Bautismo. — El Apóstol San Pedro es a quien también escuchamos hoy en la Epístola; y sus enseñanzas son de suma im-

portancia para nuestros neófitos. El Apóstol les recuerda en primer lugar la visita que hizo poco ha el alma del Redentor a aquellos que estaban cautivos en las regiones inferiores de la tierra; entre ellos encontró a muchos de los que antiguamente fueron víctimas de las aguas del diluvio y que hallaron su salvación en aquellas olas vengadoras; porque aquellos hombres, incrédulos al principio a las amenazas de Noé, pero después abatidos por la inminencia del castigo, se arrepintieron de su falta e imploraron sinceramente el perdón. De ahí, el Apóstol eleva el pensamiento de los oyentes hacia los afortunados moradores del arca, que representaban nuestros neófitos, a los que hemos visto atravesar las aguas, no para perecer en este elemento, sino para llegar a ser, como los hijos de Noé, padres de una nueva generación de hijos de Dios. El bautismo no es, pues, añade el Apóstol, un baño vulgar; es la purificación de las almas, con la condición de que estas almas sean sinceras en el compromiso solemne contraído en la fuente sagrada, de ser fieles a Cristo, que las salva, y de renunciar a Satanás y a todo lo que a él se refiere. El Apóstol termina mostrándonos el misterio de la Resurrección de Jesucristo como la fuente de la gracia del Bautismo, al que la Iglesia ha unido por esta razón la administración solemne en la celebración misma de la Pascua.

GRADUAL

Este es el día que hizo el Señor: gocémonos y alegrémonos en él. ℣. Bendito el que viene en nombre del Señor: el Señor es Dios, y nos ha iluminado.

Aleluya, aleluya. ℣. Decid a las gentes: que el Señor ha reinado desde el madero.

Se canta después la Secuencia de la Misa del día de pascua, *Victimae paschali*, página 64.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Mateo (XXVIII, 16-20).

En aquel tiempo los once discípulos marcharon a Galilea, al monte que les había señalado Jesús. Y, al verle, le adoraron: pero algunos dudaron. Y, acercándose Jesús, les dijo: Me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad a todas las gentes: bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: enseñándolas a guardar todo cuanto os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del mundo.

JESÚS VIVE EN LA IGLESIA. — En este pasaje del Evangelio, San Mateo, el evangelista que más brevemente cuenta la Resurrección del Salvador, resume en pocas palabras las relaciones de Jesús resucitado con sus discípulos en Galilea. Fué allí donde apareció visible no solamente a los Apóstoles sino también a otras muchas personas. El evangelista nos muestra al Salvador dando a sus Apóstoles la misión de ir a predicar su doctrina por el mundo entero; y como él no volverá

a morir, se compromete a permanecer con ellos hasta el fin de los siglos. Pero los Apóstoles no vivirán hasta el último día del mundo; ¿como, pues, se cumplirá la promesa? Es que los Apóstoles, como hemos dicho, se perpetúan en la Iglesia; su testimonio y el de la Iglesia se entrelazan de modo indisoluble; y Jesucristo vela para que este testimonio único sea tan fiel como ininterrumpido. Hoy mismo tenemos a la vista un monumento de su valor incontrastable. Pedro y Pablo predicaron en Roma la Resurrección de su Maestro y pusieron allí los fundamentos del cristianismo; cinco siglos más tarde, la Iglesia, que no había dejado de ampliar sus conquistas, recibía como en parias de manos de un emperador el templo vacío y despojado de todas las falsas deidades y el sucesor de Pedro le dedicaba a María, la Madre de Dios, y a toda la legión de testigos de la Resurrección que se llaman los Mártires. La rotonda de este vasto templo reune hoy a la asamblea de los fieles. En este edificio, que vió extinguirse el fuego de los sacrificios paganos por falta de combustible, y que después de tres siglos de abandono, como para expiar su pasado impío, purificado ahora por la Iglesia, recibe dentro de sus muros al pueblo cristiano, los neófitos no pueden menos de exclamar: "Verdaderamente resucitó Cristo, pues, después de haber muerto en una cruz, triunfa de esta manera de los Césares y de los dioses del Olimpo."

El Ofertorio está formado por textos del Exodo, en los cuales el Señor da a su pueblo el mandató de celebrar cada año el día aniversario de su Tránsito. Si prescribió tal mandato para un acontecimiento que no tenía más que un significado terreno y figurativo, con qué fidelidad y con qué alegría deberán celebrar los cristianos el aniversario de este otro Tránsito del Señor, cuyas consecuencias se extienden hasta la eternidad y cuya realidad eclipsó todas las figuras.

OFERTORIO

Este día será memorable para vosotros, aleluya: y lo celebraréis en vuestras generaciones como una fiesta solemne dedicada al Señor: será una institución perpetua. Aleluya, aleluya, aleluya.

La Santa Iglesia ofrece a Dios en la Secreta el Sacrificio que está preparado en favor de sus nuevos hijos; pide que les sirva para remisión de sus pecados. Pero ¿tienen todavía pecados? Es cierto que han sido lavados en la fuente de la salud; mas la ciencia divina preveía esta ofrenda de hoy, y en consideración a ella les ha sido otorgada la misericordia, aun antes que se cumpliese la condición en el tiempo.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, aceptes aplacado estas hostias, que te ofrecemos en expiación de los pecados de los

renacidos y para acelerar el celestial socorro. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

La Antífona de la Comunión proclama triunfalmente el mandato del Señor a sus Apóstoles y a su Iglesia de enseñar a todas las naciones y de bautizar a todos los pueblos; he aquí el título de su misión; pero la aplicación que los apóstoles hicieron y que la Iglesia continúa haciendo, después de dieciocho siglos, muestra lo suficiente que aquel que habló de esta manera vive y ya no morirá.

COMUNION

Me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra, aleluya: Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Aleluya, aleluya.

La Iglesia, después de haber alimentado a sus hijos con el pan de la eternidad, continúa en la Poscomunión pidiendo para ellos la remisión de las faltas que el hombre comete en el tiempo, y que le perderían para siempre, si los méritos de la muerte y de la Resurrección del Señor no estuviesen presentes de continuo a los ojos de la divina justicia.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, mires a tu pueblo: y, al que te has dignado renovar con misterios eternos, absuélvele benigno de las culpas temporales. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

SABADO DE PASCUA

El descanso del Señor. — Ha llegado el día séptimo de la más alegre de las semanas trayéndonos el recuerdo del descanso del Señor, después de sus seis días de trabajo. Nos recuerda al mismo tiempo el segundo descanso que el mismo Señor quiso tomar, como soldado seguro de la victoria, antes de dar el combate decisivo a su adversario. Descanso en un sepulcro, sueño de un Dios que no se había dejado vencer de la muerte sino para que su despertar fuera más funesto a este cruel enemigo. Hoy que este sepulcro no tiene más que devolver, que ha visto salir al vencedor a quien no podía retener, convenía que nos detuviésemos a contemplarle, a rendirle nuestros homenajes; pues este sepulcro es santo y su vista no puede más que acrecentar nuestro amor hacia aquel que se dignó dormir algunas horas a su sombra. Isaías había dicho: "El retoño de Jesé será como el estandarte a cuyo alrededor se congregarán los pueblos; las naciones le colmarán de honores; y su sepulcro será glorioso." *(Isaías,* XI, 10.) El oráculo se ha cumplido; ya no hay nación sobre la tierra que no posea adoradores de Jesús; y mientras las tumbas de los otros hombres, cuando el tiempo no

las ha destruído o arrasado, son como trofeo de la muerte, el sepulcro de Jesús subsiste todavía y proclama la vida.

José de Arimatea. — ¡Qué tumba aquella que despierta pensamientos de gloria y cuyas grandezas habían sido predichas tantos siglos antes! Cuando los tiempos se cumplían, Dios suscitó en Jerusalén un hombre piadoso, José de Arimatea, que secretamente, pero con sincero corazón, se hace discípulo de Jesús. Este magistrado piensa hacerse cavar una tumba; y en las sombras de la muralla de la villa, sobre la vertiente de la colina del Calvario, en viva roca, labra dos cámaras sepulcrales, una de las cuales sirve de vestíbulo a la otra. José pensaba cavarla para sí mismo; mas preparaba para los despojos de un Dios este asilo; creía en el fin común de toda criatura humana después del pecado; mas los decretos divinos habían determinado que José no descansaría en aquella tumba y que ella llegaría a ser para los hombres prenda de la inmortalidad.

Jesús expira en la cruz en medio de los insultos de su pueblo; toda la ciudad, que le había acogido pocos días antes al grito del Hosanna, está sublevada contra el Hijo de David; y en el mismo momento, desafiando las iras de la ciudad deicida, José se dirige a casa del gobernador romano para reclamar el honor de en-

terrar el cuerpo del ajusticiado. No tarda en llegar al Calvario con Nicodemus; y cuando ha desclavado de la cruz los miembros de la divina víctima, tiene la gloria de colocar aquel cuerpo sagrado sobre la mesa de piedra que había hecho preparar para sí mismo: dichoso de rendir homenaje al maestro por el que acababa de confesar su adhesión hasta en el Pretorio de Poncio Pilatos. ¡Oh hombre verdaderamente digno del respeto de todos los hombres, cuya representación llevas en estos augustos funerales, no dudamos que una mirada de reconocimiento de la Madre dolorosa te ha recompensado el sacrificio que hiciste tan voluntariamente por su Hijo!

EL SANTO SEPULCRO. — Los evangelistas insisten con marcada intención sobre las condiciones del sepulcro. San Mateo, San Lucas, San Juan, nos dicen que era nuevo y que no había aún acogido a ningún cadáver. Los Santos Padres nos han explicado posteriormente el misterio para gloria del Santo Sepulcro. Nos han enseñado la relación de este sepulcro con el seno virginal; y han sacado esta consecuencia, que Dios, nuestro Señor, cuando escoge un asilo en su criatura, quiere encontrarle libre y digno de su infinita santidad. Honor, pues, al sepulcro de nuestro Redentor, por haber presentado en su ser material, una misteriosa relación con la incomparable y

viva pureza de la madre de Jesús. Durante las horas que conservó su precioso depósito, ¿qué gloria igualaba entonces la suya sobre la tierra? ¡Qué tesoro fué confiado a su custodia! Debajo de su bóveda silenciosa reposaba en los lienzos, mojados con las lágrimas de María, el cuerpo que había sido el rescate del mundo. En su estrecho recinto los ángeles se apiñaban, haciendo guardia a los despojos de su cadáver, adorando su divino descanso, y esperando la hora en que el cordero degollado se levantase como león temible. Pero qué inaudito prodigio resplandeció bajo de la bóveda de la humilde caverna cuando habiendo llegado el instante decretado desde toda la eternidad, Jesús perforó, lleno de vida, más rápido que el rayo, las venas de la roca y se lanzó al espacio. Al instante la mano del ángel viene a separar la piedra de la entrada para manifestar la salida del celestial prisionero; luego los otros ángeles esperan a Magdalena y a sus compañeras. Llegan ellas, y hacen resonar aquella bóveda con sus sollozos; Pedro y Juan penetran a su vez. Verdaderamente, este lugar es santo entre todos. El Hijo de Dios se ha dignado habitarle; su Madre ha llorado allí; ha sido el lugar de cita de los espíritus celestiales; las almas más santas de la tierra lo han consagrado con sus fervorosas visitas, le han ofrecido el homenaje de sus más devotos sentimientos. ¡Oh sepulcro del Hijo de Jesé, eres verdaderamente glorioso!

LA DESOLACIÓN DEL LUGAR SANTO. — El infierno ve esta gloria y quisiera borrarla de la tierra. Este sepulcro humilla su orgullo; pues recuerda de una manera demasiado ruidosa la derrota que experimentó la muerte, hija del pecado. Satanás cree haber cumplido su odioso designio cuando, habiendo sucumbido Jerusalén a los golpes de los romanos, una nueva ciudad, completamente pagana, se levanta sobre sus ruinas con el nombre de Elia. Pero el nombre de Jerusalén no perecerá, como tampoco la gloria del santo sepulcro. En vano órdenes impías prescriben amontonar la tierra alrededor del monumento, y erigir sobre este montículo un templo a Júpiter, al mismo tiempo que sobre el mismo Calvario un santuario a la impúdica Venus, y sobre la gruta de la Natividad un altar a Adonis; estas contrucciones sacrílegas no harán más que señalar de modo más preciso los lugares sagrados a la curiosidad de los cristianos.

Se quiso tender un lazo y volver en provecho de los falsos dioses los homenajes con que los discípulos de Cristo tenían costumbre de rodear estos lugares: ¡vana esperanza! Los cristianos no los visitarán en tanto que estén manchados con la presencia de los ídolos; pero tendrán la vista fija sobre esas huellas de un Dios, huellas indelebles para ellos: y esperarán, pacientes, que el Padre se complazca en glorificar todavía a su Hijo.

La restauración. — Cuando sonó la hora, Dios envía a Jerusalén una emperatriz cristiana, madre de un emperador cristiano, para hacer visibles de nuevo las huellas del paso de nuestro Redentor. Emula de Magdalena y de sus compañeras, Elena avanza hacia el lugar en que estuvo el sepulcro. Era necesaria una mujer para continuar las escenas de la mañana de la Resurrección. Magdalena y sus compañeras buscaban a Jesús; Elena, que le adora resucitado, no busca más que su tumba; pero un mismo amor las anima. Por orden de la emperatriz, es derribado el santuario de Júpiter; se retira la tierra amontonada; y pronto el sol ilumina de nuevo el trofeo de la victoria de Jesús. La derrota de la muerte era proclamada segunda vez por esta reaparición del sepulcro glorioso. Pronto, a expensas del tesoro imperial, se levanta un templo que lleva el nombre de Basílica de la Resurrección. El mundo entero se conmueve con la noticia de tal triunfo; el paganismo, resquebrajado ya, se estremece incontenible; y las piadosas peregrinaciones de los cristianos hacia el sepulcro glorificado comienzan para no detenerse hasta el último día del mundo.

La invasión islámica. — Durante tres siglos Jerusalén fué la ciudad santa y libre, iluminada por los esplendores del santo sepulcro; pero los decretos de la justicia divina habían acordado que el Oriente, hoguera inextinguible de todas

las herejías, fuese castigado y sometido a esclavitud. El sarraceno invadió con sus hordas la tierra de los prodigios; y las aguas de este diluvio degradante no han retrocedido un momento sino para derramarse con nuevo ímpetu sobre esta tierra. Pero no temamos por el sagrado sepulcro; permanecerá siempre en pie. El sarraceno también lo reverencia; pues, a sus ojos, es el sepulcro de un gran profeta. Para acercarse a él, el cristiano tendrá que pagar un tributo; pero está en seguro; aun se verá a un califa ofrecer como homenaje a nuestro Carlomagno las llaves de este augusto santuario, demostrando con este acto de cortesía la veneración que a él mismo le infunde la gruta sagrada, así como el respeto de que estaba penetrado hacia el más grande de los príncipes cristianos. Así el sepulcro continuaba pareciendo glorioso, aun a través de las tribulaciones que, humanamente pensando, debían haberle hecho desaparecer de la tierra.

LAS CRUZADAS. — La gloria del santo sepulcro brilló con más fulgor aún, a la voz del Padre común de los fieles, el Occidente se levantó de repente en armas y marchó, a la sombra del estandarte de la Cruz, a librar a Jerusalén. El amor al santo sepulcro bullía en todos los corazones y su nombre le pronunciaban todos los labios. El sarraceno tuvo que retroceder y entregar la plaza a los Cruzados. Entonces contem-

plóse en la basílica de Santa Elena un espectáculo sublime: consagrado con el óleo santo, Godofredo de Bouillon, rey de Jerusalén, junto al sepulcro de Cristo, empezaron a celebrarse los divinos misterios debajo de aquellas bóvedas orientales de la basílica constantiniana, en la lengua y los ritos de Roma. Este reinado fué efímero: por un lado la política miope de nuestros príncipes occidentales no supo justipreciar tal conquista; por otro, la perfidia del imperio griego no cejó hasta que, por sus traiciones, volvió el sarraceno a cercar los muros indefensos de la ciudad santa. Este periodo fué, con todo, una de las glorias profetizadas por Isaías sobre el santo sepulcro y no será la postrera.

EL SANTO SEPULCRO ACTUALMENTE. — Hoy, profanado con los sacrificios ofrecidos en su recinto por las manos sacrílegas de los cismáticos y de los herejes, confiado breves y contadas horas para el culto legítimo de la única Esposa del que se dignó descansar en él, el santo sepulcro aguarda el día en que se vengue una vez más su honor ultrajado. ¿Será el Occidente, dócil ya a la fe, el que vaya a renovar en aquella tierra los grandes recuerdos que dejaron en ella sus caballeros? ¿Será el Oriente mismo el que, renunciando a una separación que sólo le ha valido la esclavitud, tienda la mano a la Madre y Señora de todas las Iglesias y selle en la roca

inmortal de la Resurrección una reconciliación para ruina del islamismo? Sólo Dios lo sabe; pero sabemos nosotros por su boca divina e infalible, que antes de la consumación del mundo, Israel volverá a Dios, a quien despreció y crucificó, y que Jerusalén será levantada por el poder de los judíos convertidos a la fe cristiana. Entonces el glorioso sepulcro del Hijo de Jesé brillará por encima de todo; y el Hijo de Jesé no tardará en aparecer; será la hora en que la tierra devuelva los cuerpos a la Resurrección general; y cuando la Pascua se celebre por última vez, entonces se tributará al santo sepulcro el honor supremo y último. Al despertarnos de nuestras tumbas, y al echarle la última mirada, nos será dulce contemplar nuestros sepulcros como el punto de partida y comienzo de la inmortalidad de la que ya disfrutaremos. Mientras esta hora llega y hasta que entremos en la morada transitoria, custodia de nuestros cuerpos, vivamos amando el sepulcro de Cristo. Sea su honor el nuestro, pues somos herederos de aquella fe sincera y ferviente que animó a nuestros padres y los armó para vengar su injuria. Cumplamos nuestro deber de Pascua, que consiste en comprender y gustar las magnificencias del sepulcro glorioso.

EL SÁBADO "IN ALBIS". — Este día lleva en la Liturgia el nombre de Sábado *in albis*, o mejor

in albis deponendis, porque hoy los neófitos deponían las vestiduras blancas que habían llevado durante toda la octava. La octava, en efecto, había comenzado para ellos más pronto que para el resto de los fieles, pues en la noche del Sábado Santo habían sido regenerados y se los había cubierto en seguida con este vestido, símbolo de la pureza de sus almas. En la tarde del Sábado siguiente, después del oficio de Vísperas se le quitaban, como luego diremos.

Hoy la Estación, en Roma, es en la Basílica de Letrán, Iglesia Madre y Maestra, contigua al Bautisterio constantiniano, donde los neófitos hace ocho días recibieron la gracia de la regeneración. El templo que los reúne hoy, es la misma iglesia de la que salieron en la penumbra de la noche, camino de la fuente de la salud, precedidos del misterioso cirio que alumbraba sus pasos; es el mismo en que, envueltos en sus hábitos blancos, asistieron por vez primera a toda la celebración del Sacrificio cristiano, en el que recibieron el Cuerpo y la Sangre del Redentor. Ningún otro lugar más apto que éste para la reunión litúrgica del presente día, cuyas impresiones conservarían indelebles en el corazón los neófitos que estaban a punto de entrar en la vida ordinaria de los fieles.

La santa Iglesia, en estas horas postreras, en que los recién nacidos se agrupan en derredor de una Madre, los considera complacida, posa con amor su mirada en estos frutos preciosos de

su fecundidad que los días pasados la sugerían cantos melodiosos y conmovedores.

Unas veces se los presentaba levantándose del Banquete divino, vivificados por la carne de aquel que es sabiduría y dulzura a la vez, y entonces cantaba este responso:

℟. La boca del sabio destila miel, aleluya; ¡cuán dulce es la miel en su lengua! aleluya; * Un panal de miel destilan sus labios. Aleluya.

℣. La sabiduría descansa en su corazón; y hay prudencia en las palabras de su boca. * Un panal de miel brota de sus labios. Aleluya.

Otras veces se enternecía al contemplar transformados en tiernos corderitos a esos hombres que hasta entonces habían llevado la vida del siglo, pero que volvían a empezar su carrera con la inocencia de los niños; y la Iglesia los hablaba en este lenguaje paternal:

℟. He aquí los corderitos que nos han anunciado el Aleluya; acaban de salir de la fuente; * Están bañados de luz. Aleluya.

℣. Compañeros del Cordero, visten de blanco y llevan palmas en sus manos. * Están bañados de luz. Aleluya, aleluya.

Se ponía otras veces a mirar con santo orgullo el resplandor de las virtudes que el santo Bautismo había infundido en sus almas, la pureza sin mancilla que los hacía brillar como la

luz, y su voz, llena de gozo, cantaba así su belleza:

℟. ¡Cuán blancos son los nazarenos de mi Cristo! aleluya; su resplandor da gloria a Dios; aleluya; * Su blancura es como la leche más pura. Aleluya, aleluya.

℣. Más blancos que la nieve, más puros que la leche, más rubios que el marfil antiguo, más hermosos que el zafiro; * Su blancura es como la leche más pura. Aleluya, aleluya.

Estos dos responsorios todavía forman parte de los Oficios del Tiempo Pascual.

MISA

El Introito está compuesto con palabras del Salmo CIV; en él glorifica Israel al Señor por haber hecho volver a su pueblo del destierro. Este pueblo son para nosotros nuestros neófitos, que estaban desterrados del cielo a causa del pecado original y de sus pecados personales; el Bautismo les ha devuelto todos sus derechos a esta dichosa patria acogiéndoles en la Iglesia.

INTROITO

Sacó el Señor a su pueblo con regocijo, aleluya: y a sus elegidos con alegría, aleluya, aleluya. — *Salmo:* Confesad al Señor e invocad su nombre: anunciad entre las gentes sus obras. ℣. Gloria al Padre.

En el momento de acabar la semana pascual, la Iglesia pide al Señor, en la Colecta, que las alegrías que sus hijos han gustado en estos días les abran el camino a las alegrías todavía mayores de la Pascua eterna.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que hemos celebrado con veneración las fiestas pascuales, merezcamos alcanzar por ellas los gozos eternos. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pedro (I Pet., II 1-10).

Carísimos: Dejando, pues, toda malicia y todo dolo, y los fingimientos y las envidias y toda detracción, como niños recién nacidos, ansiad la leche espiritual, sin engaño, para que con ella crezcáis en salud si es que gustáis cuán dulce es el Señor. Acercaos a él, piedra viva, reprobada por los hombres, pero elegida y honrada por Dios, y edificaos también vosotros sobre ella, cual piedras vivas, como una casa espiritual, como un sacerdocio santo, para ofrecer por Jesucristo hostias espirituales, gratas a Dios. Por eso dice la Escritura: He aquí que pongo en Sión una piedra principal, angular, escogida, preciosa: y, el que creyere en ella, no será confundido. Para vosotros, los que creéis, es honor; mas, para los que no creen, la piedra que reprobaron los constructores, se ha hecho cabeza angular, y piedra de tropiezo, y piedra de escándalo para los que tropiezan en la palabra y no creen en aquello para lo que han sido destinados. Mas vosotros sois

una raza escogida, un sacerdocio real, una gente santa, un pueblo de conquista: para que anunciéis las maravillas del que os llamó de las tinieblas a su admirable luz. Los que antes no erais pueblo, ahora sois el pueblo de Dios: los que no habíais conseguido misericordia, ahora la habéis conseguido.

Consejos de San Pedro a los neófitos. — Los neófitos no podían escuchar, en este día, una exhortación mejor apropiada a su situación que la del príncipe de los Apóstoles, en este pasaje de su primera Epístola. San Pedro dirigió esta carta a nuevos bautizados; por eso ¡con qué dulce paternidad explayaba también los sentimientos de su corazón sobre estos "hijos recién nacidos"! La virtud que él les recomienda, es la sencillez, que tan bien cuadra en esta primera edad; la doctrina con la que han sido instruídos, es leche que los alimentará y los hará crecer; al Señor es a quien hay que saborear; y el Señor está lleno de dulzura.

El Apóstol insiste en seguida sobre uno de los principales caracteres de Cristo: es la piedra fundamental y angular del edificio de Dios. Sobre él solo deben establecerse los fieles, que son las piedras vivas del templo eterno. El solo les da la solidez y la resistencia; y por eso, antes de volver a su Padre, ha recogido y establecido sobre la tierra otra Piedra, una Piedra siempre visible que está unida a él mismo y a la cual ha comunicado su propia solidez. La modes-

tia del Apóstol le impide insistir sobre lo que el santo Evangelio encierra de glorioso para él a este propósito; pero quién conoce las palabras de Cristo a Pedro, comprende toda la doctrina.

Si el Apóstol no se glorifica a sí mismo, ¡qué títulos magníficos nos da en cambio a nosotros los bautizados! Nosotros somos "la raza escogida y santa, el pueblo que Dios ha conquistado, un pueblo de Reyes y de sacerdotes". En efecto, ¡qué diferencia del bautizado con el que no lo está! El cielo, abierto para uno, está cerrado para el otro; uno es esclavo del demonio, y el otro, rey en Jesucristo Rey, de quien ha llegado a ser hermano; el uno, tristemente aislado de Dios, y el otro, ofreciéndole el sacrificio supremo por las manos de Jesucristo Sacerdote. Y todos esos dones nos han sido conferidos por una misericordia enteramente gratuita; no han sido en modo alguno merecidos por nosotros. Ofrezcamos, pues, a nuestro Padre adoptivo humildes acciones de gracias; trasladándonos al día en que también nosotros fuimos neófitos, renovemos las promesas hechas en nuestro nombre, como la condición absoluta con la cual nos eran concedidos tan grandes bienes.

A partir de este día, la Iglesia deja de emplear hasta el fin del Tiempo Pascual, entre la Epístola y el Evangelio, el Responso llamado Gradual. Le sustituye por el canto repetido del "Alleluia", que presenta menos gravedad pero expresa

un sentimiento más vivo de alegría. En los seis primeros días de la solemnidad pascual, no ha querido aminorar la majestad de sus cantos; ahora se entrega más de lleno a la santa libertad que la transporta.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. ℣. Este es el día que hizo el Señor: gocémonos y alegrémonos en él.

Aleluya. ℣. Alabad, niños, al Señor, alabad el nombre del Señor.

Se canta en seguida la Secuencia de la Misa del día de Pascua, *Victimae paschali*, página 64.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Juan (XX, 1-9).

En aquel tiempo, pasado el Sábado, María Magdalena fué al sepulcro por la mañana, cuando todavía reinaban las tinieblas: y vió la piedra quitada del sepulcro. Corrió entonces, y fué a Simón Pedro y al otro discípulo a quien amaba Jesús, y díjoles: Han llevado al Señor del sepulcro, y no sabemos dónde le han puesto. Salió entonces Simón, y el otro discípulo, y fueron al sepulcro. Y corrían los dos juntos, y el otro discípulo corrió más que Pedro y llegó antes al sepulcro. Y, habiéndose inclinado, vió los lienzos puestos, pero no entró. Llegó entonces Simón Pedro siguiéndole, y entró en el sepulcro, y vió los lienzos puestos, y el sudario que había cubierto su cabeza no estaba puesto con los lienzos, sino doblado en otro sitio. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al

sepulcro: y vió y creyó: porque aún no habían entendido la Escritura, según la cual era necesario que él resucitara de entre los muertos.

El respeto debido a Pedro. — Este episodio de la mañana del día de Pascua le ha reservado para hoy la Santa Iglesia, porque en él figura San Pedro, cuya voz se ha dejado oír ya en la Epístola. Este es el último día en que asisten los neófitos al Sacrificio revestidos de blanco; mañana su exterior no les distinguirá en nada de los otros fieles. Importa, pues, insistir con ellos sobre el fundamento de la Iglesia, fundamento sin el que la Iglesia no podría subsistir y sobre el que deben ellos establecerse, si quieren conservar la fe en la que han sido bautizados y que han de guardar pura hasta el fin para obtener la salud eterna. Ahora bien, esta fe se mantiene firme en todos aquellos que son dóciles a las enseñanzas de Pedro y veneran la dignidad de este Apóstol. Aprendamos de otro Apóstol, en este pasaje del santo Evangelio, el respeto y la deferencia que son debidas al que Jesús encargó de apacentar todo el rebaño, corderos y ovejas. Pedro y Juan corren juntos a la tumba de su maestro; Juan, más joven, llega el primero. Contempla el sepulcro: pero no entra. ¿Por qué esta humilde reserva en el que es el discípulo amado del Maestro? ¿Qué espera? Espera al que Jesús ha antepuesto a todos ellos, al que es su Jefe, y a quien pertenece obrar como

jefe. Pedro llega; entra en el sepulcro; comprueba todo y en seguida Juan penetra, a su vez, en la gruta. Admirable enseñanza que Juan mismo quiso darnos, escribiendo con su propia mano este relato misterioso. Toca a Pedro el preceder, el juzgar, el obrar como maestro; y toca al cristiano seguirle, escucharle, rendirle honor y obediencia. Y ¿cómo no iba a ser así cuando vemos incluso a un Apóstol y tal Apóstol, obrar de este modo con Pedro, y cuando éste no había aún recibido más que la promesa de las llaves del Reino de los Cielos, que no le fueron dadas de hecho, sino en los días siguientes?

Las palabras del Ofertorio están sacadas del Salmo CXVII, que es por excelencia el Salmo de la Resurrección. Saludan al divino triunfador que se eleva como un astro luminoso, y viene a derramar sobre nosotros sus bendiciones.

OFERTORIO

Bendito el que viene en nombre del Señor: os bendecimos desde la casa del Señor: el Señor es Dios y nos ha iluminado. Aleluya, aleluya.

En la Secreta la Iglesia nos enseña que la acción de los divinos misterios celebrados en el curso del año, es continua sobre los fieles. Llevan consigo ora una nueva vida, ora una nueva alegría, y por su sucesión anual en la santa Liturgia

la Iglesia mantiene en sí la vitalidad que ellos la confieren cumpliéndose a su tiempo.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que nos felicitemos siempre de estos misterios pascuales: para que, la continua obra de nuestra reparación, sea para nosotros causa de perpetua alegría. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Los neófitos deben, en este mismo día, deponer sus hábitos blancos; ¿cuál será, pues, en adelante su vestido? El mismo Cristo, que se ha incorporado a ellos por el Bautismo. El Doctor de los gentiles les da esta esperanza en la Antífona de la Comunión.

COMUNION

Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, os habéis vestido de Cristo. Aleluya.

En la Poscomunión, la Iglesia insiste aún sobre el don de la fe. Sin la fe, el cristianismo deja de existir; pero la Eucaristía, que es el misterio de la fe, tiene la virtud de alimentarla y desarrollarla en las almas.

POSCOMUNION

Sustentados con el don de nuestra redención, suplicámoste, Señor, hagas que, con este auxilio de la perpetua salud, crezca siempre la verdadera fe. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

DEPOSICION DE LOS HABITOS BLANCOS

Cada uno de los días de esta semana, el Oficio de Vísperas se tenía con la misma solemnidad de que hemos sido testigos el Domingo. El pueblo fiel llenaba la Basílica, y acompañaba con sus miradas y con su interés fraternal al grupo blanco de neófitos que avanzaba, cada tarde, en pos del Pontífice, para volver a ver la fuente que da nueva vida a los que son sumergidos en ella. Hoy la concurrencia es mayor aún; pues se va a cumplir un nuevo rito. Los neófitos, quitándose el hábito que recuerda al exterior la pureza de sus almas, van a aceptar el compromiso, de conservar interiormente esta inocencia cuyo símbolo no les es ya necesario. Por este cambio que se opera a los ojos de los fieles, se da a entender que la Iglesia devuelve estos nuevos hijos a sus familias, a la solicitud y deberes de la vida ordinaria, a ellos les toca ahora mostrar en adelante lo que son para siempre: cristianos, discípulos de Cristo.

Al regreso del Baptisterio, y después de haber terminado el Oficio de Vísperas por la estación ante la Cruz del arco triunfal, los neófitos son conducidos a una de las salas contiguas de la Basílica; allí se ha preparado un amplio recipiente lleno de agua.

El Obispo, sentado en silla de honor y viendo a su alrededor a esos corderos de Cristo, les

dirige un discurso en el que expresa la alegría del Pastor, al ver el feliz aumento del rebaño que le está confiado. Los felicita por su dicha y, viniendo en seguida al objeto de su reunión en este lugar, es decir a la deposición de las vestiduras que recibieron de sus manos al salir de la fuente de la salud, les advierte paternalmente la obligación de velar sobre sí mismos y de no manchar nunca la blancura del alma de que la de los vestidos no ha sido más que una débil imagen.

Los vestidos blancos de los neófitos fueron suministrados por la Iglesia, como lo vimos en el Sábado santo: Por esta razón deben ponerse en manos de la Iglesia. El agua de la pila está destinada a lavarlos. Después de la alocución, el Pontífice bendice el agua, recitando sobre ella una Oración en la cual recuerda la virtud que el Espíritu Santo ha dado a este elemento para purificar las manchas mismas del alma. Volviéndose luego hacia los neófitos, después de haber expresado a Dios sus acciones de gracias recitando el Salmo CXVI, pronuncia esta bella plegaria:

"Visita, Señor, con tus propósitos salvadores, a tu pueblo, resplandeciente en medio de la alegrías pascuales; pero dígnate conservar en vuestros neófitos, para que sean salvados, lo que tú mismo has obrado en ellos. Haz que, al deponer sus vestidos blancos, el cambio en ellos no sea sino exterior; que esté siempre adherida a sus almas la blancura invisible de Cristo; que no la pierdan nunca; y que tu gracia los ayude a alcanzar

mediante el ejercicio de las buenas obras, la vida inmortal a la que nos invita el misterio de Pascua."

Después de esta oración, los neófitos ayudados, los hombres por sus padrinos, y las mujeres por sus madrinas, se despojaban de las vestiduras blancas y las entregaban a los servidores de la Iglesia encargados de lavarlas y de conservarlas.

Se revestían en seguida con sus hábitos ordinarios, ayudados siempre por sus padrinos y madrinas; y por fin, vueltos a los pies del Pontífice, recibían de su mano el símbolo pascual, la imagen de cera del Cordero divino.

El último vestigio de esta función conmovedora es la distribución de los "Agnus Dei" que el Papa hace en este día, en Roma, el primero y cada siete años de su pontificado. Vimos cómo fueron bendecidos por el Pontífice el miércoles precedente, y cómo los ritos que el Papa emplea en esta ocasión, recuerdan el Bautismo por inmersión de los neófitos. El Sábado siguiente, en los años de que acabamos de hablar, hay Capilla papal en el palacio. Después de la Misa solemne, estando el Sumo Pontífice en el trono, se traen en cestillas los "Agnus Dei" en gran número. El Prelado que los presenta canta estas palabras tomadas de uno de los Responsos que hemos citado: "Padre Santo, he aquí estos nuevos corderos que nos han anunciado el Aleluya; salen al instante de la fuente; están todos brillantes de luz." El Papa responde: "Deo gratias." El pensa-

miento se traslada entonces a los tiempos en que, en ese mismo día, los nuevos bautizados eran conducidos a los pies del Pontífice como tiernos corderos de blanco vellón, objeto de las complacencias del pastor. El Papa hace él mismo, desde su trono, la distribución de los "Agnus Dei" a los Cardenales, a los Prelados y a los otros asistentes; y así termina esta ceremonia tan interesante por los recuerdos que suscita y por su objeto actual.

La Pascua "annotina". — No acabaremos los relatos que se relacionan con este último día de la Octava de los nuevos bautizados, sin decir una palabra de la Pascua "annotina". Se llamaba así al día del aniversario de la Pascua del año precedente; y ese día era como la fiesta de los que contaban un año completo después de su bautismo. La Iglesia celebraba solemnemente el Sacrificio en favor de esos nuevos cristianos, a los cuales recordaba el inmenso beneficio con que Dios les había favorecido ese día; y era ocasión de festines y regocijos en las familias cuyos miembros habían sido, el año precedente, del número de los neófitos. Si por la irregularidad de la Pascua, este aniversario caía, el año siguiente, en alguna de las semanas de Cuaresma, debía abstenerse este año de celebrar la Pascua "annotina", o trasladarla después del día de la Resurrección. Parece que, en ciertas Iglesias, para evitar esas continuas variaciones, se había fijado el aniver-

sario del Bautismo en el Sábado de Pascua. La interrupción de la costumbre de administrar el Bautismo en la fiesta de la Resurrección trajo poco a poco la supresión de la Pascua "annotina"; con todo, se encuentran huellas en algunos lugares hasta el siglo XIII, o quizás más allá. Esta costumbre de festejar el aniversario del Bautismo, fundada en la grandeza del beneficio que cada uno de nosotros recibimos ese día, no debió desaparecer nunca de las costumbres cristianas; y en nuestros tiempos, como en la antigüedad, todos los que han sido regenerados en Jesucristo, deben tener al día en que recibieron la vida sobrenatural, siquiera el respeto que los paganos tenían a aquel que los había puesto en posesión de la vida natural. San Luis solía firmar "Louis de Poissy", porque fué en las fuentes de la humilde iglesia de Poissy donde recibió el bautismo; nosotros podemos aprender de tan gran cristiano a recordar el día y el lugar en que fuimos hechos hijos de Dios y de su Iglesia.

EL DOMINGO DE QUASIMODO

OCTAVA DE PASCUA

Cada Domingo es una Pascua. — Vimos ayer a los neófitos clausurar su Octava de la Resurrección. Antes que nosotros habían participado

del admirable misterio del Dios resucitado, y antes que nosotros debían acabar su solemnidad. Este día es, pues, el octavo para nosotros, que celebramos la Pascua el Domingo y no la anticipamos a la tarde del Sábado. Nos recuerda las alegrías y grandezas del único y solemne Domingo que reunió a toda la cristiandad en un mismo sentimiento de triunfo. Es el día de la luz que oscurece al antiguo Sábado; en adelante el primer día de la semana es el día sagrado; le señaló dos veces con el sello de su poder el Hijo de Dios. La Pascua está, pues, para siempre fijada en Domingo y como dejamos dicho en la "mística del Tiempo Pascual", todo domingo en adelante será una Pascua.

Nuestro divino resucitado ha querido que su Iglesia comprendiese así el misterio; pues, teniendo la intención de mostrarse por segunda vez a sus discípulos reunidos, esperó, para hacerlo, la vuelta del Domingo. Durante todos los días precedentes dejó a Tomás presa de sus dudas; no quiso hasta hoy venir en su socorro, manifestándose a este Apóstol, en presencia de los otros, y obligándole a renunciar a su incredulidad ante la evidencia más palpable. Hoy, pues, el Domingo recibe de parte de Cristo su último título de gloria, esperando que el Espíritu Santo descienda del cielo para venir a iluminarle con sus luces y hacer de este día, ya tan favorecido, la era de la fundación de la Iglesia cristiana.

La aparición a Santo Tomás. — La aparición del Salvador al pequeño grupo de los once, y la victoria que logró sobre la infidelidad de un discípulo, es hoy el objeto especial del culto de la Santa Iglesia. Esta aparición que se une a la precedente, es la séptima; por ella Jesús entra en posesión completa de la fe de sus discípulos. Su dignidad, su prudencia, su caridad, en esta escena, son verdaderamente de un Dios.

Aquí también, nuestros pensamientos humanos quedan confundidos a la vista de esa tregua que Jesús otorga al incrédulo, a quien parecía debía haberle curado sin tardanza de su infeliz ceguera o castigarle por su insolencia temeraria. Pero Jesús es la bondad y sabiduría infinita; en su sabiduría, proporciona, por esta lenta comprobación del hecho de su Resurrección, un nuevo argumento en favor de la realidad de este hecho; en su bondad, procura al corazón del discípulo incrédulo la ocasión de retractarse por sí mismo de su duda con una protesta sublime de dolor, de humildad y de amor. No describiremos aquí esta escena tan admirablemente relatada en el trozo del Evangelio que la Santa Iglesia va en seguida a presentarnos. Limitaremos nuestra instrucción de este día a hacer comprender al lector la lección que Jesús da hoy a todos en la persona de santo Tomás. Es la gran enseñanza del Domingo de la Octava de Pascua; importa no olvidarla, por que nos

revela, más que ninguna otra, el verdadero sentido del cristianismo; nos ilustra sobre la causa de nuestras impotencias, sobre el remedio de nuestras debilidades.

La lección del Señor. — Jesús dice a Tomás: "Has creído porque has visto; dichosos los que no vieron pero creyeron". Palabras llenas de divina autoridad, consejo saludable dado no solamente a Tomás, sino a todos los hombres que quieren entrar en relaciones con Dios y salvar sus almas. ¿Qué quería, pues, Jesús de su discípulo? ¿No acababa de oírle confesar la fe de la cual estaba ya penetrado? Tomás, por otra parte, ¿era tan culpable por haber deseado la experiencia personal, antes de dar su adhesión al más asombroso de los prodigios? ¿Estaba obligado a creer las afirmaciones de Pedro y de los otros, hasta el punto de tener que, por no darlas asentimiento, faltaba a su Maestro? ¿No daba prueba de prudencia absteniéndose de asentir hasta que otros argumentos le hubiesen revelado a él mismo la realidad del hecho? Sí, Tomás era hombre prudente, que no se fiaba demasiado; podía servir de modelo a muchos cristianos que juzgan y razonan como él en las cosas de la fe. Y con todo eso, ¡cuán abrumadora, aunque llena de dulzura, es la reprensión de Jesús! Se dignó prestarse, con condescendencia inexplicable, a que se verificase lo que Tomás

había osado pedir: ahora que el discípulo se encuentra ante el maestro resucitado, y que grita con la emoción más sincera: "¡Oh, tú eres mi Señor y mi Dios!" Jesús no le perdona la lección que había merecido. Era preciso castigar aquella osadía, aquella incredulidad; y el castigo consistirá en decirle: "Creíste, Tomás, porque viste."

La humildad y la fe. — Pero ¿estaba obligado Tomás a creer antes de haber visto? Y ¿quién puede dudarlo? No solamente Tomás, sino todos los Apóstoles estaban obligados a creer en la resurrección de su maestro, aun antes de que se hubiera mostrado a ellos. ¿No habían vivido ellos tres años en su compañía? ¿No le habían visto confirmar con numerosos prodigios su título de Mesías y de Hijo de Dios? ¿No les había anunciado su resurrección para el tercer día después de su muerte? Y en cuanto a las humillaciones y a los dolores de su Pasión, ¿no les había dicho, poco tiempo antes, en el camino de Jerusalén, que iba a ser prendido por los judíos, que le entregarían a los gentiles; que sería flagelado, cubierto de salivas y matado? *(San Luc.*, XVIII, 32, 33.)

Los corazones rectos y dispuestos a la fe no hubieran tenido ninguna duda en rendirse, desde el primer rumor de la desaparición del cuerpo. Juan, nada más entrar en el sepulcro y ver los

lienzos, lo comprendió todo y comenzó a creer. Pero el hombre pocas veces es sincero; se detiene en el camino como si quisiera obligar a Dios a dar nuevos pasos hacia adelante. Jesús se dignó darlos. Se mostró a la Magdalena y a sus compañeras que no eran incrédulas, sino distraídas por la exaltación de un amor demasiado natural. Según el modo de pensar de los Apóstoles, su testimonio no era más que el lenguaje de mujeres con imaginación calenturienta. Fué preciso que Jesús viniese en persona a mostrarse a estos hombres rebeldes, a quienes su orgullo hacía perder la memoria de todo un pasado que hubiese bastado por sí solo para iluminarles el presente. Decimos su orgullo; pues la fe no tiene otro obstáculo que ese vicio. Si el hombre fuese humilde, se elevaría hasta la fe que transporta las montañas.

Ahora bien, Tomás ha oído a la Magdalena y ha despreciado su testimonio; ha oído a Pedro y no ha hecho caso de su autoridad; ha oído a sus otros hermanos y a los discípulos de Emaús y nada de todo eso le ha apartado de su parecer personal. La palabra de otro, grave y desinteresada, produce la certeza en un espíritu sensato, mas no tiene esta eficacia ante muchos, desde que tiene por objeto atestiguar lo sobrenatural. Es una profunda llaga de nuestra naturaleza herida por el pecado. Muy frecuentemente quisiéramos, como Tomás, tener la experiencia nosotros mismos; y eso basta para privarnos de la

plenitud de la luz. Nos consolamos como Tomás porque somos siempre del número de los discípulos; pues este Apóstol no había roto con sus hermanos; sólo que no gozaba de la misma felicidad que ellos. Esta felicidad, de la que era testigo, no despertaba en él más que la idea de debilidad; y gustaba en cierto grado de no compartirla.

La fe tibia.—Tal es aún en nuestros días el cristiano infectado de racionalismo. Cree, porque su razón le pone como en la necesidad de creer; con la inteligencia y no con el corazón es como cree. Su fe es una conclusión científica y no una aspiración hacia Dios y hacia la verdad sobrenatural. Por eso esta fe, ¡cuán fría e impotente es! ¡cuán limitada e inquieta!, ¡cómo teme avanzar creyendo demasiado! Al verla contentarse tan fácilmente con verdades *disminuidas (Ps.*, XI) pesadas en la balanza de la razón, en vez de navegar a velas desplegadas como la fe de los santos, se diría que se avergüenza de sí misma. Habla bajo, teme comprometerse; cuando se muestra, lo hace cubierta de ideas humanas que la sirven de etiqueta. No se expondrá a una afrenta por los milagros que juzga inútiles, y que jamás habría aconsejado a Dios que obrase. En el pasado como en el presente, lo maravilloso la espanta; ¿no ha tenido que hacer ya bastante esfuerzo para admitir a aquel cuya aceptación la es estrictamente necesaria? La vida de

los santos, sus virtudes heroicas, sus sacrificios sublimes, todo eso la inquieta. La acción del cristianismo en la sociedad, en la legislación, la parece herir los derechos de los que no creen; piensa que debe respetarse la libertad del error y la libertad del mal; y aun no se da cuenta de que la marcha del mundo está entorpecida desde que Jesucristo no es Rey sobre la tierra.

VIDA DE FE. — Para aquellos cuya fe es tan débil y tan cercana al racionalismo, Jesús añade a las palabras severas que dirigió a Tomás, esta sentencia, que no sólo se dirigía a él sino a todos los hombres de todos los siglos: "Dichosos los que no vieron y creyeron." Tomás pecó por no haber tenido la disposición de creer. Nosotros nos exponemos a pecar como él si no alimentamos en nuestra fe esa expansión que la impulsa a mezclarse en todo, y a hacer el progreso, que Dios recompensa con rayos de luz y de alegría en el corazón. Una vez entrados en la Iglesia nuestro deber es considerar en adelante todas las cosas a las luces de lo sobrenatural; y no temamos que esta situación regulada por las enseñanzas de la autoridad sagrada, nos lleve demasiado lejos. "El justo vive de la fe" *(Rom.*, I, 17); es su alimento continuo. La vida natural se transforma en él para siempre, si permanece fiel a su bautismo. ¿Acaso creemos que la Iglesia tomó tantos cuidados en la instrucción de sus neófitos, que les inició con tantos ritos que no res-

piran sino ideas y sentimientos de la vida sobrenatural, para dejarlos sin ningún pesar al día siguiente a la acción de ese peligroso sistema que coloca la fe en un rincón de la inteligencia, del corazón y de la conducta, a fin de dejar obrar más libremente al hombre natural? No, no es así. Reconozcamos, pues, nuestro error con Tomás; confesemos con él que hasta ahora no hemos creído aún con fe bastante perfecta. Como él digamos a Jesús: "Tú eres mi Señor y mi Dios; y he pensado y obrado frecuentemente como si no fueses en todo mi Señor y mi Dios. En adelante creeré sin haber visto; pues quiero ser del número de los que tú has llamado dichosos."

* * *

Este Domingo, llamado ordinariamente Domingo de "Quasimodo", lleva en la Liturgia el nombre de Domingo "in albis", y más explícitamente "in albis depositis", porque en este día los neófitos se presentaban en la Iglesia con los hábitos ordinarios.

En la Edad Media, se le llamaba "Pascua acabada"; para expresar, sin duda, que en este día terminaba la Octava de Pascua. La solemnidad de este Domingo es tan grande en la Iglesia, que no solamente es de rito "Doble mayor", sino que no cede nunca su puesto a ninguna fiesta, de cualquier grado elevado que sea.

En Roma, la Estación es en la Basílica de San Pancracio, en la Vía Aurelia. Los antiguos no nos dicen nada sobre los motivos que han hecho designar esta iglesia para la reunión de los fieles en este día. Puede ser que la edad del joven mártir de catorce años al cual está dedicada, haya sido causa de escogerla con preferencia por una especie de relación con la juventud de los neófitos que son aún hoy el objeto de la preocupación maternal de la Iglesia.

MISA

El Introito recuerda las cariñosas palabras que San Pedro dirigía en la Epístola de ayer a los nuevos bautizados. Son tiernos niños llenos de sencillez, y anhelan de los pechos de la Santa Iglesia la leche espiritual de la fe, que los hará fuertes y sinceros.

INTROITO

Como niños recién nacidos, aleluya: ansiad la leche espiritual, sin engaño. Aleluya, aleluya, aleluya. — *Salmo:* Aclamad a Dios, nuestro ayudador: cantad al Dios de Jacob. ℣. Gloria al Padre.

En este último día de una Octava tan grande, la Iglesia da, en la Colecta, su adiós a las solemnidades que acaban de desarrollarse, y pide a Dios que su divino objeto quede impreso en la vida y en la conducta de sus hijos.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que hemos celebrado las fiestas pascuales, las conservemos, con tu gracia, en nuestra vida y costumbres. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Apóstol San Juan (I Jn., V, 4-10).

Carísimos: Todo lo que ha nacido de Dios, vence al mundo: y ésta es la victoria, que vence al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesucristo es el Hijo de Dios? Este, Jesucristo, es el que vino por el agua y la sangre: no sólo por el agua, sino por el agua y por la sangre. Y el Espíritu es el que atestigua que Cristo es la verdad. Porque tres son los que dan testimonio de ello en el cielo: el Padre, el Verbo, y el Espíritu Santo: y estos tres son una sola cosa. Y tres son los que dan testimonio de ello en la tierra: el Espíritu, y el agua, y la sangre: y estos tres son una sola cosa. Si aceptamos el testimonio de los hombres, el testimonio de Dios es mayor. Ahora bien, este testimonio de Dios, que es mayor, es el que dió de su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios, tiene en sí mismo el testimonio de Dios.

MÉRITO DE LA FE. — El Apóstol San Juan celebra en este pasaje el mérito y las ventajas de la fe; nos la muestra como una victoria que pone a nuestros pies al mundo, al mundo que nos rodea, y al mundo que está dentro de nosotros. La razón que ha movido a la Iglesia a elegir para hoy este texto de San Juan, se echa de ver fácilmente, cuando se ve al mismo Cristo recomendar la fe en el Evangelio de este Domingo. "Creer en Je-

sucristo, nos dice el Apóstol, es vencer al mundo"; no tiene verdadera fe, aquel que somete su fe al yugo del mundo. Creamos con corazón sincero, dichosos de sentirnos hijos en presencia de la verdad divina, siempre dispuestos a dar pronta acogida al testimonio de Dios. Este divino testimonio resonará en nosotros, en la medida que nos encuentre deseosos de escucharlo siempre en adelante. Juan, a la vista de los lienzos que habían envuelto el cuerpo de su maestro, pensó y creyó; Tomás tenía más que Juan el testimonio de los Apóstoles que habían visto a Jesús resucitado, y no creyó. No había sometido el mundo a su razón, porque no tenía fe.

Los dos versículos aleluyáticos estan formados por trozos del santo Evangelio que se relacionan con la Resurrección. El segundo describe la escena que tuvo lugar tal día como hoy en el Cenáculo.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. ℣. El día de mi resurrección, dice el Señor, os precederé en Galilea.

Aleluya. ℣. Después de ocho días, cerradas las puertas, se presentó Jesús en medio de sus discípulos, y dijo: ¡Paz a vosotros! Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Juan (XX, 19-31).

En aquel tiempo, siendo ya tarde aquel día, el primero de la semana, y estando cerradas las puertas de

donde estaban reunidos los discípulos por miedo de los judíos, llegó Jesús y se presentó en medio, y díjoles: ¡Paz a vosotros! Y, habiendo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se alegraron al ver al Señor. Entonces les dijo otra vez: ¡Paz a vosotros! Como me envió a mí el Padre, así os envío yo a vosotros. Y, habiendo dicho esto, sopló sobre ellos, y les dijo: Recibid del Espíritu Santo: a quienes les perdonareis los pecados, perdonados les serán: y, a los que se los retuviereis, retenidos les serán. Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Dijéronle, pues, los otros discípulos: Hemos visto al Señor. Pero él les dijo: Si no viere en sus manos el agujero de los clavos y metiere mi dedo en el sitio de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré. Y, después de ocho días, estaban otra vez dentro sus discípulos: y Tomás con ellos. Vino Jesús, las puertas cerradas, y se presentó en medio, y dijo: ¡Paz a vosotros! Después dijo a Tomás: Mete tu dedo aquí, y ve mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado: y no seas incrédulo, sino fiel. Respondió Tomás y díjole: ¡Señor mío, y Dios mío! Díjole Jesús: Porque me has visto, Tomás, has creído: bienaventurados los que no han visto, y han creído. E hizo Jesús, ante sus discípulos, otros muchos milagros más, que no se han escrito en este libro. Mas esto ha sido escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que, creyéndolo, tengáis vida en su nombre.

El testimonio de Santo Tomás. — Hemos insistido lo suficiente sobre la incredulidad de santo Tomás; y es hora ya de glorificar la fe de este Apóstol. Su infidelidad nos ha ayudado a sondear nuestra poca fe; su retorno ilumínenos so-

bre lo que tenemos que hacer para llegar a ser verdaderos creyentes. Tomás ha obligado al Salvador, que cuenta con él para hacerle una de las columnas de su Iglesia, a bajarse a él hasta la familiaridad; pero apenas está en presencia de su maestro, cuando de repente se siente subyugado. Siente la necesidad de retractar, con un acto solemne de fe, la imprudencia que ha cometido creyéndose sabio y prudente, y lanza un grito, grito que es la protesta de fe más ardiente que un hombre puede pronunciar: ¡"Señor mío y Dios mío"! Considerad que no dice sólo que Jesús es su Señor, su Maestro; que es el mismo Jesús de quien ha sido discípulo; en eso no consistiría aún la fe. No hay fe ya cuando se palpa el objeto. Tomás habría creído en la Resurrección, si hubiese creído en el testimonio de sus hermanos; ahora, no cree, sencillamente ve, tiene la experiencia. ¿Cuál es, pues, el testimonio de su fe? La afirmación categórica de que su Maestro es Dios. Sólo ve la humanidad de Jesús, pero proclama la divinidad del Maestro. De un salto, su alma leal y arrepentida, se ha lanzado hasta el conocimiento de las grandezas de Jesús: ¡"Eres mi Dios"!, le dice.

PLEGARIA. — Oh Tomás, primero incrédulo, la santa Iglesia reverencia tu fe y la propone por modelo a sus hijos en el día de tu fiesta. La confesión que has hecho hoy, se parece a la que hizo Pedro cuando dijo a Jesús: "¡Tú eres el

Cristo, Hijo de Dios vivo!" Por esta profesión que ni la carne ni la sangre habían inspirado, Pedro mereció ser escogido para fundamento de la Iglesia; la tuya ha hecho más que reparar tu falta: te hizo, por un momento, superior a tus hermanos, gozosos de ver a su Maestro, pero sobre los que la gloria visible de su humanidad había hecho hasta entonces más impresión que el carácter invisible de su divinidad.

El Ofertorio está formado por un trozo histórico del Evangelio sobre la resurrección del Salvador.

OFERTORIO

El Angel del Señor bajó del cielo, y dijo a las mujeres: El que buscáis ha resucitado, según lo dijo. Aleluya.

En la Secreta, la santa Iglesia expresa el júbilo que la produce el misterio de la Pascua; y pide que esta alegría se transforme en la de la Pascua eterna.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, aceptes los dones de la Iglesia que se alegra: y, ya que la has dado motivo para tanto gozo, concédela el fruto de la perpetua alegría. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Al distribuir a los neófitos y al resto del pueblo fiel el alimento divino, la Iglesia recuerda, en

la Antífona de la Comunión, las palabras del Señor a Tomás. Jesús, en la santa Eucaristía, se revela a nosotros de una manera más íntima aún que a su apóstol; mas para aprovecharnos de la condescendencia de un maestro tan bueno, necesitamos tener la fe viva y valerosa que él recomendó.

COMUNION

Mete tu mano, y reconoce el lugar de los clavos, aleluya; y no seas más incrédulo, sino fiel. Aleluya, aleluya.

La Iglesia concluye las plegarias del Sacrificio pidiendo que el divino misterio, instituído para sostener nuestra debilidad sea, en el presente y en el futuro, el medio eficaz de nuestra perseverancia.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, Dios nuestro, hagas que estos sacrosantos Misterios, que nos has dado para alcanzar nuestra reparación, sean nuestro remedio en el presente y en el futuro. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

LUNES

DE LA SEGUNDA SEMANA DESPUES DE PASCUA

Mirar y escuchar. — La primera semana ha sido dedicada toda entera a las alegrías del regreso del Emmanuel. Se nos ha aparecido, por

decirlo así, a cada hora, a fin de asegurarnos de su resurrección. "Ved, tocad; soy yo mismo". (*San Luc.*, XXIV, 39) nos ha dicho; pero sabemos que no debe él prolongar más allá de cuarenta días su presencia visible en medio de nosotros. Este período avanza poco a poco, las horas corren, y pronto habrá desaparecido a nuestras miradas, aquel por el que la tierra tanto ha suspirado. "Oh tú, esperanza de Israel y su Salvador, exclama el Profeta, ¿por qué te muestras aquí abajo como viajero que rehusa establecer su morada? ¿por qué tu carrera se asemeja a la del hombre que nunca hace alto?" (*Jeremías*, XIV, 8). Pero los momentos son preciosos. Rodeémosle durante estas horas fugaces; sigámosle con la mirada, al dejar de oír su voz; recojamos sobre todo sus palabras, al llegar a nuestros oídos; son el testamento de nuestro Jefe.

La organización de la Iglesia. — Durante estos cuarenta días no cesa de aparecerse a sus discípulos, no ya con el fin de hacer cierta a sus ojos su resurrección, de la cual no pueden dudar; sino, como nos lo enseña San Lucas, para "hablarles del Reino de Dios". (*Act.*, 1, 3). Por su sangre y por su victoria los hombres están ya rescatados, el cielo y la tierra se han pacificado; lo que queda por terminar ahora, es la organización de la Iglesia. La Iglesia es el reino de Dios; pues en ella y por ella Dios reinará sobre la tie-

rra. Es la Esposa del divino resucitado a quien ha levantado del polvo; es hora de que la dote, de que la adorne para el día en que el Espíritu Santo, descendiendo sobre ella, la proclame ante todas las naciones Esposa del Verbo encarnado y Madre de los elegidos.

Tres cosas son necesarias a la Iglesia para el ejercicio de su misión: 1.º una constitución establecida por la mano del mismo Hijo de Dios y por la cual va a llegar a ser una sociedad visible y permanente: 2.º el depósito colocado en sus manos de todas las verdades que su Esposo celestial ha venido a revelar o confirmar aquí abajo, lo cual incluye el derecho de enseñar y de enseñar con infalibilidad; 3.º en fin, los medios eficaces por los cuales los fieles de Cristo serán llamados a participar de las gracias de salud y de santificación que son el fruto del sacrificio ofrecido sobre la cruz. Jerarquía, doctrina, sacramentos: tales son los graves asuntos sobre los que Jesús da a sus discípulos, durante cuarenta días, sus últimas y solemnes instrucciones.

Antes de seguirle en este sublime trabajo por el que dispone y perfecciona su obra, considerémosle aún, toda esta semana, en el estado de Hijo de Dios resucitado, habitando entre los hombres y presentando a su admiración y a su amor tantos rasgos que nos importa recoger. Lo hemos contemplado ya en pañales y en la cruz; considerémosle ahora en su gloria.

La humanidad del Señor resucitado. — Ante nosotros es "el más bello de los hijos de los hombres" *(Ps.,* XLIV). Pero, si merecía ser llamado así desde el momento en que cubría el esplendor de sus rasgos con la debilidad de una carne mortal, ¡cuál será el esplendor de su belleza hoy que ha vencido a la muerte y que no oculta más como en otro tiempo los rayos de su gloria! Helo fijo ya por toda la eternidad en la edad de su victoria, en la edad en que el hombre ha logrado su desarrollo completo en fuerza y belleza, donde nada anuncia en él la futura decadencia. A esta edad los justos tomarán sus cuerpos en la resurrección general y entrarán para siempre en la gloria, fijos ya como dice el Apóstol, "en la medida de la edad completa de Cristo". *(Eph.,* IV).

Pero no sólo por la armonía de sus facciones el cuerpo del Señor resucitado enajena las miradas de los mortales de que se deja contemplar; las perfecciones que los ojos de los tres Apóstoles habían entrevisto un instante en el Tabor, parecían en él acrecentadas con toda la magnificencia de su triunfo.

En la Transfiguración, la humanidad unida al Verbo divino resplandecía como el sol; ahora, todo el esplendor de la victoria y de la majestad real viene a unirse al que irradiaba sobre el cuerpo no glorificado aún del Redentor la persona divina a la cual le había unido la Encarnación. Hoy, los astros del firmamento no son ya dignos de

ponerse en comparación con el esplendor de este divino sol, del que San Juan nos dice que él solo alumbra la Jerusalén celestial. *(Apoc.,* XXI, 23).

A este don, que el Apóstol de las gentes designa con el nombre de "claridad", se une el de la "impasibilidad", por la cual su cuerpo cesa de ser accesible al dolor y a la muerte. En él reina la vida; la inmortalidad brilla con todos sus rayos; entra en las condiciones de la eternidad. El cuerpo sigue siendo materia, pero ninguna disminución, ningún debilitamiento podrá dañarle; siente que goza de la posesión de la vida y para siempre. La tercera cualidad del cuerpo glorioso de nuestro Redentor es la "agilidad", con la cual se traslada de un lugar a otro sin esfuerzo y en un instante. La carne ha perdido el peso que, en nuestro estado actual, impide al cuerpo seguir los movimientos y quereres del alma. Desde Jerusalén hasta Galilea franquea el espacio con la rapidez del relámpago, y la Esposa exclama dichosa: "Ya oigo la voz de mi amado; viene traspasando las montañas, dejando trás de sí las colinas." *(Cant.,* II). En fin, por una cuarta maravilla, el cuerpo del Emmanuel se ha vestido de la cualidad que el Apóstol llama "espiritualidad", es decir que, sin cambiar de naturaleza, su sutileza se ha hecho tal, que penetra todos los obstáculos con más fuerza que la luz al atravesar el cristal. Le hemos visto, en el momento en que el alma se unía a él, franquear la piedra

sellada del sepulcro; ahora entra en el Cenáculo, cuyas puertas están cerradas, y se aparece de repente a las miradas de los discípulos deslumbrados.

Tal es nuestro libertador, libre de las condiciones de la mortalidad. No nos asombremos de que la Iglesia, esta pequeña familia que le rodea y de la cual somos los descendientes, esté maravillada ante su vista, que le diga sobrecogida de admiración y amor: "¡Hermoso eres, mi amado"! *(Cant.,* II). Repitámoslo a nuestra vez: ¡Sí, eres bello por encima de todo, Jesús! Nuestros ojos tan afligidos por el espectáculo de tus dolores cuando no ha mucho te veían cubierto de llagas, semejante a un leproso, no pueden cansarse hoy de contemplar el resplandor con el que brillas, y deleitarse en tus encantos divinos.

¡Gloria a ti en tu triunfo! pero también gloria a ti en tu magnificencia hacia tus rescatados, pues has decretado que un día nuestros cuerpos, purificados por la humillación del sepulcro, compartan con el tuyo las prerrogativas que celebramos en él.

MARTES

DE LA SEGUNDA SEMANA DESPUES DE PASCUA

LAS LLAGAS DE JESÚS. — ¿Cuáles son las llagas, oh Mesías, que vemos en tus manos? *(Zach.,*

XIII, 6), exclamaba el profeta Zacarías cinco siglos antes de la Encarnación. El mismo grito respetuoso se escapa de nuestros corazones, cuando, contemplando la gloria de Jesús resucitado, nuestras miradas se concentran en las llagas de que está cubierto su cuerpo radiante. Sus manos y sus pies llevan la marca de los clavos, su costado la de la lanza; llagas profundas como lo eran cuando fué bajado de la cruz. "Mete aquí tu dedo", dijo a Tomás, presentándole sus manos: "mete tu mano en la abertura de mi costado".

Acabamos de presenciar esta escena imponente en que la verdad de la resurrección fué hecha más sensible aún por la incredulidad del discípulo; pero este hecho nos enseña al mismo tiempo que Jesús, al salir del sepulcro ocho días antes, había conservado sobre su carne glorificada los estigmas de su pasión. Desde entonces las guardará eternamente, ya que ningún cambio puede haber en su persona; lo que es, eso será por toda la eternidad. No creamos que esos estigmas, que traen a nuestra memoria el Calvario, atenúan en algo su gloria. Si los conserva, es porque lo quiere así, porque las cicatrices, lejos de atestiguar su derrota y su enfermedad, proclaman al contrario su fuerza invencible y su triunfo. Venció a la muerte, y las llagas que adquirió en la lucha son el recuerdo de su victoria. Es preciso, pues, que entre en el cielo el

día de su Ascensión, asombrando las miradas de los Angeles por los rayos que emanan de sus miembros traspasados. A su ejemplo, sus mártires, vencedores también de la muerte, resplandecerán con brillo especial en las partes de sus cuerpos que las torturas taladraren: tal es la doctrina de los santos Padres. *(San Agustín: "La ciudad Dios"*, l. XXII, c. XXIX; *San Ambrosio*, l. X, sobre *"San Lucas"*.)

¿No debe Jesús ejercer desde lo alto de su trono la mediación por la que se revistió de nuestra carne, desarmando sin cesar la justísima cólera de su Padre, intercediendo por nosotros, y haciendo descender sobre la tierra las gracias salvíficas de los hombres? La justicia eterna reclama sus derechos, todo es de temer para los pecadores; pero el Hombre-Dios, interponiendo sus miembros marcados con el sello de su pasión, detiene el rayo presto a estallar, y la misericordia triunfa una vez más sobre la justicia.

¡Oh llagas sagradas, obra de nuestros pecados, y convertidas en seguida en nuestro escudo!, después de haberos venerado sangrantes en la compunción de nuestros corazones, os adoramos en el cielo como hermoso adorno del Emmanuel; en todas partes sois nuestra esperanza y nuestra salvaguardia.

Vendrá un día en que esos augustos estigmas, sin perder nada de su esplendor a los ojos de

los Angeles, se revelarán a los hombres y serán para muchos objeto de confusión y de espanto. "Verán en ese día al que taladraron." *(Zach.,* XII, 10), nos dice el Profeta. Los dolores de la pasión, las alegrías de la resurrección, desdeñadas, desconocidas, pisoteadas, prepararán la más terrible venganza, la venganza de un Dios que no puede haber sido crucificado en vano, y que no puede resucitar en vano. Se comprenderá entonces este grito de espanto: "¡Montañas, caed sobre nosotros! Rocas, sepultadnos, sustraednos a la vista de esas llagas, que no envían ya sobre nosotros rayos de la misericordia, sino que nos lanzan hoy rayos de una implacable cólera."

¡Oh llagas sagradas de nuestro Señor resucitado!, sed propicias en aquel día temible, a todos los que la Pascua ha vuelto a la vida. ¡Dichosos aquellos que durante estos cuarenta días tuvieron la dicha de contemplaros! ¡Dichosos seremos nosotros mismos, si vivimos amándoos y venerándoos! Apropiémonos los sentimientos de San Bernardo y digamos con él: "¿Dónde podrá nuestra flaqueza hallar un remanso firme y seguro sino en las llagas del Salvador? Yo permanezco allí con tanta mayor confianza cuanto que él es poderosísimo para salvarme. El mundo brama, el cuerpo me oprime, el diablo me tiende lazos; pero no caigo, por estar colocado sobre la piedra firme. Si cometiere alguna gran culpa, mi

conciencia me remorderá sin duda, mas no desesperaré por ello, recordando las llagas de mi Señor, pues ha sido cubierto de heridas por nuestros pecados. Lo que no hallo en mí mismo, búscolo confiado en las entrañas del Salvador, rebosantes de bondad y misericordia. Hay aberturas por las cuales llega hasta mí esa misericordia. Taladrando sus manos y sus pies y abriéndole el costado, me hicieron fácil gustar lo dulce que es el Señor.

Quería el Señor hacer las paces conmigo y yo no lo advertía; porque ¿quién conoce el sentir del Señor? Mas estos clavos con que fué traspasado, se han convertido para mí en preciosas llaves que me han abierto el tesoro de sus secretos, a fin de que vea yo la voluntad del Señor. Y ¿quién podrá impedirme ahora el que claramente vea esos secretos y esa voluntad a través de sus llagas? Esos clavos y esas heridas gritan altamente que Dios está verdaderamente en Cristo, y que en él reconcilia al mundo consigo. El hierro cruel atravesó su alma e hirió su corazón, a fin de que supiese compadecerse de mis flaquezas. El secreto de su corazón se está viendo por las aberturas de su cuerpo; podemos ya contemplar ese sublime misterio de la bondad infinita de nuestro Dios. Porque nada hay, Señor, que haga ver que eres suave, manso y de mucha misericordia, como estas heridas"[1].

[1] *San Bernardo*, Sermón LXI, sobre los *Cantares*.

MIERCOLES

DE LA SEGUNDA SEMANA DESPUES DE PASCUA

La bondad de Jesús. — Si la santa humanidad de Jesús rescatado resplandeció con infinidad de rayos, no vayamos a creer que rodeado de un resplandor tan vivo llegue a ser inaccesible a los mortales. Su bondad, su condescendencia, son las mismas, y se diría más bien que su divina familiaridad con los hijos de los hombres es más solícita y más tierna. ¡Cuántos rasgos inefables hemos visto sucederse en la Octava de la Pascua! Recordemos su delicada atención con las santas mujeres, cuando se encuentra y las saluda, camino del sepulcro; la prueba amable que hace sufrir a Magdalena apareciéndosele con la apariencia de un jardinero; el interés con que se acerca a los dos discípulos en el camino de Emaús, traba conversación con ellos, y los dispone suavemente a reconocerle; su aparición a los diez, el domingo por la tarde, en que les da el saludo de paz, les deja palpar sus miembros divinos, y condesciende a comer ante sus ojos; la facilidad con que, ocho días después, invita a Tomás a verificar los estigmas de la Pasión; el encuentro a orillas del lago de Genesareth, donde se digna aún favorecer la pesca de sus discípulos y les ofrece comida en la ribera: todos estos porme-

nores nos revelan bien cuán íntimas y llenas de gozo fueron las relaciones de Jesús durante esos cuarenta días.

Jesús y sus discípulos. — Volveremos más tarde a sus relaciones con su santa Madre; considerémosle hoy en medio de sus discípulos, a los cuales se muestra con tanta frecuencia, que San Lucas ha podido decirnos "que se les apareció durante cuarenta días". *(Act.,* 1, 3). El colegio apostólico se ha reducido a once miembros; pues el puesto del traidor Judas no debe ser ocupado sino después de la partida del Señor, en la víspera del día de la venida del Espíritu Santo.

¡Cuán hermoso es contemplar la sencillez de esos futuros mensajeros de la paz en medio de las naciones! *(Isaías,* LII, 7). Hasta poco ha débiles en la fe, vacilantes, olvidados de todo lo que habían visto y oído, se habían alejado de su Maestro en el momento del peligro; como se lo había predicho, sus humillaciones y su muerte los habían escandalizado; la noticia de su resurrección los encontró indiferentes y aun incrédulos; pero él se mostró tan comprensivo, sus reproches eran tan suaves, que pronto recobraron la confianza que tenían con él durante su vida mortal.

Pedro, que se mostró el más infiel, volvió a sus relaciones familiares con su Maestro; una prueba particular le espera de aquí a pocos días;

pero toda la atención de los Apóstoles está concentrada en su Maestro, cuyo esplendor tiene arrebatados sus ojos; cuya palabra les produce un placer nuevo; cuyo lenguaje comprenden mejor. Iluminada por los misterios de la Pasión y de la Resurrección, su vista es más aguda y más levantada. En el momento de dejarlos, el Salvador multiplica sus enseñanzas; escuchan con avidez el complemento de las instrucciones que les dió en otro tiempo. Saben que se aproxima el momento tras el cual no volverán a oírle; se trata ahora de recoger su última voluntad, y de hacerse aptos para cumplir para su gloria la misión que va a abrirse para ellos. No penetran aún todos los misterios cuyo anuncio estarán encargados de llevar a todas las naciones; su memoria sentirá trabajo en retener tan altas y vastas enseñanzas; pero Jesús les anuncia la próxima llegada del Espíritu divino que debe no solamente fortificar su valor, sino desarrollar también su inteligencia, y hacerlos recordar todo lo que su Maestro los enseñó.

JESÚS Y LAS SANTAS MUJERES. — Otro grupo roba también nuestras miradas: es el de las santas mujeres. Esas fieles compañeras del Redentor que le siguieron al Calvario y que en premio gustaron las primeras de las alegrías de la resurrección, ¡con qué bondad su Maestro las felicita y anima!, ¡con qué esmero desea reconocer sus antiguos y nuevos cuidados! En otro

tiempo miraron ellas por su subsistencia; ahora que no necesita de alimentos terrenales, las alimenta él con su amable presencia; ellas le ven, le oyen, y el pensamiento de que pronto les será quitado, redobla aún las delicias de estas últimas horas. Gloriosas madres del pueblo cristiano, antecesoras ilustres de nuestra fe, las encontraremos en el Cenáculo, el día en que el Espíritu Santo descienda sobre ellas en lenguas de fuego como sobre los Apóstoles. Su sexo debía tener representación en este momento en que la Iglesia iba a ser manifestada a la paz de todas las naciones, y las mujeres del Calvario y del sepulcro tenían derecho por encima de todos a tomar parte en los esplendores de Pentecostés.

JUEVES

DE LA SEGUNDA SEMANA DESPUES DE PASCUA

Jesús y los Santos del Antiguo Testamento. — Los Apóstoles y las santas mujeres no son las únicas en gozar de la presencia de Jesús resucitado; un pueblo innumerable de justos, cuyo Rey es, le solicita también el favor de verle y de tratarle en su santa humanidad.

Embebidos por las magnificencias de la Resurrección, hemos olvidado a esos cautivos que el alma bienaventurada del Redentor fué a visitar, durante las horas de la muerte, en las prisiones

en que tantos amigos de Dios agrupados alrededor de Abrahán esperaban la aurora de la luz eterna. Desde la hora de Nona del Viernes Santo hasta el comienzo del día del Domingo, el alma divina del Emmanuel quedó con esos felices prisioneros, que puso con su presencia en posesión de la suprema bienaventuranza. Pero habiendo llegado la hora en que el vencedor de la muerte iba a entrar en su triunfo, no podía dejar tras de sí cautivas a esas almas, libres ya por su muerte y su resurrección. En el momento indicado, el alma de Jesús se lanza hasta el seno del sepulcro, donde vuelve a animar a su cuerpo glorioso; y la multitud de almas santas, volviendo de los limbos en pos de él, le sirven de cortejo, saltando de gozo.

Estas almas, el día de la Ascensión, formarán su corte, y se levantarán con él; pero la puerta del cielo está aún cerrada; deben esperar el término de los cuarenta días que el Redentor va a consagrar en la edificación de su Iglesia. Invisibles ellas a las miradas de los mortales, vuelan por encima de esta morada que fué la suya, y donde conquistaron la recompensa eterna. Nuestro primer padre vuelve a ver esta tierra que él cultivó con el sudor de su frente; Abel admira el poder de la sangre divina que dió voces impetrando la misericordia, mientras que la suya no imploró sino sólo la justicia. *(Hebr.,* XII, 24); Noé recorre con la mirada esta multi-

tud de hombres que cubre el globo, nacido todo entero de sus tres hijos; Abrahán, el padre de los creyentes, Isaac y Jacob, saludan el momento en que se va a cumplir en el mundo la promesa que les fué hecha, de que todas las generaciones serían bendecidas en Aquel que saldría de su raza; Moisés vuelve a encontrar a su pueblo, en cuyo seno el enviado "mayor que él", a quien había anunciado, encontró tan pocos discípulos y tantos enemigos; Job, que representa a los elegidos de la gentilidad está gozoso de ver a "este Redentor vivo" *(Job,* XIX, 25) en quien esperaba en su infortunio; David, dominado de grande entusiasmo, prepara para la eternidad cánticos más bellos aún, en alabanza del divino Esposo de la naturaleza humana; Isaías y los otros Profetas ven el cumplimiento literal de todo lo que ellos predijeron; en fin, el ejército entero de los justos, cuyas filas están formadas por los elegidos de todos los siglos y naciones, contempla con tristeza las huellas vergonzosas del politeísmo y de la idolatría que han invadido una parte tan grande de la tierra y ansía con todo el ardor de sus deseos el momento en que la palabra evangélica suene para despertar de su sueño a tantos pueblos sentados en las sombras de la muerte.

Pero del mismo modo que en el día en que los elegidos salgan de sus tumbas y se lancen a los aires delante de Cristo, semejantes, nos dice el

Salvador "a las águilas que una misma presa ha reunido." *(S. Mateo,* XXIV, 28); así, las almas bienaventuradas desearán agruparse alrededor de su libertador. Es su imán; su vista les alimenta, y las comunicaciones con él les causan inefables delicias. Jesús condesciende a los deseos de esos "benditos de su padre" que están en vísperas de "poseer el reino que les está preparado desde la creación del mundo" *(Ibid.,* XXV, 34) y se deja seguir y acompañar por ellos.

¡Con qué ternura San José, a la sombra de su hijo adoptivo, contempla a su esposa, convertida al pie de la Cruz en Madre de los hombres! ¿Quién podría describir la dicha de Ana y de Joaquín, a la vista de su hija que ya "todas las generaciones llamarán Bienaventurada?" *(S. Luc.,* 1, 48.) S. Juan el Precursor, santificado desde el seno de su madre al oír la voz de María, ¡qué felicidad la suya al ver a la que dió al mundo el Cordero que quita todos los pecados! ¡Con qué amorosas miradas consideran las almas bienaventuradas a los Apóstoles, esos futuros conquistadores de la tierra que su Maestro arma en este momento para los combates! Por ellos la tierra, llevada pronto al conocimiento del verdadero Dios, enviará al cielo numerosos elegidos que subirán sin interrupción hasta el fin de los tiempos.

Honremos hoy a los invisibles testigos de los preparativos de la divina misericordia para la

salvación del mundo. Pronto, nuestras miradas seguirán su vuelo hacia la patria celestial, de la cual irán a tomar posesión en nombre de la humanidad rescatada. Desde el limbo hasta el empíreo, la distancia es larga; recordemos su morada de cuarenta días en la primera patria, teatro de sus pruebas y de sus virtudes. Al volver a ver la tierra, la han santificado y la ruta que van pronto a seguir tras los pasos del Redentor, quedará abierta para nosotros.

VIERNES

DE LA SEGUNDA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

La mala fe de Jerusalén. — Volvamos hoy nuestras miradas a Jerusalén, la ciudad deicida que atronaba los oídos hace quince días, con el horrible grito de: "¡Mátale, mátale, crucifícale!" ¿Está conmovida por los grandes acontecimientos que han tenido lugar en su seno? ¿sigue todavía el rumor que se difundió acerca del sepulcro vacío? ¿Los enemigos del Salvador han llegado a adormecer al público con sus estratagemas? Han hecho venir a los guardias del sepulcro y les han dado dinero para decir a quien quiera oírles, que han guardado ellos mal la consigna que se les había dado, que se han dejado llevar del sueño, y que, durante este tiempo, los discípulos vinieron a escondidas y arrebataron el

cuerpo de su Maestro. Por temor a que esos soldados no se inquieten de las consecuencias que puede tener para ellos tal infracción de la disciplina, se les prometió comprar la impunidad ante sus jefes. (*S. Mat.*, XXVIII, 12.)

He aquí pues el último esfuerzo de la sinagoga para aniquilar hasta la memoria de Jesús de Nazaret. Pretende hacer de él un vulgar impostor que acabó en un suplicio vergonzoso y a quien una supercheria más vergonzosa acabó de comprometer después de su muerte. Algunos años más tarde con todo eso, el nombre de Jesús, saliendo del estrecho recinto de Jerusalén y de Judea, resonará hasta las extremidades de la tierra. Un siglo después sus adoradores cubrirán el mundo. Tres siglos más, y la corrupción pagana se declarará vencida y los ídolos caerán por tierra, y la majestad de los Césares se inclinará ante la cruz.

Dí pues, ahora, oh Judío ciego y obstinado, que no ha resucitado aquél a quien tú no supiste sino maldecir y crucificar, cuando ahora es el rey del mundo, el monarca bendito de un imperio sin límites.

Vuelve a leer pues aún una vez más tus propios oráculos, esos oráculos que nosotros hemos recibido de tu mano. ¿No dicen que el Mesías será desconocido, que será puesto al nivel de los criminales y tratado por ti como uno de ellos?

(Isaías, LIII, 12.) Pero ¿no dicen ellos también que "su sepulcro será glorioso"? *(Ibíd.,* X, 10.) Para todo hombre la tumba es el escudo contra el cual viene a estrellarse su gloria; para Jesús ha sido de otro modo: el trofeo de su victoria es un sepulcro; y porque ahogó a la muerte en sus brazos victoriosos, nosotros le proclamamos el Mesías, el Rey de los siglos, el Hijo de Dios.

Pero Jerusalén es carnal, y el humilde Nazareno no ha lisongeado su orgullo. Sus prodigios eran brillantes, la sabiduría y la autoridad de sus discursos sin igual en el presente ni en el pasado, su bondad y su misericordia superiores aún a las miserias del hombre: Israel no ha visto nada, no ha oído nada, no ha comprendido nada; no se ha acordado de nada. Su destino está, ¡ay! fijado en este momento y él mismo es su autor. Daniel lo declaró hace cinco siglos: "El pueblo que le renegare no será más su pueblo." *(Dan.,* IX, 26.) Que se apresuren pues, a recurrir a El, los que no quieran ser sepultados en las más afrentosa ruina que jamás aterró al mundo.

El castigo de Jerusalén. — Una pesada atmósfera oprime la capital deicida. Gritaron: "¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!" Esta sangre está sobre Jerusalén como una nube vengadora. Pasados cuarenta años brillarán los rayos que ella oculta. Habrá carnicería, incendio, destrucción, y "una

desolación que durará hasta el fin". *(Dan.)* En su ceguera, Jerusalén, que sabe que los tiempos se han cumplido, va a convertirse en un foco de sediciones. Aventureros proclamándose sucesivamente el Mesías, agitarán la nación judía, hasta que por fin Roma se mueva, y envíe sus legiones para extinguir con ríos de sangre la hoguera de la revolución; e Israel, expulsado de su patria irá errante, como Caín, por toda la tierra.

¡Oh! ¡lástima que no reconozcan a quien ellos negaron y que les aguarda aún! ¿por qué pasan sin remordimientos cerca de esta tumba vacía que protesta contra ellos? ¿no pidieron que fuera vertida la sangre inocente? Este primer crimen, fruto de su orgullo, pide retractación y entonces el perdón descenderá sobre ellos. Mas si persisten en sostenerlo, todo está perdido; la ceguera será en adelante su castigo. Se agitarán en las tinieblas y rodarán hasta el fondo del abismo. Los ecos del Bethphagé y del monte de los Olivos no han tenido tiempo de olvidar el grito de triunfo que repetían hace pocos días: "¡Hosanna al hijo de David!" Trata, oh Israel pues aún es tiempo, de hacer oír de nuevo esta legítima aclamación.

Las horas corren; la solemnidad de Pentecostés se abrirá pronto. La ley del hijo de David debe ser promulgada en este día en que la abrogación de la ley de Moisés ya estéril debe publicarse. En este día, sentirás dos pueblos en tu seno: el uno

corto en número, mas llamado a conquistar a todas las naciones al verdadero Dios, se inclinará con amor y arrepentimiento ante el hijo de David crucificado y resucitado; el otro, soberbio y desdeñoso, no proferirá más que blasfemias contra el Mesías, y merecerá por su ingratitud servir para siempre de ejemplo a cualquiera que endurezca voluntariamente su corazón. Niega aún hoy la resurrección de su víctima; pero el castigo que pesa sobre él hasta el fin de los siglos muestra bastante que el brazo vengador que se siente allí es un brazo divino, el brazo del Dios veraz cuyos anatemas son infalibles.

SABADO

DE LA SEGUNDA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

Jesús y su Madre. — En este día del Sábado volvámonos hacia María, y contemplémosla de nuevo en medio de las alegrías de la Resurrección de su Hijo. Había atravesado con El un mar de dolores; ningún sufrimiento de Jesús dejó de sentir en sí misma en la medida posible a una criatura; ninguna tampoco de las grandezas de la Resurrección del Redentor dejó de comunicársela en la misma medida. Era justo que aquella a quien Dios había concedido la gracia y el mérito de participar en la obra de la redención,

tuviese también su parte en las prerrogativas de su Hijo resucitado. Su alma se elevó a nuevas alturas; la gracia la inundó de favores que no había recibido hasta entonces y tanto sus obras como sus sentimientos adquirieron un nuevo grado de perfección celestial.

MARÍA RESUCITADA CON JESÚS. — Al hacerla confidente de su primera aparición momentos después de su Resurrección la comunicó esta nueva vida que ha comenzado; y nosotros no debemos extrañarnos, puesto que ya sabemos que el simple cristiano, purificado por la compasión de los dolores de Jesús, que se une después con la Iglesia al misterio de la Pascua, se hace también participante de la vida del Salvador resucitado. Esta trasformación débil en nosotros, y con frecuencia demasiado fugaz, se operó en María en toda la plenitud que exigían a la vez su alta vocación y su incomparable fidelidad; y se podía decir de ella de muy distinto modo que de nosotros, que resucitó verdaderamente con su Hijo.

Al pensar en estos cuarenta días durante los cuales María ha de poseer aún a su divino Hijo sobre la tierra, nuestro pensamiento se traslada a los otros cuarenta días en que la vimos inclinada sobre la cuna de Jesús recién nacido. Entonces formábamos una corona de pleitesía al rededor de esta dichosa Madre que amamantaba a su Hijo, se oían los conciertos de los ángeles,

se veía llegar a los pastores y poco después a los Magos; todo era dulzura y encanto. Pero el Emmanuel que nuestros ojos contemplaban entonces nos conmovía sobre todo por su humildad; en él reconocíamos al Cordero venido para borrar los pecados del mundo: nada presagiaba aún al Dios fuerte. ¡Qué cambio se obró desde esta época! Antes de llegar a las alegrías que la rodean en este momento ¡qué de dolores han oprimido el corazón de María! La espada predicha por Simeón ha sido rota para siempre; pero cuán aguda fué su punta y cruel su filo. Hoy María puede decir con el Profeta: "En el grado que las angustias de mi corazón fueron vivas y punzantes, en ese mismo grado la dicha le alegra hoy"[1]. El Cordero se ha convertido en el león de la tribu de Judá y María, Madre del niño de Belén, es también Madre del poderoso triunfador.

Las apariciones a María. — ¡Con qué complacencia este vencedor de la muerte presenta ante los ojos de María los esplendores de su gloria! Helo aquí tal como debía parecer después del cumplimiento de su misión, ese Rey de los siglos a quien ella llevó nueve meses en su seno, a quien alimentó con su leche, el que, a pesar de ser todo un Dios, la honrará eternamente como a su Madre. Durante los cuarenta días de la Resurrec-

[1] Salmo 93, 19.

ción la rodea con todas las exquisiteces de su ternura, procura colmar sus anhelos maternales apareciéndosele frecuentemente. ¡Qué emocionantes e íntimas son las entrevistas de Hijo y Madre! ¡Qué sentida es la mirada de María al contemplar a su Jesús tan diferente de lo que parecía poco ha y sin embargo de eso siempre el mismo! Sus rasgos tan familiares a María se han tornado en brillo desconocido en la tierra; las llagas impresas aun en sus miembros le embellecen con los rayos de una luz inefable que desvanece todo recuerdo de dolor. ¿Qué decir de la mirada de Jesús al contemplar a María su Madre, su asociada en la obra de la salvación de los hombres, la criatura perfecta, digna de más amor que todos los seres juntos? ¡Qué coloquios aquellos de un tal Hijo con una Madre tal, en la víspera de la Ascensión, de esa partida que ha de separar todavía por algún tiempo al uno del otro! Ningún mortal osaría dar a conocer las expansiones a que se entregaron en estos instantes demasiado breves: la eternidad nos las revelará; pero nuestro corazón, si ama al Hijo y a la Madre, adivinará algo. Jesús quiere resarcir a María de las largas que el ministerio de Madre de los hombres le impone aquí abajo: María, más dichosa que en otro tiempo la hermana de Marta, escucha su palabra, y se alimenta en el éxtasis de amor. Oh María, por esas horas de felicidad que compensaron las horas tan largas y

tan amargas de la Pasión de tu Hijo, pide para nosotros que se digne hacerse sentir y gustar en nuestros corazones en este valle de lágrimas donde "estamos de viaje lejos de El"[1] esperando el momento en que nos reunamos a El para no separarnos jamás.

SEGUNDO DOMINGO DESPUES DE PASCUA

DOMINGO DEL BUEN PASTOR. — Este Domingo se designa con el nombre popular de *Domingo del buen Pastor* por leerse en la Misa el trozo del evangelio de S. Juan, en que Nuestro Señor se da a sí mismo este título. Un lazo misterioso une este texto evangélico al tiempo en que estamos; pues fué en estos días cuando el Salvador de los hombres estableció y consolidó su Iglesia y comenzó por darle el pastor que debía gobernarla hasta la consumación de los siglos.

El Hombre Dios, según el decreto eterno, después de pasados algunos días, dejará de ser visible aquí abajo. La tierra no le verá más hasta el fin de los tiempos, cuando venga a juzgar a los vivos y a los muertos. Sin embargo, no abandonará esta raza humana por la que se ofreció en sacrificio en la Cruz y libró de la muerte y del infierno al salir victorioso del sepulcro. Será su

[1] *II Cor.*, 5-6.

jefe en los cielos; ¿qué tendremos para suplir su presencia en la tierra? la Iglesia. A la Iglesia dejará toda su autoridad sobre nosotros; en manos de la Iglesia pondrá el depósito de todas las verdades que ha enseñado; ella será la dispensadora de todos los medios de salvación que ha destinado para los hombres.

LOS MIEMBROS DE LA IGLESIA. — Esta Iglesia es una vasta sociedad en la que todos los hombres están llamados a entrar; sociedad compuesta por dos clases de miembros: los gobernantes y los gobernados, los maestros y los discípulos, los santificadores y los santificados. Esta sociedad inmortal es la Esposa del Hijo de Dios: para ella crea sus elegidos. Ella es su madre única: fuera de su seno no hay salvación para nadie.

PEDRO CONSTITUÍDO PASTOR. — ¿Pero cómo podrá subsistir esta sociedad? ¿Cómo atravesará los siglos y llegará así hasta el último día del mundo? ¿Quién la dará la unidad y la cohesión? ¿Cuál será el lazo visible entre sus miembros, el signo palpable que la designará como la verdadera Esposa de Cristo, dado el caso que otras sociedades pretendieran fraudulentamente arrebatarla sus legítimos honores? Si Jesús se hubiera quedado con nosotros no habríamos corrido ningún riesgo; donde está El, allí también está la verdad y la vida; pero El "se va", nos dice, y nosotros no podemos seguirle aún. Escuchad,

pues, y aprended sobre qué base ha establecido El la legitimidad de su única Esposa.

Estando un día durante su vida mortal en el territorio de Cesárea de Filipo rodeado de sus discípulos les interrogó acerca de la idea que se habían formado de su persona. Uno de ellos, Simón hijo de Juan o Jonás, y hermano de Andrés, tomó la palabra y dijo: "Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo". Jesús recibió con bondad este testimonio que ningún sentimiento humano podía sugerir a Simón, sino que salía de su conocimiento divinamente inspirado en este momento; y declaró a este dichoso Apóstol que ya en adelante no sería Simón sino Pedro. Cristo había sido designado por los Profetas con el carácter simbólico de piedra [1]; al atribuir tan solemnemente a su discípulo este título distintivo del Mesías, Jesús daba a entender que Simón tendría con El relaciones que no tendrían los otros Apóstoles. Pero Jesús continuó su discurso. Había dicho a Simón: "Tú eres Pedro (Piedra)"; y añadió; "y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia".

Ponderemos estas palabras del Hijo de Dios: "Edificaré mi Iglesia". Ha concebido, pues un proyecto: el de edificar una Iglesia. No es él quien edificará ahora esa Iglesia; esta obra se diferirá todavía por algún tiempo, lo único que sabemos con certeza es que se edificará sobre Pedro. Pedro será el fundamento, y quien no des-

[1] *Isaías*, 28, 16.

canse en Pedro no formará parte de la Iglesia. Escuchemos aún: "Y las puertas del infierno no prevalecerán contra mi Iglesia". En el estilo de los judíos las "*puertas*" significan los "*poderes*"; de modo que la Iglesia de Jesús será indestructible, a pesar de todos los esfuerzos del infierno. ¿Por qué? porque Jesús le dará un fundamento firme. El Hijo de Dios continúa: "Y yo te daré las llaves del Reino de los cielos." En el lenguaje de los Judíos, las "*llaves*" significan el poder del Gobierno, y en las parábolas del Evangelio el "Reino de Dios" significa la Iglesia que debe ser edificada por Cristo. Al decir a Pedro, que en adelante no se llamará más Simón: "Yo te daré las llaves del Reino de los cielos", Jesús se expresaba como si le hubiese dicho: "Yo te haré el Rey de esta Iglesia, cuyo fundamento serás al mismo tiempo." Esto es evidente; pero no echemos en olvido que todas estas magníficas promesas miran al porvenir: (*S. Matth,* XVI.)

Ahora bien, este porvenir, se ha hecho presente. Hemos llegado a las últimas horas de la estancia de Jesús aquí abajo. Ha llegado el momento en que se va a cumplir su promesa y fundar este Reino de Dios, esta Iglesia que debía edificar en la tierra. Los Apóstoles, fieles a las órdenes que les habían transmitido los Angeles, han vuelto a Galilea.

El Señor se manifiesta a ellos a orillas del la-

go de Tiberíades y después de una comida preparada por él mismo, mientras están ellos pendientes de sus labios, interpela de repente a su discípulo: "Simón, hijo de Juan", le dice, "¿me amas?". Advirtamos que no le da en este momento el nombre de Pedro; se coloca en el día en que le dijo otra vez: "Simón, hijo de Jonás, tu eres Pedro"; quiere que los discípulos sientan el lazo que une la promesa y el cumplimiento. Pedro, con su aceleramiento acustumbrado, responde a la pregunta de su Maestro: "Sí, Señor; tú sabes que te amo." Jesús vuelve a tomar la palabra con autoridad: "Apacienta mis corderos", dice al discípulo. Después, reiterando la pregunta, dice aún: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?" Pedro se asombra de la insistencia con la cual su Maestro parece perseguirle; sin embargo él responde con la misma sencillez: "Sí Señor; tú sabes que te amo." Después de esta respuesta, Jesús repite las mismas palabras de investidura: "Apacienta mis corderos."

Los discípulos escuchaban este diálogo con respeto; comprendían que Pedro era distinguido una vez más, que recibía en ese instante algo que ellos no recibirían. Los recuerdos de Cesárea de Filipo se agolpaban a su espíritu, acordándose además de las consideraciones particulares que su Maestro había tenido siempre para Pedro desde este día. Sin embargo de eso, no estaba todo terminado aún. Una tercera vez Jesús in-

terpela a Pedro: "Simón, hijo de Juan, me amas? Ante esta insistencia el Apóstol no puede más. Las tres llamadas de Jesús a su amor le han despertado el triste recuerdo de sus tres negaciones ante la criada de Caifás. Siente la alusión a su infidelidad tan reciente aún, pidiendo perdón responde esta vez con más compunción aún que seguridad: "Señor, dice, lo sabes todo; tú sabes que te amo." Entonces el Señor, poniendo el último sello en la autoridad de Pedro, pronuncia estas palabras: "Apacienta mis ovejas." *(S. Juan,* XXI.)

He aquí a Pedro nombrado Pastor por aquel mismo que nos dijo: "Yo soy el buen Pastor." Desde luego el Señor ha dado a su discípulo y por dos veces el cuidado de los "corderos"; pero no le había nombrado aún pastor; mas cuando le encarga el apacentar también las "ovejas", el rebaño entero se confía a su autoridad. Que la Iglesia venga, pues, ahora, que se eleve, que se extienda; Simón el hijo de Juan es proclamado Jefe visible. ¿Esta Iglesia es un edificio?, pues él es su piedra fundamental. ¿Es un Reino? pues él tiene las llaves, es decir, el cetro, ¿Es un rebaño?, pues él es el Pastor.

Sí, esta Iglesia que Jesús organiza en este momento, y que se revelará el día de Pentecostés será un rebaño. El Verbo de Dios descendió del cielo "para reunir en uno a los hijos de Dios que antes estaban dispersos" *(S. Juan,* XI, 52) y

se acerca el momento en que no habrá más que un solo redil y un solo Pastor" *(Ibid.*, X, 16.) ¡Te bendecimos, te damos gracias, oh divino Pastor nuestro! Por nosotros subsiste ella y atraviesa los siglos, recogiendo y salvando a todas las almas que se confían a ella, esta Iglesia que tú fundas en estos días. Su legitimidad, su fuerza, su unidad, le vienen de ti, su Pastor omnipotente y misericordioso. Te bendecimos también y te damos gracias, oh Jesús, por la previsión con que has provisto al mantenimiento de esta legitimidad, de esta fuerza, de esta unidad, dándonos a Pedro tu vicario, a Pedro nuestro Pastor en Ti y por Ti, a Pedro a quien ovejas y corderos deben obediencia, a Pedro en quien te haces visible hasta la consumación de los siglos.

En la Iglesia griega, el segundo Domingo después de Pascua que nosotros llamamos del "Buen Pastor", se designa con el nombre de "Domingo de los santos myroforos", o "porta-perfumes". Se celebra particularmente la piedad de las santas mujeres que llevaron los perfumes al Sepulcro para embalsamar el cuerpo del Salvador. José de Arimatea tiene también una parte de los cánticos de que se compone el Oficio de la Iglesia griega durante esta semana.

MISA

El Introito, haciendo suyas las palabras de David, celebra la misericordia del Señor que se

extiende a la tierra entera, por la fundación de la Iglesia. Los "cielos", que significan los Apóstoles en el lenguaje misterioso de la Escritura, fueron fortalecidos por el Verbo de Dios, el día en que les dió a Pedro por Pastor y por fundamento.

INTROITO

La tierra está llena de la misericordia del Señor, aleluya: por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, aleluya, aleluya. — *Salmo:* Alegraos, justos, en el Señor: a los rectos conviene la alabanza. ℣. Gloria al Padre.

La Santa Iglesia en la Colecta, pide para sus hijos la gracia de una santa alegría; pues tal es el sentimiento que conviene al Tiempo pascual. Debemos regocijarnos por haber sido librados de la muerte por el triunfo de nuestro Salvador, y prepararnos por las alegrías pascuales a las de la eternidad.

COLECTA

Oh Dios, que, con la humillación de tu Hijo, levantaste al mundo caído: concede a tus fieles la perpetua alegría: para que, a los que has librado de los peligros de la muerte eterna, les hagas disfrutar de los gozos sempiternos. Por el mismo Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pedro.

Carísimos: Cristo sufrió por nosotros, dándoos ejemplo, para que sigáis sus pasos. El no cometió pecado, ni se encontró dolo en su boca: cuando era maldecido,

no maldijo: cuando padecía, no amenazó; antes se entregó al que le juzgó injustamente: El mismo llevó a la cruz, en su cuerpo, nuestros pecados: para que, muertos a los pecados, vivamos para la justicia: con sus heridas fuisteis sanados. Porque erais como ovejas errantes, pero os habéis vuelto ahora al pastor y obispo de vuestras almas.

El ejemplo de Cristo. — El Príncipe de los Apóstoles, el Pastor visible de la Iglesia universal, acaba de hacernos oír su palabra. Ved cómo termina este pasaje llevando nuestros pensamientos al Pastor invisible del cual es el Vicario, y cómo evita con modestia toda alusión a él mismo. Es en efecto, el Pedro de siempre que, dirigiendo a su discípulo Marcos en la redacción de su Evangelio, no quiso que contase en él la investidura que Cristo le dió sobre todo el rebaño, pero que exigió que no omitiese nada en su relato de la triple negación en casa de Caifás. ¡Con qué ternura nos habla aquí al Apóstol de su Maestro, de los sufrimientos que soportó, de su paciencia, de su entrega hasta la muerte a esas pobres ovejas errantes con las que debía él formar su redil! Estas palabras tendrán un día aplicación en el mismo Pedro. Día vendrá en que será amarrado a un madero, donde se mostrará paciente como su Maestro en medio de los ultrajes y de los malos tratos. Jesús se lo había predicho; pues, después de haberle confiado ove-

jas y corderos, añadió que llegaría el tiempo en que Pedro "llegado a viejo, extendería sus manos" sobre la cruz, y que la violencia de los verdugos se ensañaría sobre su debilidad. *(S. Juan,* XXI.) Esto acontecerá, no solamente a la persona de Pedro, sino a un número considerable de sus sucesores que forman un todo con él y que se les verá, al correr de los siglos, tan a menudo perseguidos, exilados, aprisionados, matados. Sigamos nosotros también las huellas de Jesús, sufriendo de buen grado por la justicia; a El le debemos que, siendo desde toda la eternidad igual a Dios Padre en la gloria, se haya dignado descender a la tierra para ser "el Pastor y el Obispo de nuestras almas".

El primer versillo aleluyático recuerda la cena de Emaús; en pocos instantes conoceremos nosotros también a Jesús en la fracción del pan de vida.

El segundo proclama por las propias palabras del Salvador la dignidad y las cualidades del Pastor, el amor a sus ovejas, y la prontitud de estas para reconocerle por su jefe.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. ℣. Conocieron los discípulos al Señor Jesús en la fracción del pan.

Aleluya. ℣. Yo soy el buen pastor: y conozco a mis ovejas, y las mías me conocen a mí. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús a los fariseos: Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas. Pero el mercenario, y el que no es pastor, el que no tiene ovejas propias, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye: y el lobo arrebata, y dispersa las ovejas; pero el mercenario huye porque es mercenario, y no le interesan las ovejas. Yo soy el buen pastor: y conozco a las mías, y las mías me conocen a mí. Como me conoce el Padre, así yo conozco al Padre: y pongo mi vida por mis ovejas. Y tengo otras ovejas, que no son de este redil: y debo atraerlas también, y oirán mi voz, y habrá un solo rebaño, y un solo pastor.

SUMISIÓN AL ÚNICO PASTOR. — Divino Pastor de nuestras almas, ¡cuán grande es tu amor por tus ovejas! Vas a dar hasta tu misma vida por salvarlas. El furor de los lobos no te hace huir. Te haces presa, a fin de apartar de ellas el diente mortífero que quería devorarlas. Has muerto en nuestro lugar, porque eras nuestro Pastor. No nos extrañamos que hayas exigido de Pedro más amor que el que esperabas de sus hermanos: pensabas establecerle su Pastor y nuestro. Pedro pudo responder con seguridad que te amaba y tú le conferiste tu propio título con la realidad de tus funciones a fin de que te supliera cuando hubieras desaparecido a nuestras miradas. Sé bendito, divino Pastor; porque tuviste presente las necesidades de tu rebaño que no podía conservarse Uno, si hubiera tenido varios Pas-

tores sin un Pastor supremo. Para conformarnos con tus órdenes, nos inclinamos con amor y sumisión ante Pedro, besamos con respeto sus sagrados pies; pues por él nosotros dependemos de Ti, por él nosotros somos tus ovejas. Consérvanos, oh Jesús, en el redil de Pedro que es el tuyo. Aleja de nosotros al mercenario que quisiera usurpar el lugar y los derechos del Pastor. Intruso en el aprisco por violencia profana, se da aires de amo; pero no conoce a las ovejas y las ovejas no le conocen a él. Atraído, no por el celo, sino por el deseo y la ambición, huye al aproximarse el peligro. Cuando se obra sólo por intereses terrestres, no se sacrifica la vida por otro; el pastor cismático se ama a sí mismo; no ama tus ovejas; ¿cómo daría su vida por ellas? guárdanos de este mercenario, ¡oh Jesús! Nos apartaría de ti, separándonos de Pedro a quien has constituído tu Vicario. No reconoceremos otro. ¡Anatema a quien quisiera mandarnos en tu nombre, y no fuese enviado de Pedro! Pastor falso, no descansaría sobre la piedra del fundamento, no tendría las llaves del Reino de los cielos; no haría sino perdernos. Prométenos, oh buen Pastor, permanecer siempre con nosotros y con Pedro de quien eres el fundamento, como él es el nuestro, y podremos desafiar todas las tempestades. Tú lo has dicho, Señor: "El hombre sabio edifica su casa sobre la roca; las lluvias cayeron sobre ella, los ríos se des-

bordaron, los vientos soplaron, todas esas fuerzas se lanzaron sobre la casa y no cayó porque estaba fundada sobre la piedra firme. *(San Mateo,* VIII, 24, 25.)

El Ofertorio es una aspiración hacia Dios tomada del Rey-Profeta.

OFERTORIO

Dios, Dios mío, a ti velo de día: y en tu nombre alzaré mis manos, aleluya.

En la Secreta, la Iglesia pide que la santa energía del Misterio que va a consumarse sobre el altar produzca en nosotros los efectos a los que aspiran nuestras almas: morir al pecado y resucitar a la gracia.

SECRETA

Concédanos siempre, Señor, una bendición saludable esta sagrada ofrenda: para que, lo que obra con misterio, lo confirme con poder. Por el Señor.

Las palabras de la Antífona de la Comunión recuerdan también al buen Pastor. Es el misterio que domina toda esta jornada. Rindamos un último homenaje al Hijo de Dios que se digna mostrársenos bajo apariencias tan conmovedoras, y seamos siempre sus fieles ovejas.

COMUNION

Yo soy el buen pastor, aleluya: y conozco a mis ovejas, y las mías me conocen a mí, aleluya, aleluya.

En el divino banquete, Jesús buen Pastor acaba de ser dado en alimento a sus ovejas; la Santa Iglesia, en la Poscomunión, pide que seamos cada día más penetrados de amor por este augusto sacramento, en el cual debemos poner nuestra gloria; pues es para nosotros el alimento de inmortalidad.

POSCOMUNION

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, consiguiendo la gracia de tu vivificación, nos gloriemos siempre de tu regalo. Por el Señor.

LUNES

DE LA TERCERA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

LAS NOTAS DE LA IGLESIA. — La primera piedra de la Iglesia está ya colocada; Jesús va ahora a edificar sobre este fundamento. El Pastor de las ovejas y de los corderos ha sido proclamado: es hora de formar el aprisco; las llaves del reino han sido dadas a Pedro: ha llegado el momento de inaugurar el Reino. Así, esta Iglesia, este aprisco, este reino, designan una sociedad que recibirá del nombre de su fundador el de *Cristiana*. Esta sociedad que forman los discípulos de Cristo está destinada a recibir en su seno a todos los miembros de la humanidad; ninguno será excluído, aunque de hecho no entren todos.

Deberá durar hasta el fin de los siglos, pues no habrá elegidos más que en su recinto. Será "Una", pues Cristo no dice: "Edificaré mis Iglesias"; no habla más que de una sola. Será "Santa", porque todos los medios de santificación del hombre le serán confiados. Será "Católica", es decir, universal, para que siendo conocida en todos los tiempos y en todos los lugares, los hombres puedan oírla hablar y entrar en ella. Será "Apostólica", es decir que, cualquiera que sea la duración de este mundo, pasará por una sucesión legítima a esos hombres con los cuales Jesús trata en estos días para su fundación.

La perpetuidad de la Iglesia. — Tal será la Iglesia, fuera de la cual no puede haber salvación para cualquiera que, habiéndola conocido, descuidarse asociarse a ella. Aguardemos unos días, y el mundo oirá hablar de ella. La chispa en este momento se encuentra en solo la Judea; pero pronto será un incendio que se extenderá al mundo entero. Antes de fin de siglo, no solamente el imperio romano, tan vasto ya, tendrá miembros de la Iglesia en todas las provincias, sino que la Iglesia contará hasta en los pueblos en cuyo seno los cuales Roma no ha paseado sus águilas victoriosas. Más aún; esta propagación milagrosa no se detendrá jamás; en todos los siglos partirán nuevos apóstoles para realizar

nuevas conquistas. Nada dura bajo el sol; pero la Iglesia maravillará por su duración incesante las miradas soberbias e irritadas del incrédulo. Las persecuciones, las herejías, los cismas, los desfallecimientos de la debilidad humana y sus depravaciones, no harán mella en ella; la Iglesia sobrevivirá a todo. Los nietos de sus adversarios la llamarán su madre; verá rodar a sus pies el torrente de los siglos llevando mezclados tronos, dinastías, nacionalidades y hasta razas; y estará siempre allá, abriendo sus brazos a todos los hombres, enseñando siempre las mismas verdades, repitiendo hasta el último día del mundo el mismo símbolo, y siempre fiel a las instrucciones que Jesús resucitado la confió.

¡Qué acciones de gracias debemos darte, Señor Dios nuestro, por habernos hecho nacer en el seno de esta sociedad inmortal, la única que tiene tus enseñanzas celestiales y los socorros por los que se obra la salvación! No tenemos que buscar donde se halla tu Iglesia; en ella y por ella vivimos de esta vida superior que está por encima de la carne y de la sangre, y cuya plenitud, si somos fieles, nos está reservada en la eternidad. Dirige, Señor, una mirada misericordiosa sobre tantas almas que no han tenido la misma dicha, y que no entrarán en tu única Iglesia, sino con el precio de más de un sacrificio penoso a la naturaleza. Dales una luz más viva, sostenles, a fin de que no desfallezcan. Quebran-

ta la indiferencia de los unos, secunda los esfuerzos de los otros, a fin de que tu aprisco, oh buen Pastor, se acreciente siempre más y más, y que la Iglesia, que es tu Esposa, se regocije aún con la fecundidad que Tú le has prometido por todos los siglos.

MARTES

DE LA TERCERA SEMANA DESPUES DE PASCUA

El poder de jurisdicción. — La Iglesia que Jesús resucitado organiza en estos días, y que debe extenderse por el mundo entero, es una sociedad verdadera y completa. Debe tener en sí misma un poder que la rija y que, por la obediencia de los súbditos, mantenga el orden y la paz. Hemos visto que el Salvador había previsto esta necesidad estableciendo un Pastor de las ovejas y los corderos, un vicario de su autoridad divina; pero Pedro no es más que un hombre; por muy grande que sea su poder, no puede ejercerlo directamente sobre todos los miembros del rebaño. La nueva sociedad tiene, pues, necesidad de magistrados de un rango inferior que sean, según la bella expresión de Bossuet, "ovejas para Pedro, y Pastores para los pueblos". (Sermón sobre la unidad de la Iglesia.)

El Episcopado. — Jesús tiene todo previsto, ha elegido doce hombres a quienes ha llamado sus Apóstoles y a ellos confiará la magistratura de su Iglesia. Al separar a Pedro para hacerle Jefe y como su representante, no ha renunciado a hacerles servir para sus designios. Lejos de eso, están destinados a ser las columnas del edificio cuyo fundamento será Pedro. Son doce, como en otro tiempo los doce hijos de Jacob; pues el antiguo pueblo fué en todo la figura del nuevo. Antes de subir al cielo, Jesús les da el poder de enseñar por toda la tierra y les establece Pastores de los fieles en todos los lugares por donde vayan. Ninguno de ellos es jefe de los demás, sino Pedro, cuya autoridad parece tanto mayor cuanto más se eleva por encima de esos poderosos depositarios del poder de Cristo.

Una delegación tan extensa de los derechos pastorales en la generalidad de los Apóstoles tenía por objeto asegurar la solemne promulgación del Evangelio; pero no debía sobrevivir, en esta vasta medida, en sus depositarios. El sucesor de Pedro debía solo conservar el poder apostólico en toda su extensión, y en adelante, ningún pastor legítimo ha podido ejercer una autoridad territorial ilimitada. El Redentor al crear el Colegio apostólico fundó también esta magistratura que nosotros veneramos con el nombre de Episcopado. Si los Obispos no han heredado

la jurisdicción universal de los Apóstoles, si no han recibido como ellos la infalibilidad personal en la enseñanza, no por eso dejan de ocupar en la Iglesia el lugar de los Apóstoles. A ellos confiere Jesucristo las llaves mediante el sucesor de Pedro; y estas llaves, símbolo del gobierno, las usan ellos para abrir y para cerrar en toda la extensión del territorio asignado a su jurisdicción.

¡Qué magnífica, qué imponente es esta magistratura del Episcopado sobre el pueblo cristiano! Contemplad en el mundo entero esos tronos sobre los que se sientan los pontífices presidiendo las diversas partes del rebaño, apoyados en el báculo pastoral, símbolo de su poder. Recorred la tierra habitada, franquead los límites que separan las naciones, pasad los mares; por todas partes os encontraréis con la Iglesia, y por todas partes encontraréis al Obispo ocupado en regir la porción del rebaño confiado a su custodia; y viendo que todos esos pastores son hermanos, que todos gobiernan sus ovejas en nombre del mismo Cristo, y que todos se unen en la obediencia a un mismo Jefe, comprenderéis entonces cómo es esta Iglesia una sociedad completa en cuyo seno la autoridad reina con tanto imperio.

El sacerdocio. — Por debajo de los Obispos, encontramos aún en la Iglesia otros magistra-

dos de un rango inferior; la razón de su establecimiento se explica por sí misma. Designado para gobernar un territorio más o menos vasto, el Obispo necesita cooperadores que representen su autoridad, y la ejerzan en su nombre y bajo sus órdenes, allá donde ésta no pudiera ejercerse inmediatamente. Estos son los sacerdotes con cura de almas, cuyo lugar fijó el Salvador en la Iglesia, por la elección de los setenta y dos discípulos, que añadió a sus Apóstoles, a los cuales debían estar sometidos los discípulos. Complemento admirable del gobierno en la Iglesia, donde todo funciona en la más perfecta armonía, por medio de esta jerarquía desde cuya cima desciende la autoridad, y va a extenderse hasta los Obispos que la delegan enseguida al clero inferior.

La misión de los Apóstoles. — Estamos en los días en que esta jurisdicción que Jesús había anunciado, emana por su divino poder. Ved con qué solemnidad la confiere: "Todo poder, dice, me ha sido dado en el cielo y en la tierra: id, pues, enseñad a todas las naciones." *(S. Matth., XXVIII, 18.)* Así, este poder que los pastores van a ejercer, es de su propia autoridad de donde lo saca; es una emanación de su propia autoridad en el cielo y sobre la tierra; y a fin de que comprendiésemos más claramente cual es la

fuente, dice también esos mismos días: "Como mi Padre me ha enviado, así os envío yo." (*S. Juan*, XX, 21.)

Así, el Padre ha enviado al Hijo y el Hijo envía a los Pastores, y esta "misión" no será nunca interrumpida hasta la consumación de los siglos. Siempre instituirá Pedro los Obispos, siempre los Obispos conferirán una parte de su autoridad a los sacerdotes destinados al ministerio de las almas; y ningún poder humano sobre la tierra podrá interceptar esta transmisión, ni hacer que los que no han tenido parte en ella tengan el derecho de considerarse por pastores. El César gobernará el Estado; pero será incapaz para crear un solo pastor; pues el César no tiene ninguna parte en esta jerarquía divina, fuera de la cual la Iglesia no reconoce más que súbditos. A él toca el mandar como soberano en las cosas temporales: a él toca también obedecer, como el último de los fieles, al Pastor encargado del cuidado de su alma. Más de una vez se mostrará celoso de este poder sobrehumano; buscará el interceptarlo; pero este poder no se puede usurpar; su naturaleza es puramente espiritual. Otras veces el César maltratará a los depositarios; se le ocurrirá incluso, en su locura el tentar ejercerlo él mismo; ¡vanos esfuerzos!, este poder que remonta hasta Cristo no se confisca, no se embarga; es la salvación del mundo,

y la Iglesia en el último día debe remitirlo intacto al que se dignó confiarlo antes de subir donde está su Padre.

MIERCOLES

DE LA TERCERA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

SOLEMNIDAD DE SAN JOSE

Hoy se suspende la serie de misterios del Tiempo pascual; otro objeto atrae por un momento nuestra atención. La Santa Iglesia nos incita a consagrar la jornada al culto del Esposo de María, del Padre nutricio del Hijo de Dios, Patrón de la Iglesia universal. El 19 de marzo le hemos rendido nuestro homenaje anual; pero se trata de erigir para la piedad del pueblo cristiano un monumento de reconocimiento a San José, socorro y apoyo de todos los que le invocan con confianza.

HISTORIA DEL CULTO HACIA S. JOSÉ. — La devoción a S. José estaba reservada para estos últimos tiempos. Su culto, fundado en el Evangelio mismo, no debía desarrollarse en los primeros siglos de la Iglesia; no porque los fieles, considerando el papel de San José en la economía del misterio de la Encarnación, estuviesen coartados de algún modo en los honores que hubieran

querido rendirle; sino que la divina Providencia tenía sus razones misteriosas para retardar el momento en que la Liturgia debía prescribir cada año los homenajes públicos debidos al Esposo de María. El Oriente precedió al Occidente, así como ocurrió otras veces, en el culto especial de San José; pero en el siglo xv, la Iglesia latina le había adoptado todo entero, y desde entonces no ha cesado de progresar en las almas católicas. Las grandezas de S. José han sido expuestas el 19 de Marzo; el fin de la presente fiesta no es el volver sobre este inagotable asunto. Tiene su motivo especial de institución que es necesario dar a conocer.

La bondad de Dios y la fidelidad de nuestro Redentor a sus promesas se unen siempre más estrechamente de siglo en siglo, para proteger en este mundo la chispa de vida sobrenatural que debe conservar él hasta el último día. En este fin misericordioso, una sucesión ininterrumpida de auxilios viene a caldear, por decirlo así, cada generación, y a traerle un nuevo motivo de confianza en la divina Redención. A partir del siglo XIII, en que comenzó a hacerse sentir el enfriamiento del mundo, como nos lo atestigua la misma Iglesia, ("Frigescente mundo"—Oración de la fiesta de los Estigmas de S. Francisco), cada época ha visto abrirse una nueva fuente de gracias.

Apareció primero la fiesta del Santísimo Sacramento, cuyo desarrollo ha producido sucesivamente la Procesión solemne, las Exposiciones, las Bendiciones, las Cuarenta Horas. A ella siguió la devoción al santo Nombre de Jesús, cuyo apóstol principal fué S. Bernardino de Sena y la del "Vía Crucis" o "Calvario", que produjo tantos frutos de compunción en las almas. El siglo XVI vió renacer la comunión frecuente, por la influencia principal de S. Ignacio de Loyola y de su Compañía. En el XVII fué promulgado el culto del Sagrado Corazón de Jesús, que se estableció en el siglo siguiente. En el XIX, la devoción a la Santísima Virgen tomó un incremento y una importancia que son las características sobrenaturales de nuestro tiempo. Ha sido restablecida la devoción al santo Rosario, y al Santo Escapulario, que nos legaron las edades precedentes; las peregrinaciones a los santuarios de la Madre de Dios, suspendidas por los prejuicios jansenistas y racionalistas, han vuelto a resurgir; la Archicofradía del Sagrado Corazón de María ha extendido sus afiliaciones por el mundo entero; numerosos prodigios han venido a recompensar la fe rejuvenecida; en fin, para terminar: el triunfo de la Inmaculada Concepción, preparado y esperado en los siglos menos favorables.

Pero la devoción a María no podía desarrollarse sin el culto ferviente de San José. María

y José se hallan tan íntimamente unidos en el misterio de la Encarnación, la una como Madre del Hijo de Dios, el otro como guardián del honor de la Virgen y Padre nutricio del Niño-Dios, que no se les puede aislar el uno del otro. Una veneración particular a S. José ha sido pues la consecuencia del desarrollo de la piedad hacia la Virgen Santísima.

TÍTULOS DE S. JOSÉ A NUESTRA DEVOCIÓN. — Pero la devoción al Esposo de María no es solamente un justo tributo que rendimos a sus prerrogativas; es también para nosotros la fuente de un nuevo socorro tan extenso como poderoso, habiendo sido puesto entre las manos de San José por el mismo Hijo de Dios. Escuchad el lenguaje inspirado de la Iglesia en la Liturgia: ¡"Oh José, honra de los habitantes del cielo, esperanza de nuestra vida aquí abajo, el "sostén de este mundo"! (Himno de Laudes de la Solemnidad de S. José. "Caelitum, Joseph, decus atque nostrae"... etc.)

¡Qué poder en un hombre! Pero buscad también un hombre que haya tenido con el Hijo de Dios sobre la tierra relaciones tan íntimas como José. Jesús se dignó estarle sumiso aquí abajo; en el cielo, tiene empeño en glorificar a aquel de quien quiso depender, y a quien confió su niñez y el honor de su Madre. El poder de S. José es pues ilimitado; y la Santa Iglesia nos invita hoy a

recurrir con una confianza absoluta a este Protector omnipotente. En medio de las terribles agitaciones de las cuales es el mundo víctima, invóquenlo los fieles con fe y serán protegidos. En todas las necesidades de alma y cuerpo, en todas las pruebas y crisis que el cristiano deba atravesar, así en el orden temporal como en el orden espiritual, que recurra a S. José y su confianza no se verá defraudada. El Rey de Egipto decía a sus pueblos hambrientos: "Id a José." (*Gén.*, XLI, 55); el Rey del cielo nos hace la misma invitación; y el fiel custodio de María tiene más crédito ante él que el hijo de Jacob, intendente de los graneros de Menfis, lo tuvo ante el Faraón.

La revelación de este nuevo refugio preparado para los últimos tiempos ha sido, desde luego, comunicada, según la costumbre que Dios guarda de ordinario, a las almas privilegiadas a las cuales estaba ella confiada como un germen precioso: así fué para la institución de la fiesta del Santísimo Sacramento, para la del Sagrado Corazón de Jesús, y para otras más. En el siglo XVI, Santa Teresa cuyos escritos estaban llamados a extenderse por el mundo entero, recibió en un grado superior comunicaciones divinas a este propósito, y consignó sus sentimientos y sus deseos en su vida escrita por ella misma.

SANTA TERESA Y S. JOSÉ. — He aquí como se expresa Santa Teresa: "Tomé por abogado y se-

ñor al glorioso San José y encomendeme mucho a él. Vi claro que así de esta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este padre y señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo, hasta ahora, haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma: que a otros santos parece les dió el señor gracias para socorrer una necesidad; a este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender que así como le fué sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, a quien yo decía se encomendase a él, también por experiencia; y aun hay muchas que le son devotas de nuevo experimentando esta verdad." *(Vida.* cap. VI.)

Para responder a numerosos deseos y a la devoción del pueblo cristiano, el 10 de Septiembre de 1847, Pío IX extendió a la Iglesia universal la fiesta del Patrocinio de S. José que había sido concedido a la Orden de los Carmelitas y a algunas Iglesias particulares. Más tarde, Pío X debía elevar esta fiesta al rango de las mayores solemnidades dotándola de una Octava.

Pongamos pues nuestra confianza en el poder del augusto Padre del pueblo cristiano, José, sobre quien han sido acumuladas tantas grandezas para que las repartiese entre nosotros, en una medida más abundante que los otros santos, las influencias del misterio de la Encarnación del mal ha sido, después de María, el principal ministro sobre la tierra.

MISA

En esta fiesta dedicada a S. José como protector de los fieles, la Santa Iglesia, por el Introito, nos hace cantar las palabras en las cuales David expresa la confianza que ha puesto en la Protección del Señor. San José es el ministro de esta protección divina, y Dios nos la promete, si nos dirigimos a su incomparable servidor.

INTROITO

El Señor es nuestro ayudador y nuestro protector: en El se alegrará nuestro corazón, y confiaremos en su santo nombre, aleluya, aleluya. — *Salmo:* Tú, que riges a Israel, atiende: tú, que guías a José como a una oveja. ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta, la Iglesia revela la elección que Dios quiso hacer de S. José para Esposo de María, y nos enseña que esta elección tuvo por efecto asegurarnos en él a un Protector, que responderá siempre a nuestros homenajes por su intercesión todopoderosa.

COLECTA

Oh Dios, que, con inefable providencia, te dignaste elegir a San José para Esposo de tu Santísima Madre: haz, te suplicamos, que al que veneramos en la tierra como Protector, merezcamos tenerle por intercesor en los cielos. Tú, que vives.

EPISTOLA

Lección del libro del Génesis.

José es un retoño pujante, un retoño que crece al pie de las aguas, cuyas ramas se extienden por el muro. Y se irritaron contra él, y le injuriaron y le asaetearon los arqueros. Pero su arco permaneció firme, y los lazos de sus manos y pies fueron desatados por el poder del fuerte Jacob: de allí salió el pastor, la piedra de Israel. El Dios de tu padre será tu ayudador, y el Omnipotente te bendecirá con bendiciones del cielo de arriba, con bendiciones del abismo de abajo, con bendiciones de los pechos y del vientre de la madre. Las bendiciones de tu padre serán aumentadas con las bendiciones de sus padres: hasta que venga el Deseado de las colinas eternas, estarán sobre la cabeza de José y sobre la frente del Nazareno entre sus hermanos.

Los dos Josés. — Esta magnífica profecía de Jacob moribundo, y que revela a su hijo José la suerte gloriosa que le espera a él y a sus hijos, viene a propósito en este día para recordarnos las relaciones que S. Bernardo ha notado tan elocuentemente entre los dos Josés. Las señalamos el 19 de marzo, y el lector pudo convencerse de que el primer José fué el tipo del segundo.

El viejo Patriarca, después de haber profetizado el destino de sus diez primeros hijos, se

detiene con complacencia en el hijo de Raquel. Después de haber alabado su belleza, recuerda las persecuciones a que estuvo expuesto por parte de sus hermanos, y las vías maravillosas por las cuales le libró Dios de sus manos, y le condujo al poder. Después Jacob muestra a ese hijo de su ternura glorificado y convertido en el tipo del segundo José.

¿Quién ha merecido más que el Esposo de María, el Protector de los fieles, ser llamado "Pastor de un pueblo y fuerza de Israel"? Todos nosotros somos su familia: él vela por nosotros con amor; y en nuestras tribulaciones, podemos apoyar en él nuestra confianza como sobre una roca inexpugnable. La herencia de S. José es la Iglesia, que las aguas del Bautismo riegan sin cesar y la hacen fecunda; allí ejerce su poder bienhechor sobre los que confían en él. Jacob promete al primer José inmensas bendiciones, cuyo efecto durará hasta el día en que el Salvador prometido "descienda de las colinas de la eternidad". Entonces comenzará el ministerio del segundo José, ministerio de socorro y de protección, que durará hasta el segundo advenimiento del Hijo de Dios. En fin, si el primer José es presentado en la profecía como Nazareno, es decir, consagrado a Dios y santo en medio de sus hermanos, el segundo cumplirá el oráculo más literalmente aún; pues no solamente su santidad aventajará a la del hijo de Jacob, sino que su

morada será Nazaret. Allí habitará con María, allí vendrá a la vuelta de Egipto, allí acabará su santa carrera; en fin por haber habitado allí con él, su hijo adoptivo, Jesús, Verbo eterno, "será llamado Nazareno". *(S. Matth.,* II, 23.)

En el primer Verso aleluyático se oye la voz de S. José. Invita a los fieles a recurrir a él, y les promete una ayuda pronta. En el segundo, la Iglesia pide para sus hijos que se apresuren a imitar la pureza del Esposo de María, al mismo tiempo que implora para ellos su Patrocinio.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. ℣. En cualquier tribulación, en que clamaren a mí, les oiré, y seré siempre su protector. Aleluya. ℣. Haznos correr, oh José, una vida inofensiva: y esté siempre defendida por tu patrocinio. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Lucas.

En aquel tiempo sucedió que, cuando se bautizaba todo el pueblo, se bautizó también Jesús: y, orando El, se abrió el cielo: y descendió sobre El el Espíritu Santo en forma de paloma: y dijo una voz del cielo: Tú eres mi Hijo amado, en ti me he complacido yo. Y el mismo Jesús comenzaba a tener como unos treinta años, y se le creía hijo de José.

JESÚS, "HIJO DE JOSÉ. — "¡Jesús considerado como hijo de José"! Así, el amor filial de Jesús para con su Madre y las consideraciones debidas al honor de la más pura de las vírgenes, llevaron al Hijo de Dios, hasta aceptar durante treinta

años, el nombre y la apariencia de hijo de José. José se ha oído llamar padre por el Verbo increado cuyo Padre es eterno; recibió de un hombre mortal los cuidados de la infancia y los alimentos en sus primeros años. José fué el jefe de la sagrada familia de Nazaret, y Jesús reconoció su autoridad. La economía misteriosa de la Encarnación exigía esas asombrosas relaciones entre el creador y la creatura. Pero si el Hijo de Dios sentado a la diestra de su Padre ha retenido a la naturaleza humana indisolublemente unida a su persona divina, no por eso se ha despojado de los sentimientos que profesó aquí abajo hacia los otros dos miembros de la familia de Nazaret. Hacia María su Madre en el orden de la humanidad, su ternura filial y sus atenciones no han hecho más que aumentar; pero no podemos dudar que el afecto y la deferencia que tuvo para con su padre adoptivo estén también presentes eternamente en el corazón del Hombre-Dios. Ningún mortal tuvo con Jesús relaciones tan íntimas y tan familiares. José, por sus cuidados paternales para con el hijo de María, ha hecho sentir reconocimiento al Hijo del Eterno; es justo pensar que honores particulares y un crédito superior en el cielo han pagado este reconocimiento. Tal es la creencia de la Iglesia, tal es la confianza de las almas piadosas, tal es el motivo de la institución de la solemnidad hoy.

En el Ofertorio, formado con palabras del salmo CXLVII, Jerusalén, es decir, la Iglesia, es felicitada por el cuidado que Dios ha tomado de ella, defendiéndola contra sus enemigos con fuertes murallas. La protección de S. José es una de las más invencibles.

OFERTORIO

Alaba, Jerusalén, al Señor: porque afirmó los quicios de tus puertas, bendijo a tus hijos en ti, aleluya, aleluya.

En la Secreta, la Iglesia implora para sus hijos la gracia de imitar el desprendimiento del carpintero de Nazaret.

SECRETA

Ayudados por el patrocinio del Esposo de tu Santísima Madre, imploramos, Señor, tu clemencia: para que hagas que nuestros corazones desprecien todo lo terreno y te amen a ti, verdadero Dios, con perfecta caridad. Tú, que vives y reinas...

La Iglesia suspende hoy el Prefacio del Tiempo pascual y lo reemplaza por la fórmula de acción de gracias que emplea en las misas de San José.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que, siempre y en todas partes, te demos gracias a ti, Señor santo, Padre omnipotente, eterno Dios: Y el que te alabemos, bendigamos y ensalcemos con las debidas alabanzas en la fiesta de San José. El cual, por

ser un varón justo, fué dado por ti como Esposo a la Virgen Madre de Dios: y, como un servidor fiel y prudente, fué constituído sobre tu Familia: para que guardara con paternal cuidado a tu Unigénito, nuestro Señor Jesucristo, concebido por obra del Espíritu Santo. Por quien alaban a tu Majestad los Angeles, la adoran las Dominaciones, la temen las Potestades; los cielos, y las Virtudes de los cielos, y los santos Serafines, la celebran con igual exultación. Con los cuales te pedimos admitas también nuestras voces, diciendo con humilde confesión:

¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!

La Antífona de la Comunión es el paso de S. Mateo en el cual el Evangelista inscribe el título glorioso de nuestro gran Protector: "José, esposo de María", y el título más glorioso aún de María, "de la cual nació Jesús".

COMUNION

Y Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús, que se llama el Cristo, aleluya, aleluya.

La Santa Iglesia pide en la Poscomunión que S. José, nuestro protector durante la vida presente intervenga también en el interés de nuestra dicha eterna.

POSCOMUNION

Alimentados en la fuente del divino don, suplicamoste, Señor, Dios nuestro, que, así como nos haces alegrarnos de la protección de San José, así también, por sus méritos e intercesión, nos hagas partícipes de su celeste gloria. Por el Señor.

PLEGARIA. — Padre y protector de los fieles, glorioso José, bendecimos a nuestra madre la Santa Iglesia que, en este declinar del mundo, nos ha enseñado a esperar en ti. Largos siglos han corrido sin que fuesen manifestadas tus grandezas; pero no dejabas por eso de ser en el cielo uno de los intercesores más poderosos del género humano. Jefe de la sagrada familia de quien todo un Dios es miembro, prosigue tu ministerio paternal para con nosotros. Tu acción escondida se notaba en la salvación de los pueblos y de los particulares; pero la tierra experimentaba tus beneficios, sin haber instituído aún, para agradecerlos, las honras que hoy te ofrece. El conocimiento más claro de tus grandezas y de tu poder, la proclamación de tu Patrocinio y de tu Protección en todas nuestras necesidades, estaban reservadas a estos tiempos calamitosos en que el estado de un mundo desesperado pide los socorros que no fueron revelados a las edades precedentes. Venimos, pues, a tus pies, ¡oh José! a fin de rendir homenaje a tu poderosa intercesión que no conoce límites, y a tu bondad que abraza a todos los hermanos de Jesús en una misma adopción.

Sabemos, oh María, que te es agradable ver honrar al Esposo a quien amaste con ternura incomparable. Acoges con un favor particular

nuestras demandas, cuando te son presentadas por sus manos. Los lazos formados por el cielo en Nazaret subsistirán eternamente entre ti y José; y el amor sin límites que tienes a tu Hijo divino estrecha aún el afecto que tu corazón tan amante conserva siempre para aquel que fué al mismo tiempo el nutricio de Jesús y el custodio de tu virginidad. Oh José, también nosotros somos los hijos de tu esposa María; toma en tu brazos a todos estos nuevos hijos, sonríe a esta numerosa familia y dígnate aceptar nuestras instancias, que alienta la Santa Iglesia, y que suben hacia ti más apremiantes que nunca.

Tú eres "el sostén del mundo, *columen mundi*", uno de los apoyos sobre los que reposa; pues el Señor, en vista de tus méritos y por deferencia a tu oración, le sufre y le conserva a pesar de las iniquidades que le manchan. Tu ayuda es grande, oh José, en estos tiempos "en que los santos faltan, en que las verdades han venido a menos" *(Ps.,* XI, 1.) es preciso poseer el peso de tus méritos, para que el platillo de la divina balanza no se incline del lado de la justicia. Dígnate oh Protector universal, no abandonar esta empresa; la Iglesia te lo suplica hoy. El suelo minado por la libertad desenfrenada del error y del mal, está, en cada instante, a punto de abrirse bajo sus pies; no descanses un instante, y apresúrate a prepararle con tu intervención paternal, una situación más tranquila.

Ninguna de nuestras necesidades es extraña a tu conocimiento ni a tu poder; los mínimos entre los hijos de la Iglesia tienen derecho a recurrir a ti día y noche, seguros de encontrar en ti la acogida de un padre tierno y compasivo. ¡No lo olvidaremos, oh José! En todas las necesidades de nuestras almas, nos dirigiremos a ti. Te pediremos nos ayudes en la adquisición de las virtudes de que Dios quiere que nuestra alma esté adornada, en los combates que hemos de sostener contra nuestro enemigo, en los sacrificios a que estamos tan frecuentemente llamados a hacer. Haznos dignos de ser llamados hijos tuyos, ¡oh Padre de los fieles! Pero tu poder soberano no sólo se ejerce en interés de la vida futura, la experiencia de cada día nos muestra cuán poderoso es tu crédito para obtenernos la protección celestial aun en las cosas temporales, cuando nuestros deseos no son contrarios a los designios de Dios. Nos atrevemos, pues, a poner en tus manos todos nuestros intereses de este mundo, nuestras esperanzas, nuestros deseos y nuestros temores. Te fué confiado el cuidado de la casa de Nazaret; dígnate ser el consejo y el socorro de todos los que ponen en tus manos sus negocios temporales.

Augusto jefe de la sagrada Familia, la familia cristiana está puesta bajo tu especial protección; vela por ella en nuestros desgraciados

tiempos. Responde favorablemente a aquellos y a aquellas que se dirigen a ti, en los momentos solemnes para ellos, en que se trata de escoger una ayuda con la que atraviesen esta vida y preparen el viaje para otra mejor. Mantén entre los esposos la dignidad y el respeto mutuo que son la salvaguardia del honor conyugal; obténles la fecundidad, prenda de las bendiciones celestiales. Que tus clientes, oh José, tengan horror a esos cálculos infames que manchan lo que tiene de más santo, atraen la maldición divina sobre las razas y amenazan a la sociedad con una ruina moral y material a la vez. Disipa esos prejuicios tan vergonzosos como culpables, haz que sea de nuevo honrada la santa continencia de la cual las esposas cristianas deben siempre conservar la estima, y a la cual están obligados a rendir homenaje frecuente, so pena de semejar a esos paganos de que habla el Apóstol, "que no siguen más que sus apetitos, porque ignoran a Dios". *(I Thess,.* IV, 5.)

Otra plegaria todavía, ¡oh glorioso José! Hay en nuestra vida un momento supremo, momento que decide todo para la eternidad: es el de nuestra muerte. Nos sentimos, sin embargo, inclinados a mirarle con menos inquietud cuando nos acordamos que la bondad divina le ha hecho uno de los principales objetos de tu soberano poder. Has sido investido del oficio misericordioso de facilitar al cristiano que recurre a ti

el paso del tiempo a la eternidad. A ti, oh José, debemos dirigirnos para conseguir una buena muerte.

Esta prerogativa te era debida, a ti cuya dichosa muerte, entre los brazos de Jesús y María, causó la admiración del cielo y fué uno de los más sublimes espectáculos que ha ofrecido la tierra. Sé, pues, nuestra ayuda, oh José, en este solemne y último instante de nuestra vida terrestre. Confiamos en María, a quien suplicamos cada día nos sea propicia en la hora de nuestra muerte; pero sabemos que María se complace de la confianza que ponemos en ti, y que donde tú estás, ella se digna estar también.

Fortificados con la esperanza en tu paternal bondad, oh José, esperaremos con tranquilidad esta hora decisiva; pues sabemos que si somos fieles en recomendártela, tu ayuda nos está asegurada.

JUEVES

DE LA TERCERA SEMANA DESPUES DE PASCUA

La Iglesia, sociedad visible. — La Iglesia que ha edificado el Salvador y que conserva con su mano divina ¿es solamente la sociedad de los espíritus que poseen y de los corazones que aman la verdad descendida del cielo? ¿Se la ha definido con acierto, cuando se la ha llamado so-

ciedad espiritual? No ciertamente; pues sabemos que deberá extenderse y que se ha extendido de hecho en el mundo entero. Pues ¿cómo hubieran podido tener lugar esos progresos, cómo hubieran podido extenderse esas conquistas, si la sociedad fundada por el Redentor no hubiese sido exterior y visible, al mismo tiempo que espiritual? Las almas no se comunican sino por medio de los cuerpos.

"La fe entra por el oído, dice el Apóstol; ¿pues, cómo oirán si no se les predica? *(Rom.,* X, 17, 14). Cuando Jesús resucitado dice a sus Apóstoles: "Id, enseñad a todas las naciones" *(S. Matth.,* XXVIII, 19), indica con claridad que la palabra deberá sonar al oído y que hará en el mundo un ruido tal que será oído tanto por los que se entreguen a esta palabra, como por los que la desdeñen. ¿Tiene esta palabra el derecho de circular tan libremente, sin pedir permiso a los poderes de la tierra? ¿Quién osará negar que tiene ese derecho? El Hijo de Dios dijo: "Id, y enseñad a todas las naciones"; debe ser obedecido; y la palabra de Dios confiada a sus enviados no podría permanecer encadenada." *(II Tim.,* II, 9.)

LOS DERECHOS DE LA IGLESIA. — Héla aquí pues declarada libre, esta palabra exterior, y en su libertad engendra numerosos discípulos. Esos discípulos, permanecerán separados los unos de

los otros? ¿No se agruparán alrededor de su apóstol para escucharle? ¿No se sentirán hermanos y miembros de una misma familia? Entonces, es preciso que se reúnan; y de repente aparece el pueblo nuevo, visible a todas las miradas.

Así debía ser; pues si este pueblo que debe absorver a los demás no atrajese las miradas, sus destinos no se cumplirían. Pero es preciso que este pueblo adquiera edificios, templos, etc... Va pues a levantar casas de predicación y de oración. El extranjero, a la vista de estos nuevos santuarios, se pregunta. ¿Qué es esto? ¿De dónde vienen esos hombres, que no rezan ya con sus conciudadanos? ¿No se la considerará nación dentro de nación? El extranjero tiene razón; es una nación dentro de la nación, hasta que la nación misma haya pasado toda entera a las filas de ese pueblo nuevo.

Las necesidades de toda sociedad exigen que tenga sus leyes, como tiene su jerarquía; la Iglesia mostrará pues a los ojos de todo el mundo los signos de un gobierno interior cuyos efectos se manifiesten al exterior. Son las fiestas, las solemnidades cuya pompa revela a un gran pueblo, con sus reglamentos rituales que forman entre los miembros de la sociedad un lazo visible tanto dentro como fuera del templo; mandamientos, órdenes emanadas de los diversos grados de la jerarquía, que las promulgan y han de reclamar su obediencia; instituciones, cor-

poraciones que se mueven en el seno de la sociedad y que la ayudan y dan esplendor; todo, en fin, hasta las leyes penales contra los delincuentes y los refractarios.

Mas no basta a la Iglesia tener lugares de reunión para las asambleas de sus fieles; es preciso que se provea al mantenimiento de sus ministros, a los gastos del culto que da a Dios y a las necesidades de sus miembros indigentes. Por eso, la vemos que, secundada por la generosidad de sus hijos, toma posesión de ciertas partes del suelo, que por el mero hecho quedan consagradas por razón de su destino, y a causa de la dignidad sobrehumana de la que las posee. Más aún, cuando los príncipes, cansados de oponerse vanamente al progreso de la Iglesia, pidan ellos mismos formar parte de ella, será necesario que el Pastor supremo no esté sujeto a ningún rey temporal, y que él mismo sea rey. La sociedad cristiana acoge con aplauso este coronamiento de la obra de Cristo, a quien "todo poder fué dado en el cielo y en la tierra" y que debe un día reinar temporalmente en su Vicario.

Tal es, pues, la Iglesia: sociedad espiritual, pero exterior y visible, lo mismo que el hombre, espiritual en cuanto a su alma, pertenece a la naturaleza física por su cuerpo que forma parte esencial de sí mismo. El cristiano amará, pues, a la Santa Iglesia tal como Dios la ha querido, y tendrá horror a ese falso e hipócrita espiritua-

lismo que para derribar la obra de Cristo, pretende arrinconar a la religión en el puro dominio del espíritu. No podemos aceptar este destino. El Verbo divino se revistió de nuestra carne; se dejó "ver, oír y tocar" *(I S. Juan,* 11); y dirigiéndose a los hombres, les organizó en una Iglesia visible, que habla y es palpable. Somos un vasto estado; tenemos nuestro monarca, nuestros magistrados, nuestros conciudadanos, y debemos estar prestos a dar nuestra vida por esta patria sobrenatural, cuya dignidad se eleva tan por encima de la patria terrenal como el cielo lo está por encima de la tierra.

Las persecuciones de la Iglesia. — Satanás, envidioso de esta patria que debe conducirnos a aquella de la cual está él excluído, en el curso de los siglos no ha desperdiciado ocasión para derribarla. Por de pronto, ha atacado la libertad de la palabra sagrada qúe engendra a los miembros de la Iglesia: "Os prohibimos—decían sus primeros representantes—hablar en adelante de ese Jesús." *(Act.,* IV, 18.) La estratagema es hábil; y si no ha tenido éxito, si la predicación cristiana se ha abierto paso, a pesar de todo, no ha sido porque el enemigo no la haya aplicado hasta nuestros tiempos en la medida que le ha sido posible. Las asambleas de los cristianos despertaron muy pronto las persecuciones del poder mundano. La violencia intentó dispersarlas;

a menudo hemos quedado reducidos a buscar los antros y los bosques, a escoger las horas de la noche para celebrar los Misterios luminosos, para cantar los esplendores del divino Sol de justicia. ¡Cuántas veces, nuestros templos más amados, monumentos piadosos, consagrados por los más caros recuerdos, han cubierto la tierra con sus ruinas! Satanás quiso borrar hasta las huellas del dominio de su vencedor.

¡A qué tiránicas envidias han dado lugar, las leyes que la Iglesia promulga para sus fieles, y las relaciones de sus Pastores entre sí y con su Jefe! Se ha querido despojar a la sociedad de los cristianos hasta el derecho de gobernarse a sí misma; hombres serviles han ayudado a las gentes del César a encadenar a la Esposa del Hijo de Dios. Sus bienes temporales tentaron también la avaricia de los poderes del mundo; la procuraban la independencia; y luego se los arrebataban, a fin de que quedase en situación precaria: atentado que nuestras sociedades políticas expían cruelmente cada día.

Sin embargo, circulan los más odiosos errores: la idea de una Iglesia completamente espiritual, de una Iglesia que no debe ser visible, o a menos, que no consienta en llegar a ser uno de los resortes del gobierno nacional, esta idea impía y absurda, encuentra numerosos partidarios. En cuanto a nosotros, no olvidaremos los innumerables mártires que dieron su sangre pa-

ra mantener y asegurar a la Iglesia de Jesucristo su calidad de sociedad pública, exterior, independiente de todo yugo humano, en una palabra, completa en sí misma. Puede ser que nosotros seamos los últimos herederos de la promesa; mayor razón para proclamar hasta el fin, los derechos de la que Jesús se ha tomado por Esposa, a la cual ha conferido el imperio de este mundo que ha sido conservado sólo por ella, y que se derrumbará el día en que desaparezca.

VIERNES

DE LA TERCERA SEMANA DESPUES DE PASCUA

AGRADECIMIENTO PARA CON LA IGLESIA. — Iglesia de Jesús, prometida por él a la tierra en los días de su vida mortal, salida de su costado abierto por la lanza sobre la cruz, ordenada y perfeccionada por él en las últimas horas de su estancia en la tierra, te saludamos con amor como a nuestra Madre común. Eres la Esposa de nuestro Redentor, y tú nos has engendrado en él. Eres la que nos has dado la vida en el Bautismo; eres la que nos iluminas con la Palabra que produce en nosotros la luz; eres la que nos administras los socorros, por medio de los cuales nuestra peregrinación terrestre debe conducirnos al cielo; tú, en fin, la que nos gobiernas en orden a la salvación con tus santos mandamientos.

En tu seno maternal, oh Iglesia, estamos seguros, no tenemos nada que temer. ¿Qué puede contra nosotros el error? "Eres la columna y el apoyo de la verdad sobre la tierra." *(I Tim.,* III, 13.) ¿Qué nos pueden hacer las persecuciones de la patria terrena? Sabemos que aunque todo falte, tú no puedes faltar. En estos mismos días, Jesús dijo a sus Apóstoles y en ellos a sus sucesores: "He aquí que estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos." *(S. Matth.,* XXVIII, 20.) ¡Qué prenda de duración, oh Iglesia! La historia entera de la humanidad es testigo de si te ha fallado alguna vez en diez y nueve siglos. Mil veces han rugido las puertas del infierno; pero no han prevalecido contra ti una sola hora.

Oh Iglesia, estando fundada en Cristo tu Esposo, nos haces participar de la divina inmutabilidad que has recibido. Estando apoyados en ti, no existe para nosotros verdad alguna que nuestro ojo, purificado por la fe, no pueda penetrar, ni bien alguno que, a pesar de nuestra debilidad, no podamos realizar, ni esperanza por infinita que sea, cuyo objeto no seamos capaces de poseer.

Nos tienes en tus brazos, y desde la altura a que nos elevas, descubrimos los misterios del tiempo y los secretos de la eternidad. Nuestra mirada te sigue con admiración, ya te considere militante sobre la tierra, ya te encuentre pacien-

te en tus miembros queridos, en la morada temporal de la expiación, ya, en fin, te descubra triunfante en los cielos: contemporánea nuestra en el tiempo, eres, por una parte de ti misma, heredera de la eternidad. ¡Madre nuestra, guárdanos contigo, guárdanos siempre en ti, que eres la amada del Esposo! ¿A quién iríamos sino sólo a ti, a quien ha confiado él las palabras de vida eterna?

INGRATITUD PARA CON LA IGLESIA. — ¡Qué dignos de lástima son, los que no te conocen, oh Iglesia! Sabemos sin embargo, que si buscan a Dios en el fondo de su corazón, te conocerán un día. ¡Qué dignos de lástima son los que te han conocido y que te niegan por su orgullo y por su ingratitud! Pero no acontece a nadie esa desgracia si no ha extinguido voluntariamente en sí la luz. ¡Qué dignos de lástima son los que te conocen y viven de tu sustancia maternal, y con todo eso se unen a tus enemigos para insultarte y traicionarte! Ligeros de cabeza, confiados en sí mismos, arrastrados por la audacia de su siglo, se diría que te consideran ya como una institución humana, y osan juzgarte, para absolverte o condenarte, según parezca conveniente a su sabiduría.

En lugar de reverenciar, oh Iglesia, todo lo que has enseñado sobre ti misma y sobre tus derechos, todo lo que has ordenado, regulado, prac-

ticado, ocurre que, sin querer romper el lazo que les une contigo, se atreven a confrontar tu palabra y tus actos con las ideas de un supuesto progreso. En este mundo que te ha sido dado en herencia, estos hijos insolentes se permiten señalarte tu parte.

En adelante, estarás bajo su tutela, Madre del género humano regenerado. De ellos aprenderás en adelante lo que conviene a tu ministerio aquí abajo. Hombres sin Dios y adoradores de lo que ellos llamaban los derechos del hombre, osaran hace ya más de un siglo, expulsarte de la sociedad política, que tú habías mantenido hasta entonces en relaciones con su divino autor. Para satisfacer hoy a sus imprudentes discípulos, te es preciso negar todos los monumentos de tus derechos públicos, y resignarte al papel de extranjera. Hasta aquí ejercías los derechos que has recibido del Hijo de Dios sobre las almas y sobre los cuerpos; ahora te es preciso aceptar, en lugar de tu realeza, la libertad común que una ley de progreso asegura lo mismo al error como a la verdad.

La adhesión a la Iglesia. — ¡Oh Iglesia!, no tratamos de disfrazarte, sino de confesarte. Tú eres uno de los artículos de nuestro Símbolo: "Creo en la Santa Iglesia católica." Hace veinte siglos que los cristianos te conocen; saben que no marchas al capricho de los hombres. A ellos

toca aceptarte tal como Jesús te hizo: signo de contradicción como a ellos el instruirse por tus reclamaciones, tus protestas, y no el reformarte sobre un nuevo tipo. Sólo una mano divina puede obrar este prodigio.

¡Qué bueno es, oh Iglesia, compartir tu suerte! En un siglo que ha dejado de ser cristiano, te has hecho impopular. Ya lo fuiste largo tiempo en los siglos pasados; y tus hijos no eran dignos de pertenecerte sino con la condición de temer comprometerse por ti. Han llegado de nuevo estos tiempos. No queremos separar nuestra causa de la tuya; te confesaremos siempre como nuestra Madre inmutable, superior a todo lo que pasa, y prosiguiendo tus destinos a través de siglos de gloria y de persecución, hasta que haya sonado la hora en que esta tierra que fué creada para ser tu dominio, te vea subir a los cielos, y huir de un mundo condenado a perecer sin remedio por haberte desconocido y puesto fuera de la ley.

SABADO

DE LA TERCERA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

El Sábado nos recuerda a María; pero venerando las grandezas de la Madre de Dios, no perdemos de vista por eso, a la Santa Iglesia que fué, esta semana, objeto de nuestras contempla-

ciones. Consideremos hoy las relaciones de María con la Iglesia de su Hijo; esta mirada nos descubrirá nuevos aspectos sobre las dos Madres del género humano.

JESÚS Y SU MADRE. — Antes de que el Hombre-Dios entrase en posesión de la Iglesia que debía ser inaugurada ante todas las naciones en el día de Pentecostés; había preludiado esta posesión real uniéndose a aquella que merece, por encima de todo, ser llamada la Madre y la representante del género humano. Formada de la sangre más noble de nuestra raza, de la sangre de David, de Abrahán y de Sem, pura en su origen como lo fueron nuestros primeros padres al salir de las manos de su creador, destinada a la suerte más sublime que puede Dios elevar a una simple creatura, María fué sobre la tierra la cooperadora del Verbo encarnado, la Madre de los vivientes. En su persona, fué lo que la Iglesia ha sido después colectivamente. Su papel de Madre de Dios sobrepasa, sin duda, en dignidad a todas sus grandezas; pero no debemos por eso cerrar los ojos a las otras maravillas que brillan en ella.

María fué la primera creatura que respondió plenamente a la voluntad del Hijo de Dios descendido del cielo. En ella encontró la más viva fe, la más firme esperanza, el amor más ardiente. Jamás la naturaleza humana completada por

la gracia había ofrecido a Dios un objeto de posesión tan digno de él.

Mientras esperaba celebrar su unión con el género humano en calidad de Pastor, fué Pastor de esta única oveja, cuyos méritos y dignidad sobrepasan, con mucho, a los de la humanidad entera, aunque se hubiese mostrado en todo y siempre fiel a Dios.

María ocupó pues el lugar de la Iglesia cristiana, antes de que naciese ésta. En ella el Hijo de Dios, encontró, no solamente una Madre, sino la adoradora de su divinidad desde el primer instante de la Encarnación. Hemos visto, el Sábado santo, cómo la fe de María sobrevivió a la prueba del Calvario y del Sepulcro, cómo esta fe que no vaciló un instante conservó sobre la tierra la luz que no debía extinguirse y que pronto iba a ser confiada a la Iglesia colectiva encargada de conquistar todas las naciones para el divino Pastor.

No entraba en los planes del Hijo de Dios el que su santa Madre ejerciese el apostolado exterior, al menos más allá de un cierto límite; por otra parte no debía dejarla aquí abajo hasta el fin de los tiempos; pues así como, después de su Ascensión, asoció su Iglesia a todo lo que obra por sus elegidos, así quiso él, durante su vida mortal, que María tomase parte con él en todas las obras que ejecutaba para la salvación del género humano. Aquella cuyo consentimiento

formal había sido requerido antes de que el Verbo eterno se hiciese hombre en ella, se encontró, como hemos visto, al pie de la cruz, con el fin de ofrecer como creatura al que se ofrecía como Dios Redentor.

El sacrificio de la Madre se confundió con el sacrificio del hijo, que lo elevó a un grado de mérito que nuestro pensamiento mortal no podía comprender. Así, aunque en una medida inferior, la Iglesia se une a ella en una misma oblación con su Esposo divino en el sacrificio del altar. Hasta que la maternidad de la Iglesia que iba a nacer fuese proclamada, María recibió de lo alto de la cruz la investidura de Madre de los hombres; y cuando la lanza vino a abrir el costado de Jesús, para dar paso a la Iglesia que procede del agua y de la sangre de la redención, María estaba de pie para acoger en sus brazos a esta futura madre que ella había representado con tanta plenitud hasta entonces.

MARÍA Y LA IGLESIA.—Dentro de pocos días contemplaremos a María en el Cenáculo, completamente abrasada del fuego del Espíritu Santo, y tendremos que exponer su misión en la Iglesia primitiva.

Detengámonos aquí hoy; pero al acabar echemos una última mirada sobre nuestras dos Madres, cuyas relaciones son tan íntimas, por desigual que sea la dignidad de la una y de la otra.

Nuestra Madre de los cielos, que es al mismo tiempo la Madre del Hijo de Dios, se considera estrechamente unida a nuestra Madre de la tierra, y no cesa de difundir sobre ella sus celestiales influencias. Si en su esfera militante triunfa ésta, es el brazo de María quien le asegura la victoria; si la tribulación la oprime, es con el socorro de María con que sostiene la prueba. Los hijos de la una son los hijos de la otra, y las dos los engendran: una, que es "Madre de la divina gracia", por su oración todo-poderosa; la otra por la palabra y por el Santo Bautismo. Al salir de este mundo, si nuestras faltas mereciesen que la visión de Dios fuera retardada para nosotros, y que nos sea preciso descender al lugar donde las almas se purifican, los sufragios de nuestra Madre de la tierra nos acompañan y vienen a suavizar nuestros dolores; pero la sonrisa de nuestra Madre del cielo tiene más virtud aún para consolar y abreviar la rigurosa expiación que hemos merecido. En el cielo, el brillo con que resplandece la Iglesia glorificada hace saltar de admiración y de dicha a los elegidos, que la han dejado luchando aún sobre la tierra en que les engendró; pero sus ojos deslumbrados se fijan aún con más éxtasis y ternura sobre esta primera Madre que fué su estrella en las tempestades que, desde lo alto de su trono, no dejó de siguirles con su mirada previsora, les proporcionó con solicitud, los socorros que les han con-

ducido a la salvación, y les abre para siempre esos brazos maternales sobre los cuales llevó en otro tiempo a "ese Primogénito". *(S. Luc.,* II, 7) cuyos hermanos y coherederos somos.

TERCER DOMINGO DESPUES DE PASCUA

LA DIGNIDAD DEL PUEBLO CRISTIANO. — Nada más grande ni más elevado sobre la tierra que los Príncipes de la Santa Iglesia, que los Pastores establecidos por el Hijo de Dios, y cuya sucesión durará tanto como el mundo; pero no creamos que los súbditos de este vasto imperio que se llama Iglesia no tengan también su dignidad y su grandeza. El pueblo cristiano, en el seno del cual se confunden, en una igualdad completa, el príncipe y el simple particular, sobrepuja en esplendor y en valor moral a todo el resto de la humanidad.

Penetra por doquiera que se extienda la verdadera civilización; pues lleva por todas partes la verdadera noción de Dios y del fin sobrenatural del hombre. Ante él la barbarie retrocede, las instituciones paganas, por antiguas que sean, se borran; y hasta vió un día a la civilización griega y romana rendirle armas, y al derecho cristiano emanado del Evangelio sobreponerse

por sí mismo al derecho de los pueblos gentiles. Numerosos hechos han mostrado la superioridad que el bautismo imprime a las razas cristianas; porque sería irracional el pretender encontrar la causa primera de esta superioridad en nuestra civilización, puesto que esta misma civilización no ha sido más que el producto del bautismo.

La unidad de fe. — Pero si la grandeza del pueblo cristiano es tal que ejerce su prestigio exterior hasta sobre los mismos infieles ¿qué diremos de la que la fe nos revela en él? El Apóstol San Pedro, el Pastor universal en cuyas manos acabamos de ver al divino Pastor depositar las llaves, definió así al rebaño a quien está encargado apacentar: "Vosotros sois, les dijo, la raza escogida, el sacerdocio real, la nación santa, el pueblo escogido, encargado de publicar las grandezas de Aquel que os ha llamado del seno de las tinieblas a su admirable luz." *(I S. Pedro,* 11, 9.)

En efecto, en el seno de ese pueblo se conserva la verdad divina, que no podía extinguirse en él. Cuando la autoridad docente debe proclamar, en su infalibilidad, una decisión solemne en materia de doctrina, hace primero una llamada a la fe del pueblo cristiano y la sentencia declara inviolable lo que ha sido creído "en todos los lugares, en todos los tiempos y por todos". *(S. Vicente de Lerius, "commonitorium".)* En el pueblo

cristiano reside este principio admirable de fraternidad de las inteligencias, en cuya virtud encontráis la misma creencia en las razas más diversas, por más hostiles que sean las unas para con las otras; en lo referente a la fe y a la sumisión a los Pastores, no hay más que un solo pueblo. En el seno de este pueblo florecen las más perfectas las virtudes y a veces las más heroicas; pues es el depositario, en gran parte, del elemento de santidad que Jesús ha derramado con su gracia en la naturaleza humana.

El testimonio del amor. — Ved también con qué amor le protegen y le honran los Pastores. En todos los grados de la jerarquía va unido el deber de dar su vida por el rebaño. Este sacrificio del Pastor por sus ovejas no es verdadero heroísmo; es deber estricto. ¡Vergüenza y maldición aquel que retrocede!, el Redentor le señala con el nombre de mercenario. Pero también, ¡qué bello y qué innumerable este ejército de Pastores que, desde hace diez y nueve siglos, han dado su vida por el rebaño! No hay una página de los anales de la Iglesia en que no resplandezcan sus nombres, desde el de Pedro, crucificado como su Maestro, hasta los de esos Obispos de Cochinchina, de Tonkín, de Rusia y de España cuyos recientes martirios han venido a advertirnos que el Pastor no ha cesado de considerarse como víctima por el rebaño. Veamos también cómo antes de

confiar sus corderos y sus ovejas a Pedro, Jesús quiere ante todo asegurarse si le ama más que los otros. Si Pedro ama a su Maestro, amará a las ovejas de su Maestro, y sabrá amarlas hasta dar su vida por ellas. Es la advertencia que le da el Salvador que, después de haberle confiado el rebaño entero, termina prediciéndole el martirio. ¡Dichoso pueblo aquel cuyos jefes no ejercen el poder más que a condición de estar prestos a derramar por él toda su sangre!

LAS SEÑALES DE RESPETO. — ¡Con qué respeto y qué consideración tratan los Pastores a estos rebaños de su Maestro! Si una de ellas llega a señalar en su vida los caracteres que denotan la santidad, hasta el punto de merecer ser propuesta a la sociedad cristiana como modelo y como intercesor, veréis entonces, no solamente al Sacerdote cuya palabra trae al Hijo de Dios al altar, no solamente al Obispo cuyas manos sagradas tienen el báculo pastoral, sino al Vicario mismo de Cristo, humildemente arrodillados ante el sepulcro en que la imagen del servidor o de la sierva de Dios por humilde que haya sido su rango, por débil que haya sido su sexo sobre la tierra. El sacerdocio jerárquico testificará este respeto por las ovejas de Cristo, aún con niño bautizado cuya lengua no se ha desatado aún, que no es contado en el Estado entre los ciudadanos, que tal vez antes de acabar el día sería ajado como la

flor de los campos. El Pastor reconoce en él a un miembro digno del honor de pertenecer a ese cuerpo de Jesucristo que es la Iglesia, un ser colmado de dones sublimes que hacen de él el objeto de las complacencias del cielo y la bendición de todos los que le rodean. Cuando el templo santo ha reunido la asamblea de fieles y el incienso se ha quemado sobre la oblata y alrededor del altar, el celebrante que ofrece el Sacrificio recibe el homenaje de este perfume misterioso que honra en él al representante de Cristo; el colegio sacerdotal ve avanzar enseguida hacia sí al turiferario, que viene a rendir honor a los que están señalados por el carácter sagrado; pero el incienso no se detiene en el santuario.

He aquí que el turiferario viene a colocarse en frente del pueblo fiel, y le concede en nombre de la Iglesia este mismo homenaje que hemos visto tributar al Pontífice y a los sacerdotes; pues el pueblo fiel está también en Cristo. Más aún, cuando el despojo mortal del cristiano, aunque haya sido el más pobre entre sus hermanos, es traído a la casa de Dios para recibir las honras fúnebres, esas mismas honras fúnebres son un homenaje. El incensario recorre aún sus miembros inanimados; hasta tal punto la Iglesia trata de reconocer y de honrar hasta el último momento el carácter divino que la fe le hace ver hasta en el más humilde de sus hijos. ¡Oh pueblo cristiano! ¡qué justo es decir de ti, y con mu-

cha más razón, lo que Moisés decía de su Israel: "No, no hay nación tan grande y tan colmada de honor!" *(Deut.,* IV, 7.)

El Tercer Domingo después de Pascua lleva, en la Iglesia griega, el nombre de "Domingo del Paralítico", porque se celebra de un modo particular la conmemoración del milagro que nuestro Señor obró en la Piscina Probática.

MISA

El Introito es un himno triunfal que invita a toda la Creación a la alegría y a la acción de gracias.

INTROITO

Canta jubilosa a Dios, tierra toda, aleluya: decid un salmo a su nombre, aleluya: glorificad su alabanza, aleluya, aleluya, aleluya. — *Salmo:* Decid a Dios: ¡Cuán terribles son tus obras, Señor! En la grandeza de tu poder se engañarán tus enemigos. ℣. Gloria al Padre.

La Colecta recuerda la alta dignidad de la vocación cristiana. La Eucaristía sacrificio-sacramento nos obtendrá la gracia de ser fieles rechazando todo lo que es contrario a nuestro bautismo y practicando lo que le es conforme.

COLECTA

Oh Dios, que muestras, a los que yerran, la luz de tu verdad, para que puedan tornar al camino de la jus-

ticia: da, a todos los que hacen profesión de cristianos, la gracia de rechazar lo que se opone a ese nombre, y de seguir lo que concuerda con él. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pedro.

Carísimos: Os ruego que, como extranjeros y peregrinos, os abstengáis de los deseos carnales, que militan contra el alma, viviendo honradamente entre las gentes: para que, ya que os consideran como malhechores, al ver vuestras buenas obras, glorifiquen a Dios el día de la visitación. Estad, pues, sumisos a toda criatura humana por Dios: ya al rey, como jefe: ya a los caudillos, como enviados por él para castigo de los malhechores y alabanza de los buenos: porque es voluntad de Dios que, obrando el bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres imprudentes: (obrad) como libres, y no como teniendo la libertad por velo de la malicia, sino como siervos de Dios. Honrad a todos: amad la fraternidad: temed a Dios: Honrad al rey. Siervos, someteos con todo temor a los amos, no sólo a los buenos y modestos, sino también a los díscolos. Porque esto es lo grato (a Dios), en nuestro Señor Jesucristo.

Los deberes del cristiano. — "El deber de santificarse se resuelve en las obligaciones concretas y adaptadas a la situación social actual de cada uno. La razón de insistir es la formulada por S. Pedro: el cristiano es como extraño y peregrino en el mundo no conquistado para el Evangelio. Es preciso luchar contra las fuerzas del pecado que se insinúan hasta en nosotros mismos, y guardar, en medio de los gentiles que

se abandonan, a él, una conducta ejemplar digna de respeto y estima.

"Este apostolado del buen ejemplo dicta, desde luego, a los cristianos su actitud "frente" a las instituciones humanas... su deber social se resume en cuatro frases cortas que son otras tantas normas directrices de la vida: 1.° tratar a todos los hombres con el respeto debido a su dignidad de hombres: 2.° amar a los que son nuestros hermanos en la fe: 3.° temer a Dios con ese temor que es el principio de la verdadera sabiduría y el contra-peso de la orgullosa confianza en sí: 4.° reverenciar la autoridad real dando al César lo que es del César.

"En fin, el pensamiento de la fe hará que los sirvientes respeten y obedezcan a sus señores, y esta obediencia cristiana les hará merecedores del favor divino." *(A. Charue, "Las Epístolas Católicas"*, p. 455.)

Realizaremos este ideal del cristiano gracias a la Redención siempre presente en el altar. Cada día nos recordará ella que el cristiano, siendo otro Cristo, debe sufrir como El para entrar en la gloria, y ella nos dará fuerzas para semejarnos a El.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. ℣. El Señor envió la redención a su pueblo.

Aleluya. ℣. Convenía que Cristo sufriera, y resucitara de entre los muertos: y entrara así en su gloría. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Un poco, y ya no me veréis: y otro poco, y me veréis: porque voy al Padre. Dijéronse entonces los discípulos entre sí: ¿Qué es eso que nos dice: Un poco, y no me veréis: y otro poco, y me veréis, y: Porque voy al Padre? Dijeron, pues: ¿Qué es eso que nos dice: Un poco? No sabemos lo que habla. Y conoció Jesús que querían preguntarle, y díjoles: ¿Preguntáis entre vosotros qué es lo que dije: Un poco, y no me veréis y otro poco, y me veréis? En verdad, en verdad os digo: Que lloraréis y gemiréis vosotros, pero el mundo se gozará; y vosotros os contristaréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer, cuando pare, tiene tristeza, porque llega su hora; pero, cuando ha parido al niño, ya no se acuerda del apuro, por el gozo de haber nacido un hombre en el mundo. También vosotros tenéis ciertamente tristeza ahora, pero os veré otra vez, y se gozará vuestro corazón: y nadie os quitará vuestro gozo.

CONFIANZA EN LA PRUEBA. — "El Señor debía alejarse; pero sus palabras parecían contradictorias a los Apóstoles. ¿Cómo iba a estar al mismo tiempo con su Padre y con ellos? Jesús, que leía los pensamientos (en las almas), comprendió la ansiedad de los suyos. Sin duda, al hablar así, pensaba en el alejamiento momentáneo de la pasión y en la alegría de la Resurrección. Pero esta desaparición y esta vuelta eran, a a sus ojos, el símbolo de otra vuelta; la partida hacia su Padre, en la Ascensión, y la reunión con sus discípulos, en la eternidad. Mientras

tanto, los discípulos tendrán que trabajar y sembrar en las lágrimas, en ausencia de su Maestro. ¿Qué importa la tribulación de los tiempos? No pensaremos en ella cuando el hombre nuevo se haya entregado a Dios, cuando la Iglesia alabe a Dios, cuando el nuevo Adán aparezca delante del Padre con la posteridad que habrá germinado de su sangre. No hay cosa mejor para darse de lleno, que seguir las perspectivas que nos abre el Salvador. Ahora momentos de angustia, después la alegría sin fin, cuya plenitud colmará nuestros deseos y nuestra inteligencia. Ningún poder creado es capaz de arrebatárnosla *(D. Delatte,* Evangile de N. S. J. C. t. II, p. 277).

El Ofertorio es un grito de alabanza y de alegría, de la alegría encontrada en el sacrificio.

OFERTORIO

Alaba, alma mía, al Señor: alabaré al Señor en mi vida: salmearé a mi Dios mientras viva, aleluya.

La Secreta nos recuerda que el fruto de la Eucaristía será desprendernos de la tierra y elevarnos hacia el cielo.

SECRETA

Haz, Señor, que nos sea dado en estos Misterios aquello con que, mitigando los deseos terrenos, aprendamos a amar los celestes. Por el Señor.

La Comunión nos hace oír el anuncio de la partida y de la vuelta de Cristo. Los santos mis-

terios nos preparan para recibir al Señor cuando viniere.

COMUNION

Un poco, y no me veréis, aleluya: otro poco, y me veréis, porque voy al Padre, aleluya, aleluya.

Entretanto, la Eucaristía es el reconfortamiento y la salvaguardia de los peregrinos en camino hacia el cielo.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, hagas que, los Sacramentos que hemos recibido, nos restauren con alimentos espirituales, y nos protejan con corporales auxilios. Por el Señor.

LUNES

DE LA CUARTA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

La Revelación. — Jesús resucitado no se limita a constituir su Iglesia, a establecer la jerarquía que debe regirla en su nombre hasta la consumación de los siglos; confía al mismo tiempo a sus discípulos su divina palabra, las verdades que vino a revelar a la tierra, y cuyo conocimiento ha esbozado ante ellos durante los tres años que precedieron a su pasión. La palabra de Dios, que también llamamos Revelación, es, con la gracia el más precioso don que el cielo haya podido hacernos. Por la Palabra

de Dios conocemos los misterios de su divina esencia, el plan según el cual ha ordenado la creación, el fin sobrenatural que ha preparado para los seres inteligentes y libres, las consecuencias de la caída original, la obra de la reparación por la Encarnación del Verbo, en fin, los medios por los cuales debemos honrarle y servirle y lograr nuestro fin.

Dios, en el principio, hizo oír su palabra al hombre; más tarde habló por los Profetas; pero cuando llegó la plenitud de los tiempos, su propio Hijo descendió sobre la tierra para completar la primera revelación. Jesús no cesó de enseñar a los hombres durante tres años, y para hacer penetrar su doctrina en sus espíritus, se puso, por decirlo así, a su nivel. Nada más elevado, más divino, y al mismo tiempo, nada más familiar que su enseñanza; para facilitar su inteligencia, hizo uso frecuentemente de ingeniosas y sencillas parábolas en las cuales la imaginación ayudaba a comprenderlas a sus oyentes. Sus apóstoles y sus discípulos, destinados a recibir la herencia de su doctrina, fueron el objeto de una instrucción especial; pero hasta el cumplimiento de los misterios de la muerte y de la resurrección de su Maestro, no pudieron comprender gran cosa de lo que les decía.

Después de su resurrección, tomó de nuevo el trabajo de su iniciación. Su espíritu captaba mejor su enseñanza; en esos días en que se la da

con todo el ascendiente de su victoria sobre la muerte, en que su inteligencia se ha desarrollado a la luz de los acontecimientos sobrehumanos que ellos vieron cumplirse. Si cuando la última cena podía decirles: "Ya no os llamaré más mis siervos, sino mis amigos; pues todo lo que he aprendido de mi Padre, os lo he manifestado." *(S. Juan,* XV, 15.) ¿Cómo debe tratarlos hoy en que ha resumido ante sus ojos toda la suma de sus enseñanzas, que están en plena posesión de su palabra, y no esperan más que la venida del Espíritu Santo para confirmarla en su inteligencia y darles fuerza para proclamarla ante el mundo entero?

La Fe. — Palabra divina, revelación sagrada, que nos inicias en los secretos de Dios, que la razón no conoció nunca, nos inclinamos ante ti con reconocimiento y sumisión. Das principio a una virtud "sin la cual el hombre no podrá ser agradable a Dios" *(Heb.,* XI, 6), a una virtud por la cual comienza la obra de la salvación del hombre, y sin la que esta obra no podría ni continuarse ni concluirse. La fe es esta virtud, la fe que somete a la razón ante la divina Palabra; la fe que difunde más luz, desde el fondo de sus gloriosas tinieblas, que todas las especulaciones de la razón rodeadas de toda su evidencia. Esta virtud será el lazo íntimo de la nueva sociedad; para hacerse miembro, será preciso co-

menzar por creer; para continuar siendo miembro, será preciso no cesar un solo instante de creer. "El que crea", nos dirá luego Jesús en el momento de subir al cielo, "el que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea será condenado." (*S. Marc.*, XVI, 16.) A fin de expresar esta necesidad de la fe, los miembros de la nueva sociedad llevarán el bello nombre de "fieles" y se llamará "infieles" a los que no tienen la dicha de creer.

Siendo la fe el primer lazo que une sobrenaturalmente al hombre con Dios, lazo cuya ruptura entraña una separación completa, el que, después de haber disfrutado de este lazo, tenga la desgracia de romperlo rechazando la palabra divina para sustituirla por una doctrina contraria, habrá cometido el mayor de los crímenes. Se le llamará "hereje", es decir, "el que se separa"; y los fieles verán su ruina con terror. Aún cuando su ruptura con la palabra revelada no tuviera lugar más que sobre un solo artículo, cometería la más enorme blasfemia; porque o se separa de Dios como de un ser impostor, o declara que su razón engañosa tan débil y tan limitada, está por encima de la Verdad eterna e infinita.

El Racionalismo. — La herejía se mostrará durante muchos siglos, atacando y buscando alterar un dogma después de otro, pero en vano.

La revelación saldrá siempre más pura y más luminosa de estos redoblados asaltos. Pero llegará un tiempo, y este tiempo es el nuestro, en que la herejía no se ejercerá más sobre tal o cual artículo de fe, conservando los otros. Aparecerán hombres que proclamarán la independencia absoluta de la razón frente a toda revelación divina, declarada imposible; y este sistema impío se intitulará con el nombre soberbio de Racionalismo. Al decir de esos infieles, Jesucristo no existió, su Iglesia es una escuela de rebajamiento de la dignidad humana, y una ilusión diez y nueve siglos de civilización cristiana. Esos hombres que se dicen Filósofos quieren dominar en la sociedad humana. Sus libelos la habrían aniquilado si Dios no la hubiese ayudado, cumpliendo su promesa de no dejar perecer en el seno de la humanidad la Palabra revelada de la que la dotó, ni la Iglesia depositaria de esta divina Palabra hasta el último día.

El Naturalismo. — Otros, menos audaces, y no pudiendo cerrar los ojos a los hechos tan evidentes de la historia de la humanidad que atestiguan progreso tan visible, cuya fuente ha sido el cristianismo en el mundo, rechazando por otra parte el someter su razón a misterios intimados de lo alto, procuran de modo distinto borrar de este mundo el elemento de la fe. Persiguiendo toda creencia revelada, todo pro-

digio destinado a certificar la intervención divina, pretenden explicar por la marcha natural de los acontecimientos, todos los hechos que dan testimonio de la presencia de Dios aquí abajo. No insultan, desdeñan; según ellos, lo sobrenatural es inútil; se toman, dicen, las apariencias por realidades; poco les importan la historia y las leyes del sentido común. En nombre de su sistema que llaman Naturalismo, niegan lo que no pueden explicar, declaran que diez y nueve siglos se han engañado, y proclaman que el Creador no pudo violar las leyes de la naturaleza, lo mismo que los racionalistas sostienen que no existe nada que esté por encima de la razón.

¡Razón y Naturaleza!, débiles obstáculos para detener el amor del Hijo de Dios que viene en ayuda del hombre. A la razón la endereza y perfecciona por la fe; infringe las leyes de la Naturaleza, con su poder soberano, a fin de que abramos los ojos, y que nuestra fe no sea temeraria, sino apoyada en el testimonio divino que dan los milagros. Jesús resucitó verdaderamente; exulten la razón y la naturaleza, pues viene a elevar y santificar a ambas.

MARTES

DE LA CUARTA SEMANA DESPUES DE PASCUA

El Milagro. — La Palabra divina impone la fe a la creatura que le escucha; pero esta pala-

bra no se revela sin ir acompañada de todos los signos que demuestran su procedencia divina. Jesús no se llamó Hijo de Dios, sin probar que lo era verdaderamente; no exigió fe en su palabra sin garantizar esta palabra con un argumento irrefragable. Este argumento es el milagro: el milagro por el cual Dios se atestigua a sí mismo. Cuando el milagro tiene lugar, el hombre presta atención; pues sabe que sola la voluntad del Creador puede derrogar las leyes sobre las cuales se fundó la naturaleza. Si Dios declara su voluntad después del milagro, tiene derecho a la obediencia del hombre. Israel sintió que Dios le conducía, cuando la mar se abrió para darle paso, al extender Moisés su mano sobre las aguas.

Así, pues, Jesús "autor y consumador de nuestra fe", no exigió nuestra creencia en las verdades que venía a traernos sino después de testificar con milagros su misión divina. "Las obras que hago, decía, dan testimonio de mí; si no queréis creer en mí, creed en mis obras." *(San Juan,* V. 36-X. 38.)

¿Se quiere saber cuáles son las obras cuya sanción invoca de esta manera? Juan le envía a decir: "¿Sois vos el que debe venir, o debemos esperar a otro?" Como respuesta, Jesús dice a los enviados: "Id y decid a Juan lo que habéis visto y oído; los ciegos ven; los cojos andan; los leprosos son curados; los sordos oyen; los muer-

tos resucitan; los pobres son evangelizados." (*S. Luc.*, VII, 22.)

Tal es el motivo de nuestra fe. Jesús ha obrado como señor de la naturaleza, y después de mostrarse Hijo de Dios en sus obras, exigió que le reconociéramos por tal en sus palabras. ¡Oh, cuán "creíble es su testimonio"! (*Ps.* XCII). ¿En quién creeremos, si no creemos en El? ¡Y qué responsabilidad para los que se negaran a creer! Escuchémosle cuando habla a esos espíritus soberbios que a la vista de sus milagros no se han vuelto dóciles a sus enseñanzas: "Si no hubiese hecho yo—dice—en medio de ellos las obras que nunca hizo nadie, estarían sin pecado." (*S. Juan,* XV, 24.) Su incredulidad les perdió; pero esta incredulidad se hizo patente cuando, siendo testigos de los milagros obrados ante sus ojos, por ejemplo, la resurrección de Lázaro, renegaron al reconocer la divinidad del personaje que daba testimonio con tales obras.

EL TESTIMONIO DE LA HISTORIA. — Pero Jesús resucitado va a subir al cielo dentro de unos días; los milagros que obraba van a cesar en la tierra; su Palabra, objeto de nuestra fe, ¿quedará, pues ya sin su testimonio? No hay que pensarlo. ¿No sabemos que los monumentos de la historia cuando son ciertos y comprobados, aportan tanta luz a nuestro espíritu sobre los hechos que han acontecido lejos de nuestro tiempo,

como si esos hechos hubieran tenido lugar a nuestros ojos? ¿No es una de las leyes de nuestra inteligencia, uno de los fundamentos de nuestra certeza racional, asentir al testimonio de nuestros semejantes, cuando reconocemos con evidencia que no han sido ni engañadores ni engañados? Los prodigios realizados por Jesús, en confirmación de la doctrina que vino a imponer a nuestra creencia, llegarán hasta la última generación humana rodeados de una certeza superior a la que garantiza los hechos más incontestables de la historia, esos hechos sobre los cuales nadie se atrevería a dudar sin pasar por insensato. No habremos sido testigos de esas maravillas; pero ellas estarán de tal forma aseguradas, que la adhesión de nuestra fe seguirá con la misma certeza, con la misma docilidad, que si hubiésemos asistido a las escenas del Evangelio.

La perpetuidad del milagro. — No obstante, Jesús que nada estima tanto como la certeza de sus milagros, quiere hacer más aún en favor de nuestra fe de la que el milagro es la base. Va a perpetuar el milagro sobre la tierra por medio de sus discípulos, para que nuestra fe se fortalezca sin cesar en su divina fuente. En estos días que conmemoramos, rodeado de sus Apóstoles, les indica en estos términos su misión: "Id, les dice, por todo el mundo: predicad

el Evangelio a toda creatura. El que creyere y se bautizare se salvará; el que no creyere se condenará." *(S. Marc.,* XVI, 15.) ¿Pero esta fe, sobre qué se apoya? Ya lo hemos dicho; pero eso no es todo; escuchadlo enseguida: "Pues, he aquí, continúa Jesús, los prodigios que acompañarán a los que creyeren: En mi nombre arrojarán los demonios, hablarán nuevas lenguas; domarán las serpientes; si bebieren algún veneno, no sentirán sus efectos; impondrán las manos a los enfermos y los enfermos sanarán." *(San Marc.,* XVI, 17.) He aquí, pues, el poder de los milagros confiado a los discípulos de Jesús. Puestos para exigir la fe divina de los que les escucharen, están ya dotados de un poder sobre la naturaleza que les mostrará a los hombres como enviados del Todopoderoso. Su palabra no será ya desde ahora su palabra, sino la de Dios; serán los intermediarios entre el Verbo encarnado y los hombres; pero nuestra fe no se detendrá en ellos; se elevará hasta el que les envió y que les acredita ante nosotros por el medio del que se sirvió para acreditarse él mismo.

Eso no es aún todo. Pesad las palabras del Salvador y observad que el don de milagros que les otorga no se detiene en ellos. Sin duda, la historia está para asegurarnos que Jesús fué fiel a su compromiso, y que los Apóstoles, al reclamar la fe de los pueblos por los dogmas que les proponían, justificaron su misión con toda

suerte de prodigios; pero el divino resucitado prometió más. No dijo: "He aquí los prodigios que acompañarán a mis Apóstoles"; sino: "He aquí los prodigios que acompañarán a los que creyeren." Aseguraba a su Iglesia por estas palabras el don de los milagros hasta el fin; hacía de ese don uno de los principales caracteres, una de las bases de nuestra fe. Antes de su pasión, llegó hasta a decir: "El que creyere en mí, hará él mismo las obras que yo hago y mayores aún." *(San Juan,* XIV, 12.)

En estos días, pone a su Iglesia en posesión de esta noble prerrogativa; y desde entonces no deberíamos sorprendernos de ver a sus santos obrar alguna vez maravillas más asombrosas que las que obró él mismo. Se compromete a ello y empeñó su palabra. ¡Tanto estima, se mantenga, se nutra y fructifique en su Iglesia, la fe que procede del milagro! Lejos, pues, de todo hijo de la Iglesia el temor, el embarazo, o la indiferencia que muestran algunos, cuando encuentran un hecho milagroso. Una sola cosa ha de preocuparnos: el valor de los testigos. Si son sinceros y esclarecidos, el verdadero católico se inclina con alegría y reconocimiento; da gracias a Jesús que se dignó de acordarse de su promesa, y que vela desde lo alto del cielo por la conservación de la fe.

MIERCOLES

DE LA CUARTA SEMANA DESPUES DE PASCUA

La humildad y la fe ante la predicación apostólica. — Acabamos de oirlo: el Hijo de Dios al disponerse a ir a su Padre, dijo a sus Apóstoles: "Id, enseñad a todas las naciones; predicad el Evangelio a toda creatura." Así, las naciones no oirán la palabra inmediata del Hombre-Dios; nos hablará por medio de intérpretes. La gloria y la dicha de oírle a él mismo directamente fueron reservadas a Israel; y aún la predicación de Jesús no duró más que tres años. El impío ha dicho en su orgullo: "¿Porqué hombres entre Dios y yo?" Dios podría responderle: "¿Con qué derecho querías tú obligarme a que te hablase yo mismo, cuando tú puedes estar tan seguro de mi palabra como si la hubieses oído?" ¿Debía, pues, el Hijo de Dios permanecer en la tierra hasta el fin de los siglos, para conquistar la obediencia de nuestra razón a sus enseñanzas? El que mida la distancia que separa al Creador de la creatura se horrorizará de semejante blasfemia. "Si recibimos testimonio de los hombres, el testimonio de Dios ¿no es más digno aún de nuestro respeto?" *(S. Juan,* V, 9.) ¿Hay un testimonio humano como el de los Apóstoles que se presentan a los hombres y les ofrecen como ga-

rantía de su veracidad el poder que su Maestro les dejó sobre la naturaleza que no obedece sino a Dios? Pero el orgullo de la razón puede rebelarse, puede discutir y rechazar el creer a los hombres que hablan en nombre de Dios. ¿Quién duda de ello? ¿El Hijo de Dios vivo no encontró más incrédulos que creyentes? ¿Por qué? Porque se decía Dios y no mostraba más que apariencias humanas. Había, pues, que hacer un acto de fe en él, cuando el mismo Jesús hablaba; el orgullo podía pues rebelarse y decir: "No creeré", lo mismo que lo dirá cuando los Apóstoles hablen en nombre de su Maestro. La explicación es la misma. Dios en esta vida exige de nosotros la fe; pero la fe no es posible más que con la humildad. Dios apoya su palabra con el milagro; pero siempre le es posible al hombre resistir; y he aquí por qué la fe es virtud.

Si alguno preguntare por qué Dios, al sustraer a su Hijo de la tierra, no encargó a los Ángeles ejercer aquí abajo la función de doctores en su nombre, en lugar de confiar a hombres frágiles y mortales tan alta misión respecto a sus semejantes, se le podría responder que no pudiendo el hombre ser levantado de la caída a que su orgullo le había conducido, mas que por la sumisión y la humildad, era justo que el ministerio de la enseñanza divina nos fuese dispensado por órganos cuya naturaleza superior no estuviese en condiciones de estado de adular

nuestra vanidad. Fiándonos de la palabra de la serpiente, habíamos tenido el orgullo de creer que nos era posible llegar a ser tanto como dioses: el Creador, para salvarnos, nos dió la ley de someternos en adelante a los hombres que hablan en su nombre.

Esos hombres "predicarán pues el Evangelio a toda creatura"; y "el que no crea se condenará". ¡Oh Palabra divina, semilla maravillosa confiada al campo de la Iglesia, que fecunda eres! Dentro de poco tiempo la cosecha blanqueará en el campo. La fe estará por doquiera, en todas partes se encontrarán fieles. ¿Y cómo han captado la fe? "Por el oído", nos responde el gran Apóstol de las gentes. *(Rom.,* X, 17.) Escucharon la palabra y creyeron. ¡Oh dignidad y superioridad del oído durante nuestra vida mortal! Escuchad a este respecto el lenguaje admirable de S. Bernardo; nadie ha expuesto, en este mundo, mejor que él el destino de ese nuestro sentido privilegiado.

"A primera vista parecería sería más digno que la verdad entrase en nuestra alma por la vista que es el sentido más noble; pero Dios nos ha reservado esto para la otra vida cuando le veamos cara a cara, disponiendo sabiamente que ahora entre el remedio por donde entró el mal y que llegue a nosotros la vida por los pasos de la misma muerte; que la luz nos venga por las tinieblas, y el antídoto de la verdad por el ca-

mino que siguió el veneno de la serpiente. Así, el ojo enfermo será curado. El oído fué la primera puerta por donde entró la muerte y debe ser abierto el primero para dar paso a la vida. Corresponde, a su vez, al oído disponer a la vista; porque si no empezamos por creer, no podremos comprender. Porque si no creemos los misterios no los comprenderemos después. Por donde se ve es el oído medio indispensable para alcanzar el mérito y la visión será la recompensa... y para que sepas que el Espíritu Santo observa también este orden en el aprovechamiento del alma y que la forma el oído antes de alegrarla con la visión: "Oye—dice—hija y mira"[1]. Cual si dijera. ¿Por qué te preocupas de los ojos? Más te valdría preparar tus oídos. ¿Deseas ver a Cristo? pues debes primero escuchar lo que él dice, escuchar lo que se dice de El, a fin de que, cuando le veas, puedas decir: "Como lo oimos así lo hemos visto"[2]. Su claridad deslumbra; tu vista es débil, y no podrás soportarla. Podéis, sí, hablar de ella, más verla no... Que sea piadosa, fiel y vigilante; la fe purificará las manchas de la impiedad y la obediencia abrirá la puerta que cerró la desobediencia"[3].

---

[1] *Ps.* XLIV, 2.
[2] *Ps.* XLVII, 9.
[3] *Serm.* XXVIII, sobre el *Cantar de los Cantares*.

JUEVES

DE LA CUARTA SEMANA DESPUES DE PASCUA

Presencia de Jesús en su Iglesia. — Los Apóstoles han recibido su misión, el soberano Maestro les dió la orden de repartirse las provincias de la tierra, y de predicar por todo el mundo el "Evangelio", es decir, la "buena-nueva", la nueva de salvación para los hombres adquirida por el Hijo de Dios encarnado, crucificado y resucitado de entre los muertos. ¿Pero cuál será el punto de apoyo de esos humildes judíos transformados de repente en conquistadores a cuya vista se presenta el mundo entero? Ese punto de apoyo es la promesa solemne que les hace en estos días, cuando después de haberles dicho: "Id, enseñad a todas las naciones", añade: "He aquí que estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos." (*S. Matth.*, XXVIII, 20.) Así, se compromete a no dejarles nunca, a presidirles y a conducirles siempre. No le verán más en esta vida; pero saben que continuará en medio de ellos.

Pero los Apóstoles con los que Cristo se ha comprometido a residir, a quienes él preservará de toda caída y de todo error en la enseñanza de su doctrina, los Apóstoles no son inmortales. Se les verá sucesivamente dar testimonio de su Maestro con su sangre, y desapare-

cer de este mundo. ¿Estamos, pues, condenados a la incertidumbre, a las tinieblas, que son patrimonio de aquellos sobre los que cesó de derramar sus rayos la luz?

Tranquilicémonos con la palabra de Jesús. No ha dicho a sus Apóstoles: "He aquí que yo estoy con vosotros hasta el fin de vuestra vida"; ha dicho: "hasta la consumación de los siglos". Aquellos a quienes hablaba en este momento debían, pues vivir tanto como el mundo. Que es como decir que los Apóstoles debían tener sucesores, en los cuales se perpetuarían sus derechos, sucesores a los que Jesús no cesaría de asistir con su presencia y de sostener con su poder. Debería de ser imperecedera la obra que Dios, en su amor a los hombres, había erigido con el precio de su sangre. Jesús, con su presencia entre sus Apóstoles, preservaba su enseñanza de todo error; con su presencia dirigirá también hasta el fin la enseñanza de sus sucesores.

La infalibilidad. — ¡Oh don precioso e imperecedero el de la infalibilidad en la Iglesia! Don sin el cual no habría surtido efecto la misión del Hijo de Dios. Don por el que la fe, este elemento esencial de la salvación humana se conserva sobre la tierra. Si, ya tenemos la promesa; y los efectos de esta promesa son visibles, aún a los ojos de los que no tienen la dicha de creer. ¿Quién de buena fe, no podrá reconocer la mano divina

en la perpetuidad del símbolo católico en este mundo en que todo cambia, en que nada ha podido permanecer estable? ¿Es natural que una sociedad que tiene por lazo de unión la unidad en los pensamientos atraviese los siglos, sin perder nada y sin tomar nada de lo que la rodea? ¿Que haya estado sucesivamente expuesta a mil sectas nacidas de su seno, y que haya triunfado de todas, sobrevivido a todas, gloriándose de proclamar el último día de mundo los mismos dogmas que profesaba el día que salió de las manos de su divino iniciador? ¿No es un prodigio inaudito el que centenares de millones de hombres, diferentes en origen, costumbres, e instituciones, frecuentemente hostiles los unos a los otros, se uniesen en igual sumisión a una misma autoridad, que con sola su palabra gobierna su razón en las cosas de fe?

¡Qué grande es la fidelidad a tus promesas oh Jesús! ¿Quién no sentirá tu presencia en medio de la Iglesia, dominando los elementos contrarios, y haciéndose sentir por este imperio irresistible y dulce que contiene al orgullo y a la movilidad de nuestro espíritu bajo tu amado yugo? ¡Y son hombres, hombres como nosotros, que regulan y gobiernan nuestra fe! Ved al sucesor de Pedro, infalible en lo tocante a la fe, y cuya palabra soberana recorre el mundo entero, unificando los pensamientos y sentimientos, disipando las dudas y apaciguando

las controversias. Ved el cuerpo venerado del Episcopado unido a su Jefe, y recibiendo de esta unión una fuerza invencible en la proclamación de una misma verdad en todas las regiones del mundo. Sí, así es: los hombres se han hecho infalibles, porque Jesús está con ellos y en ellos. En cuanto a lo demás, serán hombres semejantes a los otros, pero la cátedra sobre la que se sientan está sostenida por el brazo mismo de Dios y es la cátedra de la verdad sobre la tierra.

¡Oh triunfo de nuestra fe, nacida en el milagro que impera sobre la naturaleza, y dirigida, iluminada, conservada por este otro milagro que desafía todas las experiencias de la sabiduría humana! ¡Qué de maravillas obró nuestro Maestro resucitado en el curso de aquellos cuarenta días que se digna darnos ahora! Hasta entonces lo había preparado; ahora lo consuma. ¡Alabanza, acción de gracias a su divina solicitud por sus ovejas! Si exigió de ellas la fe, como primer homenaje a su sumisión, podemos decir que hizo el sacrificio tan atrayente a la rectitud de su corazón como meritorio a su humilde razón.

VIERNES

DE LA CUARTA SEMANA DESPUES DE PASCUA

La fe. — Bendito sea nuestro Salvador resucitado que nos ha dicho estos días: "El que crea y sea bautizado, se salvará." Gracias a su mise-

ricordia, nosotros creemos y hemos sido regenerados en el santo Bautismo; estamos, pues, en el camino de la salvación. Es verdad que la fe no nos salvará sin las obras; pero las obras también sin la fe serán incapaces de merecernos la salvación. ¡Con qué alegría no debemos dar gracias a Dios que ha producido en nosotros por su gracia, ese don inenarrable, primera prenda de nuestra bienaventuranza eterna! ¡con qué cuidado no debemos velar para conservarlo intacto, para acrecentarlo con nuestra fidelidad!

La fe tiene sus grados, como las demás virtudes; nuestra oración debe pues ser frecuentemente la de los Apóstoles de Jesús: "Señor, aumentad en nosotros la fe." *(S Luc.,* XVII, 5.)

Estamos llamados a vivir en un siglo en que la fe ha disminuído en la mayor parte de los que creen; y es uno de los mayores peligros que pueden asaltar al cristiano en este mundo.

Cuando la fe es lánguida, la caridad no puede menos de entibiarse. Jesús pregunta a sus discípulos si piensan que, en su último advenimiento, encontrará fe sobre la tierra. *(S. Luc.,* XVII, 8.) ¿No es de temer que seamos vecinos a esta época en que los corazones estarán como paralizados por la falta de fe?

La fe procede de la voluntad movida por el Espíritu Santo. Se cree, porque se quiere creer; y he aquí la razón de por qué la felicidad está en la fe. El ciego a quien Jesús da la vista, exhor-

tado por él a creer en el Hijo de Dios, responde: "¿Quién es él, para que crea en él?" *(S. Juan,* IX, 36.) Así, debemos estar dispuestos ante el objeto de nuestra fe. Creer, a fin de conocer lo que no conoceríamos sin la fe; entonces Dios se manifiesta a nuestro pensamiento y a nuestro corazón.

LA FE Y LA RAZÓN. — Pero encontraréis cristianos que se escandalizan de las santas audacias de la fe. Nos hablan sin cesar de los derechos de la razón; reprochan a los fieles el desconocer su dignidad, su extensión, su origen divino. Apresúrense, pues, los fieles a responderles: "Estamos lejos de negar la razón: la Iglesia nos obliga a reconocer en nosotros la existencia de una luz natural; pero al mismo tiempo nos enseña que esta luz, obscurecida por efecto de la caída original, es incapaz, aunque hubiese quedado en su integridad, de descubrir por solas sus fuerzas el fin al que está llamado el hombre, y los medios para llegar a él. Solamente la fe puede establecer al hombre en condiciones para el destino al que le llamó la bondad divina."

Otros creen que el cristiano llegado a la edad del desarrollo de la razón, tiene cierta libertad de suspender el ejercicio de la fe, para examinar si es razonable continuar creyendo. ¡Cuántos naufragan en el escollo que les presenta este

prejuicio culpable! La Santa Iglesia sin embargo ha enseñado desde los Apóstoles hasta nuestros días, y continuará enseñando hasta el fin de los siglos, que el niño que, al mismo tiempo que el Bautismo recibió la fe infusa en su alma, es para siempre miembro de Jesucristo, hijo de su Iglesia; y que si, al tener uso de razón, se entabla en él un combate entre la fe y la duda, recibe la gracia para disipar la duda por medio de la fe y arriesgaría su salvación con la pérdida de su creencia. Seguramente que la Iglesia no le prohibe confirmar su fe por la ciencia; lejos de eso; pues entonces no cesa de creer. Es "la fe quien busca la inteligencia", según S. Anselmo, y la encuentra como recompensa.

Hay otros que admiten que en el seno mismo de la sociedad cristiana pueden existir filósofos, es decir, hombres extraños a la fe, que profesan sobre Dios y sobre su creatura una enseñanza en que la palabra revelada no sirve para nada, una moral desprovista del elemento sobrenatural. Hay cristianos que aceptan a estos filósofos, les alaban y les honran, les reconocen más o menos implícitamente el derecho de tal personalidad. ¡Ciegos, que no ven que están en presencia del apóstata! ¡que no sienten el escalofrío que experimentaron todos los hijos de la Iglesia, cuando Juliano, queriendo en vano lavarse de la huella imborrable del bautismo, se declaró filósofo a los ojos de una generación nacida de los Mártires!

PELIGROS PARA LA FE. — ¿Hemos de hablar de los tristes efectos que produce en la fe el trato con los herejes, las complacencias peligrosas que entraña, los gérmenes deplorables que hace surgir en gran número de espíritus? El esquema trazado por S. Juan, en su segunda Epístola *(II. S. Juan,* X, II), se les está olvidando; y recordarle solamente sería ya para muchos motivo de escándalo. ¿No está demasiado claro en la facilidad con que se contraen esos matrimonios mixtos que comienzan por profanar el sacramento, y conducen suavemente al indeferentismo a la parte católica, a quien la seducción o los cálculos humanos condujeron por caminos tan poco seguros?

¿Cómo excitaríamos los ánimos si, en nuestro país, hablásemos como habló en Londres un ilustre apóstol de la piedad católica?

Tomémonos al menos la libertad de repetirlo valiéndonos de sus palabras. "El antiguo odio a la herejía va haciéndose raro; se pierde la costumbre de mirar a Dios como la única fuente de verdad, de manera que la existencia de las herejías no es ya asunto de espanto. Se tiene ya por cierto que Dios no debe hacer nada que nos sea penoso, y que su Autoridad no debe tomar ninguna forma desagradable u ofensiva para la libertad de sus criaturas. Como el mundo ha rechazado las ideas exclusivas, es necesario que Dios siga el progreso, y deje a un lado los prin-

cipios observados hasta ahora en su gobierno para con nosotros.

"Así es como la discordia y el error en religión, han concluído por llegar a ser menos odiosas y alarmantes, simplemente porque nos hemos acostumbrado a ellas. Es necesaria cierta osadía de corazón y de inteligencia, para creer que toda una gran nación obre mal, o que todo un siglo pueda marchar ladeado. Pero la teología, en su sencillez, proclama altamente al mundo entero como pecador, y no encuentra dificultad en no asignar a la verdadera Iglesia más que una porción moderada de población del globo. La creencia de la facilidad de salvación fuera de la Iglesia es muy dulce si tenemos parientes o amigos en los lugares donde domina la herejía; además, si queremos admitir esa máxima, el mundo nos perdonará una multitud de errores y de supersticiones, y nos hará el honor de cumplimentarnos por nuestra religión, como un producto literario o filosófico de nuestra era más bien que como un don de Dios. ¿Es esa una ventaja tan grande para que tantas gentes se hallen prendadas de ella y la paguen tan cara y sin pensar? Es evidente que esa creencia disminuye nuestra estimación a la Iglesia, y debilita nuestro anhelo de convertir a los demás. Los que hacen menos uso del sistema de la Iglesia, son naturalmente los que la conocen y estiman menos, y no se encuentran por tanto en estado de juz-

garla; y esos son precisamente los primeros que hacen generosamente el sacrificio de las prerrogativas de la Iglesia a las exigencias de la molicie y del indiferentismo moderno (William Faber-conferencias Espirituales-*El cielo y el infierno.)*

•

La fe y las prácticas religiosas. — Señalemos aún como una de las muestras de decadencia del espíritu de fe en un gran número de los que cumplen por otra parte con los deberes del cristiano, el olvido, la ignorancia misma de las prácticas más recomendadas por la Iglesia. ¡Cuántas casas habitadas exclusivamente por católicos en las que en vano se encontrará una gota de agua bendita, el cirio de la Candelaria, el ramo consagrado el Domingo de Ramos: objetos sagrados y protectores que los hugonotes del siglo XVI perseguían con tanto furor, y que nuestros padres defendieron con el precio de su sangre!

¡Qué desconfianza en muchos de nosotros, si se nos habla de milagros que no están consignados en la Biblia! ¡Qué soberbia incredulidad, si se oye decir algo de los fenómenos de la vida mística, de los éxtasis, de los raptos, de las revelaciones privadas! ¡Qué revuelos levantan los relatos heroicos de la penitencia de los santos o las prácticas más sencillas de mortificación corporal! ¡Qué protestas contra los nobles sacrifi-

cios que la gracia inspira a tantas almas elegidas que impulsa en un momento a romper los lazos más queridos y más dulces, para ir a sepultarse, víctimas voluntarias, detrás de las rejas de un monasterio! El espíritu de fe revela al verdadero católico toda la belleza, toda la conveniencia, toda la grandeza de esas prácticas y de esos actos; pero la ausencia de este espíritu es causa de que muchos no vean más que exageración, inutilidad y manía.

La fe se nutre del creer; pues creer es su vida. No se limita pues a adherirse al símbolo extricto promulgado por la Iglesia. Sabe que esta Esposa de Jesús posee en su seno todas las verdades, aunque no las declare siempre solemnemente y bajo pena de anatema.

La fe presiente el misterio no declarado aún; antes de creer por deber, cree piadosamente. Un imán vehemente le atrae hacia esta verdad que parece dormitar aún; y cuando llega, aparece en todo su esplendor el dogma por decisión suprema, se asocia con tanta más alegría al triunfo de la palabra revelada desde el principio, cuanta que le tributó el más fiel homenaje en el tiempo en que aún la obscuridad la tenía velada a las miradas no tan puras y penetrantes como las suyas.

SABADO

DE LA CUARTA SEMANA DESPUES DE PASCUA

LA TEOLOGÍA MARIANA. — El Sábado evoca el grato y querido recuerdo de María. El sábado último al finalizar la semana consagrada a meditar sobre el establecimiento de la Iglesia por el Salvador resucitado, hemos contemplado las relaciones que unen los destinos de la Esposa de Cristo y los de María. Durante la semana que termina hoy, hemos considerado a Nuestro Señor Jesucristo confiando a sus apóstoles el depósito de su doctrina, objeto de nuestra fe; rindamos homenaje particular a los dogmas que los revela sobre las grandezas y el ministerio de aquella que escogió para ser su Madre y la Madre del género humano.

La Santa Iglesia enseña a sus hijos muchas verdades referentes a María; y estas verdades son objeto de nuestra fe, por el mismo título que las otras que se contienen en el Símbolo. Por tanto, no pueden ser objeto de fe sino por cuanto fueron reveladas por boca misma de Cristo. La Iglesia de nuestros días las ha recibido de la Iglesia de los primeros siglos, y aquella de los Apóstoles a quienes se las confió su Maestro. No ha habido revelación nueva después de la Ascensión del Redentor; la manifestación de todos los dogmas trasmitidos a la Iglesia y promulgados

por ella se remonta, pues, a las enseñanzas de Jesús, a sus Apóstoles; y por esta razón nosotros les tributamos la adhesión de nuestra fe teologal adhesión reservada a las verdades directamente reveladas por Dios en la tierra.

¡Es emocionante el afecto del Hijo de Dios para con su Madre, cuando su palabra, después de haber manifestado a los Apóstoles los secretos de la esencia divina, la Trinidad en la unidad, la generación eterna del Verbo en el seno del Padre, la eterna procesión del Espíritu Santo producido por el Padre y el Hijo, la unión de dos naturalezas en una sola persona en el Verbo encarnado, la redención del mundo por la sangre divina, la gracia que repara al hombre caído y le eleva al estado sobrenatural; cuando esta palabra reveladora—decimos—se emplea para hacer resaltar las prerrogativas de una simple creatura, cuyas grandezas deben ser aceptadas por nuestra razón sumisa, por el mismo título que los dogmas que nos revelan la naturaleza misma de Dios! Jesús sabiduría dél Padre, vencedor de la muerte, nos ha revelado la dignidad de María por la misma boca que nos manifestaba quién era él mismo; nosotros creemos lo uno y lo otro con una misma fe, porque El lo ha dicho.

Así Jesús dice a sus Apóstoles, quienes lo han confiado a la Iglesia, bajo la custodia del Espíritu Santo: "María, mi Madre, desciende de Adán y de Eva, según la carne; pero la mancha ori-

ginal no la ha mancillado. El decreto, en virtud del cual toda criatura humana es concebida en el pecado, ha sufrido por ella una excepción. Desde el primer instante de su concepción fué llena de gracia. Jeremías y Juan Bautista fueron santificados en el seno de sus madres; María ha sido inmaculada desde el primer momento de su existencia."

Jesús ha dicho también a sus Apóstoles, con orden de repetirlo a su Iglesia: "María es verdaderamente Madre de Dios, y debe ser honrada con esta prerrogativa por toda criatura; porque ella me ha concebido verdaderamente y dado a luz en mi naturaleza humana, que no forma más que una sola persona con mi naturaleza divina."

Jesús ha dicho también a sus Apóstoles, con orden de trasmitirlo a su Iglesia: "María, mi Madre, me ha concebido sin dejar de ser virgen, y me ha dado a luz sin que su virginidad haya sufrido ningún detrimento."

De este modo, la Concepción inmaculada de María que es la preparación de su destino sublime, su divina Maternidad que constituye en ella el fin divino, su perpetua virginidad, que la comunica un inefable esplendor: estos tres dogmas inseparables, objeto de nuestra fe, fueron directamente manifestados por Jesucristo a sus Apóstoles; y la Santa Iglesia no ha hecho sino repetirlos después de ellos, que los repitieron después de su divino Maestro.

Pero el Salvador ¿no ha manifestado también otras prerrogativas de su augusta Madre, prerrogativas que son la consecuencia de los tres dones magníficos que acabamos de enumerar? Pidamos a la Iglesia lo que ella cree a este respecto, lo que ella enseña por su doctrina y por su práctica, tan infalible como su doctrina. Todo lo que se desenvuelve en ella bajo la acción del Espíritu Santo tiene por germen la palabra divina pronunciada en los principios. Por tanto, no debemos dudar que el Redentor haya revelado a los Apóstoles su deseo de elevar a los honores de Reina de toda la creación, de Mediadora de los hombres, de dispensadora de la gracia, de cooperadora de la salvación, a aquella a quien los tres dones incomunicables la subliman tanto sobre todo lo que la potencia divina ha creado. Sin duda ninguna todas estas magnificencias fueron conocidas por los Apóstoles; ellas fueron objeto de su admiración y de su amor; y nosotros puestos en posesión de estos mismos tesoros de verdad y de consolación por la Santa Iglesia, nos deleitamos después de ellos. El hijo de María no debía subir a la diestra de su Padre antes de haber proclamado al mundo las grandezas de aquella que había escogido por Madre y que amaba como hijo y como Dios.

¡Cuáles serían, oh María, los sentimientos de tu incomparable humildad, cuando Jesús manifestó tus excelencias a estos hombres mortales

cuya veneración te rodeaba, pero que sólo un Dios podía iniciar en las maravillas de tu persona y de tu misión! "¡Oh Ciudad de Dios, qué cosas tan admirables fueron referidas de ti!"[1] Si en otro tiempo, cuando un Angel te saludó "llena de gracia y bendita entre todas las mujeres", tu modestia se inmutó con tales elogios; ¿con qué turbación no recibirás hoy los homenajes de los Apóstoles inclinándose ante tu dignidad de Madre de Dios, siempre Virgen, inmaculada en tu Concepción? Pero sería en vano, oh María que quisieses rehusar los honores que te son debidos, y que tú rechazas en lo más profundo de tu humildad. Debe cumplirse el oráculo que tus labios inspirados pronunciaron en otro tiempo en la casa de Zacarías. Si el Señor ha contemplado en ti "la bajeza de su sierva", es también necesario que "todas las generaciones te proclamen bienaventurada". Ha llegado el momento; dentro de algún tiempo la predicación evangélica comenzará su curso. Tu nombre, tu misterio y tus grandezas forman parte esencial del Símbolo que debe ser llevado por todo el mundo. Durante mucho tiempo tu gloria ha permanecido oculta por el misterio; Jesús quiere que esta nube se disipe, y que aparezcas a los ojos de los pueblos como la Madre de Dios, que queriendo salvar la obra de sus manos, no ha desdeñado venir a tomar ser humano en tu seno. Déjanos,

[1] *Salm.* LXXXVI, 5.

oh dulce Madre nuestra, augusta Reina nuestra, unirnos cordialmente a los primeros homenajes que te rinde el colegio apostólico, cuando Jesús le reveló tus grandezas.

CUARTO DOMINGO DESPUES DE PASCUA

La institución de los Sacramentos. — Hemos visto a Jesús constituir su Iglesia y poner en manos de los apóstoles el depósito de verdades que serán objeto de nuestra fe. Hay otra obra no menos importante para el mundo, en la que pone sus cuidados durante este último período de su permanencia sobre la tierra: es la institución definitiva de los Sacramentos. No basta creer; es necesario también que nos santifiquemos es decir nos hagamos conformes a la santidad de Dios; es necesario que la gracia, fruto de la redención, descienda a nosotros, se incorpore a nosotros, para que llegando a ser los miembros vivos de nuestro divino Jefe, podamos ser coherederos de su reino. Así pues, por medio de los sacramentos Jesús obrará en nosotros esta maravilla de la justificación, aplicándonos los méritos de su Encarnación y de su Sacrificio por los medios que El ha decretado en su poder y en su sabiduría.

FUENTES Y CANALES DE LA GRACIA. — Como soberano señor de la gracia es libre de determinar las fuentes por las que la hará descender sobre nosotros; a nosotros nos toca conformarnos a su voluntad. Cada uno de los Sacramentos será, pues, una ley de su religión, de manera que el hombre no podrá pretender recibir los efectos que el Sacramento está destinado a producir si desdeña o retarda cumplir las condiciones según las cuales opera. Admirable economía que concilia en un mismo acto, la humilde sumisión del hombre con la más pródiga largueza de la munificencia divina.

Hemos mostrado hace algunos días, cómo la Iglesia, sociedad espiritual era al mismo tiempo una sociedad visible y exterior, ya que el hombre a la que está destinada está compuesto de cuerpo y alma. Jesús, al instituir sus Sacramentos, asigna a cada uno su rito esencial; y este rito es exterior y sensible. El Verbo, al tomar carne, ha hecho de ella, en su Pasión sobre la cruz, el instrumento de nuestra salvación: por la sangre de sus venas nos ha rescatado; prosiguiendo este plan toma los elementos de la naturaleza física como auxiliares en la obra de nuestra justificación. Los eleva al estado sobrenatural y les hace conductores fieles y omnipotentes de su gracia hasta lo más íntimo de nuestras almas. De este modo se aplicará hasta sus últimas consecuencias el misterio de la Encar-

nación, que ha tenido como fin elevarnos, por las cosas visibles, al conocimiento y a la posesión de las invisibles. De este modo es quebrantado el orgullo de Satanás, que despreciaba la criatura humana, porque el elemento material se unía en ella a la grandeza espiritual, y que rehusó para su eterna desdicha, doblar la rodilla ante el Verbo hecho carne.

Al mismo tiempo, los sacramentos, siendo signos sensibles, formaron un nuevo lazo entre los miembros de la Iglesia ya unidos entre sí por la sumisión a Pedro y a los Pastores que él envía, y por la confesión de una misma fe. El Espíritu Santo nos dice en las Santas Escrituras que "el lazo triple difícilmente se rompe"[1]; por tanto así es este que nos liga a la gloriosa unidad de la Iglesia: Jerarquía, Dogma y Sacramentos, todo contribuye a hacer de nosotros un solo cuerpo. Del septentrión al mediodía, de oriente a occidente, los Sacramentos proclaman la fraternidad de los cristianos; son en todos los lugares su señal de reconocimiento y el distintivo que les designa a los ojos de los infieles. Por este fin estos Sacramentos son idénticos para todas las razas bautizadas, cualquiera que sea la variedad de fórmulas litúrgicas que acompañan su administración; por doquier el fondo es el mismo y se produce la misma gracia bajo los mismos signos esenciales.

---

[1] *Eccles.*, IV, 12.

El septenario sagrado. — Jesús resucitado escoge siete para el número de sus sacramentos. Sabiduría eterna del Padre, nos revela en el Antiguo Testamento, que se construirá una casa, que es la Santa Iglesia, y añade que la cimentará sobre siete columnas [1]. Esta Iglesia la simboliza ya en el tabernáculo de Moisés y ordena que un candelabro de siete brazos cargados de flores y de frutos, ilumine día y noche el Santuario [2]. Si arrebata al cielo en éxtasis a su discípulo amado es para mostrarse a él rodeado de siete candelabros y teniendo siete estrellas en su mano [3]. Si se manifiesta con las apariencias de Cordero vencedor, este Cordero tiene siete cuernos, símbolo de su fuerza, y siete ojos que indican la amplitud infinita de su ciencia [4]. Cerca de él está el libro que contiene los destinos del género humano, y este libro está sellado con siete sellos que el Cordero sólo puede levantar [5]. Ante el trono de la Majestad divina el discípulo ve siete Espíritus bienaventurados resplandecientes como siete lámparas [6], atentos a las menores órdenes de Dios, y prestos a llevar su palabra hasta los últimos límites de la creación.

---

1 *Prov.*, IX, 1.
2 *Exod.*, XXV, 3.
3 *Apoc.*, I, 12, 16.
4 *Ibid.*, V, 6.
5 *Ibid.*, 5.
6 *Apoc.*, IV, 5.

Los siete pecados capitales. — Si ahora nos volvemos hacia el reino de las tinieblas vemos al espíritu del mal ocupado en remedar la obra divina y usurpando el número siete para mancillarle consagrándole al mal. Siete pecados capitales son el instrumento de su victoria sobre el hombre; y el Señor nos ha advertido que cuando Satanás en su furor se lance sobre un alma, toma con él siete espíritus de los más perversos del abismo. Sabemos que Magdalena, afortunada pecadora, no recobró la vida del alma sino después que el Salvador hubo expulsado de ella siete demonios. Esta provocación del espíritu del orgullo forzará a la cólera divina, cuando caiga sobre el mundo pecador, a imprimir el número siete hasta sus justicias. San Juan nos enseña que siete trompetas, tocadas por siete Angeles, anunciarán las convulsiones sucesivas de la raza humana [1], y que otros siete Angeles verterán sucesivamente sobre la tierra pecadora siete copas colmadas de la cólera de Dios [2].

Nosotros, pues, que queremos ser salvos y gozar de la gracia en este mundo y en la otra de la visión de nuestro Maestro resucitado, acojamos con respeto y reconocimiento el Septenario misericordioso de sus Sacramentos. En este número sagrado ha sabido encerrar todas las formas de su gracia. Sea que él vele en su bondad para

---

[1] *Ibid.*, VIII, 2.
[2] *Ibid.*, XV, 1.

hacernos pasar de la muerte a la vida, por el bautismo y la penitencia; sea que se aplique a sostener en nosotros la vida sobrenatural y a consolarnos en nuestras pruebas, por la Confirmación, la Eucaristía y la Extrema-Unción; sea en fin que provea al ministerio de su Iglesia y a su propagación por el Orden y el Matrimonio: no se encontrará una necesidad del alma, una indigencia de la sociedad cristiana, que no haya llenado por medio de las siete fuentes de la regeneración y de la vida que tiene abiertas para nosotros y que no cesa de hacer correr sobre nuestras almas.

Los siete sacramentos bastan para todo; uno solo que faltase, la armonía se destruiría. Las Iglesias de Oriente, separadas de la unidad católica después de tantos siglos, confiesan con nosotros el septenario sacramental; y el protestantismo, al poner sobre este número su mano pecadora, ha demostrado con esto, como en todas sus otras reformas pretendidas, que le falta el sentido cristiano. No nos admiremos; la teoría de los sacramentos se impone en toda su totalidad a la fe; primeramente, la humilde sumisión del fiel debe acogerla como dimanando del soberano Maestro; cuando ella se aplica al alma, su magnificencia y su eficacidad divina se revelan, entonces nosotros comprendemos, porque hemos creído. *Credite et intelligetis.*

El bautismo. — Hoy, consagramos nuestra admiración y nuestro reconocimiento al primero de los Sacramentos, al bautismo. El tiempo pascual nos le presenta en toda su gloria. Le hemos visto en el Sábado Santo, colmando los votos del feliz catecúmeno y alumbrando para la patria celestial a pueblos enteros. Pero este misterio había tenido su preparación. En la fiesta de Epifanía adoramos a Emmanuel descendiendo sobre las aguas del Jordán y comunicando al elemento por el contacto de su carne, la virtud de purificar todas las máculas del alma. El Espíritu Santo viene a descansar sobre la cabeza del Hombre-Dios y a fecundar con su influjo divino el elemento regenerador, mientras que la voz del Padre celestial resonaba en la nube, anunciando la adopción que él se dignaría hacer de los bautizados, en su Hijo Jesús, objeto de su eterna complacencia.

Durante su vida mortal, el Redentor se explica ya delante de un doctor de la ley sobre sus misteriosas intenciones: "Aquel—dice—que no fuere regenerado en el agua y en el Espíritu Santo no podrá entrar en el reino de Dios"[1]. Según su costumbre casi constante, anuncia lo que debe hacer en el futuro, pero todavía no lo cumple; nosotros solamente sabemos que no habiendo sido puro nuestro primer nacimiento, El nos

[1] *S. Juan*, III, 5.

prepara uno segundo que será santo y del que el agua será el instrumento.

Pero en estos días ha llegado el momento en el que va a declarar el poder que ha dado a las aguas de producir la adopción proyectada por el Padre. Dirigiéndose a sus Apóstoles les dice con la majestad de un rey que promulga la ley fundamental de su imperio: "Id, enseñad a todas las naciones; bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo"[1]. La salvación por las aguas, con la invocación de la Santísima Trinidad, tal es el beneficio capital que anuncia al mundo; porque dice también: "El que creyere y fuere bautizado se salvará"[2]. Revelación llena de misericordia para con la raza humana; inauguración de los sacramentos por la declaración del primero, de aquel que según la expresión de los Padres, es la puerta de todos los demás.

Saludemos con amor, este augusto misterio nosotros que le debemos la vida de nuestras almas, con el sello eterno y misterioso que hace de nosotros los miembros de Jesús. San Luis, bautizado en la desconocida pila de Poissy, se complacía en firmar Luis de Poissy, considerando la fuente bautismal como una madre que la había engendrado a la vida celestial, y olvidando su origen real para no acordarse más que

---

[1] *S. Mateo*, XXVIII, 19.
[2] *S. Marcos*, XVI, 16.

de el de hijo de Dios. Nuestros sentimientos deben ser los mismos que los de este santo rey.

Pero admiremos la condescendencia de Jesús resucitado, cuando instituyó el más indispensable de los sacramentos. La materia que escogió es la más común; la más fácil de encontrar. El pan, el vino, el aceite de oliva, no se encuentran siempre en todas las partes de la tierra; el agua corre por doquier; la providencia de Dios la ha multiplicado bajo todas las formas, para que el día señalado, la fuente de regeneración estuviese al alcance en todas partes para el hombre pecador.

Sus demás Sacramentos el Salvador se los ha confiado al sacerdocio, el cual sólo tiene poder para administrarlos; no ocurre lo mismo con el bautismo. Todo fiel puede ser el ministro sin distinción de sexo ni de condición. Más aún, todo hombre, aunque no sea miembro de la Iglesia cristiana, puede conferir a su semejante, por medio del agua y la invocación de la Santa Trinidad, la gracia bautismal que no posee él con la única condición, de querer cumplir seriamente en este acto lo que hace la Iglesia, cuando ella administra el sacramento del Bautismo.

Y más aún. Puede faltar este ministro del sacramento al hombre que va a morir; la eternidad se va a abrir para él sin que la mano de otro se levante para derramar sobre su cabeza el agua purificadora; el autor divino de la rege-

neración de las almas no le abandona en este momento supremo. Que rinda homenaje al santo Bautismo, que le desee con todo el ardor de su alma, que entre en los sentimientos de una compunción sincera y de un verdadero amor; después si muere: la puerta del cielo se le ha abierto por el bautismo de deseo.

Pero el niño que aún no tiene uso de razón y que la muerte va a segar en algunas horas ¿ha quedado olvidado en esta munificencia general? Jesús ha dicho: "Aquel que creyere y fuere bautizado se salvará, entonces ¿cómo obtendrá la salvación este ser débil que va a extinguirse, cargado con la falta original e incapaz de la fe? Tranquilizaos. El poder del bautismo se extiende hasta él. La fe de la Iglesia—que le quiere por hijo—le va a ser imputada; que se derrame el agua sobre su cabeza en nombre de las tres divinas personas, y será cristiano para siempre. Bautizado en la fe de la Iglesia, esta fe es ahora personal en él, con la esperanza y la caridad; el agua sacramental ha producido esta maravilla. Que expire ahora: el reino de los cielos es para él.

Tales son, oh Redentor los prodigios que operas en el primero de tus sacramentos, por el efecto de esta voluntad sincera que tienes de la salvación de todos; de manera que aquellos en quienes esta voluntad no se realiza, no se excluyen de la gracia de la regeneración sino de

resultas del pecado cometido anteriormente, pecado que tu eterna justicia no te permite prevenir siempre en sí mismo, o reparar en sus consecuencias. Pero tu misericordia viene en su ayuda; ella tiende sus redes e innumerables justos caen en ellas. El agua santa corre hasta sobre la frente del niño que agoniza entre los brazos de una madre pagana y los ángeles abren sus coros para recibirle. Ante tantas maravillas, sólo nos queda exclamar con el Salmista: "Nosotros que poseemos la vida bendigamos al Señor."

El cuarto domingo después de Pascua se llama en la Iglesia griega el *Domingo de la Samaritana,* porque se lee el pasaje del Evangelio en que se refiere la conversión de esta mujer.

La Iglesia Romana comienza hoy en el Oficio de la noche la lectura de las Epístolas Canónicas, que se continúan hasta la fiesta de Pentecostés.

MISA

La Iglesia adoptando en el Introito uno de los más bellos cánticos del Salmista celebra con entusiasmo los beneficios que el Señor ha derramado sobre ella, convocando a todas las naciones a reconocer sus grandezas, a recibir la efusión de la santidad de quien es la fuente, la salud de aquél que ha llamado a todos los hombres.

INTROITO

Cantad al Señor un cántico nuevo, aleluya: porque el Señor ha hecho maravillas, aleluya: reveló su justicia ante la faz de las gentes, aleluya, aleluya, aleluya. *Salmo:* Le salvó su diestra: y su santo brazo. ℣. Gloria al Padre.

Colmados de los beneficios de Dios que les une en un solo pueblo por sus Sacramentos los fieles deben elevarse al amor de los preceptos del Señor y aspirar a las alegrías eternas que les promete: la Iglesia implora para ellos esta gracia en la Colecta.

COLECTA

Oh Dios, que unes las almas de los fieles en una sola voluntad: da a tus pueblos el amar lo que mandas, el desear lo que prometes: para que, entre las mundanas variedades, nuestros corazones estén fijos allí donde están los verdaderos gozos. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. Santiago.

Carísimos: Toda óptima dádiva, y todo don perfecto, procede de arriba, desciende del Padre de las luces, en el cual no hay cambio, ni sombra de mudanza. Pues El nos engendró voluntariamente con la palabra de la verdad, para que fuésemos el comienzo de su creación. Ya lo sabéis, carísimos hermanos míos. Sea, pues, todo hombre veloz para oír; pero tardo para hablar, y tardo para la ira. Porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios. Por lo cual, rechazando toda inmundicia y todo exceso de malicia, recibid con mansedumbre la palabra inspirada, la cual puede salvar vuestras almas.

IMITAR AL PADRE. — Los favores derramados sobre el pueblo cristiano proceden de la sublime y serena bondad del Padre celestial. El es el principio de todo en el orden de la naturaleza; y si en el orden de la gracia hemos llegado a ser sus hijos, es porque él mismo nos ha enviado su Verbo consustancial, que es la Palabra de verdad, por la que hemos llegado a ser, mediante el bautismo, hijos de Dios. De aquí se deduce que debemos imitar, en cuanto es posible a nuestra flaqueza, la serenidad de nuestro Padre que está en los cielos y librarnos de esta agitación pasional que es el carácter de una vida toda terrestre, mientras que la nuestra debe ser del cielo donde Dios nos arrastra. El santo Apóstol nos exhorta a recibir con mansedumbre esta Palabra que nos convierte en lo que somos. Ella es según su doctrina un injerto de salvación hecho en nuestras almas. Si ella actúa allí, si su crecimiento no es obstaculizado por nosotros, seremos salvos.

En el primer versículo aleluyático, Cristo resucitado celebra por la voz del Salmista el poder del Padre que le ha dado la victoria en su resurrección.

El segundo, tomado de San Pablo, proclama su vida inmortal.

ANTIFONA

Aleluya, aleluya. ℣. La diestra del Señor ejerció su poder: la diestra del Señor me ha exaltado.

Aleluya. ℣. Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no morirá: la muerte no le dominará más. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Voy a Aquel que me envió: y nadie de vosotros me pregunta: ¿Dónde vas? Sino que, porque os he dicho esto, la tristeza ha llenado vuestro corazón. Pero yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya: porque, si no me fuere, el Paráclito no vendrá a vosotros: más, si me fuere, os lo enviaré a vosotros. Y, cuando venga El, convencerá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio. De pecado ciertamente, porque no han creído en mí: y de justicia, porque voy al Padre, y ya no me veréis: y de juicio, porque el príncipe de este mundo ya ha sido juzgado. Todavía tengo mucho que deciros: pero ahora no podéis entenderlo. Mas, cuando venga el Espíritu de verdad, os enseñará toda la verdad. Porque no hablará por sí mismo, sino que dirá todo lo que ha oído, y os anunciará lo que ha de venir. El me glorificará: porque lo recibirá de mí, y os lo anunciará a vosotros.

EL ANUNCIO DEL ESPÍRITU SANTO. — Los apóstoles se entristecieron cuando Jesús les dijo: "Yo me voy." ¿No lo estamos también nosotros que después de su nacimiento en Belén, le hemos seguido constantemente, gracias a la Liturgia que nos ha hecho seguir sus pasos? Todavía algunos días más, y se elevará al cielo y el año perderá ese encanto que recibía día tras día con sus acciones y con sus discursos. Con todo, no quiere que nos dejemos invadir por una excesiva tristeza. Nos anuncia que en su lugar va a descender

sobre la tierra el Consolador, el Paráclito y que permanecerá con nosotros para iluminarnos y fortificarnos hasta el fin de los tiempos. Aprovechemos con Jesús estas últimas horas; pronto será tiempo de prepararnos a recibir al huésped celestial que vendrá a reemplazarle.

Jesús, que pronunciaba estas palabras la víspera de la Pasión, no se limita a mostrarnos la venida del Espíritu Santo como la consolación de sus fieles; al mismo tiempo nos la presenta como temible para aquellos que desconocen a su Salvador. Las palabras de Jesús son tan misteriosas como terribles; tomemos la explicación de San Agustín, el Doctor de los doctores. "Cuando viniere el Espíritu Santo—dice el Salvador—convencerá al mundo en lo que se refiere al pecado." ¿Por qué? "Porque los hombres no han creído en Jesús." ¡Cuánta no será, en efecto, la responsabilidad de aquellos que habiendo sido testigos de las maravillas obradas por el Redentor no dieron fe a su palabra! Jerusalén oirá decir que el Espíritu Santo ha descendido sobre los discípulos de Jesús, y permanecerá tan indiferente como estuvo a los prodigios que le designaban su Mesías. La venida del Espíritu Santo será como el preludio de la ruina de esta ciudad deicida. Jesús añade que "el Paráclito convencerá al mundo con respecto a la justicia, porque—dice—yo voy al Padre y vosotros no me veréis más." Los Apóstoles y aquellos que cre-

yeron en su palabra serán santos y justos por la fe. Ellos creyeron en aquel que había ido al Padre, en aquel que no vieron ya en este mundo. Jerusalén, al contrario, no guardará recuerdo de El sino para blasfemarle; la justicia, la santidad, la fe de aquellos que creyeron será su condenación y el Espíritu Santo les abandonará a su suerte. Jesús dice también: "El Paráclito convencerá al mundo en lo que se refiere al juicio." Y ¿por qué?; "porque el príncipe de este mundo ya está juzgado". Aquellos que no siguen a Jesucristo tienen sin embargo un Jefe al que siguen. Este Jefe es Satanás. Así, pues, el juicio de Satanás está ya pronunciado. El Espíritu Santo advierte, pues, a los discípulos del mundo que su príncipe está para siempre sepultado en la reprobación. Que ellos reflexionen; porque añade San Agustín "el orgullo del hombre se engañaría al esperar en el perdón; que medite con frecuencia los castigos que sufren los ángeles soberbios".

En el Ofertorio el cristiano emplea las palabras de David para celebrar los beneficios de Dios para con su alma. Asocia toda la tierra a su reconocimiento y con razón; por que los favores de que es colmado el cristiano son el bien común de todo el género humano que Jesús resucitado ha llamado a tomar parte, por los Sacramentos, en las gracias de la redención.

OFERTORIO

Canta jubilosa a Dios, tierra toda, decid un salmo a su nombre: venid, y oíd, y os contaré, a todos los que teméis a Dios, cuánto ha hecho el Señor a mi alma, aleluya.

La Santa Iglesia que tiene sus delicias en la contemplación de la verdad, cuyos tesoros la prodiga Jesús resucitado, pide para sus hijos en la Secreta, la gracia de llevar una vida pura, para que puedan merecer ser admitidos a contemplar eternamente esta augusta verdad en su fuente.

SECRETA

Oh Dios, que por el sacrosanto comercio de este Sacrificio, nos has hecho partícipes de la única y suprema Divinidad: suplicámoste hagas que, así como conocemos tu verdad, así la practiquemos con costumbres dignas. Por el Señor.

La Antífona de la Comunión reproduce las palabras del Evangelio que acabamos de interpretar y en las que nos es mostrada la venida del divino Espíritu como portador al mismo tiempo de recompensa para los creyentes y de castigo para los incrédulos.

COMUNION

Cuando venga el Paráclito, el Espíritu de verdad, convencerá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio, aleluya, aleluya.

Al ofrecer sus acciones de gracias por el divino Misterio en el que acaban de participar,

la Santa Iglesia enseña a sus hijos en la Poscomunión, que la Eucaristía tiene al mismo tiempo la virtud de purificarnos de nuestros pecados y de preservarnos de los peligros a los que vivimos expuestos.

POSCOMUNION

Asístenos, Señor, Dios nuestro: para que, por estas cosas, que hemos recibido fielmente, seamos purificados de los pecados y libertados de todos los peligros. Por el Señor.

LUNES

DE LA QUINTA SEMANA DESPUES DE PASCUA

El don del Espíritu Santo. — Jesús resucitado concede un don inestimable a sus Apóstoles y de este don dimanarán dos Sacramentos. En la tarde de la Pascua se presenta de improviso en medio de sus Apóstoles: "La paz sea con vosotros—les dice—. Como mi Padre me ha enviado así yo os envío"[1]. Después alentó sobre ellos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo." ¿Qué significa este soplo que no se dirije a todo hombre sino que está reservado para algunos? Jesús lo explica inmediatamente: este soplo comunica el Espíritu Santo. El Espíritu Santo se da a los Apóstoles porque son los enviados de Jesús, del mismo modo que Jesús es el enviado del Padre.

---

[1] *S. Juan*, XX, 22.

Los Apóstoles reciben, pues, este Espíritu divino para comunicarle a los hombres del mismo modo que Jesús le ha comunicado a ellos. La tradición de la Iglesia completa el relato sucinto del Evangelio. Dos Sacramentos—como hemos dicho—tienen su origen en este acto de Jesús resucitado; su palabra ha determinado después las condiciones rituales bajo las cuales el doble misterio deberá realizarse.

La Confirmación. — El primero de estos dos Sacramentos es la Confirmación, por cuya institución nosotros damos hoy gracias; el segundo es el Orden, cuya dignidad consideraremos dentro de algunos días; uno y otro patrimonio glorioso del carácter episcopal que encierra para nosotros la fuente de dones que fueron conferidos a los Apóstoles para la santificación del hombre.

Es tal la importancia del Sacramento de la Confirmación para los fieles, que aquel que no ha sido señalado con él no puede ser considerado como cristiano perfecto. Ciertamente goza en virtud de su bautismo de las prerrogativas de hijo de Dios, de miembro de Jesucristo, de hijo de la Iglesia; pero el cristiano es un hombre de lucha; debe confesar su fe, ya delante de los tiranos hasta dar su sangre, ya en presencia del mundo, cuyas máximas seductoras o imperiosas buscarán llevarle a la defección, ya contra los

demonios cuya hostilidad es temible para los servidores de Cristo. El sello del Espíritu Santo impreso sobre su alma le confiere un cierto grado de fortaleza que no le da el bautismo; de ciudadano de la Iglesia que es, la Confirmación le hace Caballero de Dios y de su Cristo. Podemos ciertamente combatir y vencer con sola la armadura del Bautismo; Dios nos ha asegurado el poder, porque El sabe que el Sacramento que perfecciona al cristiano no está siempre a su alcance; pero desgraciado el imprudente que descuida la ocasión de obtener el complemento de su Bautismo. En el Sábado Santo hemos visto con qué solicitud el Obispo, cuando administraba en ese día el sacramento de la regeneración, completaba su obra dando el Espíritu Santo a todos aquellos que acababa de regenerar en el Hijo y de recibir la adopción del Padre.

Al Pontífice, en efecto, es a quien pertenece decir a todos nuestros neófitos: "Recibid el Espíritu Santo." La dignidad de este divino Espíritu no exige menos; y si a veces a causa de la necesidad, un sacerdote es llamado por el Vicario de Cristo para administrar este Sacramento, no puede realizarle de una manera válida sino con tal de emplear el crisma consagrado por el Obispo; de manera que el poder del Pontífice debe destacarse siempre en primer lugar.

¡Cuán sublime es el instante en que el Espíritu de fortaleza que confirmó a los mismos

Apóstoles, desciende sobre los neófitos arrodillados en torno al Obispo! Los brazos del Pontífice se extienden sobre ellos; derrama sobre sus almas este Espíritu que él ha recibido para comunicarle, y para que nada falte a la solemnidad del don que les va hacer, recuerda la profecía de Isaías que anuncia la bajada del Espíritu sobre el retoño de Jessé que eleva su tallo del seno de las ondas del Jordán. "¡Oh Dios!—dice—que has regenerado a tus siervos en el agua del Espíritu Santo, envía ahora del cielo sobre ellos este Espíritu con sus siete dones: Espíritu de sabiduría y de inteligencia, Espíritu de consejo y de fortaleza, Espíritu de ciencia y de piedad, Espíritu de temor de Dios; señálales ahora con el sello de la cruz de Cristo"[1]. Entonces aparecerá el Santo Crisma, cuyas grandezas hemos celebrado el Jueves Santo. Tal es el Sacramento del Crisma—para hablar el lenguaje de la antigüedad—del Crisma en el que reside la virtud del Espíritu Santo. El Pontífice señala con él la frente de cada neófito y el Espíritu Santo imprime al mismo tiempo sobre sus almas el sello de la perfección del cristiano. Vedlos confirmados para siempre. Si escuchan, pues, la voz del Sacramento que está incorporado a ellos ninguna prueba, ningún peligro superará su valentía. El óleo con que ha sido trazada la cruz sobre su frente le ha comunicado esta fortaleza

[1] Pontifical romano, *De confirmandis. Isaías,* XI.

diamantina que recibió la frente del Profeta y que desafiaba todos los dardos de sus adversarios [1].

Ciertamente para el cristiano la fortaleza es la salvación; porque la vida del hombre es un combate [2]. Sean, pues, dadas alabanzas a Jesús resucitado que previendo los asaltos que nos veríamos obligados a sostener, no ha querido que permaneciésemos desiguales en la lucha, y nos ha dado en el Sacramento de la Confirmación este Espíritu que procede de él y del Padre, para que fuese nuestra fortaleza invencible. Agradezcámosle hoy el haber completado en nosotros de este modo la gracia bautismal. El Padre que se dignó adoptarnos, entregó a su propio Hijo por nosotros; el Hijo nos da el Espíritu para habitar entre nosotros: ¿qué creatura sino el hombre ha sido de este modo objeto de las complacencias de la Trinidad? Pero por desgracia el hombre es pecador, infiel; con frecuencia tantos maravillosos socorros son dispensados sobre él en vano. Tributemos homenaje a la divina bondad, manteniéndonos unidos a la Santa Iglesia; celebremos con ella con toda la efusión de nuestros corazones los misterios de misericordia que el Año litúrgico va poniendo sucesivamente ante nuestras miradas.

---

[1] *Ezequ.*, III, 9.
[2] *Job*, VII, 1.

MARTES

DE LA QUINTA SEMANA DESPUES DE PASCUA

LA SAGRADA EUCARISTÍA. — El tercer Sacramento—el de la Eucaristía—tiene una relación muy íntima con la Pasión del Salvador, ya que su institución estuvo retardada hasta después de la resurrección. Hemos honrado en el Jueves Santo, el acto por el cual Jesús preludió el Sacrificio sangriento del día siguiente, al inaugurar el misterio de su Cuerpo y de su Sangre, verdaderamente inmolados en la Cena Eucarística. No solamente hemos visto a los Apóstoles admitidos a participar, en nombre de todas las generaciones que seguirán hasta el fin de los siglos, del alimento celestial "que da la vida al mundo"[1], sino que también hemos oído al Sacerdote eterno conferirles el poder de hacer en adelante lo que acababa de hacer El mismo. El misterio está establecido para siempre, el sacerdocio nuevo instituído; y Jesús resucitado no hace sino instruir a sus Apóstoles sobre la naturaleza y la importancia del don que se dignó hacer a los hombres en esta circunstancia, y sobre la manera de ejercer el poder que les ha conferido, cuando el Espíritu Santo bajado del cielo dé a la Iglesia el signo de usar de todas sus prerrogativas.

En la última Cena, los Apóstoles todavía groseros, preocupados del acontecimiento que se

[1] *S. Juan*, VI, 33.

iba a revelar, inquietos por las palabras de su Maestro que les había advertido que esta Pascua sería la última que celebraría con ellos, no podían comprender todo lo que Jesús había hecho por ellos, cuando les dijo: "Tomad y comed; esto es mi cuerpo; bebedlo todos; esto es mi sangre." Menos aún habían podido darse cuenta de la amplitud del poder que habían recibido de renovar el misterio que acaba de operarse ante sus ojos. Era a Jesús resucitado a quien pertenecía revelar estas maravillas y lo hace en los días en que nos encontramos. El Sacramento de la Eucaristía no es ahora instituído, pero es declarado, expuesto, glorificado por la misma boca de su divino Institutor; y ésta circunstancia contribuye a hacer más sagrado todavía el período que transcurrimos en este momento.

Entre todos los Sacramentos no hay ninguno que se le pueda comparar en dignidad; los otros nos transmiten la gracia, pero este contiene al autor mismo de la gracia; los otros son solamente Sacramentos, y este es a la vez un Sacramento y un Sacrificio. Procuraremos desenvolver todas las magnificencias en la fiesta del Santísimo Sacramento. Hoy solamente debemos rendir el homenaje de nuestras adoraciones y de nuestro amor a Jesús, "el pan vivo que da la vida al mundo"[1] y proclamar su solicitud por sus ovejas, que El parece abandonar para volver a

[1] *S. Juan*, VI, 33, 41.

su Padre, y en medio de las cuales le retiene su amor bajo este misterio, en el que su presencia, aunque invisible, no es menos real.

Te bendecimos, pues, Hijo eterno del Padre que en los divinos oráculos de la antigua alianza, no has ya revelado que "tus delicias es estar con los hijos de los hombres"[1]. Nos lo mostráis hoy por este Sacramento que concilia vuestra ausencia anunciada y vuestra permanencia constante en medio de nosotros.

Te bendecimos por haber querido alimentar nuestras almas como alimentas nuestros cuerpos. En tiempo de Navidad te hemos visto nacer en Belén, que significa la *casa de Pan.* Eras un Salvador que nacía entonces por nosotros y era al mismo tiempo un alimento que descendía del cielo para nuestras almas.

Te bendecimos a ti que no contento de haber obrado en la última Cena el más admirable de los prodigios, convirtiendo el pan en tu cuerpo y el vino en tu sangre, quieres también que esta maravilla se renueve en todos los lugares y hasta el fin de los tiempos, para sostener y consolar nuestras almas. Te bendecimos por no haber puesto ningún límite a nuestro deseo para recurrir a este Pan de vida; sino al contrario, de habernos animado para hacer de El nuestro sustento habitual, para que no llegásemos a desfallecer en el camino de esta vida.

[1] *Prov.,* VIII, 31.

Te bendecimos por la generosidad con la que has expuesto hasta tu honor para comunicarnos a nuestras almas, resignándote a las blasfemias de los herejes, a las profanaciones de los malos cristianos, a la indiferencia de los tibios.

Te bendecimos, Cordero divino, que sellas la nueva Pascua por la efusión de tu sangre y convocas al nuevo Israel a sentarse en la mesa en que se ofrece tu cuerpo sagrado para alimento de tus fieles, que vienen a beber la vida en su misma fuente, y tomar su parte de alegrías inefables de tu Resurrección.

Te bendecimos, oh Jesús, por haber instituído, en la Eucaristía, no solamente el más noble de los Sacramentos, sino también el más augusto de todos los Sacrificios, aquel por el que podemos ofrecer a la eterna majestad el único homenaje digno de ella, presentarla una acción de gracias proporcionada a sus beneficios, dar una reparación sobreabundante por nuestros pecados, finalmente, pedir y obtener todas las gracias de que tenemos necesidad en nuestra vida.

Te bendecimos, oh Emmanuel, que en los días de tu vida mortal, has prometido darnos este pan y esta bebida; que, la víspera en que debías sufrir, te has dignado dejar este divino Sacramento como el Testameto de tu amor, y que en las últimas horas de tu estancia visible aquí abajo, has manifestado sus excelencias a tus

Apóstoles para que nuestra fe se elevase a la altura del don que nos hacíais.

Te ofrecemos este homenaje de la fe a tu palabra, ¡oh divino Resucitado! Te confesamos que en este misterio el pan se cambia en tu Cuerpo y el vino en tu Sangre; y nosotros lo creemos así porque lo has dicho y porque nadie es superior a tu poder.

MIERCOLES

DE LA QUINTA SEMANA DESPUES DE PASCUA

EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA. — La misericordia del Redentor ha dado origen al cuarto de los Sacramentos, cuyas maravillas vamos a contemplar hoy. Jesús conocía la debilidad del hombre: sabía que en la mayor parte, la gracia recibida en el Bautismo no se conservaría y que el pecado vendría con mucha frecuencia a tronchar esta planta que el rocío del cielo había alimentado, y que después de su crecimiento y de su floración, debía ser trasplantada a los jardines de la eternidad. ¿No habría ya esperanzas de que reviviese esta flor antes tan delicada, ahora marchita como la hierba del campo que ha caído bajo la guadaña? Solamente aquel que la produjo puede tornarla a la vida. ¡Oh prodigio de bondad!, así se ha dignado hacerlo. Más celoso de la salvación del pecador que de la propia

gloria ha preparado—como dicen los Padres— una segunda tabla para el segundo naufragio. El Bautismo había sido la primera después del primer naufragio; pero el pecado mortal sumergió de nuevo al alma en el abismo. En adelante, vuelta a caer en poder de su enemigo, gime bajo las ligaduras que se siente incapaz de romper y estas ligaduras la encadenan para la eternidad.

En los días de su vida mortal, Jesús, que había venido "no para juzgar al mundo sino para salvarle"[1], anunció en su compasión por las almas que venía a rescatar, que estos lazos trenzados por la ingratitud del pecador, cederían ante un poder que El se dignaría establecer un día. Hablando a sus Apóstoles les declaró "que todo lo que ellos hubieren desligado sobre la tierra sería al mismo tiempo desligado en el cielo"[2]. Después de estas palabras tan solemnes, Jesús ofreció su sacrificio sobre la cruz; su sangre de valor infinito corrió para la expiación sobreabundante de los pecados del mundo. Redentor como este no puede olvidar la promesa que hizo. Al contrario, nada le llega tan al corazón como su cumplimiento; porque El conocía los peligros que corría nuestra salvación. La misma tarde de su Resurrección, se aparecía a sus Apóstoles y en las primeras palabras que les dirige se apresura a manifestar la promesa que hizo

[1] S. *Juan*, XII, 47.
[2] S. *Mat.*, XVIII, 18.

antes. Se siente en El como una misericordiosa impaciencia por no dejar al hombre por más tiempo en estos lazos humillantes en que se vió atado. A penas ha derramado en sus almas el Espíritu Santo alentando sobre ellos, cuando inmediatamente añade: "Aquellos a quienes perdonéis los pecados, les son perdonados"[1]. Y observad aquí con toda la Iglesia, la energía de estas palabras: "les *son* perdonados". Jesús no dice: "les *serán* perdonados". No es ya la promesa, es el don mismo. Los Apóstoles no han hecho todavía uso del poder que Jesús les confiere, y ya todas las sentencias de absolución que ellos y sus sucesores en este noble ministerio den hasta el fin de los siglos, son confirmadas en el cielo.

¡Glorifiquemos, pues, a Jesús Resucitado que se ha dignado abajar todas las barreras de su justicia, para dejar paso libre a su misericordia! Que toda criatura humana cante en su honor este bello cántico en que David entreviendo las maravillas que debían aparecer en la plenitud de los tiempos celebraba esta *Remisión de los pecados,* de la que los Apóstoles debían hacer uno de los artículos de su Símbolo: "Alma mía bendice al Señor; y todo lo que hay en mí bendiga su santo nombre; porque El es quien perdona todos tus pecados; quien cura todas tus dolencias y quien te rescata de la muerte."

---

[1] *S. Juan,* XX, 23.

"Como el águila recobrarás tu primera juventud; porque el Señor es misericordioso hasta el summum y su ira no es eterna contra nosotros. No quiso tratarnos conforme a nuestros pecados, y ahora nuestras iniquidades están lejos de nosotros como el oriente del ocaso."

"Como un padre se compadece de sus hijos, así el Señor tiene piedad de aquellos que le temen; porque conoce la arcilla de que fuimos formados. Sabe que no somos más que polvo, que la vida del hombre tiene la duración de la hierba del campo. Sabe que el hálito que nos anima pasa en un momento y poco tiempo después, ya no se encuentra vestigio del hombre aquí abajo. Mas la misericordia del Señor está en relación con su eternidad; y hasta el fin se digna ofrecerla a aquellos que le temen. Bendice, pues, al Señor, oh alma mía!"[1].

Pero nosotros, hijos de las promesas, conocemos aún mejor que David la extensión de las misericordias del Señor. Jesús no se contentó con decirnos que el pecador que recurre con humilde arrepentimiento a la divina Majestad en lo más alto de los cielos podrá obtener su perdón; ya que no siendo posible la respuesta de misericordia, con mucha frecuencia una ansiedad terrible vendría a dificultar nuestra esperanza, encargó a los hombres tratar con nosotros en su nombre. "Para que toda criatura

[1] *Salm.* CII.

sepa que el Hijo del hombre tiene el poder de perdonar los pecados sobre la tierra"[1] dió poder a sus delegados de pronunciar sobre nosotros una sentencia de absolución que nuestros mismos oídos podrían oír y que llevaría hasta el fondo de nuestras almas arrepentidas la dulce confianza del perdón.

¡Oh Sacramento inefable por la virtud del cual el cielo—que sin él hubiera quedado casi desierto—es poblado de innumerables elegidos, "que cantarán eternamente las misericordias del Señor"![2]. ¡Oh poder irresistible de las palabras de la absolución que toman su fuerza infinita de la sangre de la Redención, y arrastran en pos de ella todas las iniquidades que van a perderse en el abismo de las divinas misericordias! La eternidad de dolores hubiera arrojado sobre estas iniquidades todas sus olas de fuego, sin otorgarnos la expiación; y bastó la palabra sacerdotal: *Yo te absolvo,* para disiparlas para siempre.

Tal es el Sacramento de la Penitencia, en el que el hombre, en retorno de la humilde confesión de sus pecados y del pesar sincero de haberlos cometido, encuentra el perdón, y no una sola vez en su vida, sino siempre; no para cierto género de pecados, sino para todos. Satanás, envidioso contra el género humano rescatado

---

[1] *S. Luc.* V, 24.
[2] *Sal.*, LXXXVIII.

por un Dios, ha querido arrebatar este don al hombre, quitándole la fe en este inefable beneficio de Jesús resucitado. ¿Cuánto no ha dicho la herejía contra este Sacramento? Primeramente pretendió que oscureciera la gloria del Bautismo, mientras que al contrario, él la honra al renovarla sobre las ruinas del pecado. Más tarde exigió como absolutamente necesario para el Sacramento disposiciones de tal modo perfectas, que la absolución encontrase al alma reconciliada con Dios: emboscada peligrosa en que el jansenismo hizo caer a gran número de cristianos, perdiendo a los unos por el orgullo y a los otros por la desconfianza. Finalmente, ha producido este dicho hugonote, con mucha frecuencia repetido en nuestra sociedad incrédula: "Yo confieso mis pecados a Dios"; como si Dios ofendido no fuese dueño de fijar las condiciones a las que quiere someter la ofensa.

Los Sacramentos no pueden ser aceptados sino por la fe; y debe ser así porque son divinos; pero este de la Penitencia es tanto más apreciado para el creyente porque humilla más profundamente su orgullo, al obligarle a pedir al hombre lo que Dios hubiera podido darle directamente. "Id y presentaos a los sacerdotes"[1], dice Jesús a los leprosos curados; debemos encontrar muy lógico que proceda de la misma manera al tratarse de la lepra de las almas.

[1] *S. Luc.*, XVII, 14.

JUEVES

DE LA QUINTA SEMANA DESPUES DE PASCUA

La Extrema-Unción. — Jesús ha provisto en los cuatro primeros Sacramentos a las diversas necesidades espirituales del hombre durante su vida. El Bautismo es el nacimiento del fiel, la Confirmación le arma para el combate, la Eucaristía es su alimento, la Penitencia su remedio; pero el último momento de la vida, el más grave y el más transcendental de todos, aquel que decide la eternidad para cada uno de nosotros ¿no se diría que exige un socorro sacramental de un género nuevo? El paso de esta existencia a aquella que la va a seguir, esta hora de angustias y de esperanzas, ¿nos motivará a lamentar que el Redentor no pensó en asistirles con su protección por la institución de un rito destinado a producir el socorro especial que necesita el moribundo en este momento de necesidad extrema? Jesús todo lo ha provisto, y la gracia de la Redención revistió una nueva forma para visitarnos y fortificarnos en esta última crisis.

Antes de su Pasión mostró un índice de lo que meditaba para el futuro.

Al enviar a sus discípulos delante de El para preparar a los pueblos a su predicación, les recomendó ungiesen a los enfermos con óleo; y los discípulos, fieles a la orden de su Maestro, man-

daban a los enfermos después de emplear este remedio misterioso, levantarse de sus lechos, curados y consolados [1]. Pero cuando, después de su Resurrección, nuestro divino Redentor se ocupa de dotar a su Iglesia, entonces, para aligerar, los dolores futuros de esta madre común, asegura a sus hijos moribundos la dulce consolación del Sacramento establecido únicamente para ellos.

El aceite es el símbolo de la fuerza; el atleta que quería luchar en la arena se daba masajes en sus miembros para hacerles más ágiles y flexibles. Por esta razón Jesús lo escogió como elemento sacramental, cuando quiere asegurar a nuestra alma regenerada por el bautismo el vigor que necesita en la lucha por la salud. La hora de la muerte es también un combate y este combate es el más temible de todos. En este momento Satanás, al vérsele escapar la presa codiciada durante toda una vida, redobla los esfuerzos para arrebatarla. El hombre al borde de los abismos de la eternidad, está rodeado de continuo por los ataques de una confianza presuntuosa y de un desaliento contra la esperanza. Dentro de algunos instantes se va a encontrar a los pies del juez cuya sentencia es inapelable, y las secuelas del pecado retienen todavía los movimientos de su alma. ¿Cuál será su fuerza en esta última lucha que va a decidir del éxito final de todas las que la han precedido en la vida?

[1] *S. Marc.*, VI, 13.

¿No es tiempo de que Jesús venga en su socorro con un Sacramento que pueda comunicar a su atleta fuerzas iguales al trance? El viene, y su mano ha preparado el óleo de la última Unción, no menos poderosa que el de la primera; aplicación suprema de la sangre redentora "que corre tan abundantemente con este precioso líquido"[1].

EFECTOS DEL SACRAMENTO. — Y ved los efectos de esta unción que el Apóstol Santiago, instruído por el mismo Salvador, nos describe en su Epístola. Es "la remisión misma de los pecados"[2]; de esos pecados que la conciencia, aún la delicada, no había considerado y que con todo pesan sobre el alma; de esas secuelas del pecado perdonado en cuanto a la culpa, pero cuyas cicatrices no están enteramente cerradas y ejercían aún una influencia maligna. El óleo santo va recorriendo misericordiosamente cada uno de los sentidos, que a su vez se proclaman pecadores y reciben a sí sucesivamente para purificación que les conviene. Estas puertas abiertas tan peligrosamente por el lado del mundo se cierran una tras otra, y el alma se vuelve con plena atención hacia la eternidad. Ahora viene el enemigo; sus ataques no arrebatarán la presa. Contaba con un adversario plenamente terrestre, herido

[1] Bossuet, *Oraison fuêbre d'Henriette d'Angleterre.*
[2] *Santiaga*, V, 15.

ya en cien combates, y se encuentra con un atleta del Señor lleno de vigor y preparado para la defensa. El divino Sacramento ha obrado esta transformación.

Pero es tal la amplitud de los efectos de esta unción sacramental, que habiendo sido instituída principalmente para la renovación de las fuerzas del alma, ha recibido también la virtud de restablecer las fuerzas del cuerpo y de devolver la salud a los enfermos. Esto es lo que nos enseña el mismo Apóstol Santiago. "El Señor —nos dice— dará el alivio al enfermo, que encontrará su curación en la eficacia de la oración de la fe." La fórmula que acompaña cada unción en este Sacramento tiene, pues, la virtud de restaurar las fuerzas físicas del hombre, al mismo tiempo que destruye los restos del pecado, principal causa de las miserias del hombre tanto en su cuerpo como en su alma. Tal es el sentido de las palabras de Santiago interpretadas por la Iglesia; y la experiencia nos demuestra también con bastante frecuencia que el divino Autor de este Sacramento no ha olvidado la doble promesa con que se ha dignado enriquecer este rito. Por eso en esta confianza, el sacerdote, después de haber hecho las unciones sobre los miembros del enfermo, se dirige después a Dios, para pedir le devuelva las fuerzas corporales a aquel cuya alma acaba de experimentar el poder del celestial remedio; y la Santa

Iglesia considera de tal modo fundado sobre la palabra de Cristo el efecto sacramental de la Extrema-Unción, en cuanto al alivio del cuerpo, que no cuenta entre los milagros propiamente dichos las curaciones obradas por este Sacramento.

Ofrezcamos, pues, al vencedor de la muerte el homenaje de nuestro reconocimiento ante este nuevo beneficio de su compasión para sus hermanos. El se ha dignado pasar por todas nuestras miserias; ni de la misma muerte—como hemos visto—se ha exceptuado, y las angustias de la agonía no se las ha perdonado. Cuando sobre el árbol de la cruz era presa de todas las angustias del pecador moribundo—aunque fuese la misma santidad—se dignó pensar en el último combate, y en su bondad dirigió sobre los cristianos agonizantes su sangre preciosa. Este es el origen del Sacramento de la Extrema-Unción que promulga en estos días y por el cual le presentamos hoy nuestras humildes acciones de gracias.

VIERNES

DE LA QUINTA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

El Sacramento del Orden. — Hemos contemplado al Redentor instituyendo las ayudas sacramentales por las cuales el hombre es elevado y mantenido en el estado de la gracia santificante desde el momento de su entrada en este

mundo hasta aquel de su paso a la visión eterna de Dios. Nos falta ahora considerar el sublime Sacramento que Jesús ha establecido para ser la fuente de la que emana sobre los hombres esta gracia divina que toma todas las formas y se adapta a todas nuestras necesidades.

El Orden es este Sacramento, y es así llamado porque es comunicado por etapas diferentes a los miembros de la Iglesia que son honrados con él. Del mismo modo que en el cielo los santos ángeles están escalonados según diversos rangos distintos en luz y en poder, de manera que los rangos superiores influyen sobre aquellos que les son inferiores, del mismo modo en el Sacramento del Orden, todo está *ordenado* conforme a una armonía semejante, de manera que el grado superior influye sobre aquel que está bajo este poder y esta luz que es la propiedad de la Jerarquía eclesiástica.

Jerarquía significa Principado sagrado. Este principado aparece en el Sacramento del Orden por tres grados: Episcopado, Presbiterado y Diaconado, en el que debemos comprender las Ordenes inferiores que han sido separadas. Se llama a este conjunto Jerarquía de Orden, para distinguirla de Jerarquía de jurisdicción. Esta última, destinada al gobierno de la sociedad cristiana, se compone del Papa, los Obispos y de los miembros del clero inferior, en los cuales ellos delegan una parte de su poder de gobierno. He-

mos visto cómo esta Jerarquía toma su origen en el acto por el que Jesús, Pastor de los hombres, dió a Pedro las llaves del Reino de Dios. La Jerarquía del Orden, ligada íntimamente a la primera, tiene por objeto la santificación de los hombres por los dones de la gracia que es depositaria aquí abajo.

En la tarde de la Pascua—como lo hemos recordado muchas veces—Jesús se presenta a sus Apóstoles y les dice: "Como mi Padre me envió, así yo os envío a vosotros." Así pues, el Padre ha enviado a su hijo para que fuese el Pastor de los hombres, y hemos oído a Jesús decir a Pedro que apacentase los corderos y las ovejas. El Padre envió a su Hijo para que fuese el doctor de los hombres y hemos visto a Jesús confiar a sus Apóstoles el depósito de verdades que serán objeto de nuestra fe. Pero el Padre ha enviado a su Hijo para ser también el Pontífice de los hombres; es necesario, pues, que Jesús deje sobre la tierra—para que sea ejercido hasta el fin de los tiempos—este cargo de Pontífice que ha ejercido él mismo en toda su plenitud. Así pues. ¿Quién es el Pontífice? Es el intermediario entre el cielo y la tierra; él es el que une al hombre con Dios, el que ofrece el sacrificio para que la majestad divina sea honrada y el pecado del hombre reparado; él es quien purifica la conciencia del pecador y le hace justo; él, en fin, quien le une a Dios por los misterios de que es dispensador.

Jesús, nuestro Pontífice, ha realizado todas estas cosas por orden del Padre; pero el Padre quiere que se perpetúen en la tierra, cuando su Hijo ascienda a los cielos. Es necesario, pues, que Jesús comunique a algunos hombres su cualidad de pontífice por un Sacramento especial, lo mismo que ha conferido a todos los fieles el honor de ser sus miembros en el bautismo. El Espíritu Santo obrará en este nuevo misterio, en cada uno de los grados del Sacramento. Esta intervención totalmente divina produjo la presencia del Verbo encarnado en el seno de la Virgen y será la que imprimirá sobre el alma de aquellos fueren presentados el carácter augusto de Jesús, el Sacerdote eterno. Así hemos visto a nuestro divino Redentor—después de las palabras que acabamos de recordar—enviar su hálito sobre los Apóstoles y decirles: "Recibid el Espíritu Santo", mostrando de este modo que por una infusión especial del Espíritu del Padre y del Hijo estos hombres son puestos en estado "de ser enviados por el Hijo, como el Hijo mismo fué enviado por el Padre."

Pero no será por la insuflación—que está reservada al Verbo—, principio de vida por la que los apóstoles y sus sucesores conferirán este nuevo sacramento. Ellos impondrán las manos sobre aquellos que fueren elegidos para este cargo y este honor. En este momento el Espíritu divino cubrirá con su sombra estos que fuesen se-

leccionados y destinados a esta iniciación suprema. La trasmisión del don celestial se trasmitirá de este modo de generación en generación, según los grados respectivos conforme a la voluntad de la Jerarquía por la cual y con la cual el Espíritu Santo obra; y cuando Jesús descienda para juzgar al mundo, encontrará trasmitido e intacto sobre la tierra este carácter que él mismo imprimió en sus Apóstoles cuando les confirió su Espíritu.

La Jerarquía. — Contemplemos con amor esta escala luminosa de la Santa Jerarquía que Jesús erigió para conducirnos hasta el cielo. En la cumbre y dominando los otros tramos, resplandece el Episcopado que contiene en sí mismo la plenitud del Orden, con la fecundidad para producir nuevos Pontífices, nuevos Sacerdotes y nuevos Diáconos. El poder de ofrecer el Sacrificio reside en él, descansan en sus manos las llaves para abrir y cerrar el cielo; tiene poder sobre todos los Sacramentos, le pertenecen la consagración del crisma y del óleo Santo, y no solamente bendice sino que consagra.

Debajo de él aparece el Sacerdote que es su hijo, que ha engendrado por la imposición de sus manos; el sacerdote, cuyo carácter es tan augusto, pero que con todo no posee la plenitud del Hombre-Dios. Sus manos—por santas que sean—no han recibido la fecundidad para producir

otros sacerdotes; bendice pero no consagra; recibe del Obispo el Crisma sagrado que es impotente de confeccionar. Con todo, su dignidad es grande, porque reside en él el poder de ofrecer el Sacrificio, y su hostia divina es la misma que la del Pontífice. Perdona los pecados a los fieles que el Pontífice ha colocado bajo sus cuidados. Le está confiada la administración solemne del bautismo, cuando el Obispo no la ejerce por sí mismo, y la Extrema-Unción le compete como propia.

El grado inferior es el del Diácono, que es el ayudante del sacerdote conforme a la significación de su nombre. Falto del sacerdocio, no puede ofrecer el sacrificio, no puede perdonar los pecados, no puede dar la Unción a los moribundos; pero asiste y sirve al sacerdote en el altar y penetra hasta en la nube misteriosa donde se realiza el augusto misterio. Los fieles le oyen leer con solemnidad el Santo Evangelio desde la prominencia del ambón. Está confiada a su guarda la Santa Eucaristía y podría, a falta de Sacerdote, distribuirla al pueblo. En el mismo caso, podría administrar el Bautismo solemnemente, ha recibido el poder de anunciar al pueblo la divina palabra.

Estos son los tres grados de la Jerarquía del Orden, correspondiendo, según la doctrina de Dionisio Areopagita, a los tres grados por los que el hombre llega a unirse con Dios: la purificación, la iluminación, y la perfección. Al Diácono toca

preparar al catecúmeno y al pecador, instruyéndoles en la palabra divina que les librará de los errores del espíritu, y le hará concebir el arrepentimiento de sus faltas con el deseo de verse libre de ellas; al sacerdote iluminar estas almas, hacerlas luminosas para el Bautismo, la remisión de los pecados, la participación en la hostia sagrada; al Obispo derramar en ellas los dones del Espíritu Santo, y elevarlas por la contemplación de lo que es en sí mismo, hasta la unión con Jesucristo, de quien él posee el completo carácter de Pontífice. Este es el Sacramento del Orden, medio esencial de salvación para los hombres, canal esencial de las gracias de la Encarnación, y que perpetúa sobre la tierra la presencia y la acción del Redentor.

Demos gracias a Jesús por este beneficio, y honremos como al tesoro de la tierra este Sacerdocio nuevo que inauguró en sí mismo, y que después confía a los hombres encargados de continuar en su plenitud la misión que el Padre le había dado. La acción sacramental es el gran móvil del mundo; está entre las manos del Sacerdote. Pidamos por estos que son establecidos en estos rangos temibles; porque estos grados son plenamente divinos y aquellos que les ocupan no son más que hombres. No forman una tribu, un linaje, como el sacerdocio de la antigua Alianza; la imposición de las manos les en-

gendra de toda raza; de cualquier familia, e inferiores por naturaleza a los Angeles, son superiores a ellos por sus funciones.

SABADO

DE LA QUINTA SEMANA DESPUES DE PASCUA

El Matrimonio. — En este día consagrado a María, abriremos el Santo Evangelio y leeremos estas palabras: "Se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la Madre de Jesús estaba allí"[1]. El relato añade que Jesús y sus discípulos fueron también invitados a estas bodas: pero no sin razón profunda el Espíritu Santo que guiaba la mano del Evangelista, ha querido que antes mencionase a María. Quería enseñarnos que esta Madre de los hombres extiende su protección sobre la alianza conyugal, cuando esta alianza es contraída bajo la mirada y con la bendición de su hijo.

El matrimonio es grande a los ojos del mismo Dios. El lo estableció en el Paraíso terrenal en favor de nuestros primeros padres aún inocentes y determinó en aquel día las condiciones, declarando que la unidad sería su base, que la mujer no perteneciese más que a un solo hombre y el hombre a una sola mujer; pero no manifestó entonces el modelo glorioso que esta noble uni-

[1] *S. Juan,* II, 1.

dad debía reproducir. Habiendo resuelto hacer salir de un mismo tronco, por generación sucesiva, todos los miembros de la familia humana, a diferencia de los ángeles que no han procedido los unos de los otros, sino que han sido creados simultáneamente, el Creador ha contado con el matrimonio para la realización de sus designios. Los elegidos de los que quiere formar su corte en los cielos, que deben reforzar los coros de los Espíritus bienaventurados diezmados por la defección de los ángeles caídos, los obtendría por medio del matrimonio. Por eso le bendice en los primeros días del mundo, con una bendición permanente, que como nos lo enseña la Iglesia en la Liturgia, "no ha sido abolida, ni por la sentencia que el Señor pronunció en un principio contra el hombre pecador, ni por las aguas *vengadoras* del diluvio"[1].

Decadencia del Matrimonio. — Pero aún antes que este segundo castigo cayese sobre nuestra raza pecadora, a lo largo de este primer período en que "toda carne había corrompido su camino"[2], el matrimonio cayó de la elevación en que el Creador le había colocado. Desviado de su noble fin, abajado al nivel de una vulgar satisfacción de los sentidos, pierde la unidad sagrada que constituía su gloria. La poligamia por una

[1] Misal romano.
[2] *Gén.*, VI, 12.

parte, el divorcio por otra, vienen a quitarle su carácter primitivo; de aquí la destrucción de la familia vergonzosamente sacrificada al placer, de aquí también la degradación de la finalidad de la mujer, reducida a no ser más que un objeto de codicia. La lección del diluvio no estacionó esta decadencia entre los descendientes de Noé; no tardó en volver a sus caminos de degradación, y la ley de Moisés no tuvo en sí misma la energía necesaria para hacer remontar el Matrimonio a la dignidad de su Institución primera.

REHABILITACIÓN DEL MATRIMONIO. — Se necesitaba para esto que el autor divino de la alianza conyugal descendiese a la tierra. Cuando las miserias de la humanidad colmaron la medida, apareció en medio de los hombres, habiendo tomado en sí mismo nuestra naturaleza, y declaró que era el Esposo [1], aquel que los Profetas y el Cantar de los Cantares habían anunciado que vendría un día a tomar Esposa entre los mortales. Esta esposa que él ha escogido es la Iglesia, es decir la humanidad purificada por el bautismo y adornada de los dones sobrenaturales. El ha dotado de su sangre y de sus méritos y está unido a ella hasta la eternidad. Esta esposa es única en su amor, la llama con este nombre: "mi

[1] *S. Mat.*, IX, 15.

única"[1]. Y ella jamás reconocerá otro esposo que no sea él. De este modo se revela el modelo divino de la alianza conyugal que, —como nos enseña el apóstol—toma su grandeza en la unión de Cristo con su Iglesia[2]. El fin de estas dos alianzas es común y se concatenan la una con la otra. Jesús ama a su Iglesia con amor de Esposo, pero su Iglesia procede del matrimonio humano que le da sus hijos, y la renueva sin cesar sobre la tierra. Jesús debía, pues, elevar el matrimonio, devolverle a sus condiciones primeras, honrarle como el potente auxiliar de sus designios.

En primer lugar—como hemos visto en el segundo Domingo después de Epifanía—cuando quiere inaugurar su ministerio por el primero de sus milagros, escoge la sala nupcial de Caná. Al aceptar la invitación de asistir a las bodas a las que su Madre ya había sido invitada, demuestra que quiere elevar por su presencia la dignidad del contrato sagrado que debe unir a los dos esposos, y que la bendición del Paraíso terrenal se renueve en su favor. Ahora que El ha comenzado a manifestarse como el Hijo de Dios a quien la naturaleza obedece, va a inaugurar su predicación. Sus enseñanzas—que tienen como término conducir al hombre a los fines de su creación, se aplicarán con frecuencia y expresamente a la rehabilitación del Matrimonio. Proclamará el

[1] *Cat.*, VI, 8.
[2] *Efes.*, V, 32.

principio de la unidad, haciendo referencia a la institución divina. Repetirá con autoridad las palabras de un principio: "Que sean dos en una misma carne"; dos y no tres, y no diez. Al proclamar la indisolubilidad del vínculo sagrado, declarará que la infidelidad de uno de los esposos ultraja este vínculo, pero no le rompe; porque —dice—"el hombre no puede separar lo que el mismo Dios ha unido"[1]. De este modo se establece la familia en sus verdaderas condiciones; de este modo se abroga la libertad degradante de la poligamia y del divorcio, monumentos de la dureza del corazón del hombre que no había conocido aún la visita de su Redentor. Así florecerá la alianza del hombre y de la mujer, alianza en la que todo atrae, en la que nada repudia la gracia de lo alto, alianza fecunda a la vez para la Iglesia de la tierra y para la del cielo.

El Sacramento del Matrimonio. — Con todo, la munificencia del Señor resucitado con respecto al Matrimonio, no se contenta con renovar la esencia alterada por la flaqueza de los hombres. Hace aún más. Este contrato solemne e irrevocable por el que el hombre toma a la mujer por esposa, y la mujer toma al hombre por esposo, le eleva para siempre a la dignidad de Sacramento. En el momento en que dos cristianos contratan esta alianza que les liga para siempre,

[1] *S. Mat.*, XIX, 6.

una gracia sacramental desciende sobre ellos, y viene a cerrar el nudo de su unión que inmediatamente pasa al rango de las cosas sagradas. Ante esta maravilla el apóstol exclama: ¡"Cuán grande es este misterio en el que aparece la unión misma de Cristo con su Iglesia"[1]! En efecto, las dos alianzas se reúnen, Cristo y su Iglesia, el hombre y la mujer tienen un mismo fin: la producción de elegidos; por eso el Espíritu divino sella una y otra.

EFECTOS DEL SACRAMENTO. — Pero la gracia del séptimo Sacramento no viene solamente a cerrar el vínculo que une a los esposos; les comunica al mismo tiempo todos los auxilios que necesitan para cumplir su misión. Derrama, en primer lugar, en sus corazones, un amor mutuo "fuerte como la muerte, y que el torrente de las aguas glaciales del egoísmo no extinguirá jamás"[2] si perseveran en los sentimientos del cristianismo; un amor mezclado de respeto y de pureza, capaz de mandar—si es necesario—a los incentivos de los sentidos; un amor que los años no debilita, sino purifican e intensifican, un amor sosegado como el del cielo, y que en viril tranquilidad se alimenta con frecuencia y como sin esfuerzo de los más generosos sacrificios. La gracia sacramental adapta al mismo tiempo a los esposos al

[1] *Efes.*, V, 32.
[2] *Cant.*, VIII, 6, 7.

ministerio de la educación de los hijos que el cielo les envía. Les infunde una entrega sin límites a estos frutos benditos de su unión, una paciencia ungida de ternuras para atender y facilitar su crecimiento en el bien, un discernimiento que sólo inspira la fe para apreciar lo que conviene a su edad y a las tendencias que se revelan en ellos; el sentimiento constante del destino inmortal de estos seres a los que Dios quiere hacer sus elegidos; finalmente la convicción íntima que le pertenecen antes de pertenecer a los padres de los que él se sirve para darles la vida.

Tal es la transformación obrada por la gracia del Sacramento del Matrimonio en el estado conyugal; tal es la revolución que la ley cristiana hizo brillar en el seno del mundo pagano, en el que un brutal egoísmo había sofocado el sentimiento de la dignidad humana. El cristianismo venía a revelar después de tantos siglos de degradación, la verdadera noción del matrimonio: el amor en el sacrificio y el sacrificio en el amor. Solamente un sacramento podía llevar y mantener al hombre en esta altura. Aún no habían transcurrido dos siglos después de la promulgación del Evangelio, el derecho pagano estaba todavía en pie más imperioso que nunca y ya un cristiano trazaba de este modo el cuadro de la regeneración del matrimonio, en el seno de esta sociedad nueva que los edictos imperiales proscribían como si fuese la plaga de la hu-

manidad. "¿Dónde encontrar—dice—palabras para describir la felicidad de un matrimonio cuyo vínculo forma la Iglesia, que confirma la oblación divina, al que la bendición pone el sello, que los ángeles proclaman y el Padre celestial ratifica?

¡Qué yugo aquel bajo el que se inclinan dos fieles unidos en una misma esperanza, bajo la misma ley, y bajo la misma dependencia! Los dos son hermanos, los dos sirven al mismo señor; los dos no son sino uno solo en una misma carne, uno solo en un mismo espíritu. Unidos oran, unidos se postran, unidos ayunan; se instruyen mutuamente, se exortan, se sostienen. Se les ve juntos en la Iglesia, en el banquete divino sobrellevan mutuamente las pruebas, las persecuciones, las alegrías. No se ocultan ningún secreto, jamás se ocultan el uno del otro, jamás se disgustan. Van juntos a visitar a los enfermos, asistir a los necesitados; no ponen discusiones sobre sus limosnas, ni estridencias en sus sacrificios, ni trabas en sus prácticas piadosas. Entre ellos no hay signos de la cruz furtivos; no hay timidez en sus exaltaciones piadosas, ni acciones de gracias silenciosas. Se estimulan a cantar los salmos y los Cánticos, y si hay rivalidad en algo, es en quién cantará mejor las alabanzas de su Dios. He aquí las alabanzas que alegran los ojos y los oídos de Cristo, aquellas por las cuales les envía su paz. El ha dicho que se

encontrará donde estuvieren dos reunidos; allí está pues El, y el enemigo del hombre está ausente"[1].

ATAQUES CONTRA ESTE SACRAMENTO. — ¡Qué lenguaje!... ¡Qué cuadro! ¡Cómo se siente que el divino Sacramento ha influenciado sobre las relaciones del hombre y de la mujer, por haberlas armonizado de manera tan sublime! He aquí el secreto de la regeneración del mundo: la familia cristiana descendió del cielo y se implantó sobre la tierra. Largos siglos transcurrieron durante los cuales, a pesar de la flaqueza humana, este tipo fué el ideal admitido universalmente y en la conciencia y en las instituciones legales. Después, el elemento pagano, que se le puede subyugar, pero que no muere jamás, ha hecho esfuerzos por conquistar el terreno que había perdido, y se falsificó de nuevo en la mayor parte de las naciones cristianas, la teoría del matrimonio. La fe nos enseña que este contrato, convertido en Sacramento, es del dominio de la Iglesia en cuanto al lazo que le constituye; la Iglesia se ha visto despojada de él en nombre del estado, a cuyos ojos la ley de la Iglesia no es más que un yugo derrocado del que la libertad moderna ha librado a la humanidad. Es cierto que muy pronto la legitimidad del divorcio se introdujo en los códigos, y que la familia des-

[1] Tertuliano, *Ad uxorem*, 1, II, c. IX.

cendió al nivel pagano. Con todo la lección no ha sido comprendida. El sentido moral, preservado todavía en gran número por la influencia secular del matrimonio cristiano, ha podido reducir en algo este terreno peligroso; pero la inflexible lógica no podría abdicar de las consecuencias que se deducía de los principios fijados; hoy día entre nosotros este matrimonio es un vínculo eterno y sacramental ante la presencia de la Iglesia; este matrimonio a los ojos del Estado ni siquiera existe; es otro el que tiene valor ante la ley civil, y la Iglesia le declara nulo ante la conciencia del cristiano. La ruptura, pues, está consumada.

Pero lo que Cristo estableció en su omnipotencia no podía perecer: sus instituciones son inmortales. Por tanto que los cristianos no se impacienten, que perseveren en recibir de la Iglesia su madre, la doctrina de los Sacramentos, y que continúe manteniéndose el matrimonio entre ellos, con las tradiciones de la familia establecida por Dios, el sentimiento de la dignidad del hombre, miembro de Cristo y ciudadano del cielo. Así, quizá, ellos salvarán la sociedad, pero con plena seguridad salvarán sus almas, y preparan la salvación de sus hijos.

La Santísima Virgen y el matrimonio. — Al terminar esta semana y meditar en las grandezas del Sacramento del Matrimonio, hemos evo-

cado tu recuerdo, ¡oh María! El festín nupcial de Caná, en que tu presencia santificó la unión de los dos esposos, es uno de los grandes acontecimientos del Santo Evangelio. ¿Por qué, pues tú que eres el tipo inmutable de la virginidad, que hubieras renunciado a los honores de Madre de Dios antes que sacrificar esta noble aureola, apareces en esta circunstancia, si no es para que los esposos cristianos tengan siempre presente la superioridad de la continencia perfecta sobre el matrimonio, y que el homenaje que ellos se complacen en tributarla asegura para siempre en sus pensamientos y en sus deseos esa reserva que constituye la dignidad y mantiene la verdadera felicidad del matrimonio? A ti, pues, oh Virgen sin mancilla, pertenece bendecir y honrar esta alianza tan pura y tan elevada en sus fines. Dígnate protegerla más que nunca, en estos días en que las leyes humanas la alteran y la desnaturalizan de modo alarmante, al mismo tiempo que el desbordamiento del sensualismo amenaza extinguir en gran número de cristianos hasta el sentimiento del bien y del mal. Sé propicia, oh María, para aquellos que no quieren unirse sino bajo tus miradas maternales. Son la herencia de tu Hijo, la sal de la tierra que impedirá su corrupción, la esperanza de un futuro mejor. ¡Oh Virgen!, ellos te pertenecen; míralos y aumenta su número, para que el mundo no perezca para siempre.

LOS ULTIMOS DIAS ANTES DE LA ASCENSION

Cuatro días más y Cristo resucitado, cuya compañía nos ha sido tan cara y tan provechosa, desaparecerá de la tierra. Parece prepararnos a la separación este anuncio de la quinta semana después de la gozosa Pascua. El domingo siguiente abrirá la larga serie de aquellos que deben sucederse desde ahora hasta que venga a juzgar al mundo. Ante este pensamiento, el corazón del cristiano se encoge, porque sabe que no verá a su Redentor hasta después de esta vida, y se une a la tristeza que experimentaban los apóstoles en la última Cena cuando les dice estas palabras: "Un poco tiempo todavía y ya no me veréis"[1].

SENTIMIENTOS DE LOS APÓSTOLES. — Pero después de la resurrección de su Maestro, qué angustia debió martirizar a estos hombres privilegiados, que se daban al fin cuenta de lo que era una realidad, cuando comprendieron como nosotros que la cuarta semana, transcurrida tan rápidamente, tocaba pronto a su fin. Vivo, por decirlo así, con Jesús glorificado, experimentar los efectos de su divina condescendencia, de su

---

[1] *S. Juan*, XVI, 16.

inefable familiaridad, recibieron de su boca todas las enseñanzas que debían prepararles para cumplir sus mandatos, al fundar sobre la tierra esta Iglesia que vino a escoger por Esposa; y encontrarse de repente entregados a sí mismos, privados de su presencia visible; no viendo su semblante, ni oyendo su voz, y llevando hasta el fin esta nostalgia con tales recuerdos; esta era la suerte que aguardaba a los Apóstoles y que debían aceptar.

Nosotros experimentaremos algo de lo que ellos debieron sentir, si nos hemos mantenido unidos a nuestra Madre la Iglesia. Desde el día en que ella nos favoreció con la serie de emociones que la transportan cada año, cuando repasa sucesivamente tan santos aniversarios, desde el nacimiento del Emmanuel hasta el de su triunfante Ascensión al cielo; ¿no es verdad que también nosotros hemos vivido en unión con su Esposo y que el momento de verle desaparecer a las miradas de nuestra fe, atenta hasta esta hora a seguirle en todos sus estados, la emoción que experimentaron los Apóstoles nos gana a nosotros?

SENTIMIENTO DE MARÍA. — Pero vive sobre la tierra en la víspera del día en que Jesús debe abandonarla para el cielo, una criatura cuyos sentimientos jamás podremos sondear ni describir; es María que había vuelto a encontrar a su

hijo, y que ve acercarse el momento en que va a alejarse de nuevo. Jamás hubo corazón que estuviese más sumiso a las voluntades de su Maestro soberano; pero también jamás se exigió un sacrificio semejante a una criatura. Jesús quiere que el amor de María se acreciente más, y por esto la somete a la prueba de la ausencia. Quiere sobre todo que ella coopere a la formación de la Iglesia, que oriente esta gran obra que no debía erigirse sino con su ayuda. En esto se muestra también el amor de Jesús para con su Madre; desea para ella el mayor mérito, para depositar sobre su cabeza la diadema, la más gloriosa, el día en que suba a su vez al cielo para ocupar allí el trono que ha sido preperado para ella por encima de toda la creación glorificada.

Esto no es, ciertamente, una espada de dolor que traspasa el corazón de María; es el fuego de un amor que ningún lenguaje podrá describir; que consumirá este corazón en angustia agridulce, bajo cuyo peso caerá un día, como el fruto maduro que la rama del árbol no sostiene por más tiempo, por que no tiene ya vida que comunicarle. Pero en estos instantes supremos en que nos encontramos, en los últimos esparcimientos de este hijo que la va a dejar en destierro, ¡qué angustias para el corazón de una madre como esta que no ha gozado más que durante cuarenta días de la dicha de verle glorioso y triunfante, y de recibir sus divinas y filiales

ternezas! Es la última prueba de María; pero antes esta prueba no conoce más que la misma respuesta: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según su palabra." Toda su vida está bajo el beneplácito de Dios, y de este modo ella llega a ser la más grande, la más cercana a Dios. Un alma santa del siglo XVII, favorecida con las más sublimes revelaciones, nos trasmitió que a María le fué permitido escoger o entrar en el reposo de la gloria con su hijo, o permanecer aún sobre la tierra en los trabajos del alumbramiento de la Santa Iglesia; pero que ella prefirió retardar los goces maternales que la reservaba la eternidad, y servir, hasta que le pluguiese a la divina Majestad, en la gran obra que importaba tanto al honor de su hijo y al bien del género humano, de quien también había llegado a ser madre.

Si tal entrega elevó a la cooperadora de nuestra salvación al más alto grado de santidad haciéndola conseguir el culmen de su misión, tenemos el derecho de concluir que el amor de Jesús para con su madre se acrecentó aún más cuando recibió de ella una prueba tan sensible de la unión que ella llevaba en los más íntimos anhelos de su corazón sagrado. Fueron testimonios nuevos de su ternura para María la recompensa de este olvido de ella misma y de esta conformidad a los deseos que la llamaban a ser verdaderamente desde aquí abajo la *Reina de los*

Apóstoles, como la llama la Iglesia y la coadyuvadora de sus trabajos.

El Señor, durante estas últimas horas, iba a multiplicar los testimonios de su bondad para con todos aquellos que se había dignado admitir en su familiaridad. Para muchos de entre ellos, la separación iba a ser larga. Juan, el predilecto, tendría que esperar más de cincuenta años hasta reunirse con su Maestro. Hasta después de treinta años Pedro, a su vez, no subiría al árbol de la cruz, para reunirse con aquel que le había confiado las llaves del reino de los cielos. El mismo intervalo de tiempo debía ser colmado por los suspiros inflamados de la Magdalena; pero nadie de ellos murmuraba; porque todos comprendían que era justo que el divino Redentor del mundo, habiendo estabilizado suficientemente la fe de su resurrección, "entrase al fin en su gloria"[1].

LA APARICIÓN SOBRE LA MONTAÑA. — Jesús, por medio de los ángeles, había dado orden a sus discípulos, el mismo día de su resurrección, de reunirse en Galilea, para allí gozar de su presencia. Hemos visto cómo obedecieron esta orden y de qué manera el Señor se manifestó a siete de entre ellos a orillas del lago de Genesareth; esta fué la octava de las manifestaciones que los Evangelistas han registrado. La nona tuvo lugar del

[1] *S. Lucas*, XXIV, 26.

mismo modo en Galilea. Jesús amaba esta región, de la que había escogido la mayor parte de sus discípulos, en donde María y José habían vivido y donde él mismo había pasado tantos años en el trabajo y la oscuridad. Sobre todo le atraía la población más sencilla y más moral. San Mateo nos revela que la más solemne de las manifestaciones de Jesús resucitado, aquella que nosotros contamos como la décima y por la nona de las que refieren los Evangelistas, tuvo lugar sobre una montaña de esta región [1].

Según opinión de San Buenaventura y de Dionisio el Cartujano, esta montaña fué el Tabor, cuya cumbre había sido honrada por el misterio de la Transfiguración. Allí se encontraron reunidos—como nos los enseña San Pablo—, más de quinientos discípulos de Jesús [2], asamblea formada en gran parte por habitantes de la Galilea que habían creído en Jesús en el curso de su predicación y que habían merecido ser testigos de este nuevo triunfo del Nazareno. Jesús se mostró a sus miradas y les dió tal certidumbre de su resurrección que el Apóstol de los Gentiles, escribiendo a los cristianos de Corintio, invoca su testimonio en apoyo de este misterio fundamental de nuestra fe.

De ahora en adelante no tendremos noticias positivas sobre lo que aún sucederá en Galilea,

---

[1] *S. Mateo*, XXVIII, 16.
[2] *I Cor.*, XV, 6.

en lo que se refiere a manifestaciones del Salvador resucitado; pero sabemos que intimó a sus discípulos la orden de volver a Jerusalén, en donde pronto volvería a aparecer a sus ojos por última vez, antes de subir a los cielos. Sigamos en estos días el caminar de los discípulos hacia la ciudad deicida. ¡Cuántas veces en esta misma ciudad, Jesús había querido reunir a sus hijos como la gallina cobija a sus pollos bajo sus alas, y no había querido![1] Va a volver a sus muros, pero ella no lo sabrá. No se manifestará a ella, no se revelará más que a sus amigos, y partirá en silencio, para no volver hasta el día en que vuelva a juzgar a aquellos que no han conocido el tiempo de su visita.

QUINTO DOMINGO DESPUES DE PASCUA

El quinto domingo después de Pascua, es llamado en la Iglesia griega, el domingo del *Ciego de nacimiento,* porque en él se lee el relato del Evangelio en que se refiere la curación de este ciego. Se llama también el domingo del Episozomeno, que es uno de los nombres con el que los griegos designan el misterio de la Ascensión, cuya solemnidad, entre ellos como entre nosotros, interrumpe el curso de esta semana litúrgica.

[1] S. *Mat.,* XXIII, 37.

MISA

Isaías presenta la materia del Introito. Su voz convida a todas las naciones de la tierra a celebrar la victoria que Cristo resucitado ha traído y cuyo precio ha sido nuestra liberación.

INTROITO

Anunciadlo con voz jocunda, y sea oído, aleluya: anunciadlo hasta el fin de la tierra: el Señor ha libertado a su pueblo, aleluya, aleluya.—*Salmo:* Canta jubilosa a Dios, tierra toda, decid un salmo a su nombre: glorificad su alabanza. ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta la Santa Iglesia nos enseña que nuestros pensamientos y nuestras acciones, para ser meritorias para la vida eterna, necesitan de la gracia que inspire las unas y ayude nuestra voluntad para cumplir las otras.

COLECTA

Oh Dios, de quien proceden todos los bienes: danos, a los que te suplicamos, la gracia de que, con tu inspiración, pensemos lo que es recto, y de que, con tu dirección, lo hagamos. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. Santiago.

Carísimos: Sed obradores de la palabra, y no sólo oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque, si alguien es oidor de la palabra, y no obrador, este tal será comparado a un hombre que contempla en un

espejo su rostro natural: se mira, y se va, y al punto se olvida de cómo es. Mas, el que contemplare la ley perfecta de la libertad, y perseverare en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de obra, este tal será bienaventurado en su acción. Y, si alguien cree que es religioso, no refrenando su lengua, sino engañando a su corazón, la religión de ese tal es vana. La religión pura e inmaculada ante Dios y el Padre es ésta: Visitar a los huérfanos, y a las viudas, en su tribulación, y conservarse inmaculado de este mundo.

LAS OBLIGACIONES DE NUESTRA VIDA NUEVA. — El Santo Apóstol, cuyos consejos acabamos de escuchar, había recibido las enseñanzas del Salvador resucitado; no debemos, pues, admirarnos del tono autoritario con que nos habla. También Jesús se había dignado concederle una de sus manifestaciones particulares: esto nos demuestra el afecto con que distinguía a este apóstol, al que le unían los lazos de la sangre por su madre, llamada también María. Hemos visto a esta santa mujer dirigirse al sepulcro, con Salomé su hermana, en compañía de Magdalena. Santiago el Menor es verdaderamente el Apóstol del Tiempo Pascual, en que todo nos habla de la vida nueva que debemos llevar con Cristo resucitado. Es el Apóstol de las obras y quien nos ha trasmitido esta máxima fundamental del cristianismo, que si la fe es necesaria ante todo para el cristiano, esta virtud, sin las obras, es una fe muerta que no puede salvarle.

Insiste hoy sobre la obligación que tenemos de cultivar en nosotros mismos la atención a las verdades que primeramente hemos comprendido y de mantenernos en guardia contra este olvido culpable que causa tantos estragos en las almas inconsideradas. Entre estos en quienes se ha realizado el misterio de la Pascua, algunos no perseverarán en él; y les sucederá esta desdicha porque se entregaron al mundo, en lugar de usar del mundo como si no usasen [1]. Recordemos siempre que debemos caminar en una vida nueva, a imitación de aquella de Jesús resucitado que no puede ya morir.

Los dos versículos del Aleluya celebran el esplendor de su resurrección; pero en ellos ya se anuncia su Ascensión próxima. Salido del Padre eternamente, bajado en el tiempo hasta nuestra terrestre morada, nos advierte que dentro de pocos días va a remontarse a su Padre.

Aleluya, aleluya. ℣. Resucitó Cristo, y nos iluminó a los que redimió con su sangre.

Aleluya. ℣. Salí del Padre, y vine al mundo: otra vez dejo el mundo, y voy al Padre. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: En verdad, en verdad os digo: Si pidiereis algo al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora no le habéis pedido nada: Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo

[1] *I Cor.,* VII, 31.

sea pleno. Os he dicho estas cosas en proverbios. Ya llega la hora en que no os hablaré en proverbios, sino que os hablaré claramente del Padre. En aquel día pediréis en nombre mío: y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros: porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me habéis amado, y habéis creído que yo salí del Padre. Salí del Padre, y vine al mundo: otra vez dejo el mundo, y voy al Padre. Dijéronle sus discípulos: He aquí que ahora hablas claramente, y no dices ningún proverbio. Ahora sabemos que lo sabes todo, y no es preciso que nadie te pregunte: en esto creemos que has salido de Dios.

El adiós de Cristo. — Cuando el Salvador, en la última Cena, anunció de este modo a sus apóstoles su próxima partida, estos estaban aún lejos de comprender lo que significaba. Con todo; ya creían "que había salido de Dios". Pero esta creencia era vacilante, ya que no debía tener una realización inmediata. En los días en que nos encontramos, rodeando a su Maestro resucitado, iluminados por sus palabras, lo llegan a comprender mejor. Ha llegado el momento "en que no les habla ya en parábolas"; hemos visto qué enseñanzas les da, cómo, les prepara para ser los doctores del mundo. Ahora pueden decirle: "Oh Maestro, verdaderamente has salido de Dios." Pero por esto mismo comprenden ya la pérdida de que son amenazados; tiene la idea del vacío inmenso que su ausencia les hará sentir.

Jesús comienza a recoger el fruto que su divina bondad sembró en ellos y que esperó con

una paciencia tan inefable. Si en el Cenáculo el Jueves Santo les felicitaba ya por su fe; ahora que le han visto resucitado, que le han oído, merecen sus elogios pero de un modo muy distinto, porque se han hecho más firmes y más fieles. "El Padre os ama—les decía entonces—porque vosotros me amáis"; ¿cuánto más debe amarlos el Padre ahora que su amor se ha acrecentado? Estas palabras deben infundirnos también a nosotros esperanza. Antes de la Pascua nosotros amábamos flojamente al Salvador, estábamos vacilantes en su servicio; ahora que hemos sido instruídos por El, fortalecidos por sus misterios, podemos esperar que el Padre nos amará, porque nosotros amamos más, amamos mejor a su Hijo. Este divino Redentor nos invita a pedir al Padre en su nombre todas nuestras necesidades. La primera de todas es nuestra perseverancia en el espíritu de la Pascua; insistamos para obtenerla y ofrecazmos a esta intención la Santa Víctima que dentro de pocos instantes será presentada sobre el altar.

El Ofertorio, tomado de los Salmos, es canto de acción de gracias. El fiel, unido a Jesús resucitado, le ofrece a Dios que se ha dignado estabilizarle en la vida nueva, haciéndole partícipe de sus misericordias las más escogidas.

OFERTORIO

Bendecid, gentes, al Señor nuestro Dios, y haced oír la voz de su alabanza: El dió vida a mi alma, y no

permitió que resbalaran mis pies: bendito sea el Señor, que no desoyó mi oración, ni alejó su misericordia de mí, aleluya.

En la Secreta, la Iglesia pide para nosotros la entrada en la gloria celestial cuyo atrio es la Pascua terrestre. Todos los misterios obrados aquí abajo tienen por fin santificarnos, para prepararnos a la visión y la posesión eterna de Dios.

SECRETA

Recibe, Señor, las preces de los fieles con las oblaciones de las hostias: para que, por estos actos de nuestra piadosa devoción, pasemos a la celeste gloria. Por el Señor.

La Antífona de la Comunión es un cántico de júbilo que expresa la alegría continua de la Pascua.

COMUNION

Cantad al Señor, aleluya: cantad al Señor, y bendecid su nombre: anunciad bien de día en día su salud, aleluya, aleluya.

La Santa Iglesia nos sugiere en la Poscomunión la fórmula de nuestras súplicas a Dios. Es necesario desear el bien; pidamos este deseo y continuemos nuestra oración hasta que el bien mismo nos llegue. La gracia descenderá entonces y ella hará en nosotros que no la despreciemos.

POSCOMUNION

Danos, Señor, a los saciados con la virtud de la mesa celestial, el desear lo que es recto, y el conseguir lo deseado. Por el Señor.

EL LUNES DE LAS ROGATIVAS

LAS ROGATIVAS Y EL TIEMPO PASCUAL. — Hoy da comienzo un triduo dedicado a la penitencia. Este acontecimiento inesperado parece a primera vista una especie de anomalía en el tiempo pascual; y, sin embargo, cuando se reflexiona sobre su sentido se comprende que esta institución tiene una relación íntima con los días en que nos encontramos. Es cierto que el Salvador decía antes de su Pasión que "durante la estancia del Esposo entre nosotros, no es tiempo de ayunar"[1] ¿pero estas últimas horas que preceden a su partida para el cielo no tiene algo de melancólico? ¿Y no nos sentimos naturalmente llevados ayer a pensar en la tristeza resignada y contenida que oprime el corazón de la divina Madre, y el de los discípulos, en vísperas de perder a aquel cuya presencia era para ellos anticipo de goces celestiales?

[1] *S. Luc.*, V, 34.

Origen de las Rogativas. — Ahora debemos referir cómo y con qué ocasión el Ciclo litúrgico fué completado, en este tiempo, por la introducción de estos tres días durante los cuales la Santa Iglesia, tan radiante como estaba por los esplendores de la Resurrección, parece querer volver de repente al duelo cuaresmal. El Espíritu Santo que la dirige en todos los acontecimientos ha querido que una humilde Iglesia de las Galias, poco después de la mitad del siglo v, diese comienzo a este rito, que se extiende rápidamente a toda la catolicidad, donde fué recibido como un complemento de la liturgia pascual.

La Iglesia de Vienne, una de las más ilustres y más antiguas de la Galia meridional, tenía por Obispo, hacia el año 470, a San Mamerto. Múltiples calamidades habían desolado esta provincia recientemente conquistada por los Borgoñones. Terremotos, incendios, fenómenos formidables agitaban las ciudades cual signos de la cólera divina. El santo Obispo, deseando elevar la moral de su pueblo, impulsándole a dirigirse a Dios cuya justicia debía ser aplacada, prescribió tres días de expiación, durante los cuales los fieles se entregarían a las obras de penitencia, e irían en procesión cantando salmos. Fueron escogidos para el cumplimiento de esta piadosa resolución los tres días que preceden a la Ascensión. Sin ninguna duda, el Santo Obispo de Vienne echa-

ba de este modo los fundamentos de una institución que la Iglesia entera iba a adoptar [1].

Como era justo las Galias comenzaron. San Alcimo Avito, que sucedió casi inmediatamente a San Mamerto en la silla de Vienne atestigua que la práctica de las Rogativas estaba ya consolidada en esta Iglesia [2]. San Cesáreo de Arlés, en los comienzos del siglo VI, habla de ellas como de una costumbre ya muy extendida, designando al menos por estas palabras todo el territorio de las Galias que se encontraba entonces bajo el yugo de los Visigodos [3]. Se ve claramente que toda la Galia no tardó en adoptarla, si se leen los cánones promulgados a este objeto en el primer Concilio de Orleáns celebrado en 511, y reunido de todas las provincias que reconocían la autoridad de Clodoveo. Los reglamentos del concilio referentes a las Rogativas dan una alta idea de la importancia que ya entonces se daba a esta práctica. No solamente se prescribe la abstinencia de carne durante los tres días, sino que el ayuno es de precepto. Ordena también se dis-

[1] Con todo, es necesario admitir que Mamerto no fué el creador de esta solemnidad, él no hizo más que precisar el modo litúrgico y fijar la fecha. En efecto, sabemos que en Milán estas procesiones tenían lugar, no los tres días que preceden a la Ascensión, sino la semana siguiente, y en España, el Concilio de Gerona, celebrado en 517, ordena procesiones los jueves, viernes y sábados después de Pentecostés. Además, Sidonio Apolinar, contemporáneo de San Mamerto, dice que estas procesiones existían antes de San Mamerto, pero que este realzó su solemnidad. (*Rev. Bén.*, t. XXXIV, p. 17.)

[2] Homilía sobre las Rogativas.

[3] Sermón CLXXII, entre los sermones de San Agustín.

pense del trabajo a los criados, para que puedan tomar parte en las largas funciones de estos tres días[1]. En 567, el Concilio de Tours sancionaba del mismo modo la obligación de ayunar en las Rogativas[2]; y en cuanto a la obligación de guardar fiesta durante estos tres días la encontramos también reconocida en las Capitulares de Carlomagno y de Carlos el Calvo.

La Procesión de las Rogativas. — El principal rito de las Iglesias de las Galias durante estos tres días consistía desde sus orígenes en estas marchas solemnes acompañadas de cánticos suplicatorios y que se han llamado procesiones por que se hacen de un lugar a otro. San Cesáreo de Arlés nos enseña que aquellas que tenían lugar en las Rogativas duraban seis horas completas; de suerte que el clero, al sentirse fatigado por lo prolongado de los cantos, las mujeres cantaban a coro a su vez, para dejar a los ministros de la Iglesia tiempo de respirar[3]. Este detalle, tomado de las costumbres de las Galias en esta época primitiva, puede hacernos comprender la indiscreción de aquellos que en nuestros tiempos modernos, han propuesto la abolición de ciertas procesiones que ocupaban una parte notable del día, y esto, fundados en la

[1] Canón XXVII.
[2] Canón XVII.
[3] Sermón CLXXIV. Herbertus Turritanus, *Miracul,* 1. I, c. XXI.

idea de que esta prolongación debía ser considerada en sí misma como un abuso.

La salida de la Procesión de las Rogativas era precedida de la imposición de la ceniza sobre la cabeza de aquellos que tomaban en ella parte, que era todo el pueblo. Inmediatamente tenía lugar la aspersión del agua bendita; después el cortejo se ponía en marcha. La procesión estaba formada del clero y del pueblo de muchas iglesias de categoría secundaria que caminaba con la cruz de una Iglesia principal, cuyo clero presidía la función. Todos, clérigos y laicos, caminaban con los pies desnudos. Se cantaban las Letanías, Salmos, Antífonas, y se iba a cualquiera de las basílicas destinadas para la estación, en donde se celebraba el Santo Sacrificio. Se visitaban las Iglesias que se encontraban en la ruta y allí se cantaba una antífona en alabanza del misterio o del santo bajo cuyo título habían sido consagradas.

GRANDES EJEMPLOS. — Así fueron en sus orígenes y así han sido por mucho tiempo los ritos observados en las Rogativas. El monje de San Galo, que nos ha dejado tan preciosas memorias sobre Carlomagno, nos dice que en estos días el gran Emperador dejaba su calzado como los más humildes fieles y caminaba con los pies desnudos detrás de la cruz desde su palacio hasta la

Iglesia de la Estación [1]. En el siglo XIII Santa Isabel de Hungría daba también el mismo ejemplo; se complacía en confundirse durante las Rogativas con las mujeres más pobres del pueblo, caminando también con los pies descalzos, y cubierta de un burdo vestido de lana. San Carlos Borromeo, que renovó en su Iglesia de Milán tantos usos antiguos tampoco olvidó las rogativas. Con sus cuidados y sus ejemplos, reavivó en su pueblo el antiguo celo por una práctica tan santa. Exigió de sus diocesanos el ayuno durante estos tres días y lo cumplía él mismo a pan y agua. La Procesión a la que todo el clero de la ciudad estaba obligado a asistir y que comenzaba por la imposición de la ceniza, partía de la Catedral al rayar el día y no volvía sino tres o cuatro horas después del mediodía, habiendo visitado el lunes trece iglesias, nueve el martes y once el miércoles. El Santo Arzobispo celebraba el Santo Sacrificio en una de estas iglesias y dirigía la palabra a su pueblo [2].

Si se compara el celo de nuestros padres por la santificación de estas tres jornadas con la indolencia que acompaña hoy sobre todo en las ciudades la celebración de las Rogativas, no podemos menos de reconocer también en esto una de las señales del debilitamiento del sentido cristiano en la sociedad actual. Y con todo son im-

---

[1] *De rebus bellicis Caroli Magni*, c. XVI.
[2] *Guissano*, Vida de San Carlos Borromeo.

portantísimos los fines que se propone la Santa Iglesia en estas Procesiones en las que deberían tomar parte tantos fieles que disponen de tiempo y que en lugar de consagrarle a servir a Dios con las obras de la verdadera piedad católica, le emplean en ejercicios privados que no atraen sobre ellos las mismas gracias y aportan a la comunidad cristiana los mismos auxilios de edificación.

LAS ROGATIVAS EN LA IGLESIA DE OCCIDENTE. — Las Rogativas se extendieron rápidamente de las Galias a toda la Iglesia de Occidente. Estaban ya establecidas en España en el siglo VII y no tardaron en introducirse en Inglaterra y más tarde en las nuevas iglesias de Germania, a medida que se iban fundando. La misma Roma las adoptó en 801, en el pontificado de San León III. Poco tiempo después, cuando las Iglesias de las Galias, habiendo renunciado a la liturgia galicana para adoptar la de Roma, admitieron en sus usos la Procesión de San Marcos. Pero existía esta diferencia, que en Roma se conservó en la Procesión del 25 de abril el nombre de *Letanías mayores,* reservando el de Menores para las letanías de *Rogativas;* en cambio en Francia se llamó a éstas últimas *Letanías Mayores,* y a las Letanías de S. Marcos se las conoció con el nombre de *menores.*

Pero la Iglesia romana, sin despreciar la devoción de las Iglesias de las Galias que se creyeron en el deber de introducir en el Tiempo pascual tres días de observancia cuaresmal, no adoptó este rigor. La repugnaba entristecer con el ayuno la alegría de cuarenta días que Jesús resucitado concede todavía a sus discípulos. Se limitó pues, a prescribir la abstinencia de carne durante estos tres días, y tal fué su práctica a través de los siglos, hasta que en nuestra época el relajamiento de las costumbres cristianas la obligó a modificar su antigua disciplina en este punto. La iglesia de Milán, que como hemos visto, guarda tan severamente la Institución de las Rogativas, la ha colocado en el lunes, martes y miércoles que siguen al domingo en la Octava de la Ascensión, es decir, después de los cuarenta días consagrados a celebrar la Resurrección.

Así pues, es necesario, para conservarnos en esa auténtica norma de donde la Iglesia romana nunca se sale, considerar las Rogativas como una institución santa que viene a moderar nuestras alegrías pascuales pero no a anularlas. El color morado que se emplea en la Procesión y en la Misa de la Estación, no tienen como fin indicarnos todavía la partida del Esposo [1]; sino advertirnos que esta partida está próxima; y la abstinencia impuesta antiguamente en estos tres

[1] *Cant.*, VIII.

días, aunque no iba acompañada del ayuno, era ya como una señal anticipada de la tristeza de la Iglesia, por esta presencia del Redentor, que le iba a ser arrebatada tan pronto.

Hoy el derecho eclesiástico no menciona ya el lunes, martes y miércoles de Rogativas entre los días que obliga la ley de la abstinencia a los fieles [1]. Se vislumbra cierto decaimiento del sentido cristiano en las generaciones de nuestro tiempo, las súplicas de dispensa, hoy más numerosas, han impuesto este abandono de la antigua disciplina. Es una expiación menos, una intercesión menos, un socorro menos, en un siglo ya tan empobrecido de los medios por los que la vida cristiana se conserva, se doblega el cielo, se obtienen gracias de salvación. Los fieles debían sacar en conclusión que la asistencia a las procesiones de la amistad de estos tres días ha llegado a ser más oportuna que nunca, y que urge compensar —uniéndose a la oración litúrgica—la abolición de una ley salvadora, que data de tan antiguo, y que en sus exigencias, pesaba tan suavemente sobre nuestra molicie. Una institución tan venerable, sancionada por las ordenanzas de la Iglesia y la práctica de tantos siglos, debe permanecer siempre en honor en esta Francia que, por su ejemplo, ha impuesto a toda la cristiandad la solemnidad de las Rogativas.

[1] Derech. Canon., can. 1252.

Según la disciplina actual de la Iglesia, las procesiones de las Rogativas, cuya intención es implorar la misericordia de Dios ofendida por los pecados de los hombres, y obtener la protección celestial sobre los bienes de la tierra, van acompañadas del canto de las Letanías de los santos y completadas por una Misa especial que se celebra, sea en la Iglesia de la Estación, sea en la Iglesia misma de donde ha partido la Procesión, a no ser que deba detenerse en cualquier otro santuario.

Las Letanías de los Santos. — Nunca se llegarán a tener en una estima excesiva las Letanías de los Santos a causa de su poder y de su eficacia. La Iglesia recurre a ellas en todas las grandes ocasiones, como un medio de tornarnos propicio a Dios, haciendo un llamamiento a toda la corte celestial. Si no se puede tomar parte en las Procesiones de las Rogativas, se reciten al menos estas Letanías en unión con la Iglesia: de este modo se participará de los beneficios de una tan santa institución y se contribuirá a obtener las gracias que la cristiandad solicita por doquier en estos tres días; finalmente se realizará un acto de católico.

Ponemos aquí la Misa de las Rogativas, que es la misma para los tres días. En ella todo habla de la necesidad y del poder de la oración. La Iglesia se viste de los colores cuaresmales pa-

ra expresar sus intenciones expiatorias; pero todo en ella respira la confianza y la esperanza de ser oída; experimentamos que ella se apoya sobre el amor de su Esposo resucitado.

MISA DE LAS ROGATIVAS

El Introito, sacado de los Salmos, anuncia de antemano la misericordia del Señor, que ha oído la súplica de su pueblo, al elevarse hacia él.

INTROITO

Oyó desde su santo templo mi voz, aleluya: y mi clamor penetró en su presencia, en sus oídos, aleluya, aleluya. — *Salmo:* Yo te amaré, Señor, fortaleza mía: el Señor es mi sostén, y mi refugio, y mi libertador. ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta la Iglesia expone a Dios las necesidades de sus hijos, al pedirle reconozca la confianza con la que ellos recurren a él, e implorando para ellos su protección en sus necesidades.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, hagas que, los que, en nuestra aflicción, confiamos en tu piedad, seamos siempre defendidos con tu protección contra toda adversidad. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. Santiago.

Confesad unos a otros vuestros pecados, y orad los unos por los otros, para que os salvéis: porque la súpli-

ca asidua del justo vale mucho. Elías era un hombre semejante a nosotros, pasible: y oró con ahinco para que no lloviera sobre la tierra, y no llovió durante tres años y seis meses. Y oró otra vez: y el cielo dió lluvia, y la tierra dió su fruto. Hermanos míos, si alguien de vosotros se apartare de la verdad, y le convirtiere alguno: debe saber que, el que hiciere a un pecador convertirse de su camino errado, salvará su alma de la muerte, y cubrirá la multitud de sus pecados.

El fin de las Rogativas. — La Santa Iglesia toma también del Apóstol Santiago el Menor la Epístola de hoy; y no nos cause excesiva admiración lo que exponen las palabras del escritor inspirado. Uno de los fines de la institución de las Rogativas es obtener de la bondad de Dios el clima conveniente para los frutos de la tierra, y Santiago nos muestra, por el ejemplo de Elías, que la oración puede volver el cielo sereno, o hacer descender una lluvia fecundante. Imitemos la fe del profeta, y encomendemos al Señor los sembrados, que todavía tienen tanta necesidad de su bondad para llegar a sazón y para librarse de las calamidades que pueden caer sobre ellos. Otro fin de las Rogativas es obtener la remisión de los pecados. Si pedimos con fervor por nuestros hermanos extraviados, obtendremos en su favor misericordias particulares. Quizás no conoceremos, en este mundo a aquellos que nuestra oración, unida a la de la Santa Iglesia habrá apartado de la vía del pecado; pero el Apóstol nos enseña que nuestra caridad recibirá

la más preciosa recompensa, la efusión de la misericordia de Dios sobre nosotros mismos.

Para exteriorizar el duelo y la compunción en esta Misa de las Rogativas, la Iglesia, que se ha revestido del color violáceo, suspende la jubilación de sus cánticos; no se permite más que un solo verso aleluyático, que además continúa expresando sus esperanzas en la bondad del Señor.

ALELUYA

Aleluya. ℣. Alabad al Señor, porque es bueno: porque su misericordia es eterna.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: ¿Quién de vosotros tendrá un amigo, e irá a él a media noche, y le dirá: Amigo, préstame tres panes, porque un amigo ha llegado de viaje a mí, y no tengo qué poner ante él, y él, respondiendo desde adentro, diga: No me molestes, ya está cerrada la puerta, y mis hijos están conmigo en cama, no puedo levantarme y dártelos? Y, si él perseverare llamando, yo os digo que, aunque no se levante y le dé por ser amigo suyo, se levantará, no obstante, y le dará cuanto necesita para que le deje en paz. También yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y encontraréis; llamad, y se os abrirá. Porque, todo el que pide, recibe; y, el que busca, encuentra; y, al que llama, se le abrirá. Si alguien de vosotros pide pan a su padre: ¿le dará acaso una piedra? O, si le pide un pez, ¿le dará acaso una serpiente por el pez? O, si le pidiere un huevo, ¿le dará acaso un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos: ¿cuánto más vuestro Padre desde el cielo dará el buen espíritu a los que se lo pidan?

El poder de la oración. — ¿Hay algo en los Evangelios que sea más expresivo sobre la omnipotencia de la oración que estas palabras de nuestro Señor? Hoy la Santa Iglesia al hacérnoslas leer ciertamente nos muestra lo bastante la importancia de las Rogativas, ya que en estos días nos revela la virtud de la intercesión, que triunfa aun de las repulsas de Dios. El fin de las lecturas de la Santa Escritura en la Liturgia es una enseñanza permanente y siempre oportuna: así hemos debido reconocerlo hasta ahora. En estos tres días, en que se pretende doblegar el cielo irritado, es de absoluta necesidad hacer comprender a los cristianos el poder que ejerce sobre el mismo Dios la insistencia en la oración.

Las Letanías que han sido cantadas en el curso de la Procesión nos ofrecen un modelo de esta santa obstinación en la oración. No hemos cesado de repetir: "¡Señor!, ten piedad; líbranos, ¡Señor! Te lo pedimos, ¡óyenos!" En este momento la mediación del Cordero pascual, ofrecido sobre el altar se prepara y dentro de pocos instantes él unirá a nuestros humildes votos su intercesión siempre eficaz. Defendidos por tanto peso de intercesión nos retiramos, seguros de no haber orado en vano. Tomemos, pues, también la resolución de no mantenernos alejados de la Iglesia en sus prácticas y de preferir siempre la oración hecha con ella a toda otra que nosotros ofrezcamos a Dios en particular, en los días en

que ella se presta a invitarnos a tomar parte en los deberes de súplica, que para nuestro provecho ella dirige a su celestial Esposo.

En el Ofertorio, alaba al Señor, que a pesar de la indignidad del hombre pecador, se dejó vencer por sus instancias, y vino para defenderle y proveer a sus necesidades.

OFERTORIO

Alabaré sobremanera al Señor con mi boca: y le alabaré en medio de muchos, porque se puso a la diestra del pobre: para salvar mi vida de los que me perseguían, aleluya.

Las ligaduras de nuestros pecados nos tienen encadenados y no podemos por nosotros mismos volver a Dios; la víctima pascual nos ha devuelto la libertad y cada vez que su Sacrificio se renueva sobre el altar, se opera de nuevo nuestro rescate. La Santa Iglesia representa en la Secreta a Dios todopoderoso los motivos sobre los que se apoya nuestra confianza en la Hostia de la que nos hace el don.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que estos presentes rompan los vínculos de nuestra maldad, y nos alcancen los dones de tu misericordia. Por el Señor.

La Antífona de la Comunión repite las palabras del Salvador que hemos escuchado en nuestro Evangelio. Es él mismo quien nos autoriza a

atrevernos a todo en la oración. Nadie de nosotros osará decir: "Cualquiera que pida a Dios recibirá el efecto de su súplica"; pero ahora que el Hijo de Dios ha descendido del cielo a la tierra para enseñárnoslo, nuestro consuelo debe ser repetirlo sin cesar.

COMUNION

Pedid, y recibiréis: buscad, y encontraréis; llamad, y se os abrirá: porque, todo el que pide, recibe: y, el que busca, encuentra: y, al que llama se le abrirá, aleluya.

El Sacrificio de paz está consumado y la confianza de la Iglesia se esplaya en las palabras de acción de gracias que llena la Poscomunión. El don sagrado ha traído el consuelo; la Santa Iglesia espera que sus hijos se aprovecharán para hacer nuevos progresos en el amor.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, acojas con pío favor nuestros votos: para que, mientras recibimos tus dones en la tribulación, con nuestro consuelo crezcamos en tu amor. Por el Señor.

EL MARTES DE ROGATIVAS

Oración por los pecadores. — Todavía continúan hoy las súplicas de la Iglesia y el ejército del Señor recorre por segunda vez las calles de

las ciudades y los caminos de la campiña. Unámonos a él y hagamos oír este grito que penetra el cielo, *¡Kyrie eleison! ¡Señor, tened piedad!* Pensemos en el número inmenso de pecados que cada día y cada noche se cometen e imploramos misericordia. En los días del diluvio "toda carne había corrompido su camino"[1]; pero los hombres no pensaron en pedir gracia al cielo. "El diluvio vino y les perdió a todos", dice el Señor[2]. Si hubiesen orado, si hubiesen hecho penitencia aceptable a la divina justicia, la mano de Dios se hubiera detenido; no hubiera desencadenado sobre la tierra las cataratas del gran abismo[3]. También vendrá un día en que no las aguas, pero un fuego atizado por la cólera celestial abrasará esta tierra que hollamos. Abrasará hasta las raíces de los montes[4], y devorará a los pecadores sorprendidos en su falsa seguridad, como sucedió en los días de Noé.

Pero antes la Santa Iglesia, oprimida por sus enemigos, diezmada por el martirio de sus hijos, agotada por las defecciones, privada de todo apoyo terreno, sentirá que se acerca el día, porque la oración como la fe se enrarecerá. Velemos, pues y oremos, para que estos días de la consumación sean retrasados, para que la vida cristiana tan agotada, tome un poco de vigor y que

[1] *Gén.*, VI, 12.
[2] *S. Luc.*, XVII, 27.
[3] *Gén.*, VIII, 2.
[4] *Deut.*, XXXII, 22.

este mundo envejecido no desaparezca en nuestros tiempos. Todavía lo llenamos todo, pero el número de los nuestros ha disminuído visiblemente.

La herejía ocupa extensas regiones en que antes florecía la catolicidad; en los países perdonados por la herejía, la incredulidad y la indiferencia han arrastrado a la mayor parte de los hombres a no ser cristianos más que de nombre y a quebrantar sin remordimientos los deberes religiosos los más esenciales; entre un gran número de aquellos que cumplen todavía las obligaciones de católicos, las verdades son *enrarecidas* [1], la energía de la fe ha sido suplantada por la molicie en las convicciones, se han intentado y seguido conciliaciones imposibles, los sentimientos y las acciones de los santos que animaba el espíritu de Dios, los actos y las enseñanzas de la Iglesia son tachadas de exageración y de incompatibilidad con un pseudo progreso; la búsqueda de placeres ha llegado a constituir un estudio serio, el anhelo de bienes terrenales una noble pasión, la independencia un ídolo al que se sacrifica todo, la sumisión una humillación que es necesario huir o disimular; finalmente el sensualismo, impregna por doquier, como atmósfera nauseabunda, una sociedad que se diría ha resuelto abolir hasta el recuerdo de la Cruz.

---

[1] *Salmo*, XI, 2.

De aquí provienen tantos peligros para esta sociedad que anhela otras condiciones distintas de aquellas que Dios la impuso. Si el Evangelio es divino, ¿cómo podrán los hombres anularle sin provocar al cielo a lanzar sobre ellos sus iras que aniquilan cuando no salvan? Seamos justos y sepamos reconocer nuestras miserias ante la soberana santidad: los pecados de la tierra se multiplican en número y en intensidad de una manera alarmante; y sin embargo en el cuadro que acabamos de trazar, no hemos hablado ni de la impiedad desenfrenada, ni de las enseñanzas perversas cuyo virus circula por doquier, ni de los pactos con Satanás que amenaza hacer descender a nuestro siglo al nivel de los siglos paganos, ni de la conspiración tenebrosa organizada contra todo orden, toda justicia, toda verdad. Una vez más, unámonos a la Santa Iglesia, y exclamemos con ella en estos días: "De vuestra cólera, ¡líbranos, Señor!"

ORACIÓN POR LOS BIENES DE LA TIERRA. — Otro de los fines de las Rogativas es atraer la bendición de Dios sobre las mieses y los frutos de la tierra; es la petición del *pan cuotidiano,* la que trata de presentar solemnemente a la majestad divina. "Todos los seres—dice el Salmista—elevan con esperanza sus ojos hacia ti, Señor y tú les das el sustento en la estación conveniente;

tú abres la mano y extiendes tu bendición sobre todo lo que alienta"[1].

Apoyada en estas palabras, la Santa Iglesia suplica al Señor, dé también este año a los habitantes de la tierra el sustento que necesitan. Confiesa que son indignos por sus ofensas; reconozcamos con ella los derechos de la divina justicia sobre nosotros y conjurémosla se deje vencer por la misericordia. Las calamidades que podrían malograr las esperanzas orgullosas del hombre están en la mano de Dios; no supondría para él ningún esfuerzo pulverizar tan halagüeñas esperanzas; una perturbación en la atmósfera bastaría para desolar a los pueblos. Pretenda lo que quiera la ciencia económica: de bueno o mal grado necesita contar con Dios.

Ella habla de él pocas veces; parece consentir en olvidarse; pero "no duerme aquel que guarda a Israel"[2]. Si él retiene su mano bienhechora, nuestros trabajos agrícolas—en los que estamos tan confiados—nuestros cultivos—con cuya ayuda nosotros nos vanagloriamos de hacer imposible la carestía—inmediatamente se esterilizan. Vendrá de repente una peste cuyo origen permanece desconocido—así lo hemos visto—sobre los frutos de la tierra, y esto será lo bastante para hambrear los pueblos, para acarrear las más terribles perturbaciones en un orden social

[1] *Salmo*, CXLIV, 15-16.
[2] *Salmo*, CXX, 4.

que se ha manumitido de la ley cristiana y no tiene otra razón para subsistir que la compasión divina.

Y con todo, si el Señor se digna también este año dar fecundidad y protección a las mieses que nuestras manos han sembrado, entonces se podrá decir que habrá dado el sustento a aquellos que le olvidan, a aquellos que le blasfeman, como a aquellos que piensan en él y le honran.

Los ciegos y los perversos, abusando de esta longanimidad, se aprovechan para proclamar cada vez más alto la inviolabilidad de las fuerzas de la naturaleza; Dios continuará callando y les alimentará. ¿Por qué contiene su indignación? Es porque su Iglesia ha orado, es que ha reconocido sobre la tierra los diez justos [1], es decir, el contingente tan débil con el que se contenta en su adorable bondad. El dejará pues hablar y escribir a estos sabios economistas a quienes les sería tan fácil confundir. Por esta paciencia sucede que muchos se dejan llevar por los caminos del absurdo; una circunstancia inesperada les abrirá los ojos y algún día creerán y orarán con nosotros. Otros se hundirán cada vez más en sus tinieblas: desafiarán a la justicia divina hasta el fin y merecerán que se cumpla sobre ellos este terrible oráculo: "El Señor ha

[1] *Gén.*, XVIII, 32.

hecho todas las cosas para él y el impío para el día aciago"[1].

Para nosotros que nos gloriamos de la simplicidad de nuestra fe, que esperamos todo de Dios y nada de nosotros mismos, que nos reconocemos pecadores e indignos de sus dones, pediremos durante estos tres días, el pan de su piedad y diremos con la Santa Iglesia: "Dígnate dar y conservar los frutos de la tierra: Señor, te lo suplicamos, óyenos." ¡Que se digne oír una vez más el clamor de nuestra angustia! En este mismo año volveremos a dirigirle la misma súplica. Caminando bajo el estandarte de la cruz, correremos también los mismos senderos haciendo resonar en los aires las mismas Letanías, y nuestra confianza se fortalecerá más y más, con el pensamiento de que por toda la cristiandad, la Iglesia conduce sus hijos en esta marcha suplicante. Después de quince siglos, el Señor está acostumbrado a recibir los votos de sus fieles en esta época del año; no querramos nosotros en adelante disminuir los homenajes que le son debidos, y esforcémonos por suplir, por el fervor de nuestras oraciones, la indiferencia y la pereza que se unen con frecuencia, para hacer desaparecer de nuestras costumbres tantos signos de catolicidad que fueron apreciados por nuestros padres.

---

[1] *Prov.*, XVI, 4.

LA VIGILIA DE LA ASCENSION

Ha transcurrido la tercera mañana de las Rogativas, se acerca la hora del mediodía; con ella comienza la última jornada que el Hijo de Dios debe pasar sobre la tierra con los hombres. Se diría que hemos perdido de vista—durante estos tres días—el momento tan cercano de la separación; con todo, el sentimiento de la pérdida que nos amenaza alentaba en el fondo de nuestros corazones, y las súplicas que presentábamos al cielo, en unión con la Santa Iglesia, nos preparaban a celebrar el último de los misterios del Emmanuel.

Los discípulos en el Cenáculo. — En este momento se han reunido todos los discípulos en Jerusalén. Agrupados en el Cenáculo, en torno a María, esperan la hora en la que su Maestro debe manifestarse a ellos por última vez. Recogidos y silenciosos, repasan en sus corazones las muestras de bondad y de condescendencia que él les ha prodigado durante estos cuarenta días y las enseñanzas que han recibido de sus labios. Ahora le conocen, saben que ha salido de Dios; han aprendido de él la misión a la que les ha destinado: enseñar, ellos ignorantes, a los pue-

blos de la tierra; pero él se apresura a abandonarlos; "todavía un poco de tiempo y no le verán más"[1].

ORACIÓN. — Oh Jesús, nuestro creador y nuestro hermano, te hemos seguido con los ojos y con el corazón desde tu nacimiento; hemos celebrado en la liturgia uno a uno tus *pasos de gigante*[2] con una solemnidad especial; pero al veros ascender de este modo siempre, debíamos haber previsto el momento en que vos irías a tomar posesión del único lugar que te conviene, del trono sublime en que te sentarás eternamente a la derecha del Padre.

El resplandor que te circunda desde tu resurrección no es de este mundo; no puedes permanecer por más tiempo entre nosotros; sólo has permanecido durante estos cuarenta días para la consolidación de tu obra, y mañana, la tierra que te poseía desde hace treinta y tres años, se verá privada de ti. Con María tu madre, con tus dóciles discípulos, con María Magdalena y sus compañeras, nos alegramos del triunfo que te espera; pero en la víspera de perderte permitid a nuestros corazones que también se dejen conmover por la tristeza; porque tu eres el Emmanuel, *Dios con nosotros,* y marchas para ser en adelante el astro divino que se cernerá

---

[1] *S. Juan,* XVI, 16.
[2] *Salmo,* XVIII, 6.

sobre nosotros; y ya no podremos "veros, ni oiros, ni tocaros con nuestras manos, oh Verbo de vida!"[1].

También nosotros exclamamos: ¡Gloria y amor sea a Ti!, porque nos has tratado con misericordia infinita. Tu no nos debías nada, éramos indignos de atraer tus miradas, y has descendido a esta tierra mancillada por el pecado; has habitado entre nosotros, has pagado nuestro rescate con tu sangre, has restablecido la paz entre Dios y los hombres. Sí, es justo que ahora "vuelvas a aquel que te envió"[2]. Oímos la voz de tu Iglesia que acepta su destierro y que no piensa más que en tu gloria: "Huye, pues, amado mío, Te dice; huye con la rapidez del gamo y del cervatillo, hasta esas montañas en que las flores del cielo exhalan sus perfumes"[3] ¿podremos nosotros, pecadores como somos, imitar la resignación de aquella que es a la vez tu Esposa y nuestra madre?

LA ASCENSION DE NUESTRO SEÑOR

La inefable sucesión de los misterios del Hombre-Dios está a punto de recibir su último complemento. Pero el gozo de la tierra ha subido

[1] *Epist. I. S. Juan,* I,. 1.
[2] S. *Juan,* XVI, 5.
[3] *Cant.* VIII, 14.

hasta los cielos; las jerarquías angélicas se disponen a recibir al jefe que les fué prometido, y sus príncipes están esperando a las puertas, prestos a levantarlas cuando resuene la señal de la llegada del triunfador. Las almas santas, libertadas del limbo hace cuarenta días, aguardan el dichoso momento en que el camino del cielo, cerrado por el pecado, se abra para que puedan entrar ellas en pos de su Redentor. La hora apremia, es tiempo que el divino Resucitado se muestre y reciba los adioses de los que le esperan hora por hora y a quienes El dejará aún en este valle de lágrimas.

EN EL CENÁCULO. — Súbitamente aparece en medio del Cenáculo. El corazón de María ha saltado de gozo, los discípulos y las santas mujeres adoran con ternura al que se muestra aquí abajo por última vez. Jesús se digna tomar asiento en la mesa con ellos; condesciende hasta tomar parte aún en una cena, pero ya no con el fin de asegurarles su resurrección, pues sabe que no dudan; sino que en el momento de ir a sentarse a la diestra del Padre, quiere darles esta prueba tan querida de su divina familiaridad. ¡Oh cena inefable, en que María goza por última vez en este mundo del encanto de sentarse al lado de su Hijo, en que la Iglesia representada por los discípulos y por las santas mujeres está aún presidida visiblemente por su Jefe y su Esposo!

¿Quién podría expresar el respeto, el recogimiento, la atención de los comensales y describir sus miradas fijas con tanto amor sobre el Maestro tan amado? Anhelan oír una vez más su palabra; ¡les será tan grata en estos momentos de despedida!... Por fin Jesús comienza a hablar; pero su acento es más grave que tierno. Comienza echándoles en cara la incredulidad con que acogieron la noticia de su resurrección [1]. En el momento de confiarles la más imponente misión que haya sido transmitida a los hombres, quiere invitarles a la humildad. Dentro de pocos días serán los oráculos del mundo, el mundo creerá sus palabras y creerá lo que él no ha visto, lo que sólo ellos han visto.

La fe pone a los hombres en relación con Dios; y esta fe no la han tenido, desde el principio, ellos mismos: Jesús quiere recibir de ellos la última reparación por su incredulidad pasada, a fin de establecer su apostolado sobre la humildad.

LA EVANGELIZACIÓN DEL MUNDO. — Tomando enseguida el tono de autoridad que a él sólo conviene, les dice: "Id al mundo entero, predicad el Evangelio a toda creatura. El que crea y se bautice, se salvará; el que no crea, se condenará" [2]. Y esta misión de predicar el Evangelio en el

[1] S. *Marc.* XVI, 14.
[2] S. *Marc.* XVI, 15-16.

mundo entero; ¿cómo la cumplirán? ¿Por qué medio tratarán de acreditar su palabra? Jesús se lo indica: "He aquí los milagros que acompañarán a los que creyeren: arrojarán los demonios en mi nombre; hablarán nuevas lenguas; tomarán las serpientes con la mano; si bebieren algún veneno, no les dañará; impondrán sus manos sobre los enfermos, y los enfermos sanarán"[1].

Quiere que el milagro sea el fundamento de su Iglesia como El mismo lo escogió para que fuese el argumento de su misión divina. La suspensión de las leyes de la naturaleza anuncia a los hombres que el autor de la naturaleza va a hablar; a ellos sólo les toca entonces escuchar y someterse humildemente.

He aquí pues a estos hombres desconocidos del mundo, desprovistos de todo medio humano, investidos de la misión de conquistar la tierra y de hacer reinar en ella a Jesucristo. El mundo ignora hasta su existencia; sobre su trono, Tiberio, que vive entre el pavor de las conjuraciones no sospecha en absoluto esta expedición de un nuevo género que va a abrirse y llegará a conquistar al imperio romano. Pero a estos guerreros les hace falta una armadura, y una armadura de temple celestial. Jesús les anuncia que están para recibirla. "Quedaos en la ciudad, les

---

[1] *Ib.* 17-18.

dice, hasta que hayáis sido revestidos de el poder de lo alto"[1]. ¿Cuál es, pues, esta armadura? Jesús se lo va a explicar. Les recuerda la promesa del Padre, "esta promesa, dice, que habéis oído de mi boca. Juan ha bautizado en agua; pero vosotros, dentro de pocos días, seréis bautizados en el Espíritu Santo"[2].

HACIA EL MONTE DE LOS OLIVOS. — Pero la hora de la separación ha llegado. Jesús se levanta y todos los asistentes se disponen a seguir sus pasos. Ciento veinte personas se encontraban reunidas allí con la madre del triunfador que el cielo reclamaba. El Cenáculo estaba situado sobre el monte Sión, una de las colinas que cerraba el cerco de Jerusalén. El cortejo atraviesa una parte de la ciudad, dirigiéndose hacia la puerta oriental que se abre sobre el valle de Josafat. Es la última vez que Jesús recorre las calles de la ciudad réproba. Invisible en adelante a los ojos de este pueblo que ha renegado de El, avanza al frente de los suyos, como en otro tiempo la columna luminosa que dirigió los pasos del pueblo israelita.

¡Qué bella e imponente es esta marcha de María, de los discípulos y de las santas mujeres, en pos de Jesús que no debe detenerse más que en el cielo, a la diestra del Padre! La piedad de

---

[1] *S. Luc.*, XXIV, 49.
[2] *Actas*, 1.

la edad media la celebraba en otro tiempo por una solemne procesión que precedía a la Misa de este gran día. Dichosos siglos, en que los cristianos deseaban seguir cada uno de los pasos del Redentor y no sabían contentarse, como nosotros, de algunas vagas nociones que no pueden engendrar más que una piedad vaga como ellas.

La alegría de María. — Se pensaba también entonces en los sentimientos que debieron ocupar el corazón de María durante los últimos instantes que gozó de la presencia de su hijo. Se preguntaba qué era lo que más pesaba en su corazón maternal, si la tristeza de no ver más a Jesús, o la dicha de sentir que iba por fin a entrar en la gloria que le era debida. La respuesta venía al punto al pensamiento de esos verdaderos cristianos, y nosotros también, nos la damos a nosotros mismos. ¿No había dicho Jesús a sus discípulos: "¿Si me amaseis, os alegraríais de que fuese a mi Padre?"[1]. Ahora bien, ¿quién amó más a Jesús que María?

El corazón de la madre estaba pues alegre en el momento de este inefable adiós. María no podía pensar en sí misma, cuando se trataba del triunfo debido a su hijo y a su Dios.

Después de las escenas del Calvario, podía ella aspirar a otra cosa que a ver al fin glorificado al que ella conocía por el soberano Señor

[1] *S. Juan,* XIV, 28

de todas las cosas, al que ella había visto tan pocos días antes, negado, blasfemado, expirando en medio de los dolores más atroces.

El cortejo ha atravesado el valle de Josafat y ha pasado el torrente del Cedrón; se dirige por la pendiente del monte de los Olivos. ¡Qué recuerdos vienen a la memoria! Este torrente, del que el Mesías había bebido el agua fangosa en sus humillaciones, se ha convertido hoy para El en el camino de la gloria. Así lo había anunciado David [1]. Se deja a la izquierda el huerto que fué testigo de la Agonía, la gruta en que fué presentado a Jesús y aceptado por El el cáliz de todas las expiaciones del mundo. Después de haber franqueado un espacio que San Lucas calcula como el que les era permitido recorrer a los judíos en día de Sábado, se llega al terreno de Betania a esta aldea en que Jesús buscaba la hospitalidad de Lázaro y de sus hermanas. Desde este rincón del monte de los Olivos se dominaba Jerusalén que aparecía majestuosa con su templo y sus palacios.

Esta vista emocionó a los discípulos. La patria terrestre hace aún palpitar el corazón de estos hombres; por un momento olvidan la maldición pronunciada sobre la ingrata ciudad de David, y parecen no acordarse ya de que Jesús acaba de hacerles ciudadanos y conquistadores del mun-

---

[1] *Ps.*, CIX, 7.

do entero. El delirio de la grandeza mundana de Jerusalén les ha seducido de repente y osan preguntar a Jesús su Maestro: "Señor, ¿es este el momento en que establecerás el reino de Israel?"

Jesús responde a esta pregunta indiscreta: "No os pertenece saber los tiempos y los momentos que el Padre ha reservado a su poder." Estas palabras no quitaban la esperanza de que Jerusalén fuese un día reedificada por Israel convertido al cristianismo; pues este restablecimiento de la ciudad de David no debía tener lugar más que al fin de los tiempos, y no era conveniente que el Salvador diese a conocer el secreto divino. La conversión del mundo pagano, la fundación de la Iglesia, era lo que debía preocupar a los discípulos. Jesús les lleva inmediatamente a la misión que les dió momentos antes: "Vais a recibir, les dice, el poder del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda la Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra"[1].

La Ascensión al cielo. — Según una tradición que remonta a los primeros siglos del cristianismo[2], era el medio día la hora en que Jesús fué elevado sobre la cruz cuando, dirigiendo sobre la concurrencia una mirada de ternura que debió detenerse con complacencia filial sobre

[1] *Actas*, 1. 6-8.
[2] *Const. apost.* 1, V, c. XIX.

María, elevó las manos y les bendijo a todos. En este momento sus pies se desprendieron de la tierra y se elevó al cielo [1]. Los asistentes le seguían con la mirada; pero pronto entró en una nube que le ocultó a sus ojos [2].

Los discípulos tenían aún los ojos fijos en el cielo, cuando, de repente, dos Angeles vestidos de blanco se presentaron ante ellos y les dijeron: "Varones de Galilea, ¿porqué estáis mirando al cielo? Ese Jesús que os ha dejado para elevarse al cielo vendrá un día de la misma manera que le habéis visto subir"[3]. Del mismo modo que el Salvador ha subido, debe el Juez descender un día: todo el futuro de la Iglesia está comprendido en estos dos términos. Nosotros vivimos ahora bajo el régimen del Salvador; pues nos ha dicho que "el hijo del hombre no ha venido para juzgar al mundo, sino para que el mundo sea por El salvado"[4]. Y con este fin misericordioso los discípulos acaban de recibir la misión de ir por toda la tierra y de convidar a los hombres a la salvación, mientras tienen tiempo.

¡Qué inmensa es la tarea que Jesús les ha confiado, y en el momento en que van a dar comienzo a ella Jesús les abandona! Les es preciso descender solos del monte de los Olivos de donde ha partido El para el cielo. Su corazón,

---

[1] *S. Lucas*, XXIV, 51.
[2] *Act.*, I, 9.
[3] *Actas*, 1, 10-11.
[4] *S. Juan*, III, 17.

sin embargo, no está triste; tienen con ellos a María, y la generosidad de esta madre incomparable se comunica a sus almas. Aman a su Maestro; su dicha en adelante consistirá en pensar que ha entrado en su descanso.

Los discípulos entraron de nuevo en Jerusalén "llenos de una viva alegría", nos dice S. Lucas [1], expresando por esta sola palabra uno de los caracteres de esta fiesta de la Ascensión, impregnada de una tan dulce melancolía, pero que respira al mismo tiempo más que cualquier otra alegría y el triunfo. Durante su Octava, intentaremos penetrar los misterios y presentarla en toda su magnificencia; hoy nos limitaremos a decir que esta solemnidad es el cumplimiento de todos los misterios del Redentor y que ha consagrado para siempre el jueves de todas las semanas, día tan augusto por la institución de la santa Eucaristía.

Ritos antiguos. — Hemos hablado de la procesión solemne por la cual se celebraba, en la edad media, la partida de Jesús y de sus discípulos al monte de los Olivos; debemos recordar también que en este día se bendecía solemnemente el pan y los frutos nuevos, en memoria de la última comida que el Salvador tomó en el Cenáculo. Imitemos la piedad de estos tiempos

---

[1] *S. Luc.*, XXIV, 52.

en que los cristianos tenían a pecho el recoger los menores rasgos de la vida del Hombre-Dios y de apropiárselos, por decirlo así, reproduciendo en su modo de vivir todas las circunstancias que el santo Evangelio les revelaba. Jesucristo era verdaderamente amado y adorado en esos tiempos en que los hombres se acordaban sin cesar que es el soberano Señor. Actualmente, es el hombre quien reina con sus peligros y riesgos. Jesucristo es rechazado en lo íntimo de la vida privada. Y por tanto, tiene derecho a ser nuestra preocupación de todos los días y de todas las horas.

Los Angeles dijeron a los Apóstoles: "Del mismo modo que le habéis visto subir, así bajará un día." ¡Ojalá le hubiésemos amado y servido durante su ausencia con suficiente diligencia, para que pudiésemos soportar sus miradas cuando aparezca!

MISA

La Iglesia romana señala hoy para la Estación la basílica de San Pedro. Es un bello pensamiento el de reunir en tal día la asamblea de fieles alrededor de la tumba de uno de los principales testigos de la Ascensión de su Maestro.

En esta basílica, como en las Iglesias más humildes de la cristiandad, el símbolo litúrgico de la fiesta es el Cirio pascual, que vimos brillar en la

noche de la Resurrección, y que estaba destinado a figurar, por su luz de cuarenta días, la duración de la estancia del Señor Resucitado en medio de los que él se dignó llamar sus hermanos. Las miradas de los fieles reunidos se fijan con complacencia sobre su llama que parece brillar con una luz más viva, a medida que se aproxima el instante en que será apagada. Bendigamos a nuestra madre la Iglesia a quien el Espíritu Santo ha inspirado el arte de instruirnos por medio de tantos símbolos, y glorifiquemos al Hijo de Dios que nos ha dicho: "Yo soy la luz del mundo"[1].

El Introito anuncia la gran solemnidad por la cual nos congregamos. Está compuesto por las palabras dichas por los Angeles a los Apóstoles sobre el monte de los Olivos. Jesús ha subido a los cielos, pero, descenderá un día.

INTROITO

Varones de Galilea, ¿por qué os admiráis mirando el cielo? aleluya: como le habéis visto ascendiendo al cielo, así vendrá, aleluya, aleluya, aleluya. *Salmo:* Todos los pueblos aplaudid con las manos: cantad a Dios con voces de júbilo.

℣. Gloria al Padre.

La Iglesia, recogiendo las súplicas de sus hijos en la Colecta, pide para ellos a Dios la gra-

---

[1] *San Juan,* VIII, 12.

cia de tener sus corazones unidos al divino Redentor, a quien deben, buscar en adelante, en el cielo, donde ha subido el primero.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que creemos que tu Unigénito, nuestro Redentor, ascendió hoy a los cielos, habitemos también con nuestra mente en los cielos. Por el mismo Señor.

EPISTOLA

Lección de los Hechos de los Apóstoles.

El primer tratado que he hecho, oh Teófilo, habla de todo lo que comenzó a obrar y enseñar Jesús, hasta el día en que instruyendo por el Espíritu Santo a los Apóstoles que escogió, fué arrebatado: a los cuales se presentó El mismo vivo después de su pasión con muchas pruebas, apareciéndose a ellos durante cuarenta días y hablándoles del reino de Dios. Y, comiendo con ellos, les ordenó que no se marcharan de Jerusalén, sino que esperaran la promesa del Padre, la que habéis oído (dijo) de mi boca: Porque Juan bautizó ciertamente con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo no muchos días después de estos. Entonces los que se habían reunido, le preguntaron, diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino de Dios en este tiempo? Y les dijo: No toca a vosotros saber los tiempos o el momento que el Padre ha puesto en su potestad: pero recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén y en toda Judea, y en Samaria y hasta el fin de la tierra, y habiéndo dicho esto, viéndole ellos, se elevó, y una nuve lo arrebató de sus ojos. Y, estando mirando cómo El se iba al cielo, he aquí que dos varones se pusieron a su lado, con vestidos blancos y les dijeron:

Varones Galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Ese Jesús, que se ha elevado de vosotros al cielo, así vendrá, como le habéis visto ir al cielo.

JESÚS SUBE AL CIELO. — Acabamos de asistir, siguiendo este relato, a la partida del Emmanuel a los cielos. ¿Hay algo más tierno que la mirada de los discípulos fija sobre su Maestro que se eleva al cielo bendiciéndoles? Pero una nube viene a interponerse entre Jesús y ellos, y sus ojos impregnados de lágrimas han perdido la huella de su paso. Están solos ya en el monte; Jesús les ha ocultado su presencia visible. ¡Cuán pesada les sería la estancia en este mundo, si su gracia no les sostuviese, si el Espíritu divino no estuviese a punto de bajar sobre ellos y de crear en ellos un nuevo ser! Solo en el cielo volverán a ver a quien, siendo Dios, se dignó ser su Maestro durante tres años y que, en la última Cena, quiso llamarles sus amigos.

Pero no sólo ellos lo lamentan. Esta tierra que recibía temblando de gozo la huella de los pasos del Hijo de Dios, no será ya pisada por sus sagrados pies. Ha perdido esta gloria que esperó tanto tiempo, la gloria de servir de habitación a su autor. Las naciones esperan un Libertador; pero, fuera de Judea y Galilea, los hombres ignoran que ha venido el libertador y ha subido a los cielos. La obra de Jesús, no se ceñirá a estas regiones. El género humano conocerá que ha venido; y, en cuanto a su Ascensión al cielo

en ese día, escuchad la voz de la Iglesia que resuena en las cinco partes del mundo y proclama el triunfo del Emmanuel. Diez y nueve siglos han transcurrido desde su partida, y nuestra despedida llena de respeto y de amor se une a la que le dirigieron sus discípulos, cuando subía al cielo. También nosotros lloramos su ausencia; pero nos regocijamos de verle glorificado, coronado y sentado a la diestra de su Padre. Has entrado en tu reposo, Señor; nosotros, a quienes redimiste y conquistaste te adoramos en tu trono. Bendícenos, llévanos a ti, y dígnate hacer que tu última venida sea nuestra esperanza y no nuestro temor.

Los últimos versillos del Aleluya repiten los acentos de David cuando ensalzaba de ante mano a Cristo que sube en su gloria, las aclamaciones de los Angeles, los ruidosos sonidos de las trompetas celestiales, el magnífico trofeo que el vencedor arrastra tras de sí en esos dichosos cánticos que ha extraído del limbo.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. ℣. Ascendió Dios con júbilo, y el Señor con clamor de trompeta.

Aleluya. ℣. El Señor, como en el Sinaí, así está en el santuario: subiendo a lo alto, llevó cautiva a la cautividad. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Marcos.

En aquel tiempo, estando los once discípulos sentados a la mesa, se apareció a ellos Jesús: y les repro-

chó su incredulidad y su dureza de corazón: porque no creyeron a los que le habían visto resucitado. Y díjoles: Yendo por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado se salvará: pero el que no creyere se condenará. Y, a los que creyeren les seguirán estas señales: en mi nombre lanzarán los demonios: hablarán lenguas nuevas: quitarán las serpientes: y si bebieren algo mortífero, no les hará daño: pondrán las manos sobre los enfermos, y sanará. Y el Señor Jesús, después que les habló, fué arrebatado al cielo, y está sentado a la diestra de Dios. Y ellos, partiendo, predicaron por doquier, cooperando con ellos el Señor, y confirmando la palabra con las señales que se sigan.

Desear a Cristo. — Después de haber acabado el diácono estas palabras, un acólito sube al ambón, y apaga el Cirio que nos recordaba la presencia de Jesús resucitado. Este rito expresivo anuncia el comienzo de la viudez de la Iglesia y advierte a nuestras almas que para contemplar en lo sucesivo a nuestro Salvador, nos es preciso mirar al cielo donde él reside. ¡Qué rápido ha sido su paso por aquí abajo! ¡qué de generaciones se han sucedido! ¡qué de generaciones se sucederán aún hasta que se muestre de nuevo!

Lejos de él, la Santa Iglesia siente las tristezas del destierro; sigue sin embargo habitando este valle de lágrimas; porque de la tierra ha de elevar al cielo a los hijos que la ha dado su Esposo divino por medio de su Espíritu; pero le falta la vista de Jesús y si somos cristianos, tam-

bién a nosotros nos debe faltar. "¡Oh, cuándo llegará el día en que revestidos de nuevo con nuestra carne, nos lancemos al cielo al encuentro del Señor, para morar con El eternamente"![1]. Entonces, y solamente entonces, alcanzaremos el fin para el que fuimos creados.

Todos los misterios del Verbo encarnado que hemos celebrado hasta aquí debían desembocar en la Ascensión; las gracias que recibimos día por día deben terminarse con la nuestra. "Este mundo no es más que una sombra que pasa"[2]. Y estamos en camino para irnos a juntarnos con nuestro Jefe. En El está nuestra vida, nuestra felicidad; en vano trataremos de buscarla en otra parte. Todo lo que nos acerca a Jesús es bueno para nosotros; todo lo que nos aleja de El es malo y funesto. El misterio de la Ascensión es el último destello que Dios hace brillar ante nuestros ojos para mostrarnos el camino. Si nuestro corazón aspira a encontrar a Jesús, es que vive la verdadera vida; si está apegado a las criaturas y no siente atracción de Jesús, imán celestial, es que está muerto.

Levantemos, pues, los ojos como los discípulos y sigamos con el deseo a aquel que sube hoy para prepararnos un lugar. ¡Arriba los corazones! "¡Sursum corda!" Tal es el grito de despedida que nos envían nuestros hermanos que su-

---

[1] *I. Therss.*, IV, 16.
[2] *I Cor.*, VII, 31.

ben en pos del divino Triunfador: es el grito de los santos Angeles congregados ante el Emmanuel, y que nos invitan a formar parte de sus filas.

Para Antífona del Ofertorio, la Iglesia emplea las mismas palabras que para el primer aleluya. Sólo expresa un pensamiento: el triunfo de su Esposo, la alegría del cielo en la cual quiere que tomen parta también los habitantes de la tierra.

OFERTORIO

Ascendió Dios en el júbilo, y el señor al son de trompeta, aleluya.

Entrar en pos de Jesús en la vida eterna, evitar los obstáculos que pueden encontrarse en el camino, tales deben ser nuestros deseos en este día, tal es también la petición que la Iglesia formula en la oración Secreta.

SECRETA

Recibe, Señor, los dones que te ofrecemos, por la gloriosa Ascensión de tu Hijo: y concede propicio, que seamos libres de los peligros presentes, y lleguemos a la vida eterna. Por Jesucristo.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que, siempre y en todo lugar, te demos gracias a ti. Señor santo. Padre omnipotente, eterno Dios: por Cristo, nuestro Señor. El cual, después de su resurrección, se apareció claramente a todos sus discípulos, y, viéndole ellos, se elevó al cielo, para hacernos a nos-

otros partícipes de su divinidad. Y, por tanto, con los Angeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con toda la milicia del ejército celeste, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo, etc.

Un nuevo versículo de David forma parte de la Antífona de la Comunión. El rey-profeta anuncia en él, mil años antes que él Emmanuel se elevara a los cielos por el Oriente. En efecto, del monte de los Olivos situado al Este de Jerusalén hemos visto hoy partir a Jesús para el reino de su Padre.

COMUNION

Cantad salmos al Señor, que asciende a lo más alto de los cielos, hacia el Oriente, aleluya.

El pueblo fiel acaba de sellar su alianza con su divino Jefe participando del augusto Sacramento; la Iglesia pide a Dios que este misterio, que contiene a Jesús invisible en adelante, obre en nosotros lo que expresa al exterior.

POSCOMUNION

Concédenos te rogamos, oh Dios omnipotente y misericordioso, sentir el efecto invisible de los Misterios visibles que acabamos de recibir. Por N. S. Jesucristo.

MEDIO DIA

Una tradición de los primeros siglos y confirmada por las revelaciones de los santos, nos

dice que la hora de la Ascensión del Salvador fué la del mediodía. Los Carmelitas reformados por Santa Teresa honran con un culto particular este piadoso recuerdo. A la hora expresada. Se reúnen en el coro para vacar en la contemplación del último de los misterios de Jesús y seguir con el pensamiento y con el corazón al Emmanuel a la altura que le lleva su vuelo divino.

Sigámosle también nosotros; pero antes de fijar nuestras miradas en el radiante medio día que ilumina su triunfo, volvamos un momento con el pensamiento al punto de partida. A media noche apareció en medio de tinieblas, en el establo de Belén. Esta hora nocturna y silenciosa convenía al comienzo de su misión. Su obra entera estaba ante El, y debían transcurrir treinta y tres para cumplirla. Esta misión se desarrolló año tras año; día tras día, y estaba cercana a su fin, cuando los hombres, en su malicia, se apoderaron de El y le clavaron en una cruz. A medio día apareció elevado en los aires; pero su Padre no quiso que el sol iluminara lo que era una humillación y no un triunfo. Densas tinieblas cubrieron la tierra, este día no tuvo mediodía. Cuando el sol reapareció, era ya la hora de Nona. Tres días después, salía de la tumba al alborear de la aurora.

Hoy su obra está consumada. Jesús ha pagado con su sangre el rescate de nuestros pecados, ha vencido la muerte resucitando glorioso; ¿no

tiene derecho de escoger para su partida la hora en que el sol, su imagen, vierte todo su fuego e inunda con su luz la tierra cuyo Redentor va a cambiar por el cielo? ¡Salve, pues, hora del medio día, dos veces sagrada, porque tú nos recuerdas todos los días la misericordia y la victoria de nuestro Emmanuel! ¡Gloria a ti por la doble aureola que llevas: la salvación del hombre por medio de la cruz, y la entrada del hombre en el reino de los cielos!

Pero ¿no eres Tú mismo el Medio día de nuestras almas, ¡oh Jesús, Sol de justicia!? ¿Dónde encontraremos esta plenitud de luz a la cual aspiramos, este ardor de amor eterno que únicamente él puede hacernos dichosos, sino en ti que has venido aquí abajo a iluminar nuestras tinieblas y derretir nuestros hielos? Con esta esperanza, escuchamos las melodiosas palabras de Gertrudis tu fiel esposa y pedimos la gracia de poder un día repetirlas con ella: "¡Oh amor, de medio día cuyo ardor es tan dulce, eres la hora del reposo sagrado, la paz entera que se gusta en ti constituye nuestras delicias! ¡Oh Amado, escogido sobre toda creatura, hazme saber, muéstrame el lugar en que apacientas tu rebaño, y descansas a la hora del medio día! Mi corazón se inflama pensando en tus dulces ocios en este momento. ¡Oh si me fuese dado acercarme a ti de modo que no sólo estuviese cerca de ti, sino en ti! Por tu influencia, oh Sol de Justicia, todas

las flores de las virtudes florecerían en mí que no soy más que polvo y ceniza. Fecundada por tus rayos, oh Maestro y Esposo, mi alma produciría los nobles frutos de la perfección. Arrebatada de este valle de miseria y admitida a contemplar tu faz tan deseada, mi dicha eterna será pensar que no te has desdeñado, oh espejo sin mancha, unirte a una pecadora como yo"[1].

TARDE

PLEGARIA. — ¡Oh nuestro Emmanuel! finalmente has llegado al término de tu obra y hoy mismo te vemos entrar en tu reposo. Al comienzo del mundo, empleaste seis días para disponer todas las partes del Universo creado por tu poder; después de lo cual entraste en tu descanso. Más tarde, cuando resolviste levantar tu obra caída por la malicia del ángel rebelde, tu amor te hizo pasar, durante treinta y tres años, por una sucesión sublime de actos por medio de los cuales se obraron nuestra redención y nuestro restablecimiento en el grado de santidad y de gloria del que habíamos caído.

No olvidaste nada, oh Jesús, de lo que había sido propuesto en los consejos de la Trinidad, ni de lo que los Profetas habían anunciado de ti. Tu Ascensión concluye la misión que has cum-

[1] Ejercicios de Sta Gertrudis, V.° día.

plido en tu misericordia. Por segunda vez entras en tu descanso; pero entras con toda la naturaleza humana, llamada en adelante, a tomar parte en honores divinos.

Ya forman parte en las filas de los coros angélicos los justos de nuestra raza que has sacado del limbo, pues, al marcharte nos dijiste: "Voy a prepararos un lugar"[1].

Confiados en tu palabra, resueltos a seguirte en todos tus misterios que has cumplido sólo por nosotros, a acompañarte en la humildad de Belén, en la participación de los dolores del Calvario, en la resurrección de Pascua y aspiramos a imitarte también, cuando llegue la hora, en tu triunfante Ascensión. Entretanto, nos unimos a los coros de los Apóstoles que saludan tu llegada, a nuestros Padres cuya multitud te acompaña y te sigue.

Fija tu mirada en nosotros, ¡oh divino Pastor! no ha llegado aún el momento de juntarnos.

Guarda a tus ovejas y ten cuidado que no se extravíe ninguna ni sea ingrata a tus cuidados. Conociendo nuestro fin y firmes en el amor y la meditación de los misterios que nos han conducido al de hoy, tomamos a éste como objeto de nuestra espera y el término de nuestros deseos. Constituye el fin de tu venida a este mundo, por medio de la cual descendiendo tú hasta nuestra bajeza, nos ensalzaste hasta hacernos partícipes

---

[1] *San Juan*, XIV, 2.

de tu grandeza, y haciéndote hombre nos hiciste dioses a nosotros.

¿Pero qué haríamos aquí abajo hasta que nos juntásemos contigo, si la Virtud del Altísimo que nos habéis prometido no descendiese pronto sobre nosotros, si no nos diese paciencia en el destierro, fidelidad en la ausencia y el amor suficiente para sostener un corazón que suspira por poseerte? ¡Ven, pues, oh Espíritu divino! No nos dejes languidecer, a fin de que nuestra mirada permanezca fija en el cielo donde Jesús reina y nos espera, y no permitas que el mortal sea tentado, en su cansancio, a arrastrarse por un mundo terrestre en el cual Jesús no se dejará ver en adelante.

VIERNES

DE LA OCTAVA DE LA ASCENSION

LA VOCACION DE LOS ANGELES Y DE LOS HOMBRES

He aquí que hemos llegado, por decirlo así, al punto culminante de la obra divina que sólo hoy aparece verdaderamente completa. Todos los días, en el santo Sacrificio, después de las palabras de la consagración, dirigiéndose la Iglesia a la majestad del Padre, expresa así el motivo de su confianza: "Teniendo pues presentes en el pensamiento, nosotros tus siervos y tu pueblo santo, la bienaventurada Pasión del mismo Cris-

to, tu Hijo y Señor nuestro, su Resurrección y también su gloriosa Ascensión a los cielos, te ofrecemos esta hostia pura, santa e inmaculada." No basta, pues, que el hombre se apoye en los méritos de la Pasión del Redentor que ha borrado nuestras iniquidades con su sangre; no le basta unirse al recuerdo de la Resurrección que ha dado a este divino Libertador la victoria sobre la muerte; el hombre no es salvado, ni restablecido, sino por la unión de estos dos misterios con un tercero, con el misterio de la triunfante Ascensión del que ha muerto y resucitado. Jesús, durante los cuarenta días de su vida gloriosa sobre la tierra, sigue siendo un desterrado. Y nosotros también permanecemos desterrados como él, hasta que la puerta del cielo, cerrada por el pecado de Adán, se vuelva a abrir para él y para nosotros.

En su inefable bondad, Dios no había llamado al hombre solamente a reinar sobre todos los seres que cubren la tierra; no le había destinado sólo a conocer la verdad en proporción a las necesidades de su naturaleza, a realizar el bien según las fuerzas de su vida moral, a rendir un lejano homenaje a su creador. Por un designio de su omnipotencia unida a su amor, Dios le había asignado un fin sobre su propia naturaleza. Inferior al Angel y realizando en su ser la unión del espíritu y de la materia, el hombre estaba llamado al mismo fin que el Angel. El

cielo debía recibir al uno y al otro; uno y otro estaban llamados a encontrar eternamente su felicidad en la visión de Dios cara a cara, en la posesión íntima del soberano bien.

La gracia, socorro divino y misterioso, debía hacerles aptos para el fin sublime que los había preparado gratuitamente la bondad de su creador. Tal era el pensamiento en el cual se había complacido Dios desde la eternidad: elevar hasta sí a estos hijos de la nada y verter sobre ellos, según la medida de su ser engrandecido, los torrentes de su amor y de su luz.

Ya sabemos qué catástrofe apartó a algunos de los Angeles en el camino de la bienaventuranza suprema. En el momento de la prueba que debía decidir la admisión de cada uno de ellos a la dicha sin fin se oyó un grito de rebelión. En todos los coros angélicos hubo rebeldes, espíritus que se negaron a rebajarse ante el mandato divino; pero su caída sólo les dañó a ellos mismos, y los espíritus fieles admitidos en recompensa a la visión y a la posesión del soberano bien, comenzaron su eterna felicidad. Dios se dignó admitir seres creados a gozar de su propia felicidad y los nuevos coros glorificados se dilataron bajo su eterna mirada.

Creado más tarde, el hombre cayó también y su pecado rompió el lazo que le unía a Dios. La raza humana estaba representada entonces por un solo hombre y una sola mujer: todo se

había, pues, hundido a la vez. Después de la falta, el cielo quedaba cerrado para siempre a nuestra raza; pues en su caída, Adán y Eva habían arrastrado a su posteridad, a la cual no podían transmitir un derecho que habían perdido. En lugar de este paso agradable por la tierra, al cual debía poner fin una dichosa ascensión hacia la morada eterna de la gloria, no nos quedaba más que una corta vida llena de dolores y, como perspectiva, la tumba donde nuestra carne salida del polvo, se vería reducida a polvo. En cuanto a nuestra alma, creada para la dicha sobrenatural a la cual no podía aspirar hubiera sido como para verse frustrada eternamente. El hombre había preferido la tierra; la habitaría durante algunos años, después de los cuales la dejaría a otros que desaparecerían igualmente hasta que Dios quisiese acabar con esta obra.

La Redención. — Así habíamos nosotros merecido ser tratados; pero no fué tal, sin embargo, el fin de nuestra creación. A pesar del odio que Dios tiene al pecado, había destinado al hombre a gozar de los tesoros de su gloria, y no quiso derogar los designios de su sabiduría y de su bondad. No, la tierra no será un lugar en que el hombre nacerá para extinguirse al punto. Cuando haya llegado la plenitud de los tiempos, un hombre aparecerá aquí abajo, mas no el primero de una nueva creación, sino un hombre

como nosotros, de nuestra raza, "nacido de mujer", como dice el Apóstol [1]. Así, este hombre celeste y terrestre a la vez se asociará a nuestra desgracia; como nosotros, pasará por la muerte, y la tierra le guardará tres días en su seno. Pero se verá forzada a entregarle y, vivo, aparecerá ante los ojos deslumbrados de los otros hombres. Nosotros lo hemos visto y al sentir en nosotros mismos una "sentencia de muerte"[2], nos alegramos de ver la carne de nuestra carne, la sangre de nuestra sangre obtener una tan hermosa victoria.

Así, pues, las intenciones divinas no serán del todo frustradas. He aquí que la tierra presenta al Creador un segundo Adán que, habiendo vencido la muerte, no puede detenerse más aquí abajo. Es preciso que suba; y si la puerta del cielo está cerrada, es preciso que se abra para él. "Príncipes, levantad vuestras puertas; puertas eternas, levantaos, y el Rey de la gloria entrará"[3]. ¡Oh, si se dignase llevarnos tras El! pues es nuestro hermano, y sabemos que sus "delicias fueron estar con los hijos de los hombres"[4]. Pero que suba, que su Ascensión sea desde hoy. Es la más pura sangre de nuestra raza, el hijo de una madre sin mancha que va a representarnos a todos en esta dichosa mansión

---

1 *Gal.*, IV, 4.
2 *II Cor.*, 1, 9.
3 *Ps.*, XXXIII, 7.
4 *Prov.*, VIII, 31.

que debemos habitar, la tierra le envía no es ya estéril desde el momento que le produjo; pues ha fructificado al fin para el cielo. ¿No parece que un rayo de luz ha descendido hasta el fondo de este valle de lágrimas, cuando las puertas del cielo se han levantado para abrirle paso? "Elévate, pues, oh Señor de los hombres, ¡levántate en tu poder, y nosotros sobre la tierra, cantaremos las grandezas de tu triunfo!"[1]. Padre de los siglos, recibid a este dichoso hermano que vuestros desgraciados hijos os envían.

A pesar de lo maldita que parecía ser, "la tierra ha dado su fruto"[2]. Oh, si nos fuese permitido ver en él las primicias de una cosecha más abundante digna de tu majestad, entonces nos atreveríamos a pensar que ese día es aquel en que entras en posesión de tu obra primitiva.

SABADO

DE LA OCTAVA DE LA ASCENSION

EL MISTERIO DE NUESTRA ASCENSION

Ha subido al cielo el hombre que poseía la tierra y que reunía en sí toda santidad. No es, pues estéril para el cielo, esta tierra a pesar de

---

[1] *Ps.*, XX, 14.
[2] *Ps.*, LVI, 7.

ser maldita; la puerta de los cielos cerrada a nuestra raza, ha podido abrirse para dejar pasar a un hijo de Adán. Tal es el misterio de la Ascensión; pero no es más que una parte, es preciso conocerle entero. Escuchemos lo que nos dice el Apóstol de las naciones: "Dios, que es rico en misericordia, movido por la excesiva caridad con la cual amó a los que estábamos muertos por nuestros pecados, nos ha vuelto a la vida con Jesu-Cristo; nos ha resucitado con él, y nos ha hecho sentar en los cielos en la persona de Jesucristo"[1]. De este modo, lo mismo que celebramos la resurrección de nuestro Salvador como nuestra propia resurrección, el Apóstol nos convida a celebrar la Ascensión de este divino Redentor como si fuese la nuestra también. Midamos la fuerza de la expresión: "Dios nos ha hecho sentarnos en los cielos en Jesu-Cristo"; en esta Ascensión, no es El solo quien sube a los cielos, nosotros subimos con El; no es solamente El quien está entronizado en la gloria, nosotros lo estamos con El.

Y, en efecto, el Hijo de Dios, no vino a revestirse de nuestra naturaleza para que la carne recibida de María fuese únicamente ella coronada en la gloria eterna; vino para ser nuestro Jefe, mas un Jefe que reclama sus miembros en la adhesión de los cuales consiste la integridad

---

[1] *Eph.*, II, 4-6.

de su cuerpo. "¡Oh Padre! dijo en la última Cena, aquellos que me has dado quiero que estén allí donde yo estoy, para que vean la gloria de que me has hecho partícipe"[1]. ¿Y qué gloria ha dado el Padre a su Hijo? Escuchemos a David que ha cantado el día de la Ascensión: "El Señor ha dicho a mi Señor: *Siéntate a mi diestra*"[2]. Sobre el trono mismo del Padre a su diestra veremos eternamente al que el Apóstol llama "nuestro precursor"[3], y nos adherimos a El como los miembros de su cuerpo, de suerte que su gloria sea la nuestra y que nosotros seremos reyes con El, por toda la eternidad; ha compartido todo con nosotros, pues quiso que fuésemos "sus coherederos"[4].

Los elegidos en el cielo. — De ahí se sigue que el augusto misterio de la Ascensión abierto hoy, se continúa en cada instante, hasta que después de haber subido a los cielos el último de los elegidos, el cuerpo místico del Emmanuel haya alcanzado su entero complemento. Considerad esta turba innumerable de almas santas que se apresura a seguirle en este día: nuestros primeros padres a la cabeza, los patriarcas, los profetas, los justos de todas las razas, que desde

---

1 S. *Juan*, XVII, 24.
2 *Ps.*, CIX, 1.
3 *Hebr.*, VI, 20.
4 *Rom.*, VIII, 17.

muchos siglos antes se estaban preparando para este triunfo. Cautivos no ha mucho en los limbos, brillantes ahora de esplendor, siguen con la rapidez del águila a quien sirven de corona en el triunfo. Son sus trofeos, al mismo tiempo que forman su corte en el trayecto de la tierra al cielo. Siguiéndoles con la vista exclamemos pues con el Salmista: "¡Reinos de la tierra, cantad al Señor, cantad a Dios que se eleva sobre los cielos de los cielos, hacia el Oriente!"[1].

Por su parte las milicias angélicas se agrupan delante de Cristo y entonces comienza el diálogo que oyó David, y que nos lo transmitió por adelantado. La legión innumerable que sigue y acompaña al Emmanuel exclama a los guardianes de la Jerusalén celeste: "¡Príncipes, levantad vuestras puertas!, puertas eternas, levantaos; el Rey de la gloria va a entrar." Y los Angeles responden: "¿Y quién es este Rey de la gloria?"... "Es el Señor", responden los elegidos de la tierra, "el Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en los combates"; como lo atestiguan las victorias que ha conseguido sobre Satanás, sobre la muerte y el infierno, las victorias de las cuales nosotros somos el dichoso trofeo[2]. Después de otra interpelación que da lugar a exaltar por segunda vez sus grandezas, las

---

[1] *Ps.*, LXVII, 33-34.
[2] *Ps.*, XXIII, 7-10.

puertas eternas se elevan, y el Cristo vencedor penetra en los cielos con su glorioso cortejo.

No volverán ya más a cerrarnos el paso esas puertas eternas que han dado entrada a nuestro libertador: en lo cual se nos muestra la incomunicable grandeza del misterio de la Ascensión. Este misterio se abre hoy, Jesús lo ha inaugurado subiendo de la tierra al cielo, pero no lo ha clausurado; ha querido que fuese permanente, que se cumpliese en todos sus elegidos sucesivamente, ya suban del lugar de las expiaciones, ya se eleven de la tierra. Salve, pues, ¡oh glorioso misterio al cual has preparado tantos otros misterios término y cumplimiento del designio eterno de Dios! misterio que fué suspendido durante siglos por nuestra caída, pero que tomas hoy tu curso en el Emmanuel, para no interrumpirlo más que en el momento solemne en que la voz del Angel exclame: "Se acabó el tiempo"[1]. Hasta entonces permaneces abierto para nosotros, y la esperanza de que tú concluirás en nosotros vive en nuestro corazón.

PLEGARIA. — Dígnate permitirnos, oh Jesús, tomar para nosotros esta palabra que has dicho: "Voy a prepararos un lugar"[2]. Todo lo has dispuesto con este fin; y viniste al mundo para

---

[1] *Apoc.*, X, 6.
[2] *S. Juan*, XIV, 2.

abrirnos el camino que tú mismo has franqueado hoy. La Iglesia, tu Esposa, nos manda que levantemos nuestras miradas; nos muestra el cielo abierto y el surco luminoso que trazan hasta nosotros las almas que suben a cada instante para unirse a ti. Nuestros pies se posan aún sobre la tierra; pero el ojo de nuestra fe te descubre en el término de esta senda, "al Hijo del hombre, sentado a la diestra del Padre eterno"[1]. ¿Pero cómo franquear el espacio que nos separa de ti? Nosotros no podemos, como tú, elevarnos por nuestra propia fuerza; es preciso que nos atraigas hacia ti. Tú lo has prometido[2] y nosotros esperamos ese momento.

María, tu madre, que quiere permanecer aún con nosotros la espera también con sumisión y amor: la esperó en la fidelidad y en el trabajo, viviendo contigo sin verte aún. Danos, Señor, algo de esta fe y de este amor de nuestra madre común, para que podamos aplicarnos este dicho del Apóstol: "Ya somos salvos por la esperanza"[3]. Así sucederá, si te dignas, según tu promesa, enviarnos tu Espíritu que esperamos con ardor; pues vendrá a confirmar en nosotros todo lo que la sucesión de tus misterios ha preparado ya, y a ser la prenda segura de nuestra ascensión gloriosa.

---

1 *Dan.*, VII, 13.
2 *S. Juan*, XII, 32.
3 *Rom.*, VIII, 24.

DOMINGO DE LA OCTAVA DE LA ASCENSION

GLORIFICACION DE LA HUMANIDAD DE CRISTO

Jesús subió al cielo. Su divinidad nunca estuvo ausente de él, mas hoy su humanidad es entronizada y coronada allí con brillante diadema; he ahí un nuevo aspecto del misterio de la Ascensión. El triunfo no bastaba a esta santa humanidad; el descanso le estaba preparado sobre el trono mismo del Verbo eterno al que está unida por una misma personalidad y allí debe recibir las adoraciones de toda criatura. Ante el nombre de Jesús, Hijo del hombre e Hijo de Dios, de Jesús sentado a la derecha del Padre Todopoderoso, "toda rodilla debe doblarse en el cielo, la tierra y los infiernos"[1].

¡Habitantes de la tierra!, allí está aquella naturaleza humana que se apareció antes en la humildad de los pañales, que recorrió Judea y Galilea, no teniendo donde reclinar su cabeza, que fué encadenada por manos sacrílegas, flagelada, coronada de espinas y clavada en una Cruz; pero mientras los hombres ignorantes la pisoteaban como un gusano de la tierra, ella aceptaba el cáliz de dolores con entera sumisión y se unía a la voluntad del Padre; aceptaba, transforma-

[1] *Phil.*, II, 10.

da en víctima, desagraviar a la gloria divina dando toda su sangre como rescate de los pecadores. Esta naturaleza humana, nacida de Adán por María Inmaculada, es la obra maestra del poder de Dios. Jesús "el más hermoso de los hijos de los hombres"[1] es objeto de admiración para los ángeles; en él descansan las complacencias de la Santísima Trinidad; los dones de gracia depositados en él sobrepasan a los que han sido concedidos a los hombres y a todos los espíritus celestes juntos; pero Dios le había destinado al camino del dolor, y Jesús que hubiera podido rescatar al hombre con menor costa suya, se entregó voluntariamente a un mar de humillaciones y dolores con el fin de satisfacer con creces la deuda de sus hermanos. ¿Cuál será la recompensa? El Apóstol nos lo dice: "Hízose obediente hasta la muerte y muerte de Cruz; por lo cual Dios le exaltó y le dió un nombre que está por encima de todo nombre"[2].

¡Oh vosotros que tomáis parte en este mundo en los dolores con que nos rescató, que gustáis seguirle en las estaciones de su peregrinación hasta el Calvario, levantad hoy la cabeza y mirad a lo alto de los cielos! "Porque sufrió la muerte, hele aquí coronado de gloria y honor"[3]. "Cuanto más se humilló al igual de un esclavo,

[1] *Ps.*, XLIII, 3.
[2] *Phil.*, II.
[3] *Hebr.*, II, 9.

El que podía en su otra naturaleza llamarse sin injusticia igual a Dios"[1], mas el Padre se complace en elevarle en gloria y poder. La corona de espinas que llevó en la tierra es reemplazada por la diadema de honor [2]. La cruz que dejó imponer sobre sus hombros es en adelante el signo de su principado [3]. Las llagas, que los clavos y la lanza estamparon en su cuerpo, resplandecen como soles. ¡Sea, pues, dada gloria a la justicia del Padre hacia Jesús su Hijo! pero regocijémonos también de ver en este día "el Hombre de dolores"[4] transformado en Rey de la gloria y repitamos con entusiasmo el Hosanna que la corte celestial hace resonar a su llegada.

Juez universal. — Con todo eso no creamos que el Hijo del hombre sentado sobre el trono de la divinidad queda inactivo en su descanso glorioso. El Padre le ha dotado de una soberanía pero soberanía activa. Le ha nombrado "juez de vivos y de muertos [5] y todos nosotros debemos comparecer ante su tribunal"[6]. Apenas nuestra alma deje su cuerpo será transportada al pie de este tribunal donde se ha sentado hoy el Hijo del Hombre y oirá salir de su boca la sentencia me-

---

1 *Phil.*, VI, 7.
2 *Ps.*, XX, 4.
3 *Isaías*, IX, 6.
4 *Ibid.*, LIII, 3.
5 *Act.*, X, 42.
6 *Rom.*, XIV, 10.

recida. ¡Oh Salvador coronado en este día! sénos misericordioso en esta hora decisiva para nuestra eternidad.

Mas la judicatura ejercida por el Señor no se limitará al ejercicio callado de este soberano poder. Los ángeles nos lo han dicho hoy: debe presentarse de nuevo en la tierra, volver a descender a través de los aires, como ha subido, y entonces tendrán lugar los solemnes juicios, donde todo el género humano comparecerá. Sentado en las nubes del cielo, rodeado de milicias angélicas, el Hijo del hombre aparecerá en la tierra con toda majestad. Los hombres verán "aquél que taladraron"[1] y las huellas de sus heridas, que aumentarán su hermosura, serán para unos objeto de terror y para otros de inefables consuelos. Como pastor, separará sus ovejas de los cabritos y su voz soberana, que la tierra no escuchó desde hacía tantos siglos, resonará para mandar a los pecadores impenitentes descender a los infiernos e invitar a los justos a ocupar, en cuerpo y alma, la mansión de las delicias eternas.

REY DE LAS NACIONES. — En espera de este desenlace final de los destinos de la raza humana, Jesús recibe también del Padre, en este día, la investidura visible del poder real sobre las naciones de la tierra. Habiéndonos rescatado con

[1] *Zac.*, XII, 10.

el precio de su sangre, le pertenecemos; sea, pues, en adelante nuestro Señor. Es, en efecto, y se llama Rey de reyes y Señor de señores[1]. Los reyes de la tierra no reinan legítimamente sino por El y no por la fuerza o en virtud de un pretendido pacto social cuya sanción no pasa de aquí abajo. Los pueblos no se pertenecen a sí mismos, dependen de El. Su ley no se discute; debe estar por encima de todas las leyes humanas como su regla y señora: "Las naciones temblarán bajo su cetro, dice el Rey-profeta; los pueblos, para salir de su dominio, forjarán vanos proyectos; los príncipes de la tierra se concertarán contra El; dirán: rompamos su yugo y arrojémosle lejos de nosotros"[2]. ¡Inútiles esfuerzos!, porque, dice el Apóstol, "es necesario que reine, hasta que tenga puestos todos sus enemigos bajo sus pies"[3] hasta que aparezca por segunda vez para derribar el poder de Satanás y el orgullo de los hombres.

Así, pues, el Hijo del hombre, coronado en su Ascensión, debe reinar sobre todo el mundo hasta su vuelta. Mas, diréis, ¿reina donde los príncipes creen tener su autoridad del mandato de los pueblos, donde los pueblos seducidos por este ídolo que llaman libertad, ha perdido hasta el sentido mismo de la autoridad? Sí, reina, pero con la justicia, puesto que los hombres desdeña-

---

[1] *Apoc.*, XIX, 16.
[2] *Ps.*, II, 1, 3.
[3] *I Cor.*, XV, 25.

ron ser conducidos por su bondad. Borraron su ley de sus códigos, concedieron el derecho de ciudadanía al error y a la blasfemia; y entonces les ha abandonado a su juicio absurdo y engañoso. La unción bendita no hace ya sagrado en ellos el poder efímero, que se escapa a todas horas de las manos que se esfuerzan por retenerle, y, cuando los pueblos, después de haber rodado por los abismos de la anarquía procuran constituirle de nuevo, es inútil, porque se le ve desplomarse otra vez, porque los príncipes y los pueblos quieren estar fuera del dominio del Hijo del Hombre. Y así será, hasta que los príncipes y pueblos, cansados de su impotencia, le llamen a reinar sobre ellos, hasta que vuelvan a tomar la divisa de nuestros padres: "¡Cristo vence! ¡Cristo reina! ¡Cristo impera! ¡Dígnese Cristo reservar—a su pueblo—de todo mal!".

En este día de tu coronación, recibe los homenajes de tus fieles, ¡Oh Rey, Señor y Juez nuestro! Fuimos por nuestros pecados los autores de tus humillaciones y sufrimientos en el curso de tu vida mortal, mas nos unimos hoy a las aclamaciones que dejaron oír los Espíritus celestes en el momento en que la diadema real fué colocada sobre tu divina cabeza. Sólo percibimos ahora un reflejo de tus grandezas; mas el Espíritu Santo que nos has prometido acabará de revelarnos todo lo que podemos conocer aquí

acerca de tu poder soberano cuyos fieles y humildes súbditos queremos ser siempre.

El Domingo de la octava de la Ascensión, llamado en Roma durante la Edad Media, Domingo de las Rosas porque en este día era costumbre cubrir de rosas el pavimento de las basílicas, como homenaje a Cristo que se elevaba al cielo en la estación de las flores. La fiesta de la Ascensión tan radiante y llena de júbilo, cuando se considera en su aspecto principal, que es el triunfo del Redentor, embellecía los esplendorosos días de primavera. Se olvidaba un momento la tristeza de la tierra para acordarse sólo de la palabra de Jesús a sus Apóstoles, a fin de que nos fuere repetida: "Si me amárais os alegraríais de que fuera a mi Padre"[1]. Imitemos este ejemplo, ofrezcamos a nuestra vez la rosa, a aquél que la hizo para adorno de nuestra morada y sepamos servirnos de su belleza y perfume para elevarnos hasta aquel que dice en el divino Cántico: "Yo soy la flor de los campos y el lirio de los valles"[2]. Quiso llamarse nazareno para que este nombre misterioso despertase en nosotros el recuerdo que expresa, el recuerdo de las flores de quien no se ha desdeñado tomar el símbolo, para expresar el encanto y suavidad que aquellos que le aman encuentran en él.

---

[1] *S. Juan,* XIV, 28.
[2] *Cant.,* IV, 1.

MISA

El Introito, sacado del Salterio, manifiesta el deseo que siente la Santa Madre Iglesia de volver a ver a su Esposo que ha partido lejos de ella. El alma fiel comparte este sentimiento y se une a la madre común para decir como ella al Emmanuel: "Mi corazón te lo dirá, quiero volver a ver tus facciones divinas, muéstramelas pronto."

INTROITO

Oye, Señor, mi voz, con la que clamé a ti, aleluya: a ti dijo mi corazón: Busqué tu cara: tu cara, Señor, buscaré: no apartes tu cara de mí, aleluya, aleluya. — *Salmo:* El Señor es mi luz, y mi salud: ¿a quién temeré? ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta la Iglesia nos enseña a pedir a Dios la buena voluntad que nos hará dignos de volver a ver a Jesús, por el celo en servir a la divina majestad.

COLECTA

Omnipotente y sempiterno Dios, haz que siempre tengamos para ti una voluntad devota, y que sirvamos a tu majestad con sincero corazón. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pedro.

Carísimos: Sed prudentes, y velad en oraciones. Pero, ante todo, tened mutua caridad: porque la caridad cubre la multitud de los pecados. Sed mutuamente hos-

pitalarios sin murmuración: dé cada cual la gracia a otro según la recibió, como buenos dispensadores de la multiforme gracia de Dios. Si alguien habla, que hable según las palabras de Dios: si alguien administra, administre según la virtud que Dios suministra: para que en todo sea honrado Dios por Jesucristo, nuestro Señor.

CARIDAD Y PRUDENCIA. — Mientras los discípulos están reunidos en el Cenáculo formando un corazón y una sola alma, y esperando la venida del Espíritu Santo, el príncipe de los Apóstoles que preside esta asamblea se vuelve hacia nosotros que esperamos el mismo favor, y nos recomienda la caridad fraterna. Nos promete que esta virtud borrará la multitud de nuestros pecados; ¡feliz preparación para recibir el don del cielo! El Espíritu Santo viene con el fin de unir a los hombres en una sola familia; dejemos las discusiones y preparémonos a la fraternidad universal que debe establecerse en el mundo con la predicación del Evangelio. Mientras esperamos la venida del Consolador prometido, el Apóstol nos dice que debemos ser prudentes y sobrios para vacar a la oración. Seamos dóciles: la prudencia consistirá en quitar de nuestros corazones todo obstáculo que aparte al Espíritu Divino; en cuanto a la oración, ella será la que les abrirá, para que El les reconozca y se establezca en ellos.

De los dos versículos del Aleluya, uno está tomado de David y hace alusión a la majestad de Cristo sobre el trono real, el otro está com-

puesto con palabras del mismo Salvador que nos promete su venida al fin de los siglos, cuando venga a reclamar a sus elegidos.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. ℣. Reinó el Señor sobre todas las gentes: Dios está sentado sobre su santo trono.

Aleluya. ℣. No os dejaré huérfanos: voy, y volveré a vosotros, y se alegrará vuestro corazón. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Cuando venga el Paráclito, el que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí: y vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo. Os he dicho esto, para que no os escandalicéis. Os echarán de las sinagogas, y vendrá la hora en que, todo el que os matare, pensará hacer un servicio a Dios. Y harán esto con vosotros, porque no han conocido al Padre, ni a mí. Pero hos he dicho esto para que, cuando llegue dicha ora os acordéis de que yo os lo dije.

ESPÍRITU DE FORTALEZA. — La víspera de enviarnos el Espíritu Santo, Jesús, nos anuncia los efectos que este consolador producirá en nuestras almas. Dirigiéndose en la última cena a los apóstoles les dice que el Espíritu dará testimonio de él, es decir, que les instruirá sobre la divinidad de Jesucristo y la fidelidad que le deben hasta morir por él.

He ahí lo que producirá en ellos este divino huésped que Jesús, antes de subir al cielo, llama

virtud de lo alto. Duras pruebas les esperan; será menester resistir hasta derramar sangre. ¿Quién sostendrá a estos hombres débiles? El Espíritu que ha de venir sobre ellos. Por él vencerán y el Evangelio dará la vuelta al mundo. Ahora bien, ha de venir de nuevo este Espíritu del Padre y del Hijo, y ¿cuál será el fin de su venida si no armarnos para el combate y hacernos fuertes para la lucha? Al salir del tiempo pascual, donde los más augustos misterios nos iluminan y protegen, nos volveremos a encontrar ante el demonio irritado, el mundo que nos esperaba, y nuestras pasiones calmadas un momento que querrán revivir. Si estamos "revestidos de la virtud de lo alto" no temeremos a nadie; esperemos la venida del Consolador, preparémosle un recibimiento digno de su majestad; cuando le hayamos recibido guardémosle cuidadosamente; él nos alcanzará la victoria como la alcanzó a los Apóstoles.

El Ofertorio recuerda el poder de Jesús subiendo al cielo; la iglesia quiere que pensemos constantemente en este triunfo, y que nuestros corazones estén fijos en la mansión donde el triunfador nos espera.

OFERTORIO

Ascendió Dios con júbilo, y el Señor con clamor de trompeta, aleluya.

Una vez ofrecido a Dios el pan y vino que pronto van a ser transformados en cuerpo y san-

gre de Cristo, la iglesia pide en la Secreta no sólo que el contacto con estos divinos misterios, nos deje limpios, sino que nos dé esa energía sin la cual la vida Cristiana no puede existir.

SECRETA

Haz, Señor, que estos Sacrificios inmaculados nos purifiquen y den a nuestras almas el vigor de la gracia celestial. Por el Señor.

La antífona de la Comunión está formada de las palabras de la oración de Jesús a su Padre. Las pronunció después de haber dado a comer su sagrado cuerpo a sus discípulos. Muestran sus deseos para con nosotros.

COMUNION

Padre, cuando estaba con ellos, yo guardaba a los que me diste, aleluya; pero ahora voy a ti: no ruego que los quites del mundo, sino que los preserves del mal, aleluya, aleluya.

La acción de gracias es el primer deber de todo cristiano después de la comunión del cuerpo y sangre de Jesucristo; la iglesia que conoce mejor que nosotros los beneficios que hemos recibido, pide en la Poscomunión que esta acción de gracias permanezca siempre en nosotros.

POSCOMUNION

Saciados, Señor, con estos dones sagrados, suplicámoste hagas que permanezcamos siempre en acción de gracias. Por el Señor.

LUNES

DE LA OCTAVA DE LA ASCENSION

EL REY DE LOS ANGELES

La realeza sobre los hombres no es la única diadema que recibe nuestro triunfador en su Ascensión. El apóstol enseña que Jesús es también "Jefe de todos Principados y Potestades"[1]. Por encima del género humano se elevan los grados de la jerarquía angélica, la obra más maravillosa de la creación. Después de la prueba suprema, estas nobles y santas milicias diezmadas por la caída y la reprobación de los rebeldes, entran en el goce sobrenatural del bien soberano y comienza el canto sin fin que resuena alrededor del trono de Dios y en el que expresan su adoración, amor y acción de gracias.

Pero una condición ha faltado hasta el presente en su completa felicidad. Estos innumerables Espíritus tan bellos y luminosos, colmados de los dones divinos, esperan un complemento de gloria y de felicidad. Se cree que después de su creación, Dios les reveló, que debía crear aún otros seres, de naturaleza inferior a la suya, y que de entre estos dos seres compuestos de alma y cuerpo, debía nacer uno que el Verbo eterno uniría a su naturaleza divina en una sola perso-

[1] *Col.*, I, 16, 20.

na. Se les manifestó que esta naturaleza humana, cuya gloria a la vez que la del mismo Dios, fué el fin de la creación, sería llamada "primogénito de toda criatura" y que todo ángel, como todo hombre, debería doblar la rodilla ante ella, la cual, después de haber sido humillada en la tierra sería glorificada en el cielo; que por fin llegaría el momento en que todas las jerarquías celestiales, Principados, Potestades, Querubines y Serafines le tendrían por Jefe.

Jesucristo mediador de los Angeles. — Jesucristo fué pues, esperado por los Angeles, como lo fué por los hombres. Fué esperado por los Angeles como perfeccionamiento supremo de sus jerarquías, cuya multiplicidad llegaría por El a la unidad y los cuales estarían más estrechamente unidos a Dios por medio de este intermediario que reuniese en su persona una naturaleza divina y una naturaleza creada; fué esperado por los hombres como reparador hecho necesario por el pecado que nos había cerrado el cielo, y también como el medianero predestinado desde la eternidad para tomar a la raza humana en los límites de la nada, y reunirla a Dios que resolvió comunicarla su gloria. Así, mientras en la tierra los justos que vivieron antes de la Encarnación, se hacían agradables a Dios uniéndose a este reparador, a este mediador venidero; del mismo modo, en el cielo, los homenajes de

los Angeles a la majestad divina ascienden hasta ella por la ofrenda anticipada que le presentaban estos espíritus bienaventurados, uniéndose a este Jefe cuya misión no realizada aún estaba presente en los decretos eternos del Antiguo de días.

Por fin, habiendo llegado la plenitud de los tiempos [1], como dice el Apóstol, "Dios introdujo en la tierra a su primogénito" [2] arquetipo de la creación, y en esta hora sagrada no son los hombres los que adoran los primeros al Jefe de su raza; el mismo Apóstol nos recuerda que los Angeles son los primeros que le rinden su homenaje [3]. El Salmista lo había predicho en su cántico sobre la venida del Emmanuel [4]; y era justo que así fuese; porque la espera de los Angeles había durado más tiempo y además no venía como reparador suyo, sino únicamente como mediador esperado con ansiedad, que debía unirles más estrechamente a la infinita bondad, objeto de sus delicias eternas y llenar por decirlo así el intervalo que no había sido llenado hasta entonces sino con los deseos de verle por fin ocupar el lugar que le estaba destinado.

Entonces se cumplió este acto de adoración hacia el Dios-Hombre, este acto exigido de los espíritus celestiales al principio de todas las co-

---

1 *Gal.*, IV, 4.
2 *Hebr.*, I, 6.
3 *Ibid.*
4 *Ps.*, XCVI, 7.

sas como la prueba suprema, que debía decidir su suerte eterna. Con qué amor y sumisión no hemos visto cumplido este acto de adoración en Bethléhem, por los Angeles fieles, cuando vieron a su Jefe y el nuestro, el Verbo hecho carne, reclinado en los brazos de su casta madre y fueron a anunciar a los hombres representados por los pastores, la feliz nueva de la llegada del común mediador.

Mas hoy, no es en la tierra donde los Espíritus celestes contemplan al hijo de María; no es en el camino de las humillaciones y sufrimientos por los que le fué menester pasar para quitar primeramente el obstáculo del pecado que nos privaba del honor de llegar a ser sus miembros dichosos: es en el trono preparado a la derecha del Padre donde le han visto elevarse, allí le contemplan en adelante, allí se unen a él más estrechamente proclamándole su Jefe y Príncipe. En este instante sublime de la Ascensión, un estremecimiento de dicha desconocido recorre toda la sucesión de jerarquías celestiales, descendiendo y subiendo de los Serafines a los Angeles que están más cerca de la naturaleza humana. Una felicidad nueva que consiste en el goce real de un bien cuya esperanza está ya colmada de delicias para el corazón de una criatura, obra una renovación de felicidad en estos seres privilegiados, que pudiérase imaginar llegados al apogeo de las alegrías eternas. Sus miradas se

fijan en la belleza incomparable de Jesús y los Espíritus inmateriales se admiran de ver la carne revestida de un esplendor que traspasa su brillo, por la plenitud de la gracia que reside en esta naturaleza humana. Su vista para profundizar más hondo en la luz increada, atraviesa esta naturaleza inferior a la suya, pero divinizada por su unión con el Verbo divino; penetra en las profundidades que aún no había sondeado. Sus deseos son más ardientes, su vuelo más rápido, sus conciertos más melodiosos; porque, así como lo canta la santa Madre Iglesia, los Angeles y Arcángeles, Potestades y Dominaciones, Querubines y Serafines alaban en adelante la majestad del Padre celestial por Jesucristo su Hijo: *por quien alaban tu majestad los Angeles.*

Mas ¿quién podrá describir los transportes de los Espíritus celestiales a la llegada de esta multitud de habitantes de la tierra, miembros como ellos del mismo Jefe, apresurándose y colocándose según las diversas jerarquías, allí donde la caída de los ángeles malos dejó lugares vacíos? La resurrección general no ha restituído aún a estas almas los cuerpos a los que estuvieron unidos; pero, ¿entre tanto no es ya glorificada su carne en la de Jesús? Más tarde, a la hora señalada, estas almas bienaventuradas recobrarán su vestidura terrestre, desde ahora destinada a la inmortalidad. Entonces, los santos ángeles reconocerán con entusiasmo fraternal en los rasgos

de Adán, los de su Hijo Jesús y en los rasgos de Eva los de su hija María; mas esta semejanza será más perfecta en el cielo que en el Paraíso terrenal. Venga, pues, este glorioso día donde el magnífico misterio de la Ascensión será realizado en sus últimas consecuencias; donde las dos creaciones, angélica y humana, se abrazarán por la eternidad en la unidad de un mismo Jefe.

MARTES

DE LA OCTAVA DE LA ASCENSION

SACERDOCIO ETERNO DE CRISTO

El Rey-Pontífice. — El Señor de la gloria subió a los cielos y según el Apóstol, entró como "nuestro precursor"[1]; mas ¿cómo podrá el hombre seguirle hasta la mansión de toda santidad, él, cuyo camino está sin cesar entorpecido por el pecado, él, que tiene más necesidad de perdón que de gloria? Son estas las consecuencias del misterio de la Ascensión cuyas riquezas no podemos agotar por completo. Jesús no sube al cielo sólo para reinar allí; debe residir allí además para ser nuestro intercesor, nuestro Pontífice, encargado de obtener el perdón de nuestros pecados, y las gracias que nos abrirán el camino para llegar hasta él. Se ofreció sobre

[1] *Hebr.*, VI, 20.

la cruz por víctima de nuestros pecados; la sangre divina, vertida de sus miembros, formó desde entonces nuestro rescate superabundante; pero el cielo permaneció cerrado a los redimidos hasta que él franqueó las puertas y penetró en el interior del santuario donde debe ejercer por siempre el cargo de Pontífice según el orden de Melquisidec [1]. Hoy el Sacerdocio del Calvario se transforma en sacerdocio de gloria. Jesús entró "más allá del velo, de este velo que era aún su carne pasible y mortal"[2]; penetró en lo más íntimo de la presencia de su Padre y allí es nuestro Pontífice para siempre.

Es El Cristo, consagrado con doble unción, en el momento en que su persona divina se unió a la naturaleza humana; es Rey y Pontífice. Hemos aclamado su Realeza los días precedentes; hoy hemos de reconocer su sacerdocio. Durante su paso por este mundo hemos vislumbrado algunos rasgos de uno y otro, pero esta realeza y pontificado no deben resplandecer con todo su esplendor más que el día de la Ascensión. Sigamos, pues, al Emmanuel con mirada respetuosa y consideremos lo que acaba de obrar en el cielo.

El Apóstol primeramente nos da la noción de Pontífice en su epístola a los hebreos. El Pontífice, dice, es escogido por Dios mismo con el fin

---

[1] *Ps.*, CIX, 1.
[2] *Hebr.*, VI, 12; X, 20.

de ofrecer dones y sacrificios por los pecados; está cerca de Dios para favorecer a los hombres, de quienes es embajador e intercesor [1]. Tal es el ministerio de Jesús en el cielo desde hoy. Pero si queremos penetrar mucho más en tan grande y profundo misterio, es necesario servirnos de los símbolos que San Pablo ha tomado de los libros sagrados, para hacernos comprender el papel de nuestro Pontífice.

El templo de Jerusalén. — Traslademonos con el pensamiento al templo de Jerusalén. Atravesemos un vasto recinto al descubierto rodeado de pórticos y en cuyo centro se levanta el altar sobre el cual la sangre de las víctimas inmoladas corre por numerosos canales, y que son consumidas según el rito de los diversos sacrificios. Dirijámonos a continuación hacia un lugar más augusto, un edificio cubierto que se eleva más allá del altar de los holocaustos, que resplandece con toda clase de riquezas de Oriente. Entremos con respeto; porque este lugar es santo y Dios mismo dió el plano a Moisés de las obras maravillosas que le adornan y que sirven todos para su gloria; el altar de los perfumes de donde exhala mañana y tarde el humo del incienso; el candelero de siete brazos que ostenta con complacencia azucenas y granadas; la mesa sobre la que están colocados los panes de proposición,

[1] *Hebr.*, V, 1.

ofrenda de nuestra raza al que hace madurar las mieses en la tierra. Pero no está aún puesta bajo estos artesonados resplandecientes con el oro de Ofir la inefable majestad del Señor.

Contemplad al fondo del edificio ese velo de tejido precioso bordado ricamente de imágenes de Querubines, que desciende hasta la tierra. Allá tras del velo, el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, hace notar su presencia; ahí reposa el arca de alianza sobre la que dos Querubines de oro extienden misteriosamente sus alas. Este recinto sagrado e inaccesible se llama el Santo de los Santos; ningún hombre podía, sin morir, levantar este velo, dirigir una mirada temeraria a este asilo terrible y entrar allí donde el Dios de los ejércitos se digna habitar.

El hombre es, pues, desterrado de la mansión donde habita Dios. La santidad divina le excluye de su presencia como indigno. Creado para ver a Dios, para ser eternamente feliz con la vista de Dios, el hombre, a causa de su pecado, es condenado a no verle. Un velo le quita la vista de Aquel que es su fin y el obstáculo de este velo es para él infranqueable. Esta es la severa lección que nos da el símbolo del antiguo templo.

No obstante media una promesa consoladora. Este velo se levantará un día y dejará paso al hombre; mas con una condición que vamos a conocer continuando los símbolos del antiguo templo. Entre todos los mortales excluídos del Santo

de los Santos, hay uno a quien le está concedido entrar más allá del velo una vez al año. Es el Pontífice. Pero si entrase este día en el temible recinto sin llevar entre sus manos el vaso lleno de sangre de dos víctimas que ha inmolado antes por los propios pecados y por los de su pueblo, será exterminado; si, al contrario, cumple fielmente la orden del Señor será protegido por la sangre que lleva y será admitido en este único día para interceder por sí mismo y por todo Israel.

¡Qué bellas y enérgicas son estas figuras de la antigua alianza!, ¡pero cuánto más bella y vigorosa es su realización en el misterio de la Ascensión de nuestro Libertador! Estaba aún en el período de las humillaciones voluntarias y su potestad se hacía sentir ya hasta en este retiro sagrado del templo. Su último suspiro en la cruz había desgarrado de arriba a abajo el velo del Santo de los Santos, para anunciar que pronto el acceso a Dios iba a ser abierto a los hombres como antes del pecado. Pero quedaba por conseguir la victoria sobre la muerte por la resurrección; quedaba aún el período de cuarenta días que nuestro Pontífice debe emplear en organizar el verdadero sacerdocio que se ejercerá en la tierra hasta la consumación de los siglos, en unión con el que va a desempeñar en el cielo.

El santuario celeste. — Hoy, todos los plazos se han cumplido, los testigos de la resu-

rrección lo han comprobado, los dogmas de la fe están revelados en su conjunto, la Iglesia está constituída, los Sacramentos declarados; es tiempo de que nuestro Pontífice penetre en el Santo de los Santos y lleve consigo a sus elegidos. Sigámosle con los ojos de nuestra fe. A su acceso, el velo bajado desde tantos siglos se levanta y le deja paso. Jesús ¿no ha ofrecido como Pontífice de la antigua ley, el sacrificio previo, el sacrificio no ya figurativo sino real por la efusión de su propia sangre? Llegado a la presencia de la Majestad divina para ejercer allí su poderosa intercesión, ¿qué otra cosa ha de hacer que presentar a su Padre, en nuestro favor, esas llagas que recibió pocos días ha y por las que se derramó la sangre que satisfacía completamente las exigencias de la Suprema Justicia? ¿Y por qué ha tenido empeño en conservar los estigmas de su pasión, sino para servirse de ellas como Pontífice nuestro, para desarmar el enojo celeste provocado sin cesar por los pecados del mundo? Escuchemos al Apóstol San Juan: "Hijitos míos, os escribo esto para que no pequéis; mas si alguno pecase, tenemos por intercesor a Jesucristo que es justo"[1]. Así, pues, tras del velo donde entra hoy, Jesús trata con su Padre de nuestros intereses, da el último toque a los méritos de su sacrificio, es un Pontífice eterno, a cuya intercesión nada resiste.

[1] *S. Juan*, II, 1.

San Juan, que vió el cielo abierto, nos descubre de un modo expresivo la doble cualidad de nuestro divino Jefe, víctima y rey al mismo tiempo, sacrificado y con todo eso inmortal. Nos muestra el trono de la eterna Majestad rodeado de los 24 ancianos sentados y de los cuatro animales simbólicos, en frente los siete espíritus radiantes de fortaleza y belleza; pero el profeta no se detiene allí. Lleva nuestras miradas, hasta el trono mismo de Dios, y advertimos de pie en medio de este trono un cordero, pero un cordero "como inmolado", y no obstante eso, revestido de los atributos de fortaleza y potestad"[1]. ¿Quién se atrevería a explicar estas imágenes si el misterio de hoy no nos diese la clave? ¡Mas con su luz, con qué facilidad se aclara todo! En las descripciones que nos revela el Apóstol reconocemos a Jesús, Verbo eterno y como Verbo eterno sentado en el trono de su Padre consubstancial a él. Pero al mismo tiempo es el Cordero; porque tomó nuestra carne, para ser inmolado por nosotros como víctima; y este carácter de víctima permanece en él por siempre. Hele aquí en su majestad de Hijo de Dios: pero al mismo tiempo aparece como inmolado. Las cicatrices de sus llagas permanecen para siempre visibles; es el mismo cordero del Calvario que consuma eternamente en la gloria la inmolación que realizó dolorosamente en la cruz.

---

[1] *Apoc.*, IV, 5.

Tales son las maravillas que los ojos de los Angeles contemplan "en el interior del velo"[1] y que nuestros ojos verán también cuando hayamos franqueado el velo. No estamos destinados a quedar fuera, como el pueblo judío que veía desaparecer una vez al año a su Pontífice tras la cortina, que cerraba el acceso al Santo de los Santos. He aquí lo que el Apóstol dice "Jesús nuestro precursor, Pontífice para siempre, entró por nosotros en el santuario"[2]; *¡entró por nosotros!* ¿Qué otra cosa dice, sino que nos precede allí y que le seguiremos después? Es justo que entre el primero, pero entra como precursor. Desde hoy no está ya sólo en el interior del velo; la multitud de elegidos que sube tras él, entró a continuación y apartir de este momento el número de estos se acrecienta (de hora en hora) por momentos. No somos más que pobres pecadores, y el Apóstol dice que "estamos salvos por la esperanza"[3]; y nuestra esperanza se cifra en el deseo de penetrar un día en el Santo de los Santos. Entonces repetiremos con los ángeles, los veinticuatro ancianos y millones de seres glorificados esta aclamación: "¡Al cordero que fué inmolado, potestad y divinidad, sabiduría y fortaleza, honor, gloria y bendición, por los siglos de los siglos! Amén"[4].

---

[1] *Hebr.*, VI, 19.
[2] *Ibid.*, 20.
[3] *Rom.*, VIII, 24.
[4] *Apoc.*, V, 12.

MIERCOLES

DE LA OCTAVA DE LA ASCENSION

EL REINO DE LA FE

Triunfo de Cristo.—Bajemos a la tierra nuestras miradas, que han estado fijas en el cielo para seguir a aquel que nos ha dejado. Busquemos los efectos del misterio de la Ascensión hasta en nuestra humilde y pobre morada donde el Hijo de Dios ha dejado de vivir visiblemente. ¡Qué espectáculo tan asombroso atrae nuestra atención aquí abajo! El mismo Jesús que subió al cielo este día, sin que la ciudad de Jerusalén se conmoviese, sin que se diese cuenta de ello, sin que el género humano sintiese la nueva partida de su divino huésped; ese mismo Jesús, en el simple aniversario de hoy, diecinueve siglos después del suceso, conmueve aún toda la tierra con el esplendor de su Ascensión. En estos días aciagos la fe languidece; ¿En qué región del globo, sin embargo, no hay cristianos, ya sea colectiva o individualmente?; esto es suficiente para que todo el universo oiga decir que Jesús subió al cielo y que este día está consagrado a celebrar su gloriosa Ascensión.

Durante treinta y tres años vivió nuestra vida en la tierra. La estancia del Hijo eterno de Dios entre nosotros fué ignorada de todas las naciones, salvo una. Esta nación le crucificó;

los gentiles ni siquiera le hubieran mirado; porque "aunque la luz brille en las tinieblas, las tinieblas no la acogerán"[1] y Dios pudo "venir a su obra misma y no ser acogido por los suyos"[2]. Para el corazón del pueblo preparado para su visita, su palabra fué esta simiente que cae en terreno pedregoso y no germina, que cae entre espinas y es sofocada y que encuentra apenas un rincón de tierra buena donde pueda fructificar[3]. Si a fuerza de paciencia y de bondad mantiene a su lado algunos discípulos, su confianza en él permaneció débil, vacilante, siempre dispuesta a extinguirse.

Sin embargo, después de la predicación de los Apóstoles, el nombre y gloria de Jesús son conocidos en todas partes; en todas lenguas, en todas razas, es proclamado el Hijo de Dios encarnado; tanto los pueblos civilizados como los bárbaros han venido a él; se celebra su nacimiento en el establo de Bethléhem, su muerte dolorosa en la cruz donde pagó el rescate del mundo, su resurrección que confirmó la misión divina que vino a cumplir; en fin, su Ascensión por la que se sentó el Hombre-Dios a la derecha de su Padre. En todo el universo la voz de la Iglesia hizo resonar el misterio de la gloriosa Trinidad, que vino a revelar al mundo. La Iglesia que fundó, enseña en todas las naciones la

[1] *San Juan*, I, 5.
[2] *Ibid.*, II.
[3] *S. Matth.*, XIII.

verdad revelada, y en todas encuentra almas dóciles que repiten su símbolo.

La fe. — ¿Cómo se cumplió esta maravilla?, ¿cómo perseveró y persevera después de XX siglos? Jesús, que sube al cielo, nos lo explica con una palabra: "Me voy, dice, y os es ventajoso que me vaya" [1]. ¿Qué quiere decir, sino que en nuestro estado actual hay para nosotros algo más ventajoso que su presencia? Esta vida no es el momento de verle y contemplarle; para conocerle y gustarle aun en su naturaleza humana es necesario otro elemento: es la fe. Ahora bien, la fe en los misterios del Verbo Encarnado no comienza a reinar en la tierra, sino en el momento de dejar de ser visible aquí abajo.

¿Quién podrá explicar la fuerza triunfante de la fe? San Juan la da un nombre glorioso. "La fe, dice, es la victoria que humilla al mundo a nuestros pies" [2]. Ella es quien humilló ante los pies de nuestro divino Jefe, ausente de este mundo, la potestad, el orgullo y las supersticiones de la antigua sociedad; y el homenaje ha subido hasta el trono donde tomó asiento hoy Jesús, Hijo de Dios y de María.

Enseñanzas de San León. — San León Magno, intérprete del misterio de la Encarnación, comprendió esta doctrina con su penetración habi-

[1] *S. Juan*, XVI, 7.
[2] *S. Juan*, V, 4.

tual y la expresó con la elocuencia que le es familiar. "Después de haber cumplido la predicación del Evangelio y misterios de la Nueva Alianza, dice, Jesucristo nuestro Señor, subiendo al cielo ante las miradas de sus discípulos, puso término a su presencia corporal y debe permanecer a la derecha de su Padre hasta que se cumpla el tiempo destinado a la multiplicación de los hijos de la Iglesia; después vendrá como juez de vivos y muertos, con la misma carne con que subió. Así, todo lo que era visible aquí de nuestro Redentor pasó al orden de los misterios; y para hacer la fe más excelente y más firme, la vista fué reemplazada por una enseñanza, cuya autoridad, rodeada de una irradiación celestial, arrastra los corazones de los creyentes.

"Por la virtud de esta fe, cuya energía aumentó la Ascensión del Señor y que el Espíritu Santo vino a fortificar, ni las cadenas, ni los calabozos, ni el destierro, ni el hambre, ni las hogueras, ni los dientes de las fieras feroces, ni los suplicios inventados por la crueldad de los perseguidores pudieron asustar a los cristianos. Por la fidelidad en esta fe, todo el mundo, no solamente los hombres, sino también las mujeres, no sólo los niños y adolescentes, sino jóvenes delicados, combatieron hasta el derramamiento de su sangre. Esta es la fe que arrojó a los demonios, hizo desaparecer las enfermedades y resucitó a los muertos. Después vimos a los

Apóstoles, que, después de haber sido confirmados por tantos milagros, instruídos con tantos discursos del Señor, se horrorizaron por la indignidad de su Pasión y no aceptaron la verdad de su Resurrección hasta después de titubear, les vimos cambiados inmediatamente después de su Ascensión, de tal modo, que las cosas que hasta entonces no les inspiraban más que terror, de repente son causa de alegría. Toda la fortaleza de la mirada de su alma se dirigió a la divinidad del que está sentado a la derecha del Padre; la vista de su cuerpo no quitaba la viveza de su ojo desde que comprendieron el Misterio y llegaron a entender que al descender de los cielos no se separó de su Padre y que al subir no dejaba solos a sus discípulos.

"El momento en que el Hijo del Hombre, e Hijo de Dios, se manifestó de una manera más excelente y más augusta es aquel en que se retiró a la gloria y majestad de su Padre; porque entonces es cuando, por un proceso inefable, se hizo más presente por su divinidad a medida que su humanidad se alejaba más de nosotros. Entonces la fe, más iluminada que el ojo terrestre, se ha acercado con paso firme a aquel que es el Hijo igual al Padre, ella, que no ha tenido necesidad de palpar en Cristo esta naturaleza humana por la que es inferior a él. La sustancia de este cuerpo glorificado ha permanecido la misma; pero la fe de los creyentes tenía en adelante su cita allí donde, no una ma-

no de carne, sino una inteligencia espiritual es admitida a tocar al Hijo igual al Padre. De ahí que el Señor resucitado, cuando María Magdalena, que representaba a la Iglesia, se lanzó para asir sus pies, la detuvo con estas palabras: "No me toques, porque no he subido todavía a mi Padre"; como si dijese: "No quiero que llegues a Mí por un camino sensible, ni que me reconozcas por contacto humano; te he reservado a una experiencia más sublime; he preparado para ti una suerte digna de envidia. Cuando haya subido a mi Padre, entonces me comprenderás, pero de una manera más perfecta y verdadera, porque, siendo los sentidos sobrepasados, la fe te revelará lo que los ojos no verán aún" [1].

BENEFICIOS DE LA FE. — Con la partida del Señor se inauguró este reino de la fe que debe prepararnos para ver eternamente el supremo bien; y esta fe dichosa que es nuestro elemento, nos da, al mismo tiempo, toda la luz compatible con nuestra débil condición para entender y adorar al Verbo consustancial al Padre y para tener conocimiento de los misterios que el Verbo Encarnado obró aquí en su humanidad. Muchos siglos nos separan del momento en que se hizo visible en la tierra y le conocemos mejor que le conocieron y le gustaron sus propios dis-

[1] 2.ª semana sobre la Ascensión.

cípulos antes de la Ascensión en el Monte de los Olivos. Nos convenía, ciertamente, que se alejase; su presencia hubiera impedido el desarrollo de nuestra fe, y nuestra fe sola podía llenar el intervalo que le separa de nosotros, hasta que entremos "en el interior del velo".

¡Cuán profunda es la ceguera de esos hombres que no sienten el poder sobrehumano de este elemento de la fe, por el que el mundo fué no solamente vencido, sino transformado! Pretenden haber descubierto la composición de los evangelios y no ven este Evangelio viviente salido de diez y nueve siglos de fe unánime, salido de la confesión generosa de tantos millones de mártires, de la santidad de tantos justos, de la conversión sucesiva de tantas naciones, comenzando por las más civilizadas y acabando por las más bárbaras. Aquel que, después de haber visitado un rincón de esta tierra durante algunos años, bastó que desapareciera para atraer a sí la fe de los más grandes genios como la de los corazones más sencillos y rectos, seguramente que es lo que nos ha dicho que era: el Hijo eterno de Dios. ¡Gloria y acción de gracias te sean dadas, Señor, que para consolarnos de tu partida nos has dado la fe por la cual el ojo de nuestra alma se purifica, la esperanza de nuestro corazón se inflama y las realidades divinas que poseemos las sentimos en todo su poder! Conserva en nosotros este don precioso de tu bondad completamente gratuita,

acreciéntale sin cesar; haz que se abra en toda su madurez, en el momento solemne que ha de preceder a aquel en que te reveles a nosotros cara a cara.

JUEVES

DE LA OCTAVA DE LA ASCENSION

LA VICTORIA DEL AMOR

Hemos visto que la Ascensión del Emmanuel le ha procurado aquí abajo por medio de la fe un triunfo que le da la soberanía de las inteligencias. Pero aún resulta otra victoria del mismo misterio: la victoria del amor que hace reinar a Jesús en los corazones. ¿En quién han creído los hombres, durante diecinueve siglos, firme y universalmente, sino en él? ¿Qué punto de reunión han tenido las inteligencias fuera de los dogmas de la fe? ¿Qué tinieblas no ha disipado esta llama divina? ¿Qué claridades no ha proyectado sobre los pueblos que han acogido su luz? ¿En qué sombras no ha dejado a los que, después de haberla recibido, han cerrado los ojos a sus rayos?

Podemos decir igualmente que desde la Ascensión del Redentor nadie ha sido tan amado por los hombres de todos los lugares y de todas las razas, como él lo ha sido, lo es todavía y lo será hasta el fin. Era necesario, por tanto, que

se retirase para que fuese amado de este modo, y también para que creyésemos en El. "Os conviene que me vaya"; estas palabras nos servirán todavía para ahondar mejor en el misterio.

AMOR DE LOS APÓSTOLES Y DISCÍPULOS. — Antes de la Ascensión, los discípulos estaban tan vacilantes en su amor como en su fe; Jesús no podía contar con ellos; pero, en cuanto desaparece a sus miradas, se apodera de sus corazones un entusiasmo desconocido. En vez de llorar su abandono, vuelven a Jerusalén, llenos de júbilo. Dichosos con el triunfo del maestro, se olvidan de sí mismos y se determinan a obedecerle volviendo al Cenáculo, donde ha de venir a visitarles la Virtud de lo alto. Observad a estos hombres durante los años que van a seguir, recorred su camino hasta la muerte; contad, si podéis, los actos de abnegación en la inmensa labor de la predicación del Evangelio, y decid si tienen otro móvil que el amor de su Maestro que les haya sostenido y hecho capaces de todo lo que han hecho. ¡Con qué decisión han bebido su cáliz![1] ¡Con qué entusiasmo han saludado a su Cruz, al verla erguida esperándoles!

... DE LOS MÁRTIRES. — Pero no nos ciñamos tan sólo a estos primeros testigos; ellos habían visto a Cristo, le habían escuchado, le ha-

[1] *S. Mat.*, XX, 23.

bían tocado con sus manos[1]. Volvamos nuestra mirada a las generaciones que no le han conocido más que por la fe, y veamos si este amor que triunfa en los Apóstoles ha faltado un solo día, en diez y nueve siglos, entre los cristianos. Entonces comienza la lucha del martirio, que, desde la promulgación del Evangelio, nunca ha cesado del todo, y cuyo exordio ocupa trescientos años. ¿Por qué motivo, sino por probar a Cristo su amor, tantos héroes y heroínas han corrido ante las torturas más afrentosas, han despreciado sonrientes las llamas de las piras y los dientes de las bestias feroces? Recordemos las pruebas horribles que aceptaban con tanto ardor no sólo hombres aguerridos en el sufrimiento, sino también mujeres delicadas, jóvenes doncellas y hasta los niños. Rememoremos aquellas sublimes palabras, aquel noble entusiasmo que aspira devolver a Cristo muerte por muerte, y no olvidemos que los mártires de nuestros días, en China, Tonkín, Cochinchina, Corea han reproducido textualmente, sin la menor duda, ante sus jueces y sus verdugos, el lenguaje que usaban sus predecesores ante los procónsules de los siglos III y IV.

... DE LOS RELIGIOSOS. — Sí, ciertamente, nuestro divino Rey que ha subido a los cielos ha sido amado como nadie lo será nunca, ni lo po-

---

[1] S. *Juan*, I, 1.

dría ser; porque no se podrían contar los millones de almas que, desde su partida, sólo por unirse a él, han pisoteado las seducciones del amor terreno, sin querer conocer otro amor que el suyo. Todos los siglos, incluso el nuestro en medio de su tibieza, han visto estos ejemplos, y sólo Dios conoce su número.

Ha sido amado en esta tierra y lo será hasta el último día del mundo, en fe de lo cual está en todo el correr de los tiempos, el generoso abandono de los bienes terrenos, con el fin de alcanzar la semejanza con el niño de Belén. ¡Abandono practicado con frecuencia por las personas más opulentas del siglo! ¿Será necesario señalar tantos sacrificios de la voluntad propia obtenidos del orgullo humano, con fin de realizar en la humanidad el misterio de la obediencia del Hombre-Dios en esta tierra y los incontables rasgos de heroísmo ofrecidos por la penitencia cristiana, que continúa y completa aquí abajo con tanta generosidad las satisfacciones que al amor del Redentor le plugo aceptar por los hombres en su dolorosa Pasión?

... DE LOS MISIONEROS. — Pero este ardor inextinguible para con Jesús, subido al cielo, no ha quedado satisfecho todavía con tanta abnegación. Había dicho Jesús: "Todo lo que hiciereis al más pequeñuelo de vuestros hermanos, a mí me lo hacéis"; el amor de Cristo se ha apoderado de esta palabra, y desde el principio hasta hoy

está empeñado en otra clase de búsqueda para llegar a través del pobre, a Jesús, que habita en él. Y como la primera de todas las miserias humanas es la ignorancia de las verdades divinas, sin las cuales nadie se puede salvar, todas las épocas han proporcionado una sucesión de apóstoles que, renunciando a los dulces lazos de la patria y de la familia, se lanzan a socorrer a los pueblos que descansan en las sombras de la muerte. ¿Quién podrá decir las fatigas que se imponen en ese trabajo, los tormentos que soportan, para que el nombre de Jesús sea anunciado, para que sea amado por un salvaje o glorificado por un chino, o por un indio?

... DE LOS HOSPITALARIOS. — ¿Se trata de consolar los dolores de Cristo o de curar las llagas en los más desgraciados de sus hermanos? No vayáis a creer que falte nunca el amor que reside en los fieles de su Iglesia. Contad más bien los miembros de esas asociaciones caritativas que se han consagrado al alivio de los pobres y los enfermos, desde que fué posible a los cristianos desarrollar, en pleno día, sus planes para ejercer la caridad. Ved al sexo débil pagar su tributo con una heroica solicitud a la cabecera de los enfermos y moribundos. Hasta el mundo queda mudo ante eso, los economistas se admiran al verse obligados a contar con un elemento tan indispensable a la sociedad, y que escapa a todas sus especulaciones. ¡Felices de ellos si llegan

a conocer a Aquel cuyo solo amor obra tales maravillas!

... DE LOS SIMPLES FIELES.—Mas no es nada lo que puede ver el ojo del hombre: no capta sino lo que aparece al exterior. Nadie, pues, podrá apreciar hasta dónde es amado Jesús todavía en la tierra. Que se cuenten los millones de cristianos que han pasado por la tierra desde el origen de la Iglesia. Entre ellos, sin duda, hay muchos que han tenido la desgracia de abandonar su fin; pero ¡qué multitud incontable ha amado de todo corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas a N. S. Jesucristo! Unos le han amado constantemente, otros han tenido necesidad de ser llamados por su misericordia, pero han dormido en su paz. ¡Contad, si podéis, los actos virtuosos, los sacrificios hechos por este inmenso pueblo cristiano en diez y nueve siglos! Sólo la memoria de Dios es capaz de abarcar todo este recuerdo. Ahora bien, todo este conjunto de obras y de sentimientos, desde el ardor seráfico del alma ya divinizada hasta el vaso de agua dado en nombre del Redentor, ¿qué es sino un incesante concierto de amor que sube día y noche hacia Cristo, ese divino ausente que la tierra no puede olvidar? ¿Dónde hay un hombre que, por grata que haya sido la memoria que de sí haya dejado, se sacrifiquen por él, se muera por él, se renuncien a sí mismos por su amor, durante uno, diez, veinte siglos

después de su muerte? ¿Dónde se encontrará un muerto cúyo nombre haga latir los corazones de tantos millones de hombres de todas las generaciones, las razas y los siglos, fuera de Jesús, que, depués de muerto, resucitó y subió a los cielos?

PLEGARIA. — Pero reconocemos humildemente, divino Emmanuel, que era necesario nos abandonases, para que la fe, tomando un impulso, te fuese a buscar hasta los cielos, siguiendo tus pisadas, y que nuestros corazones, esclarecidos de este modo, se hicieran capaces de amarte. ¡Alégrate de tu ascensión, capitán divino de los ángeles y de los hombres! En nuestro destierro, saborearemos los frutos de este misterio, hasta que se cumpla en nosotros. Ilumina a estos pobres ciegos a quienes el orgullo impide reconocerte en estos rasgos tan palpables. Te discuten, te razonan, sin darse cuenta del testimonio de fe y de amor de tantas generaciones. El homenaje que te ofrece la humanidad, representada por las primeras naciones de la tierra, por los corazones más virtuosos y por tantos hombres inteligentes es para ellos como si no existiese. Pero ¿qué son ellos para oponerse a un concierto tal? Sácales, Señor, de su orgullo vacío y peligroso, y vendrán, y dirán con nosotros: "¡Verdaderamente era mejor para este mundo que perdiese, oh Emmanuel, tu presencia sensible!, porque si se han mostrado y han sido reconocidas tu

grandeza, tu potestad y tu divinidad, ha sido desde que has dejado de estar visible entre nosotros. Gloria, pues, al misterio de la Ascensión, por el cual—como dice el Salmista—al subir a los cielos recibes los dones más elevados para repartirles con largueza entre los hombres"[1].

VIERNES

DESPUES DE LA OCTAVA DE LA ASCENSION

PRESENCIA INVISIBLE DEL SEÑOR

Ha acabado la octava; ya se ha acabado el misterio de la Ascensión; Jesús ya no se mostrará más a nuestras miradas hasta que venga a juzgar a los vivos y a los muertos. En adelante sólo la fe nos le revelará y sólo le podremos poseer por el amor: tal es la condición de nuestra prueba, hasta que, como recompensa de esta fe y de este amor, seamos admitidos al interior del santuario.

Sin embargo, no murmuremos. Esperemos, más bien, con esa esperanza que nunca engaña, como dice el Apóstol[2]. ¿Y cómo no hemos de vivir enteramente en esta esperanza, cuando Jesús nos ha prometido estar con nosotros hasta la consumación de los siglos?[3]. Nunca ya se hará visible, pero siempre estará allá. ¿Podrá,

[1] *Salmo*, LXVII, 9.
[2] *Rom.*, V, 5.
[3] *Mat.*, XXVIII, 20.

quizás, abandonar a la Iglesia, su esposa? ¿Y no somos nosotros los miembros de esta esposa amadísima?

La promesa del Espíritu Santo. — Pero Jesús hace más todavía por nosotros. Si se retira, no lo hace sin decirnos con una ternura infinita: "No os dejaré huérfanos"[1]. Cuando nos dice: "Es necesario que me vaya", añade: "Si no me marchase no vendría a vosotros el Consolador"[2]. Este Consolador es el Espíritu Santo, el Espíritu del Padre y del Hijo que descenderá incesantemente a nosotros, y que debe permanecer entre nosotros visible en sus obras, hasta que Jesús vuelva a aparecer para sacar a sus elegidos de un mundo que merecerá ser abandonado a las llamas. Pero el Espíritu no debe descender a nosotros mientras no sea enviado, y, como nos enseña el Evangelista: "No debe ser enviado hasta que Jesús no sea glorificado"[3]. Viene a continuar la obra. Pero esta obra debía ser primero llevada a cabo por el Hijo de Dios hasta el término señalado por los decretos eternos.

Después de sus trabajos, Jesús entró en su reposo, llevando consigo la humanidad elevada en él a honores divinos. El Espíritu Santo no revestirá esta naturaleza; pero viene a consolarnos de la ausencia de Jesús y a acabar lo que falta cumplir en la obra de nuestra santifica-

[1] *Juan*, XIV, 18.
[2] *Ibid.*, XVI, 7.
[3] *Juan*, VII, 39.

ción. Es aquel a quien ya hemos visto trabajando estos dos días precedentes, cuando contemplamos los prodigios de fe y de amor, después de la partida de aquel que es el objeto de la una y del otro. El Espíritu Santo es quien produce la fe en las almas y al mismo tiempo "derrama la caridad en los corazones"[1].

Hemos llegado por fin al momento de ver inaugurarse una nueva serie de maravillas del amor de Dios a su creatura. Dentro de unas horas el reino del Espíritu Santo va a comenzar; pero en este último día que nos queda, puesto que mañana va a inaugurarse ya la solemnidad de Pentecostés, dejémonos arrastrar de esa legítima necesidad de venerar todavía las huellas de nuestro Redentor sobre la tierra. La Liturgia nos lo había ido presentando poco a poco, desde el Adviento en que rodeamos a la Madre divina, esperando con respeto el momento feliz en que nos diese su fruto bendito; y ahora, para encontrarle, nos es preciso levantar nuestra mirada hacia el cielo, salir de este mundo, donde ya no se deja ver. ¡Recuerdos gratos del trato íntimo que tuvimos tanto tiempo con el Emmanuel, desde que nos admitió a seguirle en todos sus caminos, ya no podemos relegaros al olvido! Más aún, contamos con el Espíritu divino para grabaros más profundamente en nuestras almas. ¿No ha anunciado Jesús que al venir a nosotros este inefable Consolador nos haría

---

[1] *Rom.*, V, 5.

recordar todo lo que habíamos oído, gustado y experimentado en la compañía de aquel que, siendo Dios, se dignó vivir con nosotros nuestra vida, para prepararnos a vivir la suya eternamente? [1].

LA PEREGRINACIÓN DEL CABALLERO. — San Bernardino de Sena trae en su primer sermón de la fiesta de la Ascensión una historia emocionante que puede servirnos de instrucción útil, este día en que damos el último adiós a la presencia visible de nuestro Redentor. Cuenta que un caballero emprendió un viaje con el deseo de visitar los lugares que habían sido testigos de los misterios de nuestra salvación. Quiso empezar su peregrinación por Nazaret, y en el lugar mismo en que el Verbo se hizo carne, rindió sus homenajes al amor infinito que le había traído a la tierra desde el cielo, para sacarnos de nuestra perdición. Belén vió a continuación a nuestro peregrino llegar a sus muros, buscando el lugar del bienaventurado nacimiento que nos dió un Salvador. Sus lágrimas se deslizaron abundantes sobre el lugar en que María había adorado a su recién nacido, y como cuenta San Francisco de Sales, que también ha querido narrar esta deliciosa historia, "lamió el polvo sobre el cual había comenzado la primera infancia del divino bebé" [2].

---

[1] *Juan,* XIV, 26.
[2] *Tratado del Amor de Dios,* l. VII, c. XII.

El viajero, que no temía recorrer Palestina en todos los sentidos, marchó desde Belén a las riberas del Jordán, y se detuvo en Bethabara, en el lugar llamado Betania, donde el Precursor había bautizado al Redentor. Y para honrar más enteramente este misterio, quiso a su vez penetrar en el cauce del río, y se bañó en aquellas aguas que le recordaban, las que Jesús se había dignado santificar por el contacto de sus miembros sagrados. Desde allí, siguiendo las huellas del Hijo de Dios, penetró en el desierto, para ver con sus propios ojos el teatro de la penitencia, de los combates y de la victoria de nuestro Maestro. A continuación dirigió su marcha hacia el Tabor; allí veneró el misterio de la Transfiguración de Jesús, cuando dejó brillar ante la vista de tres de sus discípulos algunos rayos de su gloria.

Por fin, el piadoso caballero entró en Jerusalén. El Cenáculo le vió recoger con el amor más tierno los recuerdos del lavatorio de los pies a los discípulos y la institución del gran misterio de la Eucaristía. Aguijoneado por el deseo de no dejar una estación sin haber orado en ella con lágrimas, pasó el torrente de Cedrón y se dirigió al huerto de Getsemaní, donde el pensamiento de su Salvador, cubierto de sangre, infundió en su corazón una simpatía inefable hacia la víctima de nuestros pecados. En seguida le vino a la imaginación la figura de este Salvador cargado de cadenas y arrastrado por Jerusalén. "Enton-

ces camina—nos dice el Santo Obispo de Ginebra, a quien conviene dejar la palabra sobre este asunto—, camina siguiendo por todas partes las huellas de su amado, y le ve en su imaginación arrastrado de aquí para allá, en casa de Anás, en casa de Caifás, en casa de Pilatos, en casa de Herodes, azotado, mofado, escupido, coronado de espinas, presentado al pueblo, condenado a muerte, cargado con su cruz, y mientras la lleva tiene el encuentro doloroso de su madre, traspasada de dolor, y de las mujeres de Jerusalén, que lloran por él.

"Por fin este devoto peregrino sube al monte Calvario y ve en espíritu la cruz extendida sobre la tierra y a Nuestro Señor, a quien se tiende y se clava cruelmente en ella de pies y manos. Luego contempla cómo levantan la cruz y el crucificado queda en el aire y su sangre surca por todas las partes de su divino cuerpo. Mira a la pobre Virgen Santísima traspasada completamente por una espada de dolor; luego vuelve los ojos al Salvador crucificado, a quien escucha las siete palabras con un amor sin igual; y, en fin, le ve moribundo, luego muerto, y después recibiendo la lanzada y mostrando por la abertura de la herida su divino Corazón; luego quitado de la cruz y llevado a un sepulcro, a donde le sigue derramando un mar de lágrimas en los lugares regados con la sangre de su Redentor; a continuación entra en el sepulcro y amortaja su corazón al lado del cuerpo de su Maestro.

"Más tarde, resucitando con él, va a Emaús, y ve todo lo que ocurre entre el Señor y los dos discípulos; y, por fin, volviendo al monte Olivete, donde ocurre el misterio de la Ascensión, y viendo allí las últimas huellas y vestigios de los pies del divino Salvador, prosternado sobre ellos y besándolos mil y mil veces con suspiros de un amor infinito, comenzó a concentrar en sí toda la intensidad de sus afectos, como un arquero estira su cuerda cuando quiere disparar su flecha; luego, levantando sus ojos y sus manos al cielo: "Oh Jesús—dijo—, mi dulce Jesús, ya no sé dónde buscarte y seguirte más en la tierra. ¡Ay! Jesús, Jesús, amor mío, concede, pues, a mi corazón te siga y marche contigo a lo alto. Y con estas ardientes palabras lanzó su alma al cielo, como una saeta sagrada que, como divino arquero, tiró al blanco de su objeto feliz" [1].

San Bernardino de Sena cuenta que los compañeros y servidores del piadoso caballero, viéndole sucumbir al esfuerzo de su amor, corrieron a buscar un médico, pensando que sería posible todavía volverle a la vida. Pero esta alma bienaventurada había volado siguiendo al Redentor y dejándonos un monumento inmortal del amor que pudo nacer en el corazón de un hombre con la sola contemplación de estos misterios divinos que nosotros hemos seguido a nuestro gusto, conducidos por la Iglesia, en la

[1] *Tratado del amor de Dios*, l. VII, c. XII.

sucesión de las escenas de la Sagrada Liturgia. ¡Ojalá pudiésemos poseer ahora en nosotros a Cristo, a quien tantas facilidades hemos tenido de conocer! ¡Dígnese el Espíritu Santo, en su próxima visita, conservar en nuestras almas los rasgos de este jefe divino, con el cual va a unirnos más estrechamente todavía!

SABADO. VIGILIA DE PENTECOSTES

ESPERA DEL ESPIRITU SANTO

La luz deslumbradora de la solemnidad de mañana ilumina ya este día. Los fieles se disponen con el ayuno a celebrar dignamente el misterio; pero, como en la Vigilia Pascual, la misa de los neófitos, que entonces se celebraba por la noche, ahora se ha anticipado; por eso desde antes de mediodía la alabanza del Espíritu Santo, cuya efusión está tan cercana, ha resonado en toda Iglesia que tenga pila bautismal. Por la tarde, el oficio de Vísperas da comienzo a la augusta solemnidad. El Reino del Espíritu divino está, pues, proclamado desde hoy por la Liturgia. Unámonos a los pensamientos y sentimientos de los habitantes del Cenáculo, donde está a punto de ser cumplida nuestra esperanza.

La Creación — En toda esta serie de misterios que hemos visto deslizarse hasta aquí en el

curso del Año litúrgico, hemos presentido con frecuencia la acción de la tercera persona de la Santísima Trinidad. Las lecturas de los libros Sagrados, tanto del Antiguo como del Nuevo testamento, han llamado más de una vez nuestra atención respetuosa hacia este Espíritu divino que parecía rodearse de misterio, como si aún no hubiese llegado el tiempo de su manifestación. Las operaciones de Dios en las creaturas son sucesivas; pero llegan infaliblemente a su tiempo. El historiador sagrado, en la relación de la creación, nos muestra al Espíritu Santo flotando sobre las aguas y fecundándolas silenciosamente, esperando su separación de la tierra que inundaban.

PREPARACIÓN DE LA ENCARNACIÓN. — Aunque el Reino patente del Espíritu Santo sobre el mundo se ha diferido hasta el establecimiento del Hijo de Dios sobre su eterno trono, no vayamos a creer por eso que el Espíritu divino ha permanecido inactivo hasta ahora. Todas las Sagradas Escrituras, de las que hemos hallado tantos fragmentos en la liturgia, ¿qué son sino la obra oculta de aquel que, como nos dice el Símbolo, "ha hablado por los Profetas"? [1]. Era quien nos daba el Verbo, Sabiduría de Dios, por medio de la Escritura, como más tarde debía dárnoslo en la carne de la humanidad.

[1] *Qui locutus est per Prophetas.* Símbolo de Nicea. — Constantinopla.

No ha estado ocioso ni un solo momento en la duración de los siglos. Preparaba el mundo para el reino del Verbo encarnado, juntando y mezclando las razas, produciendo esta expectativa universal que se extendió desde los pueblos más bárbaros hasta las naciones más avanzadas en la civilización. No se había dado a conocer aún a la tierra, pero se cernía con amor sobre la humanidad, como se había cernido al principio sobre las aguas mudas e insensibles.

La Encarnación. — Esperando su venida, los profetas le anunciaban en los mismos oráculos, donde predecían la llegada del Hijo de Dios. El Señor decía por boca de Joél: "Yo esparciré mi Espíritu sobre toda carne" [1]. En otra ocasión se anunciaba así por la voz de Ezequiel: "Yo derramaré sobre vosotros un agua pura, y seréis purificados de todas vuestras manchas, y os purificaré de todos vuestros ídolos. Y os daré un corazón nuevo, y colocaré en medio de vosotros un nuevo espíritu; y os arrancaré el corazón de piedra que está en vuestra carne, y os daré un corazón de carne, y colocaré en medio de vosotros un Espíritu que es el mío" [2].

Pero antes de su propia manifestación, el Espíritu Santo había de obrar directamente para la del Verbo divino. Cuando el poder creador hizo salir de la nada el cuerpo y el alma de la

[1] *Joél,* II, 29.
[2] *Ezequiel,* XXXVI, 25-27.

futura madre de un Dios, preparó la morada de la soberana majestad, santificando a María desde el primer instante de su Concepción y tomando posesión de ella como de un templo donde el Hijo de Dios se dignaría descender. En el momento de la Anunciación, el Arcángel declaró a la Virgen que el Espíritu Santo iba a venir sobre ella y que la virtud del Altísimo iba a cubrirla con su sombra. Apenas la Virgen pronunció su consentimiento, cuando la operación del Espíritu Santo produjo en ella el más inefable de sus misterios: el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros. Sobre esta flor nacida en la rama que retoñó del tronco de Jessé, sobre esta humanidad producida divinamente en María, el Espíritu del Padre y del Hijo, reposa con amor, la colma de sus dones y la adapta a su fin glorioso y eterno [1]. El que había dotado a la Madre de tantos tesoros de gracia, sobrepasa en su Hijo de una manera inconmensurable la medida que parecía ya próxima de lo infinito. Y todas estas maravillas las obra en silencio como siempre; porque la hora en que debe brillar su venida no ha llegado todavía. La tierra no hará sino entreverlo, el día en que sobre el cauce del Jordán, a cuyas aguas descendió Jesús, extenderá sus alas y vendrá a posarse sobre la cabeza de este Hijo muy amado del Padre. Juan advierte el misterio del mismo modo que, antes de nacer, había sentido en el seno de María

[1] *Isaías*, X, 1-3.

el fruto bendito que habitaba en ella; pero los hombres no vieron más que una paloma, y la paloma no reveló los secretos de la eternidad.

El Reino del Hijo de Dios se asienta sobre sus fundamentos predestinados. Tenemos en él a nuestro hermano, porque ha tomado nuestra carne con sus enfermedades; tenemos en él nuestro doctor, porque es la sabiduría del Padre y porque con sus lecciones nos inicia en toda verdad; en él tenemos nuestro médico, porque nos cura todas nuestras flaquezas y enfermedades; en él tenemos nuestro mediador, porque hace volver en su santa humanidad a toda la creación a su autor; tenemos en él nuestro reparador y en su sangre nuestro rescate: porque el pecado del hombre había roto el lazo entre Dios y nosotros y nos hacía falta un redentor divino; tenemos en él un jefe que no se sonroja de sus miembros por humildes que sean, un rey que acabamos de ver coronar para siempre y un Señor a quien el Señor hace sentar a su diestra [1].

La Iglesia. — Pero si para siempre nos gobierna, ahora lo hace desde lo alto de los cielos, hasta el momento en que aparezca de nuevo para quebrantar contra la tierra la cabeza de los pecadores, cuando clame la voz del Angel: "Ya no hay más tiempo" [2]. Pero esperando esta venida se deben pasar muchos siglos, y estos siglos han

[1] *Ps.*, c. IX, 1.
[2] *Apoc.*, X, 6.

sido destinados al imperio del Espíritu Santo: "Pero no se podía dar el Espíritu Santo—dice San Juan—mientras Jesús no hubiese sido glorificado"[1]. El misterio de la Ascensión forma, pues, el límite entre los dos reinados divinos aquí abajo: el reino visible del Hijo de Dios y el reino visible del Espíritu Santo. Con el fin de unirlos y preparar su sucesión no sólo son profetas mortales los que hablan, sino también el mismo Emmanuel, durante su vida mortal, se hizo el heraldo del reino próximo del Espíritu.

¿No le oímos decir: "Os es más provechoso que yo me vaya; porque si no me marchase, no vendría a vosotros el Paráclito"?[2] El mundo tiene, pues, gran necesidad de este huésped divino, del que se hace precursor el mismo Hijo de Dios. Y a fin de que conociésemos cuál es la majestad de este nuevo dueño que va a reinar sobre nosotros, nos declara Jesús la gravedad de los castigos que caerán sobre quienes le ofendan. "Quienquiera que haya proferido alguna palabra contra el Hijo—dice—será perdonado; pero el que haya pronunciado esta palabra contra el Espíritu Santo, no obtendrá perdón, ni en este mundo ni en el otro"[3]. Sin embargo, este Espíritu no tomará la naturaleza humana como el Hijo; no trabajará por rescatar el mundo, como lo rescató el Hijo, sino que vendrá con un

[1] *S. Juan*, VII, 39.
[2] *S. Juan*, XVI, 7.
[3] *S. Mat.*, XII, 32.

amor tan grande que no se podrá despreciarle impunemente. A él confiará Jesús la Iglesia su Esposa durante los largos siglos que ha de durar su viudez, a él confiará su obra para que la mantenga y la dirija en todo.

DISPOSICIONES PARA RECIBIR EL ESPÍRITU SANTO. — Nosotros, pues, los llamados a recibir dentro de pocas horas la efusión del Espíritu de amor que viene a "renovar la faz de la tierra"[1], estemos atentos como lo estuvimos en Belén en los momentos que precedieron al nacimiento del Emmanuel. El Verbo y el Espíritu Santo son iguales en gloria y en poder y su venida a la tierra procede del mismo decreto eterno y pacífico de la Santísima Trinidad, que determinó, por esta doble visita, "hacernos participantes de la naturaleza divina"[2]. Nosotros, hijos de la nada, somos llamados a llegar a ser, por la operación del Verbo y del Espíritu, hijos del Padre celestial. Ahora, si deseamos saber cómo debe prepararse el alma fiel a la venida del Paráclito divino, volvamos mentalmente al Cenáculo, donde dejamos juntos a los discípulos, perseverando en la oración, según la orden del Maestro, y esperando que la Virtud de lo alto descienda sobre ellos y les cubra como una armadura para los combates que han de sostener.

---

[1] *Ps.*, CIII, 30.
[2] *II San Pedro*, I, 4.

Nuestra Señora en el Cenáculo. — En este asilo de recogimiento y de paz, nuestros ojos buscan respetuosamente en seguida a María, madre de Jesús, obra maestra del Espíritu Santo, Iglesia del Dios vivo, de la que mañana saldrá, como del seno de una madre, por la acción del mismo Espíritu, la Iglesia militante que esta nueva Eva representa y contiene aún en sí. ¿No tiene derecho en estos momentos a recibir todos nuestros homenajes esta creatura incomparable, a quien hemos visto asociada a todos los misterios del Hijo de Dios y que muy pronto va a ser el objeto más digno de la visita del Espíritu Santo? Te saludamos, María llena de gracia, nosotros, los que estamos todavía encerrados en ti y gustamos la alegría en tu seno materno. ¿No ha hablado para nosotros la Iglesia en la Liturgia al comentar a gloria tuya el cántico de tu ascendiente David? [1]. En vano tu humildad pretende sustraerse a los honores que mañana te esperan. Creatura inmaculada, templo del Espíritu Santo, es necesario que este Espíritu se te comunique de un modo nuevo; porque una nueva obra te espera, y la tierra debe poseerte todavía.

Los Apóstoles. — Al rededor de María se ha unido el colegio apostólico, contemplando con arrobamiento a aquella cuyos rasgos augustos

---

[1] *Sicut laetantium omnium nostrum habitatio est in te, Sancta Dei genitrix* (*Ps.*, LXXXVI, 7).

le recuerdan al Señor ausente. Los días precedentes ha tenido lugar un grave acontecimiento a los ojos de María y de los hombres en el Cenáculo. Lo mismo que para establecer el pueblo de Israel, Dios había escogido doce hijos de Jacob como fundamentos de esta raza privilegiada, Jesús se había escogido doce hombres de este mismo pueblo para que fuesen las bases del edificio de la Iglesia cristiana, cuya piedra angular es él y Pedro con él y en él. La caída de Judas había reducido a once los escogidos por la elección divina; ya no existía el número sagrado y el Espíritu Santo estaba para descender de un momento a otro sobre el colegio apostólico. Antes de subir al cielo, no había juzgado Jesús a propósito hacer él mismo la elección de sucesor del discípulo caído. Pero era preciso se completase el número sagrado antes de la efusión de la Virtud de lo alto. La Iglesia no debía envidiar en nada a la Sinagoga. ¿Quién cumpliría el oficio del Hijo de Dios en la designación de un Apóstol? Tal derecho no podía pertenecer sino a Pedro, nos dice San Juan Crisóstomo; pero en su modestia declinó el honor, no queriendo acordarse más que de la humildad [1]. Una elección siguió al discurso de Pedro y Matías, juntado a los otros Apóstoles, completó el número misterioso, y esperó con ellos la venida prometida del Consolador.

---

[1] 3.ª Homilía sobre los Hechos de los Apóstoles.

Los discípulos. — En el Cenáculo, a los ojos de María, se reunieron también los discípulos que, sin haber tenido el honor de haber sido elegidos Apóstoles, fueron, sin embargo, testigos de las obras y los misterios del Hombre-Dios; fueron puestos aparte y reservados para la predicación de la buena nueva. Magdalena y las otras santas mujeres esperan con el recogimiento que les prescribió el Maestro, esta visita de lo alto, cuyo poder van a experimentar muy pronto. Rindamos nuestros homenajes a esta santa asamblea, a esos ciento veinte discípulos que se nos dieron por modelos en esta importante circunstancia; porque el Espíritu Santo ha de venir en seguida a ellos; son sus primicias. Más tarde descenderá también sobre nosotros, y con el fin de prepararnos a su venida, la Iglesia nos impone hoy el ayuno.

La Liturgia de este día. — En la antigüedad este día se parecía a la Vigilia Pascual. Al atardecer los fieles se recogían en la iglesia para tomar parte en la solemnidad de la administración del bautismo. La noche siguiente se confería a los catecúmenos el sacramento de la regeneración, a quienes la ausencia o la enfermedad habían impedido juntarse a los otros la noche de Pascua. También contribuían a formar del grupo de los aspirantes al nuevo nacimiento que se toma en la fuente sagrada aquellos a quienes no se consideró suficientemente proba-

dos todavía, o cuya instrucción no pareció bastante completa, pero ahora se juzgaba que estaban en disposición de dar satisfacción a las justas exigencias de la Iglesia. En lugar de las doce profecías que se leían en la noche de Pascua, mientras los sacerdotes cumplían con los catecúmenos los ritos preparatorios al Bautismo, no se leen ordinariamente más que seis; lo que nos lleva a pensar que el número de los bautizados la noche de Pentecostés era menos considerable.

El cirio pascual volvía a aparecer esta noche de gracia, con el fin de inculcar a los nuevos reclutas de la Iglesia el respeto y amor para con el Hijo de Dios, que se hizo hombre para ser "la luz del mundo" [1]. Todos los ritos que hemos detallado y explicado el Sábado Santo se celebraban en esta nueva ocasión, en que aparecía la fecundidad de la Iglesia; el Santo sacrificio, del cual tomaban parte los neófitos, comenzaba antes de rayar el alba.

En el rodar de los tiempos, la costumbre de conferir el bautismo a los niños poco después de su nacimiento, al tomar fuerza de ley, ha anticipado la Misa bautismal a la mañana del Sábado de la Vigilia de Pentecostés, como sucede con la Vigilia de Pascua. Antes de la celebración del Sacrificio se leen seis profecías de las que hemos hablado hace poco; después tiene lugar

---

[1] *S. Juan*, VIII, 12.

la solemne bendición de las aguas bautismales. El cirio pascual vuelve a aparecer en esta función, a la que falta con frecuencia la asistencia de los fieles.

SANTO DIA DE PENTECOSTES

LA VENIDA DEL ESPIRITU SANTO

El gran día que consuma la obra divina en el género humano ha brillado por fin sobre el mundo. "El día de Pentecostés—como dice San Lucas—se ha cumplido" [1]. Desde Pascua hemos visto deslizarse siete semanas; he aquí el día que le sigue y hace el número misterioso de cincuenta. Este día es Domingo, consagrado al recuerdo de la creación de la luz y la Resurrección de Cristo; le va a ser impuesto su último carácter, y por él vamos a recibir "la plenitud de Dios" [2].

PENTECOSTÉS JUDÍA. —En el reino de las figuras, el Señor marcó ya la gloria del quincuagésimo día. Israel había tenido, bajo los auspicios del Cordero Pascual, su paso a través de las aguas del mar Rojo. Siete semanas se pasaron en ese desierto que debía conducir a la tierra

---

[1] *Act.*, II, 1.
[2] Véase *Mística del tiempo Pascual*, p. 24.

de Promisión, y el día que sigue a las siete semanas fué aquel en que quedó sellada la alianza entre Dios y su pueblo. Pentecostés (día cincuenta) fué marcado por la promulgación de los diez mandamientos de la ley divina, y este gran recuerdo quedó en Israel con la conmemoración anual de tal acontecimiento. Pero así como la Pascua, también Pentecostés era profético: debía haber un segundo pentecostés para todos los pueblos, como hubo una segunda Pascua para el rescate del género humano. Para el Hijo de Dios, vencedor de la muerte, la Pascua con todos sus triunfos; y para el Espíritu Santo, Pentecostés, que le vió entrar como legislador en el mundo puesto en adelante bajo la ley.

PENTECOSTÉS CRISTIANA. — Pero ¡qué diferencia entre las dos fiestas de Pentecostés! La primera, sobre los riscos salvajes de Arabia, entre truenos y relámpagos, intimando una ley grabada en dos tablas de piedra; la segunda en Jerusalén, sobre la cual no ha caído aún la maldición, porque hasta ahora contiene las primicias del pueblo nuevo sobre el que debe ejercer su imperio el Espíritu de amor. En este segundo Pentecostés, el cielo no se ensombrece, no se oyen los estampidos de los rayos; los corazones de los hombres no están petrificados de espanto como a la falda del Sinaí; sino que laten bajo la impresión del arrepentimiento y acción de gracias. Se ha apoderado de ellos un fuego divino

y este fuego abrasará la tierra entera. Jesús había dicho: "He venido a traer fuego a la tierra y ¡qué quiero sino que se encienda!" Ha llegado la hora, y el que en Dios es Amor, la llama eterna e increada, desciende del cielo para cumplir la intención misericordiosa del Emmanuel.

En este momento en que el recogimiento reina en el Cenáculo, Jerusalén está llena de peregrinos, llegados de todas las regiones de la gentilidad, y algo extraño agita a estos hombres hasta el fondo de su corazón. Son judíos venidos para la fiesta de Pascua y de Pentecostés, de todos los lugares donde Israel ha ido a establecer sus sinagogas. Asia, Africa, Roma incluso, suministran todo este contingente. Mezclados con los judíos de pura raza, se ve a paganos a quienes cierto movimiento de piedad ha llevado a abrazar la ley de Moisés y sus prácticas; se les llama Prosélitos. Este pueblo móvil que ha de dispensarse dentro de pocos días, y a quienes ha traído a Jerusalén sólo el deseo de cumplir la ley, representa, por la diversidad de idiomas, la confusión de Babel; pero los que le componen están menos influenciados de orgullo y de prejuicios que los habitantes de Judea. Advenedizos de ayer, no han conocido ni rechazado como estos últimos al Mesías, ni han blasfemado de sus obras, que daban testimonio de él. Si han gritado ante Pilatos con los otros judíos para pedir que el Justo sea crucificado, fué por-

que fueron arrastrados por el ascendiente de los sacerdotes y magistrados de esta Jerusalén, hacia la cual les había conducido su piedad y docilidad a la ley.

El soplo del Espíritu Santo. — Pero ha llegado la hora, la hora de Tercia, la hora predestinada por toda la eternidad, y el designio de las tres divinas personas, concebido y determinado antes de todos los tiempos, se declara y se cumple. Del mismo modo que el Padre envió a este mundo, a la hora de medianoche, para encarnarse en el seno de María a su propio Hijo, a quien engendra eternamente: así el Padre y el Hijo envían a esta hora de Tercia sobre la Tierra el Espíritu Santo que procede de los dos, para cumplir en ella, hasta el fin de los tiempos, la misión de formar a la Iglesia esposa y dominio de Cristo, de asistirla y mantenerla y de salvar y santificar las almas.

De repente se oye un viento violento que venía del cielo; rugió fuera y llenó el Cenáculo con su soplo poderoso. Fuera congrega al rededor del edificio que está puesto en la montaña de Sión una turba de habitantes de Jerusalén y extranjeros; dentro, lo conmueve todo, agita a los ciento veinte discípulos del Salvador y muestra que nada le puede resistir. Jesús había dicho de él: "Es un viento que sopla donde quiere y vosotros escucháis resonar su voz" [1];

[1] S. *Juan*, III, 8.

poder invisible que conmueve hasta los abismos, en las profundidades del mar, y lanza las olas hasta las nubes. En adelante este viento recorrerá la tierra en todos los sentidos, y nada puede sustraerse a su dominio.

LAS LENGUAS DE FUEGO. — Sin embargo, la santa asamblea que estaba completamente absorta en el éxtasis de la espera, conservó la misma actitud. Pasiva al esfuerzo del divino enviado, se abandona a él. Pero el soplo no ha sido más que una preparación para los que están dentro del Cenáculo, y a la vez una llamada para los de fuera. De pronto una lluvia silenciosa se extiende por el interior del edificio, lluvia de fuego, dice la Santa Iglesia, "que arde sin quemar, que luce sin consumir" [1]; unas llamas en forma de lenguas de fuego se colocan sobre la cabeza de cada uno de los ciento veinte discípulos. Es el Espíritu divino que toma posesión de la asamblea en cada uno de sus miembros. La Iglesia ya no está sólo en María; está también en los ciento veinte discípulos. Todos ahora son del Espíritu Santo que ha descendido sobre ellos; se ha comenzado su reino, se ha proclamado y se preparan nuevas conquistas.

Pero admiremos el símbolo con que se obra esta revolución. El que no ha mucho se mostró en el Jordán en la hermosa forma de una pa-

---

[1] Responso del Jueves de Pentecostés.

loma aparece ahora en la de fuego. En la esencia divina él es amor; pero el amor no consiste sólo en la dulzura y la ternura, sino que es ardiente como el fuego. Ahora, pues, que el mundo está entregado al Espíritu Santo es necesario que arda, y este incendio no se apagará nunca. ¿Y por qué la forma de lenguas, sino porque la palabra será el medio de propaganda de este incendio divino? Estos ciento veinte discípulos hablarán del Hijo de Dios, hecho hombre y Redentor de todos, del Espíritu Santo que remueve las almas y del Padre celestial que las ama y las adopta; y su palabra será acogida por un gran número. Todos los que la reciban estarán unidos en una misma fe, y la reunión que formen se llamará Iglesia católica, universal, difundida por todos los tiempos y por todos los lugares. Jesús había dicho: "Id, enseñad a todas las naciones." El Espíritu trae del cielo a la tierra la lengua que hará resonar esta palabra y el amor de Dios y de los hombres que la ha de inspirar. Esta lengua y este amor se han difundido en los hombres, y con la ayuda del Espíritu, estos mismos hombres la transmitirán a otros hasta el fin de los siglos.

Don de Lenguas. — Sin embargo de eso, parece que un obstáculo sale al paso a esta misión. Desde Babel el lenguaje humano se ha dividido y la palabra de un pueblo no se entiende en el otro. ¿Cómo, pues, la palabra puede

ser instrumento de conquista de tantas naciones y cómo puede reunir en una familia tantas razas que se desconocen? No temáis: el Espíritu omnipotente ya lo ha previsto. En esa embriaguez sagrada que inspira a los ciento veinte discípulos les ha conferido el don de entender toda lengua y de hacerse entender ellos mismos. En este mismo instante, en un transporte sublime, tratan de hablar todos los idiomas de la tierra, y la lengua, como su oído, no sólo se prestan sin esfuerzo, sino con deleite a esta plenitud de la palabra que va a establecer de nuevo la comunión de los hombres entre sí. El Espíritu de amor hizo cesar en un momento la separación de Babel, y la fraternidad primitiva reaparece con la unidad de idioma.

¡Cuán hermosa apareces, Iglesia de Dios, al hacerte sensible por la acción divina del Espíritu Santo que obra en ti ilimitadamente! Tú nos recuerdas el magnífico espectáculo que ofrecía la tierra cuando el linaje humano no hablaba más que una sola lengua. Pero esta maravilla no se limitará al día de Pentecostés, ni se reducirá a la vida de aquellos en quienes aparece en este momento. Después de la predicación de los Apóstoles se irá extinguiendo, por no ser necesaria, la forma primera del prodigio; pero tú no cesarás de hablar todas las lenguas hasta el fin de los siglos, porque no te verás limitada a los confines de una sola nación, sino que habitarás todo el mundo. En todas partes

se oirá confesar una misma fe en las diversas lenguas de cada nación, y de este modo el milagro de Pentecostés, renovado y transformado, te acompañará hasta el fin de los siglos y será una de tus características principales. Por esto, San Agustín, hablando a los fieles, dice estas admirables palabras: "La Iglesia, extendida por todos los pueblos, habla todas las lenguas. ¿Qué es la Iglesia sino el cuerpo de Jesucristo? En este cuerpo cada uno de vosotros es un miembro. Si, pues, formáis parte de un miembro que habla todas las lenguas, vosotros también podéis consideraros como participantes en este don"[1]. Durante los siglos de fe, la Iglesia, única fuente del verdadero progreso de la humanidad, hizo aún más: llegó a reunir en una sola lengua los pueblos que había conquistado. La lengua latina fué durante largo tiempo el lazo de unión del mundo civilizado. A pesar de las distancias, se la podían confiar todas las relaciones existentes entre los diversos pueblos, las comunicaciones de la ciencia y aun los negocios de los particulares; nadie de los que hablaban esta lengua se consideraba extranjero en todo el Occidente. La herejía del siglo XVI emancipó a las naciones de este bien como de tantos otros. Europa, dividida durante largo tiempo, busca, sin encontrarlo, este centro común que únicamente la Iglesia y su lengua podían ofrecerle. Pero volvamos al Cenáculo, cuyas puertas aún no se han

[1] *Tract.*, 22, sup. S. Juan.

abierto, y contemplemos de nuevo las maravillas que en él hace el Espíritu de Dios.

MARÍA EN EL CENÁCULO. — Nuestra mirada se dirige instintivamente hacia María, ahora más que nunca, "la llena de gracia". Podría parecer que después de los dones inmensos prodigados en su concepción inmaculada, después de los tesoros de santidad que derramó en ella la presencia del Verbo encarnado durante los nueve meses que le llevó en su seno, después de los socorros especiales que recibió para obrar y sufrir unida a su Hijo en la obra de la Redención, después de los favores con que Jesús la enriqueció, después de la gloria de la Resurrección, el cielo había agotado la medida de los dones con que podía enriquecer a una simple creatura, por elevada que estuviese en los planes eternos de Dios.

Todo lo contrario. Una nueva misión comienza ahora para María: en este momento nace de ella la Iglesia; María acaba de dar a luz a la Esposa de su Hijo y nuevas obligaciones la reclaman. Jesús solo ha partido para el cielo; la ha dejado sobre la tierra para que inunde con sus cuidados maternales este su tierno fruto. ¡Qué emocionante y qué gloriosa es la infancia de nuestra amada Iglesia, recibida en los brazos de María, alimentada por ella, sostenida por ella desde los primeros pasos de su carrera en este mundo! Necesita, pues, la nueva Eva la verda-

dera "Madre de los vivientes", un nuevo aumento de gracias para responder a esta misión; por eso es el objeto primario de los favores del Espíritu Santo.

El fué quien la fecundó en otro tiempo para que fuese la madre del Hijo de Dios; en este momento la hace Madre de los cristianos. "El río de la gracia, como dice David, inunda con sus aguas a esta Ciudad de Dios que la recibe con regocijo" [1]; el Espíritu de amor cumple hoy el Oráculo de Cristo al morir sobre la Cruz. Había dicho señalando al hombre: "Mujer, he ahí a tu Hijo"; ha llegado el tiempo y María ha recibido con una plenitud maravillosa esta gracia maternal que comienza a ejercer desde hoy y que la acompañará aún sobre su trono de reina hasta que la Iglesia se haya desarrollado suficientemente y ella pueda abandonar esta tierra, subir al cielo y ceñir la diadema esperada.

Contemplemos la nueva belleza que aparece en el rostro de quien el Señor ha dotado de una segunda maternidad: esta belleza es la obra maestra que realiza en este día el Espíritu Santo. Un fuego celeste abrasa a María y un nuevo amor se enciende en su corazón: se halla por entero ocupada en la misión para la cual ha quedado sobre la tierra. La gracia apostólica ha descendido sobre ella. La lengua de fuego que ha recibido no hablará en predicaciones públi-

---

[1] *Ps.*, XLV.

cas; pero hablará a los apóstoles, les guiará y les consolará en sus fatigas. Se expresará con tanta dulzura como fuerza al oído de los fieles que sentirán una atracción irresistible hacia aquella a quien el Señor ha colmado de sus gracias. Como una leche generosa, dará a los primeros fieles de la Iglesia la fortaleza que les hará triunfar en los asaltos del enemigo, y arrancándose de su lado, irá Esteban a abrir la noble carrera de los mártires.

Los Apóstoles. — Consideremos ahora al colegio apostólico. ¿Qué ha sucedido después de la venida del Espíritu Santo a estos hombres a quienes encontrábamos ya tan diferentes de sí mismos después de las relaciones tenidas durante cuarenta días con su Maestro? ¿No sentís que han sido transformados, que un ardor divino les arrebata y que dentro de breves instantes se lanzarán a la conquista del mundo? Ya se ha cumplido en ellos todo lo que les había anunciado su Maestro; realmente, ha descendido sobre ellos el poder del Altísimo a armarlos para el combate. ¿Dónde están los que temblaban ante los enemigos de Jesús, los que dudaban en su resurrección? La verdad que les ha predicado su maestro aparece clara a su inteligencia; ven todo, comprenden todo. El Espíritu Santo les ha infundido la fe en el grado más sublime y arden en deseos de derramar esta fe por el mundo entero. Lejos de temer, en adelan-

te están dispuestos a afrontar todos los peligros predicando a todas las naciones el nombre y la gloria de Cristo, como él se lo había mandado.

Los DISCÍPULOS.—En segundo plano aparecen los discípulos, menos favorecidos en esta visita que los doce príncipes del colegio apostólico, pero inflamados como ellos del mismo fuego: también ellos se lanzarán a conquistar el mundo y fundarán numerosas cristiandades. El grupo de las santas mujeres también ha sentido la venida de Dios manifestada bajo la forma de fuego. El amor que las detuvo al pie de la cruz de Jesús y que las condujo las primeras al sepulcro la mañana de Pascua, ha aumentado con nuevo fervor. La lengua de fuego que se ha posado sobre ellas las hará elocuentes para hablar de su Maestro a los judíos y gentiles.

Los JUDÍOS.—La turba de los judíos que oyó el ruido que anunciaba la venida del Espíritu Santo se reunió ante el Cenáculo. El mismo Espíritu que obra en lo íntimo de la conciencia tan maravillosamente les obliga a rodear esta casa que contiene en sus muros a la Iglesia que acaba de nacer. Resuenan sus clamores y pronto el celo de los apóstoles no puede contenerse en tan estrechos límites. En un momento el colegio apostólico se lanza a la puerta del Cenáculo para poderse comunicar con una multitud ansiosa por conocer el nuevo prodigio que acaba de hacer el Dios de Israel.

Pero he aquí que esa multitud compuesta de gente de todas las nacionalidades que espera oír hablar a galileos se queda estupefacta. No han hecho más que expresarse en palabras inarticuladas y confusas y cada uno les oye hablar en su propio idioma. El símbolo de la unidad aparece ahora en toda su magnificencia. La Iglesia cristiana se ha manifestado a todas las naciones representdas en esta multitud. Esta Iglesia será una; porque Dios ha roto las barreras que en otro tiempo puso, en su justicia, para separar a las naciones. He aquí los mensajeros de Cristo; están dispuestos para ir a predicar el evangelio por todo el mundo.

Entre los de la turba hay algunos que, insensibles al prodigio, se escandalizan de la embriaguez divina que ven en los Apóstoles: "Estos hombres, dicen, se han saturado de vino." Tal es el lenguaje del racionalismo que todo lo quiere explicar a las luces de la razón humana. Con todo eso los pretendidos embriagados de hoy verán postrados a sus pies a todos los pueblos del mundo, y con su embriaguez comunicarán a todas las razas del linaje humano el Espíritu que ellos poseen. Los Apóstoles creen llegado el momento; hay que proclamar el nuevo Pentecostés en el día aniversario del primero. ¿Pero quién será el Moisés que proclame la ley de la misericordia y del amor que reemplaza la ley de la justicia y del temor? El divino Emmanuel ya antes de subir al cielo le había desig-

nado: será Pedro, el fundamento de la Iglesia. Ya es hora de que toda esa multitud le vea y le escuche; va a formarse el rebaño, pero es necesario que se muestre el pastor. Escuchemos al Espíritu Santo, que va a expresarse por su principal instrumento, en presencia de esta multitud asombrada y silenciosa; todas las palabras que profiere el Apóstol, aunque habla solamente una lengua, la escuchan sus oyentes de cualquier idioma o país que sean. Solamente este discurso es una prueba inequívoca de la verdad y divinidad de la nueva ley.

El discurso de Pedro. — "Varones judíos, exclamó, y habitantes todos de Jerusalén, oíd y prestad atención a mis palabras. No están éstos borrachos, como vosotros suponéis, pues es la hora de Tercia, y esto es lo que predijo el profeta Joél: "Y sucederá en los últimos días, dice, el Señor, que derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños; y sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi Espíritu y profetizarán." Varones israelitas, escuchad estas palabras: Jesús de Nazaret, varón probado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por El en medio de vosotros, como vosotros mismos sabéis, a éste, entregado según los designios de la presciencia de Dios, le alzasteis en la cruz y le dis-

teis muerte por mano de infieles. Pero Dios, rotas las ataduras de la muerte, le resucitó, por cuanto no era posible que fuese dominado por ella, pues David dice de El: "Mi carne reposará en la esperanza, porque no permitirás que tu Santo experimente la corrupción del sepulcro." David no hablaba de sí propio, puesto que murió y su sepulcro permanece aún entre nosotros; anunciaba la resurrección de Cristo, el cual no ha quedado en el sepulcro ni su carne ha conocido la corrupción. A este Jesús le resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado a la diestra de Dios y recibida del Padre la promesa del Espíritu Santo, lo derramó sobre toda la tierra, como vosotros mismos veis y oís. Tened, pues, por cierto hijos de Israel que Dios le ha hecho Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado" [1].

Así concluyó la promulgación de la nueva ley por boca del nuevo Moisés. ¿No habrían de recibir las gentes el don inestimable de este segundo Pentecostés, que disipaba las sombras del antiguo y que realizaba en este gran día las divinas realidades? Dios se revelaba y, como siempre, lo hacía con un milagro. Pedro recuerda los prodigios con que Jesús daba testimonio de sí mismo, de los cuales no hizo caso la Sinagoga. Anuncia la venida del Espíritu Santo, y como prueba alega el prodigio inaudito que sus oyen-

[1] *Act.*, II, 14-36.

tes tienen ante sus ojos, en el don de lenguas concedido a todos los habitantes del Cenáculo.

Las primeras conversiones. — El Espíritu Santo que se cernía sobre la multitud continúa su obra, fecundando con su acción divina el corazón de aquellos predestinados. La fe nace y se desarrolla en un momento en estos discípulos del Sinaí que se habían reunido de todos los rincones del mundo para una Pascua y un Pentecostés que en adelante serán estériles. Llenos de miedo y de dolor por haber pedido la muerte del Justo, cuya resurrección y ascensión acaban de confesar, estos judíos de todo el mundo exclaman ante Pedro y sus compañeros: "Hermanos, ¿qué debemos hacer?" ¡Admirable disposición para recibir la fe!: el deseo de creer y la resolución firme de conformar sus obras con lo que crean. Pedro continúa su discurso: "Haced penitencia, les dice, y bautizaos todos en el nombre de Jesucristo, y también vosotros participaréis de los dones del Espíritu Santo. A vosotros se os hizo la promesa y también a los gentiles; en una palabra: a todos aquellos a quienes llama el Señor."

Con cada una de las palabras del nuevo Moisés se va borrando el antiguo Pentecostés, y el Pentecostés cristiano brilla cada vez con una luz más espléndida. El reino del Espíritu Santo se ha inaugurado en Jerusalén ante el templo que está condenado a derrumbarse sobre sí mismo.

Pedro habló más; pero el libro de los Hechos no recoge más que estas palabras que resonaron como el último llamamiento a la salvación: "Salvaos, hijos de Israel, salvaos de esta generación perversa."

En efecto, tenían que romper con los suyos, merecer por el sacrificio la gracia del nuevo Pentecostés, pasar de la Sinagoga a la Iglesia. Más de una lucha tuvieron que soportar en sus corazones; pero el triunfo del Espíritu Santo fué completo en este primer día. Tres mil personas se declararon discípulos de Jesús y fueron marcados con el sello de la divina adopción. ¡Oh Iglesia del Dios vivo, qué hermosos son tus progresos con el soplo del Espíritu divino! En primer lugar has residido en la inmaculada Virgen María, la llena de gracia y Madre de Dios; tu segundo paso te dota de ciento veinte discípulos, y he aquí que en el tercero son tres mil los elegidos, nuestros padres en la fe, abandonarán pronto Jerusalén, que, cuando vayan a sus países, serán las primicias del nuevo pueblo Mañana hablará Pedro en el mismo templo y a su voz se proclamarán discípulos de Jesús más de cinco mil personas. Salve, oh Iglesia de Cristo, la noble última y creación del Espíritu Santo, que militas aquí en la tierra, al mismo tiempo que triunfas en el cielo.

¡Oh Pentecostés, día sagrado de nuestro nacimiento, tú abres con gloria la serie de siglos que recorrerá la Esposa de Cristo! Tú nos co-

municas el Espíritu de Dios que viene a escribir la ley que regirá a los discípulos de Jesús, no sobre la piedra, sino sobre los corazones. ¡Oh Pentecostés promulgado en Jerusalén!, pero qué pronto extenderás tus beneficios a los pueblos de la gentilidad, tú vienes a cumplir las esperanzas que despertó en nosotros el misterio de Epifanía. Los magos venían de Oriente y nosotros les seguimos a la cuna del Niño Jesús, pero sabíamos que también llegaría nuestro día. Tu gracia, Espíritu Santo, los había empujado hacia Belén; pero en este Pentecostés que proclama tu imperio con tanta energía, tú nos llamas a todos; la estrella se ha transformado en lenguas de fuego y la faz de la tierra se renovará. Haz que nuestro corazón conserve los dones que nos has traído, estos dones que nos han destinado el Padre y el Hijo que te enviaron.

El misterio de Pentecostés. — No es extraño que la Iglesia haya dado tanta importancia al misterio de Pentecostés como al de Pascua, dada la importancia de que goza en la economía del cristianismo. La Pascua es el rescate del hombre por la victoria de Cristo; en Pentecostés el Espíritu Santo toma posesión del hombre rescatado; la Ascensión es el misterio intermediario. Por una parte, consuma ésta el misterio de Pascua, constituyendo al Hombre-Dios vencedor de la muerte y cabeza de sus fieles, a la diestra de

Dios Padre; por otra, determina el envío del Espíritu Santo sobre la tierra.

Este envío no podía realizarse antes de la glorificación de Jesucristo, como nos dice San Juan [1], y numerosas razones alegadas por los Santos Padres nos ayudan a comprenderlo. El Hijo de quien, en unión con el Padre, procede el Espíritu Santo en la esencia divina, debía enviar personalmente también a este mismo Espíritu sobre la tierra. La misión exterior de una de las divinas personas no es más que la consecuencia y manifestación de la producción misteriosa y eterna que se efectúa en el seno de la divinidad. Así, pues, al Padre no le envían ni el Hijo ni el Espíritu Santo, porque no procede de ellos. Al Hijo le envía el Padre, porque éste le engendra desde la eternidad. El Padre y el Hijo envían al Espíritu Santo, porque éste procede de ambos. Pero, para que la misión del Espíritu Santo sirviese para dar mayor gloria al Hijo, no podía realizarse antes de la entronización del Verbo encarnado en la diestra de Dios; además era en extremo glorioso para la naturaleza humana que, en el momento de ejecutarse esta misión, estuviese indisolublemente unido a la naturaleza divina en la persona del Hijo de Dios, de modo que se pudiese decir con verdad que el Hombre-Dios envió al Espíritu Santo sobre la tierra.

[1] S. *Juan*, VII, 39.

No se debía dar esta augusta misión al Espíritu Santo hasta que no se hubiese ocultado a los ojos de los hombres la humanidad de Jesús. Como hemos dicho, era necesario que los ojos y el corazón de los fieles siguiesen al divino ausente con un amor más puro y totalmente espiritual. Ahora bien, ¿a quién sino al Espíritu Santo correspondía traer a los hombres este amor nuevo, puesto que es el lazo que une en un amor eterno al Padre y al Hijo? Este Espíritu que abraza y une se llama en las Sagradas Escrituras "el don de Dios"; éste es quien nos envían hoy el Padre y el Hijo. Recordemos lo que dijo Jesús a la Samaritana junto al pozo de Sicar: "Si conocieses el don Dios"[1]. Aún no había bajado, hasta entonces no se había manifestado más que por algunos dones parciales. A partir de este momento una inundación de fuego cubre toda la tierra: el Espíritu Santo anima todo, obra en todos los lugares. Nosotros conocemos el don de Dios; no tenemos más que aceptarle y abrirle las puertas de nuestro corazón para que penetre como en el corazón de los tres mil que se han convertido por el sermón de San Pedro.

Considerad en qué época del año viene el Espíritu Santo a tomar posesión de su reino. Hemos visto cómo el Sol de justicia se levantaba tímidamente de entre las tinieblas del solsticio

---

[1] *S. Juan*, IV, 10.

de invierno para llegar lentamente a su cenit. En un sublime contraste, el Espíritu del Padre y del Hijo busca otras armonías. Es fuego y fuego que consume; por eso aparece en el mundo cuando el sol brilla con todo su esplendor, cuando este astro contempla cubierta de flores y de frutos a la tierra que acaricia con sus rayos.

Acojamos el calor vivificante del Espíritu de Dios y pidámosle que su calor no se extinga en nosotros. En este momento del Año Litúrgico estamos en plena posesión de la verdad por el Verbo encarnado; procuremos conservar fielmente el amor que nos trae el Espíritu Santo.

LITURGIA DE PENTECOSTÉS. — Fundado sobre un pasado de cuatro mil años de figuras, el Pentecostés cristiano, el verdadero Pentecostés, es una de las fiestas que fundaron los mismos Apóstoles. Hemos visto cómo en la antigüedad, al igual de la Pascua, tenía el honor de conducir los catecúmenos a las fuentes bautismales. Su octava, como la de Pascua, no pasa del sábado por la misma razón. El bautismo se administraba en la noche del sábado al domingo, y para los neófitos comenzaba esta fiesta con la ceremonia del bautismo. Como los que eran bautizados en Pascua vestían túnicas blancas y las deponían el sábado siguiente, que se consideraba como el día octavo.

En la Edad Media se dió a la fiesta de Pentecostés el nombre de *Pascua de las rosas;* ya he-

mos visto cómo se puso el nombre de *Domingo de las rosas* a la dominica infraoctava de la Ascensión.

El color rojo de la rosa y su perfume recordaban a nuestros padres las lenguas de fuego que descendieron en el Cenáculo sobre los ciento veinte discípulos, como los pétalos deshojados de la rosa divina que derramaba el amor y la plenitud de la gracia sobre la Iglesia naciente.

Esto es lo que nos recuerda la Liturgia al escoger el color rojo durante toda su octava. Durando de Mende, en su *Racional* tan precioso para conocer los usos litúrgicos de aquel tiempo, nos dice que durante el siglo XIII en nuestras iglesias se soltaban algunas palomas durante la misa, las cuales revoloteaban sobre los fieles en recuerdo de la primera manifestación del Espíritu Santo en el Jordán, y además se arrojaban desde la bóveda estopa encendida y rosas en recuerdo de su segunda manifestación en el Cenáculo.

En Roma, la estación tenía lugar en la Basílica de San Pedro. Justo era que la Iglesia honrase al príncipe de los apóstoles, cuya elocuencia trajo a la Iglesia tres mil discípulos.

TERCIA

La Iglesia celebra hoy Tercia con solemnidad especial, con el fin de ponernos en comuni-

cación más íntima con los dichosos habitantes del Cenáculo. Incluso escogió esta hora para celebrar durante ella el santo sacrificio, al cual preside el Espíritu Santo con todo el poder de su operación. Esta hora, que corresponde a las nueve de la mañana según nuestro modo de contar, se caracteriza, además, por una invocación al Espíritu Santo formulada en el Himno de San Ambrosio; pero hoy no es el Himno ordinario el que dirige la Iglesia al Paráclito. Es el cántico *Veni Creator* que nos ha legado el siglo IX y que compuso, según la tradicción, el mismo Carlomagno.

El pensamiento de enriquecer el oficio de Tercia en el día de Pentecostés pertenece a San Hugo, abad de Cluny, que vivió en el siglo XI; práctica que incluso la Iglesia romana la ha aceptado en su Liturgia. De aquí viene que, aun en las iglesias en las cuales no se celebra el oficio canónico, se canta al menos el *Veni Creator* antes de la misa de Pentecostés.

En esta hora tan solemne se recoge el pueblo fiel entre los acordes inspirados de este himno tan tierno al mismo tiempo que impresionante; adora y llama al Espíritu de Dios. En este momento, se cierne sobre todos los templos cristianos y desciende sobre el corazón de aquellos que le esperan con fervor. Digámosle que necesitamos de su presencia, y pidámosle que permanezca en nuestro corazón para no alejarse jamás de él. Mostrémosle nuestra alma sellada

con su carácter indeleble en el Bautismo y Confirmación; roguémosle que cuide de su obra. Somos suyos. Dígnese El hacer en nosotros lo que le pedimos, pero que nuestros labios lo digan con sinceridad, y acordémonos que para recibir y conservar el Espíritu de Dios hay que renunciar al mundo, porque Jesús ha dicho: "No podéis servir a dos señores" [1].

MISA

Ha llegado el momento de celebrar el santo Sacrificio. La Iglesia, llena del Espíritu Santo, va a pagar el tributo de su agradecimiento, ofreciendo la víctima que nos ha merecido tal don por su inmolación. El introito resuena con un esplendor y una melodía sin par. Raras veces se eleva el canto gregoriano a tal entusiasmo. Las palabras contienen un oráculo del libro de la Sabiduría que se cumple hoy en nosotros. Es el Espíritu que se derrama sobre la tierra y que da a los Apóstoles el don de lenguas como prenda inequívoca de su presencia.

INTROITO

El Espíritu del Señor llenó el orbe de las tierras, aleluya: y, el que lo contiene todo, tiene la ciencia de la voz, aleluya, aleluya, aleluya. — *Salmo:* Levántese Dios, y sean disipados sus enemigos: y huyan, los que le odiaron, de su presencia. ℣. Gloria al Padre.

---

[1] *S. Math.*, VI, 24.

La colecta expresa nuestros deseos en tan gran día. Nos advierte, además, que dos son los dones principales que nos trae el Espíritu Santo: el gusto por las cosas de Dios y el consuelo del corazón; pidamos que ambos permanezcan en nuestro corazón para que seamos perfectos cristianos.

COLECTA

Oh Dios, que en este día intruiste los corazones de los fieles con la ilustración del Espíritu Santo: haz que saboreemos en el mismo Espíritu las cosas rectas, y que nos alegremos siempre de su consuelo. Por el Señor.. en la unidad del mismo Espíritu Santo.

EPISTOLA

Lección de los Hechos de los Apóstoles.

Al cumplirse los días de Pentecostés, estaban todos los discípulos juntos en el mismo lugar: y vino de pronto un ruido del cielo, como de viento impetuoso: y llenó toda la casa donde estaban sentados. Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, y se sentó sobre cada uno de ellos: y fueron todos llenados del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en varias lenguas, como el Espíritu les hacía hablar. Y había entonces en Jerusalén judíos, varones religiosos, de todas las naciones que hay bajo el cielo. Y, corrida la nueva, se juntó la multitud, y se quedó confusa, porque cada cual les oía hablar en su lengua. Y se pasmaban todos, y se admiraban, diciendo: ¿No son acaso galileos todos estos que hablan? ¿Y cómo es que cada uno de nosotros les oímos en la lengua en que hemos nacido? Partos, y Medos, y Elamitas, y los que habitan en Mesopotamia, en Judea y en Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia, y en Panfilia, en Egipto y en las regio-

nes de la Libia, que está junto a Cirene, y los extranjeros Romanos, y también los Judíos, y los Prosélitos, los Cretenses, y los Arabes: todos les hemos oído hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios.

LOS GRANDES SUCESOS DE LA HISTORIA. — Cuatro grandes sucesos señalan la existencia del linaje humano sobre la tierra, y los cuatro dan testimonio de la bondad de Dios para con nosotros. *El primero es la creación del hombre y su elevación al estado sobrenatural*, que le asigna por fin último la clara visión de Dios y su posesión eterna. *El segundo es la encarnación del Verbo*, que, al unir la naturaleza humana a la divina en la persona de Cristo, la eleva a la participación de la naturaleza divina, y nos proporciona, además, la víctima necesaria para rescatar a Adán y su descendencia de su prevaricación. *El tercer suceso es la venida del Espíritu Santo*, cuyo aniversario celebramos hoy. Finalmente, *el cuarto es la segunda venida del Hijo de Dios*, que vendrá a librar a la Iglesia su Esposa y la conducirá con El al cielo para celebrar las nupcias sin fin. Estas cuatro operaciones de Dios, de las cuales la última aún no se ha cumplido, son la clave de la historia humana; nada hay fuera de ellas; pero el hombre animal no las ve ni piensa en ellas. "La luz brilló en medio de las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron" [1].

---

[1] *S. Juan*, I, 5.

Bendito sea, pues, el Dios de misericordia que se dignó "llamarnos de las tinieblas a la admirable luz de la fe" [1]. Nos ha hecho hijos de esta generación "que no es de la carne y de la sangre ni de la voluntad del hombre, sino de la voluntad de Dios" [2]. Por esta gracia, he aquí que hoy estamos atentos a la tercera de las operaciones de Dios sobre el mundo, la venida del Espíritu Santo, y hemos oído el emocionante relato de su venida. Esta tempestad misteriosa, estas lenguas, este fuego, esta sagrada embriaguez nos transporta a los designios celestiales y exclamamos: "¿Tanto ha amado Dios al mundo?" Nos lo dijo Jesús mientras estaba sobre la tierra: "Sí, ciertamente, tanto amó Dios al mundo que le dió su unigénito Hijo." Hoy tenemos que completar y decir: "Tanto han amado el Padre y el Hijo al mundo, que le han dado su Espíritu divino." Aceptemos este don y consideremos qué es el hombre. El racionalismo y el naturalismo quieren engrandecerle esforzándose en colocarle bajo el yugo del orgullo y de la sensualidad; la fe cristiana nos exige la humildad y la renuncia; pero en pago de ello Dios se da a nosotros.

El primer verso aleluyático está compuesto por las palabras de David, en las cuales se manifiesta el Espíritu Santo como autor de una creación nueva, como el renovador de la tierra.

---

[1] *I S. Petr.*, II, 9.
[2] *S. Juan*, I, 13.

El segundo es una oración por la cual la Iglesia pide que el Espíritu Santo descienda sobre sus hijos. Se reza siempre de rodillas.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. ℣. Envía tu Espíritu, y serán creados, y renovarás la faz de la tierra.

Aleluya. (Aquí se arrodilla.) ℣. Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles: y enciende en ellos el fuego de tu amor.

Sigue la secuencia, una pieza llena de entusiasmo a la vez que de ternura para el que viene eternamente con el Padre y con el Hijo y que establecerá su reino en nuestros corazones. Es de finales del siglo XIII y se atribuye con bastante probabilidad a Inocencio III.

SECUENCIA

1. Ven, Espíritu Santo,
Y envía desde el cielo
Un rayo de tu luz.
2. Ven, Padre de los pobres,
Ven, dador de los dones,
Ven, luz de los corazones.
3. Optimo Consolador,
Dulce huésped del alma,
Dulce refrigerio nuestro.
4. Descanso en el trabajo,
Frescura en el estío,
En el llanto solaz.
5. ¡Oh felicísima Luz!
Llena lo más escondido.
Del corazón de tus fieles.

6. Sin tu santa inspiración,
Nada hay dentro del hombre,
Nada hay que sea puro.
7. Lava lo que está sucio,
Riega lo que está seco,
Sana lo que está herido.
8. Doma lo que es rígido,
Templa lo que está frío,
Rige lo que se ha extraviado.
9. Concede a todos tus fieles,
Que sólo en ti confían,
Tu sagrado Septenario.
10. Da de la virtud el mérito,
Da un término dichoso,
Y da el perenne gozo.
Amén. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Si alguien me ama, observará mis palabras, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos nuestra morada cerca de él: el que no me ama, no observa mis palabras. Y, las palabras que habéis oído, no son mías, sino de Aquel que me envió, del Padre. Os he dicho esto, permaneciendo a vuestro lado. Mas el Espíritu Santo Paráclito, que enviará el Padre en nombre mío, os enseñará todo, y os sugerirá todo lo que yo os he dicho. La paz os dejo, mi paz os doy: no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón, ni se asuste. Ya me habéis oído deciros: Voy, y vuelvo a vosotros. Si me amarais, os alegraríais ciertamente porque voy al Padre: porque el Padre es mayor que yo. Y os lo he dicho ahora, antes de que suceda: para que, cuando hubiere sucedido, creáis. Ya no hablaré mucho con vosotros.

Porque viene el príncipe de este mundo, y no tiene nada en mí. Mas es para que conozca el mundo que amo al Padre, y, como me lo mandó el Padre, así obro.

La habitación de la Trinidad en nuestra alma. — La venida del Espíritu Santo no interesa solamente al género humano como tal, sino que *todos y cada uno de sus individuos está llamado a recibir esta visita,* que en el día de hoy "renueva la faz de la tierra"[1].

El designio misericordioso de Dios es hacer una alianza individual con todos nosotros. Jesús sólo pide de nosotros una cosa: quiere que le amemos y que guardemos su palabra. Con tal condición, El nos promete que su Padre nos amará y vendrá con El a habitar en nosotros. Pero no es esto todo. Nos anuncia, además, la venida del Espíritu Santo, el cual, por su presencia, completará la habitación de Dios en nosotros. La augusta Trinidad hará como otro cielo de esta pobre morada, esperando que seamos transportados después de esta vida a la mansión, en la cual podamos contemplar a nuestro huésped divino, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que tanto han amado a esta creatura humana.

El Espíritu Santo, don del Padre y del Hijo. Jesús nos enseña más en este pasaje, sacado del discurso que pronunció a sus discípulos después de la Cena, que el Espíritu Santo que des-

[1] *Ps.,* CIII, 30.

ciende hoy sobre nosotros es un don del Padre, pero del Padre "en nombre del Hijo"; del mismo modo que en otro lugar dice Jesucristo que "El es quien enviará al Espíritu Santo" [1]. Estos modos diferentes de expresión muestran la relación que hay entre las dos primeras personas de la Santísima Trinidad y el Espíritu Santo. Este Espíritu divino es del Padre, pero también del Hijo. El Padre le envía, pero también el Hijo le envía, porque procede de ambos como de un solo principio.

En este día de Pentecostés, nuestro agradecimiento lo mismo se ha de dirigir al Padre que al Hijo; porque el don que nos viene del cielo nos viene de ambos. Desde la eternidad engendró el Padre al Hijo, y cuando llegó la plenitud de los siglos le envió al mundo como su mediador y salvador. Desde la eternidad el Padre y el Hijo produjeron al Espíritu Santo y en la hora señalada le enviaron a la tierra para ser entre los hombres el principio de amor como lo es entre el Padre y el Hijo. Jesús nos dice que la misión del Espíritu es posterior a la del Hijo, porque convenía que los hombres fuesen iniciados en la verdad por El, que es la Sabiduría. En efecto, no habrían podido amar a quien no conocían. Pero cuando Jesús, consumada su obra y su humanidad se sentó a la diestra de Dios Padre, en unión con el Padre envía al Espíritu

[1] *S. Juan*, XV, 26.

divino para conservar en nosotros esta palabra que es "espíritu y vida" [1] y preparación del amor.

El ofertorio está tomado del salmo LXII, en el cual David profetiza la venida del Espíritu Santo para confirmar la obra de Jesús. El Cenáculo extingue todos los resplandores del templo de Jerusalén: en adelante no habrá más que Iglesia católica que no tardará en recibir en su seno a los reyes y a los pueblos.

OFERTORIO

Confirma, oh Dios, esto que has obrado en nosotros: en tu templo, que está en Jerusalén, te ofrecerán dones los reyes, aleluya.

En presencia de los dones que va a ofrecer y que descansan sobre el altar, la Iglesia pide en la Secreta que la venida del Espíritu Santo sea para los fieles un fuego que limpie sus manchas y una luz que ilumine su espíritu con entendimiento más perfecto de las enseñanzas del Hijo de Dios.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, santifiques los dones ofrecidos: y purifica nuestros corazones con la iluminación del Espíritu Santo. Por el Señor... en la unidad del mismo Espíritu Santo.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que, siempre y en todo lugar, te demos gracias

[1] *S. Juan*, VI, 64.

a ti. Señor santo. Padre omnipotente, eterno Dios: por Cristo, nuestro Señor. El cual, ascendiendo sobre todos los cielos, y sentándose a tu derecha, derramó *(este día)* sobre los hijos de adopción el Espíritu Santo prometido. Por lo cual, todo el mundo, esparcido por el orbe de las tierras, se alegra con profuso gozo. Y también las celestiales Virtudes, y las angélicas Potestades, cantan el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!

La antífona de la comunión celebra el momento de la venida del Espíritu Santo. Jesús se ha dado a sus fieles como alimento en la Eucaristía, pero el Espíritu les ha preparado tal favor, y ha cambiado el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de la sagrada víctima. El también les ayudará a conservar en ellos el alimento que guarda las almas para la vida eterna.

COMUNION

Vino de pronto un ruido del cielo, como de viento impetuoso, donde estaban sentados, aleluya: y fueron todos llenados del Espíritu Santo, hablando las maravillas de Dios, aleluya, aleluya.

Ahora que la Iglesia posee a su divino Esposo, le pide en la poscomunión que el Espíritu Santo permanezca en el alma de sus fieles, y al mismo tiempo nos revela una de las prerrogativas del Espíritu Santo, quien, encontrando áridas e incapaces de fructificar a nuestras almas, se transforma en rocío para fecundarlas.

POSCOMUNION

Haz, Señor, que la infusión del Espíritu Santo purifique nuestros corazones y los fecunde con la íntima aspersión de su rocío. Por el Señor... en la unidad del mismo Espíritu Santo.

POR LA TARDE

INAUGURACION DE LOS SACRAMENTOS

El gran día avanza en su carrera, y llenos del Espíritu Santo, como lo hemos sido en la hora de Tercia, no podemos hacernos extraños a los sucesos de Jerusalén. El fuego que inundaba el corazón de los Apóstoles se ha comunicado a la muchedumbre.

El pesar de haber crucificado al "Señor de la gloria" [1] ha domado el orgullo de estos judíos que acompañaron a Jesús en el camino del dolor, insultándole y maldiciéndole. ¿Qué les falta para ser cristianos? Conocer y creer, después ser bautizados. De en medio del torbellino del Espíritu Santo que les rodea, resuena la voz de Pedro y de sus hermanos: "El que fué crucificado y que resucitó de entre los muertos es el propio Hijo de Dios engendrado eternamente del Padre; el Espíritu que se manifiesta en este momento es la tercera persona de la única y divina esencia." El misterio de la Trinidad, de

[1] *I Cor.*, II, 8.

la Encarnación, de la Resurrección, resplandece ante los ojos de estos discípulos de Moisés; las sombras desaparecen para dar lugar al día clarísimo de la nueva alianza.

Ya ha llegado el día en que se cumpla la predicción de San Juan Bautista pronunciada a las orillas del Jordán y de la cual muchos se acuerdan: "Entre vosotros hay uno a quien vosotros no conocéis, de quien no soy digno de desatar la correa de su sandalia. Yo os bautizo en agua, El os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego" [1].

Con todo eso, este bautismo de fuego debe administrarse por el agua. El Espíritu, que es fuego, obra por el agua, pues él mismo se ha llamado "fuente de agua viva". El profeta Ezequiel había saludado de lejos este momento solemne cuando expresaba de este modo el oráculo divino: "He aquí que derramaré sobre vosotros agua pura y os limpiaré todas vuestras manchas y seréis purificados de todos vuestros ídolos. Y os daré un corazón nuevo y pondré en medio de vosotros un nuevo espíritu. Y quitaré de vuestro pecho ese corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Colocaré mi espíritu en medio de vosotros, y os haré ir por la senda de mis mandamientos, y vosotros guardaréis mi ley; y seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios" [2].

---

[1] *S. Juan*, I, 26.
[2] *Ezequiel*, XXXVI, 25-28.

El Bautismo.—La profecía era manifiesta y la hora en la cual venía el Espíritu era la misma en la que el agua iba a manar. Hemos visto en Epifanía cómo este elemento sobre el cual se cernía el Espíritu divino al principio del mundo recibe contacto con la carne del Hijo de Dios y cómo la paloma une su acción santificante a la del Hijo de Dios. Después hemos visto cómo la mano del Pontífice introducía en la fuente bautismal el sábado santo un cirio encendido, figura de Cristo, y oímos esta oración: "Descienda sobre esta fuente el poder y la gracia del Espíritu Santo." Hoy la fuente purificadora extiende sus aguas sobre Jerusalén; la mano de Pedro y sus hermanos sumergen en este elemento sagrado a los hijos de Israel y tres mil son regenerados en estas aguas y hechos cristianos. ¡Qué hermosos son estos nuestros padres en la fe, en quienes veneramos las primicias del cristianismo! Más hermosos que los tres Magos que vimos bajar gozosos de sus camellos y penetrar en el establo para depositar a los pies del Rey de los judíos las místicas ofrendas de Oriente. Ahora se cumplen todos los misterios; nosotros hemos sido redimidos, Jesús está sentado a la diestra del Padre, el Espíritu Santo enviado por El acaba de llegar para quedarse con nosotros hasta el fin de los siglos. He aquí porqué se abren las fuentes de los Sacramentos. En este momento el Espíritu del Padre y del Hijo ha levantado el primero de los sellos y el

agua bautismal corre abundante para no cesar hasta que haya regenerado al último de los cristianos que pase por la tierra.

La Confirmación. — El Espíritu divino es el "don del Altísimo"; los Apóstoles poseen este don; pero no lo deben retener sólo para ellos. Se abre otro sello y la Confirmación comunica a los neófitos el Espíritu Santo que ha bajado al Cenáculo. Por el poder que les ha sido dado, Pedro y sus hermanos, pontífices de la nueva alianza, comunican a estos hombres, por medio del Espíritu Santo, la fortaleza que necesitarán para confesar a Jesús, cuyos miembros serán para siempre.

La Misa y la Eucaristía. — Pero los recién nacidos a la gracia no están divinizados bastante, aunque están ya marcados con un doble carácter; les falta recibir a Cristo, que instituyó los sacramentos, mediador y redentor que ha unido Dios a los hombres. Tiene que levantarse un tercer sello, para que, actuando el nuevo sacerdocio por vez primera por los Apóstoles, produzca a Jesús, Pan de vida, para que esta multitud hambrienta guste de este maná, que alimenta no sólo el cuerpo como el del desierto, "sino que da la vida al mundo"[1]. El Cenáculo, perfumado aún con el recuerdo de

[1] *S. Juan*, VI. 33.

lo que hizo Cristo la víspera de su Pasión, vuelve a presenciar el prodigio de que fué testigo. Rodeado de sus hermanos, Pedro pronuncia las palabras divinas que aún no habían pronunciado sus labios, y el Espíritu de amor produce entre sus manos el cuerpo y la sangre de Cristo. Se ha inaugurado el nuevo Sacrificio, que no cesará de ofrecerse todos los días hasta el fin del mundo. Los neófitos se acercan para recibir de manos de los Apóstoles el sagrado alimento que consuma su unión con Dios, por medio de Jesús pontífice eterno según el orden de Melquisedec.

MARÍA EN EL CENÁCULO. — Pero no olvidemos que, en este primer sacrificio ofrecido por Pedro asistido por sus compañeros en el apostolado, también participa María de esta carne sagrada que ha tomado el ser en su seno virginal. Abrasada por el fuego del Espíritu Santo que había venido a confirmar en ella la maternidad para con los hombres que Jesús la había confiado en la cruz, se une en el misterio de amor a su Hijo amado que se ha ido al cielo y la ha encargado el cuidado de la Iglesia naciente. En adelante le recibirá todos los días hasta que también ella vaya al cielo para gozar eternamente de su vista, prodigarle sus caricias y recibir las suyas.

Qué dicha la de los neófitos que merecieron acercarse a tal reina, la Virgen Madre, a quien había sido dado el llevar en su seno castísimo al que era la esperanza de Israel. Contemplaron el

rostro de la nueva Eva, oyeron su voz y experimentaron la confianza filial que inspira a los discípulos de Jesús. En otra época nos hablará la Iglesia de estos afortunados neófitos; no hacemos aquí más que recordar su dicha para demostrar cuán grande fué este día que vió el comienzo de la Iglesia. La jerarquía eclesiástica queda constituída en Pedro, Vicario de Cristo, en los Apóstoles y demás discípulos escogidos por Jesús. La semilla de la palabra divina fué echada en buena tierra, el agua bautismal regeneró lo más escogido de Israel, el Espíritu se les comunicó con su fortaleza, el Verbo les alimentó con su carne, que es verdadera comida, y con su sangre, que es verdadera bebida [1], y María les recibió en sus brazos maternales cuando acababan de nacer.

LOS DONES DEL ESPIRITU SANTO

Debemos exponer durante toda esta semana las diversas operaciones del Espíritu Santo en la Iglesia y en el alma fiel; pero es preciso anticipar desde hoy las enseñanzas que hemos de presentar. Siete días se nos han dado para estudiar y conocer el Don Supremo que el Padre y el Hijo han querido enviarnos, y el Espíritu que procede de ambos se manifiesta de

[1] *S. Juan,* VI, 56.

siete formas a las almas. Es, pues, justo que cada uno de los días de esta semana esté consagrado a honrar y recoger este septenario de beneficios, por el que deben realizarse nuestra salvación y nuestra santificación.

Los siete dones del Espíritu Santo son siete energías que se digna depositar en nuestras almas, cuando se introduce en ellas por la gracia santificante. Las gracias actuales ponen en movimiento simultánea o separadamente estos poderes divinamente infundidos en nosotros, y el bien sobrenatural y meritorio de la vida eterna es producido con el consentimiento de nuestra voluntad.

El profeta Isaías, guiado por inspiración divina, nos ha dado a conocer estos siete Dones en aquel pasaje en que, al describir la acción del Espíritu Santo sobre el alma del Hijo de Dios hecho hombre, al cual nos lo representa como la flor salida del tallo virginal que nace del tronco de Jessé, nos dice: "Sobre él descansará el Espíritu del Señor, el Espíritu de Sabiduría y de Entendimiento, el de Consejo y el de Fortaleza, el Espíritu de Ciencia y de Piedad; le llenará el Espíritu de Temor de Dios"[1]. Nada más misterioso que estas palabras; pero se prevé que lo que estas palabras expresan no es una simple enumeración de los caracteres del Espíritu divino, sino más bien la descripción de los efectos

[1] *Isaías*, XI, 2-3.

que realiza en el alma humana. Así lo ha entendido la tradición cristiana expuesta en los escritos de los antiguos Padres y formulada por la Teología.

La sagrada humanidad del Hijo de Dios encarnado es el tipo sobrenatural de la nuestra, y lo que el Espíritu Santo obró en ella para santificarla debe en proporción tener lugar en nosotros. Puso en el Hijo de María las siete energías que describe el Profeta; los mismos dones están reservados al hombre regenerado. Se debe notar la progresión que se manifiesta en su serie. Isaías puso primero el Espíritu de Sabiduría, y concluye con el Temor de Dios. La Sabiduría es, en efecto, como veremos, la más alta de las prerrogativas a que puede estar elevada el alma humana, mientras que el Temor de Dios, según la profunda expresión del Salmista, no es más que el principio y el bosquejo de esta divina cualidad. Se entiende fácilmente que el alma de Jesús destinada a contraer la unión personal con el Verbo haya sido tratada con dignidad particular, de suerte que el don de Sabiduría tuvo que ser infundido en ella de una manera primordial, y que el Don de Temor de Dios, cualidad necesaria a una naturaleza creada, fué puesto en ella como un complemento. Para nosotros, al contrario, frágiles e inconstantes, el Temor de Dios es la base de todo el edificio, y por él nos elevamos de grado en grado hasta esta Sabiduría que une con Dios. En

orden inverso al que Isaías puso para el Hijo de Dios encarnado, el hombre sube a la perfección mediante los Dones del Espíritu Santo que le fueron dados en el Bautismo, y restituídos en el sacramento de la reconciliación, si tuvo la desgracia de perder la gracia santificante por el pecado mortal.

Admiremos con profundo respeto el augusto septenario que se halla impreso en toda la obra de nuestra salvación y de nuestra santificación. Siete virtudes hacen al alma agradable a Dios; por los siete Dones, el Espíritu Santo la encamina a su fin; siete Sacramentos la comunican los frutos de la encarnación y de la redención de Jesucristo; finalmente, después de las siete semanas de Pascua, el Espíritu es enviado a la tierra para establecer y consolidar en ella el reino de Dios. No nos admiremos de que Satanás haya tratado de parodiar sacrílegamente la obra divina, oponiendo el horroroso septenario de los pecados capitales, por los cuales procura perder al hombre que Dios quiere salvar.

EL DON DE TEMOR

En nosotros, el obstáculo para el bien es el orgullo. Este nos lleva a resistir a Dios, a poner el fin en nosotros mismos; en una palabra, a perdernos. Solamente la humildad puede librarnos de peligro tan grande. ¿Quién nos dará la

humildad?: el Espíritu Santo, al derramar en nosotros el Don de Temor de Dios.

Este sentimiento se asienta en la idea que la fe nos sugiere sobre la majestad de Dios, en cuya presencia somos nada, sobre su santidad infinita ante la cual somos indignidad y miseria, sobre el juicio soberanamente equitativo que debe ejercer sobre nosotros al salir de esta vida y el riesgo de una caída siempre posible, si faltamos a la gracia que nunca nos falta, pero a la cual podemos resistir.

La salvación del hombre se obra, pues, "en el temor y en el miedo", como enseña el Apóstol [1], pero este temor, que es un don del Espíritu Santo, no es un sentimiento vil que se limitaría a arrojarnos en el espantoso pensamiento de los castigos eternos. Nos mantiene en la compunción del corazón, aun cuando nuestros pecados fuesen perdonados hace mucho; nos impide olvidar que somos pecadores, que todo lo debemos a la misericordia divina y que sólo somos salvos en esperanza [2].

Este temor de Dios no es un temor servil; es, por el contrario, la fuente de los más delicados sentimientos. Puede unirse con el amor, porque es un sentimiento filial que detesta el pecado a causa del ultraje hecho a Dios. Inspirado por el respeto a la majestad divina, por el sen-

[1] *Philip.*, II, 12.
[2] *Rom.*, VIII, 24.

timiento de su santidad infinita pone a la criatura en su verdadero lugar, y San Pablo nos enseña que, purificado de este modo, contribuye "a completar la santificación"[1]. Así oímos a este gran Apóstol, que había sido arrebatado hasta el tercer cielo, confesar que es riguroso consigo mismo "para no ser condenado"[2].

El espíritu de independencia y de falsa libertad que reina actualmente hace poco común el temor de Dios, y esa es la plaga de nuestros tiempos. La familiaridad con Dios reemplaza a menudo a esta disposición fundamental de la vida cristiana, y desde entonces todo progreso se detiene, la ilusión se introduce en el alma y los Sacramentos, que en el momento del retorno hacia Dios habían obrado con tanto poder, se hacen estériles. Es que el Don de Temor de Dios se ha sofocado con la vana complacencia del alma en sí misma. La humildad se ha extinguido; un orgullo secreto y universal ha paralizado los movimientos de esta alma. Llega, sin saberlo, a no conocer a Dios, por el hecho mismo de que no tiembla en su presencia.

Conserva en nosotros, Espíritu divino, el Don de Temor de Dios que nos otorgaste en el bautismo. Este temor asegurará nuestra perseverancia en el fin, deteniendo los progresos del

---

[1] *II Cor.*, VII, 1.
[2] *I Cor.*, IX, 27.

espíritu del orgullo. Sea como un dardo que atraviese nuestra alma de parte a parte, y quede siempre fijo en ella como nuestra salvaguardia. Abata nuestra soberbia y nos preserve de la molicie, revelándonos sin cesar la grandeza y la santidad del que nos ha creado y nos tiene que juzgar.

Sabemos, Espíritu divino, que este feliz temor no ahoga el amor; antes retira los obstáculos que impedirían su desarrollo. Las Virtudes celestiales ven y aman al soberano Bien con ardor, están embriagadas de él por toda la eternidad; con todo eso, tiemblan ante su tremenda majestad, *tremunt Potestates*. ¡Y nosotros, cubiertos de las cicatrices del pecado, llenos de imperfección, expuestos a mil ardides, obligados a luchar con tantos enemigos, no hemos de sentir que es necesario estimular por un temor fuerte y filial al mismo tiempo, nuestra voluntad que se duerme tan fácilmente, nuestro espíritu al que rodean tantas tinieblas!, preserva en nosotros tu obra, divino Espíritu, el precioso don que te has dignado hacernos; enséñanos a conciliar la paz y la alegría del corazón con el temor de Dios, según la advertencia del Salmista: "Servid al Señor con temor, y os estremeceréis de gozo temblando delante de él"[1].

---

[1] *Ps.*, II, 11.

LUNES DE PENTECOSTES

EL ESPIRITU SANTO Y LA CONVERSION DEL MUNDO

El Espíritu Santo tomó ayer posesión del mundo, y sus comienzos en la misión que había recibido del Padre y del Hijo anunciaron su poder, y preludiaron con ostentación sus futuras conquistas. Vamos a seguir su camino y sus acciones sobre la tierra que le fué confiada; la sucesión de los días de Octava tan solemne nos permitirá señalar una tras otra sus obras en la Iglesia y en las almas.

Israel y la Gentilidad.— Jesús es el Rey del mundo; recibió de su Padre las naciones en herencia. El mismo nos declaró que "le ha sido otorgado todo [1] poder en el cielo y en la tierra" [2]. Pero subió al cielo antes de establecerse su imperio en este mundo. El pueblo de Israel a quien hizo escuchar su palabra, a cuyos ojos realizó los prodigios que atestiguaban su misión, le despreció y dejó de ser su pueblo [3]. Sólo algunos de sus miembros le recibieron y le recibirán todavía; pero la masa de Israel suscribe la exclamación sacrílega de sus pontífices: "No queremos que reine sobre nosotros" [4].

---

[1] *Ps.*, II, 8.
[2] *S. Mat.*, XXVIII, 18.
[3] *Dan.*, IX, 26.
[4] *S. Lucas*, XIX, 14.

La gentilidad está también tan alejada de recibir al hijo de María por su señor. Desconoce su persona, su doctrina y su misión. Las antiguas tradiciones de la religión primitiva se han borrado gradualmente. El culto de la materia ha invadido tanto al mundo civilizado como al mundo bárbaro, y se ha prodigado adoración a toda criatura. La moral está alterada hasta en sus fuentes más sagradas y más inviolables. La razón se ha oscurecido en esta minoría imperceptible que se gloría del nombre de filósofos; "se desvanecieron sus pensamientos y se oscureció su insensato corazón"[1]. Las razas humanas emigradas se han mezclado sucesivamente por la conquista. Tantos transtornos sólo dejaron en los pueblos la idea de la fuerza, y el colosal imperio romano del César cae con todo su peso sobre la tierra. Es el momento que el Padre celestial escogió para enviar a su Hijo a este mundo. No hay lugar para un rey de las inteligencias y de los corazones; con todo eso, es necesario que Jesús reine sobre los hombres y que su reino sea recibido.

El Príncipe de este mundo. — Entretanto, se ha presentado otro señor y los pueblos le acogieron. Es Satanás, y su imperio se ha establecido con tanto poder, que Jesús mismo le llama el *Príncipe de este mundo*. Es menester "echar-

---

1 *Rom.*, I, 21.

le fuera"[1]; se trata de arrojarle de sus templos, de expulsarle de las costumbres, del pensamiento, de la literatura, de las artes, de la política; porque todo lo posee. No es sólo la humanidad depravada quien resiste; es el *fuerte armado*[2] quien la guarda como su dominio y que no cederá ante una fuerza creada.

Todo está, pues, contra el reino de Cristo, y nada a su favor. ¿Qué sirve a la impiedad moderna decir, contra la evidencia de los hechos, que el mundo estaba preparado a una tan completa revolución? ¡Como si todos los vicios y todos los errores fuesen una preparación a todas las virtudes y a todas las verdades!; ¡como si bastase al hombre vicioso sentir la miseria, para comprender que su desgracia viene de que está en el mal y resolverse a ser de repente, y a costa de todos los sacrificios, un héroe de virtud!

No, para que Jesús reinase sobre este mundo perverso era necesario un milagro y el mayor de todos, un prodigio que, como dijo Bossuet, no tiene término de comparación más que con el acto creador que hizo salir los seres de la nada. Además, este prodigio, ¿quién lo ha hecho sino el Espíritu Santo? Fué él quien quiso que nosotros, que no vimos a Nuestro Señor Jesucristo, estuviésemos tan seguros de su naturaleza divina y de su misión de Salvador, como si hubiése-

[1] S. *Juan*, XII, 31.
[2] S. *Lucas*, XI, 21.

mos sido testigos de sus milagros y oyentes de sus enseñanzas. Con este fin ha obrado este prodigio de los prodigios, esta conversión del mundo, en la que "Dios escogió lo que era más débil en el mundo para hacerlo fuerte, lo que no es nada para destruir lo que es" [1]. En este hecho inmenso y más luminoso que el sol, el Espíritu Santo ha hecho visible su presencia y se ha dado testimonio de sí mismo.

ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO SOBRE LOS APÓSTOLES. — Veamos de qué medio se ha servido para asegurar el reino de Jesús sobre el mundo. Volvamos de nuevo al Cenáculo. Considera a estos hombres revestidos ahora de la virtud de lo alto. ¿Qué eran ha poco? Gente sin influencia, de condición baja, sin letras, de una debilidad conocida. ¿No es verdad que el Espíritu Santo hizo de ellos en seguida hombres elocuentes y del más alto valor, hombres a los que el mundo conocerá pronto y que obtendrán sobre él una victoria ante la cual palidecerán de los más gloriosos conquistadores? También es menester que la incredulidad lo confiese, el hecho es demasiado evidente: el mundo se ha transformado, y esta transformación es la obra de estos pobres judíos del Cenáculo. Recibieron el Espíritu Santo el día de Pentecostés y este Espíritu Santo cumplió en ellos lo que tenía que hacer.

[1] *I Cor.*, I, 27.

Les ha dado tres cosas ese día: *la palabra figurada por las lenguas, el ardor del amor representado por el fuego y el don de los milagros* que ejercen al punto. La palabra es la espada de que están armados, el amor es el alimento del valor que les hará desafiarlo todo y por el milagro atraerán la atención de los hombres. Tales son los medios ante los cuales el Príncipe del mundo será obligado a capitular, por los que el reino del Emmanuel se establecerá en su dominio, y todos estos medios proceden del Espíritu Santo.

... SOBRE TODOS LOS HOMBRES. —Pero no limita allí su acción. No basta que los hombres oigan resonar la palabra, que admiren el valor, que vean los prodigios. No basta que vean el esplendor de la verdad, que sientan la belleza de la virtud y reconozcan la vergüenza y el crimen de su situación. Para llegar a la conversión del corazón, para reconocer un Dios en este Jesús, que se les va a predicar, para amarle y ofrecerse a él en el bautismo y hasta el mismo martirio, es necesario que el Espíritu Santo intervenga. El solo, como dice el Profeta, puede quitar de su pecho el corazón de piedra y sustituirle por un corazón de carne capaz de experimentar el sentimiento sobrenatural de la fe y del amor. El Espíritu divino acompañará siempre a sus enviados; para ellos la acción visible, para él la acción invisible, y la salvación del hombre re-

sultará de esta colaboración. Será necesario que ambas acciones se ejerzan sobre cada individuo, que la libertad de cada uno acepte y se entregue a la predicación exterior del apóstol y a la moción interior del Espíritu. Ciertamente es una gran obra llevar a la raza humana a confesar a Jesús por su rey y señor; la voluntad perversa se resistirá mucho tiempo; pero, pasados tres siglos, el mundo civilizado se pondrá bajo la cruz del Redentor.

La conversión de los judíos. — Era justo que el Espíritu Santo y sus enviados se dirigiesen primero al pueblo de Dios. Este pueblo "había recibido en depósito los oráculos divinos"[1]. Había suministrado la sangre de la redención. Jesús había declarado que era enviado "a las ovejas perdidas de la casa de Israel"[2]. Pedro, su vicario, debía heredar la gloria de ser el Apóstol del pueblo circuncidado, aunque la gentilidad, en la persona de Cornelio el Centurión, debía ser por él introducida en la Iglesia, y la emancipación de los gentiles bautizados proclamada por él en la asamblea de Jerusalén. Pero el honor se debía en primer lugar a la familia de Abraham, de Isaac y de Jacob; por eso, el primer Pentecostés es judío, porque nuestros primeros antepasados en este día son judíos. El Espí-

[1] *Rom.*, III, 2.
[2] *S. Mat.*, XV, 24.

ritu Santo reparte primero sus dones a la raza de Israel.

Ved partir ahora de Jerusalén a estos judíos que han recibido la palabra, y cuyo bautismo ha hecho verdaderos hijos de Abraham. Terminada la solemnidad, vuelven a las provincias de la gentilidad que habitan, llevando en sus corazones a Jesús, a quien han reconocido por el Mesías rey y salvador. Saludemos estas primicias de la Iglesia, a estos trofeos del Espíritu, a estos portadores de la buena nueva. No tardarán en ver llegar a los hombres del Cenáculo que se volverán hacia los gentiles, después de la inútil intimación hecha a la orgullosa e ingrata Jerusalén.

Una débil minoría de la nación judía ha consentido, pues, en reconocer al hijo de David por el heredero del Padre de familia; la masa ha permanecido rebelde y corre obstinadamente a su pérdida. ¿Cómo calificar su crimen? Esteban, el Protomártir, nos lo enseña. Dirigiéndose a estos indignos hijos de Abraham: "Hombres de dura cabeza, les dijo, corazones y oídos incircuncisos, resistís continuamente al Espíritu Santo" [1]. Tan culpable negativa de obedecer en la nación privilegiada da la señal de la emigración de los Apóstoles hacia la gentilidad. El Espíritu Santo no les abandona ya, y en adelante, sobre los pueblos sentados en las sombras

[1] *Act.*, VII, 51.

de la muerte, esparcirá los torrentes de la gracia que Jesús mereció a los hombres por su Sacrificio sobre la cruz.

La conversión de los paganos. — Estos portadores de la palabra de vida se llegan a las regiones paganas. Todo se auna contra ellos, pero triunfan de todo. El Espíritu que les anima fecundiza en ellos sus dones. Obra al mismo tiempo sobre las almas de sus oyentes, la fe en Jesús se extiende con rapidez y pronto Antioquía, luego Roma y Alejandría, ven levantarse en su seno una población cristiana. La lengua de fuego recorre el mundo; no se detiene ni en los límites del imperio romano, predestinado, según los Profetas, a servir de base al imperio de Cristo. La India, China, Etiopía y cien pueblos lejanos oyen la voz de los Evangelistas de la paz.

Pero no les basta dar testimonio por la palabra a la dignidad real de un Señor, también le deben el testimonio de la sangre. No serán tardos. El fuego que les abrasó en el Cenáculo les consume en el holocausto del martirio.

Admiremos aquí el poder y la fecundidad del Espíritu divino. A estos primeros enviados sucede una generación nueva. Los nombres están cambiados, pero la acción continúa y continuará hasta el fin de los tiempos, porque es menester que Jesús sea reconocido por salvador y señor de la humanidad, y que el Espíritu Santo

ha sido enviado para operar este reconocimiento sobre la tierra.

La derrota de Satanás. — El Príncipe de este mundo, "la vieja serpiente" [1], se agita con violencia para impedir las conquistas de los enviados del Espíritu. Crucificó a Pedro, cortó la cabeza a Pablo e inmoló a sus compañeros; mas cuando los jefes desaparecieron, su orgullo fué sometido a una prueba más dura todavía.

El misterio de Pentecostés produjo un pueblo entero; la semilla apostólica germinó en proporciones gigantescas. La persecución de Nerón pudo derribar los jefes judíos del Nuevo Testamento; pero ved ahí a la gentilidad establecida en la Iglesia. Como cantábamos ayer "el Espíritu del Señor llenó toda la tierra" [2]. Vemos, desde fines del primer siglo, la espada de Domiciano cebarse aun en los miembros de la familia imperial. Pronto los Trajanos, los Adrianos, los Antoninos, los Marco Aurelios, espantados del competidor Jesús Nazareno, se lanzan sobre su rebaño; pero en vano. El Príncipe del mundo les había armado con la política y con la filosofía; el Espíritu Santo deshace estos falsos prestigios, y la verdad se extiende sobre la faz del mundo. A estos sabios suceden tiranos furiosos, un Severo, un Decio, un Gallo, un Vale-

---

[1] *Apoc.*, XII, 9.
[2] Introito de la fiesta de Pentecostés tomado del libro de la Sabiduría.

riano, un Aureliano, un Maximiano; la carnicería se extiende por todo el imperio, porque hay cristianos por todas partes. En fin, el esfuerzo supremo del Príncipe del mundo está en la horrorosa persecución decretada por Diocleciano y los feroces Césares que comparten con él el poder. Habían decretado el exterminio del cristianismo, y ellos son los que, después de derramar torrentes de sangre, se hunden en la desesperación y en la ignominia.

¡Qué magníficos son tus triunfos, divino Espíritu! ¡Qué sobrehumano es el imperio del Hijo de Dios, cuando lo estableces así contra todas las resistencias de la debilidad y de la malignidad humanas, ante Satanás, cuyo reino parecía consolidado para siempre en la tierra! Pero amas el futuro rebaño del Redentor y extiendes en millones de almas el atractivo por una verdad que exige tan tremendos sacrificios. Derribaste los pretextos de una vana razón con prodigios innumerables, y caldeando luego por el amor estos corazones arrancados de la concupiscencia y del orgullo, les envías llenos de un entusiasmo tranquilo a la muerte y a las torturas.

La victoria de los Mártires. — La promesa de Jesús se cumplió cuando sus fieles comparecían ante los ministros del Príncipe del mundo. Había dicho: "No os preocupéis por lo que habéis de hablar o decir. Entonces se os dará lo

que tengáis que decir; porque no hablaréis vosotros, sino el Espíritu de vuestro Padre será quien hable por vosotros"[1]. Podemos juzgar aún de ello leyendo las Actas de nuestros mártires, siguiendo estos interrogatorios y estas respuestas sencillas y sublimes que se escapan de en medio de los tormentos. La voz del Espíritu es quien lucha y quien triunfa. Los asistentes decían: "¡Grande es el Dios de los cristianos!", y más de una vez se vió que los verdugos seducidos por una elocuencia tan elevada, se declaraban discípulos de Dios tan poderoso, y se colocaban de súbito entre las víctimas que desgarraban poco ha. Sabemos, por los monumentos contemporáneos, que la arena del martirio fué la tribuna de la fe, y que la sangre de los mártires, unida a la belleza de su palabra, fué la semilla de los cristianos.

Tres siglos después de estas maravillas del divino Espíritu, la victoria fué completa, Jesús era declarado Rey y Salvador del mundo, doctor y redentor de los hombres. Satanás era expulsado del dominio que había usurpado, el politeísmo, cuyo autor fué, era reemplazado por la fe en un solo Dios, y el culto bajo de la materia era objeto de vergüenza y de desprecio. Así, tal victoria, que tuvo por primer teatro el imperio romano, y que no ha dejado de extenderse de siglo en siglo a tantas naciones infie-

[1] *S. Mat.*, X, 20.

les, es la obra del Espíritu Santo. La manera milagrosa con que se cumplió contra todas las previsiones humanas es uno de los principales argumentos sobre los que descansa la fe. No hemos visto, no hemos oído al Señor Jesús; pero le confesamos por Dios nuestro, a causa del testimonio que de él ha dado tan visiblemente el Espíritu Santo que nos ha enviado. ¡Gloria sea por siempre a este divino Espíritu, reconocimiento y amor de toda criatura!, porque nos ha puesto en posesión de la salvación que el Emmanuel nos había traído.

MISA

Hoy la estación es en la Basílica de San Pedro *ad vincula*. Esta iglesia, llamada también la Basílica de Eudoxia, del nombre de la emperatriz que la erigió, guarda precisamente las cadenas con que San Pedro fué atado en Jerusalén por orden de Herodes, y en Roma por orden de Nerón. La reunión del pueblo en su recinto recuerda la fuerza con el que el Espíritu Santo revistió a los Apóstoles el día de Pentecostés. Pedro se ha dejado atar para servir a su maestro Jesús, y se ha gloriado de sus ligaduras. Este apóstol, que había temblado a la voz de una criada, después de recibir el don del Espíritu Santo, marchó ante las cadenas. El Príncipe del mundo creyó que podría encadenar la palabra

divina; pero esta palabra estaba libre hasta en los hierros.

El Introito hace alusión a los neófitos que acaban de ser bautizados y están allí presentes con sus vestiduras blancas. Al salir de la fuente han sido alimentados con el pan de vida que es la flor fina del manjar celestial. Se les ha dado a gustar la dulzura de la miel que sale de la piedra. La Piedra es Cristo, nos dice el Apóstol[1], y Cristo ha admitido a Simón, hijo de Jonás, en la participación de este noble símbolo. Le dijo: "Tú eres Piedra", y las sagradas cadenas que hay allí muestran bien con qué fidelidad Simón comprendió el unirse al seguimiento de su Maestro. El mismo Espíritu que le fortificó en la lucha descansa ahora sobre los neófitos de Pentecostés.

INTROITO

Les alimentó con grosura de trigo, aleluya: y les saturó de miel de roca, aleluya, aleluya. — *Salmo:* Ensalzad a Dios, nuestro ayudador: cantad jubilosos al Dios de Jacob. ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta, la Iglesia recuerda el descendimiento del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, y dando gracias a Dios que se ha dignado infundir el don de la fe en los nuevos cristianos, pide para ellos el de la paz que Jesús resucitado aportó a sus discípulos.

---

[1] *I Cor.*, X, 4.

COLECTA

Oh Dios, que diste a tus Apóstoles el Espíritu Santo: concede a tu pueblo el efecto de su piadosa petición; para que, a los que has dado la fe, les des también la paz. Por el Señor... en la unidad del mismo Espíritu Santo.

EPISTOLA

Lección de los Hechos de los Apóstoles.

En aquellos días, abriendo Pedro su boca, dijo: Varones hermanos, a nosotros nos ordenó el Señor predicar al pueblo, y atestiguar que es El mismo el que ha sido constituído por Dios juez de vivos y muertos. De El dan testimonio todos los profetas, diciendo que, todos los que creen, reciben por su nombre el perdón de los pecados. Aun estaba Pedro diciendo estas palabras, cuando bajó el Espíritu Santo sobre todos los que escuchaban la palabra. Y se pasmaron los fieles de la circuncisión, que habían venido con Pedro: porque la gracia del Espíritu Santo se derramaba también en las naciones. Pues les oían hablar en lenguas, y glorificar a Dios. Entonces respondió Pedro: ¿Acaso puede alguien negar el agua, para que no se bauticen éstos, que han recibido el Espíritu Santo como nosotros? Y mandó que fueran bautizados en el nombre del Señor Jesucristo.

EL BAUTISMO DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS. — Este pasaje del libro de los Actos de los Apóstoles tiene una subida elocuencia en tal día y en tal lugar. Pedro, el vicario de Cristo, está en presencia de los cristianos salidos de la Sinagoga; a sus ojos se reunen muchos gentiles que la gracia condujo por la predicación de Pedro a reconocer a Jesús por el Hijo de Dios. El Após-

tol llegó al momento solemne en que debe abrir la puerta de la Iglesia a los gentiles. Para tener miramientos con la susceptibilidad de los antiguos judíos apela a sus profetas. ¿Qué han dicho estos profetas? Han anunciado que todos los que, sin excepción, creyeren en Jesús recibirían la remisión de sus pecados por su Nombre. De repente, el Espíritu Santo interrumpe al Apóstol, decide al cuestión infundiéndose como el día de Pentecostés, sobre estos gentiles humildes y creyentes. Las señales de su presencia arranca un grito de admiración a los cristianos circuncisos: "¡Cómo! —exclaman—. ¡La gracia del Espíritu Santo es también para los gentiles!" Entonces Pedro, con toda la autoridad del Jefe de la Iglesia, decide la cuestión. "¿Osaríamos rehusar el bautismo a hombres que han recibido el Espíritu Santo como nosotros lo hemos recibido?" Y sin esperar respuesta, ordena conferir inmediatamente el bautismo a estos felices catecúmenos.

Tal lectura, en el seno de Roma, centro de la gentilidad, en una basílica dedicada a San Pedro, en presencia de los neófitos, tan recientemente iniciados en los dones del Espíritu Santo por el Bautismo, ofrecía una oportunidad que nos es fácil percibir. Saquemos al mismo tiempo un profundo sentimiento de acción de gracias hacia el Señor nuestro Dios que se ha dignado llamar a nuestros padres del seno de la infidelidad y asociarnos a los favores de su divino Espíritu.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. ℣. Hablaban los Apóstoles en varias lenguas las maravillas de Dios.

Aleluya. (Aquí se arrolilla.) ℣. Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles: y enciende en ellos el fuego de tu amor.

La Secuencia *Veni, Sancte Spiritus*, arriba, página 539.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús a Nicodemo: Tanto amó Dios al mundo, que dió a su Hijo unigénito: para que, todo el que crea en El, no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo se salve por El. El que cree en El, no es juzgado; pero, el que no cree, ya está juzgado: porque no cree en el nombre del Hijo unigénito de Dios. Y este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz: porque eran malas sus obras. Pues, todo el que obra mal, odia la luz, y no va a la luz, para que no sean reprochadas sus obras: mas el que obra la verdad, va a la luz, para que se manifiesten sus obras, porque han sido hechas en Dios.

La virtud de la fe. — El Espíritu Santo crea la fe en nuestras almas, y por la fe conseguimos la vida eterna; porque la fe no es la adhesión a una tesis razonalmente demostrada, sino una virtud que procede de la voluntad fecundada por la gracia. En el tiempo en que vivimos, la fe

es rara. El orgullo del espíritu ha llegado al colmo, y la docilidad de la razón a las enseñanzas de la Iglesia falta en un gran número. Se cree cristiano y católico, y a la vez no está dispuesto a renunciar a sus ideas con toda sencillez, si fuesen desaprobadas por la autoridad, que sólo tiene el derecho de dirigirnos en la creencia.

Se permiten lecturas imprudentes, a veces malas, sin intranquilizarse si se contraviene a sagradas prohibiciones. Se hace poco por trabajar en una instrucción seria y completa en cosas de religión, de suerte que se conserva en su espíritu, como un veneno oculto, muchas ideas eterodoxas, que tienen curso en la atmósfera que se respira. Con frecuencia ocurre que un hombre se cuenta entre los católicos, y cumple los deberes exteriores de la fe por principio de educación, por tradición de familia, por cierta disposición natural del corazón o de la imaginación. Es triste decirlo, muchos juzgan tener fe, pero está extinguida en ellos.

Con todo, la fe es el primer lazo con Dios; por la fe, nos dice el Apóstol, se acerca uno a Dios [1] y se queda unido a El. Tal es la importancia de la fe, que el Señor nos dice que "el que cree no es juzgado". En efecto, el que cree en el sentido de nuestro Evangelio, no sólo se adhiere a una doctrina; cree, porque se somete de

[1] *Hebr.*, XI, 6.

corazón y de espíritu, porque quiere amar lo que cree. La fe obra por la caridad que la completa, pero es un gusto anticipado de la caridad. Y por eso el Señor promete ya la salvación al que cree. Esta fe sufre obstáculos de parte de nuestra naturaleza caída. Acabamos de oírlo: "La luz ha venido al mundo, pero los hombres han preferido las tinieblas a la luz"[1]. En nuestro siglo, las tinieblas reinan y se hacen más densas; también se ve levantarse falsas luces; espejismos falsos extravían a los viajeros, y lo repetimos, la fe se ha hecho más rara, esta fe que une con Dios y salva de sus juicios. Espíritu divino, líbranos de las tinieblas, corrige el orgullo de nuestro espíritu, rescátanos de esta vana libertad que se la propone como el único fin de todo, y que es tan estéril para el bien de las almas. Amamos la luz, deseamos poseerla, conservarla y merecer por la docilidad y la sencillez de niños la dicha de verla abierta en el día eterno.

El Ofertorio está sacado de uno de los mejores cánticos de David. En él se anuncia el ruido de la tempestad que anuncia la llegada del Espíritu. Pronto las fuentes de agua viva se derraman y fertilizan la tierra; es el viento impetuoso de Pentecostés y el bautismo que sucede a la emisión de los fuegos.

---

[1] *Hebr.*, XI, 6.

OFERTORIO

Tronó desde el cielo el Señor, y el Altísimo dió su voz: y aparecieron las fuentes de las aguas, aleluya.

En la Secreta, la Iglesia pide que no haya más que una ofrenda sobre el altar, y que por obra del Espíritu Santo esté formada a la vez de los elementos sagrados y de los corazones de los fieles.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, santifiques propicio estos dones: y, aceptada la oblación de esta hostia espiritual, haz que nosotros mismos seamos para ti un don eterno. Por el Señor.

La Antífona de la Comunión está formada de las palabras de Cristo al anunciar a sus discípulos el ministerio que va a realizar el Espíritu Santo sobre la tierra. Presidirá las enseñanzas de las verdades que Jesús mismo ha revelado.

COMUNION

El Espíritu Santo os enseñará, aleluya: cuanto yo os he dicho, aleluya, aleluya.

En la Poscomunión, la Santa Iglesia se preocupa de la suerte de sus neófitos. Acaban de participar del Misterio celestial, pero además de graves pruebas les aguardan: Satanás, el mundo, los perseguidores. La Madre común inter-

viene cerca de Dios, para obtener que sus nuevos hijos sean tratados con los miramientos proporcionados a su edad aún tierna.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, asistas a tu pueblo: y, al que has imbuído de tus celestiales Misterios, defiéndele del furor de los enemigos. Por el Señor.

EL DON DE PIEDAD

El don de Temor de Dios está destinado a sanar en nosotros la plaga del orgullo; el don de piedad es derramado en nuestras almas por el Espíritu Santo para combatir el egoísmo, que es una de las malas pasiones del hombre caído, y el segundo obstáculo a su unión con Dios. El corazón del cristiano no debe ser ni frío ni indiferente; es preciso que sea tierno y dócil; de otro modo no podría elevarse en el camino al que Dios, que es amor, se ha dignado llamarle.

El Espíritu Santo produce, pues, en el hombre el don de Piedad, inspirándole un retorno filial hacia su Creador. "Habéis recibido el Espíritu de adopción, nos dice el Apóstol, y por este Espíritu llamamos a Dios: ¡Padre! ¡Padre!" [1]. Esta disposición hace al alma sensible a todo lo que atañe al honor de Dios. Hace que el hombre nutra en sí mismo la compunción de sus

[1] *Rom.*, VIII, 15.

pecados, a la vista de la infinita bondad que se ha dignado soportarle y perdonarle, con el pensamiento de los sufrimientos y de la muerte del Redentor. El alma iniciada en el don de Piedad desea constantemente la gloria de Dios; querría llevar a todos los hombres a sus pies, y los ultrajes que recibe le son particularmente sensibles. Goza viendo los progresos de las almas en el amor y los sacrificios que este amor les inspira para el que es el soberano bien. Llena de una sumisión filial para con este Padre universal que está en los cielos, está presta a cumplir todas sus voluntades. Se resigna de corazón a todas las disposiciones de la Providencia.

Su fe es sencilla y viva. Se mantiene amorosamente sometida a la Iglesia, siempre pronta a renunciar a sus ideas más queridas, si se apartan de su enseñanza o de su práctica, teniendo horror instintivo a la novedad y a la independencia.

Esta ofrenda a Dios que inspira el don de Piedad al unir el alma a su Creador por el afecto filial, le une con un afecto fraterno a todas las criaturas, porque son la obra del poder de Dios y porque le pertenecen.

En primer lugar, en los afectos del cristiano animado del don de Piedad se colocan las criaturas glorificadas, en los que Dios se regocija eternamente, y que ellas se regocijan de él para siempre. Ama con ternura a María, y está celoso de su honor; venera con amor a los santos;

admira con efusión a los mártires, y los actos heroicos de virtud cumplidos por los amigos de Dios; ama sus milagros, honra religiosamente las reliquias sagradas.

Pero su afecto no es sólo para las criaturas coronadas en el cielo; las que están aún aquí tienen gran acogida en su corazón. El don de Piedad le hace encontrar en ellas a Jesús en persona. Su benevolencia para con sus hermanos es universal. Su corazón está dispuesto al perdón de las injurias, a soportar las imperfecciones de otro, excusando las faltas del prójimo. Es compasivo con el pobre, solícito con el enfermo. Una dulzura afectuosa revela el fondo de su corazón; y en sus relaciones con los hermanos de la tierra se le ve siempre dispuesto a llorar con los que lloran, a regocijarse con los que se regocijan.

Tal es, Espíritu divino, la disposición de los que cultivan el don de Piedad que has derramado en sus almas. Por este beneficio inefable neutralizas el triste egoísmo que marchita su corazón, le libras de esta aridez odiosa que hace al hombre indiferente con sus hermanos, y cierras su alma a la envidia y al rencor. Por eso ha tenido necesidad de esta piedad filial para su Creador. Ha enternecido su corazón, y este corazón se ha fundido en un vivo afecto por todo lo que sale de las manos de Dios. Haz que fructifique en nosotros tan precioso don; no permitas que sea sofocado por el amor a nosotros

mismos. Jesús nos ha animado diciendo que su Padre celestial "hace salir su sol sobre los buenos y los malos" [1]; no consientas, Paráclito divino, que indulgencia tan paternal sea ejemplo perdido, y dígnate desarrollar en nuestras almas este germen de sacrificio, de benevolencia y de compasión que has colocado allí cuando tomabas posesión de ella por el Bautismo.

MARTES DE PENTECOSTES

EL ESPIRITU SANTO Y LA FORMACION DE LA IGLESIA

Hemos visto la obra del Espíritu Santo que realizaba en el mundo por los Apóstoles y por los que les sucedieron, la conquista del género humano al nombre de Jesús, a quien "todo poder ha sido dado en el cielo y en la tierra" [2]. La lengua de fuego ha vencido, y el Príncipe del mundo, a pesar de sus furores, ha visto desplomarse sus altares y caer su poder. Veamos la consecuencia de las obras de este divino Espíritu por la glorificación del Hijo de Dios que le ha enviado a los hombres.

Emmanuel descendió aquí abajo buscando en su amor a la Esposa que había deseado desde toda la eternidad. La abrazó tomando la natu-

[1] *S. Mat.*, V, 45.
[2] *S. Mat.*, XXVIII, 18.

raleza humana y uniéndola indisolublemente a la persona divina; pero esta unión individual no era suficiente para su amor. Se dignó aspirar a poseer la raza humana entera; le era necesaria su Iglesia, "su única", como la llama en el Cantar de las Cantares[1], su Iglesia formada de la flor y nata de todos los pueblos, "llena de gloria sin tacha ni arruga, pero santa e inmaculada"[2]. Encontró a la raza humana manchada por el pecado, indigna de celebrar con él las nuncias augustas a que la convidaba. Su amor no titubeó. Declaró que era el Esposo anunciado; lavó con su propia sangre las manchas de su desposada y la dió en dote los méritos infinitos que había conquistado.

Habiéndola preparado para sí mismo, quiso que su unión con El fuese lo más íntima posible. Jesús y su Iglesia son un solo cuerpo; El es la cabeza, ella es el conjunto de los miembros reunidos en la unidad bajo este único jefe. Esta es la doctrina del Apóstol: "Cristo es la cabeza de la Iglesia; nosotros somos los miembros de su cuerpo, somos de su carne y de sus huesos"[3]. Este cuerpo se formará por la agregación sucesiva de los hijos de la raza humana que, prevenidos con el socorro sobrenatural de la gracia, quisieren tomar parte a ella; y este mundo que habitamos será conservado hasta que el último

---

[1] *Cant.*, VI, 8.
[2] *Eph.*, V, 27.
[3] *Eph.*, V, 23-30.

elegido que falte aún a la integralidad del cuerpo místico del Hijo de Dios se haya unido a ella por toda la eternidad. Entonces todo estará consumado y la última de las consecuencias de la Encarnación se cumplirá.

Ahora bien, de la misma manera que en el Verbo encarnado la humanidad está compuesta de un alma invisible y de un cuerpo visible, así la Iglesia será a la vez un alma y un cuerpo; un alma cuya belleza sólo podrá contemplar acá abajo el ojo de Dios; un cuerpo que atraerá las miradas de los hombres y será testimonio admirable del poder de Dios y del amor que tiene a la raza humana. Hasta los días en que estamos, los justos llamados a reunirse bajo el divino Jefe habían pertenecido sólo al alma de la Iglesia; porque el cuerpo no existía aún. El Padre celestial los había adoptado por hijos suyos, el Hijo de Dios los había aceptado por miembros suyos y el Espíritu Santo, cuya acción veremos más adelante, había realizado íntimamente su elección y su consumación. El punto de partida del nuevo orden de cosas está en María. En ella residió primero la Iglesia completa, alma y cuerpo. La que debía ser también tan realmente la Madre del Hijo de Dios según la humanidad, como el Padre celestial es su Padre según la divinidad, debía ser en el orden de los tiempos como en la medida de las gracias, superior a todo lo que había precedido y a todo lo que debía seguir.

El Emmanuel quiso también colocar por sí, fuera de su madre muy querida, los fundamentos de su Iglesia. Puso con sus benditas manos la Piedra fundamental, levantó sus columnas y hemos visto cómo empleó los cuarenta días que precedieron a la Ascensión en la organización de esta Iglesia aún tan limitada, pero que un día debía cubrir todo el mundo. Anunció que estaría con los suyos "hasta la consumación de los siglos [1]; era prometer que, cuando subiese al cielo, la raza de sus discípulos se perpetraría hasta el fin de los tiempos.

Para el cumplimiento de su obra que sólo había bosquejado, contaba con el Espíritu divino. Era también menester que este Espíritu Santo descendiese para perfeccionar y confirmar a los elegidos. Debía ser su Paráclito, su Consolador, después de la partida de su Maestro; era la Virtud de lo alto que debía protegerles como una armadura en sus combates; debía ponerles en la memoria las enseñanzas de su Maestro; debía fecundizar con su acción los Sacramentos que Jesús había instituído y cuyo poder estaba en ellos por el carácter que había impreso en sus almas. He ahí porqué les dijo: "Os conviene que me vaya; porque si yo no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros" [2]. El día de Pentecostés vimos al Espíritu Santo obrar sobre la persona de los Apóstoles y de los discípulos; ahora nos

[1] *S. Mat.*, XXVII, 20.
[2] *S. Juan*, XVI, 7.

hace falta verle poner manos en la obra de la creación, del mantenimiento y perfeccionamiento de esta Iglesia, a quien Jesús ha prometido asistir con su presencia misteriosa "hasta la consumación de los siglos"[1].

COMIENZOS DE LA IGLESIA. — La primera operación del Espíritu Santo en la Iglesia es la elección de los miembros que deben componerla. Este derecho de elección le es de tal modo personal, que, según las palabras del texto sagrado, los discípulos mismos que Jesús escogió para ser las bases de su Iglesia, los eligió "con el concurso del Espíritu Santo"[2].

Le vimos el día de Pentecostés principiar su obra por la elección de tres mil personas. Pocos días después son conquistadas otras cinco mil mediante la predicación de Pedro y Juan bajo los pórticos del templo. Después de los judíos llega su vez a los gentiles; el Espíritu Santo conduce a Pedro a casa del centurión Cornelio, y penetra en este Romano y en sus familiares, eligiéndoles así para la naciente Iglesia y llamándolos al bautismo. La Liturgia nos hizo revivir este pasaje en la Misa de ayer.

¿Quién podrá seguir en adelante la marcha de este Espíritu Santo, que nadie ni nada será capaz de impedir? "La voz de sus elegidos recorre toda la tierra y su palabra de fuego resuena

[1] *S. Mat.*, XXVIII, 20.
[2] *Act.*, I, 2.

hasta en los últimos confines del mundo"[1]. El Espíritu Santo les precede y les acompaña siempre y es quien hace la conquista, cuando ellos hablan. En los principios del siglo III, un escritor cristiano pudo decir a los magistrados del imperio romano: "Somos de ayer y todo lo llenamos, vuestras villas, vuestras ciudades, vuestros campos, los palacios, el senado, el foro"[2]. Nada resiste el empuje arrollador del Espíritu Santo; no pasaron todavía tres siglos desde la manifestación del día de Pentecostés y elige para miembros de su Iglesia a los mismos Césares.

Así se va formando poco a poco la Esposa que Jesús aguarda y cuyo crecimiento y desarrollo contempla con amor desde el cielo. En los primeros años del siglo IV, esta misma Iglesia, obra del Espíritu Santo, traspasa los límites del imperio romano; y si en este mismo imperio se encuentran esparcidos grupos aún aferrados al paganismo, han oído por lo menos hablar de ella, y la misma rabia que la profesan es un testimonio fehaciente del potente desarrollo que alcanza ante sus ojos.

DESARROLLO DE LA IGLESIA. — Mas no vayamos a creer que el papel del Espíritu Santo se limita a asegurar el establecimiento de la Iglesia sobre las ruinas del imperio pagano. Jesús quiere una Esposa inmortal, que sea cada vez más co-

---

1 *Ps.*, XVIII.
2 TERTULIANO, *Apologius*, c. XXXVII.

nocida, por su presencia, en todos los lugares y en todos los tiempos, superior a toda otra división de la raza humana por la expansión de su imperio y el número de sus miembros.

El Espíritu Santo no debe detenerse en el cumplimiento de su misión. Si Dios se ha propuesto sumergir al imperio culpable en la inundación de los bárbaros, es éste un nuevo triunfo para el Espíritu. Dejadle que penetre y agite suavemente esta formidable masa. Tiene allí sus elegidos, y los tiene por millones. Ha renovado la faz de la tierra pagana y renovará la del mundo bárbaro. Los cooperadores que se prepara no le traicionarán. Crea sin cesar nuevos apóstoles, y siendo como es tan poderoso, de todos hace material apto para su obra. Las Clotildes, las Bertas, las Teodelindas, las Heduvigis y tantas otras engrosan sus filas: adornada por sus manos reales, la Esposa de Jesús crece sin cesar, cada vez más joven y más bella.

Faltan todavía por asociar a este movimiento los vastos continentes de Europa, porque es necesario consolidar la obra en las regiones, en que las cristiandades de la primera época habían sido sumergidas, bajo las olas torrenciales de la invasión. A partir de fines del siglo VI, el Espíritu Santo envía, poco a poco, uno después de otro, a islas de Bretaña, a Alemania, a las razas escandinavas, a los países eslavos, los Agustinos, Bonifacios, Anscarios, Adalbertos, Cirilos, Metodios y Otones. Por mediación de estos instru-

mentos fieles del Espíritu Santo, la Esposa repara las pérdidas que ha sufrido en Oriente, donde el cisma y la herejía sucesivamente han ido cercenando su heredad primitiva. Este, que siendo Dios como el Padre y el Hijo, ha recibido como misión mantenerla en sus honores, vigila fiel y escrupulosamente por su guarda.

Y, en efecto, cuando una defección más desastrosa aún está a punto de estallar en Europa, bajo la pretendida reforma, el Espíritu Santo ha tomado ya sus medidas de antemano. Las Indias Orientales han sido conquistadas por la nación *fidelísima;* un nuevo mundo occidental ha nacido de las aguas y forma un nuevo florón para el reino *católico.*

Entonces el Espíritu Santo, siempre preocupado de conservar en su dignidad y en su pureza el sagrado depósito que le ha confiado el Verbo encarnado, suscita nuevos enviados para llevar a estas inmensas regiones el nombre de aquel que es el Esposo, y que desde lo alto del cielo contempla con satisfacción el desarrollo que adquiere la Esposa. Francisco Javier es un don precioso para las Indias Orientales; sus hermanos, en cooperación con los hijos de Domingo y Francisco, preparan con una perseverancia tenaz la heredad que las Indias Occidentales ofrecen a la Iglesia.

TRIUNFO FINAL DE LA IGLESIA. — Mas si algo más tarde la vieja Europa, demasiado crédula a

los doctores de la mentira, parece rechazar este noble reino que constituye las complacencias del Hijo eterno de Dios, si, traicionada y maltratada, ultrajada y privada de sus derechos, esta noble Iglesia debe sostener lucha con aquellos que durante mucho tiempo fueron sus hijos, tened por cierto que el Espíritu Santo no permitirá que falle en sus destinos. Examinad la obra que realiza actualmente. ¿De dónde nacen, si no es de su hálito, sus vocaciones al apostolado, cada vez más numerosas? Mientras que por una parte los retornos de los herejes a su antigua fe son ahora más frecuentes que nunca, todas las regiones infieles son, asimismo, visitadas por los heraldos inflamados del Evangelio. El siglo XIX y XX ha vuelto a ver a los mártires, ha escuchado los interrogatorios de los procónsules chinos y anamitas y ha recogido, envueltos en la aureola de la admiración, las respuestas de los confesores sugeridas por el Espíritu Santo, según la promesa de su divino Maestro. El Extremo Oriente da sus elegidos, los negros de Africa son evangelizados; y aunque una quinta parte de la tierra permanece rebelde, posee ya numerosos fieles bajo una jerarquía de pastores legítimos.

¡Sed, pues, bendecido, Espíritu divino, que con tanta solicitud velas sobre la Esposa de Jesús! Ella no ha desfallecido ni un solo día gracias a tu acción constante e incansable. No has dejado pasar un solo siglo sin suscitar após-

toles que la enriquecieran con sus conquistas, has solicitado constantemente con tu divina gracia espíritus y corazones que se consagren a ella; en todos los pueblos, en todos los siglos, tú mismo has elegido los innumerables fieles que la integran. Como es nuestra madre y nosotros somos sus hijos y es la Esposa de nuestro Capitán, con el que esperamos reunirnos mediante ella, trabajando por la gloria del Hijo de Dios que te ha enviado a la tierra, has trabajado también por nosotros, pobres y humildes pecadores. Te ofrecemos por todo humildes acciones de gracias.

El Emmanuel nos ha revelado que permanecerá así con nosotros hasta el fin de los tiempos y reconocemos la necesidad de tu presencia, ¡oh divino Espíritu! Dirige la formación de la Iglesia, consérvala y haz que salga victoriosa de todos los ataques, transportarla de una región a otra, cuando el suelo que pisa no es digno de llevarla; tú eres el vengador de todos aquellos que la ultrajan y lo seguirás siendo hasta el último día.

Pero esta Esposa de Dios no debe permanecer así, siempre desterrada, lejos de su Esposo. Lo mismo que María, que permaneció algunos años en la tierra trabajando en la glorificación de su Hijo, y finalmente ascendió a los cielos para reinar con El, la Iglesia permanecerá militante aquí abajo durante los siglos necesarios para completar el número de los elegidos. Pero

estamos seguros que ha de llegar un tiempo del que se ha escrito: "Han llegado las bodas del Cordero y su Esposa está dispuesta. Fuéle otorgado un vestido de lino de una brillantez deslumbrante y el tisú son las obras justas de los santos que ella ha formado" [1]. En estos últimos tiempos la Esposa, siempre bella y digna de tal Esposo, no crecerá más; disminuirá aquí abajo en proporción directa con su crecimiento allá en el cielo. En su alrededor, sobre la tierra se dejará sentir la defección predicha por San Pablo [2]. Los hombres la abandonarán y correrán hacia el Príncipe del mundo, que será desatado "por poco tiempo" [3], y hacia la bestia, a la que "será otorgado hacer la guerra a los santos y aun vencerlos" [4].

Las últimas horas de la Esposa aquí abajo serán dignas de ella; sostendrás a nuestra madre hasta que llegue el Esposo. Mas después del nacimiento del último elegido, el *Espíritu* y la *Esposa* se unirán en un mismo grito. "Ven" [5], dirán. Entonces el Emmanuel aparecerá en las nubes del cielo, la misión del Espíritu Santo habrá terminado y la Esposa, "recostada sobre su amado" [6] se elevará de esta tierra ingrata y estéril al cielo, donde le aguardan las bodas de la eternidad.

---

1 *Apoc.*, XIX, 7.
2 *II Thess.*, II, 3.
3 *Apoc.*, XX, 3.
4 *Ibid.*, XIII, 7.
5 *Ibid.*, XXII, 17.
6 *Cant.*, VIII, 5.

MISA

La Estación se celebra hoy en la iglesia de Santa Anastasia, basílica en la que asistimos a la Misa de la Aurora el día de Navidad. La volvemos a ver hoy, cuando la serie de misterios de nuestra salvación se halla en su término. Bendigamos a Dios, que se ha dignado dar cima con tanto vigor a lo que había comenzado tan suavemente. Los neófitos asisten aún a esta Misa con sus vestidos blancos y su presencia es un testimonio a la vez del amor del Hijo de Dios, que los ha purificado en su sangre, y del poder del Espíritu Santo, que los ha arrebatado al imperio tiránico del príncipe de este mundo.

El Introito se dirige a los neófitos y les anima a alegrarse. En adelante están llamados para reino celestial; que ofrezcan, pues, una perenne acción de gracias a aquel que se ha dignado escogerlos. Las palabras de esta pieza, que datan de la más remota antigüedad, están tomadas del libro IV de Esdras, que los primeros cristianos solían leer con frecuencia, a causa de la belleza y gravedad de sus enseñanzas, aunque no sea reconocido por la Iglesia como un libro inspirado.

INTROITO

Recibid el gozo de vuestra gloria, aleluya: dando gracias a Dios, aleluya: que os llamó a los celestes reinos, aleluya, aleluya. —*Salmo:* Atiende, pueblo mío, a

mi Ley: inclinad vuestro oído a las palabras de mi boca. ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta, la Iglesia nos enseña que la acción del Espíritu Santo está llena de dulzura para nuestras almas. Esta acción divina los purifica de todas sus imperfecciones y los preserva al mismo tiempo de los ataques del espíritu pérfido y envidioso que les está acechando sin cesar.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, nos asista la virtud del Espíritu Santo: la cual purifique clemente nuestros corazones, y nos proteja de toda adversidad. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de los Hechos de los Apóstoles.

En aquellos días, habiendo oído los Apóstoles, que estaban en Jerusalén, que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron a ellos a Pedro y a Juan. Los cuales, habiendo ido, oraron por ellos, para que recibieran el Espíritu Santo: pues aun no había venido sobre ninguno de ellos, sino que sólo se habían bautizado en el nombre del Señor Jesús. Entonces impusieron sobre ellos las manos, y recibieron el Espíritu Santo.

MISIÓN EN SAMARIA. — Los habitantes de Samaria aceptaron la predicación evangélica llevada allí por el diácono Felipe. Recibieron de su mano el bautismo, que los hizo cristianos. Se recuerda el diálogo de Jesús con una mujer de esta ciudad al borde del pozo de Jacob y los tres

días que pasó en compañía de sus moradores. Su fe ha sido recompensada; el bautismo los ha hecho hijos de Dios y miembros vivos de su Redentor. Pero es necesario aún que reciban el Espíritu Santo en el sacramento, que da la fuerza. El diácono Felipe no pudo otorgarles este don; dos apóstoles, Pedro y Juan, revestidos del carácter pontifical, se lo confieren, haciéndolos perfectos cristianos. Este relato nos viene a recordar la gracia que el Espíritu Santo se ha dignado hacernos, imprimiendo en nuestras almas el sello de la Confirmación; estémosle reconocidos por este bien que nos ha unido a él con lazos más estrechos, haciéndonos al mismo tiempo capaces de confesar valientemente nuestra fe en presencia de todos los que quieran ser nuestros jefes.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. ℣. El Espíritu Santo os enseñará cuanto yo os he dicho.

Aleluya. *(Aquí se arrodilla.)* ℣. Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles: y enciende en ellos el fuego de tu amor.

Se canta a continuación la Secuencia *Veni, Sancte Spiritus,* pág. 539.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús a los fariseos: En verdad, en verdad os digo: El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, ése es ladrón y robador. Mas,

el que entra por la puerta, es pastor de las ovejas. A este tal abre el portero, y las ovejas oyen su voz, y llama nominalmente a las propias ovejas, y las saca. Y, cuando ha sacado las ovejas, marcha delante de ellas: y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Pero al extraño no le siguen, sino que huyen de él: porque no conocen la voz de los extraños. Este proverbio les dijo Jesús. Pero ellos no entendieron lo que El les dijo. Entonces Jesús les dijo de nuevo: En verdad, en verdad os digo: que yo soy la puerta de las ovejas. Todos, los que han venido, han sido ladrones y robadores, y no les escucharon las ovejas. Yo soy la puerta. Si alguien entrare por mí, se salvará: y entrará, y saldrá, y encontrará pasto. El ladrón no viene más que a robar, y matar, y perder. Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia.

FIDELIDAD AL VERDADERO PASTOR. — Proponiendo este pasaje evangélico a los neófitos de Pentecostés, quiere la Iglesia ponerlos en guardia contra un peligro con que pueden chocar en el curso de la vida.

En el momento presente, son el rebaño de Jesús, el buen Pastor, y este divino Pastor se halla representado ante ellos por los hombres que El mismo ha confiado el encargo de apacentar sus corderos. Estos hombres han recibido su misión de Pedro, y todo el que se halla con Pedro se halla también con Jesús. Pero sucede muchas veces que se introducen falsos pastores en el aprisco y el Salvador los califica de salteadores y ladrones, porque, en lugar de entrar por la puerta, penetran por las tapias en el redil. Nos dice que El mismo es la Puerta por la que

deben pasar todos los que tienen derecho a apacentar su rebaño. Todo pastor, para no pasar por ladrón, debe recibir la misión de Jesús, y esta misión no puede venir sino por medio de aquel que ha establecido para que ocupe su puesto hasta que venga El mismo en persona.

El Espíritu Santo ha derramado sus dones en las almas de estos nuevos cristianos; pero las virtudes que brillan en ellos no se pueden ejercer de suerte que les sirvan para alcanzar la vida eterna, sino en el seno de la Iglesia verdadera. Si en lugar de seguir al legítimo pastor tienen la desgracia de entregrarse a falsos pastores, todas estas virtudes resultan estériles. Deben, pues, huir como de un mercenario de aquel que no ha recibido su misión del Maestro, que únicamente puede conducirles a los pastos de vida. Frecuentemente, en el correr de los siglos se han encontrado pastores cismáticos; es deber de los fieles el huir de ellos y todos los hijos de la Iglesia deben prestar atención a la prevención que nuestro Señor les dirige aquí. La Iglesia que El ha fundado y que gobierna por medio de su Espíritu Santo tiene como carácter y distintivo el ser Apostólica. La legitimidad de la misión de los pastores se manifiesta por la sucesión; y como Pedro vive en sus sucesores, el sucesor de Pedro es la fuente del poder pastoral. Quien está con Pedro, está con Jesucristo.

En el Ofertorio, la Iglesia, preludiando al Sacrificio, exalta, por las palabras del salmista, el

alimento sagrado que van a comulgar los fieles; es un maná bajado del cielo, el pan de los mismos Angeles.

OFERTORIO

El Señor abrió las puertas del cielo: y llovió para ellos maná, para que comieran: les dió pan del cielo, pan de Angeles comió el hombre. Aleluya.

La víctima que va a ser ofrecida tiene la virtud de purificar por su inmolación a aquellos que son llamados a alimentarse de ella; la Santa Iglesia, en la Secreta, pide esto mismo para los fieles que integran la asamblea.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, nos purifique la oblación del presente don y nos haga dignos de la sagrada participación. Por el Señor.

En la antífona de la Comunión, la Iglesia recuerda las palabras por las cuales Jesús anunció que el Espíritu Santo le glorificaría. Nosotros, que acabamos de contemplar a este Espíritu obrando en todo el mundo, sabemos que ha cumplido el oráculo en toda su extensión.

COMUNION

El Espíritu, que procede del Padre, aleluya: El me glorificará, aleluya, aleluya.

El pueblo fiel ha participado en el Misterio de Jesús; la Iglesia nos enseña en la poscomu-

nión que la virtud del Espíritu Santo ha intervenido en este momento con su acción divina. El es quien ha obrado el cambio de los dones sagrados en el cuerpo y sangre del Redentor, y quien ha preparado las almas para que se unan al Hijo de Dios, purificándolas de todo pecado.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, hagas que el Espíritu Santo repare nuestras almas con estos divinos Sacramentos: porque El es la remisión de todos los pecados. Por el Señor.

EL DON DE CIENCIA

Habiendo sido el alma desarraigada del mal por el don de Temor de Dios, y abierta a los afectos nobles por el don de Piedad, experimenta la necesidad de saber el medio de evitar todo aquello que es objeto de su temor y encontrar lo que debe amar. El Espíritu Santo viene en su ayuda, reportándole lo que ella desea, infundiéndola el don de Ciencia. Por este don precioso se la aparece la verdad, conoce lo que Dios pide y lo que reprueba, todo lo que debe buscar y lo que debe huir. Sin la ciencia divina, nuestra vista corre peligro de extraviarse, a causa de las densas tinieblas que tan frecuentemente obscurecen del todo o en parte la inteligencia del hombre. Estas tinieblas provienen, desde luego, de nuestra propia naturaleza, que

lleva impresas señales reales de decadencia. Tienen también como causa los prejuicios y máximas del mundo que adulteran con frecuencia a los espíritus tenidos como los más firmes. Finalmente, la acción de Satanás, príncipe de las tinieblas, va dirigida en gran parte hacia el fin de rodear nuestra alma de obscuridades o de extraviarla sumiéndola en falsos resplandores.

La fe que se nos infundió en el bautismo es la luz de nuestra alma. Por el don de Ciencia, el Espíritu Santo hace producir a esta virtud rayos muy vivos que disipen nuestras tinieblas. Entonces, las dudas se aclaran, el error se esfuma y aparece la verdad en todo su radiante esplendor. Cada cosa se ve en su verdadera claridad, que es la claridad de la fe. Se descubren los deplorables errores que circulan por el mundo, que seducen a un número tan grande de almas y cuya víctima ha sido quizá frecuentemente uno mismo.

El don de Ciencia nos revela el fin que Dios se ha propuesto en la creación, este fin sin el cual los seres no encuentran ni el bien ni el reposo. Nos muestra el uso que debemos hacer de las criaturas que se nos han dado no precisamente como un estorbo, sino como una ayuda eficaz en nuestra marcha hacia Dios. Una vez descubierto el secreto de la vida, nuestro caminar se hace seguro, no vacilamos ya más y nos sentimos dispuestos a abandonar todo camino que no nos conduciría a nuestro fin.

Esta es la Ciencia, don del Espíritu Santo, que el Apóstol tiene en vista, cuando, hablando a los cristianos, les dice: "Fuisteis algún tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor; caminad, pues, como hijos de la luz"[1]. De ahí proviene esta firmeza, este tesón de la conducta cristiana. La experiencia puede tener sus fallos algunas veces y el mundo se alarma al pensar en los malos pasos, que hay que temer mucho; es que el mundo ha obrado sin el don de Ciencia. "El Señor conduce al justo por caminos rectos, y para asegurar sus pasos le ha dado la ciencia de los Santos"[2]. Cada día se da esta lección. El cristiano, en medio de la luz sobrenatural, escapa a todos los daños, y si no tiene la experiencia propia, posee la experiencia de Dios.

Sé bendito, Espíritu Santo, por esta luz que derramas sobre nosotros y que mantienes con tan amable constancia. No permitas que jamás vayamos en busca de otra. Ella sola nos es suficiente; sin ella todo son densas tinieblas. Líbranos de las tristes inconsecuencias de las cuales muchos se dejan seducir imprudentemente. Aceptan un día tu dirección, y al siguiente se abandonan a los prejuicios del mundo, llevando una doble vida que no satisface ni al mundo ni a ti. Nos es necesario, pues, el amor a esta Ciencia que tú nos has otorgado, si

[1] *Eph.*, V, 8.
[2] *Sag.*, X, 10.

queremos salvarnos; el enemigo de nuestras almas envidia en nosotros esta ciencia salvadora; quisiera suplantarla con sus tinieblas. No permitas, Espíritu Santo, que realice sus pérfidos designios y ayúdanos siempre a discernir lo falso de lo verdadero, lo justo de lo injusto. Que, según la palabra de Jesús, nuestro ojo sea sencillo, a fin de que todo nuestro cuerpo, es decir, el conjunto de nuestros actos, de nuestros deseos y de nuestros pensamientos se realicen en la luz; líbranos de ese ojo que Jesús llama malo y que envuelve en tinieblas todo el cuerpo.

MIERCOLES DE PENTECOSTES

EL ESPIRITU SANTO EN LA IGLESIA

Vimos ayer con cuánta fidelidad ha sabido cumplir el Espíritu Santo la misión de formar, proteger y conservar a la Esposa del Emmanuel. Esta recomendación de un Dios ha sido cumplida con todo el poder de un Dios; y es el espectáculo más bello, más deslumbrador que presentan los anales de la humanidad desde hace diez y nueve siglos.

La conservación de esta sociedad moral, siempre la misma en todos los tiempos y en todos los lugares, que ha promulgado un símbolo preciso y obligatorio para todos sus miembros y ha mantenido por sus decretos la más estrecha y

compacta unidad de creencia entre todos sus fieles es, juntamente con la maravillosa propagación del cristianismo, el hecho cumbre de la historia. Estos dos hechos son, pues, no el efecto de una providencia ordinaria, como lo han pretendido ciertos filósofos modernos, sino milagros de primer orden obrados directamente por el Espíritu Santo y destinados a servir de base a nuestra fe en la verdad del cristianismo. El Espíritu Santo, que no debía revestir forma sensible en el ejercicio de su misión, ha hecho visible su presencia a nuestra inteligencia, y por este medio ha hecho lo bastante para demostrar su acción personal en la obra de la salvación de los hombres.

Hace a la Iglesia visible en todas partes. — Sigamos esta acción divina en las relaciones de la Iglesia con la raza humana. El Emmanuel quiso que sea la Madre de los hombres y que todos aquellos que él distingue con el honor de ser sus propios miembros reconozcan que es ella quien los engendra para este glorioso destino. El Espíritu Santo debía, pues, formar la Esposa de Jesús con el brillo necesario para que fuera distinguida y conocida sobre la tierra, dejando plena libertad a los hombres para ignorarla y rechazarla.

Convenía que esta Iglesia abrazase en su duración a todos los siglos, que recorriese la tierra de un modo patente, de manera que su nombre

y su noble misión pudieran ser conocidos por todos los pueblos; en una palabra, debía ser Católica, es decir, universal, posesora, a la vez, de la catolicidad de los tiempos y de los lugares. Tal es, en efecto, la existencia que el Espíritu Santo la ha creado en la tierra. La promulgó en Jerusalén el día de Pentecostés ante los ojos de los judíos venidos de regiones tan diversas y que pronto partieron para llevar la *nueva* a los países que habitaban. Lanza luego sus Apóstoles y discípulos al mundo, y sabemos por autores contemporáneos que, apenas había pasado un siglo, cuando ya la tierra entera estaba sembrada de cristianos. Desde entonces, cada año ha contribuído al desarrollo visible de la Santa Iglesia.

Si el Espíritu Santo, en los designios de su justicia, ha creído conveniente dejarla enfriarse en el seno de una nación indigna de ella, la ha transferido a otra donde encontraría hijos más sumisos. Si algunas veces se han cerrado a su paso regiones enteras ha sido porque en época anterior se presentó y fué rechazada, o porque todavía no había llegado el momento oportuno para su establecimiento. La historia de la propagación de la Iglesia ofrece a nuestra vista este conjunto maravilloso de vida perpetua y de emigración. Los tiempos y los lugares le pertenecen; donde no reina, se halla presente por sus miembros, y esta prerrogativa de la catolicidad que le ha valido su nombre es una de las obras maestras del Espíritu Santo.

La dirige interiormente. — Pero su acción no se limita a sólo eso para cumplir la misión que le ha confiado el Emmanuel respecto a su Esposa y debemos penetrar aquí la profundidad del misterio del Espíritu Santo dentro de la Iglesia. Después de haber hecho constar su influencia exterior para su conservación y extensión, nos falta apreciar la dirección interior que recibe de él, y que produce su unidad, su infalibilidad y su santidad, cualidades que, juntamente con su catolicidad, forman las señales peculiares de la Esposa de Cristo.

Es el alma de la Iglesia. — La unión del Espíritu Santo con la humanidad de Jesús es una de las bases fundamentales del misterio de la Encarnación. Nuestro divino Mediador es llamado Cristo, porque ha recibido la unción [1], y esta unción es el efecto de la unión de su humanidad con el Espíritu Santo [2]. Esta unión es indisoluble; el Verbo permanecerá eternamente unido a su humanidad y eternamente también el Espíritu Santo imprimirá sobre esta humanidad el sello de la unción que hace Cristo. Se sigue de aquí que, siendo la Iglesia el cuerpo de Jesucristo, debe tomar parte en la unión que existe entre su divino Jefe y el Espíritu Santo. El cristiano recibe en el bautismo la unción divina del Espíritu Santo que habita en adelante

1 *Ps.*, XLIV, 8.
2 *Act.*, X, 38.

en él, como prenda de eterna herencia [1]. Pero existe la diferencia de que él puede perder por el pecado esta unión, que es para él el principio de la vida sobrenatural, mientras que ella no puede faltar nunca al cuerpo de la Iglesia. El Espíritu Santo se incorpora a la Iglesia para siempre; es el principio que la da vida, su eje y motor y el principio que la ayuda a resistir a todas las crisis a que por permisión divina se ve expuesta durante el trayecto de esta vida militante.

San Agustín expone maravillosamente esta doctrina con su sermón 257 para la fiesta de Pentecostés. "El soplo que da la vida al hombre, nos dice, se llama alma, y podéis observar el papel de esta alma con relación al cuerpo. Ella da la vida a los miembros: ve por el ojo, oye por el oído, siente por el olfato, habla con la lengua, obra por la mano, anda con los pies. Presente en cada miembro, da vida a todos y la función particular a cada uno. No es el ojo quien oye, ni ve el oído, ni la lengua, del mismo modo que no son ni el ojo ni el oído los que hablan; con todo, el oído vive, y vive la lengua; las funciones de los sentidos son, pues, varias, pero todos participan de una misma vida común. Así sucede en la Iglesia de Dios. En tal santo obra milagros, en otro enseña la verdad, en éste practica la virginidad, en aquél guarda la castidad

[1] *Eph.*, I, 13.

conyugal; en una palabra, los diversos miembros de la Iglesia tienen asignados funciones varias, pero todos beben la vida de una misma fuente. Así, pues, lo que es el alma para el cuerpo humano, es el Espíritu Santo para el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. El Espíritu Santo obra en la Iglesia lo que el alma obra en los miembros de un mismo cuerpo."

He aquí, pues, explicada esta noción, con cuya ayuda nos daremos cuenta de la existencia y operaciones de la Iglesia. La Iglesia es el cuerpo de Cristo y en ella el Espíritu Santo es principio de vida. El la mima, la conserva, obra en ella y por ella. Es su alma, no sólo en el sentido estricto, en el que hemos hablado más arriba, del alma de la Iglesia, es decir, de su ser interior, que es, por lo demás, en ella producto de la acción del Espíritu Santo, sino que es su alma, de suerte que toda su vida interior y exterior y todas sus operaciones proceden de él. La Iglesia es imperecedera, porque el amor que ha movido al Espíritu Santo a elegirla por morada durará para siempre; tal es la razón de esta perpetuidad, que es el fenómeno más sorprendente de este mundo.

CONSERVA SU UNIDAD. — Nos falta considerar esta maravilla, que consiste en la conservación de la unidad en el seno de esta sociedad. El Esposo, en los Cantares, llama a la Iglesia "su única". No desea otras esposas; el Espíritu Santo

ha vigilado solícitamente por el cumplimiento del deseo del Emmanuel. Sigamos el ejemplo de su solicitud para obtener resultados semejantes. ¿Es posible que una sociedad pueda humanamente pasar diez y nueve siglos sin cambiar, sin modificarse mil veces, aun suponiendo que bajo un nombre u otro haya podido resistir una etapa tan larga? Pensad que esta sociedad, durante un espacio de tiempo tan largo, no ha podido dejar de ver agitarse en su seno, bajo mil formas distintas, las pasiones humanas que muchas veces lo arrollan todo; que ha estado siempre compuesta de razas distintas, en su complexión, lenguaje y costumbres, ya alejadas unas de otras hasta el punto de no conocerse apenas, ya vecinas, pero divididas por intereses y antipatías nacionales; que revoluciones políticas sin número han modificado, trastornado incluso, la existencia de los pueblos; y con todo eso, en todas las partes donde han existido y existirán católicos, la unidad quedará como distintivo de este cuerpo inmenso y de los miembros que lo componen.

Una misma fe, un mismo símbolo, una misma sumisión al mismo jefe visible, un mismo culto en cuanto a los puntos esenciales, una misma manera de zanjar las cuestiones por la tradición y la autoridad. En todos los siglos han surgido nuevas sectas al grito de: "soy la verdadera Iglesia", y ni una sola ha podido subsistir fuera de las circunstancias que la había

producido. Los arrianos con su poder político, los nestorianos, eutiquianos, monotelitas con sus interminables sutilezas, ¿dónde están? ¿Hay algo más impotente y estéril que el cisma griego que avasalló ya al sultán, ya al moscovita? ¿Qué es lo que queda del jansenismo, agotado por sus vanos esfuerzos por mantenerse en la Iglesia, a pesar de la Iglesia? Y en cuanto al protestantismo, que parte de un principio de negación, ¿no se le ha visto desde el principio de su nacimiento dividido en varias sectas, sin que haya podido formar nunca una misma sociedad religiosa? ¿Y no le vemos en el día de hoy en una situación desesperada, incapaz de mantener los dogmas que había aceptado en sus principios como fundamentales: la inspiración de las Sagradas Escrituras y la divinidad de Jesucristo?

Ante tantas ruinas amontonadas, ¡qué bella y radiante aparece nuestra Madre la Santa Iglesia Católica, aureolada con los rayos de su unidad, la Esposa única del Emmanuel! Los millones de hombres que la han compuesto y la componen todavía hoy, ¿pertenecerán a otra naturaleza distinta de la de aquellos que ingresaron en las diversas sectas que ella vió nacer y morir? Ortodoxos o heterodoxos, ¿no somos todos miembros de la misma familia humana, esclavos de las mismas pasiones y sujetos a los mismos errores? ¿De dónde viene a los hijos de la Iglesia Católica esta solidez que triunfa del tiempo,

en la que no influye la distinción de razas, que sobrevive a esas crisis y cambios que no pueden evitar ni la fuerte constitución de los estados ni la resistencia secular de las nacionalidades? Es necesario convenir que hay en ella un elemento divino que la hace resistente y mantiene firme. El Espíritu Santo, alma de la Iglesia, influye en todos sus miembros y, como es único, produce la unidad en todo el conjunto que anima. No pudiendo ser contrario a sí mismo, nada existe por él sino mediante una entera conformidad con lo que él es. He ahí la clave del secreto.

UNIDAD EN LA OBEDIENCIA. — Mañana hablaremos de lo que hace el Espíritu Santo para el mantenimiento de la fe una e invariable en todo el cuerpo de la Iglesia; ciñámonos hoy a considerarlo como principio de unión exterior por la subordinación voluntaria a un mismo centro de unidad. Dijo Jesús: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia"; Pedro debía morir. La promesa no se refería sólo a su persona, sino a todo la legión de sucesores que habían de sucederle hasta el fin de los tiempos. ¡Qué maravillosa y enérgica es la acción del Espíritu Santo, que va produciendo, año tras año, esta dinastía de príncipes espirituales, en la que S. S. Pío XII ocupa el número 263, y que continuará hasta el último día del mundo! Ninguna violencia se hará a la libertad del hombre;

el Espíritu Santo permitirá que intente aquel lo que quiera; pero El continuará ejerciendo su misión. Aunque un Decio cause con sus violencias una vacante de cuatro años en la silla de Roma, aunque se levanten antipapas, sostenidos unos por el pueblo y otros por la política del Príncipe, aunque un prolongado cisma haga dudosa la legitimidad de los Pontífices, el Espíritu Santo permitirá que transcurra la prueba, fortificará mientras ésta dure la fe de sus fieles; mas, por fin, llegado el momento, dará a conocer a su elegido y toda la Iglesia le recibirá con aclamaciones de alegría.

Para comprender lo admirable de esta acción sobrenatural, no basta con reconocer los resultados exteriores que produce en la historia; hay que proseguir su estudio en lo que tiene de más íntimo y misterioso. La unidad de la Iglesia no es semejante a la unidad impuesta por los conquistadores en los países sometidos a su yugo, donde se pagan los tributos a la fuerza. Los miembros de la Iglesia guardan la unidad en la fe y en la sumisión, porque aceptan con amor el yugo impuesto a su libertad y a su razón. ¿Pero quién cautiva así al orgullo humano bajo una tal obediencia? ¿Quién logra hacer encontrar la alegría y contento hollando toda pretensión personal? ¿Quién predispone al hombre a poner toda su seguridad y felicidad en dejar de existir como individuo en esta unidad absoluta y esto en cuestiones en que el capricho

humano ha gustado tener rienda suelta en todos los tiempos? ¿No es el Espíritu divino quien obra este milagro múltiple y constante, quien anima y armoniza este vasto conjunto y quien, sin violencia, guarda unidos en un mismo concierto los millones de corazones y de espíritus que forman la Esposa "única" del Hijo de Dios?

En los días de su vida mortal, Jesús pide para nosotros la unidad al Padre celestial. "Que sean uno como lo somos nosotros"[1], dijo. El la prepara, llamándonos a ser sus miembros; mas para obrar esta unión, envía a los hombres su Espíritu, este Espíritu que es el lazo eterno de unión entre el Padre y el Hijo y que se digna descender hasta nosotros, para realizar esta unión inefable que tiene su ejemplar en el mismo Dios.

Gracias, pues, te sean dadas, Espíritu divino, que, habitando en la Iglesia de Jesús, nos inclinas misericordiosamente hacia la unidad, que nos la haces amar y nos dispones a sufrirlo todo antes que romperla. Fortifícala en nosotros y no permitas que ni el más ligero asomo de insumisión la altere jamás. Eres el alma de la Iglesia, gobiérnanos como miembros siempre dóciles a tus inspiraciones; pues estamos seguros de que no podremos llegar a Jesús, que te ha enviado, sino pertenecemos a la Iglesia, su Esposa y nuestra Madre, a esta Iglesia que El

[1] *Juan*, XVII, 11.

rescató con su sangre y que se te confió para formarla y regirla.

El sábado próximo tendrá lugar en toda la Iglesia la ordenación de sacerdotes y ministros sagrados; el Espíritu Santo, que ejerce una de sus más principales obras por el sacramento del Orden, descenderá a las almas presentadas e imprimirá en ellas, por mano del Pontífice, el sello del Sacerdocio, o Diaconado. Ante acto tan transcendental, la Santa Iglesia prescribe desde hoy a sus fieles el ayuno y la abstinencia, para obtener de la misericordia divina que la efusión de gracia tan grande sea beneficiosa para los que la reciben y ventajosa para la sociedad cristiana.

La Estación se celebra en Roma en la basílica de Santa María la Mayor. Convenía que uno de los días de esta octava viera reunidos a los fieles bajo los auspicios de la Madre de Dios, cuya participación en el misterio de Pentecostés ha sido tan gloriosa y favorable para la Iglesia naciente.

DON DE FORTALEZA

Por el don de ciencia hemos aprendido lo que debemos hacer y lo que debemos evitar para vivir conforme al deseo de Jesucristo, nuestro divino Jefe. Necesitamos, ahora, que el Espíritu Santo ponga en nosotros un principio, del que

podamos sacar la energía que debe ser nuestro sostén durante el camino que acaba de señalarnos. Debemos, en efecto, contar con obstáculos, y el gran número de los que sucumben es muestra palpable de la necesidad que tenemos de ayuda. El socorro que nos envía el Espíritu Santo es el Don de fortaleza, con cuyo perseverante ejercicio nos será posible y aun fácil el triunfar de todo aquello que podría torcer nuestra marcha.

En las dificultades y pruebas de la vida, el hombre se deja llevar por la debilidad y el abatimiento, o por un ardor natural que tiene su fuente, o en el temperamento, o en la vanidad. Esta doble disposición contribuye poco a la victoria en los combates que el alma debe sostener para su salvación. El Espíritu Santo aporta un elemento nuevo, esta fuerza sobrenatural, que le es tan propia, que al instituir el Salvador sus Sacramentos estableció uno, dándole como fin especial el otorgarnos este divino Espíritu, como principio de energía. No cabe duda, pues, que teniendo que luchar en esta vida contra el demonio, el mundo y la carne, necesitemos algo más para resistir que la pusilanimidad y la audacia. Necesitamos un don especial que ponga límite a nuestra timidez y temple al mismo tiempo nuestra excesiva confianza en nuestras propias fuerzas. El hombre fortificado así por la obra del Espíritu Santo saldrá victorioso seguramente, porque la gracia suplirá en él a la debilidad

de la naturaleza, al mismo tiempo que templará su ardor.

Dos necesidades encuentra el cristiano en su vida; necesitará poder resistir y poder soportar. ¿Qué podrá él contra las tentaciones de Satanás si la fortaleza del Espíritu Santo no viene a rodearle de una armadura celestial y a fortificar su brazo? No es el mundo un adversario menos temible si se considera el número de víctimas que hace cada día por la tiranía de sus máximas y de sus pretensiones. ¡Cuán grande debe ser la asistencia del Espíritu divino cuando procura hacer invulnerable al cristiano a los flechazos mortíferos, que causan tantas heridas a su alrededor!

Las pasiones del corazón humano no son menor obstáculo a su obra de salvación y de santificación; obstáculo tanto más temible cuanto es más íntimo. Es necesario que el Espíritu Santo transforme el corazón, que le enseñe a renunciarse a sí mismo cuando la luz celestial nos señala otro camino distinto del que seguimos guiados por el amor y búsqueda de nosotros mismos. ¿Qué fortaleza divina no se necesita para "odiar hasta la propia vida" cuando lo exige Jesucristo [1], cuando se trata de elegir entre dos señores, cuyo servicio común es incompatible? [2]. El Espíritu Santo obra diariamente estos prodigios, por medio del don que

[1] *Juan*, XII, 25.
[2] *Mateo*, VI, 24.

nos ha otorgado, si no despreciamos ese don, si no lo anulamos con nuestra cobardía o con nuestra imprudencia. Enseña al cristiano a dominar sus pasiones, a no dejarse conducir por estos guías ciegos, a no ceder a sus instintos sino cuando van unidos al orden que ha establecido.

A veces no se contenta sólo con que el cristiano resista interiormente a los enemigos de su alma; exige una protesta abierta contra el error y el mal, si así lo pide el deber del estado, o la posición en que se halla. Entonces no hay que hacer caso de esta especie de desprecio que va anejo al nombre de cristiano y que no debe de extrañarle si se acuerda de las palabras del Apóstol[1]: "si buscase agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo". El Espíritu Santo no puede faltar nunca, y cuando se encuentra con un alma resuelta a valerse del don de Fortaleza, cuya fuente es El, no sólo le asegura el triunfo, sino que diariamente la pone en estado de paz, de plena seguridad y de valor con que logra la victoria sobre las pasiones.

Tal es la aplicación que el Espíritu Santo hace del don de Fortaleza en el cristiano que debe ejercitarse en la paciencia. Hemos dicho que este don precioso lleva consigo, al mismo tiempo, la energía necesaria para soportar las pruebas, con cuyo precio adquirimos nuestra salvación. Hay escenas de espanto que aminoran

[1] *Gal.*, I, 10.

nuestro empuje y que pueden conducir al hombre a una ruina total. El don de Fortaleza las desvanece y reemplaza por una calma y seguridad que desconciertan a la naturaleza. Contemplad a los mártires, y no sólo a un San Mauricio, jefe de la legión Tebea, curtido ya en la lucha del campo de batalla, sino a Felicidad, madre de los siete hermanos Macabeos; a Perpetua, noble matrona cartaginesa, para la que el mundo era todo halagos; a Inés, niña de trece años, y a tantos otros millares, y decid si el don de Fortaleza es estéril en sacrificios. ¿Qué ha sido del miedo a la muerte, de esta muerte cuyo solo pensamiento nos estremece muchas veces? ¡Y estas generosas ofrendas de una vida inmolada en el renunciamiento y privaciones, con el fin de encontrar a Jesús enteramente y seguir sus huellas lo más cerca posible! ¡Y tantas existencias ocultas a las miradas distraídas y superficiales de los hombres, existencias que tienen como fundamento el sacrificio, cuya serenidad no quebrantaron nunca las más duras pruebas y que diariamente aceptan pacientes su nueva cruz! ¡Qué trofeos para el espíritu de Fortaleza! ¡Qué sacrificios ante el deber sabe producir! Y si el hombre por sí mismo no es casi nada, ¡cómo se agranda con la acción del Espíritu Santo!

Ayuda también él al cristiano a vencer la triste tentación del respeto humano, elevándole por encima de las consideraciones del mundo,

que dictan otra conducta; el que incita al hombre a preferir al vano honor del mundo, la gloria de no haber violado los mandamientos de su Dios. Este espíritu de Fortaleza nos hace aceptar los reveses de fortuna como otros tantos designios misericordiosos del cielo, el que mantiene firme el valor del cristiano en las pérdidas tan dolorosas de seres queridos, en los sufrimientos físicos que harían de la vida una carga insoportable, si no supiera que son visitas del Señor. Es, en fin, como leemos en las vidas de los Santos, quien se sirve de las mismas repugnancias de la naturaleza para producir esos actos heroicos en que la creatura humana parece sobrepasar los límites de su ser, para elevarse al grado de espíritus impasibles y glorificados.

¡Espíritu de fortaleza, que moras cada día más y más en nosotros, presérvanos de la seducción de este siglo! En ninguna época ha sido tan débil la energía de las almas, ni tan poderoso el espíritu del mundo, ni tan insolente el sensualismo, ni tan pronunciados el orgullo y la independencia. Ser fuerte consigo mismo es hoy algo tan singular, que despierta la admiración de los que son testigos: ¡tanto terreno van perdiendo las máximas evangélicas! ¡Detennos en esta pendiente, que nos arrastrará, como a tantos otros, oh Espíritu divino! Permite que te dirijamos, en demanda suplicante, los votos que hacía Pablo por los cristianos de Efeso y que

podamos reclamar de tu magnanimidad "esta armadura divina para que podamos resistir en el día malo y permanecer perfectos en todas las cosas. Ciñe nuestros lomos con la verdad, revístenos de la coraza de justicia y pon a nuestros pies el Evangelio de la paz con un calzado indestructible; ármanos en todo momento del escudo de la fe con que podamos apagar los encendidos dardos del maligno enemigo. Cubre nuestra cabeza con el yelmo de salud y en nuestra mano pon la espada del espíritu, que es la palabra de Dios" [1], con cuya ayuda, como el Señor en el desierto, podremos derrotar a todos los enemigos. Espíritu de Fortaleza, que así sea.

JUEVES DE PENTECOSTES

EL ESPIRITU SANTO Y LA PREDICACION DE LA VERDAD

El Espíritu divino, que es lazo de unión de todos los miembros de la Iglesia, porque él mismo es uno, no sólo ha sido enviado para asegurar la unidad inviolable de la Esposa de Cristo. Esta Esposa de un Dios, que se ha llamado a sí mismo la Verdad [2], tiene necesidad de permanecer en la Verdad y no puede ser contaminada por el error. Jesús la confió su doctrina, la instruyó en la persona de los Apóstoles. "Todo

[1] *Efes.*, VI, 11-17.
[2] *Juan*, XIV, 6.

lo que vi de mi Padre, dijo, os lo he manifestado"[1]. Pero esta Iglesia, abandonada a la flaqueza humana, ¿cómo podía conservar sin mezcla y sin alteración, durante el correr de los siglos, esta palabra que Jesús no escribió, esta verdad que El vino del cielo a traer a la tierra? La experiencia nos enseña que todo lo terreno está sometido a las más diversas variaciones, que los textos escritos se prestan a falsas interpretaciones y que las tradiciones no escritas se adulteran con el tiempo.

Haremos resaltar aquí también la previsión del Emmanuel al subir al cielo. Lo mismo que, para cumplir su deseo de "que seamos uno como lo es El con su Padre", nos ha enviado su único Espíritu; así para mantenernos en la verdad nos ha enviado a ese mismo Espíritu que llama Espíritu de verdad. "Cuando venga, dice, este Espíritu de verdad os enseñará todo"[2], ¿y qué verdad enseñará este Espíritu? "Os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que os he dicho"[3].

Nada, pues, de lo que el Verbo de Dios predicó a los hombres quedará escondido. La belleza de su Esposa tendrá como fundamento la verdad; porque la belleza es el resplandor de lo verdadero. Su fidelidad al Esposo será perfecta; porque si El es la Verdad, la Verdad está

---

1 *Juan*, XV, 15.
2 *Juan*, XVI, 13.
3 *Juan*, XIV, 16.

asegurada en sí misma para siempre. Jesús lo declara así: "el nuevo Concolador que procede del Padre permanecerá con vosotros eternamente y estará en vosotros" [1]. Por el Espíritu Santo, la Iglesia poseerá, pues, la verdad como cosa propia, y esta posesión nunca la será arrebatada; porque este Espíritu, enviado por el Padre y por el Hijo, asistirá a la Iglesia y nunca la abandonará.

CONSERVA LAS ENSEÑANZAS DEL VERBO. — Es la ocasión de recordar aquí la magnífica teoría de San Agustín. Según su doctrina, que no es sino la explicación de los pasajes evangélicos que acabamos de leer, el Espíritu Santo es en la Iglesia el principio de la vida; pues, siendo Espíritu de verdad, conserva en ella la verdad y la dirige en la verdad, de tal modo que, en su enseñanza y gobierno, no puede ella expresar otra cosa que la verdad. El toma sobre sí la responsabilidad de sus palabras, como nuestro espíritu responde de lo que nuestra lengua pronuncia; y he aquí porqué la Santa Iglesia se identifica de tal modo con la verdad por su unión con el Espíritu divino, que el Apóstol no tiene reparo en decirnos que es su "pilar y sostén" [2]. Nadie se extrañe, pues, si el cristiano descansa sobre la Iglesia en su creencia. ¿No sabe que esta Iglesia no permanece nunca sola, que

[1] *Juan*, XVI, 17.
[2] *Timot.*, III, 15.

está siempre con el Espíritu de Dios que vive en ella, que su palabra no es suya, sino la palabra del Espíritu, que no es otra que la palabra de Jesús?

La Sagrada Escritura. — Esta palabra de Jesús la conserva el Espíritu para la Iglesia en un doble depósito. Vela sobre ella en los Santos Evangelios que inspiró a sus autores. Estos libros sagrados se hallan defendidos por sus cuidados contra toda alteración, y van atravesando los siglos sin que la mano del hombre los haya modificado. Lo mismo ocurre con otros libros del Nuevo Testamento compuestos bajo el soplo del mismo Espíritu. Los que pertenecen al Antiguo Testamento son, igualmente, fruto de su inspiración. Aunque no relatan los discursos de Jesús durante su vida mortal, hablan de El y le anuncian, al mismo tiempo que contienen la primera iniciación en las cosas divinas. Este conjunto de libros sagrados está lleno de misterios, cuya llave guarda el Espíritu para comunicarla a la Iglesia.

La tradición. — La otra fuente de la palabra de Jesús es la tradición. No debía quedar todo escrito, y la Iglesia existía aun antes de que los Evangelios fuesen redactados. ¿Cómo habría sobrevivido sin alterarse esta tradición, elemento divino como la misma Escritura, si el Espíritu de verdad no velase por su conservación? La

guarda en la memoria de la Iglesia y la preserva de toda alteración; esta es su misión, y por su fidelidad en cumplirla, la Esposa queda en posesión de todos los secretos del Esposo.

PROLONGA LA ENSEÑANZA DEL VERBO. — Mas no basta que la Iglesia posea la verdad escrita y tradicional como en depósito sellado. Es necesario, además, que la sepa discernir para poderla interpretar a aquellos a quienes debe comunicar las enseñanzas de Jesús. No ha descendido del cielo la verdad para permanecer oculta a los hombres; pues es su luz, y sin ella perecerían en las tinieblas sin saber de dónde vienen, y a dónde van [1]. El Espíritu de verdad no se limitará tan sólo a conservar la palabra de Jesús en la Iglesia como tesoro escondido, sino que la derramará sobre los hombres para que saquen de ella la vida de sus almas. La Iglesia, por tanto, será infalible en su doctrina, pues no podrá engañarse a sí misma ni a los hombres, puesto que el Espíritu de verdad la guía en todo y habla por medio de su órgano. Es su alma, y hemos admitido con San Agustín que cuando la lengua se expresa, al alma es a la que se escucha.

HACE A LA IGLESIA INFALIBLE. — ¡He ahí esta infalibilidad de nuestra santa Madre la Iglesia, resultado directo e inmediato de la incorpora-

[1] *Juan*, XII, 35.

ción a ella del Espíritu de Verdad! Esta es la promesa del Hijo de Dios, el efecto indispensable de la presencia del Espíritu Santo. Todo aquel que no reconoce a la Iglesia como infalible, debe admitir, si es consecuente consigo mismo, que el Hijo de Dios ha sido impotente para cumplir su promesa y que el Espíritu de verdad no es sino espíritu de error. Mas quien de este modo razonase, ha perdido el sentido, de la vida. Cree negar solamente a la Iglesia, y, sin reparar en ello, de Dios mismo es de quien reniega. Tal es el pecado y la desgracia de la herejía. La falta de seria reflexión puede encubrir esta terrible consecuencia, que rigurosamente se deduce. El hereje, al separarse del pensar de la Iglesia, ha roto con el Espíritu Santo; podrá revivir si vuelve humildemente a la Esposa de Cristo, pero, al presente, se halla en la muerte, porque el alma no lo anima. Escuchemos ahora al gran doctor: "Sucede muy a menudo, dice, que un miembro del cuerpo humano, una mano, un dedo, un pie, es cortado; ¿acompaña el alma a este miembro separado del cuerpo? No; este miembro, cuando estaba unido al cuerpo, gozaba de vida; una vez separado, es la misma vida la que ha perdido. Del mismo modo, el cristiano permanece católico mientras está unido al cuerpo de la Iglesia; separado de él, es hereje; el Espíritu no va con el miembro desprendido" [1].

---

[1] Sermón 257, para el día de Pentecostés.

Obediencia a la Iglesia. — Honor sea dado al Espíritu divino por el esplendor de la verdad que comunica a la Esposa. Mas ¿podemos, sin peligro, poner límites a nuestra docilidad, a las enseñanzas que nos vienen a la vez del Espíritu y de la Esposa que tan indisolublemente sabemos que están unidos?[1]. Ya sea que la Iglesia nos intime a aquello que debemos creer mostrándonos su práctica, o por la simple expresión de sus sentimientos, ya que proclame solemnemente la definición esperada, debemos mirar y escuchar con el corazón sumiso; pues la práctica de la Iglesia está mantenida en la verdad por el Espíritu que la vivifica; la expresión de sus sentimientos es siempre la continua aspiración de este Espíritu que vive en ella; y en cuanto a las sentencias que da, no es ella sola la que las pronuncia, es el Espíritu quien las pronuncia en ella y por medio de ella. Si su jefe visible declara la doctrina, sabemos que Jesús rogó para que la fe de Pedro no decayera, que lo consiguió de su Padre, y que confió al Espíritu el cuidado de conservar a Pedro en posesión de don tan precioso para nosotros. Si el Sumo Pontífice, a la cabeza del colegio episcopal, reunido en concilio, declara la fe de completo acuerdo con sus miembros, es el Espíritu quien, en ese juicio colectivo, da la definición con soberana majestad, para exaltación de la

[1] *Apoc.*, XXII, 37.

verdad y confusión del error. El Espíritu es quien ha sometido todas las herejías a los pies de la Esposa victoriosa; El es quien, en el transcurso de los siglos, ha suscitado los doctores que han echado por tierra el error en el momento de su aparición.

Confiere la santidad a la Iglesia. — Nuestra Iglesia muy amada tiene como herencia el don de infalibilidad; por tanto, la Esposa de Jesús es veraz en todo y siempre, y es deudora de esta herencia dichosa a aquel que desde la eternidad procede del Padre y del Hijo. Mas hay una gloria que también le debe. La Esposa de Dios santo debe ser santa. Ciertamente lo es, y esta santidad la recibe del Espíritu de santidad. La verdad y la santidad se hallan unidas en Dios indisolublemente; y por esto Jesús, queriendo "que fuésemos perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto" [1], y que aun siendo simples criaturas buscásemos nuestro tipo en el soberano, bien ruega "para que seamos santificados en la verdad" [2].

Jesús ha confiado a su Esposa a la dirección del Espíritu Santo para hacerla santa. Pues la santidad está tan inseparablemente unida a este Espíritu divino, que ésta es la cualidad más principal con que se le designa. Jesús mismo le llama Espíritu Santo, de manera que este

---

[1] *Mateo*, V, 48.
[2] *Juan*, XVII, 19.

hermoso nombre se lo damos por el testimonio del Hijo de Dios. El Padre es el poder, el Hijo la verdad y el Espíritu la santidad. Por eso el Espíritu desempeña en la tierra el ministerio de santificador, aunque también el Padre y el Hijo sean santos, lo mismo que está la verdad en el Padre y el Espíritu, y que el Espíritu lo mismo que el Hijo sean también poder. Las tres divinas personas tienen sus propiedades particulares, mas están unidas en una sola y misma esencia. Ahora bien, la propiedad particular del Espíritu Santo es ser amor, y el amor produce la santidad; porque une e identifica al soberano bien con el que ama, y esta unión o identificación es la santidad, la cual es el esplendor del bien, así como la belleza es el esplendor de lo verdadero.

La conserva fiel a Cristo. — Para ser digna de su Esposo Emmanuel, la Iglesia debía ser santa. El la dió la verdad, que el Espíritu ha mantenido en ella; el Espíritu a su vez le dará la santidad, y el Padre celestial, viéndola santa y veraz, la adoptará por hija: he aquí su glorioso destino. Veamos ahora las características de esa santidad. La primera es la fidelidad al esposo. Ahora bien, la historia de toda la Iglesia es una muestra de esta fidelidad. Se la han tendido toda clase de lazos y contra ella se ha cometido toda clase de violencias, con el fin de engañarla y arrebatarla al Esposo; mas todo lo

ha hecho fracasar y lo ha desafiado todo. Ha sacrificado su sangre, su descanso, y hasta el territorio donde reinaba, antes que permitir alterar en sus manos el depósito que el Esposo la había confiado.

Contad, si podéis, los mártires habidos desde los tiempos de los Apóstoles hasta el día de hoy. Recordad las ofertas hechas por los Príncipes con el fin de que guardase silencio sobre la verdad divina, las amenazas y crueles tratamientos que ha recibido antes de dejar mutilar su símbolo. ¿Podrán olvidarse las luchas formidables que sostuvo contra los emperadores de Alemania por salvarguardar su libertad; el noble desprendimiento que demostró, prefiriendo ver a Inglaterra separada de sí antes que aprobar, por una ilícita dispensa, el adulterio de un rey; la generosidad que manifestó en la persona de Pío IX haciendo frente a los desdenes de la política mundana y a los cobardes asombros de falsos católicos antes que abandonar a un niño judío, a quien se había administrado el bautismo en peligro de muerte, expuesto a renegar de su carácter de cristiano y a blasfemar de Cristo, de quien se había convertido en miembro?

SANTIFICA LOS MIEMBROS DE LA IGLESIA. — La Iglesia obra y obrará de esta manera hasta el fin, puesto que es santa en su fidelidad; y el Espíritu alimenta en ella continuamente un

amor tal, que no se detiene en consideraciones ante el deber. Puede ella mostrar el código de sus leyes tanto en presencia de sus enemigos como de sus fieles hijos y preguntarles si podrían señalar una sola, cuyo objeto no sea procurar la gloria de su Esposo y el bien de los hombres, por medio de la práctica de la virtud. Por eso vemos salir de su seno millones de seres virtuosos que van a Dios después de esta vida. Son los santos que la santa Iglesia produce con el influjo del Espíritu Santo. En todas estas miriadas de elegidos no hay uno que la Iglesia no reclame como fruto de su seno maternal. Aun a aquellos que, por permisión divina, han nacido en sociedades separadas, si han vivido en disposición de abrazar la verdadera Iglesia al conocerla, y si han practicado todas las virtudes con entera fidelidad a la gracia que es el fruto de la redención universal, la santa Iglesia los reclama como hijos suyos.

En ella se ven toda clase de desvelos y heroísmos. En ella son corrientes las virtudes ocultas al mundo antes de ser fundada. En ella hay santidades asombrosas que corona con los honores de la canonización; hay humildades y virtudes ocultas que no saldrán a relucir hasta el día de la eternidad. Los preceptos de Jesús son observados por sus discípulos, en los que reina como amado Maestro. Mas este Maestro ha dado también consejos que no están al alcance de todos, y que son origen de un nuevo acrecenta-

miento de la santidad inagotable de la Esposa. No sólo hay almas generosas que aceptan con amor estos divinos consejos, sino que además la Iglesia fecundada por el Espíritu divino no cesa de engendrar y sostener inmensas familias religiosas, cuya vida es la perfección y cuya ley suprema es la práctica de los consejos evangélicos, unida por voto a la de los preceptos.

No nos admiremos, por tanto, de que la Esposa resplandezca con el don de milagros, que atestigua visiblemente la santidad. Jesús la ha prometido que su frente estaría siempre rodeada de esta aureola sobrenatural[1]; ahora bien, el Apóstol nos enseña que los prodigios obrados en la Iglesia son obra directa del Espíritu Santo[2].

Y si alguno objeta que no todos los miembros de la Iglesia son santos, le responderemos que basta que esta Esposa de Cristo ofrezca a todos el medio de llegar a serlo; pues, habiendo sido concedida la libertad para que fuese instrumento del mérito, sería contradictorio que aquellos que están dotados de ella estuviesen, a la vez, obligados al bien. Añadiremos que un crecido número de aquellos que se hallan en pecado, si permanecen miembros de la Iglesia por la fe y la respetuosa sumisión a sus pastores legítimos y principalmente al Pontífice Romano, se pondrán, pronto o tarde, en gracia

---

[1] *Juan*, XIV, 12.
[2] *I Cor.*, XII, 11.

de Dios y acabarán su vida santamente. La misericordia del Espíritu Santo obra esta maravilla por medio de la Iglesia, que, a ejemplo de su Esposo, "no apaga la mecha humeante ni rompe la caña hendida"[1].

Obra por los Sacramentos. — ¿Cómo no podrá ser santa la que, para comunicarlo a los hombres, ha recibido el divino septenario de los Sacramentos, cuya riqueza hemos expuesto en el curso de una de las semanas precedentes? ¿Qué cosa más santa que este conjunto de ritos de los cuales unos dan la vida a los pecadores, los otros aumento de gracia a los justos? Establecidos por el mismo Jesús estos Sacramentos, que son la herencia de la santa Iglesia, están todos relacionados con el Espíritu Santo. En el Bautismo, Confirmación y Orden El mismo es quien obra directamente; en el Sacrificio Eucarístico, el Hombre-Dios vive y es inmolado sobre el altar por su acción; hace renacer en la Penitencia la gracia bautismal; el Espíritu de Fortaleza es el que conforta al moribundo en la Extremaunción y el que une con lazo indisoluble a los esposos en el Matrimonio. El Emmanuel, al subir a los cielos, nos dejó como prenda de su amor este septenario sacramental; pero el tesoro permaneció sellado hasta que descendió el Espíritu divino. Debía El mismo hacer a

[1] *Isaías,* XLII, 3.

la Esposa dueña de depósito tan precioso, después de haberla preparado, santificándola, a recibirlo en sus regias manos y a administrarlo fielmente a sus miembros.

INSPIRA LA ORACIÓN. — La Iglesia, en fin, es santa por su continua oración. Aquel que es "Espíritu de gracia y oración" [1] produce continuamente en los fieles de la Iglesia los diversos actos que forman el sublime concierto de la oración: adoración, acción de gracias, petición, impulsos de arrepentimiento, efusiones de amor. Concede a muchos los dones de la contemplación por los cuales la criatura unas veces es arrebatada hasta Dios, otras ve descender a Dios hasta ella con favores más bien propios de la vida futura que de la presente. ¿Quién podrá contar los anhelos de la santa Iglesia hacia el Esposo en los millones de oraciones que, a cada minuto, suben de la tierra al cielo, tanto que parecen unirlos a ambos en el más estrecho abrazo? ¿Cómo no ha de ser santa la que, según la enérgica expresión del Apóstol, "tiene su conversación en el cielo?" [2].

Y si la oración de los miembros es tan maravillosa en la manera de multiplicarse y en su ardor, ¿cuán imponente y cuánto más hermosa es la oración general de la Iglesia en la santa liturgia, donde el Espíritu Santo obra de modo

[1] *Zac.*, XII, 10.
[2] *Filip.*, III, 20.

absoluto, inspirando a la Esposa y sugiriéndola esas expresiones que hemos expuesto a través de esta obra? Que digan los que nos han seguido hasta aquí si la oración litúrgica no es la primera de todas, si no es, asimismo, la luz y la vida de su oración personal. Que alaben a la santidad de la Esposa que les da de su plenitud y que glorifiquen al "Espíritu de gracias y oración" por lo que se digna hacer para ella y para ellos.

Oh Iglesia, has sido "santificada en la verdad"; y por ti participamos de toda la doctrina de Jesús, tu Esposo; por ti somos colocados en el camino de esta santidad, que es tu elemento. ¿Qué podemos desear, después de tener la Verdad y el Bien? Fuera de ti, en vano lo buscamos, y nuestro bien consiste en que no tengamos nada que buscar; tu corazón maternal no desea sino derramar sobre nosotros todos los dones y luces que has recibido. ¡Bendita seas en esta solemnidad de Pentecostés en la que tantas gracias has recibido para nosotros! Estamos deslumbrados por el resplandor de las prerrogativas que la munificencia de tu Esposo te ha alcanzado y de las cuales, a su vez, el Espíritu Santo te colma; y ahora que te conocemos mejor, prometemos serte más fieles que nunca.

La Estación del jueves de Pentecostés es en la basílica de San Lorenzo Extramuros. Este venerable santuario donde descansan los despojos mortales del valiente arcediano de la

Iglesia romana, es uno de los trofeos más gloriosos de la victoria del Espíritu divino sobre el Príncipe del mundo. Y la reunión anual de fieles después de tantos siglos en dicho lugar, atestigua lo completa que fué la victoria que dió a Cristo Roma y su poder.

EL DON DEL CONSEJO

El don de Fortaleza, cuya necesidad en la obra de la santificación del cristiano hemos reconocido, no bastaría para darnos la seguridad de este resultado si el Espíritu divino no hubiese procurado unirlo a otro don que va a continuación y que preserva de todo peligro. Este nuevo beneficio consiste en el don de Consejo. A la fortaleza no se la puede dejar a sí misma; necesita un elemento que la dirija. El don de ciencia no puede ser este elemento, pues si bien ilumina al alma acerca de su fin y sobre las reglas generales de conducta que debe observar, con todo eso no comunica luz suficiente sobre las aplicaciones especiales de la ley de Dios y sobre el gobierno de la vida. En las diversas situaciones en que podamos hallarnos, en las resoluciones que podamos tomar, es necesario que escuchemos la voz del Espíritu Santo, y esta voz divina llega a nosotros por el don de Consejo. Si queremos escucharla, nos dice lo que debemos hacer y lo que debemos evitar, lo que debemos

decir y lo que debemos callar, lo que podemos conservar y lo que debemos renunciar. Por el don de Consejo, el Espíritu Santo obra en nuestra inteligencia, así como por el don de Fortaleza obra en la voluntad.

Este precioso don tiene su aplicación en toda la vida; pues es necesario que, sin cesar, nos determinemos por un partido o por otro; y debemos estar agradecidos al Espíritu divino al pensar que no nos deja nunca solos si estamos dispuestos a seguir la dirección que El nos señala. ¡Cuántos lazos puede hacernos evitar! ¡Las ilusiones que puede desvanecer en nosotros y las realidades que puede hacer que descubramos! Mas para no desperdiciar sus inspiraciones debemos librarnos de los impulsos naturales que quizás nos determinan muy a menudo; de la temeridad que nos lleva a capricho de la pasión; de la precipitación que pretende que demos nuestro juicio y obremos cuando aún no hemos visto más que un lado de las cosas; en fin, de la indiferencia que hace que nos decidamos al azar, por temor a la fatiga de buscar lo que sería mejor.

El Espíritu Santo, por el don de Consejo, preserva al hombre de todos estos inconvenientes. Modera la naturaleza, a menudo tan exagerada, cuando no apática. Mantiene el alma atenta a lo verdadero, a lo bueno, a lo que, sin duda, le es más ventajoso. La insinúa esta virtud, que es el complemento y como la salsa de

todas las otras; nos referimos a la discreción cuyo secreto tiene El, y por la cual las virtudes se conservan, se armonizan y no degeneran en defectos. Con la dirección del don de Consejo, el cristiano no tiene por qué temer; el Espíritu Santo asume la responsabilidad de todo. ¿Qué importa, pues, que el mundo critique o censure, que se admire o se escandalice? El mundo se cree prudente; mas le falta el don de consejo. De ahí que a menudo las resoluciones tomadas bajo su inspiración tengan un fin distinto del que se había propuesto. Y así tenía que ser; pues, refiriéndose a él, dijo el Señor: "Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos vuestros caminos"[1].

Pidamos con toda el ansia de nuestros deseos el don divino, que nos preserva del peligro de gobernarnos a nosotros mismos; mas sepamos que este don no habita sino en aquellos que lo tienen en suficiente estima para renunciarse ante él. Si el Espíritu Santo nos halla libres de ideas mundanas, y convencidos de nuestra fragilidad, se dignará entonces ser nuestro Consejo; del mismo modo que si nos tenemos por prudentes a nuestros propios ojos, apartará su luz y nos dejará solos.

¡Oh Espíritu divino!, ¡que nos suceda esto! De sobra sabemos por experiencia que nos es menos ventajoso seguir los azares de la pruden-

---

[1] *Isaías*, LV, 8.

cia humana y renunciamos ante ti las pretensiones de nuestro espíritu, tan dispuesto a quedar deslumbrado y hacerse ilusiones. Dígnate conservar y desarrollar en nosotros con toda libertad este don inefable que nos has otorgado en el bautismo: sé siempre nuestro Consejo. "Haz que conozcamos tus caminos, y enséñanos tus senderos. Guíanos en la verdad e instrúyenos; pues de ti nos vendrá la salvación y por esto nos sometemos a tu ley" [1]. Sabemos que seremos juzgados de todas nuestras obras y pensamientos; mas sabemos también que no tenemos por qué temer mientras seamos fieles a tus mandamientos. Prestaremos atención "para escuchar lo que nos dice el Señor nuestro Dios" [2], al Espíritu de Consejo, ya nos hable directamente, ya nos remita al órgano que nos ha preparado. ¡Bendito sea Jesús, que nos ha enviado su Espíritu para ser nuestro guía; y bendito sea este divino Espíritu, que se digna asistirnos siempre y al que nuestras pasadas resistencias no han alejado de nosotros!

VIERNES DE PENTECOSTES

EL ESPIRITU SANTO EN EL CORAZON DEL CRISTIANO

Hasta aquí hemos considerado la acción del Espíritu Santo en la Iglesia; ahora la conside-

[1] Salmo 118.
[2] Salmos 83, 9.

raremos en una extensión más reducida; necesitamos estudiarla en el corazón del cristiano. Expresaremos nuestros sentimientos de admiración y reconocimiento para con este Espíritu, que se digna atender a todas nuestras necesidades y conducirnos al fin dichoso para el que hemos sido criados.

Así como el Espíritu Santo, enviado "para permanecer en nosotros", se ocupa en sostener y dirigir la Iglesia, para que sea siempre la Esposa fiel de Jesús, del mismo modo se interesa por nosotros para hacernos miembros dignos de este Jefe santo y glorioso. Su misión es unirnos a Jesús tan estrechamente, de modo que seamos incorporados a El. A El pertenece el crearnos en el orden sobrenatural, darnos y conservarnos la vida de la gracia, aplicándonos los méritos que Jesús, nuestro mediador y salvador, nos ha adquirido.

LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU FUERA DE LA ESENCIA DIVINA. — Esta misión del Espíritu Santo que le ha sido confiada por el Padre y el Hijo, y que El ejerce en el género humano, es sublime. En el seno de la divinidad el Espíritu Santo es producido y no produce. El Padre engendra al Hijo, el Padre y el Hijo producen al Espíritu Santo; esta diferencia se funda en la misma naturaleza divina que no está ni puede estar sino en tres personas. De ahí resulta, como enseñan los Padres, que el Espíritu Santo ha re-

cibido para comunicarla fuera de sí la fecundidad que no ejerce en la esencia divina. Cuando se trata de producir la Humanidad del Hijo de Dios en el seno de María, El es quien obra; y si se trata de crear al cristiano del fondo de la corrupción original y de llamarle a la vida de la gracia, también El es quien ejerce su acción: de suerte que, según la enérgica expresión de San Agustín, "la misma gracia que en sus comienzos produjo a Cristo, produce al cristiano cuando comienza a creer; el mismo Espíritu, por el que Cristo fué concebido, es el principio del nuevo nacimiento del fiel" [1].

DA LA VIDA SOBRENATURAL. — Hemos tratado por extenso de la acción del Espíritu Santo en la formación y gobierno de la Iglesia; porque su obra principal es la de formar en la tierra a la Esposa del Hijo de Dios, de quien nos vienen todos los bienes. Es la depositaria de una parte de las gracias de este augusto Paráclito que se ha dignado ponerse a su disposición para salvarnos y santificarnos. Por nosotros también la ha hecho católica y visible a las miradas de todos, para que podamos hallarla más fácilmente; por nosotros mantiene en ella la verdad y la santidad para que nos empapemos en estas dos fuentes. Ahora consideremos lo que obra en las almas y en seguida nos hallaremos frente a

[1] San Agustín, de la predestinación de los santos, cap. 15.

su poder creador. ¿No es, acaso, verdadera creación el sacar un alma de la ruina original en que se hallaba sumergida o, lo que es aún más admirable, hacer que un alma, desfigurada por el pecado voluntario y personal, llegue a hacerse en un momento hija adoptiva del Padre celestial y miembro del Hijo de Dios? El Padre y el Hijo se complacen al ver cómo realiza esta obra el Espíritu Santo, que es su amor mutuo. Le han enviado para que obre y proceda como Señor en su misión y donde quiera que reine, reinen también ellos.

El alma elegida ha sido presentada desde la eternidad a la Santísima Trinidad; pero, llegado el momento, el Espíritu desciende. Se apodera de esta alma como de objeto destinado a su amor. El vuelo de la misericordiosa paloma es más rápido que el del águila que cae sobre su presa. Si la voluntad humana no pone resistencia a su acción, ocurrirá a esta alma lo que ocurrió a la misma Iglesia, es decir: que "lo que no era triunfará de lo que era"[1]. Entonces se ven admirables prodigios: "donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia"[2].

Hemos visto al Emmanuel conferir a las aguas la virtud de purificar las almas; mas recordemos que, cuando descendió a las ondas del Jordán, vino la paloma a posarse en su cabeza y tomó posesión del elemento regenerador. La

[1] *I Cor.*, I, 28.
[2] *Rom.*, V, 20.

fuente bautismal queda en su poder. "Allí es, nos dice el gran San León, donde preside al nuevo nacimiento del hombre, haciendo fecunda la fuente sagrada como en otra ocasión fecundó el seno de la Virgen, con la diferencia de que el pecado estuvo ausente de la concepción del Hijo de Dios, mientras que el misterioso lavatorio lo destruye en nosotros"[1].

¡Con qué ternura contempla el Espíritu divino esta nueva criatura que sale de las aguas! ¡Con qué amor tan impetuoso entra en ella! Es el don del Dios Altísimo enviado para morar en nosotros. Tiene su habitación en esta alma completamente nueva, ya sea del niño de un día, ya la del adulto cargado de años. Se complace en esta estancia que ambicionó desde la eternidad; la inunda con su fuego y con su luz; y como por naturaleza es inseparable de las otras personas divinas, su presencia es causa de que el Padre y el Hijo vengan a hacer su morada en esta alma[2].

Mas el Espíritu Santo ejerce su propia acción y su misión santificadora, y para comprender la naturaleza de su presencia en el cristiano hay que saber que no se limita tan sólo al alma. El cuerpo forma también parte del hombre y también él participa de la regeneración; por esto el Apóstol, a la vez que nos revela la "mo-

---

[1] Sermón 26, sobre el Nacimiento del Señor, 4.
[2] *Juan,* XIV, 23.

rada" del Espíritu en nosotros [1], nos enseña que nuestros mismos miembros materiales son su templo [2]. Quiere El que sirvan a la justicia y santidad [3]; deposita en ellos un germen de inmoralidad que les preservará de la podredumbre del sepulcro, de suerte que, el día de la resurrección, volverán a aparecer más espiritualizados [4], conservando la señal del espíritu que los ocupó en esta vida mortal.

ADORNA EL ALMA CON LAS VIRTUDES Y DONES. — Siendo, pues, el cristiano morada del Espíritu Santo, no debemos extrañarnos de que este divino Espíritu trate de adornar dignamente la habitación que ha elegido. ¿Qué aderezo más noble que el de las virtudes teologales: la *Fe,* que nos pone en posesión segura y substancial de las verdades divinas que nuestra inteligencia no puede alcanzar; la *Esperanza,* que pone a nuestro alcance el socorro divino que necesitamos y la felicidad eterna que esperamos; la *Caridad,* que nos une a Dios con el lazo más fuerte y dulce? Ahora bien, estas tres virtudes, estos tres medios por los que el hombre regenerado está relacionado con su fin, los debe el cristiano a la presencia del Espíritu Santo, el cual se ha dignado dejar como señal de su ve-

---

1 *Rom.,* VIII, 11.
2 *I Cor.,* VI, 19.
3 *Rom.,* VI, 19.
4 *I Cor.,* XV, 44.

nida este triple beneficio, que excede a todos nuestros méritos pasados, presentes y futuros.

Debajo de las tres virtudes teologales pone otras cuatro, que son como los cimientos de la vida moral del hombre: la *Prudencia,* la *Justicia,* la *Fortaleza* y la *Templanza,* cualidades naturales que transforma, adaptándolas al fin sobrenatural del cristiano. Como último adorno que añade a su morada, deposita, finalmente, en ella el sagrado septenario de sus dones, para introducir el movimiento y la vida en las siete virtudes.

COMUNICA LA GRACIA SANTIFICANTE. — Mas estas virtudes y dones que tienden a Dios exigen el elemento superior, que es el medio esencial de la unión con El: elemento indispensable y al que nada puede sustituir, alma del alma, principio vivificante, sin el cual ella no podría ver ni poseer a Dios: es la gracia santificante. ¡Con qué satisfacción la infunde el Espíritu divino en aquella alma en que entra y a la que hace objeto de las divinas complacencias! Entre esta gracia y la presencia del Espíritu Santo existe una estrecha alianza; tanto, que si el alma diese entrada al pecado mortal, el Espíritu dejaría de habitar en esta alma en el mismo momento en que desapareciese la gracia santificante.

... Y LAS GRACIAS ACTUALES. — Vela, también, sobre su herencia y no está nunca ocioso. Las virtudes que ha infundido en esta alma no de-

ben permanecer inertes; es necesario que den fruto de actos virtuosos y que el mérito que adquieran acreciente el poder del elemento fundamental, que fortifique y desarrolle esta gracia santificante que tan estrechamente une al cristiano con Dios. El Espíritu Santo no deja de impulsar al alma para que obre, ya interior, ya exteriormente, por medio de estos toques divinos que la teología llama gracias actuales. Consigue así que su criatura se eleve en el bien y que se enriquezca y se afiance cada día más para que pueda dar gloria a su autor, el cual quiere que sea fecunda y activa.

Inspira la oración. — Con esta intención, el Espíritu, que se ha entregado a ella, que habita en ella con ternura tan viva, la empuja a la oración, mediante la cual podrá alcanzarlo todo: luz, fortaleza y éxitos. Pero dice el Apóstol: "¿Sabemos cómo hay que orar?" El mismo responde a esta pregunta valiéndose de su experiencia: "El Espíritu aboga por nosotros con gemidos inefables" [1]. Además, el Espíritu divino se asocia a todas nuestras necesidades, es Dios, y gime como la paloma, para unir sus peticiones a las nuestras. "Grita a Dios en nuestros corazones", dice el mismo Apóstol [2], asegurándonos con su presencia y sus operaciones en

[1] *Rom.*, VIII, 26.
[2] *Galat.*, IV, 6.

nosotros que somos hijos de Dios [1]. ¿Puede haber algo más íntimo y debemos extrañarnos de que Jesús nos haya dicho que para recibir [2] no hay más que pedir, cuando su mismo Espíritu es quien pide en nosotros?

AYUDA A LA ACCIÓN.—Siendo autor de la oración, coopera a la acción poderosamente. Su intimidad con el alma hace que no deje a esta más que la libertad necesaria para el mérito; por lo demás, El la mueve, la sostiene y la dirige, de tal suerte, que ella, a su vez, no tiene más que cooperar a lo que El hace en ella y por ella. En esta acción común del Espíritu y del cristiano, el Padre celestial reconoce a aquellos que le pertenecen, y por esto nos dice el Apóstol: "Aquellos que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios" [3]. ¡Dichosa compañía que lleva al cristiano a la vida eterna y que hace triunfar en él a Jesús, cuyas huellas imprime el Espíritu Santo en su criatura para que sea miembro digno de ser incorporado a su Jefe!

ES ARROJADO POR EL DEMONIO. — Mas, ¡ay!, esta sociedad puede disolverse. Nuestra libertad, que se perfecciona en el cielo, puede ocasionar, y muchas veces ocasiona, la ruptura entre el

[1] *Rom.*, VIII, 16.
[2] *Luc.*, XI, 9.
[3] *Rom.*, VIII, 14.

Espíritu santificador y el hombre santificado. El malvado deseo de independencia y las pasiones que el hombre podría dominar si fuese dócil al Espíritu, hace que el corazón imprudente codicie las cosas que son inferiores a él. Satanás, envidioso del reino del Espíritu, intenta hacer brillar a los ojos de los hombres la engañosa imagen de un bien o de una satisfacción fuera de Dios. El mundo, que es también un espíritu malo, quiere rivalizar con el Espíritu del Padre y del Hijo. Sutil, audaz, activo, llama la atención por su modo de seducir, y nadie podrá contar los naufragios que ha causado. Los cristianos fuimos amonestados por Jesús, que nos declaró que no rogaría por él[1]; y también por el Apóstol, que nos advierte que "no es el espíritu del mundo lo que nosotros hemos recibido, sino el Espíritu de Dios"[2].

Con todo eso, con frecuencia tiene lugar el divorcio entre el hombre y su huésped divino, precedido de ordinario de un enfriamiento de la criatura para con su bienhechor. Una falta de atención, una ligera desobediencia, he ahí los preludios de la ruptura. Entonces tiene lugar en el Espíritu Santo ese disgusto que tan claramente muestra el amor que tiene al alma, y que el Apóstol nos revela tan expresivamente al recomendarnos que no contristemos al espíritu que puso en nosotros la señal de su sello

[1] *Juan*, XVII, 9.
[2] *I Cor.*, II, 12.

el día que nos trajo la redención [1]. Palabra llena de profundo sentimiento y que nos revela la responsabilidad que lleva consigo el pecado venial. La morada del Espíritu Santo en el alma llega a serle causa de amargura, y es de temer una separación; y si, como enseña San Agustín, "El no abandona si no es abandonado", y si la gracia santificante sigue aún, las gracias actuales vienen a ser más escasas y menos eficaces. Mas el colmo de la desgracia tiene lugar con la ruptura del pacto sagrado que unía en alianza tan íntima al alma con el Espíritu divino. El pecado mortal es un acto de grandísima audacia y de cruel ingratitud. Este Espíritu tan lleno de dulzura se ve expulsado del asilo que se había escogido y que tan ricamente había embellecido. Es el colmo del ultraje y no debemos admirarnos de la indignación del Apóstol cuando exclama: "¿Qué suplicio no merece aquel que ha pisoteado al Hijo de Dios, que ha despreciado la sangre de la alianza y hace tal injuria al Espíritu de gracia?" [2].

PREPARA EL ALMA PARA LA CONTRICIÓN. — Con todo eso, esta desoladora situación del cristiano infiel con el Espíritu Santo puede excitar la compasión del que, siendo Dios, nos ha sido enviado para ser nuestro huésped lleno de mansedumbre. ¡Es tan triste el estado del que al

[1] *Efes.*, IV, 30.
[2] *Hebr.*, X, 29.

arrojar al Espíritu divino ha perdido el alma de su alma, que ha visto extinguirse en el mismo instante la llama de la gracia santificante y perderse todos los méritos que había conseguido! ¡Cosa admirable y digna de terno reconocimiento! El Espíritu Santo, arrojado del corazón del hombre, intenta volver a entrar en él. Tal es la extensión de misión que ha recibido del Padre y del Hijo. Aquel que es amor y que por amor no quiere que se pierda el despreciable e ingrato gusano que había querido elevar hasta la participación de la naturaleza divina [1].

Se le verá, pues, con una abnegación, cuyo secreto sólo posee el amor, hacer como el asedio de esta alma, hasta que de nuevo se haya apoderado de ella. La atormentará con el terror de la justicia de Dios, la hará sentir la vergüenza y la desgracia donde se precipita quien ha perdido la vida de su alma. La aparta de este modo del mal con estos primeros golpes, que el Santo Concilio de Trento llama "impulsos del Espíritu Santo que mueve al alma desde afuera, sin habitar todavía en ella" [2]. El alma inquieta y descontenta de sí misma acaba por tratar de reconciliarse; rompe los lazos de su esclavitud, y luego el sacramento de la Penitencia infundirá en ella el amor que reanima la vida, completando con esto la justificación. ¿Quién podrá expresar la alegría y el triunfo del Espíritu

[1] *II Pedro,* I, 4.
[2] *Ses.*, 14, cap. IV.

Santo a la nueva entrada en su casa? El Padre y el Hijo vuelven a esta morada manchada poco ha y quizás desde hace tiempo. Todo vuelve a revivir en el alma renovada; la gracia santificante renace en ella como al salir de la pila bautismal. Los méritos adquiridos habían desarrollado su poder, pero les hemos visto naufragar en la tempestad; pero son restituídos por completo, y el Espíritu de vida se alegra al ver que su poder es igual a su amor.

Este cambio tan maravilloso no tiene lugar una sola vez en un siglo; se realiza cada día y cada hora. Tal es la misión del Espíritu Santo. Vino a santificar al hombre y es necesario que lo haga. Vino el Hijo de Dios y se entregó a nosotros. Viendo que éramos presa de Satanás, nos rescató con el precio de su sangre; hizo lo posible para llevarnos a El y a su Padre; y al subir a los cielos para preparar nuestro lugar, en seguida nos envió su mismo Espíritu, para que fuese nuestro segundo Consolador hasta su vuelta. Y he aquí que este auxiliar celestial ha puesto manos a la obra. Deslumbrados por la magnificencia de sus actos, celebremos con efusión el amor con que nos ha tratado, el poder y sabiduría que ha desarrollado en el cumplimiento de su misión. ¡Sea El bendito, glorificado, conocido en este mundo que le debe todo, en la Iglesia, de la que es el alma, y en los millones de corazones que desea habitar para salvarlos y hacerlos eternamente felices!

Este día está consagrado al ayuno como el miércoles anterior. Mañana tendrá lugar la ordenación de sacerdotes y ministros sagrados. Es necesario instar más vivamente a Dios para alcanzar de El que la efusión de la gracia sea tan abundante como augusto y permanente será el carácter que el Espíritu imprimirá en los que le sean presentados.

En Roma, la Estación tiene lugar hoy en la basílica de los doce Apóstoles, donde están las reliquias de San Felipe y de Santiago el Menor. Nunca será más a propósito recordar a los moradores del Cenáculo que en estos días que toda la Iglesia los saluda como a los primeros huéspedes del Espíritu Santo.

EL DON DE ENTENDIMIENTO

Este sexto don del Espíritu Santo hace que el alma entre en camino superior a aquel por el que hasta ahora marchaba. Los cinco primeros dones tienen como objeto la acción. El Temor de Dios coloca al hombre en su grada, humillándole; la Piedad abre su corazón a los afectos divinos; la Ciencia hace que distinga el camino de la salvación del camino de la perdición; la Fortaleza la prepara para el combate; el Consejo le dirije en sus pensamientos y en sus obras; con esto puede obrar ya y proseguir su camino con la esperanza de llegar al término.

Mas la bondad del Espíritu divino la guarda otros favores aún. Ha determinado hacerla disfrutar en esta vida de un goce anticipado de la felicidad que la reserva en la otra. De esta manera afianzará su marcha, animará su valor y recompensará sus esfuerzos. La vía de la contemplación estará para ella abierta de par en par y el Espíritu divino la introducirá en ella por medio del Entendimiento.

Al oír la palabra contemplación, muchos, quizá, se inquieten, falsamente persuadidos de que lo que esa palabra significa no puede hallarse sino en las especiales condiciones de una vida pasada en el retiro y lejos del trato de los hombres. He aquí un grave y peligroso error, que a menudo retiene el vuelo de las almas. La contemplación es el estado a que, en cierta medida, está llamada toda alma que busca a Dios. No consiste ella en los fenómenos que el Espíritu Santo quiere manifestar en algunas personas privilegiadas, que destina a gustar la realidad de la vida sobrenatural. Sencillamente, consiste en las relaciones más íntimas que hay entre Dios y el alma que le es fiel en la acción; si no pone obstáculo, a esa alma la están reservados dos favores, el primero de los cuales es el don de Entendimiento, que consiste en la iluminación del Espíritu alumbrado en adelante con una luz superior.

Esta luz no quita la fe, sino que esclarece los ojos del alma fortificándola y la da una vista

más profunda de las cosas divinas. Se disipan muchas nubes que provenían de la flaqueza y tosquedad del alma no iniciada aún. La belleza encantadora de los misterios que no se sentía sino de un modo vago se revela y aparecen inefables e insospechadas armonías. No se trata de la visión cara a cara reservada para la eternidad, pero tampoco el débil resplandor que dirigía los pasos. Un conjunto de analogías, de conveniencias que sucesivamente aparecen a los ojos del espíritu producen una certeza muy suave. El alma se dilata en los destellos luminosos que son enriquecidos por la fe, acrecentados por la esperanza y desarrollados por el amor. Todo la parece nuevo; y al mirar hacia atrás, hace comparaciones y ve claramente que la verdad, siempre la misma, es comprendida por ella entonces de manera incomparablemente más completa.

El relato de los Evangelios la impresiona más; encuentra en las palabras del Salvador un sabor que hasta entonces no había gustado. Comprende con más claridad el fin que se ha propuesto en la institución de los Sacramentos. La Sagrada Liturgia la mueve con sus augustas fórmulas y sus ritos tan profundos. La lectura de las vidas de los santos la atraen; y nada la extraña de sus sentimientos y acciones; saborea sus escritos más que todos los otros, y siente aumento de bienestar espiritual tratan-

do con estos amigos de Dios. Abrumada con toda clase de ocupaciones, la antorcha divina la guía para cumplir con cada uno. Las virtudes tan varias que debe practicar se hermanan en su conducta; ninguna de ellas es sacrificada a la otra, puesto que ve la armonía que debe reinar entre ellas. Está tan lejos del escrúpulo como de la relajación y atenta siempre a reparar en seguida las pérdidas que ha podido tener. Algunas veces el mismo Espíritu divino la instruye con una palabra interior que su alma escucha e ilumina su situación con nuevos horizontes.

Desde entonces el mundo y sus falsos errores son tenidos por lo que son y el alma se purifica por lo demás del apego y satisfacción que podía tener aún por ellos. Donde no hay más que grandezas y hermosuras naturales aparece mezquino y miserable a la mirada de aquel a quien el Espíritu Santo dirige a las grandezas y hermosuras divinas y eternas. Un solo aspecto salva de su condenación a este mundo exterior que deslumbra al hombre carnal: la criatura visible que manifiesta la hermosura divina y es susceptible de servir a la gloria de su autor. El alma aprende a usar de ella con hacimiento de gracias, sobrenaturalizándola y glorificando con el Rey Profeta, al que imprimió los rasgos de su hermosura en la multitud de seres que con frecuencia son causa de la perdición del hom-

bre, aunque fueron determinados a ser escalas que le conducirían a Dios.

Además, el don de Entendimiento da a conocer al alma el conocimiento de su propio camino. La hace comprender la sabiduría y misericordia de los planes de lo alto que frecuentemente la humillaron y condujeron por donde ella no pensaba caminar. Ve que, si hubiese sido dueña de su misma existencia, habría errado su fin, y que Dios se le ha hecho alcanzar, ocultándole desde un principio los designios de su Paternal Sabiduría. Ahora es feliz, porque goza de paz, y su corazón es pequeño para dar gracias a Dios que la conduce al término sin consultarla. Si por casualidad tuviere que aconsejar o dirigir, bien por deber o por caridad, se puede confiar en ella; el don de Entendimiento lo explota por igual para sí misma como para los demás. No da lecciones, con todo eso, a quien no se las pide; pero si alguno la pregunta, responde, y sus respuestas son tan luminosas como la llama que las alienta.

Así es el don de Entendimiento, luz del alma cristiana, y cuya acción se deja sentir en ella en proporción a su fidelidad en el uso de los demás dones. Se conserva por medio de la humildad, de la continencia y el recogimiento interior. La disipación, en cambio, detiene su desarrollo y hasta podría ahogarle. En la vida ocupada y cargada de deberes, aun en medio de forzosas distracciones a las que el alma se entrega

sin dejarse avasallar por ellas, el alma fiel puede conservarse recogida. Sea siempre sencilla, sea pequeña a sus propios ojos y lo que Dios oculta a los soberbios y manifiesta a los humildes[1] la será revelado y permanecerá en ella.

Nadie pone en duda que semejante don es una ayuda inmensa para la salvación y santificación del alma. Debemos pedírselo al Espíritu Santo de todo corazón, estando plenamente convencidos de que le obtendremos más bien que por el esfuerzo de nuestro espíritu, por el ardor de nuestro corazón. Es cierto que la luz divina, objeto de este don, se asienta en el entendimiento, pero su efusión proviene más bien de la voluntad inflamada por el fuego de la caridad, según dijo Isaías: "Creed, y tendréis entendimiento"[2]. Dirijámonos al Espíritu Santo y, sirviéndonos de las palabras de David, digámosle: "Abre mis ojos y contemplaré las maravillas de tus preceptos; dame inteligencia y tendré vida"[3]. Instruídos por el Apóstol, expresemos nuestra súplica de manera más apremiante apropiándonos la oración que él dirige a su Padre Celestial en favor de los fieles de Efeso, cuando implora para los mismos: el Espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de El, iluminando los ojos de vuestro corazón.

---

[1] *Lucas*, X, 21.

[2] *Isaías*, VI, 9, citado también por los Padres griegos y latinos.

[3] *Ps.*, CXVIII.

Con esto entenderéis cuál es la esperanza a que os ha llamado, cuáles las riquezas y la gloria de la herencia otorgada a los santos [1].

SABADO DE PENTECOSTES

EL ESPIRITU SANTO Y LA SANTIDAD

Hemos contemplado admirados la adhesión inefable y la constancia divina con que el Espíritu Santo ejerce su misión en las almas; nos quedan por añadir todavía algunos rasgos para completar la idea de las maravillas de poder y de amor que ejecuta este divino huésped en el hombre que no cierra las puertas de su corazón a su influencia. Pero antes de ir más lejos, experimentamos la necesidad de tranquilizar a aquellos que, al oír los prodigios de bondad que realiza en nuestro favor y el misterio de su presencia continua en medio de nosotros, temiesen que el que ha descendido para consolarnos de la ausencia de nuestro Redentor, suplante nuestro amor a expensas de aquel que, "siendo de la sustancia de Dios, no reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios, antes se anonadó tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres" [2].

La falta de instrucción cristiana en muchos de los fieles de la actualidad es causa de que el

[1] *Eph.*, I, 17-18.
[2] *Filip.*, II, 6-7.

dogma del Espíritu Santo sea conocido de una manera vaga, y ún podríamos decir que se desconozca su acción especial en la Iglesia y en las almas. Por otra parte, estos fieles conocen y honran con laudable devoción los Misterios de la Encarnación y Redención de Nuestro Señor Jesucristo, pero se diría que aguardan la eternidad para aprender en qué son deudores al Espíritu Santo.

Así, pues, les diremos que la misión del Espíritu Santo está tan lejos de hacernos olvidar lo que debemos a nuestro Salvador, que su presencia entre nosotros y con nosotros es el don supremo de la ternura del que se dignó ser clavado en la cruz. El recuerdo que conservamos de estos misterios, ¿quién lo produce y conserva en nuestros corazones sino el Espíritu Santo? Y el fin de sus solicitudes en nuestra alma, ¿no es formar en nosotros a Cristo, el hombre nuevo para poder ser incorporados con él eternamente como miembros suyos? El amor que tenemos a Jesús es inseparable del que debemos al Espíritu Santo, así como el culto ferviente de este Espíritu nos une estrechamente al Hijo de Dios del que procede y quien nos lo donó. Nos conmueve y enternece el pensamiento de los dolores de Jesús, y es natural; pero sería indigno permanecer insensibles a las resistencias, a los desprecios y a las traiciones continuas de que es objeto el Espíritu Santo en las almas. Somos todos hijos del Padre Ce-

lestial: pero ¡ojalá comprendiéramos desde este mundo que somos deudores de ello a la abnegación de las dos divinas personas que han hecho que lo fuésemos a costa de su gloria!

FORMA EN NOSOTROS A CRISTO. — Después de esta digresión, que nos ha parecido oportuna, continuemos describiendo las operaciones del Espíritu Santo en el alma del hombre. Como acabamos de decir, su fin es formar en nosotros a Jesucristo por medio de la imitación de sus sentimientos y de sus actos. ¿Quién conoce mejor que este divino Espíritu las disposiciones de Jesús, cuya humanidad santísima produjo en las entrañas de María, de Jesús, de quien se posesionó y con quien habitó plenamente, a quien asistió y dirigió en todo por medio de una gracia proporcionada a la dignidad de esta naturaleza humana unida personalmente a la divinidad? Su deseo es reproducir una copia fiel de él, en cuanto que la debilidad y exigüidad de nuestra humilde personalidad, herida por el pecado original, se lo permitiere.

PURIFICA LA NATURALEZA. — Sin embargo, de eso el Espíritu Santo obtiene en esta obra digna de Dios nobles y felices resultados. Le hemos visto disputando con el pecado y con Satanás la herencia rescatada por el Hijo de Dios; considerémosle trabajando con éxito en la "consumación de los santos", según expresión del

Apóstol [1]. Se posesiona de ellos en un estado de degradación general, les aplica en seguida los medios ordinarios de santificación; pero resuelto a hacerles alcanzar el límite posible a sus fuerzas del bien y de la virtud, desarrolla su obra con ardor divino. La naturaleza está en su presencia: naturaleza caída, infestada con el virus de la muerte; pero naturaleza que conserva todavía cierta semejanza con su Criador, del que conserva señales en su ruina. El Espíritu viene, pues, a destruir la naturaleza impura y enferma y al mismo tiempo a elevar, purificando, a la que el veneno no contaminó mortalmente. Es necesario, en obra tan delicada y trabajosa, emplear hierro y fuego como hábil médico, y ¡cosa admirable!, saca el socorro del enfermo mismo para aplicarle el remedio que sólo puede curarle. Así como no salva al pecador sin él, así no santifica al santo sin ser ayudado con su cooperación. Pero anima y sostiene su valor por medio de mil cuidados de su gracia y la naturaleza corrompida va insensiblemente perdiendo terreno en esta alma, lo que permanecía intacto va transformándose en Cristo y la gracia logra reinar en el hombre entero.

DESARROLLA LAS VIRTUDES.—Las virtudes no están ya inertas o débilmente desarrolladas en este cristiano; se las ve adquirir nuevo vigor de

---

1 *Efesios*, IV, 12.

día en día. El Espíritu no consiente que una sola quede rezagada; muestra constantemente a su discípulo a Jesús, tipo ideal, que posee la virtud plena y perfecta. Algunas veces hace sentir al alma su impotencia para que ésta se humille; la deja expuesta a las repugnancias y a la tentación; pero entonces es cuando la asiste con más esmero. Es necesario que luche, como es necesario que sufra; sin embargo de eso, el Espíritu la ama con ternura y tiene consideración con sus fuerzas aún cuando la prueba. ¡Qué cosa tan magnífica ver que un ser limitado y caído reproduzca el sumo de la santidad! Con frecuencia desfallece el ánimo en tal obra y puede darse un traspiés; pero el pecado o la imperfección no pueden resistir al amor que el Espíritu divino alimenta con particular cuidado en este corazón, que consumirá pronto estas escorias y cuya llama no apagándose nunca.

Comunica la vida divina. — La vida humana desaparece; mas Cristo vive en este hombre nuevo como este hombre vive en Cristo[1]. La oración llega a ser su elemento, porque en ella siente el lazo que le estrecha con Jesús y que este lazo se estrecha cada vez más. El Espíritu muestra al alma nuevas sendas para que encuentre a su bien soberano en la oración. Para ello, prepara los grados como en una escala que comienza en la tierra y cuya cima se oculta en

---

[1] *Psal.*, II, 20.

lo alto de los cielos. ¿Quién podrá contar los favores divinos hacia aquel que, habiéndose librado de la estima y del amor de sí mismo no aspira a otra cosa, en la unidad y sencillez de su vida, que contemplar y gozar de Dios, que engolfarse en él eternamente? Toda la Santísima Trinidad toma parte en la obra del Espíritu Santo. El Padre deja sentir en esta alma los abrazos de su ternura paternal; el Hijo no puede contener el ímpetu de su amor hacia ella, y el Espíritu Santo la inunda cada vez más de luces y consuelos.

Es el introductor en la familia del cielo. — La corte celestial que contempla todo lo que se relaciona con el hombre, que exulta de alegría por un solo pecador que hace penitencia [1], ha visto este hermoso espectáculo, le sigue con indecible amor y alaba al Espíritu que sabe obrar tales prodigios en una naturaleza corruptible. María, en su alegría maternal, hace acto de presencia algunas veces en el nuevo hijo que la ha nacido; los ángeles se muestran a las miradas de este hermano, digno ahora de su sociedad, y los santos que estuvieron sujetos al cuerpo, traban estrecha amistad con aquel a quien esperan que llegará dentro de poco a la mansión de la gloria. ¿Qué de extraño tiene que este hijo del Espíritu divino no haga más que extender la mano para suspender con frecuen-

[1] *S. Lucas*, XV, 7.

cia las leyes de la naturaleza y consolar a sus hermanos del mundo en sus sufrimientos o necesidades? ¿Acaso no les ama con amor que procede de la fuente infinita del amor, con amor que no está sujeto al egoísmo y a las tristes recaídas a las que está sujeto aquel en quien Dios no reina?

COMPLETA LA SANTIDAD. — Pero no perdamos de vista el punto culminante de esta vida maravillosa, más frecuente de lo que piensan los hombres mundanos y disipados. Aquí aparece el valor de los méritos de Jesús y el amor hacia la criatura a la vez que la energía divina del Espíritu Santo. Esta alma está llamada a las nupcias y estas nupcias no se reservarán para la eternidad. En esta vida, bajo el horizonte estrecho del mundo pasajero deben realizarse. Jesús desea unirse a la Esposa que conquistó con su sangre y su Esposa no es solamente su amada Iglesia, sino también esta alma que hace algunos años no existía, esta alma que permanece oculta a los ojos de los hombres, pero cuya "hermosura codició él" [1]. Es autor de esta belleza que, al mismo tiempo, es obra del Espíritu Santo; no reposará hasta que no se haya unido con ella. Entonces se realizará en un alma lo que hemos visto obrar en la misma Iglesia. El la prepara, la asienta en la unidad, la consolida

[1] *Psal.*, XLIV.

en la verdad, consuma en la santidad; entonces el "Espíritu y la Esposa dicen: Ven"[1].

Se necesitaría todo un volumen para describir la acción del Espíritu divino en los santos y nosotros no hemos podido trazar más que un corto y tosco esbozo. Sin embargo de eso, este ensayo tan incompleto, además de ser necesario para terminar de describir, aunque sea brevemente el carácter completo de la misión del Espíritu Santo sobre la tierra conforme a las enseñanzas de las Escrituras y a la doctrina de la Teología dogmática y mística, podrá servir para dirigir al lector en el estudio e inteligencia de la vida de los Santos. En el curso de este "año Litúrgico", en el que los nombres y las obras de los amigos de Dios son evocados y celebrados tan frecuentemente por la misma Iglesia, no se podía dejar de proclamar la gloria de este Espíritu santificador.

El Espíritu Santo en María. — No daremos fin a este último día del tiempo pascual, a la vez que punto final de la octava de Pentecostés, si no ofreciésemos a la reina de los ángeles el homenaje debido y si no glorificásemos al Espíritu Santo por todas las grandes obras que realizó en ella. Adornada por él, después de la humanidad de nuestro Redentor, de todos los dones que podían acercarla, cuanto era posible a una criatura, a la naturaleza divina a la que la

[1] *Apocal.*, XXII, 17.

Encarnación la había unido, el alma, la persona toda de María fué favorecida en el orden de la gracia más que todas las creaturas juntas. No podía ser de otro modo, y se concebirá por poco que se pretenda sondear por medio del pensamiento el abismo de grandezas y de santidad que representa la Madre de Dios. María forma ella sola un mundo aparte en el orden de la gracia. Hubo un tiempo en que ella sola fué la Iglesia de Jesús. Primeramente fué enviado el Espíritu para ella sola, y la llenó de gracia en el mismo instante de su inmaculada concepción. Esta gracia se desarrolló en ella por la acción continua del Espíritu hasta hacerla digna, en cuanto era posible, a una criatura, de concebir y dar a luz al mismo Hijo de Dios que se hizo también suyo. En estos días de Pentecostés hemos visto al Espíritu Santo enriquecerla con nuevos dones, prepararla para una nueva misión; al ver tantas maravillas, nuestro corazón no puede contener el ardor de su admiración ni el de su reconocimiento hacia el Paráclito que se dignó portarse con tanta magnificencia con la Madre de los hombres.

Pero tampoco podemos menos de celebrar, con verdadero entusiasmo, la fidelidad absoluta de la amada del Espíritu a todas las gracias que derramó sobre ella. Ni una sola se ha perdido, ni una sola ha sido devuelta sin producir su obra, como sucede algunas veces en las almas más santas. Desde un principio fué "como la

aurora naciente"[1]. y el astro de su santidad no cesó de elevarse hacia un mediodía, que en ella no tendría ocaso. Aún no había venido el arcángel a anunciarla que concebiría al Hijo del Altísimo, y, como nos enseñan los Santos Padres, había ya concebido en su alma al Verbo eterno. El la poseía como su Esposa antes de haberla llamado a ser su Madre. Si pudo Jesús decir, hablando de un alma que había tenido necesidad de la regeneración: "quien me buscare me encontrará en corazón de Gertrudis", ¡cuál sería la identificación de los sentimientos de María con los del Hijo de Dios y qué estrecha su unión con El! Crueles pruebas la aguardaban en este mundo, pero fué más fuerte que la tribulación, y cuando llegó el momento en que debía sacrificarse en un mismo holocausto con su Hijo, se encontró dispuesta. Después de la Ascensión de Jesús, el Consolador descendió sobre ella; descubrió a sus ojos una nueva senda; para recorrerla era necesario que María aceptase el largo destierro lejos de la patria donde reinaba ya su Hijo; no dudó, se mostró siempre la esclava del Señor, y no deseó otra cosa que cumplir en todo su voluntad.

El triunfo, pues, del Espíritu Santo en María fué completo; por magníficos que hayan sido sus adelantos, siempre ha respondido a ellos. El título sublime de Madre de Dios a que fué des-

[1] *Cant.*, VI, 9.

tinada exigían para ella gracias incomparables: las recibió y las hizo fructificar. En la obra de la "consumación de los santos y para la edificación del cuerpo de Cristo" [1] el Espíritu divino preparó para María, en premio de su fidelidad, y a causa de su dignidad incomparable, el lugar que la convenía. Sabemos que su Hijo es la cabeza del cuerpo de innumerables elegidos, que se agrupan armoniosamente en torno suyo. En este grupo de predestinados, nuestra augusta reina, según la Teología Mariana, representa el cuello que está íntimamente unida a la cabeza y por el que la cabeza comunica al resto del cuerpo el movimiento y la vida. No es ella el principal agente, pero por ella influye ese agente en cada uno de los miembros. Su unión, como es natural, es inmediata a la cabeza, pues ninguna creatura más que ella ha tenido ni tendrá más íntima relación con el Verbo Encarnado; pero todas las gracias y favores que descienden sobre nosotros, todo lo que nos vivifica e ilumina, procede de su Hijo mediante ella.

De aquí proviene la acción general de María en la Iglesia y su acción particular en cada fiel. Ella nos une a todos a su Hijo, el cual nos une a la divinidad. El Padre nos envió a su Hijo, éste escogió Madre entre nosotros y el Espíritu Santo, haciendo fecunda la virginidad de esta Madre, consumó la reunión del hombre

---

[1] *Ef.*, IV, 12.

y de todas las creaturas con Dios. Esta reunión es el fin que Dios se propuso al crear los seres, y ahora que el Hijo ha sido glorificado y ha descendido el Espíritu, conocemos el pensamiento divino. Más favorecidos que las generaciones anteriores al día de Pentecostés, poseemos, no en promesa, sino en realidad, un Hermano que está coronado con la diadema de la divinidad, un Consolador que permanece con nosotros hasta la consumación de los siglos para alumbrar el camino y mantenernos en él, una Madre, intercesora omnipotente, una Iglesia, también madre, por la que participamos de todos estos bienes.

La Estación, en Roma, es en la basílica de San Pedro. En este santuario aparecían por última vez hoy los neófitos de Pentecostés revestidos con sus túnicas blancas y se presentaban al Pontífice como los últimos corderos de la Pascua, que termina en este día.

Ahora es célebre este día por la solemnidad de las órdenes. El ayuno y la oración que la Iglesia ha impuesto a sus hijos durante tres días tiene por objeto volver al cielo propicio, y debemos esperar que el Espíritu Santo, que ungirá a los nuevos sacerdotes y a los nuevos ministros con el sello inmortal del Sacramento, obrará con toda la plenitud de su bondad y de su poder; pues no solamente inicia en este día

a los que van a recibir tan sublime carácter, sino también obra la salvación de tantas almas como serán confiadas a sus cuidados.

EL DON DE SABIDURIA

El segundo favor que tiene destinado el Espíritu divino para el alma que le es fiel en su acción es el don de Sabiduría superior aún al de Entendimiento. Con todo eso, está unido a este último en cierto sentido, pues el objeto mostrado al entendimiento es gustado y poseído por el don de Sabiduría. El salmista, al invitar al hombre a acercarse a Dios, le recomienda guste del soberano bien: "Gustad, dice, y experimentaréis que el Señor es suave"[1]. La Iglesia, el mismo día de Pentecostés, pide a Dios que gustemos el bien, *recta sapere,* pues la unión del alma con Dios es más bien sensación de gusto que contemplación, incompatible ésta en nuestro estado actual. La luz que derrama el don de Entendimiento no es inmediata, alegra vivamente al alma y dirige su sentido a la verdad; pero tiende a completarse por el don de Sabiduría, que viene a ser su fin.

El Entendimiento es, pues, iluminación; la Sabiduría es unión. Ahora bien, la unión con el Bien supremo se realiza por medio de la voluntad, es decir, por el amor que se asienta en la voluntad. Notamos esta progresión en las jerar-

[1] *Ps.,* XXXIII, 9.

quías angélicas. El Querubín brilla por su inteligencia, pero sobre él está el Serafín, hoguera de amor. El amor es ardiente en el Querubín como el entendimiento ilumina con su clara luz al Serafín; pero se diferencia el uno del otro por su cualidad dominante, y es mayor el que está unido más íntimamente a la divinidad por el amor, aquel que gusta el soberano bien.

El séptimo don está adornado con el hermoso nombre de don de Sabiduría, y este nombre le viene de la Sabiduría eterna a la que aquel tiende a asemejarse por el ardor del afecto. Esta Sabiduría increada que permite al hombre gustar de ella en este valle de lágrimas es el Verbo divino, aquel mismo a quien llama el Apóstol "el esplendor de la gloria del Padre y figura de su sustancia"[1]; aquel que nos envió el Espíritu para santificarnos y conducirnos a él, de suerte que la obra más grande de este divino Espíritu es procurar nuestra unión con aquel que, siendo Dios, se hizo carne y se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz[2]. Jesús, por medio de los misterios realizados en su humanidad, ha hecho que tomemos parte en su divinidad; por la fe esclarecida por la Inteligencia sobrenatural "vemos su gloria, que es la del hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad"[3], y así como él participó de nuestra

[1] *Hebr.*, I, 3.
[2] *Philip.*, II, 8.
[3] *S. Juan*, I, 14.

humilde naturaleza humana, así también él, Sabiduría increada, da a gustar desde este mundo esta Sabiduría creada que el Espíritu Santo derrama en nosotros como su más excelente don.

¡Dichoso aquel que goza de esta preciosa Sabiduría, que revela al alma la dulzura de Dios y de lo que pertenece a Dios! "El hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios", nos dice el Apóstol [1]; para gozar de este don es preciso hacerse espiritual, entregarse dócilmente al deseo del Espíritu, y le sucederá como a otros que, después de haber sido como él, esclavos de la carne, fueron libertados de ella por la docilidad al Espíritu divino, que los buscó y encontró.

El hombre, algo elevado, pero de espíritu mundano, no puede comprender ni el objeto del don de Sabiduría ni lo que entraña el don de Entendimiento. Juzga y critica a los que han recibido estos dones; dichosos ellos si no se les opone, si no les persigue. Jesús lo dijo expresamente: "El mundo no puede recibir al Espíritu de verdad, pues no le ve ni le conoce" [2]. Bien saben los que tienen la dicha de tender al bien supremo que es necesario conservarse libres totalmente del Espíritu profano, enemigo personal del Espíritu de Dios. Desligados de esta cadena, podrán elevarse hasta la Sabiduría.

---

1 *I Cor.*, II, 14.
2 *S. Juan*, XIV, 17.

Este don tiene por objeto primero procurar gran vigor al alma y fortificar sus potencias. La vida entera está tonificada por él, como sucede a los que comen lo que les conviene. No hay contradicción ninguna entre Dios y el alma, y he aquí porqué la unión de ambos es fácil. "Donde está el Espíritu de Dios allí se encuentra la libertad", dice el Apóstol[1]. Todo es fácil para el alma, bajo la acción del Espíritu de Sabiduría. Las cosas contrarias a la naturaleza, lejos de amilanarla, se le hacen suaves y al corazón no lo aterra ya tanto el sufrimiento. No solamente no se puede decir que Dios se halla lejos del alma a quien el Espíritu Santo ha colocado en tal disposición, sino que es evidente la unión de ambos. Ha de cuidar, sin embargo, de tener humildad; pues el orgullo puede apoderarse de ella y su caída será tanto mayor, cuanto mayor hubiese sido su elevación.

Roguemos al Espíritu divino y pidámosle que no nos rehuse este precioso don de Sabiduría que nos llevará a Jesús, Sabiduría infinita. Un sabio de la antigua ley aspiraba a este favor al escribir estas palabras, cuyo sentido perfecto sólo percibe el cristiano: "Oré y se me dió la prudencia; invoqué al Señor y vino sobre mí el espíritu de Sabiduría[2]. Es necesario pedirlo con instancia. En el Nuevo Testamento, el apóstol Santiago nos invita a ello con apre-

---

[1] *II Cor.*, III, 17.
[2] *Sap.*, VII, 7.

miantes exhortaciones: "Si alguno de vosotros, dice, necesita Sabiduría, pídasela a Dios, que a todos da con largueza y sin arrepentirse de sus dones; pídala con fe y sin vacilar"[1]. Aprovechándonos de esta invitación del Apóstol, oh Espíritu divino, nos atrevemos a decirte: "Tú, que procedes del Padre y de la Sabiduría, danos la Sabiduría. El que es la Sabiduría te envió a nosotros para que nos congregaras con él. Elévanos y únenos a aquel que asumió nuestra débil naturaleza. Sé el lazo que nos estreche por siempre con Jesús, medio sagrado de la unidad, y aquel que es Poder, el Padre, nos adoptará por herederos supos y coherederos de su Hijo[2].

CONCLUSION

La serie sucesiva de Misterios ha terminado ya, y el calendario movible de la Liturgia tocó su fin. Recorrimos el tiempo de Adviento, cuatro semanas que representan los millares empleados por el género humano en implorar del Padre el advenimiento de su Hijo. Por fin, Emmanuel desciende; todos nos asociamos a las alegrías de su nacimiento, a los dolores de su pasión, a la gloria de su Resurrección y al triunfo de su Ascensión. Por fin bajó sobre nosotros el Espí-

---

1 *S. Jacob*, I, 5.
2 *Rom.*, VIII, 17.

ritu divino y sabemos que permanecerá con nosotros hasta el fin de los siglos. La Iglesia nos ha acompañado en todo el curso de este drama inmenso de nuestra salvación. Cada día nos lo aclaraban sus cánticos y ceremonias y de este modo pudimos seguir y comprender todo. ¡Bendita esta Madre por cuyos cuidados fuimos iniciados en tantas maravillas que despertaron nuestra inteligencia y caldearon nuestros corazones! Bendita la Sagrada Liturgia, fuente de tantos consuelos y de tantos esfuerzos. Ahora nos falta terminar el calendario en su parte movible. Preparémonos, pues, a marchar de nuevo contando con que el Espíritu Santo dirigirá nuestros pasos y continuará abriéndonos, por medio de la Liturgia, cuyo inspirador es, los tesoros de la doctrina y el ejemplo.

PROPIO DE LOS SANTOS

9 DE ABRIL

SANTA CASILDA, VIRGEN

Muchas iglesias de España celebran en este día la fiesta de Santa Casilda, princesa mora, hija del rey Almamún de Toledo. Habiéndose convertido a la fe cristiana, se retiró a hacer vida penitente y solitaria a un país montañoso del este de Burgos, en la región de la Bureba. Allí se levanta en su honor un hermoso santuario en el cual se venera su cuerpo incorrupto. Murió alrededor del año 1100.

Se la representa con un montón de rosas en la falda para recordar el milagro de los panes que solía llevar a los prisioneros cristianos y que un día, ante la severa vigilancia de su padre se convirtieron en rosas. Acuden muchos peregrinos a su santuario en demanda de gracias, sobre todo el día de su fiesta, atraídos por la fama de la laguna de San Vicente situada al pie del santuario. La devota Casilda acudió precisa-

mente a aquel lugar para buscar, en el baño de la laguna, la salud que tenía quebrantada, y habiendo logrado su deseo quedóse allí para servir al Señor, honrar a San Vicente y asegurar su virtud contra las insidias de sus compatriotas los mahometanos.

11 DE ABRIL

SAN LEON PAPA Y DOCTOR DE LA IGLESIA

El defensor del dogma de la Encarnación. — El calendario litúrgico nos muestra hoy uno de los nombres más ilustres de la Iglesia: San León el Grande. Merecieron este título sus nobles desvelos en pro de la ilustración de la fe de los pueblos en el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios. La Iglesia había alcanzado victoria de las herejías que habían atacado el dogma de la Santísima Trinidad; entonces el infierno entero se conjuró contra el dogma de Dios hecho Hombre. Un Obispo de Constantinopla, Nestorio, negó la unidad de persona en Cristo al separar en El al Dios del Hombre. El concilio de Efeso condenó esta herejía que hacía nula la Redención.

Otra nueva herejía opuesta a la primera, y no menos destructora del Cristianismo tardó poco en aparecer. El monje Eutiques sostuvo que, en la Encarnación, la naturaleza divina había absorbido a la naturaleza humana; y este error se propagó con pasmosa rapidez. La Iglesia necesi-

taba un doctor que resumiese con precisión y autoridad el dogma fundamental de nuestras esperanzas. Vino entonces León y desde la cátedra apostólica, donde le había colocado el Espíritu Santo, proclamó con elocuencia y claridad nunca igualadas la fórmula de la fe antigua, siempre la misma, pero resplandeciente ahora con nuevo fulgor. El Concilio de Calcedonia, reunido para condenar el sistema impío de Eutiques, admirado exclamó: "Pedro ha hablado por boca de León", y quince siglos no han podido borrar en la Iglesia oriental el fervor que despertaron las doctrinas dadas por San León a toda la Iglesia.

El defensor de Roma. — El Occidente, víctima de todas las calamidades por la invasión de los bárbaros, veía desplomarse los últimos restos del imperio, y Atila, el azote de Dios, se apostaba a las puertas de Roma. Ante la majestad de San León el bárbaro retrocedió, como la herejía ante la autoridad de su palabra. El caudillo de los hunos, que había hecho ceder a su paso los más temibles baluartes, conferenció con el Pontífice a orillas del Mincio y se comprometió a no entrar en Roma. La calma y la majestad de León, que afrontaba sin miedo al más irreductible azote del imperio y exponía su vida por sus ovejas, atemorizaron al bárbaro. Vió al mismo tiempo en el aire al Apóstol Pedro que, en forma de ilustre personaje, protegía al intercesor de Roma. Hubo

en Atila terror y admiración a la vez. ¡Momento sublime en el que aparece un mundo nuevo! El Pontífice, sin armas, afronta las violencias del bárbaro; el bárbaro se conmueve al ver una abnegación incomprensible para él; el cielo interviene para que esta naturaleza feroz se abata ante la fuerza moral. El acto de abnegación que León ejecutó expresa en resumen lo que en varios siglos después se vió obrar en toda Europa; pero con ello la aureola del Pontífice no pierde nada de su fulgor.

El orador. — Para que no faltase a León ningún género de gloria, el Espíritu Santo le dotó de una elocuencia que podíamos llamar papal; tan impregnada estaba de majestad y grandeza. El latín decadente encuentra en él acentos y giros que evocan muchas veces el período de su apogeo; y el dogma cristiano formulado en estilo noble y nutrido con la más pura savia apostólica, resplandece en él con maravilloso fulgor. León celebró, en sus memorables discursos, a Cristo resucitado, invitando a sus fieles a resucitar con él. Hizo resaltar, entre otros períodos del año litúrgico, el que actualmente recorremos, al decir: "Los días que pasan entre la Resurrección del Señor y su Ascensión, no fueron días ociosos, pues en ellos se confirmaron los Sacramentos y fueron revelados los grandes misterios" [1].

[1] Sermón 73.

VIDA. — San León nació en Roma entre 390 y 400. Primeramente diácono en el Pontificado del Papa Celestino, pronto llegó a ser arcediano de Roma, y fué elegido papa al morir Sixto III. Su consagración tuvo lugar el 27 de septiembre de 440. Durante su pontificado se consagró con ardor a la instrucción del pueblo por medio de sermones muy sencillos y muy dogmáticos, por su celo en preservarle de los errores maniqueos y pelagianos, y condenando en el Concilio de Calcedonia en 451, a Eutiques y el Monofisitismo. En 452 salió al encuentro de Atila, que amenazaba a Roma, y le movió a salir de Italia. No pudo impedir que, en 455, Genserico y sus Vándalos tomasen y devastasen Roma: pero, gracias a sus ruegos, los bárbaros perdonaron la vida de los habitantes y respetaron los principales monumentos de la ciudad. San León murió en 461 y fué sepultado en S. Pedro del Vaticano. En 1751, Benedicto XIV le proclamó doctor de la Iglesia.

ORACIÓN A CRISTO. — Gloria a ti, Cristo, León de la tribu de Judá, que suscitaste en tu Iglesia un León para defenderla en los días que la fe corría riesgo inminente de perderse. Encargaste a Pedro confirmar en ella a sus hermanos; y nosotros hemos visto a León, en quien vivía Pedro, cumplir este oficio con autoridad soberana. Hemos oído resonar la voz del Concilio que, acatando la doctrina de León, proclamaba el beneficio señalado que has conferido en estos días a tu rebaño, cuando encargabas a Pedro apacentar tanto las ovejas como los corderos.

PLEGARIA A SAN LEÓN. — ¡Oh León! Has representado con dignidad a Pedro en su cátedra.

Tu palabra apostólica no cesó de esparcirse desde ella, siempre verdadera, siempre elocuente y majestuosa. La Iglesia de tu tiempo te honró como maestro de la doctrina, y la Iglesia de siglos posteriores te reconocerá como uno de los más sabios doctores que han enseñado la palabra divina. Desde lo alto del cielo, donde ahora resides, derrama sobre nosotros la inteligencia del misterio que tuviste la misión de enseñar. A los fulgores de tu pluma inspirada, este misterio se esclarece, se revela su armonía; y la fe se goza al percibir tan claramente el objeto al que se adhiere. Fortifica en nosotros esta fe. También en nuestros tiempos se niega la Encarnación del Verbo; vindica su gloria, envíanos nuevos doctores.

Tú triunfaste de la barbarie, noble Pontífice. Atila depuso ante ti las armas. En nuestra época han resucitado nuevos bárbaros, los bárbaros civilizados que proclaman como ideal de las sociedades aquella que no es cristiana, aquella que, en sus leyes e instituciones, no confiesa a Cristo, Rey de los hombres, a quien fué dado todo poder en el cielo y en la tierra. ¡Socórrenos!; pues el mal ha llegado al colmo. Muchos, seducidos, se han pasado a la apostasía sin pensarlo. Alcánzanos que no se extinga por completo en nosotros la luz, que se acabe el escándalo. Atila era pagano; los modernos utopistas son cristianos, o al menos muchos de ellos quisieran serlo;

apiádate de ellos, y no permitas que sean por más tiempo víctimas de sus ilusiones.

En estos días de Pascua, que te evocan tus trabajos pastorales, cuando rodeado de neófitos los instruías con tus discursos inmortales, ruega por los fieles que en esta misma solemnidad han resucitado con Cristo. Necesitan conocer más y más a este Salvador de sus almas para unirse con él y no separarse jamás. Revélales todo lo que él es en su naturaleza divina y humana: como Dios, su fin último, su juez después de su vida; como hombre su hermano, su Redentor y su modelo. ¡Oh León!, bendice y sostén a tu sucesor en la cátedra de Pedro y sé en estos días el sostén de Roma, cuyos santos y eternos destinos celebraste con tanta elocuencia.

13 de abril

SAN HERMENEGILDO, MARTIR

Mártir de la ortodoxia. — Hoy a través de la palma de un mártir se nos muestran los misterios de Pascua. Hermenegildo, príncipe visigodo inmolado por un padre obcecado por la herejía. La causa de su muerte fué la constancia con que rechazó la comunión pascual que un obispo arriano quería obligarle a recibir de sus manos. El mártir sabía que la sagrada Eucaristía es señal de la unión católica y que está prohibido

participar de la carne del cordero pascual con aquellos que no pertenecen a la verdadera Iglesia. Una consagración sacrílega puede poner en manos de los herejes los Misterios Eucarísticos, si existe el carácter sacerdotal en quien ha tenido la osadía de traspasar la barrera del altar del Dios de quien blasfema; pero el católico consciente de que no está permitido orar con los herejes, se horroriza al ver el misterio profanado y permanece apartado de él para no ultrajar al Redentor en el misterio mismo que estableció para unirse con sus fieles. La sangre del mártir fué fecunda. España, cautiva por el error, rompió sus cadenas; un Concilio de Toledo consumó la reconciliación a la que había dado principio tan santa víctima. Espectáculo sublime y raro en la historia del mundo el ver a toda una nación abjurar de la herejía; pero esta nación fué bendita por el cielo. Sometida a la dura prueba de la invasión sarracena triunfó de ella por las armas, y su fe, después siempre pura, la mereció el más noble de los títulos de un pueblo: el de Católica.

VIDA. — Hermenegildo fué hijo de Leovigildo, rey de los visigodos de España, y de Teodosia. Asociado al reino, como su hermano Recaredo, en 573, fijó su residencia en Sevilla. Allí, su esposa Ingonda y el obispo San Leandro, le determinaron a abandonar la herejía arriana y a abrazar el catolicismo. Al perseguirle su padre, que permanecía siendo arriano, Hermenegildo llamó en su ayuda a los bizantinos: pero creyó conve-

niente acceder a una entrevista que le propuso su padre, y éste, habiéndole hecho encarcelar, probó todos los medios de hacerle volver a la herejía. El día de Pascua del año 586 el rey le envió un obispo arriano para que le llevase la comunión. El joven la rechazó: Entonces su padre mandó decapitarle. San Hermenegildo es patrón de la ciudad de Sevilla. Urbano VIII extendió su culto a toda la Iglesia.

Plegaria. — ¡Oh Hermenegildo! impertérrito defensor de la verdad del símbolo de la fe, hoy te ofrecemos nuestros homenajes y acciones de gracias. Tu valerosa muerte mostró el amor que tenías a Cristo y tu desprecio de los bienes terrenos nos enseña a menospreciarlos. Nacido para el trono, un calabozo te sirve aquí de mansión y de él partes para el cielo, ceñida la frente con la palma del martirio, corona mil veces más preciosa que la que se te ofrecía como precio de una vergonzosa apostasía. Ruega ahora por nosotros; al escribir la Iglesia tu nombre en su ciclo sagrado te convida a ello en estos días. Pascua fué tu día triunfante; haz que sea para nosotros verdadera Pascua, una completa Resurrección que nos conduzca siguiendo tus huellas a la mansión feliz donde tus ojos contemplan a Jesús resucitado. Haznos firmes en nuestras creencias, dóciles a las enseñanzas de la Iglesia, enemigos de todo error y de toda novedad. Vela por España tu patria, a cuya sangre derramada en testimonio de la fe verdadera debe tantos siglos de ortodoxia pura; preservala

de toda claudicación para que nunca deje de merecer el noble título que la honra.

14 DE ABRIL

SAN JUSTINO, MARTIR

En el siglo II, las disputas públicas de San Justino con los adversarios de la fe cristiana llenaban a Roma de aplausos, suscitados por sus refutaciones victoriosas. Sus escritos, que él hacía llegar con valentía hasta el trono imperial, derramaban la luz allí donde no podía llegar su palabra. Mas pronto el hacha del lictor que tronchó la cabeza del apologista, dió a sus demostraciones mucha más fuerza que su aplastante lógica; pues una vez hizo cesar la persecución y doblegó al mismo infierno.

MARCO AURELIO Y SAN JUSTINO. — En efecto, el mundo, solicitado en sentido contrario por mil escuelas famosas que parecen tomar a su cargo, el hacer imposible, con sus contradicciones, el descubrimiento de la verdad, el mundo se encuentra ahora, al menos, en forma de saber dónde está la sinceridad. Marco Aurelio acaba de suceder a Antonino Pío, y tiene la pretensión de fundamentar la filosofía con él en el trono. Partiendo del ideal de que toda perfección consiste en la satisfacción de sí mismo y en desde-

ñar a los demás, Marco Aurelio cae en el escepticismo dogmático, estableciendo esta ley moral, y hace entrega de sus *pensamientos* para que los admiren algunos de sus cortesanos, sin preocuparse de las costumbres mismas de quienes le rodean.

Desde muy joven buscó Justino la verdad, y la encontró en la justicia, sin desalentarse en sus primeros inútiles esfuerzos; nunca tomó como pretexto para negar la luz el que ésta tardase en aparecer. Cuando declina su vida, a la hora fijada por Dios, Justino consagra su vida a la sabiduría; la encuentra al fin, y ardiendo en deseos de comunicársela a todo el mundo, a los pequeños y a los grandes, menosprecia los trabajos y los mismos tormentos, que le permitirán dar testimonio de la verdad ante el mundo entero. ¿Qué hombre de buena fe vacilará entre el héroe cristiano y el filósofo coronado que le dió la muerte? ¿Quién no preferiría los desprecios a las pretensiones de los falsos filósofos convertidos en señores del mundo, y que no dan otra prueba de su amor a la ciencia que su deliberado afán de ahogar la voz de los que la predican?

La filosofía cristiana. — La filosofía bautizada en la sangre del convertido de Naplusa, será para siempre cristiana. Su desoladora esterilidad finaliza hoy. El testimonio del martirio, que como sierva fiel, da a la verdad, endereza de repente los monstruosos desvíos de los primeros

tiempos. Sin confundirse con la fe será en lo sucesivo su noble auxiliadora. La razón humana verá sus fuerzas duplicadas por esta alianza, y producirá seguros frutos. ¡Desgraciada de ella si alguna vez, olvidando la consagración sublime que la dedica a Cristo, llegare a no hacer caso de la Encarnación divina y pretendiere que son suficientes las enseñanzas solamente naturales acerca del origen del hombre, el fin de todas las cosas y la regla de las costumbres! Esta luz natural que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, es también sin duda, un resplandor del Verbo[1]; y en ello estriba su grandeza. Pero desde que el Verbo divino, al querer aumentar el honor hecho a la razón, otorgó a la humanidad una manifestación de sí mismo más directa y más elevada, no es su deseo que el hombre divida en dos partes sus dones, que deje a un lado la fe cuyo fin es la visión, y que se contente de las pálidas luces que habrían bastado a la naturaleza pura. El Verbo es uno, como el hombre, al cual se manifiesta a la vez por la razón y la fe, aunque de modo diverso; así cuando la humanidad quiera desechar las luces sobrenaturales, tendrá su castigo merecido al ver al Verbo retirarle gradualmente esta luz de la razón natural, que juzgaba poseer como propia y abandonar al mundo por el camino de la sinrazón.

---

[1] *San Juan*, I, 9.

VIDA. — San Justino nació en Naplusa, Palestina, a finales del siglo II. Deseoso de aprender, se dió al estudio y frecuentó las escuelas estoica, peripatética, pitagórica y platónica, que no le satisficieron. Al fin, la conversación que trabó con un anciano misterioso y la contemplación de la vida cristiana, le condujeron a la verdad. Se convirtió a la edad de 30 años. Llegado a Roma, deseó vivamente hacer partícipes de su fe a los demás. Abrió una escuela y escribió varias obras: en el año 135, su *Diálogo* con el judío *Trifón;* después sus dos *Apologías*, compuestas durante el imperio de Antonino (138-161) y Marco Aurelio (161-180). Denunciado probablemente por el filósofo pagano Crescencio, murió mártir. León XIII extendió su culto a la Iglesia Universal.

LA SABIDURÍA. — Oh Justino, en ti celebramos una de las más nobles conquistas de nuestro divino Resucitado sobre el imperio de la muerte. Nacido en la región de las tinieblas, pronto comenzaste a romper las ataduras del error, que te tuvieron cautivo como a tantos otros. La Sabiduría, a quien amabas aun antes de conocerla, te escogió para sí entre tantos otros [1]. Pero ella no habita en un alma fingida, ni en un cuerpo sujeto al pecado [2]. Al contrario de los demás hombres, en quienes la filosofía no sirve más que para disimular su amor propio y la pretensión de justificar todos los vicios, tú buscaste la sabiduría con un corazón deseoso de conocer la verdad, sólo para amarla y ponerla en práctica. Esta rectitud de inteligencia y de corazón te

[1] *Eccli.*, IV, 18.
[2] *Sap.*, I, 14.

acercaba a Dios; te hizo digno de hallar la Sabiduría viva, que se entrega a ti para siempre en todo su esplendor [1]. La Iglesia, oh Justino, te condecoró con toda justicia con el nombre de *filósofo admirable;* porque fuiste el primero en comprender que la *filosofía* digna de tal nombre, el verdadero *amor de la sabiduría,* no puede limitar su actividad al dominio abstracto de la razón, ya que la razón no es sino un guía para las regiones superiores, donde la Sabiduría se manifiesta en persona al amor que la busca sin engaño.

La dependencia de la razón. — Se ha escrito de aquellos que se te asemejan: "*Los muchos sabios son la salud del mundo*" [2]. Pero qué raros son hoy los verdaderos filósofos, aquellos que, como tú, comprenden que el propósito del sabio ha de ser llegar al conocimiento de Dios [3] por el camino de la obediencia a ese Dios santísimo [4]. La independencia de la razón es el único dogma en que coinciden los sofistas del día; la manera de proceder de su secta es un falso *eclecticismo,* que conciben como la facultad que tiene todo el mundo para fabricarse su sistema; cada uno es libre de *escoger* aquello que en las afirmaciones de las distintas escuelas y hasta de las religiones, le sea más agradable. Por lo mismo

---

[1] *Sap.,* VI, 17-21.
[2] *Sap.,* VI, 26.
[3] *Eccli.,* VI, 23; Diálogo con Trifón, 3.
[4] *Eccli.,* IV, 15.

pretenden que la razón que llaman soberana, no ha producido cosa cierta, hasta que ellos no han venido; y, la duda universal, el escepticismo, como lo proclaman sus jefes, es para sí mismos la última palabra de la ciencia. ¡Verdaderamente después de todo esto, mal pueden reprochar a la Iglesia el rebajar la razón, cuando no ha mucho que en el Concilio Vaticano, exaltaba la mutua ayuda que se prestan la razón y la fe para conducir al hombre a Dios, su común Hacedor! ¡a ella, que arroja de su seno a los que niegan a la razón humana el poder dar por sí misma certeza de la existencia de Dios Creador y Señor! [1]. Y para definir en nuestros días el valor respectivo de la razón y la fe, sin separarlas y menos aún confundirlas, la Iglesia no ha hecho más que acudir al testimonio de todos los siglos cristianos, remontando hasta ti, cuyas obras, completadas unas con otras, no enseñan otra doctrina.

Has sido un testigo tan fiel como valiente, intrépido mártir. En días en que las necesidades de la lucha contra la herejía no habían aún sugerido a la Iglesia los nuevos términos cuya precisión había de ser indispensable, tus escritos nos muestran la misma doctrina, aunque expuesta en lenguaje menos preciso. ¡Bendito seas por todos los hijos de la Iglesia, oh Justino, por esta demostración preciosa de la identidad de nuestras creencias con la fe del siglo II! ¡Ben-

[1] Sess. II, c. IV; c. 10.

dito seas, por haber distinguido con este fin lo que era entonces el dogma, de las opiniones privadas, a las cuales la Iglesia, como siempre lo ha hecho, dejaba libertad en puntos de menor importancia!

La Apologética. — No defraudes las esperanzas que en ti ha puesto la Madre común. A pesar de estar ya tan alejados los tiempos en que viviste, quiere que sus hijos te honren con mayor culto que en los siglos pasados. En efecto, después de haber sido reconocida como reina de las naciones, ha vuelto a encontrarse en situación parecida a aquella en que la defendías contra los ataques de un poder hostil. Suscita en ella nuevos apologistas. Enséñalos cómo a fuerza de celo, de firmeza y de elocuencia, se consigue hacer retroceder el infierno. Pero sobre todo procura que no se equivoquen sobre la naturaleza de la lucha que la Iglesia les ha confiado. Tienen que defender a una reina; la Esposa del hijo de Dios no puede mendigar para ella la protección que se da a una esclava. La verdad tiene sus derechos propios; o mejor, sólo ella merece la libertad. Como tú, oh Justino, trabajarán porque el poder civil se avergüence de reconocer a la Iglesia las prerrogativas que concede a cualquier secta: pero la argumentación de un cristiano no puede contentarse con reclamar una tolerancia común para Cristo y para Satanás; como tú, y aun con la amenaza

de mayores violencias deberán decir: "Nuestra causa es justa, *porque nosotros y sólo nosotros, decimos la verdad*"[1].

EL MISMO DIA

SANTOS TIBURCIO, VALERIANO Y MAXIMO, MARTIRES

La Iglesia después de haber honrado a San Justino, hace memoria de un grupo de tres mártires, cuyos cuerpos fueron sepultados en el cementerio de Pretextato, en la vía Apia. El autor de las *Acta Sanctae Caeciliae* los hace compañeros de Santa Cecilia, pero esta leyenda debe abandonarse y aunque su personalidad sea absolutamente cierta, actualmente nada podemos afirmar con certeza sobre su historia y la fecha de su martirio.

La Epístola de la Misa tomada del capítulo V, (v. 1, 5.) del Libro de la Sabiduría, nos manifiesta la intrepidez de los justos ante sus perseguidores, cuyas amenazas no les infunde temor alguno. El temor de Dios que es "santo" y la seguridad de la recompensa, los conforta en medio de los tormentos. Saben que el último día se invertirán los papeles, y que ellos, junto con Cristo vencedor, juzgarán a aquellos que hoy los persiguen.

---

[1] Apología primera, 23.

Ojalá nos aprovechemos de su ejemplo e imitemos su virtud: esto es lo que se pide en la Colecta en los términos siguientes: "Señor, mientras que nosotros celebramos la fiesta de tus mártires Tiburcio, Valeriano y Máximo, haz que imitemos el magnífico ejemplo de su intrépida constancia, por Xto. Nuestro Señor. Amén."

16 DE ABRIL

SANTO TORIBIO DE ASTORGA, OBISPO Y CONFESOR

Fué antiguo monje del monasterio de Liébana (Asturias). Más tarde ocupó la silla episcopal de Astorga, donde trabajó incansablemente para arrancar las raíces de la herejía priscilianista. Fué ayudado en esta labor por el Papa San León Magno, a quien había consultado y quien le escribió una hermosa carta que es uno de los monumentos más curiosos de la época. Murió en su sede episcopal en la segunda mitad del siglo v. Su cuerpo fué trasladado al monasterio de Liébana, donde se le tributó culto durante varios siglos. El santo monje obispo hizo una devota peregrinación a Tierra Santa. En premio a su celo por preservar de la lepra herética a su tierra y por su devoción a la pasión de Cristo, le envió San León Magno una insigne reliquia de la Santa Cruz, la mayor que se cono-

ce en el mundo, la cual, guarnecida de joyas de gran valor, se conserva, *como por milagro* en la iglesia monasterial de Liébana, siendo objeto de la fervorosa devoción de los asturianos. Estuvo Liébana afiliado al gran cenobio de Oña en la Bureba.

17 DE ABRIL

SAN ANICETO, PAPA Y MARTIR

Los mártires se han dado cita junto a Jesús resucitado. Son aquellas águilas de que nos habla el Evangelio que vuelan a una hacia el objeto de sus deseos[1]. No es San Aniceto el único Papa mártir que habremos de celebrar estos días; también otros reclaman nuestros homenajes. Respecto de San Aniceto, sus obras son poco conocidas. En la cadena de Pontífices, es el undécimo eslabón después de San Pedro; pero su santidad y valor han hecho inmortal su memoria. Sabemos por San Ireneo que San Policarpo vino de Esmirna a Roma, hacia el año 155, para visitar a San Aniceto y consultarle. También quedan algunos recuerdos de su celo en defensa de su rebaño contra los ataques de los dos herejes Valentín y Marción.

VIDA. — San Aniceto debió de nacer en Emesa (Siria). Sucedió a San Pío I, en la silla de San Pedro,

[1] *S. Mat.* XXIV, 28.

y se coloca su pontificado entre los años 155-166. Las pocas noticias que de San Aniceto tenemos, nos las suministra la Historia Eclesiástica de Eusebio (L. IV, c. XI, XIV, XIX; L. V. c. VI y XXIV). Por ella sabemos que San Policarpo le visitó y trató con él sobre la fecha de la celebración de la Pascua y también que tuvo la satisfacción de convertir un gran número de herejes gnósticos. Ignoramos cuándo y cómo murió; únicamente uno de los últimos redactores del *Liber Pontificalis,* nos dice que fué mártir. No es conocido con seguridad el lugar de su sepultura; se dice que una reliquia suya se conserva en San Vulfrano de Abbeville.

Santo Pontífice, recibido desde hace tantos años en la gloria de Cristo, cuyo mártir y Pontífice fuiste, con corazón filial celebramos hoy tu bendito recuerdo. En ti veneramos uno de los gloriosos fundamentos de la casa de Dios; y aunque tu nombre nos ha llegado sin acompañamiento del relato de las obras que te merecieron la palma, sabemos al menos que fuiste muy querido de los fieles de tu tiempo. En el cielo conservas el celo pastoral que te animó en la tierra por la gloria de tu maestro: sé desde allí, oh Aniceto, propicio a la Iglesia de nuestro tiempo. Más de 200 Pontífices se han sucedido después de ti en la Sede de San Pedro, y el Juez del último día no ha descendido. Asiste a tu sucesor que es nuestro Padre, y socorre su rebaño en medio de los peligros inauditos que le rodean. Tú gobernaste la Iglesia durante la tempestad; ruega a Jesús resucitado que se levante y mande calmarse la borrasca; y pide para nosotros la

perseverancia. Eleva nuestros pensamientos a la patria celestial, para que, a ejemplo suyo, siempre estemos dispuestos a obedecer las inspiraciones divinas. Somos hijos de mártires, su fe es la nuestra, nuestra esperanza debe ser común.

21 DE ABRIL

SAN ANSELMO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

Monje, obispo y doctor, Anselmo reunió en su persona estas tres cualidades de cristiano privilegiado; y aunque la aureola del martirio no vino a dar el último lustre a este noble haz de tantas glorias, se puede decir que la palma le faltó a Anselmo, pero que Anselmo no faltó a la palma. Su nombre recuerda la mansedumbre del hombre del claustro, unida a la firmeza episcopal, la ciencia unida a la piedad; ningún recuerdo fué a la vez tan caro y tan brillante.

EL MONJE. — Piamonte le dió a Francia y a la orden de San Benito. Anselmo realizó plenamente en la abadía de Bec el tipo del Abad, tal como le trazó el Patriarca de los monjes de Occidente: "Antes servir que mandar." Se ganó de un modo particular el afecto de sus hermanos, la expresión de cuyos sentimientos ha llegado hasta nosotros. Su vida les pertenecía por entero,

ya se tratase de conducirlos a Dios, ya de iniciarlos en las sublimes especulaciones de su inteligencia. Un día les fué arrebatado a pesar de todos sus esfuerzos y forzado a sentarse en la silla arzobispal de Cantorbery. Sucesor, en esta silla, de Agustín, Dustano, Elfegio y Lanfranco, fué digno de llevar el *palio* que ellos llevaron, y por sus nobles ejemplos abrió el camino al ilustre mártir Tomás que le sucedió tan de cerca.

EL HERALDO DE LA MAJESTAD REAL DE LA IGLESIA.— Su vida pastoral la consagró toda a luchar por la libertad de la Iglesia. En él el cordero revistió el valor del león: "Cristo, decía, no quiere una esclava por esposa; no hay en este mundo cosa más querida para él que la libertad de su Iglesia." Ya pasó el tiempo en que el Hijo de Dios se dejó encadenar para librarnos de nuestros pecados; resucitó glorioso y quiere que su Iglesia sea libre como él. En todo tiempo tiene que luchar por esta sagrada libertad, sin la cual no podría cumplir con el ministerio de salvación que su divino Esposo la confió. Celosos de su influencia, los príncipes de la tierra, que no ignoran que es reina, se han esforzado por crearla mil obstáculos. En nuestros días, un gran número de sus hijos han perdido hasta la noción de los derechos que se la deben; sin ninguna consideración para con su dignidad real, no la dejan otra libertad que la de las sectas que ella condena; no pueden comprender, que en tales

condiciones la Iglesia, que Cristo fundó para reinar, queda en esclavitud.

No lo entendió así San Anselmo; y cualquiera que se diga hijo de la Iglesia, debe tener horror a tales utopías. Las palabras grandilocuentes de progreso y sociedad moderna no le seducen, sabe que la Iglesia no tiene igual en la tierra; y si ve el mundo preso de las más terribles convulsiones, incapaz de apoyarse sobre una base firme, todo tiene para él la explicación de que la Iglesia ya no es reina. El derecho de nuestra Madre no consiste sólo en ser reconocida por lo que es en el secreto del pensamiento de cada uno de sus fieles; necesita además el apoyo externo. Jesús la prometió en herencia las naciones, y las poseyó conforme a esta promesa; pero hoy, si sucede que algún pueblo la pone fuera de ley, ofreciéndola la misma protección que a todas las sectas que ella expulsó de su seno, se levantan mil aclamaciones alabando este pretendido progreso, y voces conocidas y amigas se mezclan a estos clamores.

Estas pruebas no las conoció Anselmo. Era menos de temer la brutalidad de los reyes normandos, que estos sistemas pérfidos que socavan por la base la idea misma de la Iglesia, y hacen echar de menos la persecución declarada. El torrente todo lo transtorna a su paso; pero todo renace cuando se seca su fuente. Otra cosa sucede cuando las aguas desbordadas inundan la tierra y la arrastran consigo. Tengámoslo por seguro;

el día en que la Iglesia, la celestial paloma, no encuentre aquí abajo donde posar su pie con honor, el cielo se abrirá y emprenderá el vuelo a su patria celestial, abandonando el mundo, la víspera de la venida del Juez en el último día.

El Doctor. — San Anselmo no es menos admirable como Doctor que como Pontífice. Su inteligencia profunda y serena penetró en la contemplación de las verdades divinas; buscó sus mutuas relaciones y su armonía y el fruto de estos nobles trabajos ocupa un lugar preeminente en el depósito que conserva las riquezas de la teología católica. Dios le concedió el genio. Ni sus luchas ni su vida agitada, pudieron distraerle de sus santos y queridos estudios, y camino de sus destierros iba meditando en Dios y en sus misterios, extendiendo para sí y para la posteridad el campo ya vasto de las investigaciones respetuosas de la razón en los dominios de la fe.

Vida. — Anselmo nació en Aosta del Piamonte hacia el año 1033. A los 26 años, entró en la abadía de Bec, en Normandía, donde se entregó a la práctica de las virtudes monásticas, y al estudio de la filosofía y de las Sagradas Escrituras. A los 30 años fué nombrado prior y maestrescuela, y en 1078 abad. Gobernó su Abadía con una bondad incomparable, que le permitió triunfar de todas las dificultades. Le tuvieron en gran estima los Papas Gregorio II y Urbano II, y habiendo sido llamado a Inglaterra, en 1092, no pudo entrar en

Francia y fué nombrado arzobispo de Cantorbery al año siguiente. Tuvo mucho que padecer de parte de Guillermo el Rojo, a causa de la defensa de los derechos y libertad de la Iglesia. Desterrado, se refugió en Roma, donde el Papa le colmó de honores, y le dió ocasión, en el concilio de Bari, de convencer de sus errores a los griegos que negaban que el Espíritu Santo procede igualmente del Hijo que del Padre. Llamado a Inglaterra, después de la muerte de Guillermo murió el 21 de abril de 1109. Fué enterrado en Cantorbery. En 1492, Alejandro VI, autorizó su culto, y Clemente XI le declaró Doctor de la Iglesia en 1720.

PLEGARIA AL DEFENSOR DE LA LIBERTAD. — Oh Anselmo, Pontífice amado de Dios y de los hombres, la Santa Iglesia, a quien con tanto celo serviste aquí en la tierra, te tributa hoy sus homenajes como a uno de sus prelados más venerados. Imitador de la bondad del divino Pastor, nadie te sobrepasó en condescendencia y caridad. Conocías a todas tus ovejas y ellas te conocían a ti; velando día y noche en su custodia, jamás fuiste sorprendido por el asalto del lobo. Lejos de huir al acercarse, saliste a su encuentro, y ninguna violencia te pudo hacer retroceder. Heroico campeón de la libertad de la Iglesia, protégela en nuestros tiempos en que por todas partes se la pisotea y se la aniquila. Suscita por doquier Pastores émulos de tu santa independencia a fin de que el valor se reanime en el corazón de las ovejas y que todos los cristianos tengan a honra confesar que ante todo son miembros de la Iglesia, que los intereses de esta Madre de las almas,

son superiores, a sus ojos, a los de cualquier sociedad terrestre.

PLEGARIA AL DOCTOR. — El Verbo divino te dotó, oh Anselmo, de esa filosofía completamente cristiana, que se humilla ante las verdades de la fe, y así purificada por la humildad, se eleva a las visiones más sublimes. Alumbrada con tus luces tan puras, la Iglesia, en recompensa, te ha otorgado el título de Doctor, tanto tiempo reservado a aquellos sabios que vivieron en las primeras edades del cristianismo y conservan en sus escritos como un reflejo de la predicación de los Apóstoles. Tu doctrina ha sido juzgada digna de compararse a la de los antiguos Padres, porque procede del mismo Espíritu; es más hija de la oración que del pensamiento. Obténnos, oh santo Doctor, que siguiendo tus huellas, nuestra fe, también *busque la inteligencia*. Muchos el día de hoy blasfeman lo que ignoran, y muchos ignoran lo que creen. De ahí una confusión desoladora, compromisos peligrosos entre la verdad y el error, la única doctrina verdadera desconocida, abandonada y sin defensa. Pide para nosotros, oh Anselmo, doctores que sepan alumbrar los caminos de la verdad y disipar las nubes del error, para que los hijos de la Iglesia no queden expuestos a la seducción.

PLEGARIA AL MONJE. — Dirige una mirada sobre la familia religiosa que te acogió en sus filas al salir de las vanidades del siglo, y dígnate ex-

tender sobre ella tu protección. De ella sacaste tú la vida del alma y la luz de tu inteligencia. Hijo de San Benito, acuérdate de tus hermanos. Bendícelos en Francia, donde abrazaste la vida monástica; bendícelos en Inglaterra, donde fuiste Primado entre los Pontífices, sin dejar de ser monje. Ruega, oh Anselmo, por las dos naciones que te han adoptado una después de otra. En la una, la fe está tristemente muy disminuída; la otra dominada por la herejía. Alcanza para las dos la misericordia del Señor. Es poderoso y no cierra sus oídos a la súplica de sus santos. Si ha determinado en su justicia no devolver a estas dos naciones su antigua constitución cristiana, obtén al menos que se salven muchas almas, que muchas conversiones consuelen a la Madre común, que los últimos obreros de la viña rivalicen con los primeros, en espera del día en que el Maestro descienda para recompensar a cada uno según sus obras.

22 DE ABRIL

SAN SOTERO Y SAN CAYO, PAPAS Y MARTIRES

La Iglesia honra hoy a dos Papas.

SAN SOTERO. — Sucedió inmediatamente a San Aniceto en 166. El tiempo nos ha robado el co-

nocimiento de sus obras. Sólo un rasgo ha llegado hasta nosotros. Es un fragmento de una carta que el obispo de Corinto, Dionisio, escribió a los Romanos, en la que consigna que el Pontífice ha hecho grandes limosnas a las iglesias de diversas ciudades que padecían hambre. Hermoso testimonio de la solicitud universal del Pontífice de Roma, cuya caritativa influencia se extendía a las más alejadas iglesias. Una carta apostólica acompañaba a las limosnas, y afirma Dionisio que se leía en las reuniones de los fieles, junto con la que San Clemente dirigió a los Corintios el siglo anterior. Como se ve, la caridad de los Pontífices de Roma ha estado siempre unida al celo por la conservación del depósito de la fe. San Sotero luchó con energía contra la herejía montanista que comenzaba a aparecer. Se cree que fué víctima de la persecución de Marco Aurelio, a pesar de que la primera redacción del *Liber Pontificalis* no hace mención de su martirio, y solamente consigna que fué sepultado "junto al cuerpo del bienaventurado Pedro."

San Cayo. — Sucedió al Papa Eutiquio, a fines del 283. Las lecciones del Breviario refieren que una de sus decisiones fué recordar la distinción de los grados que conducen al episcopado, a partir del orden de Portero. El *Liber Pontificalis* da a San Cayo el título de Confesor, y dice que hubo

de ocultarse para escapar de la persecución de Diocleciano. Murió antes del 296, y su sepulcro da testimonio de la devoción que le profesaron los fieles.

PLEGARIA. — Santos Pontífices, vosotros sois de los que sufrieron la gran tribulación y de los que pasaron por el agua y por el fuego para llegar a las playas de la eternidad. El pensamiento de Jesús triunfador de la muerte, sostenía vuestro ánimo; sabíais que a las angustias de la Pasión sucedieron las glorias de la Resurrección. Con el ejemplo nos habéis enseñado que la vida y los intereses de este mundo no deben ser tenidos en nada, cuando se trata de confesar la fe; concedednos este valor. Por el bautismo fuimos alistados en la milicia de Cristo; la confirmación nos comunicó el Espíritu de fortaleza; debemos, por tanto, estar dispuestos a la lucha. Santos Pontífices, ignoramos si en nuestros días veremos expuesta la Iglesia a persecución sangrienta; pero aunque así no sea, tenemos que luchar contra nosotros mismos, contra el espíritu del mundo, contra el demonio; sostenednos con vuestra intercesión. Habéis sido los padres de la cristiandad; la caridad pastoral que os animó en esta vida vive constantemente en vuestros corazones. Protegednos y haced que seamos fieles a los deberes que nos unen al divino Maestro, cuya causa defendisteis.

23 DE ABRIL

SAN JORGE, MARTIR

El mártir. — Se nos propone hoy a San Jorge como el valeroso campeón de Cristo resucitado. La Iglesia oriental, que le llama el *gran Mártir*, introdujo pronto su culto en Occidente y la caballería cristiana le ha amado y honrado como uno de sus más queridos patronos.

La Iglesia no lee en el oficio de Maitines la *leyenda* de San Jorge, sino simplemente un pasaje de San Cipriano sobre los combates de los mártires. En efecto, el decreto sobre los libros apócrifos atribuído al Papa San Gelasio, menciona entre los libros no recibidos las *Actas* de San Jorge, redactadas por un autor herético. Más modernamente se han encontrado unas *Actas* escritas en griego, a las que al principio se creyó debía darse mayor crédito, pero que al fin han resultado también desprovistas de autoridad.

Sin embargo de eso, se puede afirmar que San Jorge padeció por la fe antes de Constantino en Lidda, ciudad de Palestina, hacia el año 303. Su martirio es confirmado por el culto que se le ha tributado por lo menos desde el siglo v.

Su culto. — Comenzó en Oriente. La ciudad en que padeció el martirio se llamó ciudad de

San Jorge, y en ella se levantó una basílica en su honor. Musulmanes y cristianos creen que sus reliquias descansan en la cripta colocada debajo del altar. En Egipto tuvo dedicadas 40 iglesias y tres monasterios. En las Galias el rey Clodoveo, muerto en 512, construyó un monasterio y le dió el nombre de San Jorge, y San Germán de Parías († 576) propagó mucho su culto. Santa Clotilde le tuvo una devoción particular y le dedicó la iglesia de su querida abadía de Chelles. Pero este culto alcanzó su mayor esplendor en la época de las Cruzadas, cuando nuestros caballeros fueron testigos de la veneración que los pueblos de Oriente tenían a San Jorge, y oyeron narrar las maravillas de su auxilio en los combates. Los historiadores bizantinos cuentan muchos casos notables, y los mismos cruzados no tardaron en experimentar los efectos de la confianza que habían puesto en el auxilio de este poderoso conductor de los ejércitos cristianos. La república de Génova le nombró su patrono y la de Venecia le honró, después de San Marcos, como su protector especial. Pero no ha habido nación del mundo católico que haya sobrepasado a Inglaterra en la devoción tributada a San Jorge. No solamente un Concilio nacional tenido en Oxford en 1222, ordenó que la fiesta del gran mártir se celebrase como de precepto en toda Inglaterra; no solamente el culto del valeroso soldado de Cristo fué profesado en la gran Bretaña por los primeros reyes normandos, sino que hay razones para

sostener, como lo atestiguan los monumentos anteriores a las invasiones de Guillermo el Conquistador, que la devoción particular de la nación inglesa hacia San Jorge, le era tributada desde los siglos IX y X como a un protector particular. Eduardo III no hizo sino manifestar el sentimiento piadoso de su nación para con el celestial guerrero, cuando colocó debajo de su patrocinio la insigne orden de la Jarretera, que fundó en 1330. También debemos hacer mención de la orden militar de San Jorge que estableció Federico III en Alemania en 1468.

ICONOGRAFÍA. — A San Jorge se le representa montado en un dragón, y librando con este acto de valor a una princesa a la que el monstruo iba a devorar. Esta escena de la que el arte ha sabido sacar un gran partido, es puramente simbólica y tiene su origen en los monumentos iconográficos bizantinos. Significa el triunfo que San Jorge obtuvo sobre el demonio por su generosa confesión. La princesa representa a Alejandra, a quien la constancia del mártir conquistó a la fe. Ni en las Actas de San Jorge, ni en los himnos de la liturgia griega, se hace mención del dragón con que luchó el mártir, ni tampoco de la princesa a quien libró de un peligro temporal. Esta fábula sólo circuló en Occidente a partir del siglo XIV, y su origen viene de la interpretación demasiado naturalista de las efigies

consagradas a San Jorge por los griegos, y que se introdujeron en nuestras iglesias al final de las Cruzadas.

Plegaria por la milicia temporal. — ¡Oh San Jorge, eres la honra de la milicia cristiana! El servicio del príncipe temporal no te hizo olvidar tus obligaciones para con el rey del cielo. Derramaste tu sangre por la fe de Cristo, y en recompensa él te ha constituído jefe y guía de los ejércitos cristianos. Sé su sostén ante las filas enemigas, y concede la victoria a los defensores de la causa justa. Protégelos debajo de tu estandarte, cúbrelos con tu escudo y esparce el miedo delante de ellos. El Señor es el Dios de los ejércitos, y la guerra entra a veces en los planes de su Providencia, ya en vista de su justicia, ya en la de su misericordia. Jefes y soldados tienen necesidad del auxilio celestial. Al hacer la guerra, parecerá a veces que hacen la obra del hombre, mientras que en realidad hacen la de Dios. Por esta razón son más accesibles que los demás hombres a los sentimientos generosos, y por eso mismo su corazón es más religioso. El sacrificio, el peligro, los eleva sobre ellos mismos; también los soldados tienen su lugar distinguido entre los fastos de los mártires. Vela por el ejército de nuestra patria. Hazle tan cristiano como valeroso; sabemos que no han puesto en vano en ti sus esperanzas los hombres de guerra.

Plegaria por la milicia espiritual. — En la tierra no sólo existe milicia temporal; hay otra en la que están alistados todos los fieles de Cristo. San Pablo, hablando de todos nosotros, ha dicho: "que no serán coronados sino los que lucharen legítimamente" [1]. Hemos de contar con la lucha en este mundo, si escuchamos las exhortaciones del mismo Apóstol: "Cubríos con la armadura de Dios, nos dice, para que podáis resistir los ataques del diablo. Tomad por cinturón la verdad, por coraza la justicia, por calzado la resolución de andar por el camino del Evangelio, por escudo la fe, por casco la esperanza de la salvación y por espada la palabra de Dios" [2].

¡Somos, pues, guerreros como tú! Nuestro Jefe divino resucitado, antes de subir al cielo quiere pasar revista a su ejército; preséntanos a El. Nos ha admitido en las filas de su guardia, a pesar de nuestras infidelidades pasadas; a nosotros por tanto corresponde hacernos dignos de tal honor. La prenda de la victoria la tenemos en la Eucaristía, ¿cómo nos hemos de dejar vencer? Vela por nosotros, ¡valiente guerrero! Que tus oraciones nos ayuden mientras tus ejemplos nos animan a luchar como tú contra Satanás. Cada pieza de nuestra armadura le es temible; el mismo Jesús la ha preparado para nosotros y la ha templado en su sangre; da fuerzas a nues-

[1] *II Tim.*, II, 5.
[2] *Eph.*, VI, 13-17.

tro valor, para que podamos como tú, presentársela entera, el día en que nos invite a su descanso eterno.

Plegaria por toda la cristiandad. — La cristiandad entera tiene necesidad de que te acuerdes de los homenajes que te prodigó en otros tiempos. Por desgracia la antigua piedad hacia ti se ha enfriado, y para muchos cristianos tu fiesta pasa inadvertida. No te ofendas por ello, ¡oh santo mártir!, imita a tu Maestro que hace salir su sol sobre los buenos y malos. Tén piedad de este mundo en medio del cual ha sido sembrado el error, y que en este momento se agita en convulsiones terribles. Mira con compasión a Inglaterra, que ha sido seducida por el dragón infernal. Los antepasados te lo piden desde el cielo, ¡oh poderoso guerrero!; sus hijos te suplican desde la tierra. En nombre de Jesús resucitado te conjuramos ayudes a la resurrección de un pueblo que fué tuyo.

24 DE ABRIL

SAN FIDEL DE SIGMARINGA, MARTIR

Un mártir de los tiempos modernos. — Jesús resucitado rodeó su persona de una guardia de honor de mártires. Todos los siglos contribuyen a formarla. Este día ha visto entrar en las filas de la falange celeste a un combatiente generoso,

que mereció su palma no luchando contra el paganismo, como los que hasta ahora hemos saludado, sino defendiendo a la Iglesia contra los hijos rebeldes. La mano de los herejes sacrificó esta víctima triunfal, y el siglo XVII fué el teatro de su lucha.

Fidel llenó todo el significado de su nombre. Nunca retrocedió ante el peligro. Toda su vida no tuvo otro objeto que la gloria y servicio de su divino Maestro, y llegado el momento de salir al encuentro del peligro, avanzó hacia él sin arrogancia, pero también sin titubeos como convenía a un imitador de Cristo que sale al encuentro de sus enemigos. ¡Gloria al valeroso hijo de San Francisco, digno en todo de su seráfico Patriarca, que desafió al sarraceno y fué mártir de deseo!

EL PROTESTANTISMO Y LA LIBERTAD. — El protestantismo se estableció y se mantuvo por la sangre, y osó lamentarse de haber sido el blanco de la resistencia armada de los hijos de la Iglesia. Durante siglos se bañó en la sangre de nuestros hermanos, cuyo único crimen consistía en querer permanecer fieles a la fe que había civilizado a los antecesores de sus verdugos. Proclamaba la libertad en materia religiosa y sacrificaba a los cristianos que en su sencillez pensaban que en virtud de esa libertad tan proclamada, les estaría permitido creer y orar como se creía y oraba antes de Lutero y Calvino. Pero el católico se equivoca al contar con la tolerancia

de los herejes. Un instinto fatal arrastra continuamente a estos a la violencia contra la Iglesia cuya persistencia es para ellos un continuo reproche por haberla abandonado. En primer lugar tratan de aniquilarla en sus miembros, y si el cansancio de una lucha ininterrumpida trae al fin alguna calma, su mismo odio tratará de avasallar a quienes no se atreve a inmolar, insultando y calumniando a los que no ha podido exterminar. La historia de Europa protestante en sus cuatro siglos, justifica lo que acabamos de decir; pero nosotros debemos tener por dichosos a aquellos de nuestros hermanos, que en tan gran número han derramado su sangre en defensa de la fe romana.

VIDA. — Marco Rey nació en Sigmaringa, ciudad de Suabia, en 1577. Estudió Filosofía en Friburgo, y Derecho en Bilinga, y ejerció la abogacía en Colmar. Convencido de que esta profesión le exponía a cometer muchas injusticias, entró en la orden de los Capuchinos, que le parecieron unir los méritos de la vida activa y contemplativa, y recibió el nombre de Fidel. Fué ordenado de sacerdote el 4 de octubre en 1612, y dió ejemplo de las más altas virtudes, de gran devoción a la Sma. Virgen y de muy grande austeridad. La Congregación de la Propaganda Fide le mandó a predicar a Suiza, en especial a los grisones, entre los cuales la herejía protestante había hecho grandes destrozos. Convirtió a muchos, pero se atrajo el odio de los herejes. El 24 de Abril de 1622, se apoderaron de él, y no consiguiendo hacerle renegar, le partieron el cráneo y le atravesaron con sus espadas. Su cuerpo fué llevado a la catedral de Coira. En 1729 fué beatificado y en 1743 canonizado.

ADHESIÓN A LA FE. — Terminaste tu carrera con gloria, ¡oh Fidel!, y tu fin ha sido más hermoso que su principio. ¡Con qué serenidad fuiste a la muerte! ¡Con qué alegría sucumbiste a los golpes de tus enemigos que eran los mismos de la Iglesia! Como San Esteban oraste por ellos; porque el católico que debe detestar la herejía, debe también perdonar a los herejes que le sacrifican. Ruega, oh santo mártir, por los hijos de la Iglesia, alcanza que conozcan mejor el valor de la fe, y la gran gracia que Dios les ha hecho en nacer de la única verdadera Iglesia. Que se guarden de las doctrinas perversas que de todas partes llegan a sus oídos, que no se escandalicen de las tristes defecciones que con tanta frecuencia se producen en este siglo de molicie y de orgullo. La fe nos conducirá a Jesús resucitado; nos la recomienda El mismo cuando dice a Tomás: ¡"Bienaventurados los que no vieron y creyeron"!

También nosotros creemos, y por eso nos unimos a la Iglesia que es la maestra exclusiva de la fe. A ella damos fe y no a la razón humana que no lograría entender la palabra de Dios y menos aun juzgarla. Jesús quiso que esta fe nos llegara confirmada por el testimonio de los mártires, y cada siglo ha producido los suyos. ¡Gloria a ti, oh Fidel, que conseguiste la palma combatiendo los errores de la pretendida reforma! Véngate a la manera de los mártires y pide a Je-

sús sin cesar que vuelvan a la fe y unidad de la Iglesia los secuaces del error. Son hermanos nuestros por el bautismo; pide que entren en el redil y que todos juntos podamos celebrar la verdadera cena pascual, en la cual el Cordero de Dios se da en alimento, no de una manera figurada, como en la Antigua Ley, sino realmente como conviene a la Nueva.

25 de abril

SAN MARCOS EVANGELISTA

El León evangélico que asiste ante el trono de Dios, con el hombre, el toro y el águila, es honrado hoy por la Iglesia. Este día vió a Marcos subir de la tierra al cielo, ceñida su frente de la doble corona de Evangelista y mártir.

El Evangelista. — Al modo como los cuatro profetas mayores Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel, resumen en sí la predicación de Israel, así también Dios quiso que la Nueva Alianza descansase sobre cuatro textos augustos, destinados a revelar al mundo la vida y doctrina de su Hijo encarnado. Marcos es discípulo de Pedro. Escribió su Evangelio en Roma bajo la inspiración del príncipe de los Apóstoles. Ya estaba en uso en la Iglesia la narración de Mateo, pero los fieles de Roma deseaban juntar con ella la narración personal de su Apóstol. Pedro no escribe perso-

nalmente sino que encarga a su discípulo tomar la pluma y el Espíritu Santo guía la mano del nuevo Evangelista. Marcos sigue la narración de San Mateo; la abrevia pero a la vez la completa. Una palabra, un detalle, manifiestan que Pedro, testigo de todo, ha inspirado el trabajo de su discípulo. Pero el nuevo Evangelista ¿pasará por alto, o tratará de atenuar la falta de su maestro? Al contrario; el Evangelio de Marcos será más duro que el de Mateo en la narración de la negación de Pedro. Da la impresión de que las amargas lágrimas provocadas por la mirada de Jesús en casa de Caifás no cesaron de correr. Cuando Marcos terminó su trabajo Pedro le reconoció y le aprobó; las iglesias acogieron con alegría esta segunda exposición de los misterios de la salvación del mundo, y el nombre de Marcos se hizo célebre por toda la tierra [1].

Mateo que comienza su Evangelio con la genealogía humana del Hijo de Dios realizó la figura del Hombre; Marcos la del León, porque comienza su narración por la predicación de San Juan Bautista, recordando que la misión del Precursor del Mesías había sido anunciada por Isaías al hablar de la Voz del que clama en el

---

[1] San Marcos refiere en su Evangelio los recuerdos de San Pedro. Según S. Papíos y S. Ireneo, le escribiría después de la muerte del Apóstol. En nuestros días el P. Lagrange admite la posibilidad de dos datas en la composición del Evangelio: o en 42 ó 43 o bien entre el martirio de los Apóstoles S. Pedro y S. Pablo y el año 70. Escrito ya su Evangelio San Marcos se trasladaría a Alejandría para predicar allí la fe.

desierto; voz del león cuyos rugidos resuenan en las soledades.

El misionero. — Comenzó Marcos su apostolado cuando escribió su Evangelio. Llegó el momento, para Egipto, cuna de todos los errores, de recibir la verdad. La soberbia Alejandría vería levantarse dentro de sus muros la segunda Iglesia de la cristiandad, la segunda sede de Pedro. Marcos fué escogido por su Maestro para esta gran obra. Por su predicación, la doctrina salvadora germinó, floreció y fructificó en esta tierra infiel. Desde un principio se manifestó la autoridad de Pedro, aunque en distinto grado, en las tres grandes ciudades del imperio: Roma, Alejandría y Antioquía.

El mártir. — La gloria de Marcos hubiera quedado incompleta sin la aureola del martirio [1]. El gran éxito de la predicación del Santo Evangelista, le acarreó el furor de la antigua superstición egipcia. En una fiesta de Serapis, fué maltratado por los idólatras y arrojado a un calabozo. Por la noche se le apareció el Señor resucitado, cuya vida y obras había narrado, y le dijo estas célebres palabras que son la divisa de la república de Venecia: "¡Paz sea contigo, Marcos, mi

[1] Ningún Padre dice que San Marcos fué mártir; pero la tradición de las iglesias es tal que no puede seriamente ponerse en duda que el Evangelista acabó su vida con el martirio, aún cuando las Actas que nos proporcionan algunos detalles no fuesen absolutamente auténticas.

Evangelista"! A lo que el discípulo emocionado contestó: ¡"Señor"! Su amor y su alegría no hallaron otras palabras. Del mismo modo Magdalena la mañana de Pascua enmudeció después de aquel grito salido de su corazón: "¡Maestro!" Al día siguiente, Marcos fué martirizado por los paganos. Pero había cumplido su misión en la tierra y se le abría el cielo para ir a ocupar, junto al trono del "Anciano de muchos días" la silla de honor en que le contempló en sublime visión el profeta de Patmos [1].

En el siglo IX la Iglesia de Occidente fué enriquecida con los despojos mortales de San Marcos. Sus sagrados restos venerados hasta entonces en Alejandría, fueron trasladados a Venecia y bajo sus auspicios comenzaron los gloriosos destinos de esta ciudad, que habían de durar mil años. La fe en un tan gran patrón, obró maravillas en aquellos islotes y lagunas, de los que pronto surgió una ciudad tan poderosa como magnífica. El arte bizantino construyó la imponente y suntuosa iglesia que fué defensa de la reina de los mares y la nueva república acuñó sus monedas con la efigie del León de San Marcos. ¡Dichosa de ella si hubiera sido más sumisa a Roma y más severa en sus costumbres; nunca habría degenerado de su grandeza ni de la fe de sus mejores tiempos!

---

[1] *Apoc.*, IV, 6-11.

PLEGARIA. — Eres, oh Marcos, el misterioso León, uncido con el hombre, el toro y el águila al carro sobre el que el Rey de la gloria va a la conquista del mundo. Ya en la Antigua Ley te contempló Ezequiel en el cielo, y Juan, el profeta de la Nueva Ley, te reconoció junto al trono de Dios. ¡Qué grande es tu gloria!, historiador del Verbo hecho carne, manifiestas a todas las generaciones los títulos por los que le corresponden el amor y la adoración de los hombres. La Iglesia se inclina ante tus escritos y los proclama inspirados por el Espíritu Santo. Te hemos oído narrar el mismo día de Pascua la Resurrección de Nuestro Señor; haz, oh Santo Evangelista, que este misterio produzca en nosotros todos sus frutos; que nuestro corazón como el tuyo se una a Jesús resucitado, para que le sigamos por doquier en esta nueva vida que nos ha abierto resucitando El primero. Pídele se digne darnos su paz como se la dió a sus Apóstoles cuando se les apareció en el Cenáculo, como te la dió a ti mismo en la prisión.

Fuiste discípulo de Pedro; Roma se gloría de haberte tenido dentro de sus muros. Ruega por el sucesor de Pedro, tu maestro, y por la Iglesia de Roma combatida por la tempestad. León evangélico ruega al León de la Tribu de Judá en favor de su pueblo, despiértale de su sueño, que se levante con su poder y con su sola presencia ahuyentará a sus enemigos.

Apóstol de Egipto, ¿qué ha sido de tu Iglesia de Alejandría, segunda sede de Pedro, enrojecida con tu sangre? Hasta sus ruinas han desaparecido. El viento abrasador de la herejía desoló a Egipto y Dios airado desencadenó contra él, trece siglos ha, el torrente del Islam. ¿Deben aquéllas regiones renunciar para siempre a ver brillar la antorcha de la fe, hasta la venida del Juez de vivos y muertos? No lo sabemos, pero en medio de los acontecimientos que se suceden, osamos pedirte, oh Marcos, que intercedas por estas regiones que evangelizaste y en las cuales las almas están tan devastadas como su suelo.

Acuérdate también de Venecia. Su corona cayó, acaso para siempre; pero todavía vive allí un pueblo cuyos antepasados se consagraron a ti. Conserva la fe en su seno; haz que prospere, que se levante de sus desdichas y que dé gloria a Dios que ha descargado sobre ella su justicia.

LA PROCESION DE SAN MARCOS

Historia. — Es de notar este día en los fastos litúrgicos por la célebre procesión llamada de San Marcos. Sin embargo de eso, este nombre no es exacto, ya que la procesión estaba ya fijada el 25 de abril, antes de la institución de la fiesta del Santo Evangelista, que aún no tenía día fijo en la Iglesia romana en el siglo VI. El

verdadero nombre de esta procesión es el de "Letanías Mayores." El nombre de Letanía, significa Súplica, y se dice de una procesión religiosa durante la cual se ejecutan cánticos cuyo fin es alcanzar algo del cielo. Esta palabra significa también la exclamación que se profiere al decir: "¡Señor, tén piedad de nosotros!" Este es el sentido de las palabras griegas: "Kyrie eleison." Más tarde se ha dado el nombre de Letanías a todo el conjunto de invocaciones que se añadieron a las palabras griegas, de forma que llegaron a constituir una oración litúrgica, que en circunstancias importantes emplea la Iglesia.

A las Letanías Mayores, se le da este nombre para distinguirlas de las Letanías Menores o procesiones de Rogativas, instituídas en las Galias en el siglo v. Sabemos por un pasaje de San Gregorio Magno que era costumbre de la Iglesia de Roma, celebrar cada año una Letanía Mayor, en la que tomaban parte el clero y el pueblo y que esta costumbre era ya antigua. El Santo Pontífice no hizo sino fijar al 25 de abril esta Procesión, y señalar para estación la Iglesia de San Pedro. Muchos liturgistas han confundido con esta institución las procesiones que San Gregorio prescribió muchas veces en calamidades públicas y que son distintas de la de hoy. Esta era anterior, aunque no se conoce la fecha de su origen. Va fija a este día y no a la fiesta de San Marcos que es posterior. Si sucede que el 25

de abril cae en la semana de Pascua, la Procesión tiene lugar el mismo día, a no ser que en él caiga la Pascua. En cuanto a la fiesta del Evangelista se la traslada después de la octava.

Acaso se pregunte por qué se ha escogido el 25 de abril para fijar en él una Procesión y una Estación en que todo respira compunción y penitencia, en una estación del año en que la Iglesia se entrega a las alegrías de la Resurrección del Señor.

Entre los antiguos romanos el 25 de abril se celebraba la fiesta de las Robigales. Consistía en una procesión muy popular que iba de la vía Flaminia al templo del Robigo. En él se ofrecían sacrificios y oraciones a dicha divinidad para que preservarse los sembrados de la roya. En efecto, estamos en la época de las heladas tardías de la luna roja. Una vez más la Iglesia sustituyó una creencia pagana por otra cristiana.

No se puede dejar de consignar el contraste tan fuerte que existe entre las algrías del momento presente y los sentimientos de penitencia que deben acompañar a la Procesión y Estación de las Letanías Mayores, instituídas ambas con el fin de alcanzar la misericordia divina. Colmados de toda clase de favores en este santo tiempo, inundados por las alegrías pascuales no nos entristezcamos porque la Iglesia ponga por unas horas sentimientos de compunción que tanto convienen a los pecadores como nosotros.

Se trata de desviar los azotes que merecen las iniquidades de la tierra, de obtener por la humildad, y con la invocación de la Madre de Dios y de los Santos, el término de las enfermedades y la conservación de las mieses: de ofrecer a la justicia divina una compensación por el orgullo y malicia del hombre. Entremos en estos sentimientos y reconozcamos humildemente la parte que corresponde a nuestros pecados en los motivos que han excitado la cólera divina; y nuestras pobres súplicas, unidas a las de la Iglesia, obtendrán gracia para los culpables y para nosotros mismos que formamos parte de ellos.

Este día consagrado a la reparación de la gloria divina no podía pasar sin las expiaciones con que el cristiano debe acompañar la ofrenda de su corazón arrepentido. Hasta la reciente reforma del Derecho eclesiástico, en este día, se exigía en Roma la abstinencia de carne, y cuando fué implantada en Francia la Liturgia romana por Pipino y Carlo Magno, como la gran Letanía del 25 de abril ya estaba en uso, se promulgó el precepto de abstinencia. El Concilio de Aquisgrán de 836 añadió la obligación de suspender los trabajos serviles y esta disposición se halla en los capitulares de Carlos el Calvo. En cuanto al ayuno propiamente tal, como el tiempo pascual no lo permite, parece no haberse observado por lo menos de un modo general. En el siglo IX afirma Amalario que no se observaba en Roma.

Mientras la procesión se cantan las Letanías de los Santos seguidas de numerosos versículos y oraciones que las completan. La Misa de la Estación se celebra según el rito de la Cuaresma, sin *gloria* y con color morado. Los fieles encontrarán la Misa y las Letanías en sus devocionarios. Nos falta espacio para reproducirlas aquí.

Permítasenos protestar contra la negligencia de muchos cristianos, de personas más o menos dadas a la piedad, a las cuales jamás se las ve asistir ni a la Procesión de San Marcos, ni a la de las Rogativas. La relajación en este punto ha llegado al colmo, sobre todo en las ciudades. Estos mismos fieles han recibido con satisfacción la dispensa de la abstinencia, que limitada al principio a algunas diócesis, en nuestros días ha sido extendida a todos los fieles. Al parecer, esta indulgencia debiera hacerles tomar mayor parte en la oración, ya que la dispensa ha aliviado la parte correspondiente a la penitencia. La Procesión de los fieles en las Letanías, forma parte esencial de este rito reconciliador, y Dios no está obligado a tener en cuenta unas oraciones en las que no toman parte aquellos que están llamados a ofrecérselas. Este es uno de los muchos puntos en que una pretendida devoción privada tiene engañadas a muchas personas. Cuando San Carlos Borromeo entró en la ciudad de Milán, también halló que su pueblo dejaba solos a los clérigos en la Procesión del 25 de abril. Se

impuso a sí mismo la obligación de asistir e iba con los pies descalzos. No tardó el pueblo en seguir los pasos de su pastor.

26 DE ABRIL

SANTOS CLETO Y MARCELINO, PAPAS Y MARTIRES

Dos Pontífices se levantan hoy a la gloria de Jesús vencedor de la muerte. Cleto, discípulo de Pedro y sucesor suyo casi inmediato en la cátedra romana, nos lleva a los orígenes de la Iglesia. Marcelino vió los días de la gran persecución de Diocleciano en vísperas del triunfo de la Cruz. Inclinémonos ante estos dos padres de la cristiandad, que la han alimentado con su sangre y presentemos sus méritos a Cristo que les sostuvo con su gracia y les dió la confianza de tomar un día parte en su Resurrección.

VIDA. — San Cleto fué el segundo sucesor de S. Pedro. Después de haber reinado como doce años, murió mártir, bajo Domiciano, hacia el año 90, y fué sepultado junto a S. Pedro. Según una tradición antigua fué ordenado por el propio S. Pedro, y se le ha atribuído la construcción del primer monumento, sin duda muy modesto, que se levantó sobre la tumba del Apóstol.

San Marcelino, que nació en Roma, sucedió al Papa S. Cayo el 30 de junio de 296, y gobernó la Iglesia durante 8 años. Fué víctima de la persecución de Diocleciano. No se sabe si sucumbió a los golpes de sus verdugos, o a consecuencia de sus heridas. Su sepulcro, en

el cementerio de Priscila, da testimonio de la veneración en que se le tuvo, por las muchas visitas de los fieles. En el siglo V, pretendieron los donatistas, que primero ofreció incienso a los dioses, y después, arrepentido de su falta, la reparó por una valiente confesión de la fe, que le valió la corona del martirio. San Agustín, tiene esta apostasía momentánea por una pura leyenda, y esta es también la opinión de los historiadores modernos.

PLEGARIA CONTRA EL PAGANISMO MODERNO. — Rogad por nosotros, santos Pontífices, y dirigid una mirada paternal sobre la Iglesia de la tierra que tan agitada fué en vuestro tiempo, y que tan lejos está de gozar de calma al presente. El culto de los ídolos ha reaparecido y aunque hoy no son de piedra ni de metal, la violencia de los que los adoran no es menor que la que animaba a los paganos de los primeros siglos. Los dioses y diosas ante los que se postra el mundo entero, se llaman Libertad, Progreso, Civilización Moderna. Para implantar el culto de estas nuevas divinidades se decreta la persecución contra todos los que rehusan adorarlas, se trastorna la constitución cristiana de los estados, se cambian los principios de educación de la niñez, se rompe el equilibrio de los elementos sociales y gran número de fieles son arrastrados por el atractivo de estas novedades funestas.

Libradnos de esta seducción, ¡oh mártires bienaventurados! No en vano Jesús sufrió aquí abajo y resucitó de entre los muertos. Este era

el precio de su realeza, pero nadie se escapa de su cetro soberano. Para obedecerle no queremos más LIBERTAD, que la que El estableció en su Evangelio; más PROGRESO que el que se halla en la senda que El nos trazó; ni más CIVILIZACIÓN que la que resulta de la observancia de los deberes que ha establecido entre los hombres. Creó la humanidad y la impuso sus leyes; la ha rescatado y restablecido en sus bases. Sólo ante El doblaremos la rodilla. No permitáis, gloriosos mártires, que tengamos la desgracia de inclinarnos ante los sueños del orgullo humano, aun cuando aquellos que los explotan tuvieran de su parte la fuerza material.

27 DE ABRIL

NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT

En muchas iglesias de España se celebra hoy la fiesta de Nuestra Señora de Montserrat, patrona de Cataluña. No sólo en España, sino en muchas otras partes del orbe católico, también la "Moreneta" tiene grandiosos y hasta espléndidos santuarios dedicados a su nombre, tal ha sido desde muchos siglos el encanto ejercido por la dulce Reina de Montserrat en el ánimo de los cristianos, y ella desde el majestuoso trono que se escogió en las encumbradas montañas de Cataluña que le dan su nombre, ejerce su dulce

imperio de amor y misericordia y atracción sobre todos los devotos y menesterosos.

El culto de la Virgen de Montserrat es antiquísimo, pues se remonta hasta más allá de la invasión de España por los árabes. Al acercarse los ejércitos agarenos, la Sagrada Imagen fué ocultada, no llegando a descubrirse de nuevo hasta el siglo IX. Para darle culto se edificó entonces una capillita, a la cual el conde Wifrido el Velloso, agregó más tarde un monasterio de monjes benedictinos, procedentes de San Pedro de las Puellas. Este monasterio más tarde se convirtió en el actual de monjes benedictinos, uno de los más famosos con que cuenta la Orden Benedictina. El alma y la vida del monasterio ha sido siempre la Virgen Morena en quien toda Cataluña tiene puestos todos sus amores y entusiasmos. Durante la Edad Media los reyes y magnates se disputaron la preferencia de dotar el monasterio y el santuario de la Virgen con toda clase de privilegios y donaciones. Esta prodigalidad no ha cesado todavía, siendo Montserrat uno de los centros marianos más concurridos por los fieles, no sólo en Cataluña sino en toda España y varios países de lengua española.

Vivo y perenne permanece el recuerdo de personajes célebres que se llegaron a Montserrat para honrar a la celestial Reina de aquellos fantásticos picachos, que semejan gigantescos chapiteles de catedral, o descomunales tubos de ór-

gano. Allí veló una noche las armas del noble Iñigo de Loyola, en loor de Nuestra Señora, al ensayar un nuevo género de milicia, "a lo divino" bajo la tutela de Nuestra Señora de Montserrat. Célebres santuarios de la Virgen hay en el mundo católico; muchos confiados a religiosos de diversas órdenes y congregaciones, aun a la orden de San Benito, como por ejemplo los milenarios de Einsielden en Suiza, y Valvanera en Logroño, pero ninguno puede rivalizar en esplendidez del culto como el de Montserrat. Una escolanía de niños cantores de la Virgen Morena se perpetúa en el monasterio y los niños llegan, por regla general, a ser monjes capellanes benitos de la Virgen en el santuario donde se ensayaron a ser "trovadores" de la Reina de los cielos.

Quiera la divina Madre de Dios multiplicar tan simpáticos cantores, que al cambiar de voz, perseveren en su servicio bajo el suave yugo de la disciplina monástica y sean maestros experimentados de reclutas infantiles.

EL MISMO DIA

SAN PEDRO CANISIO, CONFESOR Y DOCTOR

El santo. — Fiel a su promesa, nunca ha abandonado a su Iglesia Nuestro Señor, ni la ha privado de la ayuda necesaria para cumplir su

fin a través de los siglos. En las épocas más turbulentas, cuando el infierno parecía la iba a sumergir, ha suscitado hombres "poderosos en obras y en palabras para reprimir la audacia de Satanás, frenar los progresos del mal, y extender el reino de Dios en el mundo [1]. Uno de estos fué San Pedro Canisio. "Valiente y suave, humilde y sabio, profesor, escritor, orador y polemista, siempre dispuesto a lanzarse en cualquier campo de batalla; predicador de reyes y catequista de niños; primer Provincial de la Compañía de Jesús en Alemania; teólogo en el Concilio de Trento; Nuncio del Papa ante obispos y príncipes; mezclado en todos los asuntos religiosos de su tiempo, capaz por su doctrina, su prudencia, su abnegación, su genio y su vida santa de hacer frente a los progresos del protestantismo, y detener y disminuir sus conquistas [2]. Tal es el santo cuya fiesta celebra hoy la Iglesia, y que propone a los defensores de la verdad, para que tengan ante los ojos "el modelo de un campeón intrépido de la doctrina católica y un ejemplo que imitar, conservando el tesoro precioso de la fe, sin la cual no se puede conseguir la vida eterna"[3].

EL CATEQUISTA. — Uno de los principales títulos de gloria de San Pedro Canisio se halla en su

[1] Pío XI, *Bula de Canonización.*
[2] Alet: *El bienaventurado Canisio,* p. 5.
[3] Pío IX, *Bula de Beatificación.*

obra catequista. Compuso dos catecismos: la Suma de la doctrina cristiana y el Catecismo menor, para preservar a los niños del pueblo, a los estudiantes de las universidades y a los mismos clérigos contra el error protestante, y darles la doctrina sana de la Iglesia. Antes de su muerte, vió el santo 200 ediciones de su catecismo y su traducción a 12 lenguas extranjeras, es inmenso el bien que hizo y desde el siglo XVII se le llamaba a Canisio "Doctor de casi todas las naciones." Este juicio fué ratificado por Pío XI, que al canonizarle, le declaró protector de la Religión católica en Alemania y Doctor de la Iglesia Universal.

VIDA.—Nació Pedro Canisio en Nimega en 1521, el mismo año de la rebelión abierta de Lutero contra la Iglesia. A los 15 años fué a Colonia para estudiar humanidades. Allí hizo votos de castidad perpetua, y poco más tarde entró en la Compañía de Jesús. Ordenado de sacerdote, se consagró a la defensa de la fe católica contra los ataques de los innovadores. Dos veces tomó parte en las sesiones del Concilio de Trento, y le fueron encargadas misiones particulares por los Papas Paulo IV y Gregorio XIII. Con su celo reavivó la fe de los jefes del Imperio germánico en las dietas de Ratisbona y Augsburgo, y en Worms confundió a los magistrados herejes. Compuso una notable Suma de la doctrina cristiana, y sus obras de controversia le merecieron el sobrenombre de "martillo de los herejes". Sus incesantes trabajos no le impidieron permanecer íntimamente unido a Dios, hasta ser arrobado a veces en éxtasis. Su humildad le hizo rehusar muchas veces el episcopado; su obediencia y austeridad fueron sumas.

Por fin a la edad de 77 años murió en Friburgo donde vivía desde hacía muchos años. En 1864 le beatificó Pío IX, y en 1925 Pío XI le canonizó y le declaró Doctor de la Iglesia.

PLEGARIA. — Señor hacemos nuestros los ardientes sentimientos de fe que el santo Doctor expone al principio de su Suma: "No conozco a Lutero y rechazo a Calvino. Anatematizo a todos los herejes, nada quiero con ellos. Ni dicen, ni creen, ni observan la regla de fe de la única, santa y católica Iglesia romana. Por el contrario estoy unido por una fe común, y apruebo la religión y doctrina de los que escuchan y siguen a Cristo, no sólo en sus enseñanzas de la Escritura sino en las decisiones de los Concilios Ecuménicos, en su palabra salida de la cátedra de Pedro, lo mismo que en los testimonios de los Padres.

"Hombres blasfemos desprecian y combaten a la Iglesia romana; la detestan como iglesia del Anticristo. Yo me proclamo ciudadano suyo; no me apartaré un ápice de su autoridad; en testimonio suyo estoy dispuesto a derramar mi sangre y mi vida. Solamente en su unión, los méritos de Cristo y los dones del Espíritu Santo son la salvación para mí y para todos los demás. Tal es mi esperanza, mi certeza y mi persuasión.

"Lo que me impone y me arranca esta profesión de fe, oh Dios mío, es el honor de tu nombre, la fuerza de la verdad conocida, la doctrina

de la Escritura canónica, el común sentir de los Padres, la obligación de dar testimonio ante mis hermanos, en fin, la esperanza de obtener en el cielo, la felicidad prometida a los confesores del Evangelio.

"Si esta confesión me acarrea el desprecio de los herejes, perdónalos, ¡Oh Padre! perdónalos. El imperio fatal de Satanás, el prestigio de una falsa ciencia les domina; no saben ni quieren saber lo que hacen.

"Consérvame, te suplico, esta gracia: que en vida y en muerte no cese de profesar con constancia sincera y sinceridad constante la fe que se debe a Ti y a tu Iglesia y a la verdad. Amén."

EL MISMO DIA

SANTO TORIBIO DE MOGROVEJO, OBISPO Y CONFESOR

Fué el misionero en América el complemento del Conquistador; los dos unidos realizaron una de las obras más grandes de que nos habla la historia de la humanidad. Tipo perfecto del misionero, tan admirable como San Francisco Javier, fué Santo Toribio Alonso de Mogrovejo, hidalgo vallisoletano, natural de Mayorga donde nació el 1538. Fueron sus padres D. Luis Alonso Mogrovejo, regidor perpetuo de Mayorga y Doña

Ana Robles y Morán, descendientes ambos de nobilísimas familias de León y Santillana pero más señalados todavía por sus virtudes que trasfundieron al alma de su privilegiado hijo.

Fué desde niño perfecto dechado de virtud y de aplicación al trabajo sin conocer las deficiencias de la niñez y mocedad. A los 32 años le enviaron a deshora de la noche los títulos de Inquisidor de Granada, cargo que empezó a desempeñar con suma prudencia, celo santo y aplauso de toda España, sabedora de sus prendas incomparables. Murió el arzobispo de Lima y Felipe II propuso para aquella silla a Toribio, resistiéndose humilde, hasta que le persuadieron que era obra de perfecto y abnegado misionero. Fué el segundo arzobispo de Lima y preparó y presidió un concilio con asistencia de sus sufragáneos. Celebró quince sínodos diocesanos; reunió cuatro veces en torno suyo a los obispos de la América meridional. Bautizó y confirmó miles de indios, recorrió dos veces su diócesis, más basta que un reino, andando centenares de leguas muchas veces sobre la nieve, y a través de los riscos, torrenteras desatadas y bosques enmarañados, hablando a los indios en su propia lengua y despreciando los silbos de flechas envenenadas que con frecuencia se le recibía en los bohíos paganos. Murió cumpliendo su ministerio en Santa a más de quinientos kilómetros de la capital de su diócesis.

28 DE ABRIL

SAN PABLO DE LA CRUZ, CONFESOR

APÓSTOL DE LA CRUZ. — Radiante con el signo sagrado de la Pasión, Pablo de la Cruz hace hoy el cortejo al vencedor de la muerte. "Era necesario que Cristo padeciese y que de ese modo entrara en su gloria"[1]. Es también necesario que el cristiano, miembro de Cristo, siga a su Jefe por el sufrimiento para acompañarle en el triunfo. Pablo desde su infancia, ha profundizado en el misterio de los sufrimientos de Dios: se enamoró de la Cruz con inmenso amor, corrió con paso de gigante por este camino real; y así siguiendo a su Jefe traspasó el torrente, y sepultado con El en la muerte llegó a participar de las glorias de su Resurrección [2].

La disminución de las verdades entre los hijos de los hombres pareció haber cegado la fuente de los santos [3], cuando Italia, siempre fecunda en su fe inmarcesible, dió a luz al héroe cristiano que proyectaría sobre el siglo XVIII los rayos de santidad de edades pasadas. Dios nunca falta a su Iglesia. Al siglo de revolución y de sensualismo, que cubre con el nombre de filosofía sus tristes aberraciones, opone la Cruz de su Hijo. Recordando por su nombre y sus obras

[1] *S. Lucas,* XXIV, 26.
[2] *Rom.,* VI, 3-5.
[3] *Ps.,* XI, 2.

al Apóstol de los gentiles, surgirá un nuevo Pablo en esta generación llena de mentira y orgullo, para la cual la Cruz ha vuelto a ser escándalo y locura. Débil, pobre, mucho tiempo desconocido, sólo contra todos, pero con el corazón enchido de abnegación, sumisión y amor, irá este Apóstol con la pretensión de confundir la sabiduría de los sabios y la prudencia de los prudentes; vestido con un burdo hábito, extraño a la molicie del siglo, los pies descalzos, la cabeza coronada de espinas y una pesada cruz a la espalda, recorrerá las ciudades, se presentará ante los poderosos y los débiles, deseando no saber sino a Jesús y a Jesús crucificado. Y en sus manos la Cruz, fecundando su celo, aparecerá como la fuerza y la sabiduría de Dios [1]. Que triunfen aquellos que pretenden haber desterrado el milagro de la historia y lo sobrenatural de la vida de los pueblos; no saben que precisamente en ese momento, admirables prodigios y milagros sin cuento, someten pueblos enteros a la voz de este hombre, que por la destrucción completa del pecado en su persona, recuperó el primitivo imperio de Adán sobre la naturaleza, y parece gozar ya, en carne mortal de las dotes de los cuerpos resucitados.

El fundador. — Pero el apostolado de la Cruz no debe terminar con Pablo. En el atardecer de

[1] *I Cor.*, I, 11.

un mundo decrépito, no bastan los recursos antiguos. Estamos muy lejos de los tiempos en que la delicadeza del sentimiento cristiano, se conmovía por el espectáculo de la Cruz bajo las flores, como la pintaba en las Catacumbas un delicado y respetuoso amor. La humanidad tiene necesidad de que a sus sentidos embotados por tantas emociones malsanas, alguien le ofrezca como reactivo supremo, las lágrimas, la sangre y las llagas abiertas del Redentor. Pablo de la Cruz recibió de lo alto la misión de responder a esta necesidad de los últimos tiempos. A costa de indecibles sufrimientos llega a ser padre de una nueva familia religiosa, que a los tres votos ordinarios añade el de propagar la devoción a la Pasión del Salvador, y cuyos miembros ostentan sobre el pecho el signo sagrado de la redención.

No olvidemos, que la Pasión del Salvador no es para el alma cristiana, más que la preparación al gran misterio de Pascua, término radiante de las manifestaciones del Verbo, fin supremo de los escogidos, sin cuya inteligencia y amor la piedad queda incompleta. El Espíritu Santo que guía a la Iglesia en la admirable progresión del Año Litúrgico, no tiene otra dirección para las almas que se abandonan sin reserva a la libertad de su acción santificadora. De la cumbre sangrante del Calvario, donde quisiera clavar todo su ser, Pablo de la Cruz es

transportado muchas veces a las alturas divinas y allí escucha aquellas palabras misteriosas que la boca del hombre no puede pronunciar [1]. Asiste al triunfo del Hijo del Hombre, que después de haber vivido la vida mortal y pasado por la muerte, vive hoy eternamente [2]. Ve sobre el trono de Dios al Cordero inmolado, hecho el foco de los esplendores del cielo [3], y de esta visión de las realidades celestiales trae a la tierra un entusiasmo divino, la locura de amor, que en medio de las más espantosas penitencias, da a toda su persona un encanto incomparable. "No temáis, dice a sus hijos, asustados por los furiosos ataques de los demonios, no tengáis miedo, y gritad bien alto: Alleluia. El diablo tiene miedo al Alleluia; es una palabra venida del Paraíso."

Ante el espectáculo de la naturaleza que renace con su Señor en estos días de primavera, ante el canto armonioso de los pájaros celebrando su victoria, a la vista de las flores que brotan bajo los pies del divino resucitado, no se puede contener. Henchido de poesía y amor, y sin poder dominar sus ímpetus, reprende a las flores, las toca con su bastón, diciendo: "Callaos, callaos." "¿De quién son estos campos? Dice un día a su compañero de viaje. "¿De quién son estos campos? te digo. Ah, ¿no me comprendes? Son de nuestro Dios." Y cuenta su biógrafo, que

[1] *II Cor.*, XII, 4.
[2] *Apoc.*, I, 18.
[3] *Ibid.*, XXI, 23.

trasportado de amor, vuela por el aire hasta cierta distancia. "Hermanos míos solía repetir a cuantos encontraba; amad a Dios, amad a Dios que tanto merece ser amado. ¿No oís a las hojas de los árboles que os dicen que améis a Dios? Oh amor de Dios, oh amor de Dios."

VIDA. — Nació S. Pablo de la Cruz en Ovada, Liguria, en el año 1694. Desde niño estuvo abrasado por un gran amor a Jesús Crucificado, y un ardiente deseo de ser mártir le hizo alistarse en un ejército que iba a luchar contra los turcos. Dios le mostró que le había de servir de otra manera, y aun antes de ser sacerdote, le encargó su obispo predicar la palabra de Dios. Le gustaba sobre todo hablar de la Pasión, y lo hacía de una manera tan conmovedora, que convertía a los pecadores más endurecidos. Estudió Teología en Roma, y fué ordenado de sacerdote por el Papa Benedicto XIII, quien le permitió reunir compañeros con los que fundó una Orden destinada a honrar y predicar la Pasión del Señor y los Dolores de María. Favorecido con oración extática, con el don de lenguas, y de profecía, murió en Roma el 18 de Octubre de 1775, y Pío IX le concedió los honores de la beatificación y canonización.

PLEGARIA POR LA IGLESIA. — No has tenido, oh Pablo, más que un pensamiento: retirado en los agujeros de la piedra [1], que son las sagradas llagas del Salvador, hubieras querido llevar a todos los hombres a estas fuentes divinas, en las cuales calma su sed en el desierto de la vida el verdadero pueblo escogido [2]. Dichosos aquellos que

[1] *Cant.*, II, 14.
[2] *I Cor.*, X, 4.

pudieron oír tu voz siempre victoriosa y aprovechándose de ella salvarse por la Cruz, de en medio de una generación perversa. Pero a pesar de tu celo de Apóstol, tu voz no podía resonar a la vez en todos los confines; y donde no llegabas, el mal se desbordaba sobre el mundo. Preparado desde muy atrás por la falsa ciencia y la falsa piedad, la desconfianza contra Roma y la corrupción de los grandes, el siglo en que había de hundirse la antigua sociedad cristiana, se abandonaba a los doctores de la mentira y cada día avanzaba hacia su término fatal. Tu ojo, iluminado desde lo alto, penetraba el futuro, y veía el abismo en que cegados por el vértigo, reyes y pueblos se hundían juntamente. Azotado por la tempestad, el sucesor de Pedro, el piloto del mundo, impotente para dominarla, buscaba con qué ayuda y con qué sacrificio podría, al menos por algún tiempo contener las olas desencadenadas. Oh tú, amigo de los Pontífices, y apoyo en los días tristes, testigo y confidente de las amarguras de Cristo y su Vicario, ¿de qué angustias supremas no tuvo el mortal secreto tu corazón? ¿y cuáles eran tus pensamientos al legar, poco antes de morir, la imagen venerada de la Virgen de los Dolores a aquel Pontífice que había de beber hasta las heces del cáliz de la amargura y morir cautivo en tierra extranjera? Prometiste entonces tener para con la Iglesia, desde el cielo, aquella compasión tierna y afec-

tuosa que te identificaba en la tierra con su Esposo doliente. Cumple tu promesa, oh Pablo de la Cruz. En este siglo de disgregación social que no ha sabido reparar los crímenes de los anteriores y ni aprender con las lecciones de la desgracia, mira tú a la Iglesia oprimida por todas partes y el poder en manos de los perseguidores. La Esposa no tiene otro lecho que la Cruz de su Esposo. Vive del recuerdo de sus dolores. El Espíritu Santo que la guarda y la prepara para la suprema llamada, te ha suscitado a ti, oh Pablo, para reavivar sin cesar este recuerdo que la ha de fortalecer en las angustias de los últimos días.

PLEGARIA POR SU ORDEN. — Tus hijos continúan tu obra en el mundo. Extendidos por todo él, conservan fielmente el espíritu de su Padre. Han entrado en el suelo de Inglaterra, donde ya los había visto tu espíritu profético, y este reino por el que tanto oraste, se desliga poco a poco de los lazos del cisma y de la herejía con el dulce influjo de su influencia. Bendice su apostolado, que crezcan y se multipliquen en la proporción cada día creciente de las necesidades de estos desdichados tiempos. Que nunca falte su celo a la Iglesia ni la santidad de su vida a la gloria de su Padre.

PLEGARIA POR TODOS. — Tú, oh Pablo, fuiste fiel al divino Crucificado en sus humillaciones, y así también le hallaste fiel en su Resurrección triun-

fante. Escondido en los agujeros de la roca misteriosa en el tiempo de su voluntaria oscuridad, ¡qué gloria tan grande la tuya, hoy que desde la cumbre de las colinas eternas, esta piedra divina que es Cristo, ilumina con sus rayos vencedores toda la tierra y la inmensidad del cielo![1] Ilumínanos y protégenos, desde el seno de esa gloria. Nosotros damos gracias a Dios por tus triunfos. Haz, en cambio, que también nosotros seamos fieles al estandarte de la Cruz, para que podamos brillar contigo con su luz, cuando aparezca en el cielo, esa señal del Hijo del Hombre, el día en que venga a juzgar a las naciones[2]. Apóstol de la Cruz, inícianos en estos días en el misterio de Pascua tan íntimamente unido al misterio sangriento del Calvario: sólo comprende la victoria quien luchó en la batalla, sólo él tiene parte en el triunfo.

EL MISMO DIA

SAN VIDAL, MARTIR

La Iglesia conmemora hoy un mártir, compañero de San Agrícola, de quien la historia de las catacumbas no nos proporcionan ningún dato. A pesar de eso, tenemos una prueba de la devoción que le profesaron los fieles, en la mag-

---

[1] *Ps.*, LXXV, 5.
[2] *S. Mat.*, XXIV, 30.

nífica basílica que Justiniano levantó en su honor en Bolonia, y en la que poco más tarde se le dedicó en Roma.

He aquí la Colecta de la Misa: "Oh Dios todopoderoso, por intercesión de tu mártir Vidal, cuyo nacimiento para el cielo celebramos hoy, concédenos aumento de tu amor. Por Cristo Nuestro Señor. Amén."

EL MISMO DIA

SAN LUIS-MARIA GRIÑON DE MONFORT, CONFESOR

Pone a nuestra veneración hoy la Iglesia, y nos invita a imitar el ejemplo de un gran amante de la Sabiduría Divina y de la Cruz del Redentor, del insigne apóstol de la verdadera devoción a la Santísima Virgen, y como se ha dicho con exactitud del "Doctor de la mediación" universal de Nuestra Señora.

El Tratado de la verdadera devoción. — Durante sus estudios en San Sulpicio, San Luis-María, se asimiló cuantas obras contenía la biblioteca sobre la Santísima Virgen, en ellas se alimentó su piedad y desde el principio de su carrera apostólica, su predicación y sus escritos dan testimonio de una riqueza de doctrina sacada toda de la tradición, de los Padres y Doctores de la Iglesia. De ahí procede la seguridad

de su doctrina reconocida por Pío X con ocasión de la encíclica "Ad illum diem" en que el Papa la hace suya. Esta doctrina vivida por un alma de fuego, predicada en numerosas misiones al pueblo, se halla condensada en el breve y maravilloso "Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen", escrito en la Rochela, en el verano de 1712, con mucha prisa, y sin ningún alarde literario, pero abundante de piedad filial; de ahí su inmensa popularidad que crece constantemente.

La doctrina.—La base de su doctrina consiste en hacerse exclavo de María, para mejor serlo de Jesús: consecuencia lógica del papel asignado por Dios a María en la producción y distribución de la gracia. "María, dice, es la Madre, la Señora y la Dispensadora de todos los dones de Dios, el Trono de la Sabiduría. Sólo por mediación de María se puede obtener la Sabiduría eterna y encarnada. Pero como nuestro corazón está muy manchado es preciso para hacerle digno de Ella, hacer entrar, por decirlo así, a María en nuestra casa consagrándonos a Ella, sin reservas, como siervos y esclavos suyos." Como es "imán sagrado" de la Sabiduría, la atraerá indudablemente a nosotros. Este es el medio "más seguro, más fácil, más corto y más santo" para unirse a Jesús. Si nos entregamos a María, "imagen de Jesús" Ella formará en nosotros a su divino Hijo.

Es necesario depender de María, y por María de Jesús "como hijos, como almas libres, libres de todo... por tanto esclavos, oh Dios, pero sólo de tu amor y de tu voluntad", y esto

Viviendo por ella: En sus deseos, guiándose en todo por su espíritu, que es el Espíritu de Jesús; para esto es necesario renunciar al espíritu propio y entregarse al espíritu de María;

viviendo con Ella: en sus acciones, mirando a María como modelo acabado de toda virtud y perfección ejecutando cada acción como la ejecutaría ella si estuviese en nuestro lugar; examinando e imitando su fe viva, su profunda humildad, su pureza divina, en fin todas sus virtudes;

viviendo para María: como esclavo, no tomándola como fin último de nuestros servicios, que sólo puede ser Jesucristo, sino como fin próximo y medio fácil para ir a El. Es necesario, apoyaros en su protección, defender sus privilegios, mantener su gloria, atraer a todos a su devoción y no exigir de Ella, en recompensa de nuestros pequeños servicios, más que el honor de pertenecer a una Princesa tan amable y la dicha de estar unidos por Ella a Jesús, con un vínculo indisoluble por toda la eternidad: en fin, si es posible a fuerza de fidelidad:

viviendo en María: morando en el hermoso interior de María, complaciéndose y descansando allí en paz, apoyándose con confianza, refugián-

dose con seguridad y perdiéndose en ella sin reserva, a fin de que en su seno virginal, el alma se alimente con la leche de la gracia, libre de preocupaciones viva allí segura contra todos y sus enemigos, el demonio, el mundo y el pecado, que jamás, entraron allí y que al fin sea formado en Jesucristo y Jesucristo formado en ella [1].

IRRADIACIÓN DE LA DOCTRINA. — Pero más bien que una doctrina, este libro contiene una gracia, "a condición de leerle como fué escrito, con humildad y piedad, leer lentamente, con reflexión, y poner por obra lo que enseña; entonces experimentará gran alegría y se sacará mucho provecho". Por eso, en "el Secreto de María", resumen hecho por el mismo santo, a petición de una religiosa, quiere que no se lea antes de haber orado al Espíritu Santo y a María "para pedir a Dios la gracia de comprender y de gustar este divino misterio". Y muchos lectores, por no haberlo hecho así, quedaron desconcertados por las exigencias del autor, o desanimados por el aire vulgar de algunas descripciones populares. Pero a los que han orado y perseverado se les ha manifestado una vida verdaderamente nueva que les ha transformado.

La piedad mariana de San Luis-María se ha comunicado también por un poderoso apostolado por el Rosario del que se hizo apóstol infa-

[1] Amor de la sabiduría eterna, Puente-Castillo, 1932, p. 344.

tigable en sus misiones por Bretaña y La Vendée, mostrando en esa devoción providencial la mejor realización práctica de la santa esclavitud, y el procedimiento más poderoso para atraer a nosotros el reino de Dios. Fué tal el éxito que obtuvo, que esta devoción, en especial bajo la forma del Rosario en familia, se arraigó en las favorecidas provincias por él evangelizadas, y ha contribuído a hacerlas profundamente cristianas.

VIDA. — Luis-María nació en Monforte en 1673. En 1685 fué a Rennes para hacer sus estudios en el colegio de los Jesuítas, y en 1693 a París al Seminario de San Sulpicio para prepararse en él al sacerdocio. Fué ordenado sacerdote el 5 de Junio de 1700, inaugurando su ministerio en Nantes; más tarde fué capellán del hospital de Coitiers. Allí, en 1703, fundó la Congregación de las Hijas de la Sabiduría, para la instrucción de la juventud. Dos años más tarde, comenzó su vida de misionero, viajando siempre a pie, con una pobreza y a veces desnudez soportada heroicamente. De este modo recorrió las provincias del Oeste de Francia, con notable fruto. Entonces compuso las primeras reglas de la Compañía de María para los misioneros que le acompañaban en su apostolado, y que continuarán su obra después de su muerte, con el nombre de "Padres Monfortianos". También entre sus colaboradores se reclutaron los primeros Hermanos de San Gabriel, dedicados a la enseñanza primaria. Murió Luis-María el 28 de abril de 1716, cuando predicaba una misión en San Lorenzo de Sèvre. Le beatificó León XIII y Pío XII le ha colocado en el catálogo de los Santos.

COLECTA. — "Oh Dios que hiciste del bienaventurado Luis-María, Confesor, un Predicador admirable del misterio de la santa Cruz y del santo Rosario, y que por él has enriquecido a tu Iglesia con una nueva familia, concédenos por sus méritos y su intercesión, llegar, por la vida, muerte y resurrección de tu Hijo, a la bienaventuranza eterna. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

29 DE ABRIL

SAN PEDRO, MARTIR

El héroe que la Santa Iglesia envía hoy a Jesús resucitado, combatió con tanta valentía que el martirio adornó hasta su nombre. El pueblo cristiano le llama *San Pedro Mártir,* de suerte que su nombre y su victoria no se separarán jamás. Inmolado por un brazo herético, es el tributo que la cristiandad del siglo XIII ofreció al Redentor. Nunca triunfo alguno fué celebrado con tan solemnes aclamaciones. En el siglo anterior la palma obtenida por Tomás de Cantorbery, fué saludada con alegría por los pueblos que nada amaban tanto como la libertad de la Iglesia; la obtenida por Pedro fué objeto de una ovación semejante. La fiesta se guardaba como las solemnidades antiguas, con la suspensión de trabajo, y los fieles acudían a las igle-

sias de los Hermanos Predicadores, llevando ramos que presentaban para que los bendijeran en recuerdo del triunfo de Pedro Mártir. Esta costumbre se ha conservado hasta nuestros días en Europa meridional, y los ramos bendecidos por los Dominicos ese día son considerados como una protección para las casas en que se conservan con respeto.

San Pedro y la Inquisición. — ¿Por qué causa se inflamó el celo del pueblo cristiano por la memoria de esta víctima de un odioso atentado? Pedro había caído trabajando en defensa de la fe, y entonces a los pueblos nada les era tan querido como la fe. Pedro tenía la misión de buscar a los herejes maniqueos que desde hacía tiempo infectaban el Milanesado con sus doctrinas perversas y sus costumbres tan odiosas como sus doctrinas. Su firmeza, su integridad en el cumplimiento de tal misión, le hacían el blanco del odio de los Patarinos; y cuando cayó, víctima de su valor, un grito de admiración y reconocimiento se levantó en toda la cristiandad. Nada pues más lejos de la verdad, que las declamaciones de los enemigos de la Iglesia y de sus imprudentes fautores, contra las pesquisas que el derecho público de las naciones católicas había decretado para descubrir y castigar a los enemigos de la fe. En aquellos siglos, no había tribunal más popular que el encargado de pro-

teger las sagradas creencias, y de reprimir a los que las atacaban.

Goce, pues, la Orden de Predicadores, a quien particularmente le estaba encargada esta alta magistratura, goce sin orgullo pero también sin debilidad, del honor que tuvo de ejercerla durante tantos años, para bien del pueblo cristiano. ¡Cuántas veces sus miembros han hallado muerte gloriosa en el cumplimiento de su sagrado deber! San Pedro Mártir, es el primero de los mártires que esta Orden ha dado por esta causa; pero los fastos dominicanos cuentan con gran número de herederos de su abnegación y émulos de su corona. La persecución de los herejes no es sino un hecho de la historia; y a nosotros los católicos no nos está permitido juzgar de ella de distinto modo que juzga la Iglesia. Hoy nos manda honrar como mártir a uno de sus santos que halló la muerte saliendo al encuentro de los lobos, que amenazaban a las ovejas del Señor; ¿no seríamos culpables ante nuestra Madre si osáramos enjuiciar de otro modo que ella el mérito de los combates que merecieron a Pedro la corona inmortal? Lejos, pues, de nuestros corazones de católicos la cobardía que no se atreve a aceptar los esfuerzos de nuestros antepasados por conservarnos la herencia más preciosa. Lejos de nosotros esa facilidad pueril en creer las calumnias de los herejes y de los pretendidos filósofos contra una institución a la que ellos no

pueden sino detestar. ¡Lejos de nosotros esa deplorable confusión de ideas que coloca en el mismo plano la verdad y el error y que, por lo mismo, que el error no tiene ningún derecho, osa concluir que la verdad nada tiene que reclamar!

VIDA.—Nació San Pedro en Verona en 1206, de padres herejes. Con la ayuda de la gracia, y las enseñanzas de un maestro católico, abrazó la fe católica desde su juventud. Siendo estudiante en Bolonia, lejos de dejar enfriar su fe, entró en la Orden de Predicadores, donde se distinguió en la práctica de las virtudes religiosas. Ordenado sacerdote, ejerció su ministerio en las provincias vecinas, haciendo muchos milagros y numerosas conversiones. En 1232, Gregorio IX le nombró Inquisidor general de la fe. Sus trabajos por extirpar la herejía le atrajeron el odio de los maniqueos. El 6 de abril de 1252, uno de ellos le asesinó cuando iba a Milán. Su cuerpo fué llevado a la iglesia de los Dominicos de Milán, y el año siguiente, Inocencio IV le inscribía en el católogo de los Santos.

PROTECCIÓN CONTRA EL ERROR.—Protector del pueblo cristiano, ¿qué otro móvil sino la caridad dirigió todos tus trabajos? ya sea que tu palabra viva y luminosa reconquiste las almas engañadas por el error, ya sea que caminando contra el enemigo, tu valor les oblige a huir lejos de los pastos que quisieran envenenar, nunca tuviste en vista otro objeto que el de preservar a los fieles de la seducción. ¡Cuántas almas sencillas habrían gozado de las delicias de la verdad divina, que la Santa Iglesia hacía llegar hasta ellas, y que engañados miserable-

mente por los predicadores del error, sin defensa contra el sofisma y la mentira, pierden el don de la fe, languidecen en la angustia y la depravación!

La sociedad católica previno estos males. No podía sufrir que la herencia adquirida con el precio de la sangre de los mártires, fuese presa de enemigos envidiosos que se habían propuesto apoderarse de ella. Sabía que en el fondo del corazón del hombre caído existe cierta inclinación al error, y que la verdad, inmutable en sí, no está en segura posesión de nuestra inteligencia, sino en cuanto es protegida por la ciencia y por la fe: la ciencia, que pertenece al dominio de muy pocos, la fe, contra la cual conspiran constantemente el error, bajo las apariencias de la verdad. En las edades cristianas, se consideraba tan culpable como absurdo, conceder al error una libertad a la que sólo tiene derecho la verdad, los poderes públicos se consideraban en la obligación de velar por la salud de los débiles, apartando de ellos las ocasiones de caer, del mismo modo que un padre cuida de alejar a sus hijos de los peligros que les serían tanto más funestos cuanto su inexperiencia no los preveían.

AMOR DE LA FE. — Alcánzanos, oh Santo Mártir, estima mayor del don precioso de la fe, que nos conserva en el camino del cielo. Procura, solicita su conservación en nosotros y en todos los que nos están confiados. El amor de esta santa

fe se ha enfriado en muchos; el trato con los que no creen les ha acostumbrado a concesiones de palabra y de pensamiento que los han debilitado. Tráelos, oh Pedro, a ese celo por la verdad divina que debe ser el distintivo del cristiano. Si en la sociedad en que vive, todo tiende a igualar los derechos del error y de la verdad, que se consideren tanto más obligados a profesar la verdad y a detestar el error. Reaviva en nosotros, oh Santo Mártir, el ardor de la fe, "sin la cual es imposible al hombre agradar"[1]. Haz que seamos delicados en este punto de importancia capital para la salvación, para que, aumentando de día en día nuestra fe, merezcamos ver eternamente en el cielo lo que hayamos creído firmemente en la tierra.

30 DE ABRIL

SANTA CATALINA DE SENA, VIRGEN

LA MÍSTICA. — ¿Quién se atreverá a emprender la tarea de contar los méritos de Santa Catalina o de enumerar siquiera los títulos de gloria de que está rodeada? Se encuentra entre las primeras filas de las esposas de Jesús. Como virgen fiel se unió al Esposo divino desde sus tiernos años. Su vida, consagrada por tan noble voto, se deslizó en el seno de la familia, hasta que es-

[1] *Hebr.*, XI, 6.

tuvo preparada para cumplir la alta misión a que la destinaba la Providencia divina. El Señor, que quería glorificar por ella el estado religioso la inspiró unirse por medio de la profesión a la orden tercera de los Frailes Predicadores. Tomó su hábito y practicó toda su vida sus santos ejercicios. Se trasluce desde el principio en los modales de la sierva de Dios algo celestial, como si un ángel hubiera bajado a vivir en la tierra para llevar en su cuerpo una vida humana. Su vuelo hacia Dios es irresistible, y hace pensar en el ímpetu que arrastra a las almas gloriosas hacia el supremo bien, ante cuya presencia estará ya siempre. En vano el peso de la carne mortal intenta retardar su vuelo; la energía de la penitencia la hace someterse, la suaviza y la aligera. Parece vivir sóla el alma en cuerpo transformado. Le basta para sostenerle el divino manjar de la Eucaristía; y la unión con Cristo es tan completa, que se imprime sus sagradas llagas en los miembros de la virgen y le dan a gustar los dolores de la Pasión.

Desde el interior de esta vida tan elevada sobre los humanos, Catalina no vive ajena a ninguna de las necesidades de sus hermanos. Su celo es fuego para las almas, su compasión tierna como la de una madre para con las dolencias de sus cuerpos. Dios abrió para ella la fuente de los milagros y Catalina los derrama a manos llenas sobre los hombres. Las enfermedades y la muerte

misma obedecen a su mandato, los milagros se multiplican en torno de ella.

Las comunicaciones divinas con ella comenzaron desde sus primeros años, y el éxtasis llegó a ser en ella un estado casi habitual. Sus ojos vieron con frecuencia al divino resucitado que la prodiga sus caricias y sus pruebas. Los más altos misterios estuvieron a su alcance y una ciencia que nada tenía de terrena iluminó su inteligencia. Esta joven sin cultura compondrá escritos sublimes, en los cuales los horizontes más profundos de la doctrina del cielo, se exponen con precisión y elocuencia sobrehumanas, con un acento que aún hoy día penetra las almas.

Acción política. — No quiso el cielo que tantas maravillas permanecieran ocultas en un rincón de Italia. Los santos son columnas de la Iglesia y si, a veces, su acción es misteriosa y callada, a veces también se manifiesta a las miradas de los hombres. Entonces se hacen patentes los resortes con que Dios gobierna al mundo. Al final del siglo xiv, era necesario hacer volver a la ciudad eterna al Vicario de Jesucristo, ausente de su Sede desde hacía más de sesenta años. Un alma santa, pudo con sus méritos y oraciones, lograr que se realizase este retorno tan deseado por toda la Iglesia; quiso el Señor esta vez que esto fuera público; "en nombre de Roma abandonada, en nombre de su divino Esposo que también lo es de la Iglesia, Catalina pasa los Alpes,

y se presenta al Pontífice que nunca vió a Roma, y a quien tampoco Roma había conocido. La Profetisa le intima respetuosamente el deber que tiene que cumplir; como garantía de su misión le revela un secreto que sólo él conoce. Gregorio XI se da por vencido y la ciudad eterna ve de nuevo a su padre y pastor. Pero, a la muerte del Pontífice, un cisma, presagio de mayores males, viene a desgarrar el seno de la Iglesia. Catalina, lucha contra la tempestad hasta su último aliento; pero el año treinta y tres se acerca; el Señor no quiere que sobrepase la edad que El consagró en su persona; ha llegado el tiempo de que la virgen vaya a continuar en los cielos su ministerio de intercesión por la Iglesia que tanto amó, y por las almas rescatadas con la sangre de Cristo.

VIDA. — Santa Catalina nació en Sena el 25 de marzo de 1347. A los siete años hizo voto de castidad perpetua. Después de gran oposición su madre la permitió recibir el hábito de las Hermanas de Sto. Domingo, pero viviendo en el siglo. Su vida la pasó cuidando a los enfermos, calmando los odios que dividían a las familias, y convirtiendo pecadores con sus exhortaciones y oraciones. Escribió al Legado del Papa en Italia, pidiéndole la reforma del clero, la vuelta del Papado de Aviñón a Roma, y la organización de una cruzada contra los infieles. En 1376, enviada por los florentinos, emprendió un viaje a Aviñón, para defender ante el Sumo Pontífice la causa de Florencia, sobre la cual el Papa había tenido que lanzar el entredicho, a causa de su rebelión. Además se aprovechó para pedir de nuevo a Gregorio XI volviera a Roma. Al comienzo del

gran Cisma, sostuvo ardientemente la causa de Urbano VI, sin lograr hacerla triunfar. Favorecida con las más elevadas gracias espirituales, dictó en el curso de sus éxtasis el *Diálogo* que encierra toda su doctrina mística. Murió en Roma, el año 1380. Su cuerpo descansa en la iglesia de Santa María de Minerva. El Papa Pío II la canonizó en 1461 y Pío IX en 1866 la declaró segunda patrona de Roma.

PLEGARIA POR TODOS. — Absorta la Iglesia en las glorias de la resurrección, se dirige a ti, oh Catalina, que sigues al Cordero a donde quiera que va [1]. En este lugar de destierro donde no puede detenerse por mucho tiempo, no goza de su presencia sino a intervalos; por lo cual te pregunta: "¿Encontraste al que ama mi alma?"[2] Eres su Esposa, también ella lo es; pero para ti ya no hay velos, no hay separación, mientras que para ella el gozo es raro y fugaz, y la luz, velada por las sombras. ¡Pero cuál ha sido tu vida, oh Catalina! Has unido la más profunda compasión por los dolores de Jesús a las alegrías más embriagadoras de la vida gloriosa. Nos puedes iniciar en los misterios del Calvario y en las magnificencias de la Resurrección. Estamos en Pascua, en la vida nueva; procura que la vida de Jesús no se extinga en nuestras almas, sino que crezca por el amor del que la tuya nos ofrece admirable ejemplo.

---

[1] *Apoc.*, XIV, 4.
[2] *Cant.*, III, 3.

PLEGARIA POR LA IGLESIA. — Concédenos participar, oh virgen, de tu adhesión filial a la Santa Iglesia, que te hizo emprender tan grandes cosas. Te afligías de sus dolores y te alegrabas en sus alegrías como hija sumisa. También nosotros deseamos amar a nuestra madre, proclamar los lazos que nos unen a ella, defenderla contra sus enemigos, ganarla nuevos hijos generosos y fieles.

El Señor se sirvió de tu débil brazo, oh mujer inspirada, para restituir en su silla al Romano Pontífice. Fuiste más fuerte que los elementos humanos que se afanaban por prolongar una situación desastrosa para la Iglesia. Las cenizas de Pedro en el Vaticano, las de Pablo en la Vía Ostiense, las de Lorenzo y Sebastián, las de Cecilia e Inés y las de tantos millares de mártires, saltaron de gozo en sus tumbas, cuando el carro triunfal que llevaba a Gregorio XI entró en la Ciudad.

PLEGARIA POR ITALIA. — Ruega también, oh Catalina, por Italia que tanto te amó y que estuvo tan orgullosa de tus gestas. En ella está suelta hoy la impiedad y la herejía; se blasfema el nombre de tu Esposo, se predica al pueblo descarriado las doctrinas más perversas, se le enseña a maldecir de todo lo que un día veneró, la Iglesia es ultrajada y la fe, desde tanto tiempo debilitada, amenaza extinguirse; acuérdate de tu desgraciada patria, oh Catalina. Es ya hora

de que vengas en su ayuda y la libres de las garras de sus enemigos. La Iglesia entera espera de ti la salvación de esta ilustre provincia de su imperio; calma las tempestades y salva la fe en este naufragio que amenaza devorarlo todo.

1 DE MAYO

SAN FELIPE Y SANTIAGO EL MENOR, APOSTOLES

Dos buenos testigos de la Resurrección de nuestro amado Salvador se presentan hoy a nuestra veneración: San Felipe y Santiago vienen a afirmarnos que su Maestro resucitó verdaderamente de entre los muertos, que le vieron, que le tocaron, que vivieron con él durante cuarenta días, y para que no dudemos de la sinceridad de su testimonio, traen en las manos los instrumentos del martirio que padecieron, para atestiguar que Jesús, después de haber padecido la muerte, salió vivo del sepulcro.

San Felipe. — Según la tradición predicó a los escitas y se cree que murió en Hierápolis de Frigia. Documentos antiguos dan testimonio de que fué martirizado en tiempo de Domiciano o de Trajano.

Santiago. — Más conocido que San Felipe, Santiago fué llamado el "hermano del Señor"

por el parentesco que unía a su madre con la de Jesús. Se propone de un modo especial a nuestra veneración en estos días de Pascua. Sabemos por el Apóstol San Pablo, que el Salvador resucitado favoreció a Santiago con una aparición particular. Tal distinción obedecía sin duda a una fidelidad especial de este discípulo para con su Maestro. Fué constituído primer Obispo de Jerusalén [1] y fué tan grande la fama de su santidad que en esa ciudad todos le llamaban el Justo; y los judíos fueron tan ciegos que no comprendieron que el espantoso desastre de su ciudad fué el castigo del deicidio y buscaron su causa en el asesinato de Santiago que sucumbió bajo sus golpes, orando por ellos. Podemos penetrar en el alma pura y tranquila del Santo Apóstol leyendo la admirable Epístola con la que nos sigue instruyendo. En ella con un lenguaje del todo celestial, nos enseña que las obras deben acompañar a la fe si queremos ser justos, con la

---

[1] Algunos autores creen que se puede distinguir dos personas distintas con el nombre de Santiago: en primer lugar, uno de los doce Apóstoles y por otra el hermano del Señor, primer Obispo de Jerusalén y autor de la epístola canónica. Hay que advertir que esta distinción está basada en la liturgia griega que celebra al Apóstol el 5 de octubre y al Obispo el 25 del mismo mes. Algunos Martirologios romanos fijan al Apóstol el 22 de junio y la del Obispo el 25 de marzo. Sin embargo de eso, esta distinción, poco conforme con un pasaje de la Epístola a los Gálatas (I, 19) parece que no fué admitida por la mayoría de los Padres, y hoy sólo la aceptan muy reducido número de autores. (Cfr. Mgr. Charue, *Epístolas Canónicas*, t. XII de la Biblia de Pirot, París, 1938, pp. 388-390.)

justicia que nos hará semejantes a nuestro Señor Resucitado [1].

Las reliquias de San Felipe y Santiago descansan en Roma en la basílica llamada de los Doce Apóstoles. Constituyen uno de los tesoros más sagrados de la ciudad santa. Las reliquias de San Felipe fueron traídas siendo Papa Pelagio I (560) el 1 de mayo, día en que se celebraba la dedicación de dicha Iglesia; las de Santiago fueron trasladadas poco más tarde. Excepto las fiestas de San Juan Evangelista y de San Andrés, hermano de San Pedro, la Iglesia romana durante muchos años no celebró fiestas particulares de otros apóstoles. Los honraba a todos en la solemnidad de San Pedro y San Pablo. La traslación desde Oriente, en el siglo VI, de los cuerpos de San Felipe y Santiago dió ocasión a la institución de la fiesta que se celebra hoy en su honor: y esta derogación trajo insensiblemente al Ciclo litúrgico la admisión de otros Apóstoles y Evangelistas.

PLEGARIA A LOS DOS APÓSTOLES. — Santos Apóstoles, vosotros habéis visto a Jesús en toda su gloria: El os dijo la víspera de la Pascua: "¡La

[1] Santiago fué juzgado por Ananias, hijo del Sumo Sacerdote Anás, porque convertía muchos judíos a la fe cristiana. Conducido fuera del templo a un lugar muy elevado encima del valle, fué arrojado desde allí. No habiendo muerto, pudo pedir perdón a Dios por sus enemigos; mas un batanero le dió un golpe con una estaca en la cabeza, que le mató. Ocurrió esto en la fiesta de la Pascua, en abril del 62, imperando Nerón.

paz sea con vosotros!" y durante estos cuarenta días se os apareció para convenceros de su resurrección. Grande fué vuestra alegría al ver de nuevo al Maestro que se dignó escogeros por confidentes íntimos y vuestro amor para con El se hizo así más ardiente aún. Nos dirigimos a vosotros como a iniciadores de los fieles en el misterio de Pascua: sois también nuestros especiales intercesores en este santo tiempo. Hacednos conocer y amar a Jesús resucitado. Ensanchad nuestros corazones con la alegría pascual y no permitáis que perdamos la vida que hemos recobrado en Jesús.

Plegaria a San Felipe. — Tu adhesión a El, oh Felipe, se manifestó desde los primeros días de tu vocación. Apenas conociste al Mesías corriste a anunciárselo a Natanael, tu amigo. Jesús te dejaba acercarte a su persona con amable familiaridad. Cuando multiplicó los panes se dirigió a ti y te dijo con bondad: "¿Dónde encontraremos pan para alimentar tanta gente? Pocos días antes de la Pasión de tu Maestro, algunos gentiles deseando ver al gran profeta del que tantas maravillas se narraban, acudieron a ti para que los condujeras a El. ¡Con qué ardor pediste en la Ultima Cena a Jesús que te diera a conocer al Padre! Tu alma anhelaba la luz divina: y cuando la inflamó el fuego del Espíritu Santo nada había que excediera tu valor. En re-

compensa de tus trabajos Jesús te hizo participante de los honores de su Cruz. Pide, oh Santo Apóstol, que te imitemos en la búsqueda solícita de nuestro común Maestro, y que nos sea suave su Cruz si alguna vez nos concede participar de ella.

PLEGARIA A SANTIAGO. — A ti que eres llamado Hermano del Señor, a ti cuyo noble rostro retrataba sus rasgos, Pastor de la Iglesia de Jerusalén, te honramos y admiramos el amor que profesaste al Redentor. Si flaqueaste un momento, como los demás en la hora de la Pasión, tu arrepentimiento le atrajo de nuevo junto a ti: después de Pedro, tu fuiste el primero de los Apóstoles a quien se dignó manifestarse en particular. Recibe hoy nuestra felicitación, oh Santiago, por este favor tan digno de emulación, y en recompensa haznos gustar cuán bondadoso es el Señor resucitado. No aspiró a otra cosa tu corazón, oh Santo Apóstol, que a mostrar a Jesús el reconocimiento de que estaba lleno; y el último testimonio que diste de su divinidad en la ciudad apóstata, te abrió por el martirio el camino que te había de llevar a El para siempre. Alcánzanos, generoso Apóstol, que le confesemos también nosotros con la firmeza que conviene a sus discípulos; que nunca dudemos cuando se presente la ocasión de proclamar sus derechos sobre toda criatura.

PLEGARIA POR LA IGLESIA. — Os invocamos juntos, oh Santos Apóstoles, y os suplicamos tengáis piedad de las iglesias de Oriente que vosotros evangelizasteis. Rogad por Jerusalén, profanada por el cisma y la herejía. Obtened que pronto la veamos purificada y libre, que sus santos lugares cesen de ser profanados continuamente por el sacrilegio. Suscitad entre los cristianos de Asia Menor el deseo de volver a la unidad del redil que gobierna el soberano Pastor. En fin, oh Santos Apóstoles, rogad por Roma, vuestra segunda patria, en cuyo recinto esperáis la resurrección.

2 DE MAYO

SAN ATANASIO, OBISPO Y DOCTOR

¿Hay nombre más ilustre que el de San Atanasio entre los secuaces de la Palabra de verdad, que Jesús trajo a la tierra? ¿No es este nombre, símbolo del valor indomable en la defensa del depósito sagrado, de la firmeza del héroe frente a las más terribles pruebas de la ciencia, del genio, de la elocuencia, de todo lo que puede representar el ideal de santidad del Pastor unido a la doctrina del intérprete de las cosas divinas? Atanasio vivió para el Hijo de Dios; su causa fué la de Atanasio; quien estaba con Atanasio estaba con el Verbo eterno, y quien maldecía al Verbo eterno maldecía a Atanasio.

El Arrianismo. — Nunca corrió la fe peligro mayor que en los días que siguieron a la paz de la Iglesia y que fueron testigos de la más espantosa tempestad que había combatido a la barca de Pedro. En vano pretendió Satanás ahogar en su sangre la descendencia de los adoradores de Jesús; la espada de Diocleciano y Galerio se había embotado en sus manos y la cruz que brillaba en los cielos proclamaba el triunfo del cristianismo. De pronto, la Iglesia victoriosa se siente sacudida en sus mismos cimientos.

El infierno envalentonado vomitó sobre la tierra una herejía que amenazaba devorar en poco tiempo el fruto de tres siglos de martirio. El impío Arrio se atreve a decir, que Aquel que fué adorado como Hijo de Dios por tantas generaciones después de los Apóstoles, no es sino una criatura más perfecta que las demás. Se produce entonces una enorme defección hasta entre las filas de la jerarquía sagrada; el poder de los Césares se pone del lado de la apostasía; y si no hubiera intervenido el mismo Señor, pronto hubieran dicho los hombres que la victoria del cristianismo no tuvo otro resultado que transformar el culto pagano sustituyendo sobre los altares un ídolo por otros que primeramente habían recibido el incienso antes que él.

El Defensor de la fe. — Pero el que había prometido que las puertas del infierno no prevalecerían contra la Iglesia, no tardó en cum-

plir su promesa. La fe primera triunfó: el concilio de Nicea reconoció y proclamó al Hijo consubstancial al Padre; pero necesitaba la Iglesia un hombre que, por decirlo así, encarnase la causa del Verbo, un hombre tan docto que pudiera desenmascarar los embustes de la herejía, y tan fuerte que pudiera atraer sobre sí todos los golpes, sin desfallecer jamás. Este hombre fué San Atanasio; quien adore y ame al Hijo de Dios, debe amar y glorificar a Atanasio. Desterrado hasta cinco veces de su Iglesia de Alejandría, perseguido a muerte por los arrianos, vino a buscar ya un refugio, ya un lugar de destierro en Occidente, que tuvo a gala acoger con cariño al ilustre confesor de la divinidad del Verbo. En recompensa de la hospitalidad que Roma le dispensó, Atanasio la hizo partícipe de sus tesoros, Admirador y gran amigo de Antonio, profesaba un afecto especial a los monjes, que la gracia del Espíritu Santo había hecho brotar en los desiertos de su vasto patriarcado. Trajo a Roma esta preciosa semilla, y los monjes que la acompañaban fueron los primeros que vió Occidente. La planta celeste se aclimató, y aunque su crecimiento fué lento al principio, en lo sucesivo fructificó más aún que en Oriente.

El Doctor de la Pascua. — Atanasio que expuso en sus escritos con tanta claridad y magnificencia el dogma de la divinidad de Jesucristo, celebró también el misterio de Pascua con elo-

cuente majestad en sus *Cartas festales*, que dirigía cada año a las iglesias de su Patriarcado de Alejandría. La colección de sus cartas, que se daba por perdidas y no se conocía más que por algunos cortos fragmentos, se ha hallado casi completa en el monasterio de Santa María de Scete, en Egipto. La primera, que se refiere al año 329, comienza por las siguientes palabras, que expresan admirablemente los sentimientos que deben sentir todos los cristianos a la llegada de la Pascua. "Venid, muy amados, dice Atanasio a los fieles sometidos a su autoridad pastoral, venid a celebrar la fiesta; la hora presente os invita. Al dirigir sobre nosotros sus divinos rayos, el Sol de justicia nos anuncia que el tiempo de la solemnidad se aproxima. Ante esta noticia celebremos fiesta y no dejemos que la alegría se nos vaya con el tiempo que nos la trajo sin haberla experimentado." Durante sus destierros Atanasio continuó dirigiendo a su pueblo la Carta pascual; sólo se vieron privados de ella algunos años. He aquí el principio de la que anuncia el comienzo de Pascua del año 338; fué enviada desde Tréveris a Alejandría. "Aunque lejos de vosotros, hermanos míos, no dejo de conservar la costumbre que siempre he observado con vosotros, desde que recibí de la tradición de los Padres. No guardaré silencio y no dejaré de anunciaros la Santa Fiesta anual, y el día en que debéis celebrar la solemnidad. Preso de las

tribulaciones de las cuales sin duda habréis oído hablar, abrumado por las más graves pruebas, colocado bajo la vigilancia de los enemigos de la verdad, que espían cuanto escribo para encontrar de qué acusarme y aumentar de este modo mis males, siento sin embargo de eso, que el Señor me da fuerza y me consuela en mis tribulaciones. Me dirijo, pues, a vosotros, desde los confines de la tierra en medio de mis penas y através de las insidias que me rodean para haceros la proclamación anual del anuncio de la Pascua que es nuestra salvación. Dejando en manos del Señor mi suerte he querido celebrar con vosotros esta fiesta; la distancia de los lugares nos separa, pero yo no estoy ausente de vosotros. El Señor que nos concede las fiestas, que es El mismo nuestra fiesta, que nos ha dado el Espíritu Santo, nos une espiritualmente con los lazos de la concordia y de la paz."

¡Qué magnífica es la Pascua celebrada por Atanasio desterrado en las orillas del Rin, unido espiritualmente con su pueblo que la celebraba a orillas del Nilo! ¡Cómo manifiesta el vínculo poderoso de la liturgia para unir a los hombres y hacerlos saborear en un momento, a pesar de las distancias, las mismas santas emociones y excitar en ellos las mismas aspiraciones hacia la virtud! Griegos o bárbaros, la Iglesia es nuestra patria común; pero la liturgia es junto con la fe, el medio por el cual todos nosotros formamos

una familia, y la liturgia nada tiene de más expresivo en el sentido de la unidad, que la celebración de la Pascua. Las desdichadas iglesias del Oriente y del Imperio ruso, apartándose del resto del mundo cristiano para celebrar un día, exclusivo para ellas la Resurrección del Salvador, demuestran por esto que no forman parte del único rebaño del que El es el único pastor.

VIDA. — Nació San Atanasio en Alejandría, hacia el año 295. Joven aun recibió las Ordenes, y se distinguió por su ciencia y su piedad, y prontó llegó a ser el colaborador preferido de su tío Alejandro, obispo entonces de Alejandría. En 320, siendo diácono, San Atanasio publicó su primera obra doctrinal: "*Discurso contra los gentiles y sobre la Encarnación del Verbo*". Acompañó en 325 a Alejandro al concilio de Nicea y contribuyó a al condenación de Arrio. El 328, sucedió a su tío en la silla de Alejandría y trabajó en reducir toda la provincia de Egipto a la fe ortodoxa. Su celo le mereció ser duramente combatido por los herejes. Habiéndo abrazado los emperadores el partido de los arrianos, no tardaron, a consecuencias de calumnias, en condenarlo como rebelde. Cinco veces le desterraron. De 335 a 337 a Tréveris. En 339 se refugió en Roma, donde le defendió el Papa. Las demás veces, antes de abandonar su rebaño, prefirió esconderse en el mismo Egipto, donde los monjes, que le tenían en gran veneración le ofrecieron en la Tebaida refugio inviolable. Desde allí publicó fulgurantes obras polémicas contra los arrianos. En todo su largo pontificado, no conoció sino un período de tranquilidad: fué la "década de oro" de 346 a 356, durante la cual pudo entregarse en paz a su ministerio episcopal, instruyendo a su pueblo y a su clero, socorriendo a los desgraciados y favoreciendo la vida monástica. Los últimos años los pasó en paz. Murió

en Alejandría en 373. Su cuerpo fué trasladado a Constantinopla, y en 1454 a Venecia. Su cabeza dicen se halla en Semblançay, en Turena.

Elogio. — ¡Oh Atanasio! te sentaste en la sede de Marcos en Alejandría. El salió de Roma para ir a fundar la segunda sede patriarcal: y tres siglos más tarde tú llegabas a Roma, sucesor de Marcos, para obtener del sucesor de Pedro que la injusticia y la herejía no prevalecieran contra esa silla augusta. Nuestro Occidente te admiró héroe sublime de la fe; te recibió en su seno; veneró en ti al noble desterrado, al confesor valeroso; y tu estancia en nuestras regiones quedó entre sus más caros y gloriosos recuerdos.

Oración por la Iglesia. — Sé el abogado de las regiones en que otro tiempo se extendió tu jurisdicción de Patriarca y acuérdate también del apoyo y hospitalidad que te ofreció Occidente. Roma te protegió, tomó a pecho tu causa, promulgó la sentencia en que te declaraba inocente y te restituía tus derechos; desde las alturas de los cielos devuélvela cuanto hizo por ti; sostén y alienta a su Pontífice, sucesor del Papa Julio I, que te ayudó hace ya diez y seis siglos. Una terrible tempestad se ha desencadenado contra la roca que sostiene a todas las iglesias y el iris de paz no brilla aún en las nubes. Ruega, oh Atanasio, para que estos tristes días sean abreviados y que la silla de Pedro deje de ser el blanco de

los ataques de mentira y de la violencia que a la vez son objeto de escándalo para los pueblos.

PLEGARIA POR LA CONSERVACIÓN DE LA FE. — Tus trabajos, oh gran doctor, ahogaron el arrianismo; pero esta odiosa herejía ha levantado la cabeza en estos días. Extiende sus estragos a favor de esa caricatura de ciencia que se une al orgullo y que ha llegado a ser el gran peligro de los tiempos presentes. El Hijo eterno de Dios, consubstancial al Padre, es blasfemado por los adeptos de una filosofía perniciosa que no tiene inconveniente en ver en El al primero de todos los hermanos, con tal de afirmar que sólo fué hombre. En vano la razón y la experiencia demuestran que todo es sobrenatural en Jesús; ellos se obstinan en cerrar los ojos, y llenos de mala fe, a un lenguaje de admiración hipócrita mezclan el desprecio por la fe cristiana que reconoce en el Hijo de María al Verbo eterno, encarnado para la salvación de los hombres. Confunde a los nuevos arrianos, pón al descubierto su soberbia debilidad y sus artificios; disipa ilusión de sus desgraciados adeptos; que al fin sea reconocido que esos pretendidos sabios que se atreven a blasfemar de la divinidad de Cristo, van a perderse en los vergonzosos abismos del panteísmo, o en el caos del escepticismo, en cuyo seno desaparece toda moral y toda inteligencia se apaga.

Conserva en nosotros, por tus méritos y oraciones, el don precioso de la fe que el Señor se dignó confiarnos; alcánzanos que confesemos y adoremos siempre a Jesucristo como a nuestro Dios eterno e infinito, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado y no hecho, que se dignó tomar carne de María por nosotros los hombres y por nuestra salvación. Revélanos sus grandezas hasta el día en que podamos contemplarlas contigo en la gloria. Entretanto conversaremos con El por la fe sobre esta tierra testigo de los esplendores de su resurrección.

Amaste a este Hijo de Dios, Creador y Salvador nuestro. Su amor fué el alma de tu vida, el móvil de tu consagración heroica a su servicio. Ese amor te sostuvo en las luchas en que el mundo entero parecía conspirado contra ti; te hizo más fuerte que todas las tribulaciones; alcanza para nosotros ese amor que nada teme porque es fiel, ese amor que debemos a Jesús, que siendo el esplendor eterno del Padre, su sabiduría infinita, se dignó humillarse hasta tomar la forma de esclavo, y hacerse por nosotros obediente hasta la muerte y muerte de Cruz [1]. ¡Cómo pagaríamos su entrega por nosotros sino dándole todo nuestro amor a ejemplo tuyo, y celebrando tanto más sus grandezas, cuanto más El se humilló por nosotros!

[1] *Filip.*, II, 8.

3 DE MAYO

LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ

EL TRIUNFO DE LA CRUZ. — Convenía que nuestro Rey divino se mostrase ante nuestra mirada apoyado en el cetro de su poder, para que nada faltase a la majestad de su imperio. Este cetro es la Cruz, y corresponde al Tiempo Pascual, rendirle homenaje. Contemplábamos antes la cruz como objeto de humillación para el Emmanuel, como el lecho de dolor sobre el que expiró; ¿pero después no venció a la muerte? Y esa Cruz ¿no ha llegado a ser el trofeo de su victoria? Que aparezca pues, y que toda rodilla se doble ante el augusto madero por el cual Jesús mereció los honores que hoy le tributamos.

El día de Navidad cantamos con Isaías: "Un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado, sobre sus hombros lleva el signo de su imperio"[1]. En verdad que le hemos visto llevando sobre sus hombros la Cruz, como Isaac llevó la leña para el sacrificio; pero hoy ya no es para El una carga. Brilla con resplandor que embelesa las miradas de los ángeles, y después de ser adorada por los hombres hasta tanto que dure el mundo, aparecerá de repente sobre las nubes para presidir junto al Juez de vivos y muertos la sentencia, favorable para los que la hayan amado

[1] Intr. de la misa del día.

y de reprobación para aquellos que la hayan hecho inútil para sí mismo por su desprecio o por su olvido.

Durante los cuarenta días que aún pasa Jesús en la tierra no le parece oportuno glorificar el instrumento de su victoria. La Cruz no aparecerá hasta que haya conquistado el mundo, a pesar de haber permanecido oculta. Su cuerpo permaneció tres días en el sepulcro; ella permanecerá enterrada tres siglos; pero también ella resucitará; esta es la admirable resurrección que hoy celebra la Iglesia. Jesús quiso, cuando se cumplieron los tiempos, aumentar las alegrías pascuales descubriéndonos este monumento de su amor. Nos le deja en las manos para consuelo nuestro, ¿no es justo, por tanto, que le rindamos homenaje?

La Cruz enterrada y perdida. — Nunca el orgullo de Satanás sufrió una derrota tan dolorosa como al ver que el árbol instrumento de nuestra perdición, se convirtió en instrumento de nuestra salvación. Descargó su rabia impotente contra este madero salvador, que le recordaba cruelmente el poder invencible de su vencedor y la dignidad del hombre rescatado por tan elevado precio. Hubiera querido aniquilar esta Cruz temible; pero reconociendo su impotencia para realizar tan abominable designio, trató al menos de profanar y ocultar a las miradas del mundo un objeto tan odioso para él.

Incitó, pues, a los judíos a enterrar vergonzosamente el madero sagrado que el mundo entero venera. Al pie del Calvario, no lejos del sepulcro, había una profunda fosa. En ella arrojaron los hombres de la Sinagoga la Cruz del Salvador juntamente con la de los ladrones. Los clavos, la corona de espinas y la inscripción arrancada de la Cruz fueron también arrojados a la fosa que los enemigos de Jesús hacen rellenar de tierra y escombros. El Sanedrín cree haber acabado con la memoria del Nazareno que fué crucificado sin que descendiera de la Cruz.

Cuarenta años más tarde Jerusalén caía bajo la venganza divina. Pronto los lugares de nuestra redención fueron profanados por la superstición pagana; un templo a Venus en el Calvario y otro a Júpiter en el santo sepulcro; tales fueron las indicaciones con que la burla pagana conservó, sin pretenderlo, el recuerdo de las maravillas que se realizaron en aquellos lugares. Con la paz de Constantino los cristianos destruyeron estos vergonzosos monumentos, y apareció a sus ojos el suelo regado con la sangre del Redentor, y el glorioso sepulcro se expuso a su veneración. Pero la Cruz no apareció todavía y continuaba oculta en las entrañas de la tierra.

Descubrimiento de la Cruz. — La Iglesia no entró en posesión del instrumento de la salvación de los hombres hasta algunos años después de

la muerte del emperador Constantino (año 337), generoso restaurador de los edificios del Calvario y del Santo sepulcro [1]. Oriente y Occidente se regocijaron al saber la noticia de ese descubrimiento, que venía a poner el último sello al triunfo del cristianismo. Cristo sellaba su victoria sobre el mundo pagano, levantando su estandarte, no en figura, sino realmente, aquel madero milagroso, escándalo para los judíos, locura para los gentiles, y ante el cual en adelante todo el mundo cristiano doblará la rodilla.

En el siglo IV el madero sagrado se veneró en la basílica que encerraba en vasto recinto el glorioso sepulcro, y la colina de la crucifixión. Sobre el lugar en que reposó la Cruz durante tres siglos se levantó otro monumento. Unos escalones conducen al peregrino hasta el fondo de ese misterioso asilo. Entonces comenzó una innumerable multitud de visitantes venidos de todas las partes del mundo para honrar los lugares en que se obró la salvación del género humano, y tributar los debidos honores al madero salvador. Pero los misericordiosos designios del cielo no permitieron que la preciosa prenda del amor del Hijo de Dios para con la pobre humanidad, estuviera en posesión de un solo santuario por muy sagrado que fuera. Una parte considerable fué destinada a Roma y se conservó en la ba-

[1] Estos santuarios fueron consagrados el 13 de septiembre del año 335.

sílica levantada en los jardines de Sesorio; a este santuario el pueblo romano le dió más tarde el nombre de Basílica de Santa Cruz de Jerusalén.

Reliquias. — En el correr de los años la Santa Cruz honrará con su presencia otros muchos lugares de la tierra. En el siglo IV San Cirilo de Jerusalén afirmaba ya que los peregrinos que obtenían algunas astillas habían extendido por todo el mundo los favores divinos [1]. En el siglo VI Santa Radegundis solicitó y cbtuvo del emperador Justino II un fragmento de la parte considerable que poseía el tesoro imperial de Constantinopla. No podía Francia entrar en participación del precioso instrumento de nuestra salvación más que por las manos de su piadosa reina; y Venancio Fortunato compuso para la llegada de la augusta reliquia, el himno admirable que la Iglesia cantará hasta el fin de los siglos siempre que quiera celebrar las grandezas de la Santa Cruz. Jerusalén, después de las alternativas de pérdida y recuperación, terminó por perder para siempre el objeto divino que era su principal gloria. Constantinopla, se hace la heredera, y esta ciudad es la fuente de numerosas larguezas que particularmente en tiempo de las cruzadas vienen a enriquecer las iglesias de Occidente. Se

[1] Catequesis, IV, X, XIII.

establecieron nuevos centros de culto a la santa Cruz, en los lugares donde se guardaban fragmentos insignes; en todas partes la piedad desea una partecita del sagrado madero. El hierro divide las partes más considerables y poco a poco se extiende a todas las regiones. La verdadera Cruz está en todas las partes, y no hay cristiano que en los días de su vida no haya tenido ocasión de venerar algún fragmento. Y ¿quién podrá contar los actos de amor y de agradecimiento que la vista de esta reliquia ha hecho brotar en los corazones?, y ¿quién no reconoce en esta profusión de reliquias una estratagema de la bondad divina para reavivar en nosotros el recuerdo de la redención sobre la que descansa nuestras esperanzas eternas? Sea por tanto, venerado este día en que la Santa Iglesia une el recuerdo triunfal de la Santa Cruz, a las alegrías de la resurrección de Aquél que por ella conquistó el trono al que pronto le veremos subir. Demos gracias por el beneficio señalado que ha restituído a los hombres, a fuerza de prodigios, un tesoro que no podía faltar a la dote de la Iglesia. En espera del día en que el Hijo del Hombre la enarbolará sobre las nubes del cielo. El la ha confiado a su Esposa como en prenda de su segunda venida. Aquel día reunirá con su poder todos estos fragmentos, el árbol de la vida desplegará toda su hermosura a la vista de los

elegidos, y los convidará con su sombra al descanso eterno [1].

Elogio de la Cruz. — "Cristo crucificado es fuerza y la sabiduría de Dios"[2]. Son palabras de tu Apóstol, oh Jesús, y hoy vemos nosotros la realidad. La sinagoga quiso destruir tu gloria, clavándote en un patíbulo; se deleitaba pensando que está escrito en la Ley de Moisés: "Maldito el que pende del patíbulo"[3]. Y he aquí que ese patíbulo, ese madero infame, ha llegado a convertirse en tu trofeo insigne. En los esplendores de tu resurrección, la Cruz, lejos de proyectar una sombra sobre los rayos de tu gloria, realza con nuevo brillo la magnificencia de tu triunfo. Fuiste clavado en el madero, cargaste con la maldición; crucificado entre dos criminales, pasaste como impostor, y tus enemigos insultaron tu agonía sobre ese lecho de dolor. Si sólo hubieras sido hombre, no hubiera quedado de ti sino un recuerdo deshonroso; la cruz se hubiera tragado para siempre tus glorias pasadas, ¡oh Hijo de David! Pero tú eres Hijo de Dios y

---

1 Todos los años tenía lugar en Jerusalén el 14 de septiembre la ceremonia de la Exaltación u Ostensión de la Cruz. Esta costumbre pasó a Constantinopla y poco después a Roma. (Cfr. Año Litúrgico, 14 de septiembre.) En España y Galia la fiesta era el 3 de mayo. La liturgia romana adoptó también más tarde esta misma fecha y por esta razón hay dos fiestas de la Cruz. Ignoramos el día exacto de la Invención. (Cfr. Vicente y Abel, *Jérusalem nouvelle,* tomo II. París 1924 pág. 201 y sgts.)

2 *Corint.,* I, 23.

3 *Deut.,* XXI, 23.

la Cruz es quien nos lo prueba. El mundo entero se postra ante ella y la adora; y los honores que hoy recibe compensan sobradamente el eclipse pasajero que tu amor por nosotros la impuso. No se adora un patíbulo, o si se le adora, es por ser el patíbulo de un Dios. ¡Oh, bendito sea aquél que pendió de un madero! En recompensa de nuestros homenajes al divino Crucificado, cumple en nosotros la promesa que hiciste: "Cuando sea elevado de la tierra todo lo atraeré a mí"[1].

Las Reliquias. — Para atraernos con mayor eficacia pones hoy en nuestras manos el mismo madero, desde lo alto del cual nos tendiste tu brazo. Este monumento de tu triunfo, sobre el que te apoyarás el último día, te dignas confiárnosle hasta el fin de los siglos. Para que saquemos de él un temor saludable de la justicia divina que te enclavó en ese madero vengador de nuestros crímenes, y un amor cada día más tierno para contigo, ¡oh Víctima nuestra, que no retrocediste ante la maldición, para que nosotros fuéramos benditos! Toda la tierra te da hoy gracias por el don inestimable que la has concedido. Tu Cruz dividida en innumerables fragmentos se halla presente en todos los lugares; no hay región del mundo cristiano que no haya sido consagrada y protegida por ella.

---

[1] *San Juan*, XII, 32.

La Cruz y el Sepulcro. — El Sepulcro nos grita: "Ha resucitado, no está aquí." La Cruz nos dice: "No le he sostenido sino un momento, y El se ha ido a su gloria." ¡Oh Cruz!, ¡oh Sepulcro! ¡qué corta fué su humillación y qué duradero el reino que por ella ha conquistado! Adoramos en ti los vestigios de su paso y vosotros quedáis consagrados para siempre, porque El se sirvió de vosotros para nuestra salvación. ¡Gloria te sea dada, oh Cruz, objeto de nuestro amor y de nuestra admiración en este día! Continúa protegiendo a este mundo que te posee; sé el escudo que le defienda contra el enemigo, el socorro presente en todo momento que guarda el recuerdo del sacrificio unido al del triunfo: porque por ti, oh Cruz, Cristo vence, reina e impera. *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.*

EL MISMO DIA

LOS SANTOS ALEJANDRO, PAPA, EVENCIO Y TEODULO, MARTIRES Y JUVENAL OBISPO

Después de haber exaltado el triunfo de la Cruz, la Iglesia hace memoria del quinto sucesor de San Pedro: Alejandro, cuyo pontificado duró diez años al principio del siglo segundo. Su nombre se halla en el Canon de la Misa; y los martirologios antiguos nos dicen que murió mártir el año 119.

El Breviario nos recuerda que en el Canon de la Misa añadió las palabras "Qui pridie quam pateretur."

También se le atribuye una institución muy querida de la antigüedad católica: la del agua bendita para uso ordinario fuera del Bautismo. Los fieles renovarán hoy su fe en este poderoso elemento de bendición, tan blasfemado por herejes e impíos y cuyo piadoso uso sirve para reconocer a los hijos devotos de la Iglesia de los que no lo son. El agua instrumento de nuestra regeneración, la sal, símbolo de nuestra inmortalidad, se unen bajo la bendición de la Iglesia para constituir este Sacramental, en el cual nunca será excesiva la confianza que pongamos. La virtud de los Sacramentales como la de los Sacramentos, procede de la sangre de la Redención, cuyos méritos son aplicados a ciertos objetos físicos por la acción del sacerdote de la nueva ley. La indiferencia para con estos medios secundarios de salvación sería tan culpable como imprudente; y sin embargo, en esta época de amortiguación de la fe, ¡es tan común esta indiferencia! para muchos católicos el agua bendita es como si no existiera; nunca reflexionan sobre el uso continuo que de ella hace la Iglesia y se privan deliberadamente de una ayuda que Dios ha colocado al alcance de sus manos para ayudar a su debilidad y purificar sus almas. ¡Dígnese el Santo Pontífice Alejandro reanimar su

fe y devolver a estos cristianos degenerados la estima de las cosas sobrenaturales que la bondad de Dios prodigó para con ellos!

No hay que confundir a este Santo Papa con el mártir de que nos habla las *Gesta Alexandri* del siglo V o VI. Estas *Actas* señalan en la Vía Nomentana las sepulturas de los mártires Alejandro, Evencio y Teódulo, cuyos cuerpos fueron trasladados por Pascual I a la iglesia de Santa Práxedes. La confusión hecha del Santo Papa con su homónimo mártir, explica que se haga memoria suya en este día: Mas tarde se añadió la de San Juvenal de Narni, antiguamente muy popular, que debió morir el 13 de agosto del 376 ó 377 y que seguramente el tres de mayo sería el aniversario de su ordenación.

En su honor recitaremos la oración que la Iglesia nos propone: "Oh Dios omnipotente, en este día en que celebramos el nacimiento para el cielo de tus Santos mártires Alejandro, Evencio, Teódulo y Juvenal, haz que por su intercesión nos veamos libres de los peligros que nos amenazan. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

4 DE MAYO

SANTA MONICA, VIUDA

MARÍA Y SALOMÉ. — Entre los acompañantes de Jesús resucitado, dos mujeres, dos madres,

llamarán hoy nuestra atención: María, madre de Santiago el Menor y de Tadeo, y Salomé, madre de Santiago el Mayor y de Juan, el discípulo amado. Fueron al sepulcro con Magdalena, en la mañana de la Resurrección, cargadas de perfumes; oyeron a los ángeles, y al regresar se apareció de improviso Jesús, las saludó y se dignó darlas a besar sus sagrados pies. Ahora recompensa su amor, manifestándose frecuentemente, hasta que llegue el día en que se despida en el monte de los Olivos, donde se encontrarán reunidas con María y los Apóstoles. Honremos a estas dos fieles compañeras de Magdalena, nuestros modelos en el amor al divino resucitado y glorifiquémoslas por haber dado cuatro apóstoles a la Santa Iglesia.

Santa Mónica. — Hoy, al lado de María y Salomé se presenta otra mujer, otra madre, prendada también del amor de Jesús, ofreciendo a la Santa Iglesia, el hijo de sus lágrimas, un doctor, un Pontífice, uno de los más ilustres santos que ha producido la nueva ley. Esta mujer, esta madre es Mónica, dos veces madre de Agustín. La gracia creó a esta obra maestra en la tierra de Africa; y los hombres la habrían desconocido hasta el último día si la pluma del gran obispo de Hipona, guiada por su corazón filial, no hubiese revelado a los siglos futuros esta mujer cuya vida no fué sino humildad y amor, y que desde ahora inmortal aún en esta tierra, es pro-

clamada como modelo y protectora de madres cristianas.

LAS LÁGRIMAS DE MÓNICA. — Una de las principales bellezas que encierra el libro de las *Confesiones* son las expansiones de Agustín sobre las virtudes y abnegación de Mónica. ¡Con qué tierno reconocimiento celebra a través de su relato, la constancia de esta madre que, testigo de los desvaríos de su hijo, "le lloraba más amargamente que cuando ven otras madres a sus hijos en el féretro!"[1]. El Señor, que deja de cuando en cuando ver un rayo de esperanza a las almas que prueba, había mostrado a Mónica, en una visión, la futura unión del hijo y de la madre; ella misma oyó a San Ambrosio decir con autoridad, que el hijo de tantas lágrimas no podía perecer; pero las tristes realidades del presente angustiaban su corazón y el amor maternal se unía a su fe para atormentarla por causa de este hijo que huía de ella y a quien ella veía apartarse tan esquivo a Dios como a su cariño. Sin embargo de eso, las amarguras de este corazón tan abnegado formaban un fondo de expiación que más tarde aprovecharía al culpable; una ardiente y continua oración unida al sufrimiento, preparaba el segundo nacimiento de Agustín. Pero "muchas más lágrimas, nos dice él

[1] Confesiones, l, III, c. XI.

mismo, costó a Mónica el hijo de su espíritu que el hijo de su carne"[1].

Tras largos años de angustia, la madre halló en Milán a este hijo que tan duramente la había engañado, el día en que huyó lejos de ella para ir a buscar fortuna en Roma. Le encuentra vacilante aún en la fe cristiana, pero disgustado ya de los errores que le habían seducido. Agustín había dado un paso hacia la verdad, aunque no la había reconocido todavía. "Desde entonces, nos dice, el alma de mi madre no llevaba ya el luto de un hijo perdido sin remedio; pero lloraba continuamente para obtener de Dios su resurrección. Sin haber sido conquistado aún a la verdad, al menos me había apartado del error. Estaba ella segura ¡oh Dios mío! de que no darías a medias el don cuya integridad habías prometido, y así me dijo muy serena y con el corazón confiado que por la fe que tenía en Jesucristo estaba persuadida que no moría sin verme fiel católico"[2].

CONVERSIÓN DE AGUSTÍN. — Mónica había encontrado en Milán a San Ambrosio de quien quería servirse Dios para acabar la conversión de su hijo. "Amaba ella al obispo, nos dice Agustín, como instrumento de mi salvación; y él la estimaba por su piadosa vida, su asiduidad a la Iglesia y por su fervor en las buenas obras; no podía

[1] Confesiones, l. V, c. IX.
[2] *Ibid.*, l. VI, c. I.

por menos de prorrumpir en alabanzas al verme, felicitándome de tener tal madre"[1]. Llegó por fin el momento de la gracia. Agustín iluminado por la fe pensó ingresar en la Iglesia católica; pero los hechizos de los sentidos a los cuales por largo tiempo se había rendido, le retenían al borde mismo de la fuente bautismal. Las oraciones y lágrimas de Mónica obtuvieron de la divina misericordia esta última gracia que desbarató todas las resistencias de su hijo.

Pero Dios no quiso dejar incompleta su obra. Traspasado por el dardo vencedor, Agustín se reanimó, aspirando no solamente a la perfección de la fe cristiana sino también a la virtud de la continencia. El mundo con sus hechizos no era ya nada para esta alma, objeto de una intervención tan poderosa. En los días precedentes Mónica se había ocupado solícita en preparar una esposa a su hijo y refrenar así sus incontinencias; mas de repente se presentó a ella acompañado de su amigo Alipio, y la dice que, ansiando el sumo bien, se consagraba en adelante a la búsqueda de lo más perfecto. Oigamos a Agustín. "En seguida fuimos a encontrar a mi madre; la decimos lo que nos pasa, se alegra mucho, y al contarla cómo nos ha sucedido todo esto, no cabe en sí de gozo. Y ella te bendecía, oh Dios, que puedes darnos más de lo que pedimos y pensamos, porque la habían concedido

[1] Confesiones, l. VI, c. II.

para mí más de lo que te suplicaba con sus gemidos y lágrimas. Tú cambiaste su luto en una alegría que sobrepasaba con mucho su esperanza, en una alegría más querida a su corazón y más pura que la que habría tenido al ver nacer de mí hijos"[1]. Pocos días después un espectáculo sublime llenó de admiración a los ángeles y a los hombres en la iglesia de Milán: Ambrosio bautizaba a Agustín en presencia de Mónica.

EL ÉXTASIS DE OSTIA. — La piadosa mujer había cumplido con su misión; su hijo había renacido a la verdad y santidad, y ella había dado a la Iglesia el más grande de los doctores. Se acercaba el momento, en que después de un largo trabajo iba a descansar eternamente en aquel por cuyo amor había trabajado y sufrido tanto. El hijo y la madre, dispuestos a embarcarse para Africa, se encontraron en Ostia esperando el navío que debía llevar a los dos. "Estábamos solos, ella y yo, dice Agustín, apoyados en la ventana desde la cual se divisaba el jardín de la casa. Conversábamos con inefable dulzura y olvidados de lo pasado, discurríamos sobre el porvenir, preguntándonos qué tal sería esa vida eterna de que han de gozar los santos, que ni los ojos vieron, ni los oídos oyeron, ni el corazón del hombre es capaz de concebirla. En medio de nuestro coloquio llegamos a tocarla con todo el

[1] Confes., l. VIII, c. XII.

ímpetu de nuestro espíritu, aunque repentina e instantáneamente; y suspirando por esa eternidad, dejando encadenadas en ella las primicias de nuestra alma, volvimos a nuestro común modo de hablar, a la conversación que comienza y acaba. Díjome entonces mi madre: "Hijo, por lo que a mí toca, nada me apega a esta vida. No sé qué haré de aquí adelante, ni para qué he de vivir aquí no teniendo nada que esperar. Una sola cosa me hacía desear el permanecer un poco más de tiempo en esta vida: el verte cristiano católico, antes de morir. Dios me ha concedido esto más cumplidamente de lo que deseaba, pues además te veo en el número de los que, despreciando toda felicidad terrena, se dedican a su servicio. ¿Qué hago, pues, en este mundo?"[1]. El llamamiento de un alma tan santa no debía tardar; pocos días después se desparramó como un perfume celestial dejando una impresión inolvidable en el corazón de su hijo, en la Iglesia un recuerdo querido y a las madres cristianas un modelo acabado del más puro amor maternal.

VIDA. — Mónica nació en 332 en Africa del Norte. Casada con un pagano de Tagaste le convirtió al cristianismo con su dulzura y sus virtudes. Muerto su marido en 371, se consagró a la educación de su hija y de sus dos hijos, y sobre todo de su preferido, Agustín. Pero este, a la edad de quince años, se había dejado ofuscar por los errores del maniqueísmo, y por el ímpetu de las pasiones. Queriendo evitar los consejos de su

[1] Confes., l. IX, c. X.

madre, partió secretamente para Roma y Milán. Mónica se juntó de nuevo con él, y después de muchos sufrimientos, oraciones y lágrimas, tuvo la alegría, en Pascua de 387, de asistir a su bautismo. Al prepararse para volver con él a Africa, murió en Ostia algunos meses más tarde. Su cuerpo permaneció en Ostia hasta el año 1162. Un canónigo regular de Arouaise, en Paso de Calais, lo robó y lo llevó a su monasterio. Como se ignoraba la fecha de la muerte de Mónica, los canónigos de Arouaise que conmemoraban el 5 de mayo la conversión de Agustín, celebraron la víspera la fiesta de esta santa cuyas reliquias acababan de recibir.

La misión de una madre. — Oh madre, ilustre entre todas las madres: la cristiandad honra en ti a uno de los tipos más perfectos de la humanidad regenerada por Cristo. Antes del Evangelio, en aquellos siglos en que la mujer estaba envilecida, la maternidad no pudo tener sobre el hombre sino influencia corta y con frecuencia vulgar; su papel se limitó ordinariamente a los cuidados físicos, y si se ha salvado del olvido el nombre de algunas madres, es porque supieron preparar a sus hijos para la gloria pasajera de este mundo. No se encuentra en la antigüedad pagana ninguna que se haya cuidado de educarlos en el bien, que les haya seguido para sostenerle en la lucha contra el error y las pasiones, para levantarlos en sus caídas; no se encuentra ninguna que se haya dado a la oración y a las lágrimas para obtener su vuelta a la verdad y a la virtud. Sólo el cristianismo ha revelado a la madre su misión y su poder.

LAS LÁGRIMAS. — ¡Qué olvido de ti misma, oh Mónica, en esta persecución continua de la salvación de un hijo! Después de Dios vives para él y vivir de esta manera para tu hijo, ¿no es vivir para Dios que se sirve de ti para salvarle? ¿Qué te importan la gloria y los éxitos de Agustín en el mundo cuando piensas en los peligros eternos en que incurre, cuando tiemblas al verle separado eternamente de Dios y de ti? No hay sacrificio y abnegación de que no sea capaz tu corazón de madre, para con esta rigurosa justicia, cuyos derechos no quiere frustrar tu generosidad. Durante largos días, durante noches enteras, esperas con paciencia los momentos del Señor; aumenta el ardor de tu oración; y esperando contra toda esperanza, sientes en el fondo de tu corazón, la humilde y firme confianza de que el hijo de tantas lágrimas no perecerá. Porque el Señor "movido a compasión" para contigo, como lo hizo con la afligida madre de Naín, deja oír su voz a la que nada resiste. "Joven, dice, yo te mando, levántate"[1]; y devuelve a la madre el hijo cuya muerte lloraba, pero de quien no había querido separarse.

LA RECOMPENSA. — Pero, ¡qué recompensa para tu corazón maternal, oh Mónica! El Señor no se ha contentado con devolverte a Agustín lleno de vida; desde el fondo de los abismos del error y

[1] *S. Lucas*, VII, 13.

de las pasiones, le levanta sin intermediario hasta el bien más perfecto. Pedías que fuese cristiano católico, que rompiese los lazos humillantes y pecaminosos, y he aquí que la gracia lo ha transportado hasta la región tranquila de los consejos evangélicos. Tu misión está suficientemente cumplida, madre feliz. Sube ya al cielo; desde allí, esperando la eterna reunión, contemplarás la santidad y las obras de este hijo cuya salvación es obra tuya, y cuya gloria tan resplandeciente y pura rodea tu nombre de luminosa aureola.

Plegaria. — ¡Oh Mónica! Desde esa felicidad en donde gozas con tu hijo que te debe la vida temporal y eterna, dirige tu mirada a tantas madres cristianas que cumplen en este momento la noble y dura misión en que tú misma te ocupaste. Sus hijos también están muertos con la muerte del pecado y quisieran hacerlos volver, con su amor, a la verdadera vida. Después de la Madre de misericordia se dirijen a ti, oh Mónica, cuyas lágrimas y oraciones fueron tan poderosas y fructuosas. Acuérdate de su situación; tu corazón tierno y compasivo no puede dejar de compartir las angustias cuyos rigores sufrió por tanto tiempo. Dígnate unir tu intervención a sus plegarias; adopta estos nuevos hijos que te ofrecen, y quedarán contentas. Sostén su ánimo; enséñalas a esperar, fortifícalas en los sacrificios a cuyo precio ha puesto Dios el retorno de estas

almas queridas. Entonces sabrán ellas, que la conversión de un alma es un milagro mayor que la resurrección de un muerto; comprenderán que la justicia divina, para ceder sus derechos, exige una compensación que a ellas toca darla. Su corazón se verá libre del egoísmo secreto que, con frecuencia, se mezcla en los sentimientos en apariencia muy puros. Que se pregunten a sí mismas si se alegrarán como tú, oh Mónica, viendo a sus hijos, vueltos al bien, abandonarlas para consagrarse al Señor. Si es así, que confíen; tendrán poder en el corazón de Dios; pronto o tarde la gracia deseada descenderá del cielo sobre el hijo pródigo, y volverá a Dios y a su madre.

5 DE MAYO

SAN PIO V, PAPA Y CONFESOR

LUCHA CONTRA LA HEREJÍA. — La vida entera de Pío V fué una lucha. En los tiempos turbulentos en que fué nombrado Papa, el error invadía gran parte de la cristiandad, y amenazaba la restante. Astuta y flexible en los lugares en donde no podía extender su audacia, codiciaba Italia; su ambición sacrílega era derribar la Silla Apostólica, y llevar para siempre a todo el mundo cristiano a las tinieblas de la herejía. Pío, defendió con abnegación inquebrantable la península amenazada. Antes de recibir los honores

del Pontificado, expuso, con frecuencia, su vida para preservar a las ciudades de la seducción. Imitador del mártir Pedro, jamás retrocedió en presencia del peligro, y en todas partes los emisarios de la herejía huían de su presencia. Puesto en la silla de San Pedro supo infundir en los innovadores un terror saludable, reanimó a los soberanos de Italia y con rigores moderados, rechazó más allá de los Alpes, el azote que habría destruído el cristianismo de Europa, si los Estados del Mediodía no le hubiesen opuesto una barrera infranqueable. La herejía se detuvo. Desde entonces, el protestantismo, obligado a consumirse en sí mismo, ofrece el espectáculo de esa anarquía de doctrinas que habría desolado el mundo entero, sin la vigilancia de un pastor, que sosteniendo con celo indomable a los defensores de la verdad en todos los Estados donde reinaba, se opuso como muro de bronce a la invasión del error en las comarcas donde dominaba.

LUCHA CONTRA EL ISLÁM. — Aprovechando las divisiones religiosas de occidente, otro enemigo amenazaba a Europa, e Italia iba a ser su primera presa. Salida del Bósforo, la flota Otomana se dirijía contra la cristiandad; y hubiera ésta sucumbido si el enérgico Pontífice no hubiera velado por la salvación de todos. Da la voz de alarma, llama al combate a los Príncipes cristianos. El Imperio y Francia, dividida por las

sectas de la herejía naciente, oyen el llamamiento pero no responden; solamente España junto con Venecia y la pequeña flota del Papa oyen la voz del Pontífice y pronto la cruz y la media luna se encuentran frente a frente en el golfo de Lepanto. Las oraciones de Pío V decidieron la victoria en favor de los cristianos; cuyas fuerzas eran menos numerosas que las de los turcos. Su memoria la celebraremos en octubre, en la fiesta de Nuestra Señora del Rosario. Pero hay que recordar hoy la predicción que hizo el Santo Papa en la tarde del gran día 7 de octubre de 1571. Desde las seis de la mañana hasta la noche se sostenía la lucha entre las flotas cristiana y musulmana. De pronto, el Pontífice, movido por un impulso divino, miró fijamente al cielo; luego guardó silencio durante unos momentos y volviéndose a los que estaban presentes dijo: "Demos gracias a Dios; la victoria es de los cristianos." Muy pronto corrió por Roma la noticia y toda la cristiandad supo que un Papa había salvado una vez más a Europa. La derrota de Lepanto dió un golpe mortal al poder otomano para no levantarse jamás; la era de su decadencia comenzó en este glorioso día.

El Reformador.—Los trabajos de San Pío V por la mejora de las costumbres cristianas, la imposición de la disciplina del concilio de Trento; la publicación del Breviario y del Misal reformados, han hecho de sus seis años de ponti-

ficado una de las más fecundas épocas de la historia de la Iglesia. Muchas veces los protestantes se han inclinado con admiración en presencia de este adversario de su pretendida reforma. "Me admiro, decía Bacón, de que la Iglesia romana no haya canonizado aún a este gran hombre." Pío V, efectivamente no fué puesto en el catálogo de los santos sino a los ciento treinta años de su muerte: tan grande es la imparcialidad de la Iglesia romana cuando se trata de otorgar los honores de la apoteosis incluso a sus más venerables jefes.

LOS MILAGROS. — La gloria de los milagros decoró desde este mundo al virtuoso Pontífice; recordemos aquí sus dos prodigios más populares. Atravesando un día, con el embajador de Polonia, la plaza del Vaticano que se extiende sobre lo que fué en otro tiempo Circo de Nerón, se siente entusiasmado por la gloria y valor de los mártires que padecieron en este lugar durante la primera persecución. Se inclina y coge un puñado del polvo de este campo de mártires, pisoteado por tantas generaciones después de la paz de Constantino. Pone este polvo en un lienzo, que le presenta el embajador, y cuando este lo abre, al volver al palacio, lo encuentra empapado de sangre tan roja que parecía haber sido derramada en aquel momento. La fe del Pontífice había evocado la sangre de los mártires, y esta sangre reaparecía a su llamada, para ates-

tiguar en presencia de la herejía que la Iglesia romana del siglo XVI era aquella misma por la que estos héroes habían dado su vida en los tiempos de Nerón.

La perfidia de los herejes intentó más de una vez poner fin a una vida que dejaba desesperanzados sus proyectos para la invasión de Italia. Por una estratagema tan cobarde como sacrílega, secundados por una odiosa traición, bañaron con veneno muy activo los pies del crucifijo que el Santo Pontífice tenía en su oratorio y al que besaba con frecuencia. Pío V en el fervor de su oración va a dar en su imagen sagrada esta muestra de amor al Salvador de los hombres, cuando ¡oh prodigio! los pies del crucifijo se desatan de la cruz y parecen evitar los besos del anciano. Pío V comprendió entonces que la malicia de sus enemigos había querido transformar para él en instrumento de muerte hasta el madero que nos dió la vida.

Otro rasgo del Pontífice animó a los fieles a honrar la sagrada Liturgia en el tiempo del año que celebramos. En el lecho de muerte, dirige una última mirada sobre la Iglesia de la tierra que va a cambiar por la del cielo, y queriendo implorar una vez más la divina bondad en favor del rebaño que dejaba expuesto a tantos peligros; recitó con voz casi apagada, esta estrofa de los himnos del Tiempo pascual: "Creador de los hombres, dígnate preservar a tu pueblo de

los asaltos de la muerte en estos días de alegría pascual." Y dichas estas palabras se durmió plácidamente en el Señor.

VIDA. — Miguel Ghislieri nació en 1504, en la diócesis de Tortona. Ingresó a los 14 en la Orden de Predicadores y le envia a la Universidad de Bolonia, para estudiar teología, enseñándola luego él, durante 16 años. Fué nombrado Inquisidor y Comisario general del Santo Oficio en 1551; cargo que le creó muchas persecuciones, pero que le permitió atraer muchos herejes a la verdad católica. Sus virtudes le valieron para que Paulo IV le eligiese para las sedes episcopales de Nepi y de Sutri, y después para el cardenalato. Los honores no modificaron en nada la austeridad de su vida, y el 7 de Enero de 1566 fué elegido Papa tomando el nombre de Pío V. Debía ilustrar la Sede de San Pedro por su celo en la propagación de la fe, el restablecimiento de la disciplina eclesiástica y la solemnidad del culto divino, así como por su devoción para con Nuestra Señora y su caridad para con los pobres. Reunió contra los turcos una flota que ganó la batalla de Lepanto, y preparaba una nueva expedición cuando murió en 1572. Su cuerpo fué sepultado en Santa María la Mayor.

ELOGIO. — ¡Oh Pontífice de Dios vivo! fuiste en la tierra el muro de bronce, la columna de hierro [1] de la que habla el Profeta y tu inquebrantable constancia preservó al rebaño que te estaba confiado, de la violencia y de los lazos de sus numerosos enemigos. Lejos de desesperarse ante la presencia de los peligros, tu ánimo se levantaba como dique que se edifica cada vez más alto a medida que las aguas de la inunda-

[1] *Jeremías*, I, 18.

ción son más amenazadoras; por ti fueron detenidas las olas invasoras de la herejía, por ti fué detenido el alud musulmán, y abatido el orgullo de la media luna; el Señor te elegió para ser el vengador de tu gloria y el libertador del pueblo cristiano; recibe con nuestra acción de gracias, el pobre homenaje de nuestras felicitaciones. Por ti, la Iglesia, al salir de una crisis terrible, recobró su belleza. La verdadera reforma, la que se hace por la autoridad fué llevada a cabo por tus manos tan firmes como puras. El culto divino, renovado por la publicación de libros litúrgicos, te debe su progreso y restauración; y otras muchas obras felicísimas se hicieron en los seis años de tu corto y difícil pontificado.

Plegaria. — Ahora, oh Santo Pontífice, escucha las plegarias de la Iglesia militante, cuyos destinos fueron confiados por un tiempo a tus manos. Al morir, imploraste para ella, en nombre del Salvador resucitado, la protección contra los peligros a los que estaba expuesta; mira a qué estado ha sido reducida la cristiandad, con la irrupción del error. Para rechazar a los enemigos que la asedian, la Iglesia no tiene sino las promesas de su divino fundador; todos los apoyos visibles la faltan, no la quedan sino los méritos del sufrimiento y los recursos de la oración. Une tus ruegos a los suyos y muestra así que sigues amando el rebaño de tu Maestro. Proteje

en Roma la cátedra de tu sucesor, expuesta a los más violentos y astutos ataques. Los príncipes y los pueblos luchan contra el Señor y contra su Cristo. Detén el azote que amenaza a Europa, tan ingrata con su madre, tan indiferente ante los atentados cometidos contra aquélla a quien debe todo. Guía a los ciegos, humilla a los perversos, haz que la luz ilumine tantas inteligencias descarriadas y confunden el error con la verdad, las tinieblas con la luz.

En medio de esta noche tenebrosa, tus miradas, Santo Pontífice, distinguen a las ovejas fieles: bendícelas, sosténlas, aumenta su número, únelas al tronco del árbol que no puede perecer, para que no las disperse la tempestad: hazlas cada vez más fieles a la fe, y a las tradiciones de la Santa Iglesia; es su único socorro en medio de estas corrientes del error que quieren arrasarlo todo. Conserva en la Iglesia el Orden sacro en el que fuiste elevado para tan altos destinos; propaga en él, la raza de estos hombres poderosos en obras y en palabras, celosos por la fe y por la santificación de las almas, como esos que admiramos en los anales, y veneramos en los altares. Acuérdate que fuiste padre del pueblo cristiano, y continúa ejerciendo esta prerrogativa sobre la Iglesia, por tu poderosa intervención hasta que llegue a su plenitud el número de sus elegidos.

6 DE MAYO

SAN JUAN ANTE LA PUERTA LATINA

Juan, el discípulo amado que vimos cerca de la cuna del niño de Belén, reaparece hoy para hacer la corte al glorioso triunfador de la muerte y del infierno.

LA PETICIÓN DE SALOMÉ. — Salomé con ambición maternal presentó un día sus dos hijos a Jesús, pidiendo para ellos los dos primeros puestos de su reino. El Salvador había hablado entonces del cáliz que debía beber, y predijo que un día estos dos discípulos lo beberían a su hora. El primogénito, Santiago el Mayor, dió el primero a su Maestro esta muestra de amor, Juan, el más joven, ha sido llamado hoy a sellar con su vida el testimonio que dió a la divinidad de Jesús. Pero era necesario para el martirio de tal Apóstol, un teatro digno de él. Asia Menor evangelizada por sus cuidados no era un país muy ilustre para recibir la gloria de tal combate. Roma solamente, Roma, donde Pedro trasladó su cátedra y derramó su sangre, donde Pablo sometió su cabeza venerable a la espada, merecía el honor de ver dentro de sus muros al augusto anciano, al discípulo que Jesús amó, al último superviviente del colegio apostólico, dirigirse al martirio.

El cáliz. — Domiciano reinaba tiránicamente en Roma y en el mundo. Sea que Juan emprendiese libremente el camino a la ciudad reina para saludar a la Iglesia principal, sea que un edicto le condujese cargado de cadenas a la capital del Imperio, Juan compareció en presencia de los lictores de la justicia romana, en el año 95. Se le acusó de haber propagado en una extensa provincia del Imperio, el culto de un judío crucificado bajo Poncio Pilato. Debe morir; y la sentencia dice que un suplicio humillante y cruel librará a Asia de un viejo supersticioso y rebelde. Si pudo escaparse de Nerón, por lo menos no huirá de la venganza del César Domiciano.

Delante de la Puerta Latina [1] se ha preparado una caldera llena de aceite hirviendo. La sentencia manda se introduzca en ella al predicador de Cristo. Ha llegado el momento en que el hijo de Salomé va a participar del cáliz de su Maestro. El corazón de Juan se estremece de alegría al pensar que él, el más amado y sin embargo el único que no ha sufrido la muerte por su divino Maestro, es llamado por fin a dar este testimonio de su amor. Después de haberle azotado cruelmente, los verdugos se apoderan del

[1] La localización de la caldera hirviente es inexacta, porque la Puerta Latina fué construída en tiempo de Aureliano (270-275). Habría que decir que San Juan padeció su martirio fuera de los muros, en el lugar donde más tarde se levantaría la Puerta Latina. Esta localización se halla por primera vez en el siglo XI, en el martirologio de Adón.

anciano y le arrojan bárbaramente en la caldera; pero ¡oh prodigio! el aceite hirviente ha perdido su ardor; los miembros del Apóstol no sufren lesión alguna; antes bien, al sacarle de la caldera impotente, ha recobrado todo el vigor que le habían quitado los años; se ha vencido la crueldad del Pretorio y Juan, mártir de deseo, es conservado para la Iglesia algunos años más. Un decreto imperial le destierra a la isla de Patmos, donde el cielo le manifiesta los futuros destinos del cristianismo hasta el fin de los siglos.

La Iglesia romana conserva entre sus más gloriosos recuerdos el sitio y martirio de Juan; ha señalado con una Basílica el lugar aproximado donde el Apóstol dió testimonio de la fe cristiana. Esta Basílica está cerca de la Puerta Latina y está honrada con un título cardenalicio.

ELOGIO. — ¡Con qué gozo te vemos reaparecer, discípulo del Señor resucitado! Antes te vimos cerca del pesebre donde dormía tranquilamente el Salvador prometido. Entonces celebramos todos tus títulos de gloria: Apóstol, Evangelista, Profeta, Virgen, Doctor de Caridad, y por encima de todos, Discípulo predilecto de Jesús. Hoy te saludamos como a mártir. Porque si el ardor de tu amor ha vencido al del tormento que se te había preparado, con todo eso no aceptaste con menos energía el cáliz que Jesús te anunció cuando eras joven. En estos días del

tiempo Pascual te vemos constantemente con Jesús, halagándote con sus últimas caricias. ¿Quién se extrañará de su predilección para contigo? ¿No fuiste tú el único de los discípulos que te encontraste al pie de la cruz? ¿No fué a ti a quien confió su Madre para que desde entonces fuese tuya? ¿No estuviste presente cuando atravesaron su corazón con una lanza? Cuando te encaminaste al sepulcro con Pedro, en la mañana de Pascua, ¿no fuiste el primero que con tu fe rendiste homenaje a la resurrección de tu Maestro sin verle aún? Goza con tu Maestro inefable las delicias que nos prodiga; pero ruégale por nosotros, ¡glorioso Apóstol! Debemos amarle por todos los bienes que nos ha dado, y reconocemos con dolor que somos tibios en su amor. Nos has dado a conocer a Jesús Niño, nos has descrito a Jesús crucificado, muéstranos a Jesús resucitado; únenos a El en estos últimos momentos de su estancia en la tierra; y cuando suba al cielo, fortifica nuestro corazón para serle fiel, para que a tu ejemplo, estemos preparados para beber el cáliz de las pruebas que nos tiene preparado.

Plegaria. — Roma fué el teatro de tu gloriosa confesión, ¡oh Santo Apóstol! Amala siempre; y en sus tribulaciones únete a Pedro y a Pablo para protegerla. El Oriente te poseyó durante tu vida; pero el Occidente tiene el honor de contarte entre sus primeros mártires. Bendice nues-

tras iglesias, sostén nuestra fe, fortifica la caridad y líbranos de esos anticristos que señalabas a los fieles de tu época y que tanto daño causan entre nosotros. Hijo adoptivo de María, al contemplar a tu Madre en su gloria, preséntale nuestras oraciones que le ofrecemos en este mes, y obténnos de su bondad maternal las gracias que le pedimos.

7 DE MAYO

SAN ESTANISLAO, OBISPO Y MARTIR

En el siglo XI, siglo de luchas para el sacerdocio contra la barbarie, envía en el día de hoy un nuevo mártir a Jesús crucificado: es Estanislao, a quien Polonia coloca entre sus primeros defensores. Un príncipe cristiano, cuyos vicios reprendía, le inmoló en el altar; la sangre del Pontífice se mezcló con la del Redentor en un mismo sacrificio. ¡Qué fuerza tan irresistible la de estos corderos a quienes Jesús envió en medio de lobos![1] En ellos se revela el león, como se mostró en el Divino Resucitado. Ningún siglo hay que no haya tenido mártires, unos por la fe, otros por la unidad de la Iglesia, otros por la libertad, otros por la justicia, otros por la caridad, otros por el sostenimiento de la santidad de las costumbres, como San Estanislao. El siglo XIX

[1] *San Mat.*, X, 16.

tuvo también sus mártires, sobre todo en Oriente. ¿Los habrá en Europa en el siglo XX?[1]. Dios lo sabe. Suceda lo que suceda, estamos seguros de que el espíritu de fortaleza no faltará a los atletas de la verdad. El martirio es una de las características de la Iglesia y no le ha faltado en ninguna época. Los Apóstoles que en este momento rodean a Jesús resucitado bebieron sucesivamente el cáliz, después de él; y veíamos ayer cómo hasta su discípulo predilecto siguió el camino de todos.

VIDA. — Estanislao nació cerca de Cracovia en 1030. Su juventud transcurrió en la inocencia y piedad. Después de haber hecho sus estudios en Gnesen y en París, distribuyó a los pobres los bienes que le dejaron sus padres al morir. Ordenado sacerdote, gozó de gran influencia gracias a la santidad de su vida, y al ardor de su enseñanza. A pesar de su oposición tuvo que aceptar el obispado de Cracovia en 1072. Se distinguió por el esplendor de todas las virtudes pastorales y por su caridad con los pobres. Su firmeza en reprochar a Boleslao sus desórdenes y crueldades le atrajo el odio de este príncipe que tuvo la osadía de asesinarle al pie del altar el 8 de mayo de 1079. Inocencio IV le canonizó en 1235.

FORTALEZA DE LOS CRISTIANOS. — ¡Estanislao! fuiste poderoso en obras y en palabras, y el Se-

[1] En el siglo XX ha tenido y tiene aún sus mártires. Por millares se cuentan los cristianos que han muerto, y los que sufren y mueren, en medio de afrentosos suplicios, o en completo abandono, en las prisiones, en las minas, en los campos de concentración, en Extremo Oriente; en Rusia, en Alemania, en Europa Central, como poco ha en Méjico y España, en defensa de la fe y de la libertad de la Iglesia, víctimas del Nazismo o del comunismo ateo.

ñor te recompensó con la corona del martirio. Míranos desde la gloria en que gozas, y pide al Señor el don de fortaleza que tanto te distinguió y del que tanta necesidad tenemos para vencer los obstáculos que impiden nuestra marcha. Nuestro glorioso Jefe no quiere en su séquito sino soldados valientes. El reino en que pronto entrará lo ha conquistado, y nos advirtió que si queremos seguirle allí tenemos que prepararnos a la violencia. Fortifícanos, soldado del Dios vivo, ya para sostenernos en la lucha por la fe o por la unidad de la Iglesia, ya para combatir contra los enemigos invisibles de nuestra salvación. Pastor bueno, que ni retrocediste ni temblaste ante el lobo, danos pastores semejantes a ti. Defiende a la Iglesia expuesta por todas partes a sus enemigos. Convierte a sus perseguidores como convertiste a Boleslao, tu verdugo, que encontró la salvación en tu sangre. Acuérdate de tu querida Polonia que te honra con tanto fervor. ¿No es hora de que vuelva a ocupar su puesto entre las naciones? En sus infortunios ha conservado el lazo sagrado de la fe y de la unidad católica, ha sido paciente y fiel; suplica a Jesús que se apiade de ella y que recompense su paciencia y su fidelidad. Que se digne hacerla partícipe en su resurrección, y ese día será un día de alegría para todas las iglesias de la tierra, porque ella es su hermana y si revive cantaremos al Señor un cántico nuevo.

8 DE MAYO

APARICION DEL ARCANGEL SAN MIGUEL

Los Ángeles en el Evangelio. — El salmista predijo que la venida del Emmanuel a este mundo sería saludada por los santos ángeles y que le adorarían humildemente en el momento que se manifestase entre los hombres [1]. Vimos ya el cumplimiento de esta profecía, en la noche de Navidad. Los cánticos de los ángeles atrajeron a los pastores al establo, y nosotros les seguimos para ofrecer nuestros homenajes al Señor. En su triunfante Resurrección el Emmanuel no podía dejar de ser rodeado por estos Espíritus bienaventurados que le asistieron en las humillaciones y dolores de la pasión. Apenas rompió las barreras que le retenían cautivo en el sepulcro, un ángel de rostro resplandeciente y de vestidos blancos como la nieve, viene a quitar la piedra que cerraba la entrada del sepulcro, y anuncia a las santas mujeres que el que buscan ha resucitado. Cuando penetran en la gruta del sepulcro, dos ángeles vestidos de blanco se presentan ante ellas y las confirma el suceso.

Honremos a estos augustos mensajeros de nuestra redención, y contemplémosles con respeto rodeando a Jesús durante su estancia en la

[1] Salmo, XCVI, 8; *Hebr.*, I, 6.

tierra. Adoran esta humanidad glorificada que verán muy pronto subir a lo más alto de los cielos y sentarse a la derecha del Padre. Se alegran con nosotros en esta fiesta de Pascua por la que nos ha sido devuelta la inmortalidad, en nuestro Salvador resucitado; y como dice San Gregorio [1] "esta Pascua se convierte también en fiesta de los ángeles porque al mismo tiempo que nos abre el cielo, les anuncia a ellos que las pérdidas que han experimentado en sus filas van a ser compensadas". Es, pues, justo que el Tiempo Pascual dedique una solemnidad al culto de los Angeles. Poco antes de la Anunciación celebramos la fiesta de San Gabriel; hoy es el Arcángel Miguel el príncipe de la milicia celestial el que recibirá nuestros homenajes. Ha señalado él mismo este día apareciéndose a los hombres, dejándoles una señal de su presencia y protección.

NOMBRE Y MISIÓN DEL ARCÁNGEL. — El solo nombre de Miguel es bastante para causar admiración: es un grito de entusiasmo y de fidelidad. "¿Quién como Dios?" es el nombre del Arcángel. En lo profundo de los infiernos tiembla Satanás ante este nombre que le recuerda la protesta con la que este Angel rechazó el intento de revolución de sus infieles compañeros. Miguel mostró su valor en el Ejército del Señor

[1] Maitines de Pascua, 2.ª lección de la homilía.

y por eso se le confió la defensa del pueblo de Dios, hasta el día en que la herencia de la Sinagoga repudiada pasó a la Iglesia cristiana. Ahora es el guardián y protector de la Esposa de su Señor, nuestra Madre común. Su brazo vela sobre ella, y la sostiene y defiende en sus luchas y participa en todos sus triunfos.

Pero no creamos que el Santo Arcángel, aún cuando esté cargado de los más grandes y difíciles cuidados para la conservación de la obra de Cristo, no puede atender a cada uno de los miembros de la Santa Iglesia. Dios le ha dado un corazón compasivo para con nosotros; y no hay ni una sola alma a quien no proteja con sus favores. Tiene la espada para defender a la Esposa de Cristo; se opone al dragón siempre preparado a lanzarse contra la Mujer y su fruto [1]; pero al mismo tiempo nos atiende a cada uno de nosotros cuando después de haber confesado nuestros pecados a Dios Todopoderoso y a la Bienaventurada Virgen María, los declaramos también a San Miguel Arcángel pidiéndole su intercesión ante Dios.

Su ojo vela en toda la tierra junto al lecho de los moribundos, porque tiene la misión especial de recoger las almas elegidas al salir del cuerpo. Con tierna solicitud y majestad incomparable las presenta a la luz eterna y las conduce al cielo. La Iglesia misma nos da a conocer

[1] *Apoc.*, XII, 13.

en los textos de la Liturgia las prerrogativas de este gran Arcángel. Nos dice que ha sido puesto a la cabeza en el Paraíso, y que Dios le ha confiado las almas santas para conducirlas a la gloria. Al fin del mundo cuando Cristo aparezca en las nubes del cielo para juzgar al género humano, Miguel cumplirá un ministerio formidable, al hacer, con los otros ángeles, la separación de los elegidos y condenados, que habrán tomado su cuerpo en la resurrección general. En la Edad Media nuestros antepasados solían representar a este Santo Arcángel en ese momento espantoso. Le ponían delante del trono del Juez Soberano, con una balanza en la que pesa las almas con sus obras.

Culto del Arcángel. — El culto de tan poderoso ministro de Dios, de tan gran protector de los hombres, debía extenderse por la cristiandad, sobre todo después de la desaparición de los falsos Dioses, cuando no había que temer que los hombres fuesen tentados de tributarle honores divinos. Constantino le dedicó cerca de su nueva capital, un santuario que llevó el nombre de *Michaelion;* y cuando Constantinopla cayó en poder de los turcos no había menos de quince iglesias dedicadas a San Miguel ya en el recinto de la ciudad ya en los arrabales. En el resto de la cristiandad esta devoción se fué extendiendo poco a poco debido a las apariciones del Santo Arcángel para indicarles que los fieles recurrie-

ran a él. Estas manifestaciones fueron locales; pero Dios, que de causas pequeñas hace salir grandes efectos, se sirvió de ellas para despertar poco a poco entre los cristianos, la confianza para con su protector celestial.

APARICIONES. — Los griegos celebran la aparición que tuvo lugar en Frigia, en Chone, nombre que ha reemplazado a Colosa. Existía en esta ciudad una iglesia dedicada a San Miguel, frecuentada por un santo llamado Arquipo a quien los paganos perseguían furiosamente. Para deshacerse de él, soltaron la esclusa de un arroyo que desembocaba en el Lycus, amenazando arrasar la iglesia de San Miguel, donde Arquipo estaba orando. Apareció el Santo Angel, llevando una vara en la mano; a su vista, la inundación retrocedió y las aguas, aumentadas por el torrente que había desencadenado la malicia de los paganos, fueron a desembocar al abismo donde el Lycus se precipita y desaparece cerca de Coloso. No se sabe con seguridad la fecha de este milagro; sólo se sabe que sucedió en tiempo en que los paganos eran muy numerosos en Colosa para molestar a los cristianos.

Otra aparición sirvió para aumentar la devoción a San Miguel en los pueblos de Italia y tuvo lugar en el monte Gárgano en Apulia; es la que conmemoramos hoy. Otra sucedió en Francia en las costas de Normandía en el monte Tomba; que celebraremos el 16 de Octubre.

La fiesta de hoy no es la más solemne de las dos que la Iglesia consagra todos los años a San Miguel; la del 29 de septiembre es de mayor categoría pero es menos personal con respecto a San Miguel, pues se honra en ella juntos a todos los coros de la jerarquía angélica.

LA APARICIÓN EN EL MONTE GÁRGANO. — Esta aparición tuvo lugar, según se cree, en el pontificado de Gelasio I, en Apulia, en la cima del monte Gárgano, a cuyo pie está situada la ciudad de Siponto.

Según la tradición, un toro estaba enredado en las malezas a la entrada de una caverna. Un hombre que le perseguía lanzó una flecha, pero esta retrocedió, llegó hasta el hombre y le hirió. Un terror religioso se apoderó de los que seguían al animal de modo que nadie se atrevía a acercarse. Consultado el Obispo de Siponto respondió que había que preguntar a Dios con la oración y el ayuno durante tres días.

Al cabo de tres días, el Arcángel San Miguel advirtió al Obispo que aquel lugar estaba bajo su protección y que quería que este mismo lugar fuese consagrado al culto divino en su honor y en el de los ángeles. Se hizo una procesión a la cueva y vieron que estaba dispuesta en forma de iglesia, se celebró el Santo Sacrificio, y el lugar se hizo célebre por los milagros allí obrados.

ELOGIO. — Cuán hermoso eres oh Arcángel San Miguel, dando gloria al Señor cuyo enemigo derribaste. Tu mirada se dirige al trono de Dios cuyos derechos defendiste concediéndote la victoria. Tu grito ¿quién como Dios? electrizó a las legiones fieles y se trocó en tu nombre y tu corona. En la eternidad nos recordará siempre tu fidelidad y tu triunfo sobre el dragón. Entretanto, descansamos bajo tu custodia: somos leales servidores tuyos.

PROTECTOR DE LA IGLESIA. — ¡Angel custodio de la Santa Iglesia! Ha llegado el momento de desplegar toda la fuerza de tu brazo. Satanás, amenaza furioso a la Esposa de tu Señor. Haz que brille tu espada y lánzate contra ese enemigo implacable y contra sus horrendos cohortes. El reino de Cristo se ha conmovido en sus cimientos. Pero si la tierra debe existir aún, si no se han cumplido los destinos de la Iglesia ¿no es tiempo, poderoso Arcángel, de mostrar al demonio que en la tierra no se ultraja impunemente a Aquel que la creó y la rescató y se llama Rey de Reyes y Señor de señores? El torrente del error y del mal no cesa de arrastrar hacia el abismo a la generación seducida; sálvala y destruye las malvadas conjuraciones de que es víctima.

PROTECTOR DE LA BUENA MUERTE. — Eres el protector de nuestras almas en el momento de su

paso del tiempo a la eternidad. Durante nuestra vida tu mirada nos sigue y tu oído nos escucha. Te amamos, Príncipe inmortal, y vivimos felices y confiados a la sombra de tus alas. Pronto llegará el día en que, ante nuestros restos inanimados, la Iglesia nuestra Madre, pedirá para nosotros que seamos libres de las garras del león infernal y que tus manos poderosas nos reciban y nos eleven a la luz eterna. En espera de este momento solemne, vela Arcángel sobre tus devotos. El dragón nos amenaza y quisiera devorarnos. Enséñanos a repetir contigo: "¿Quién como Dios?" El honor de Dios, el sentimiento de sus derechos, la obligación de serle siempre fieles, de servirle, de confesarle en todos los tiempos y lugares serán el escudo y la armadura con que venceremos como tú venciste. Pero necesitamos algo de ese valor que tú sacabas del amor de que estabas lleno. Haz que amemos a nuestro común Señor y entonces seremos también invencibles como tú. Satanás no resiste a la criatura que está llena de amor de Dios y huye vergonzosamente de ella.

El Señor te creó y tú le amaste como a tu Criador; a nosotros no sólo nos ha creado sino que nos ha rescatado con su propia sangre. ¿Cuál deberá ser, pues, nuestro amor para con él? Afianza ese amor en nuestros corazones; y puesto que combatimos en tu ejército, dirígenos, anímanos, sosténnos con tu mirada y detén los gol-

pes de nuestro enemigo. En nuestra hora postrera estarás, así lo esperamos, a nuestro lado abanderado de nuestra salvación. En pago de nuestra devoción está presente en nuestro lecho y cúbrele con tu escudo. No abandones a nuestra alma cuando a ti se acoja. Llévala ante el tribunal de Dios, cúbrela con tus alas, disipa sus temores y que el Señor se digne mandarte transportarla con presteza a la región de las alegrías eternas.

9 DE MAYO

SAN GREGORIO NAZIANCENO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

Al lado de Atanasio se presenta un segundo Doctor de la Iglesia para ofrecer a Jesús resucitado su genio y su elocuencia. Es Gregorio de Nazianzo, el amigo y émulo de Basilio, el orador insigne, el poeta que a la fecundidad más asombrosa supo unir la energía y la elegancia, el que entre todos los Gregorios mereció y obtuvo el nombre de *Teólogo* por la seguridad de su doctrina, la elevación de su pensamiento, el esplendor de su exposición. La Santa Iglesia le celebra con alegría en estos días porque nadie habló con tanta magnificencia como él del misterio de Pascua. Por el comienzo de su segundo

discurso para esta solemnidad se podrá juzgar. Escuchemos.

El Predicador de Pascua. — "Permaneceré observando como el centinela", nos dice el profeta Abacuc; y yo hoy, a ejemplo suyo, iluminado por el Espíritu Santo hago también la vela, observo el espectáculo que se descubre ante mí, escucho las palabras que van a resonar. Y así velando, veo sentado sobre las nubes a un personaje cuyos rasgos son de ángel y cuya vestidura brilla como el relámpago. Su voz resuena como la trompeta y las filas apretadas del ejército celeste le rodea; y dice: "Este es el día de la salida para el mundo visible e invisible. Cristo se levanta de entre los muertos, levantaos también vosotros. Cristo toma nuevamente posesión de sí mismo, imitadle. Cristo se lanza fuera del sepulcro, desligaos vosotros de los lazos del pecado. Las puertas del infierno están abiertas, la muerte ha sido destruída, el viejo Adán, aniquilado y sustituído por otro, renovaos vosotros que formáis parte de la creación nueva en Cristo."

"Así hablaba él, y los otros ángeles repetían lo que cantaron el día en que nació Cristo: *Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.* A mí toca ahora hablar de todas estas maravillas: ¡Quién me diera la voz de los ángeles, una voz que se oyera hasta en los últimos confines de la tierra!

"¡La Pascua del Señor, la Pascua! ¡Una vez más la Pascua en honor de la Trinidad! Es la fiesta de las fiestas, la solemnidad de las solemnidades que sobresale entre las demás como el sol sobre las estrellas. Desde ayer ¡cuán augusta fué la jornada con sus vestiduras blancas y sus numerosos neófitos llevando antorchas! Teníamos doble función pública y particular; todas las clases de hombres, magistrados y dignatarios en gran número, en esta noche iluminada con profusión de luz. Pero hoy esas alegrías y grandezas son inmensamente mayores; ayer era sólo la aurora de la gran luz que ha surgido hoy. La alegría que sentían no era sino preludio de la que experimentamos en este momento; porque en este día celebramos la resurrección misma, no ya sólo esperada sino cumplida y extendióse al mundo entero"[1].

El Contemplativo. — Así hablaba el orador que no hizo más que pasar por la Sede de Constantinopla. Hombre amante del retiro y de la contemplación, las intrigas del siglo consumieron pronto sus energías, la bajeza y ruindad de los hombres laceraron su corazón; y dejando a otro el peligroso honor de ocupar un trono tan disputado, volvió de nuevo a su amada soledad donde tanto placer experimentara en el trato con Dios y las Sagradas Escrituras. A pesar del

[1] 2.° Discurso de Pascua.

corto espacio de tiempo y de los innumerables obstáculos había podido afianzar para largo tiempo la fe resquebrajada en la capital del imperio y trazar una estela luminosa que todavía no se había borrado cuando San Juan Crisóstomo vino a sentarse en esta Sede de Bizancio donde a su vez tantas pruebas le esperaban.

VIDA. — Gregorio nació en Nacianzo, en Capadocia entre 325 y 330. Fué a estudiar a Atenas en Compañía de su amigo S. Basilio, y con él, se aplicó a estudiar la Sagrada Escritura. Después de haber permanecido algún tiempo en la soledad fué elegido obispo de Sásima, y luego de Nacianzo, en 372, y finalmente de Constantinopla en 381 donde su primer cuidado fué combatir la herejía y atraer muchas almas a la pureza de la fe católica. Pero habiéndose levantado una persecución contra él, renunció al episcopado y volvió a Nacianzo dándose por entero a la contemplación de las cosas divinas y a la composición de obras teológicas. Fué enérgico defensor de la consubstancialidad del Hijo de Dios. Tras largos años de recogimiento y de estudio se durmió en la paz del Señor hacia el año 390.

EL DON DE LA FE. — Te saludamos, doctor inmortal, a ti que mereciste que Oriente y Occidente te apellidaran el teólogo por excelencia. Iluminado por los rayos de la Santísima Trinidad nos manifestaste sus esplendores cuanto nuestra vista puede entreverlos en esta vida. En ti se cumplió esta palabra: "Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios"[1].

[1] *San Mateo*, V, 8.

La pureza de tu alma la había dispuesto a recibir la luz divina y tu pluma inspirada supo dar algo de lo que tu alma había gustado. Alcánzanos, Gran Doctor, el don de la fe que pone a la criatura en relación con Dios, y el don de la inteligencia que la hace comprender lo que cree. Todos tus trabajos tuvieron como fin prevenir a los fieles contra las seducciones de la herejía haciendo brillar ante sus ojos los dogmas divinos en toda su magnificencia. Haznos cautos a fin de que podamos evitar los lazos del error y abre nuestros ojos a la luz inefable de los misterios, a esa luz, que según San Pedro, es para nosotros "como lámpara que luce en lugar tenebroso hasta que comience a brillar el día y el lucero se levante en nuestros corazones"[1].

La Unidad de la Fe. — En estos tiempos en que el Oriente, preso largo tiempo de la triste movilidad del error secular y de la servidumbre, está como en vísperas de una crisis que debe modificar profundamente sus destinos, mientras una política profana sueña en explotar en provecho de la ambición humana los cambios que se preparan, acuérdate, oh Gregorio, de la infortunada Bizancio. Mañana, quizás las potencias del mundo se la disputarán como una presa. Fuiste algún tiempo su pastor, tu recuerdo aún no se ha borrado de su memoria, apártala del espíritu del

[1] *II S. Petr.*, I, 19.

cisma y del error. Cayó bajo el yugo del turco en castigo de su rebelión contra el vicario de Cristo. Pronto se verá libre de él. Haz que al mismo tiempo el yugo del error y del cisma, mucho más peligroso y humillante, se rompa y desaparezca para siempre. Empieza ya a notarse un movimiento de retorno; provincias enteras se agitan y parecen querer dirigir una mirada anhelante a la madre común de las Iglesias, que les abre sus brazos. Desde lo alto del cielo ayuda a la reconciliación. El Oriente y el Occidente te honran como uno de sus más sublimes órganos de la verdad divina. Con tus oraciones aliéntales a unirse de nuevo en un solo redil, bajo un solo pastor, antes que el Cordero inmaculado y sacrificado baje del cielo para separar la cizaña del buen grano y para llevar a su gloria a la Iglesia su esposa y nuestra madre fuera de la cual no hay salvación.

La Gracia Pascual. — Ayúdanos en estos días a contemplar las grandezas de nuestro divino resucitado. Haznos vibrar de santo entusiasmo en esta Pascua que te inundaba en sus alegrías y te inspiraba las sublimes frases que acabamos de oír. Amaste a Cristo salido triunfante de la tumba desde tus más tiernos años y a tu vez su amor hacía palpitar tu corazón. Ruega para que nosotros también le seamos siempre fieles, para que estos misterios cautiven siempre nues-

tras almas, que permanezca siempre en nosotros esta Pascua y que la renovación que nos ha traído persevere en toda nuestra vida y que en sus vueltas sucesivas nos encuentre atentos y vigilantes para acogerla con ardor siempre renovado hasta que nos acoja la Pascua eterna y nos abra sus alegrías sin fin.

10 DE MAYO

SAN ANTONINO, OBISPO Y CONFESOR

La orden dominicana que ha presentado poco ha a Jesús triunfante, a San Pedro Mártir, y a Santa Catalina de Sena, le envía hoy uno de los muchos pontífices, que alimentó y preparó en su seno. En el siglo xv en que la santidad era rara sobre la tierra, Antonino hizo revivir en su persona todas las virtudes que habían brillado en los más grandes obispos de la antigüedad. Su celo apostólico, las obras de su caridad, la austeridad de su vida son la gloria de la Iglesia de Florencia que fué confiada a sus cuidados. El estado político de esta ciudad no le debió menos por su grandeza y prosperidad y Cosme de Médicis, que honraba a su arzobispo como a un padre, confesó más de una vez que los méritos y servicios de Antonino eran el más firme apoyo de Florencia. El santo prelado se hizo célebre por su doctrina no menos que por sus obras. De-

fendió al Papado atacado en el concilio de Basilea por prelados sediciosos y al dogma católico en el concilio ecuménico de Florencia contra los autores del cisma griego. Admiremos la fecundidad de la Iglesia que no ha cesado de producir, según los tiempos, doctores para todas las verdades, adversarios contra todos los errores.

VIDA. — Antonino nació en Florencia en 1389. A la edad de 16 años entró en la Orden de Sto. Domingo donde pronto se distinguió por su amor al estudio, su austeridad y sobretodo por su piedad ardiente. Elegido prior a los 29 años se dedicó a mantener y propagar la reforma comenzada con Sta. Catalina, después por Giovanni Dominici. En 1446 Eugenio IV le nombró obispo de Florencia. No quiso cambiar nada en su modo de vivir y permaneció fiel a la pobreza y a la austeridad. Caritativo en extremo trataba de remediar todas las indigencias en las calamidades públicas. Trabajó por reformar su clero y escribió una *Summa* de teología moral para ayudar a los confesores y predicadores. Finalmente, consumido por la enfermedad, se durmió en el Señor el 2 de mayo de 1459. Clemente VII le canonizó en 1525.

PLEGARIA. — Demos gloria a Jesús resucitado por los dones que te concedió, oh Antonino. Al confiarte una parte de su rebaño dotó a tu alma de las cualidades que hacen a los pastores según su corazón. Como sabía que podía contar con tu amor, encomendó sus corderos a tu guarda. En un siglo que por sus desórdenes hacía ya presagiar los escándalos del siglo siguiente, brillaste con luz purísima sobre el candelero de la

Iglesia. Florencia permanece fiel a tu memoria; en sus muros fuiste el hombre de Dios y el padre de la patria. Ayúdala también hoy desde el cielo. Los predicadores de la herejía están ya no sólo a sus puertas sino dentro de su recinto. Oh santo Pontífice; vela sobre el campo que sembraron tus manos y no permitas que en él arraigue la cizaña. Oh defensor de la Sede Apstólica, suscita en la desgraciada Italia émulos de tu celo y de tu doctrina. En tu augusta basílica, bajo su imponente cúpula tus ojos vieron a la iglesia bizantina unirse nuevamente con la Iglesia madre y maestra; tu ciencia y tu caridad tuvieron parte en esta solemne reconciliación que, por desgracia, había de durar tan poco. Ruega, oh Antonino, por los hijos de aquellos que fueron infieles a la promesa sellada sobre el altar mismo en que tus manos tantas veces ofrecieron el divino sacrificio de la unidad y de la paz.

Discípulo del gran Domingo, heredero de su celo ardiente, sostén a la Orden por él fundada y de la cual eres una de las principales glorias. Muestra que la amas; multiplica sus vástagos y hazles florecer y fructificar como en sus primeros tiempos. ¡Pontífice Santo! acuérdate también del pueblo cristiano que te implora en estos días. Cada año tu palabra elocuente anunciaba la Pascua a los fieles de Florencia y les invitaba a tomar parte en la Resurrección de

nuestro divino Caudillo. La misma Pascua, la Pascua inmortal, ha brillado nuevamente sobre nosotros. La hemos celebrado y la celebramos todavía; haz que sus frutos sean duraderos en nosotros y que Jesús resucitado que nos dió la vida la conserve en nuestras almas por su gracia hasta la eternidad.

EL MISMO DIA

SAN GORDIANO Y SAN EPIMACO, MARTIRES

Dos nuevos mártires suben de la tierra en este día y van a unirse en los esplendores del vencedor de la muerte. No lucharon en el mismo campo de batalla ni en la misma época; pero los dos lucharon valientemente por la misma causa y los dos consiguieron la misma victoria. Ahora duermen sepultados en su triunfo; pero el Señor guarda de ellos un recuerdo fiel. Dentro de poco se cumplirán en ellos aquellas solemnes palabras que él tiene dichas: "Yo soy la resurrección y la vida. Aquel que cree en mí, aún cuando hubiera muerto, vivirá"[1].

VIDA. — S. Gordiano fué juez en Roma en el reinado de Juliano el apóstata. El valor de los cristianos en medio de los más atroces suplicios, le atrajo a la fe. Ha-

[1] *S. Juan*, XI, 25.

biendo recibido el bautismo, fué denunciado y decapitado, el 10 de mayo de 362.

San Epímaco sufrió por la fe en el siglo anterior, en Alejandría. Se dice que, con otros muchos cristianos y después de una cruel flagelación, fué echado en cal viva. Su cuerpo fué llevado a Roma y sepultado en la cripta donde más tarde debía ser colocado S. Gordiano. Por eso la Iglesia les ha unido en su culto. Debemos añadir que sus *Actas* contienen detalles verosímilmente legendarios.

Dormid vuestro sueño, ¡mártires invictos! "Aguardad todavía un poco de tiempo hasta que el número de vuestros hermanos esté completo"[1]. Cada siglo os ha dado gloriosos compañeros; pero el mundo camina hacia su ocaso y sus últimos días se distinguirán por la abundante cosecha de palmas y coronas. Cuando se inaugure el reino del hombre de la iniquidad[2] y cuando la tempestad azote la nave de la Santa Iglesia, mostraos a las miradas de los fieles como dos astros protectores, a cambio de los homenajes anuales que os han tributado en este día. Rogad también por los que nos ha tocado vivir en estos tiempos en que parecen oirse ya en la lejanía los primeros rugidos de la tempestad que asolará el mundo y será el preludio de su fin. Fortaleced nuestros corazones y cualquiera que sea el destino que el Señor nos tenga preparado, alcanzadnos la gloria de permanecer siempre fieles a

[1] *Apoc.*, VI, 11.
[2] *II Tesalón.*, II, 3.

aquel que quiere ser para nosotros como fué para vosotros la "resurrección y la vida"[1].

EL MISMO DIA

BEATO JUAN DE AVILA, CONFESOR

Muy bien ha cumplido Cristo con su promesa de estar con nosotros hasta el fin de los siglos. Cuando Arrio se levantó para negar la divinidad del Verbo, preparó a Atanasio, Basilio, e Hilario; cuando los Bárbaros se lanzaron sobre Europa, les opuso a León y Gregorio Magno; cuando los emperadores germánicos quisieron agarrotar a la Iglesia, les enfrentó a Gregorio VII; cuando Lutero se levantó para proferir blasfemias contra el Papado arrastrando con él al norte de Europa, suscitó a Ignacio, Felipe de Neri, Carlos Borromeo, Pío V etc., que prepararon o favorecieron la verdadera reforma de la Iglesia. Entre ellos hay que contar al Beato Juan de Avila, apóstol de Andalucía, reformador y padre de orden clerical.

CELO APOSTÓLICO. — La prolongada dominación árabe en el sur de España, la convivencia de cristianos con moriscos, el seudomisticismo de los alumbrados, los brotes protestantes y sobre todo la inmensa ignorancia de las multitudes,

[1] *Juan*, XI, 25.

hicieron que hubiera en Andalucía grandes cantidades almacenadas de combustible, ansiosas de encender el fuego de la hoguera que había de abrasar a toda España. Mas Dios veló por ella sirviéndose de los Reyes Católicos e inmediatos sucesores para introducir la reforma del Clero y de las Ordenes religiosas y con ellas la del pueblo. En esta tarea les ayudaron el Cardenal Cisneros, Santo Tomás de Villanueva, Santa Teresa, San Juan de la Cruz y otros muchos con el Beato Juan de Avila.

"Mi nombre, decía éste, es Avila; mi posada la tierra; el cielo mi patria; mi oficio ser cosechero de Cristo; hasta la extrema vejez manejé incansable la hoz, amontonando las mieses en los celestes graneros"[1]. La austeridad de su vida, sus grandes penitencias, su elocuencia arrebatadora y su inflamado amor a Cristo, le sirvieron, como a otro Juan Bautista, para remover las multitudes. El centro de sus predicaciones fueron Córdoba, Sevilla, Granada, Montilla y la Alpujarra. Predica en iglesias, conventos, hospitales, caminos, plazas y por todas partes levanta a las multitudes: "su voz parecía hacer temblar las paredes de la iglesia"; "cuando salían de oír al maestro Avila, iban todos con las cabezas bajas, callando sin mirarse unos a otros encojidos y compunjidos, a pura fuerza de la virtud y excelencia del predicador".

[1] P. Luis de Granada.

DIRECTOR ESPIRITUAL. — Un hombre tan apostólico tuvo muchos discípulos, que acudían a él para recibir sus enseñanzas. El P. Luis de Granada nos dice cuánto le aprovechaba su trato. Santa Teresa de Jesús no se creyó segura en sus caminos místicos hasta que nuestro Beato dió la aprobación a sus escritos. Sacerdotes, religiosos, señoras y caballeros encontraron en él un maestro y médico de sus almas. En sus tratados espirituales, sermones y cartas no sabe uno qué admirar más si la doctrina profunda o la unción de su palabra.

VIDA. — Nació en Almodobar del Campo en la Mancha en 1500. En sus primeros años estudió leyes en Salamanca, pero más tarde se dedicó al estudio de la telogía en Alcalá, teniendo como profesor al famoso Domingo de Soto y de donde salió con el título de maestro. Ordenado de sacerdote recorrió toda Andalucía predicando en todas partes la palabra divina, confesando y ejerciendo el ministerio del apostado con mucho fruto por parte de los oyentes. Murió en Montilla el 10 de mayo de 1569. Fué beatificado por León XIII.

PLEGARIA. — Eres tan grande a los ojos de Dios como pequeño fuiste a los tuyos, ¡oh Juan de Avila! Cuando Martín Lutero levantaba con su rebelión, la bandera de su pretendida reforma, tú con tu pobreza, con tu obediencia, con tu humildad y con tu piedad levantaste la otra de la contrareforma, cuyos secuaces en España habían de ser legión. En ti los pueblos encon-

traron un buen modelo de Cristo, para ellos fuiste luz con tus sermones, con tus consejos y con tus escritos, que gracias a su docilidad les apartaron de los cantos de sirena de los seudo reformadores. Acuérdate de España que te venera y te admira. Ruega sobre todo por el clero por cuya buena formación tanto trabajaste, por ese clero que ahora te ha tomado como patrono. Alcanza de la divina piedad ayuda para esa Andalucía que tú evangelizaste con tantos sudores, de modo que nunca abandone la fe que tú la predicaste.

12 DE MAYO

SANTOS NEREO Y AQUILEO, MARTIRES Y SANTA FLAVIA DOMITILA, VIRGEN Y MARTIR

LOS MÁRTIRES. — Según las *Actas*, por desgracia en gran parte legendarias, Nereo y Aquileo fueron soldados romanos, convertidos por San Pedro. Después del bautismo abandonaron la milicia y entraron al servicio de una gran dama, Domitila, pariente próxima del emperador Tito, que se hizo cristiana muy pronto, siendo bautizada por el Papa San Clemente. Condenados los tres como cristianos, fueron verosímilmente decapitados.

SUS RELIQUIAS. — No se sabe dónde fueron depositadas primitivamente las reliquias de Santa Domitila. Los cuerpos de los Santos Nereo y Aquileo fueron honrosamente sepultados en las catacumbas del cementerio de Domitila en la Vía Ardeatina, a medio kilómetro de Roma. Conservamos aún una homilía pronunciada por San Gregorio en la Basílica subterránea que el Papa Siricio había hecho construir sobre sus tumbas. San Gregorio insiste en su discurso sobre la caducidad de los bienes de este mundo y evoca el recuerdo de los héroes que descansaban bajo el altar alrededor del cual se habían reunido los fieles de Roma: "Estos santos, dice, en torno de cuyo sepulcro nos hallamos reunidos en este momento, desdeñaron en la flor de la edad el mundo hollándole con sus pies. Tenían ante sí, vida larga, salud asegurada, fortuna opulenta, la esperanza de una familia en la cual habrían perpetuado su nombre y habrían podido gozar de estos placeres por largo tiempo en la paz y tranquilidad; pero en vano el mundo hizo ostentación de sus galas ante ellos; en su corazón estaba ya marchito." (Homilía 28 sobre el Evangelio.)

Más tarde las reliquias debieron ponerse en una basílica vecina, situada en la Vía Apia, y llamada hasta entonces *Fasciola*. A partir del siglo VIII se llamará sólo de los Santos Nereo y Aquileo y llegará a ser título cardenalicio. Pero

a causa de los desastres de Roma, por hallarse casi en ruinas la basílica, los cuerpos de los santos fueron trasladados, en el siglo XIII, a la basílica de San Adrián en el Foro. Allí permanecieron hasta fines del siglo XVI, en que Baronio, habiendo sido creado cardenal con el título de los Santos Nereo y Aquileo pensó restaurar para ellos la antigua basílica Fasciola. Por su munificencia las naves se levantaron de nuevo y sobre los muros se pintó la historia de los tres mártires; la cátedra de mármol sobre la cual se cuenta pronunció San Gregorio su homilía, fué restablecida a esta iglesia y en su respaldo se gravó completa dicha homilía. Finalmente la Confesión, decorada con mármoles y mosaicos recibió también las reliquias de que había estado privada durante tres siglos.

EL TRIUNFO. — Baronio comprendió que era tiempo de terminar el destierro demasiado largo de los santos mártires y por cuyo honor se sentía obligado a velar en adelante. Pudo unir a las reliquias de los dos soldados mártires, los de una santa, Domitila que desde entonces era honrada y que él tenía fundadas razones para creer que era la santa compañera de su martirio, preparando todo un triunfo para conducirlos, el 12 de mayo de 1597, a la antigua morada. Roma cristiana, sabe como ninguna, unir en sus cultos los recuerdos de la antigüedad clásica con los sen-

timientos que inspira la religión de Cristo. Una solemne procesión condujo primeramente al Capitolio la carroza en que se hallaban colocados, bajo suntuoso dosel, los cuerpos sagrados de los tres mártires. Dos inscripciones paralelas atrajeron las miradas en el momento en que el cortejo llegaba a la cima del *Clivus Capitolinus*. En la una se leía: "A Santa Flavia Domitila, virgen romana y mártir, el Capitolio, purificado del culto nefasto de los demonios, y restaurado más dignamente que lo fué por Flavio Vespaisano y por Domiciano, Augustos, parientes de la virgen Cristiana." La otra decía: "El Senado y el pueblo romano a santa Flavia Domitila, virgen romana y mártir, que dejándose consumir en el fuego por la fe de Cristo, dió a Roma más gloria que sus parientes Flavio Vespasiano y Domiciano, Augustos, cuando restauraron a su costa el Capitolio, dos veces incendiado."

Depositaron un momento las cajas de los mártires sobre el altar levantado cerca de la estatua ecuestre de Marco Aurelio y después de recibir sus homenajes fueron de nuevo colocados en el carro, bajando por el lado opuesto del Capitolio hasta encontrar el arco de Triunfo de Septimio Severo. En él se leen estas dos inscripciones: "A los Santos Mártires Flavia Domitila, Nereo y Aquileo, excelentes ciudadanos, el Senado y el pueblo de Roma por haber ilustrado el nombre romano con su gloriosa muerte y ob-

tenido con su sangre la paz para la república romana."

"A Flavia Domitila, Nereo y Aquileo invencibles mártires de Jesucristo, el Senado y el pueblo romano por haber glorificado a la ciudad con el noble testimonio que dieron de la fe cristiana."

Siguiendo la Vía Sacra la procesión llegó frente al arco de Triunfo de Tito, monumento de la victoria de Dios sobre la nación deicida. En uno de sus lados se leía esta inscripción: "Este arco triunfal otorgado y erigido en otro tiempo a Tito Flavio Vespasiano Augusto, por haber puesto de nuevo bajo el yugo del pueblo romano a la Judea sublevada, el Senado y el pueblo romano le otorgan y consagran de una manera más justa a la sobrina del mismo Tito, Flavia Domitila, por haber aumentado y propagado con su muerte la religión cristiana."

La inscripción en el otro lado del arco de Triunfo decía así: "A Flavia Domitila, virgen romana y mártir, sobrina de Tito Flavio Vespasiano Augusto, el Senado y el pueblo romano porque con la efusión de su sangre y el sacrificio de vida por la fe, rindió homenaje a la muerte de Cristo con una gloria que no adquirió el mismo Tito, cuando por vengar esta muerte derribó a Jerusalén por inspiración divina."

Dejaron a la izquierda el Coliseo, cuya arena había sido el teatro de los combates de tantos

mártires y pasaron por el arco de Triunfo de Constantino, monumento que habla tan alto de la victoria del cristianismo en Roma y en el imperio que repite todavía el nombre de la familia Flavia a la cual pertenecía el primer Emperador cristiano. He aquí las dos inscripciones que decoraban el arco Triunfal: "A Flavia Domitila, a Nereo y Aquileo, el Senado y el pueblo romano. En esta Vía Sacra en que muchos emperadores romanos, augustos, obtuvieron los honores del triunfo por haber sometido al imperio del pueblo romano diversas provincias, triunfan hoy estos mártires con gloria aún mayor por cuanto vencieron por la superioridad de su valor a los mismos triunfadores."

"A Flavia Domitila, el Senado y el pueblo romano. Si doce emperadores parientes suyos augustos ilustraron con sus grandes hechos a la familia Flavia y a Roma misma, la virgen sacrificando por Cristo los honores y la vida, dió a ambos mayor lustre aún."

Continuando después por la Vía Apia llegaron finalmente a la basílica. A la puerta rodeado de un gran número de cardenales, Baronio recibió con profundo respeto a los tres mártires y les llevó al altar mayor, mientras el coro cantaba esta antífona del Pontifical: "Entrad, santos de Dios; el Señor ha preparado aquí vuestra morada; el pueblo fiel ha seguido con alegría

vuestra marcha y os suplica roguéis por él a la potestad de Dios. Alleluia!"

La verdadera gloria. — ¡Qué triunfo tan sublime os ha preparado Roma, oh mártires invictos después de tantos siglos transcurridos desde vuestra gloriosa muerte! ¡Qué cierto es que en la tierra no hay nada comparable con la gloria de los santos! ¿Dónde están, oh Domitila, los Flavios, esos doce emperadores de tu nombre? ¿Quién se preocupa de sus cenizas? ¿Quién conserva incluso su recuerdo? A uno de ellos se le llamó "las delicias del género humano". Y el pueblo ignora hasta su nombre. Otro, el último de todos, tuvo la gloria de ser escogido para proclamar la victoria de la cruz sobre el mundo romano; Roma cristiana guarda su memoria con honor y reconocimiento; mas no le tributa culto religioso, Roma lo reserva para ti, oh Domitila, y para los dos mártires cuyo nombre va hoy asociado al tuyo.

¿Quién no sentirá el poder del misterio de la resurrección de nuestro divino Caudillo en el amor y entusiasmo que inspiran a todo este pueblo la vista y la procesión de vuestras reliquias, oh mártires de Dios vivo? Quince siglos pasaron sobre vuestros miembros fríos y los fieles les saludan con entusiasmo como si los sintiesen aún llenos de vida. Pero el pueblo cristiano sabe que Jesús, "el primer nacido de entre los muertos", ha resucitado y que vosotros debéis

resucitar un día gloriosos como El. Saluda anticipadamente esa inmortalidad que será la parte de vuestros cuerpos inmolados para gloria del Redentor; contempla ya con la fe el esplendor con que brillaréis un día, proclama la dignidad del hombre rescatado, para quien la muerte no es sino el tránsito a la vida verdadera y la tumba un surco que recibe el grano para hacerle más vivo y más hermoso.

PLEGARIA. — "Dichosos, dice la profecía, los que lavaron sus túnicas en la sangre del cordero"[1]. Pero más dichosos aún, nos dice la Santa Iglesia, aquellos que después de haber sido purificados, mezclaron su sangre con la de la Víctima divina, porque "suplieron en su carne lo que faltaba a las tribulaciones de Cristo"[2]. Por eso es poderosa su intercesión y debemos dirigirnos a ellos con amor y confianza. Sednos propicios, ¡oh Nereo, Aquileo y Domitila! Haced que esperemos a Jesús resucitado; conservadnos la vida que nos comunicó; apartadnos de los encantos de este mundo y disponednos a pisotearlos si hay peligro de que nos seduzcan. Hacednos fuertes contra todos nuestros enemigos, prontos para la defensa de la fe, vigorosos para la conquista de este reino que debemos arreba-

---

[1] *Apoc.*, VI, 14.
[2] *Col.*, I, 24.

tar por la violencia [1]. También los defensores de la Iglesia romana que, cada año, renueva, en este día vuestro culto con tanto fervor; protejed al Pontífice en quien Pedro reside; disipad las tormentas que amenazan a la cruz sobre el Capitolio y conservad la fe en el corazón de los romanos.

EL MISMO DIA

SAN PANCRACIO, MARTIR

Un nuevo mártir viene a unirse a los que hemos festejado. Sale también de Roma para ir a participar de la gloria del Vencedor de la muerte. Los anteriores fueron segados en los primeros tiempos de nuestra fe; éste luchó en el momento en que el paganismo daba a la Iglesia los últimos asaltos en los cuales debía sucumbir él mismo.

Sobre el cementerio en que fué depositado su cuerpo se alzó en los primeros siglos una basílica, honrada con el título cardenalicio, y un monasterio; y los monjes enviados por San Gregorio Magno a convertir a Inglaterra le consagraron muy pronto una iglesia.

VIDA. — Las *Actas*, reconocidas hoy como legendarias, nos dicen que Pancracio nació en Frigia y que

[1] *S. Mateo*, XI, 12.

fué muy pronto a Roma. Allí fué instruído en la religión cristiana no tardando en derramar su sangre por Cristo. Su cuerpo fué enterrado en la Vía Aurelia y su culto se hizo célebre en Roma, Francia e Inglaterra. La Edad Media le consideró como patrón de los juramentos y el vengador de su violación.

GLORIA INMORTAL.—La gracia divina que te llamaba a la corona del martirio fué a buscarte hasta el fondo de Frigia, para conducirte, oh Pancracio, a la capital del imperio, al centro de todos los vicios y de todos los errores del paganismo. Tu nombre confundido entre tantos más brillantes o más oscuros parecía que no debía dejar huella ninguna en la memoria de los hombres. Hoy, sin embargo, tu nombre es pronunciado en toda la tierra con acento de veneración y resuena en el altar en las oraciones que acompañan al sacrificio del Cordero. ¿De dónde te viene, ¡oh santo mártir! esta celebridad que sólo acabará con el mundo? Pero era justo que habiéndote asociado a la muerte sangrienta de Cristo, se reflejase sobre ti la gloria de su inmortalidad. ¡Gloria, pues, a El que así honra a sus compañeros de armas! y ¡gloria a ti que mereciste tal corona! Como recompensa de nuestros homenajes dígnate dirigirnos una mirada compasiva y haznos propicio a Jesús tu Jefe y nuestro Jefe. En este lugar de destierro cantamos el *Alleluia* por su Resurrección que nos llena de esperanzas; haz que un día repitamos

contigo en el cielo este mismo *Alleluia* ya eterno y que entonces significará no la esperanza sino la posesión.

EL MISMO DIA

SANTO DOMINGO DE LA CALZADA, CONFESOR

He aquí un caso más de la fecundidad de la Iglesia. No hay miseria ni necesidad entre los hombres, que no sea inmediatamente socorrida por algún hijo de esta buena madre. El Espíritu Santo, que es amor, suscita almas abnegadas para enjugar todas las lágrimas. En una época será Santo Domingo de Silos el que tendrá la misión de rescatar a los cautivos cristianos de los moros; en otra será un San Juan de Dios quien cuidará de los dementes, o bien un Ponce de León quien se encargará de hacer hablar a los sordomudos. Hoy nos presenta la Iglesia a Santo Domingo de la Calzada, que fué inspirado por Dios para consagrarse al servicio de los peregrinos que se dirigían a Santiago de Compostela.

VIDA. — Nació en el s. XI en la Rioja cerca de Haro. Después de haber intentado, aunque en vano, entrar en la vida monacal, por consejo del Cardenal Gregorio Ostiense, se dedicó a arreglar caminos, a construir puentes y a levantar hospitales para alivio de los

peregrinos que se dirigían a Santiago de Compostela, a los cuales servía él mismo en persona. En esta abnegada ocupación no le faltaron alientos por parte de su compatriota y homónimo de Silos y de S. Juan de Ortega. Su residencia habitual estuvo en un pueblo a quien por su causa dieron su nombre de Domingo de la de la Calzada. Murió en 1109.

PLEGARIA. — ¡Cuánta fué tu humildad, oh Domingo y cuánta tu docilidad! Por eso la divina Sabiduría te enseñó donde se encuentra la verdadera santidad. Comprendiste que sirviendo a los huéspedes y peregrinos servías a Cristo que dijo: "Fuí huésped y me recibísteis." ¡Quién podrá contar el número de peregrinos que acojiste en los sesenta años que duró tu ministerio! Pide a Dios que España siga tus huellas y que de modo particular la Rioja se santifique con tus ejemplos y que conserve el ideal de vida cristiana que practicaste con tanta abnegación.

13 DE MAYO

SAN ROBERTO BELARMINO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

"Desde los orígenes de la Iglesia hasta nuestros días, la divina Providencia no ha cesado jamás de suscitar hombres ilustres por su ciencia y santidad, los cuales han conservado e interpretado las verdades de la fe católica y re-

chazado los ataques con que los herejes amenazaban a estas mismas verdades"[1]. Entre ellos brilla San Roberto Belarmino tan célebre por su enseñanza y sus obras de controversia, por su celo en reforma de la Iglesia, por las virtudes que practicó en grado heroico y de las cuales son acabada imagen sus tratados ascéticos.

La Iglesia en el siglo xvi. — La Iglesia en el siglo xvi atravesaba por una era de prueba. Una parte de Europa se había dejado arrastrar por la rebelión de Lutero. Guerras religiosas cubrían de sangre países que sometidos a la Santa Sede habían gozado, durante muchos siglos, del beneficio de la unidad. La teología católica parecía haber perdido algo de su vitalidad y de su influencia; en la disciplina eclesiástica se habían ido deslizando poco a poco algunos abusos, y Lutero declarando imposible la reforma de la Iglesia por el Papado, creaba una nueva teología so pretexto de devolver a los fieles la libertad de los hijos de Dios.

La defensa de la Iglesia. — Pero Cristo prometió estar con su Iglesia "todos los días hasta el fin de los siglos". Contra los falsos reformadores suscitó una pléyade de santos e ilustres doctores que defendieron la verdad y la santidad menospreciadas, San Roberto Belarmino apa-

[1] Pío XI, Letras Apostólicas "Providentissimus Deus" del 17 de septiembre de 1931.

rece en primera fila junto con San Pedro Canisio, su hermano de religión en la Compañía de Jesús.

El Teólogo. — En Lovaina, situada entre Alemania e Inglaterra protestantes, prosigue la enseñanza tradicional comentando la Suma de Santo Tomás que sabe adaptar con éxito a las necesidades de su época. Sobresale especialmente en la controversia. Recoge los testimonios de los Padres de los Concilios y del derecho de la Iglesia y defiende victoriosamente los dogmas atacados por los innovadores. En 1586 se publicaban por primera vez sus admirables *Controversias*. "En ellas, dice Pío XI, refuta de una manera decisiva los ataques lanzados por los Centuriadores de Magdeburgo cuyos tiros iban dirigidos a derribar la autoridad de la Iglesia mediante un uso engañoso de pruebas históricas y de testimonios de los Padres." Esta enseñanza provocó tanta alegría entre los católicos como ira en campo adverso, en el que Teodoro de Beza dirá hablando de las *Controversias*: "He aquí el libro que nos ha perdido." Muchos herejes, en efecto, encontraron en ellas la luz y volvieron a la verdadera fe; San Francisco de Sales decía que para sus predicaciones en Chablais, durante cinco años no había usado otros libros que la Biblia y las obras del gran Belarmino.

No le bastaba convencer de error a los herejes; quería además prevenir a los mismos fieles

contra su propaganda, y, con ese fin, compuso un Catecismo notable que él mismo enseñaba gustoso a los niños y a las gentes sencillas por muy importantes que fuesen sus ocupaciones. En los últimos años de su vida, escribió algunas notas espirituales, fruto de sus meditaciones y de sus retiros, las cuales forman cinco opúsculos ascéticos y nos revelan la hermosura de su alma. Un siglo antes el humanismo había alejado al hombre de su criador por el paganismo en que había sumido a las almas. Ciertas doctrinas de la teología protestante tendían a acentuar esta separación dando una idea falsa de la justicia divina y afirmando la teoría desesperante de la predestinación al infierno. Como su amigo, San Francisco de Sales, San Roberto se dedicó en dar a conocer la ternura de Dios. El amor es la base de su espiritualidad, nos inspira la confianza en ese Dios que es el Dios de la alegría y de la bondad, que llama al pecador a penitencia y desea infinitamente más que nosotros nuestra salvación. Hace a la virtud amable y fácil, persuadiéndonos que la santidad consiste sencillamente en el cumplimiento de la voluntad divina, en el deber de estado y en el abandono filial. En tiempo en que dominaba el sombrío pesimismo de Calvino, y en que los católicos mismos, por necesidad de reforma, se sentían inclinados a una mayor austeridad de vida—lo cual permitirá al jansenismo desenvolverse rapidísimamente—, tuvo el

valor de hacerse el apóstol de la bondad de Dios ya que tantos otros realzaban su justicia [1].

El Santo. — Se ha dicho con razón que San Roberto Belarmino recibió de Dios la triple vocación de enseñar a los fieles, alimentar la piedad de las almas fervorosas y confundir a los herejes. Se comprende que San Francisco de Sales le haya tenido por maestro y que Benedicto XV le haya propuesto como modelo de los que propagan y defienden la religión católica.

San Roberto fué verdaderamente modelo en los diferentes cargos que ocupó durante su larga carrera; simple religioso o provincial, profesor o director de conciencia, arzobispo o cardenal de Curia. Fué quien guió por los caminos de la santidad a San Luis Gonzaga; fué el consejero preferido por muchos Papas. Como arzobispo, se mostró escrupuloso observador de los decretos del Concilio de Trento; era fiel a la residencia, celoso de la predicación, de una caridad inagotable para con los pobres, cuidadoso en la formación de los jóvenes sacerdotes, en la dignidad del clero y hermosura del culto divino. Su austeridad de vida no se desmintió nunca. Incluso cuando fué elegido cardenal se atuvo a su resolución de no cambiar nada en el género de vida que llevaba en la Compañía de Jesús. Consagraba diariamente varias horas a la oración, ayu-

[1] Cfr. R. P. Monnier, Minard, S. Belarmino y S. Francisco de Sales, RAM, 1923, p. 225-42.

naba tres días por semana y hasta en los honores observó un método de vida muy modesto. No trató nunca de enriquecer a su familia y sólo tras muchas instancias se logró de él que ayudara a sus padres pobres. Sentía muy humildemente de sí mismo y era de una admirable sencillez de alma. Ponía todo su cuidado en no empañar con la más ligera falta la inocencia bautismal. Amaba, en fin, con amor filial, tierno y fuerte a la Santísima Virgen.

Todas sus virtudes brillaron con espléndido fulgor durante su última enfermedad. El Papa Gregorio XV y numerosos cardenales, temerosos ante el pensamiento de que un tal apoyo iba a faltar a la Iglesia acudieron a visitarle. Cuando murió, Roma entera le hizo magníficos funerales y con voz unánime le canonizó. Su cuerpo colocado en la iglesia de San Ignacio, junto a la tumba de San Luis Gonzaga, como lo había deseado él en vida, ha permanecido hasta nuestros días rodeado de la veneración de los fieles.

Vida. — San Roberto Belarmino, sobrino del Papa Marcelo II, nació en Montepulciano, cerca de Florencia, en 1542. Desde su juventud, mostró gran piedad y vivo deseo de apostolado. Ingresó a los 18 años en la Compañía de Jesús e hizo sus estudios en Roma, Florencia, Mondovi, Padua y Lovaina, donde fué ordenado de sacerdote y nombrado para una cátedra de teología. Pronto se le consideró como uno de los mejores teólogos de la cristiandad, y el Papa Gregorio XIII le llamó a Roma para confiarle los cursos de Controver-

sias en el Colegio romano donde llegó a tener hasta 2.000 estudiantes. Después de haber sido nombrado provincial de Nápoles, fué de nuevo llamado a Roma por Clemente VIII, quien le nombró consultor del Santo Oficio y después Cardenal. Consagrado obispo, se trasladó en 1602 al arzobispado de Capua, administrándole durante tres años, al cabo de los cuales renunció y volvió a Roma donde permaneció hasta su muerte, acaecida en 1629. Fué beatificado y canonizado por Pío XI que le nombró Doctor de la Iglesia.

PLEGARIA. — "Como lámpara ardiente puesta sobre el candelero para alumbrar a cuantos hay en la casa, iluminaste a los católicos y a aquellos que se perdían lejos de la Iglesia; como estrella en firmamento, con los rayos de tu ciencia tan vasta como profunda y con el esplendor de tus talentos trajiste a los hombres de buena voluntad la verdad a la que serviste siempre y por encima de todo. Primer apologista de tu tiempo y aún de tiempos posteriores te ganaste, por tu vigorosa defensa del dogma católico la admiración y la atención de todos los verdaderos servidores de Cristo"[1]. Ruega por nosotros que aprobamos los honores que Roma te ha tributado. Las necesidades de nuestra época son muy semejantes a los de la tuya: el amor de novedades seduce también a muchas almas y el racionalismo, hijo del protestantismo ha hecho disminuir las verdades entre nosotros. Apoya nuestra oración que pide a Dios en la colecta de la Misa

[1] Pío XI, op. cit.

un amor mayor de la verdad y el retorno de los descarriados a la unidad de la Iglesia.

Pastor celoso, obtén para la Iglesia sacerdotes y obispos que "abrasados como tú por el fuego de la caridad se gasten sin cesar por el bien de las almas y cuyos consejos y ejemplos les hagan correr con el corazón dilatado por el camino de los preceptos divinos"[1].

Enseña también a todos los fieles a estimar por encima de todo las verdades católicas del catecismo. Que este librito, por la perfección del cual tanto trabajaste, nos dé no sólo la ciencia necesaria para la salvación, sino que además nos introduzca en el camino de la perfección, siguiendo las huellas de ese humilde hermano converso, el Venerable Mariano de Rocca Casale, que supo beber su maravillosa sabiduría en su regla franciscana y en este tu pequeño manual,

Enséñanos sobre todo la práctica de los dos primeros mandamientos en los cuales se resume toda la ley. El amor de Dios dominó toda tu vida y la dió su armonía y grandeza. Ojalá conservemos siempre como tú, fija la mirada de nuestro corazón en Jesús crucificado y no veamos sino a El en la persona de nuestros hermanos. Inspíranos también los sentimientos de ternura que tú tenías para con la Virgen Inmaculada cuyo honor defendiste contra los herejes.

---

[1] Pío XI, op. cit.

14 DE MAYO

SAN BONIFACIO, MARTIR

El segundo bautismo.—El Apóstol de las Gentes, explicando el misterio de Pascua, nos enseña que el bautismo es la sepultura de nuestros pecados, de donde se levantan nuestras almas, gloriosas y radiantes de vida, siguiendo el ejemplo del Redentor. La fe católica nos enseña que quien da su vida por Cristo o por su Iglesia, lava en su propia sangre todas las manchas de su alma, y resucita a la vida eterna, obteniendo de este modo, por segunda vez, el privilegio del bautizado, aunque ya esté sellado con el caracter único e indestructible de la regeneración. Pues bien, en este día un pecador purificado por el martirio, bautizado de nuevo en su sangre, es admitido a compartir la gloria de los compañeros de Jesús resucitado. Se cuenta, que Bonifacio escandalizó a Roma con una mala vida; repentinamente oyó el llamamiento de la gracia divina, y sin volver la vista atrás, fué a colocarse en la primera fila de los atletas de Cristo, aspirando solamente a borrar a fuerza de tormentos, las manchas que por la voluptuosidad de la carne había contraído. Transformado por el dolor, brilla en este día ante los ojos de la cristiandad con resplandor sin igual, y viene a

engarzar en la diadema del triunfador una joya de inusitado fulgor.

VIDA. — San Bonifacio, nos dice la lección biográfica del Breviario, era un ciudadano romano de fines del s. III. Durante un viaje a Tarso presenció la entereza de los cristianos en medio de los suplicios que se les infligía, y se convirtió. Tuvo mucho que sufrir, y murió mártir en Tarso, el año 306. Las *Actas* escritas en época tardía son de carácter legendario.

LA ALEGRÍA DE LOS ANGELES. — Tu conversión, oh Bonifacio, causó a los espíritus celestiales una alegría mayor que la que ellos sienten por la perseverancia de los 99 justos: y aún se acrecentó más esta alegría cuando vieron que en ti el cielo, no sólo acogía a un penitente, sino a un mártir. Recibe las felicitaciones de la Santa Iglesia, que se gloría de tus victorias.

PLEGARIA. — Santo mártir, tén piedad de los pecadores a quienes la Pascua no ha llevado a los pies del Redentor. Ha sonado Aleluya y no se ha turbado el sueño de su pecado. Ruega, santo mártir, ruega para que se despierten, los momentos están contados; y ¡quién sabe si les será otorgado a estos muertos voluntarios ver levantarse otra Roma! Contigo rogamos, oh Bonifacio, por la resurrección de nuestros hermanos; nos armamos de esperanza en esta pacífica lucha contra la divina justicia que a menudo desea ser vencida por la oración. Apoya nuestras

súplicas con tu intercesión, y revivirán muchos de los que están muertos y los santos ángeles se regocijarán como tú por su conversión.

15 DE MAYO

SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, CONFESOR

MAESTRO DE LOS POBRES. — En compañía de León el Grande, de Atanasio, de Gregorio de Nacianzo, se coloca en el cortejo del vencedor de la muerte el maestro de los pobres, San Juan Bautista de la Salle y sin recelo alguno, porque el triunfador es siempre el mismo Jesús que decía en su vida mortal: "Dejad que los niños se acerquen a Mí"[1]; ese reino de los cielos, que, entrado ya en su gloria manifiesta tan plenamente en la tierra, su divina palabra no deja de reservarle *para quienes son semejantes a ellos*[2]. Y por el contrario, ¿a quién reserva sus más terribles iras el León de Judá, sino a los hombres escandalosos que conspiran para apartar de El a los niños con quienes forma su corte?[3].

No solamente a los grandes doctores de la ciencia, sino también al más humilde pedagogo cristiano se dirige la promesa de los Sagrados

1 *San Marcos,* X, 14.
2 *S. Mateo,* XVIII, 3.
3 *S. Mateo,* XVIII, 6.

Libros: "quienes enseñan la justicia a muchos, brillarán como estrellas por los siglos sin fin"[1]. El Pontífice Supremo al inscribir entre los bienaventurados al santo de hoy, afirma que el oráculo inspirado "se refiere de un modo especial a aquellos que, como El, han abandonado todo para consagrar su existencia a inculcar a los bautizados, desde la infancia, la doctrina evangélica y los preceptos que conducen a la vida"[2].

Verdadero discípulo del Hombre Dios, Juan Bautista se compenetró tan perfectamente con el pensamiento de su Señor que ningún renunciamiento le costó el seguirle, y ni sufrimientos, humillaciones o persecuciones impidieron el cumplimiento perseverante de su empresa de entrega y amor. Incomprendido durante su vida, criticado hasta en su lecho de muerte, ¿acaso es menos grande hoy día en el cielo?

VIDA. — Juan Bautista de la Salle nació en Reims, el 30 de abril de 1651. Estudiante de letras y filosofía, sus virtudes y espíritu de oración le granjearon la estima y admiración de sus compañeros. Canónigo de Reims, vino a París para estudiar teología y fué ordenado de sacerdote el 9 de abril de 1678. Viendo que los niños pobres estaban abandonados, su celo le inspiró la manera de fundar una nueva familia de religiosos que se dedicaran a la enseñanza. Les dió el nombre de Hermanos de las Escuelas cristianas. Esta obra le atra-

[1] Dan., XII, 3.
[2] Brev. de la Beatificación del Siervo de Dios.

jo muchas persecuciones. Habiendo dimitido de su cargo de superior, se dió todo entero a la oración y mortificación y murió en Rouen, el 7 de abril de 1719. Fué beatificado, y después canonizado por León XIII.

PLEGARIA. — "Oh Dios, que, para la formación cristiana de los pobres y la consolidación de la juventud en los caminos de la verdad, suscitaste al Santo Confesor Juan Bautista y por él formaste en la Iglesia una nueva familia; concédenos que por su intercesión y a imitación suya, ardiendo en el celo que procura tu gloria en la salvación de las almas, podamos compartir su corona en los cielos"[1].

Padre de las Escuelas Cristianas, tal es hoy la oración de la Iglesia en tu honor; tan confiada como si las pruebas de tu vida mortal hubiesen debido librar de otras a tus hijos; tan tranquila como si el porvenir de tu obra estuviera asegurado en adelante. Y sin embargo, ¿no se podría decir que tu glorificación suprema ha dado la señal del triunfo al infierno contra ti? Pero la Iglesia fortificada por la experiencia de xx siglos no se arredra ante las persecuciones, sabe que si el árbol ha sido plantado por Dios, el huracán no puede sino afianzar más sus raíces, que la casa construída sobre roca viva no la destruyen las lluvias y los vientos desencadenados[2]. Esperamos como la Iglesia, confiados

---

[1] Colecta de la Misa.
[2] *S. Mateo,* VII, 25.

en tus méritos e intercesión ante Dios. Aunque la ruina parezca consumada, el Rey de los perseguidos nos enseña en estos días, que la tumba misma, aunque fuese sellada con el sello de los poderes públicos no garantiza a la muerte sus conquistas.

EL MISMO DIA

SAN ISIDRO LABRADOR

El campo de Castilla quedó para siempre iluminado y fecundado por la paciencia, por la inocencia y por el trabajo de este héroe del *arado y de la azada* San Isidro, patrono de la capital de España. Fué un humilde trabajador de la villa de Madrid, poco después de haber sido conquistada a los moros por los reyes de Castilla.

Nació en 1081, según unos, otros hacia 1100, de padres piadosísimos que acertaron a inculcar en el corazón del niño el amor a Dios y a su bendita Madre, el amor al prójimo, la caridad en grado heroico y la humildad; se ignoran sus nombres, pero basta lo dicho para predicarlos dichosos y dignos de eterna memoria a los ojos de los hombres, y a los ojos de Dios. Cuando sembraba decía: "En nombre de Dios; esto para Dios, esto para nosotros, y esto para las hormigas." A los pobres daba el santo más de lo que podía; tenía siempre presentes los santos con-

sejos que el anciano y santo Tobías daba a su querido hijo: "Si tuvieres mucho, da abundantemente; y si poco, procura de aquello poco dar algo, de buena voluntad." Daba compasivo parte del grano a los pajaritos ateridos y hambrientos en invierno y jamás mermaron los sacos. No cultivaba su propio campo, sino el campo de su amo Juan de Vargas; pero aunque pobre no había nadie ni más alegre ni más feliz que él. María Toribia, su mujer, era también una santa; ambos eran compasivos con los más pobres que ellos, bienhechores con todos los desgraciados. Como él era generoso con sus compañeros Dios lo era con él. Un día que estaba acosado por la sed, una fuente de agua clara brotó junto a sus pies. Tuvo émulos que le acusaban a menudo ante su amo de abandonar el trabajo y descuidar la hacienda, y queriendo Juan de Vargas averiguar lo que pasaba, se escondió en lugar cercano al barbecho, y cuál no sería su asombro al encontrar que un angel labraba la tierra mientras su criado rezaba a la Virgen en una ermita cercana. Parece ser que varias veces y en diversos sitios cercanos a Madrid, hizo brotar agua para apagar la sed que devoraba a su amo que en tiempo caluroso se acercó a la besana; consérvase la ahijada con que hirió el suelo e hizo brotar el agua; la fuente perdura hoy y sana a los enfermos que con fe beben el agua.

Cayó su hijo en un hondo pozo y creyeron todos que se había matado. Al acercarse al brocal salió a flote la criatura como si nada le hubiera ocurrido; el niño sin embargo murió muy joven.

Falleció San Isidro, ya muy viejo, en 1172, dejando en España el ejemplo maravilloso de una vida pobre y laboriosa, y, al mismo tiempo iluminada por la alegría y ennoblecida por la santidad. Se ha conservado incorrupto su cuerpo, y Dios le ha defendido del furor de los marxistas.

Distinguióle el cielo después de muerto con el don de milagros; sólo referiremos que sacó de la agonía sano y salvo al Rey Felipe III, quien agradecido suplicó la beatificación de San Isidro y Paulo V publicó la Bula en 1619. Felipe IV puso empeño en que el Papa le canonizase solemnemente, lo que efectuó el 22 de marzo de 1622, junto con los insignes santos Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Santa Teresa de Jesús y San Felipe Neri.

¡Amable santo! Dios ha exaltado en ti la vida inocente, pacífica, trabajadora, abnegada, henchida de espíritu de fe y de amor de la gente hispana labradora, mira desde el cielo a tantos miles y millones que siguen animosos tus huellas, bendice sus empresas, alegra sus hogares y hazles comprender que son, si de verdad lo quieren, los *verdaderos reyes* de la naturaleza que nos rodea, que nos sustenta. Sirva de templo

espléndido a los labriegos el ancho cielo estrellado por la noche, y por el día la redondez de la tierra toda, con todas sus maravillas, todo ello iluminado por el astro rey y presidido por el hombre constituído por Hacedor Supremo, Rey universal de todo lo visible, en espera de escalar un día las esferas de lo invisible.

16 DE MAYO

SAN UBALDO, OBISPO Y CONFESOR

PROTECTOR CONTRA EL DEMONIO. — Para honrar a su Pontífice eterno, la Santa Iglesia le presenta en este día los méritos de un Pontífice mortal aquí abajo, pero que ha logrado ya, después de esta vida, las dotes de la feliz inmortalidad. Ubaldo representó a Cristo en la tierra; como su divino Jefe recibió la sagrada unción, fué mediador entre el cielo y la tierra, pastor del rebaño y ahora está unido a nuestro glorioso resucitado, Cristo, Mediador y Pastor. En señal del favor de que goza en el cielo junto a El, el Hijo de Dios confió a Ubaldo el poder especial de luchar eficazmente contra los enemigos infernales que algunas veces tienden a los hombres tan crueles emboscadas. Frecuentemente la invocación del Santo Obispo y de sus méritos bastó para deshacer las maquinaciones de los

espíritus malignos; y con el fin de animar a los fieles a recurrir a su protección, la Iglesia le ha admitido en la categoría de los santos cuya devoción recomienda de modo especial.

VIDA. — Ubaldo nació en Gubbio. Una vez ordenado de sacerdote distribuyó sus riquezas a los pobres y entró en los canónigos regulares de San Agustín, donde restableció la observancia y el fervor. En 1128, a pesar de su oposición, fué consagrado obispo de Perusa por el Papa Honorio III. Su santidad y bondad le hicieron ser amado por todos, sus mortificaciones fueron estremas y su caridad sin límites. Aplacó una sublevación y protegió su ciudad amenazada por los soldados de Federico Barbarroja. En sus últimos años fué probado por una dolorosa enfermedad: murió el 16 de mayo de 1160. Celestino III le canonizó en 1192.

PLEGARIA. — Sé nuestro protector contra el infierno, oh Santo Pontífice. La envidia del demonio no ha podido sufrir que el hombre, esta humilde y deleznable criatura, haya llegado a ser el objeto de las complacencias del Altísimo. La Encarnación del Hijo de Dios, y muerte sobre la Cruz, su Resurrección, los divinos Sacramentos que nos confieren la vida del cielo, todos los medios con cuya ayuda la bondad de Dios nos ha restablecido en nuestros primeros derechos, han excitado hasta el colmo el odio de este antiguo enemigo y busca vengarse insultando la imagen de nuestro Creador en nosotros. Algunas veces se arroja contra el hombre con todas sus iras; por una afrentosa parodia de la gra-

cia santificante, que hace de nosotros como los instrumentos de Dios, invade su cuerpo y se apodera de los hombres, nuestros hermanos, y los reduce a la más humillante esclavitud. Tu poder, oh Ubaldo, se ha manifestado frecuentemente en el rescate de estas víctimas desgraciadas de la envidia infernal; y la Santa Iglesia celebra en este día la prerrogativa especial que el Señor te ha confiado. Con tu caridad totalmente celestial, continúa protegiendo a los hombres contra la envidia de los demonios; pero sabes, oh Santo Pontífice, que los lazos de estos espíritus del mal son más fatales aún a las almas que a los cuerpos. Tén, pues, piedad, también de los desgraciados esclavos del pecado, sobre los cuales ha aparecido el divino sol de Pascua sin disipar sus tinieblas. Haz que vuelvan a ser hijos de luz y que pronto tengan parte en esta resurrección pascual cuya garantía nos ha dado Jesús.

17 DE MAYO

SAN PASCUAL BAILON, CONFESOR

PASTOR Y HERMANO LEGO. — San Francisco de Asís no podía menos de comisionar a algunos de sus hijos ante su Maestro resucitado. Hoy le presenta a uno de los más humildes e ignorados del mundo. Pascual Bailón es el hijo de la vida pas-

toril: guardando su rebaño encontró a Nuestro Señor Jesucristo. El atractivo de la contemplación se manifestó en él; y en su deseo de acercarse más junto a su Creador quiso seguirle hasta la más sublime perfección. Codició como un tesoro la humildad del Hombre-Dios, su vida pobre y dolorosa; y se dirigió al claustro franciscano. Floreció como árbol del cielo en esta bendita tierra, y todo el mundo oyó hablar del humilde hermano lego que acogió un oscuro convento español. La Iglesia nos le presenta en este día radiante, contemplando el triunfo de su Maestro. Anduvo con Jesús por el camino de la humillación, y de la cruz; ¿no es justo que tome parte también en la victoria de este divino Jefe? ¿No estaba presente en la mente del Redentor cuando decía: "A los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas, mi Padre os prepara un reino donde comeréis y beberéis conmigo en mi mesa, y ocuparéis los tronos para juzgar las doce tribus de Israel?"[1]

VIDA.—Pascual Bailón nació en 1540 en Torre-Hermosa (Aragón). Desde su juventud, sobresalió por su inocencia, su atractivo hacia la contemplación y su amor a la Santísima Virgen. En el 1564 entró en la Orden de Menores de la Estricta Observancia, como hermano lego. No se preocupó más que de humillarse continuamente, practicar grandes mortificaciones y pasarse delante del Santísimo Sacramento todo el tiempo libre. De aquí sacó la profunda ciencia que le permitió

[1] *S. Lucas.*, XXII, 28-30.

refutar a los herejes y hablar sabiamente de los misterios de nuestra fe. Murió el 17 de mayo de 1592, fué beatificado por Paulo V, en 1618, canonizado en 1690, por Alejandro VIII. León XIII, en el 1897, le proclamó Patrón de los Congresos Eucarísticos.

ALABANZA Y PLEGARIA. — Los cielos están abiertos para recibirte, oh Pascual. Desde aquí el ardor de tu contemplación te hizo frecuentemente presentir las delicias de la eternidad; pero hoy todos los velos se han descorrido y contemplas para siempre a quien tanto habías deseado. Ya no tienes que unirte a El por el sufrimiento y humillación; te invito a participar en su gloria, su felicidad, su victoria. Dígnate tender un mirada sobre nosotros que tenemos la prontitud que tuviste tú en seguir los pasos del Redentor y, que no poseemos aún más que la esperanza de unirnos a El en su eternidad. Fortalece nuestra debilidad, alcánzanos el amor que hace ir derecho a Jesús, que pasa por encima de los obstáculos de la carne y de la sangre y pone al hombre en una perfecta conformidad con su divino modelo. Haznos aspirar a la transformación en Jesús Resucitado, que nunca más podrá morir. Las arras de esta transformación están ya en nosotros por la comunión en el misterio pascual: complétense por nuestra fidelidad en mostrarnos junto a nuestro Jefe triunfador, si nos deja aún en el valle de lágrimas; su vista nos sigue, su amor desea ver-

nos fieles; un poco más de tiempo y se manifestará. "He aquí que vengo pronto, guarda bien lo que has recibido, estoy a la puerta y llamo. El que oiga mi voz y me abra la puerta, entrará a El y cenará con él y él conmigo"[1]. Así la Pascua temporal se convertirá en la Pascua eterna. Ruega para que a imitación tuya guardemos bien lo que ya poseemos por la gracia de Jesús resucitado.

18 DE MAYO

SAN VENANCIO, MARTIR

El mártir de este día nos traslada a las persecuciones de los emperadores romanos. Su testimonio le dió en Italia; y la devoción que le tributa la población de Camerino, en otro tiempo sometida al poder temporal del Pontífice romano, obtuvo que su fiesta se celebrase en toda la Iglesia. Acojamos, pues, con alegría a este nuevo campeón del Emmanuel, y felicitémosle por haber sufrido lealmente el combate en estos días del tiempo pascual, tan jubiloso por la victoria que la vida ganó sobre la muerte.

VIDA. — Acerca de San Venancio, sólo dos *Actas* completamente legendarias[2] nos dan algunas noticias. Sus reliquias llevadas a Camerino en el 1259, fueron

[1] *Apoc.*, III, 20.
[2] *Anal. Boll.*, XVI, p. 490-497.

objeto de un culto tal que Boronio introdujo su nombre el martirologio romano y Clemente X su oficio en el Breviario. Según la leyenda, a la edad de quince años se presentó ante Antíoco para proclamar su fe cristiana, y después de varios tormentos, se le cortó la cabeza.

PLEGARIA. — Ruega por nosotros, Santo Mártir, a quien los santos ángeles armaron y ayudaron en la lucha. Como tú nosotros somos soldados de Jesús resucitado y como tú estamos llamados a dar testimonio de su divinidad y sus derechos ante el mundo. Si el mundo no está siempre armado de instrumentos torturadores como en los días de tu lucha, no es menos temible por sus seducciones. También querrá arrebatarnos a nosotros de nuevo la vida que Jesús ha comunicado a sus miembros: defiéndenos de sus asechanzas. La carne del Cordero que te alimentó en los días de la Pascua, y la energía que se manifestó en ti se debe a la gloria de este celestial manjar. Estamos sentados a la misma mesa, cuida de todos los comensales del festín pascual. Como tú, hemos conocido al Señor en la fracción del pan [1]; alcánzanos el conocimiento de este celestial misterio cuyas primicias recibimos en Belén y que se ha desarrollado ante nuestra vista y en nosotros mismos por los méritos de la Pasión y de la Resurrección de nuestro Emmanuel.

[1] *S. Lucas*, XXIV, 35.

Otras maravillas nos esperan; no dejaremos el tiempo pascual sin haber sido iniciados en la plenitud del don divino de la Encarnación. Haz, oh tú santo mártir, que nuestros corazones se abran más y más, y que guarden fielmente los tesoros que los augustos misterios de la Ascensión y de Pentecostés deben derramar en ellos.

19 DE MAYO

SAN PEDRO CELESTINO V, PAPA

LA HUMILDAD DE UN PAPA. — Al lado de León, Doctor ilustre, Jesús resucitado llama en este día al humilde Pedro Celestino, Pontífice Supremo como León, pero apenas elevado a la cátedra apostólica, descendió de ella para volver al desierto. Entre tantos héroes como hay en la serie de los Pontífices romanos, debía encontrarse alguno que representase más especialmente la noble virtud de la humildad; y Pedro Celestino es a quien la gracia divina ha otorgado este honor. Arrancado del remanso de su soledad para ser elevado al trono de San Pedro y tener en sus manos temblorosas las llaves que abren y cierran las puertas del cielo, el santo ermitaño miró en torno a sí; consideró las necesidades del rebaño de Cristo y examinó después su propia debilidad. Agobiado por la res-

ponsabilidad que abarca a toda la raza humana, se juzgó incapaz de soportar por más tiempo semejante carga; depuso la tiara e imploró el favor de ocultarse en su querida soledad. De la misma manera, Cristo su Maestro, ocultó su gloria primeramente en la oscuridad de 30 años, más tarde bajo la sangrienta tempestad de su Pasión y bajo las sombras del sepulcro. Los resplandores de la Pascua han disipado completamente estas tinieblas y el vencedor de la muerte se ha manifestado en todo su esplendor. Pero quiere que sus miembros participen de su triunfo y que la gloria con que brillarán eternamente estén como la suya en proporción con sus esfuerzos en humillarse en esta vida mortal. ¿Qué lengua podrá describir la aureola que circunda la frente de Pedro Celestino, en pago de la oscuridad en que buscó el olvido de los hombres con más ardor que otros buscan su estima y admiración? Grande en el trono Pontificio, mayor en el desierto, su grandeza en los cielos sobrepasa todos nuestros pensamientos.

VIDA. — Pedro nació en Isernia, en los Abruzzos, en 1210. Muy joven abrazó la vida monástica, después se retiró a la soledad para vivir como ermitaño. No tardaron en presentársele discípulos y fundó una nueva congregación monástica bajo la regla de San Benito. Estando vacante el trono pontificio durante dos años, los cardenales eligieron a Pedro para reemplazar a Nicolás IV. Fué coronado y consagrado el 29 de agosto de 1294 y tomó el nombre de Celestino. Mas pronto

aplanado por las responsabilidades de su cargo, dimitió la dignidad suprema y se volvió a su soledad. Murió poco después el 19 de mayo de 1296. Los milagros obrados en su sepulcro manifestaron su santidad y el 5 de marzo de 1313. Clemente V le canonizó en Avignón. Su familia religiosa ha conservado su nombre de Papa y constituye la Congregación de los Celestinos.

Alabanza. — Oh Celestino, has logrado el objeto de tu ambición y te ha sido concedido descender de las gradas del trono apostólico y volver a entrar en la calma de esta vida oculta que durante tanto tiempo había constituído tus delicias. Gozas de los encantos de la soledad que tanto amaste; ella te es devuelta con todos los tesoros de la contemplación en el secreto del trato íntimo con Dios. Cuando llegue la hora, la cruz, que has preferido a todas las cosas, se levantará luminosa en la puerta de tu celda invitándote a participar en el triunfo pascual de quien descendió del cielo para enseñarte que el que se humilla será ensalzado. Tu nombre, oh Celestino, brillará hasta el último día del mundo en la lista de los Pontífices romanos. Y, tú eres uno de los anillos de esta cadena que une la Iglesia a Jesús, su fundador y su Esposo; pero te está reservada una gloria mayor, la de hacer cortejo al Cristo divino resucitado. La Iglesia, que se inclinó durante algún tiempo ante ti, mientras tenías las llaves de Pedro, después de algunos siglos te tributa y te tributará hasta el

último día el homenaje de su culto, porque reconoce en ti uno de los elegidos de Dios, uno de los príncipes de la corte celestial.

PLEGARIA. — Oh Celestino, nosotros también estamos llamados a subir donde tú estás para contemplar eternamente como tú el más bello de los hijos de los hombres, al vencedor de la muerte y del infierno. Pero solamente puede conducirnos un camino: el que tú mismo seguiste, el de la humildad. Fortifica en nosotros esta virtud, oh Celestino, y enciende el deseo en nuestros corazones. Sustituye el desprecio de nosotros en lugar de la estima que muy frecuentemente tenemos la desgracia de tributarnos. Danos el desprecio de nosotros mismos. Vuélvenos indiferentes a toda gloria mundana, firmes y alegres en las humillaciones, para que habiendo bebido el agua del torrente", como Jesús, nuestro Maestro, podamos un día "levantar la cabeza"[1] como él y con él y rodear eternamente el trono de nuestro común Redentor.

EL MISMO DIA

SANTA PUDENCIANA, VIRGEN

Hacia el año 150, el Papa Pío I, levantó una iglesia en la casa que le ofreció un romano rico,

[1] *Ps.*, CIX, 7.

llamado Pudente, perteneciente sin duda a la familia de uno de los amigos de San Pablo [1]. Tradiciones muy antiguas aseguran que San Pedro habitó en esta casa. La iglesia de Pudente guarda de esta manera el recuerdo de los dos grandes apóstoles. Es una de las más antiguas y venerables de Roma, lugar de Estación y tilo cardenalicio.

Como se la llamó desde sus orígenes Iglesia Pudenciana, se le ha relacionado con el nombre de Santa Pudenciana, cuyo sepulcro se encuentra en el cementerio de Priscila, y se ha terminado por admitir comúnmente que la iglesia estaba dedicada a ella, la cual da a conocer a esta santa, cuya historia, por otra parte, no es desconocida [2].

Santa Pudenciana no es festejada con misa propia; el misal romano le atribuye la tercera misa del Común de Vírgenes, con el Evangelio de las vírgenes prudentes y de las vírgenes fatuas; su oración es la de esta misa.

Escúchanos oh Dios Salvador nuestro, para que, gozosos de la fiesta de tu bienaventuranda virgen Pudenciana, estemos animados hacia ti con sentimientos de tierna devoción. Por Jesucristo, Señor nuestro. Amén.

---

[1] *II Tim.*, IV, 21.

[2] Sus Actas son por completo legendarias: *Acta Sanctorum*, Martirologium Romanum, 1940, p. 107. *Analecta Bollandiana*, LIV, p. 272.

20 DE MAYO

SAN BERNARDINO DE SENA, CONFESOR

EL SANTO NOMBRE DE JESÚS. — En otra estación del año litúrgico, cuando ofrecimos nuestros homenajes y anhelos junto a la cuna del Niño divino, se consagró uno de los días a celebrar la gloria y saborear la dulzura de su nombre. La Santa Iglesia salta de alegría al pronunciar este nombre que su celeste Esposo eligió desde toda eternidad; y el género humano respira con confianza pensando que el Dios supremo que podría llamarse el Justo y el Vengador, desea más bien, ser llamado en adelante *Salvador*. Bernardino de Sena, a quien festejamos en este día, se nos manifestó por entonces llevando en sus manos y ofreciendo a la consideración de los hombres este bendito nombre rodeado de luz. Invitaba al mundo entero a venerar con amor y confianza este sagrado nombre en el que se revela divinamente toda la economía de nuestra salvación.

La Iglesia agradecida acepta esta señal: alienta a sus fieles a recibir de las manos del hombre Dios escudo tan poderoso contra los dardos del espíritu de las tinieblas, a estimar sobre todo un nombre que nos enseña hasta qué extremo ha amado Dios al mundo: por fin cuando el santo nombre de Jesús hubo conquistado por

su adorable belleza todos los corazones cristianos, le dedicó una de las solemnidades del Tiempo de Navidad.

En este día ha reaparecido el noble hijo de San Francisco, y sus manos tienen siempre el glorioso retrato del nombre sagrado. Mas ya no es el nombre profético del Niño recién nacido, el que la Virgen repetía con ternura y respeto, inclinada sobre su cuna: es un nombre que resuena con mayor estrépito que las tormentas, es el trofeo de las más brillantes victorias, es la profecía cumplida en toda su plenitud. El nombre de Jesús indicaba al género humano un Salvador: Jesús ha salvado al género humano muriendo y resucitando por él; ahora es Jesús en el pleno sentido de la palabra. Recorred la tierra y decidnos en qué lugar no es conocido este nombre: decidnos qué otro nombre ha congregado a los hombres en una sola familia.

Los príncipes de la Sinagoga quisieron detener el empuje de este victorioso nombre, y destruirle en Jerusalén: dijeron a los apóstoles: "Os prohibimos la enseñanza de este nombre"[1]. Y para respuesta, Pedro pronunció esta enérgica sentencia, que resume toda la fortaleza de la Iglesia: "Mejor es obedecer a Dios que a los hombres." Pero fué como si hubieran intentado tratar de detener el sol en su curso; y cuando el poder romano se impuso el deber de poner obs-

[1] *Hechos*, V, 28.

táculos por medio de sus edictos al progreso triunfal de este nombre, ante el cual toda rodilla debe inclinarse, se vió reducido a la impotencia. Al cabo de tres siglos el nombre de Jesús se extendía por todo el mundo romano.

Predicador del nombre de Jesús. — Armado con este nombre sagrado, Bernardino recorrió en el siglo xv las ciudades de Italia, en luchas unas contra otras, y frecuentemente divididas hasta en su interior. El nombre de Jesús en sus manos se convierte en el arco iris de la paz. En todos los lugares donde Bernardino enarbola este símbolo, toda rodilla se inclina, el corazón herido y rencoroso se aplaca, el pecador corre a las fuentes del perdón. Las tres letras que representan este nombre siempre bendito debían llegar a serles familiares a todos los fieles: se las esculpía, se las gravaba, y se las pintaba en todas las partes: y la catolicidad lograba una nueva expresión de su religión y de su amor hacia el Salvador de los hombres.

Bernardino Predicador inspirado, ha dejado numerosos escritos que le declararon doctor de primer orden en la ciencia divina. Nos hubiera gustado, si el espacio nos lo hubiese permitido, dejarle exponer aquí las grandezas del misterio de la Pascua: permitámosle, por lo menos, expresar su pensamiento sobre la aparición del Salvador resucitado a su Santa Madre. El lector católico verá con alegría la unión doctrinal que

reina en esta materia tan importante entre la escuela franciscana representada por San Bernardino, y la escuela dominicana cuyo testimonio reproducimos en la fiesta de San Vicente Ferrer.

La aparición de Jesús a María. — "Del hecho que la historia evangélica no dé ningún detalle acerca de la visita que Cristo hizo a su Madre para consolarla, después de resucitado, no se puede deducir que el misericordiosísimo Jesús, fuente de toda gracia y consuelo tan solícito en alegrar a los suyos con su presencia, hubiera olvidado a su Madre, que sabía habría estado totalmente embargada por las amarguras de su Pasión. Pero plugo a la providencia de Dios no manifestarnos esta particularidad en el texto del Evangelio por tres razones:

"*En primer lugar, por causa de la firmeza de la fe que tenía María.*" La certeza que tenía la Virgen Madre de la Resurrección de su Hijo no fué quebrantada en nada, ni aún por la más leve duda. Cosa fácil es de creer, si se reflexiona sobre la gracia particularísima de la que fué llena la Madre de Cristo Dios, Reina de los Angeles, Señora del universo. El silencio de la Escritura sobre esta materia dice más a las almas iluminadas que la misma declaración. Hemos tratado de conocer a María desde la visita del Angel, en el momento en que el Espíritu Santo la cubre con su sombra: la hemos encontrado al pie de

la cruz, Madre de dolores presente junto a su Hijo moribundo. Si, pues, el Apóstol pudo decir: "En proporción a la parte que hubiereis tenido en los sufrimientos participaréis en las consolaciones"[1]; calculad según esto, la medida en que la Virgen Madre debió de ser asociada a las alegrías de la Resurrección. Se debe, pues, estar cierto de que su dulcísimo Hijo resucitado la consoló antes que a los demás. Esto es lo que la Iglesia parece querer indicar al celebrar en Santa María la Mayor la Estación del día de Pascua. De otro modo, si porque los evangelistas no dicen nada, queréis concluir que su Hijo resucitado no se apareció primeramente a Ella, sería necesario proseguir hasta afirmar que no se la apareció nunca, puesto que los mismos Evangelistas, en sus diversas apariciones que relatan no señalan ninguna que se refiere a Ella. Semejante conclusión sería impía.

"*En segundo lugar, el silencio del Evangelio se explica por la infidelidad de los hombres.* El fin del Espíritu Santo al inspirar los Evangelios, fué describir las apariciones que podían quitar toda duda a los hombres carnales acerca de la creencia en la Resurrección de Cristo. Su categoría de Madre hubiera sido más débil a sus ojos el testimonio de María: por esta razón no fué alegado, aunque seguramente no pudo haber entre todos los seres nacidos o por nacer ninguna cria-

[1] *II Cor.*, I, 7.

tura, si se exceptúa la humanidad de su Hijo cuya afirmación merezca con mayor motivo ser admitida por toda alma verdaderamente piadosa. Pero era necesario que el texto evangélico no nos relatase más que testimonios que pudiesen ser dichos en presencia de todo el mundo: en cuanto a la aparición de Jesús a su Madre, el Espíritu Santo la ha reservado para quienes son iluminados por su luz.

"*En tercer lugar, este silencio se explica por la sublimidad misma de la aparición.* Después de la Resurrección, los Evangelios no dicen nada acerca de la Madre de Cristo, porque sus tiernas relaciones con su Hijo fueron en adelante tan sublimes, tan inefables que no había términos en qué expresarlas. Existen dos clases de visión: una, puramente corporal y relativamente imperfecta; otra, que tiene su sede principal en el alma y es propia de las almas ya transformadas. Admitid, si queréis que Magdalena participó antes que los demás en la visión puramente corporal, puesto que reconocéis que la Virgen vió antes que ella, y de una manera más sublime a su Hijo resucitado; que le reconoció y disfrutó la primera de sus deliciosos amores en su alma más aún que en su cuerpo[1]."

VIDA. — Bernardino nació cerca de Sena en el 1380. Transcurrió su juventud en intensa piedad y en perfecta inocencia, unida a una gran generosidad hacia

[1] Sermón LII para el día de la Resurrección, a. III.

los pobres y enfermos. En el 1402 ingresó en los Hermanos Menores. Dos años después recibió el sacerdocio y empezó la larga carrera de predicaciones que le obligará a recorrer toda Italia. Gracias al nombre de Jesús, por el ejemplo de su piedad y de sus virtudes, por el brillo de sus milagros, convirtió a muchas almas, terminó por aplacar las discordias civiles y se le puede considerar como precursor de la reforma que realizaron más tarde los concilios de Letrán y Trento. Murió en Aquila el 20 de mayo de 1444 y fué canonizado seis años después por el Papa Nicolás V.

GLORIA DEL NOMBRE DE JESÚS. — ¡Qué bellos son, oh Bernardino, los rayos que forman la aureola del Nombre de Jesús! ¡Qué dulce es su luz, cuando el Hijo de Dios recibe este nombre salvador el octavo día de su nacimiento! ¿Pero qué ojo mortal podrá soportar su esplendor cuando obre nuestra salvación no ya en la humildad y en el sufrimiento sino en el triunfo de su Resurrección? En medio de los resplandores personales del Nombre de Jesús apareces tú, oh Bernardino; el nombre que amaste y glorificaste te asocia en adelante a su victoria. Extiende, pues, ahora sobre nosotros, más copiosamente que lo hiciste sobre la tierra, los tesoros de amor, admiración y esperanza cuya fuente es este divino Nombre y purificad los ojos de nuestra alma, para que un día podamos contemplar contigo sus magnificencias.

PLEGARIA. — Ilustre hijo del Gran Patriarca de Asís, la Orden Seráfica te venera como una de

sus principales columnas; hiciste revivir en su seno la primitiva observancia: continúa desde lo alto del cielo protegiendo la obra empezada por ti aquí. La familia de San Francisco es uno de los más firmes baluartes de la Santa Iglesia, haz que siempre florezca, sosténla en las tempestades, auméntala en proporción de las necesidades del pueblo fiel, porque eres el segundo Padre de esta sagrada familia y tus súplicas son poderosas ante el Redentor cuyo nombre glorioso publicaste en la tierra.

24 DE MAYO

MARIA AUXILIADORA

MARÍA EN EL TIEMPO PASCUAL. — Desde que entramos en las alegrías del tiempo pascual, el cielo litúrgico nos ha presentado diariamente nuevos nombres y nuevas glorias que honrar, nombres y glorias refulgentes con los resplandores del sol de Pascua. Sin embargo de eso, ninguna fiesta consagrada a María ha alegrado todavía nuestros corazones recordándonos algunos de los misterios o grandezas de esta augusta reina. Parece que la Iglesia quiere honrar con silencio respetuoso los cuarenta días en los que María, después de tantas angustias, descansa con la posesión de su hijo resucitado. Al meditar el misterio pascual en el curso de este período debemos procurar no aislar nunca al Hijo de la Ma-

dre y así estaremos en la verdad. Jesús durante estos cuarenta días se manifiesta con frecuencia en sus discípulos débiles y pecadores ¿puede separarse un instante de la Madre en vísperas de la nueva y última prueba que debe sufrir al abrirse las puertas del cielo para recibir a su Hijo? A menudo Jesús se le aparece y la hace objeto de su ternura filial, pero en el intervalo de estas visitas no la abandona; no sólo su recuerdo sino que su misma presencia permanece en el alma de María con todo el encanto de una íntima e inefable posesión.

¡Ninguna fiesta hubiera podido expresar tal misterio! Con todo eso, el Espíritu Santo que sigue los sentimientos de la Iglesia, ha hecho nacer en los corazones de los fieles la idea de tributar homenajes especiales a María, durante el mes de mayo, en que transcurre el tiempo Pascual. No hay duda que favorables circunstancias han ayudado a la piedad a concebir la hermosa idea de consagrar el mes de mayo a María, pero si tenemos en cuenta la influencia celestial y misteriosa que guía todo en la Iglesia, comprenderemos que existe en el fondo de esta determinación, una intención divina de unir a las alegrías maternales de que está repleto en estos días el corazón inmaculado de María, la alegría de que gozan los corazones de sus hijos terrenos, durante todos los días de este mes consagrado a celebrar sus grandezas y misericordias.

La fiesta de este día. — Hoy se celebra una fiesta en honor de María, fiesta que no está inscrita en el calendario universal de la Iglesia, pero que está tan extendida con el consentimiento de la Santa Sede, que el presente *Año Litúrgico* quedaría como incompleto si no la hubiéramos concedido un sitio. Su finalidad es honrar a la Madre de Dios con el título de *Socorro de los Cristianos;* nombre por lo demás muy merecido por los incesantes favores que esta todopoderosa Auxiliadora ha prodigado a la cristiandad. Desde que el Espíritu Santo descendió sobre María en el Cenáculo para que comenzara a ejercer en la Iglesia militante su poder de Reina, hasta las últimas horas de la duración de este mundo, ¿quién será capaz de contar todas las veces que ejerció y ejercerá su influjo bienhechor en la herencia de su Hijo?

Se elevaron las herejías unas tras otras, sostenidas por el lazo de los poderosos de la tierra pareciendo que iban a devorar la raza de los fieles; pero cayeron sucesivamente unas y otras aniquiladas por completo y la Iglesia nos enseña que, gracias al fuerte apoyo de María, ha salido siempre triunfante en esas ocasiones. Si, a veces, el progreso de la Iglesia ha sufrido obstáculos por escándalos inauditos o por tiranías indecibles, el brazo siempre armado de nuestra invicta Reina ha abierto el camino y la Esposa del Redentor ha ido libre y arrogante dejando

tras sí sus grillos quebrados y sus enemigos vencidos. Al considerar tales maravillas el gran San Pío V después de la victoria de Lepanto, en que nuestra augusta triunfadora aniquiló para siempre el poder naval de los turcos, juzgó que era el momento propicio de poner en las Letanías de la Santísima Virgen, al fin de otros títulos con que la Iglesia la saluda, el de *Auxilio de los cristianos*, AUXILIUM CHRISTIANORUM.

REGRESO DE PÍO VII A ROMA. — Estaba reservado a Pío VII ensalzar más este hermoso título y hacer objeto de una fiesta conmemorativa de todos los auxilios que María se ha dignado conceder a la cristiandad en todas las épocas. No pudo ser escogido mejor. El 24 de mayo de 1814 entró en Roma aclamado por todo el pueblo. Viene después de un cautiverio de cinco años en los que el gobierno de la Iglesia estuvo enteramente suspendido. Las potencias coaligadas contra su opresor no tuvieron el honor de quebrar sus hierros, aquél mismo que le tenía alejado de Roma le dejó en libertad de volver en los últimos meses del año precedente. Mas el Pontífice prefirió escoger su tiempo y hasta el 25 de enero no abandonó Fontainebleau. Roma en la que va a volver a entrar había sido unida al imperio francés cinco años antes por un decreto en que se leía el nombre de Carlomagno; ella, la ciudad de San Pedro, se vió convertida en capi-

tal de provincia presidida por un gobernador y como para borrar para siempre el recuerdo de la que fué la ciudad de los Papas, su nombre fué dado en título al presunto heredero de la corona imperial de Francia.

¡Dichoso aquél 24 de mayo que brilló con la vuelta triunfal del Pontífice como Pastor y Soberano de esta sagrada ciudad, de la que había sido sacado de noche por los soldados! En su camino se encontró con los ejércitos y Europa reconoció sus derechos. Este es superior en antigüedad y dignidad al de todos los reyes; y todos sin distinción de herejes, cismáticos y católicos lo reconocerán claramente.

Todo esto no nos revela por completo el alcance del prodigio que la todopoderosa Auxiliadora se dignó obrar. Para comprenderlo tal cual es, es necesario tener en cuenta que el testigo de esta maravilla es el siglo XIX; y tiene lugar en aquellos años durante los cuales sufría aún el yugo destructor del volterianismo, en los que aún vivían por doquier los culpables y cómplices de todos crímenes e impiedades que fueron como el coronamiento del siglo XVIII. Todo se oponía a un resultado tan feliz e inesperado; la conciencia católica aún no se había despertado como ocurrió algún tiempo después; la intervención del cielo iba a manifestarse directamente; y para manifestarlo ante la cristiandad, Roma consagró en honor de María, *Auxilio de*

los Cristianos, el día 24 de mayo de todos los años.

Restauración del Trono Pontificio. — Tratemos de comprender ahora el pensamiento divino en la doble restauración que Cristo efectuó por mediación de su augusta madre. Pío VII que había sido arrebatado de Roma y destronado vuelve a Roma *como Papa y como Soberano temporal.* En las fiestas de la Cátedra de San Pedro en Roma y en Antioquía vimos que según la doctrina de la Iglesia la transmisión de los derechos conferidos por Cristo a San Pedro va aneja a la dignidad de Obispo de Roma. Por consiguiente el residir en la ciudad de Roma constituye un derecho al mismo tiempo que un deber del sucesor de San Pedro, salvo el caso en que juzgara en su prudencia de ver abandonarla durante algún tiempo. Se opone, pues, a la divina voluntad el que, por medio de la fuerza, retiene al Sumo Pontífice fuera de Roma o le impide residir en ella; el pastor debe habitar en medio de su rebaño; y siendo la Iglesia de Roma la elegida por por Cristo entre todas las iglesias del mundo, éstas tienen derecho a encontrar en Roma, destinada a tanto honor desde el principio, a quien es al mismo tiempo doctor infalible de la fe y principio de todo poder espiritual. *El primer, beneficio, pues, que debemos a María en este día es haber restituido el Esposo a la Esposa y ha-*

ber vuelto a sus circunstancias normales el supremo gobierno de la Santa Iglesia.

El segundo, haber otorgado otra vez al Papa la posesión del poder temporal que constituye la garantía más firme de su independencia en el ejercicio del poder espiritual. La historia nos cuenta hechos lamentables que, de una vez para siempre, demostraron los peligros propios de aquella situación en la que el Papa está subordinado a un soberano, y la experiencia del pasado nos enseña que si la ciudad de Roma no está bajo el poder del Papa la cristiandad podría echarle en cara no haber sabido velar siempre por la libertad o dignidad de la Iglesia en la elección del Sumo Pontífice. La divina providencia ha provisto a la necesidad del inmenso rebaño de Cristo, preparando de antemano los fundamentos del poder temporal del Papado sobre Roma y su territorio antes que la espada de los Francos interviniese para vengar, reconstruir y aumentar esta preciosa propiedad que es un bien para la cristiandad. Cualquiera que se atreva a invadirla, causa la más sensible herida a la libertad de toda la Iglesia y hace un mes oímos que el gran doctor San Anselmo nos enseñaba: "Nada ama Dios tanto en este mundo como la libertad de su Iglesia." Por eso siempre la ha defendido.

La soberanía pontificia. —*La soberanía pontificia sobre Roma y sobre el territorio ofrecido*

a la Iglesia tiene su razón de ser en las necesidades del orden sobrenatural. Por consiguiente, esta soberanía supera en dignidad a todas las demás, y estando consagrada al servicio de Dios en la tierra, debe colocarse entre las cosas sagradas. Cualquiera que se atreva a invadirla no sólo es un ladrón sino un sacrílego; y los anatemas de la Iglesia caen sobre él con todo su rigor. Toda la historia es testigo de cuán lamentable ha sido la suerte de aquellos soberanos que habiendo despreciado el anatema, no se preocuparon de dar satisfacción a la Iglesia y se ha atrevido a enfrentarse con la justicia de quien ha concedido a Pedro el poder de atar y desatar.

Por último, siendo la autoridad el fundamento de todas las sociedades humanas, y siendo tan importante el conservarla para el mantenimiento del orden y de la justicia, debe ser respetada sobre todo en quien es su más alta expresión en la tierra; esto es, en el romano Pontífice cuyos derechos temporales son antiquísimos por lo que hoy día puede comprobarse, y en quien el supremo poder espiritual eleva aún más su dignidad real. Cualquiera que ataque o destruya la soberanía temporal del Papa, ataca y destruye por lo mismo toda soberanía, porque ninguna puede parangonarse con ella, ni pretender mantenerse si ella sucumbe.

Gloria, pues, sea dada a María en el día 24 de mayo, dedicado a reconocer el doble favor

que realizó extendiendo el poder de su brazo, para dar a un mismo tiempo el bienestar a la Iglesia y a la sociedad. Unámonos a las vivas aclamaciones de los romanos haciendo que resuenen en idéntico entusiasmo el *Aleluya* de la Pascua y el *Hosanna* al vicario de Dios, Padre de la Patria. El recuerdo de San Pedro fuera de prisión y puesto en libertad se cernía sobre esta multitud loca de amor para con el Papa a quien tantas pruebas le habían hecho más augusto. Su carroza marchaba por la Vía Flaminia; los ciudadanos ebrios de alegría, la desunieron y la condujeron a la basílica Vaticana donde el Pontífice se había dado prisa a ir para deshacerse en acción de gracias sobre la tumba del Príncipe de los Apóstoles.

MARÍA Y LA CONVERSIÓN DE NAPOLEÓN. — Pero no demos fin a este día sin haber celebrado la misericordiosa intervención de nuestra poderosa Auxiliadora. Si algunas veces se muestra airada en la protección de su pueblo, su corazón no puede menos de sentir piedad para con los vencidos; también para con ellos cuando están humillados sabe mostrarse *compasiva*. Testigo es el gran conquistador de quien ella triunfó el 24 de mayo y a quien su bondad se apresuró a convertir haciéndole volver a la fe de sus padres. Un día Pío VII recibió un mensaje desde Santa Elena. El emperador destronado, a quien había un-

gido con el sagrado óleo en Notre Dame, y que después había tenido la desgracia de atraerse los rayos espirituales, cuyo empleo gobierna el mismo Dios, pedía al Pontífice, al único rey de Roma, la gracia de no vivir privado durante más tiempo de los Misterios, que sólo el sacerdocio católico está autorizado por el cielo para administrarlos. Era la segunda victoria de María.

Pío VII, cuyo nombre pronunciaba enternecido el emperador en los días de su destierro, y que llamaba "cordero"[1], Pío VII que, a los ojos de toda Europa, había recogido en Roma a los miembros de esta familia que había sido destronada al mismo tiempo que tantos tronos, se apresuró a satisfacer el deseo de su antiguo adversario; y pronto el sacrificio reconciliador del cielo y de la tierra, fué ofrecido en presencia del vencido, en esta isla inglesa y protestante. María proseguía su conquista. Pero la divina justicia, antes de perdonar, quería que la expiación fuera completa y solemne. El que, al levantar los altares de Francia, fué el instrumento de la salvación de tantos millares de almas, no debía perecer; pero, pues, se había atrevido a tener cautivo al Pontífice supremo en el castillo de Fontainebleau, en este mismo castillo, y no en otro, era necesario que se verificase el acto de su abdicación. Durante cinco años había tenido consigo sufriendo al Vicario de Dios; cinco años

[1] LAS CASAS, *Memorial de Sainte-Hélène.*

tuvo que soportar una cautividad penosa y humillante. Cumplida la ley del talión, el cielo dejó a María el cuidado de terminar la conquista. Reconciliado con la Iglesia su madre, fortalecido con los divinos sacramentos que purifican á toda alma y la preparan para la eternidad, Napoleón entregó la suya a Dios, el cinco de mayo, mes consagrado a María. "Dios es piadoso y misericordioso, *pius et misericors*", dice la Sabiduría en el Eclesiástico [1]. María también es *piadosa y misericordiosa;* por eso la saludamos en este día con el bello título de Auxiliadora. Ya se trate de la salud de toda la Iglesia, ya de la salud de algún alma en particular, María es y será siempre el *Auxilio de los Cristianos*. Dios lo ha querido así y nosotros penetramos sus intenciones cuando profesamos una confianza ilimitada en los brazos de tan poderosa reina y en corazón de tan tierna madre [2].

ORACIÓN POR ROMA. — Acabamos de unir a las alegrías pascuales, oh Reina nuestra, las alegrías que a todo hijo de la Iglesia inspira tu intervención en favor de la cristiandad en este memorable día en que Roma vuelve a ver a su

---

[1] *Eccl.*, II, 13.

[2] *El título de Auxilio de los Cristianos* fué otorgado a María por San Pío V en reconocimiento de la victoria de Lepanto. La fiesta de *María Auxiliadora* fué instituída por Pio VII en acción de gracias por su vuelta a Roma, después de un cautiverio de cinco años, y después de su segundo retorno del destierro después de la invasión de sus Estados durante los 100 días en 1815.

Pastor y a su Rey. Tú que has ganado la victoria, recibe nuestros homenajes. Tus alabanzas resuenan durante todo este mes; pero en este día con mayor gozo se elevan a Ti. Dígnate mirar por Roma y su Pontífice. Han aparecido nuevos peligros: la piedra puesta por Jesús se ha convertido en señal de contradicción. Sabemos, oh María, que esta piedra es inmovible y que la Iglesia se sienta firmemente sobre ella; pero sabemos también que los destinos no son eternos aquí abajo. Un día será arrebatada al cielo y este día será el último que verá este mundo pecador. Hasta este terrible instante ¿acaso no eres nuestra omnipotente Auxiliadora? Dígnate extender su irresistible brazo. Acuérdate de Roma en la que tu culto ha sido tan amado, en la que santuarios tan importantes proclaman la gloria de tu nombre.

... POR LA IGLESIA. — Pero Roma no es el único lugar de la tierra que implora tu poderoso socorro. En todas las partes, la Viña de tu Hijo está expuesta a las acometidas del jabalí[1]. El mal, el error, la seducción se extienden por todo el mundo; no hay ningún lugar de la tierra en el que la Iglesia no esté y su libertad violada o amenazada. Las sociedades, apartadas de la tradición cristiana en sus leyes y costumbres son impotentes y continuamente se precipitan al

[1] *Ps.*, LXXIX, 14.

abismo. ¡Oh Auxiliadora nuestra!, socorre al mundo en tan gran peligro. Tú que eres poderosa no dejes perecer la raza rescatada por Jesús y que desde lo alto de la cruz te ha encomendado.

... POR TODOS. — Oh María, Auxilio de los cristianos, esres la esperanza de nuestras almas; y nuestras almas están amenazadas por el mismo enemigo que acomete a las sociedades humanas. Tú, oh María, has obtenido brillantes triunfos para la salvación de tus hijos; te suplicamos no dejes de socorrer a los pobres pecadores, los hechos prueban que eres tú a quien, de un modo especial, Jesús tenía presente, cuando queriendo llenar de convidados la sala del festín eterno, dice a los servidores de su amor: "Forzarlos a entrar"[1].

Nuestras necesidades nos obligan a elevar nuestras voces suplicantes a ti, oh Señora Nuestra Auxiliadora; no olvidamos los deberes particulares que son debidos en estos días en que la Santa Iglesia celebra las inefables relaciones que tienes con tu Hijo resucitado. ¡Con qué placer se une al gozo que ha sustituído en tu alma a los sufrimientos del Calvario y del Sepulcro! A la madre consolada y triunfante con su Hijo ofrecemos, con las flores de primavera el homenaje anual de nuestras alabanzas en todo el transcurso del mes, cuyas gracias y esplendor se

[1] *S. Luc.*, XIV, 23.

armonizan tan bien con tu inmortal belleza. Por otra parte, conserva nuestras almas en el fulgor que han adquirido en la Pascua al contacto con Jesús resucitado y dígnate prepararnos a recibir dignamente los dones del Espíritu Santo que no tardará en llegar, resplandeciente de los fuegos de Pentecostés, para sellar en nosotros con su venida la obra de la regeneración pascual.

25 DE MAYO

SAN GREGORIO VII, PAPA Y CONFESOR

TRES PAPAS. — Después de haber saludado en el tiempo Pascual a los dos ilustres nombres de León Magno y de Pío V, hoy nos inclinamos ante el de Gregorio VII. Estos tres nombres resumen la acción del papado a través de los siglos, después de la era de las persecuciones. Conservar la doctrina revelada, defender la libertad de la Iglesia: tal es la misión impuesta por Dios a los sucesores de San Pedro en la Sede Apostólica. San León sostuvo con elocuencia y energía la fe tradicional contra los innovadores; San Pío V hizo retroceder la invasión de la pretendida reforma y libró a la cristiandad del yugo del Islam: colocado cronológicamente entre estos dos pontífices, San Gregorio VII salvó la sociedad del mayor peligro que hasta entonces había experimentado e hizo reflorecer las costumbres cris-

tianas por la restauración de la libertad de la Iglesia.

El Siglo de hierro. — Al finalizar el siglo x y principios del siglo xi, la Iglesia de Cristo era víctima de una de las más terribles pruebas que había sufrido en su paso por el mundo. Después del azote de las persecuciones, y el de la herejía, tocaba el turno al de la barbarie. El impulso civilizador de Carlomagno se detuvo en el siglo ix y el elemento bárbaro contenido, más no dominado, había roto sus diques. La fe permanecerá todavía viva en las masas: pero ella sola no podía triunfar de la rudeza de las costumbres. El desorden social, proveniente de la anarquía que el sistema feudal había hecho irrumpir por toda Europa, causaba infinitas violencias, y por doquier el derecho sucumbía ante la fuerza y el libertinaje. Los príncipes no encontraban ya un freno en el poder de la Iglesia; porque Roma misma, esclavizada por los partidos veía frecuentemente sentarse en la cátedra apostólica hombres indignos o ineptos.

Avanzaba el siglo xi y el desorden parecía incurable. Los obispados eran el botín del poder secular que los vendía y los príncipes se preocupaban especialmente de encontrar en los prelados, vasallos dispuestos a sostenerlos por las armas en sus luchas y violentas empresas. Con un episcopado, en su mayoría simoníaco como lo atestigua San Pedro Damiano, las costumbres

del clero inferior habían caído en una lamentable postración; y para colmo de desgracias, la ignorancia hacía desaparecer cada vez más la noción del deber. Hubiera sido el fin de la Iglesia y de la sociedad, si la promesa de Cristo de velar siempre por su obra no hubiera sido inviolable.

Misión de Gregorio VII. — Para curar tantos males y hacer penetrar la luz en semejante caos, era necesario que Roma se levantase de su postración, y salvase una vez más a la cristiandad. Tenía necesidad de un Pontífice santo y enérgico que sintiese en sí mismo aquella fuerza divina que jamás se detiene ante los obstáculos; de un Pontífice, cuya actuación fuera tan tenaz y tan enérgico el impulso que arrastrase tras sí a sus sucesores por el camino abierto por él. Tal fué la misión de San Gregorio VII.

Preparación en Cluny. — Esta misión, como la de todos los hombres elegidos por Dios, fué preparada en la santidad. Gregorio se llamaba Hildebrando, cuando fué a ocultar su vida en el claustro de Cluny. Solamente allí, y en los dos mil Monasterios confederados bajo el báculo de este insigne Monasterio de Francia, se encontraba el sentimiento de la libertad de la Iglesia y de la pura tradición monástica; allí se estaba preparando desde hacía más de un siglo, la regeneración de las costumbres cristianas, bajo la

sucesión de los cuatro grandes abades, Odón, Máyolo, Odilón y Hugo. Pero Dios guardaba aún su secreto; y nadie hubiera descubierto los auxiliares de la más santa de las reformas en estos monasterios que atraídos por un fervoroso celo, de uno a otro extremo de Europa, se habían confederado con Cluny, por el solo hecho de que Cluny era el Monasterio de las virtudes del claustro. Hildebrando buscó este piadoso asilo, donde él esperaba por lo menos huir del escándalo.

Consejero de Papas. — San Hugo no tardó en descubrir el valor del joven italiano que fué admitido en la gran abadía francesa. Un obispo extranjero se encontró cierto día con el maestro y discípulo. Era Bruno de Taul, designado por el Emperador Enrique III para ser el Pontífice de la Iglesia Romana. Hildebrando se conmueve ante la presencia de este nuevo candidato a la cátedra apostólica, de este Papa a quien la Iglesia Romana, la única que tiene el derecho de elegir su propio Obispo, ni le había elegido, ni le conocía. Tiene la osadía de decir a Bruno que no debía recibir las llaves del cielo de la mano del César, y que la conciencia le obligaba a someterse a la elección canónica de la ciudad santa. Bruno, que después fué León IX, aceptó con sumisión el consejo del joven monje, y ambos, franqueando juntamente los Alpes, se encaminan a Roma. El elegido del César es también el

elegido de la Iglesia Romana; pero Hildebrando no pudo separarse del nuevo Pontífice y muy pronto tuvo que aceptar el título y el cargo de Arcediano de la Iglesia Romana. Esta eminente posición le hubiera elevado en seguida a la cátedra apostólica, si Hildebrando hubiera tenido más ambición que el romper la opresión bajo la cual gemía la Iglesia, y preparar la reforma de la cristiandad. Pero este hombre de Dios prefirió utilizar su influencia para hacer sentar en la sede de Pedro, por vía canónica e independientemente del patronato secular una serie de Pontífices íntegros y dispuestos a emplear su autoridad en la extirpación de los escándalos. Después de San León IX, se suceden Víctor II, Esteban IX, Nicolás II y Alejandro II, todos dignos del supremo honor.

El Papa y el Emperador.—Pero, al fin, fué necesario que quien había sido el alma del Pontificado bajo cinco Pontífices, ciñera la tiara. Su gran corazón se conmovió ante el presentimiento de las terribles luchas que le esperaban; pero sus resistencias y tentativas para sustraerse a la pesada carga del cuidado de todas las Iglesias, resultaron inútiles; y con el nombre de Gregorio VII el nuevo Vicario de Cristo se manifestó ante el mundo. Debía realizar en toda su extensión la significación de su nombre: *vigilancia*. Ante él se levantaba la fuerza bruta, encarnada en un príncipe atrevido y astuto, man-

cillado con todos los crímenes y que como águila rapaz, había hecho de la Iglesia su presa y la tenía entre sus garras. En los Estados del Imperio ningún Obispo hubiera sido tolerado en su sede si no hubiera recibido, por el anillo y el báculo, la investidura del César. Así era Enrique de Germania. Los demás príncipes, a imitación suya, quitaban, por el mismo procedimiento, toda libertad en las elecciones canónicas. La doble plaga de la simonía y la incontinencia continuaba haciendo estragos en el cuerpo eclesiástico. Los piadosos predecesores de Gregorio habían hecho retroceder el mal con generosos esfuerzos: pero ninguno de ellos se había sentido con fuerzas para medirse cuerpo a cuerpo con el César, cuya actuación desastrosa fomentaba todas estas corrupciones. Este papel, con sus peligros y sufrimientos, estaba reservado para Gregorio que le desempeñó sin el menor desmayo. Con todo eso, los tres primeros años de su Pontificado fueron muy pacíficos. Gregorio dió paternales avisos a Enrique. Trató en sus relaciones con este joven príncipe de fortalecerle contra sí mismo, manifestando esperanzas que los hechos desmintieron muy pronto, colmando de muestras de su confianza y amabilidad al descendiente de un emperador que había sido muy benemérito de la Iglesia. Enrique juzgó que debía contenerse por algún tiempo frente a un Papa cuya rectitud conocía: pero el dique

cedió al fin ante la impetuosidad del torrente, y el adversario del poder espiritual se reveló todo entero. Empezó vendiendo obispados y abadías en provecho del César. Gregorio lanzó excomunión a los simoníacos, y Enrique desafiando audazmente las censuras de la Iglesia, persistió en mantener en sus sedes a hombres resueltos a seguirle en todos sus extravíos.

Gregorio dirigió al príncipe un solemne aviso, intimándole a romper con los excomulgados, bajo pena de atraer sobre sí mismo la ira de la Iglesia. Enrique, que se había quitado el antifaz, se vanagloriaba de no tener en cuenta las amenazas del Pontífice, cuando de momento la revolución de Sajonia, en la que muchos de los electores del Imperio abrazaban la causa, le hizo temer por su corona. Se da cuenta de que una ruptura con la Iglesia en semejantes circunstancias puede resultarle fatal. Entonces se le ve dirigirse suplicante a Gregorio, solicitar la absolución, y abjurar su pasada conducta ante los legados enviados a Alemania por el Pontífice. Pero apenas este hipócrita monarca ha triunfado por un momento de la revolución de Sajonia, cuando comienza de nuevo la guerra contra la Iglesia. Se atreve a proclamar la deposición de Gregorio en una asamblea de Obispos, dignos de él. En seguida Italia le ve llegar a la cabeza de sus tropas, y, su venida es, para una multitud de Obispos la señal de sublevación contra un Papa que

está dispuesto a no sufrir la ignominia de sus vidas.

La excomunión. — Entonces Gregorio, depositario de las llaves que significan el poder de atar y desatar en el cielo y en la tierra, pronuncia la terrible sentencia que declara destituído a Enrique de la corona y a sus súbditos libres del juramento de fidelidad a su persona. Al oponerse así como baluarte por defensa de la sociedad cristiana amenazada por todas las partes, Gregorio atraía sobre sí la coalición de todas las bajas pasiones: e Italia estaba muy lejos de ofrecerle las garantías de fidelidad con las cuales hubiera tenido derecho a contar. El César tenía en la península más de un príncipe a su favor, y los prelados simoníacos le consideraban como su defensor contra la espada de Pedro. Era, pues, de preveer que Gregorio muy pronto no tendría en toda Italia donde poner el pie; pero Dios que no abandona a su Iglesia suscitó un defensor de su causa. Por entonces Toscana y una parte de Lombardía reconocieron por soberana a la condesa Matilde. Esta noble dama se levantó en defensa de la causa de Dios; sus tesoros y sus armas las puso a disposición de la Sede Apostólica, mientras vivió; y legó sus dominios antes de su muerte al príncipe de los Apóstoles y sus sucesores.

CANOSA.—En la cumbre de sus triunfos. Enrique tuvo que contar con Matilde. Esta princesa que hacía contrapeso a su influencia en Italia, pudo sustraer de su furor al valeroso Pontífice. Merced a su ayuda, Gregorio llegó sano y salvo a Canosa, fortaleza inexpugnable cerca de Reggio. En este momento la suerte de Enrique pareció vacilar. Sajonia levantaba de nuevo la bandera de la sublevación, y más de un feudatario del Imperio se unía a los rebeldes para humillar al trono a quien la Iglesia acababa de proscribir de la cristiandad. Enrique tuvo miedo por segunda vez, y su alma tan pérfida como cobarde, no retrocedió ante el perjurio. El poder espiritual estorbaba sus planes sacrílegos: pensó que ofreciéndole una satisfacción pasajera, podría otra vez levantar cabeza al día siguiente. Se le ve presentarse descalzo y sin escolta en Canosa, vestido de penitente y solicitando con fingidas lágrimas el perdón de sus crímenes. Gregorio se compadeció de su enemigo, porque Hugo de Cluny y Matilde intercedieron por él a sus pies. Le levantó la excomunión, y reintegró a Enrique en el seno de la Iglesia pero no juzgó conveniente revocar la sentencia por la cual le había privado de los derechos de soberanía. El Pontífice manifestó solamente la intención de asistir a la dieta que debía tenerse en Alemania, para conocer los agravios que los príncipes del Imperio lanzaban contra Enrique, y de-

cidir entonces según la justicia. Enrique aceptó todo, prestó juramento sobre el Evangelio, y se incorporó a su ejército. En su corazón renacía la esperanza a medida que se alejaba de la temible fortaleza dentro de cuyos muros había tenido que sacrificar por un instante su orgullo y su ambición. Contaba con el apoyo de las malas pasiones, y su cálculo hasta cierto punto no fué errado. Semejante hombre debía terminar miserablemente: pero Satanás estaba muy interesado en su éxito para no ayudarle.

Sin embargo, en Alemania se había levantado un rival contra él: Rodolfo, duque de Suavia, llamado al trono en una dieta de electores del Imperio. Gregorio, fiel a sus rectos principios, en un principio rehusó reconocer a este elegido, aunque su apego a la Iglesia y sus nobles cualidades le hicieran particularmente recomendable. El Pontífice persistía en su proyecto de conocer en la asamblea de los príncipes y cantones de Alemania los agravios reprochados a Enrique, de escucharle él mismo, y poner fin a estas turbulencias dictando un juicio justo. Rodolfo insistía ante el Pontífice para obtener de éste el reconocimiento de sus derechos. Gregorio que le quería tuvo la energía de resistir a sus instancias y de llevar a cabo el examen de su causa en la dieta que Enrique había aceptado bajo juramento en Canosa, pero cuyos resultados tanto temía. Pasaron tres años durante los

cuales la paciencia y moderación del Pontífice fueron puestos a prueba por las demoras de Enrique y por su repulsa de asegurar la paz de la Iglesia. Por fin el Pontífice, ante la imposibilidad de poner fin a las disensiones armadas, que ensangrentaban a Alemania y a Italia, habiendo comprobado la mala voluntad de Enrique y su perjurio, lanzó de nuevo contra él la excomunión, y en un Concilio tenido en Roma renovó la sentencia por la cual había sido declarado destituído de la corona. Gregorio reconocía la elección de Rodolfo, y otorgaba la bendición apostólica a sus súbditos.

El cisma. — La cólera de Enrique llegó a su colmo y su venganza no guardó medida. Entre los prelados italianos más adictos a su causa, Guiberto, Arzobispo de Rávena, era el más ambicioso y más comprometido respecto de la Sede Apostólica. Enrique trató hacer de él un antipapa con el nombre de Clemente III. Este falso Pontífice no careció de partidarios, y el cisma vino a juntarse a las demás calamidades que pesaban sobre la Iglesia. Era uno de esos terribles momentos en que, según San Juan, "se concede a la bestia declarar la guerra a los santos y vencerlos" [1]. De repente la victoria se declara en favor del César. Rodolfo muere en una batalla en Alemania, y las tropas de Matilde son derrota-

[1] *Apoc.*, XI, 7.

das en Italia. Enrique no tiene más que un deseo, entrar en Roma, arrojar a Gregorio y entronizar a su antipapa en la cátedra de San Pedro.

SUFRIMIENTO DEL PAPA. — En medio de este cataclismo del que la Iglesia, sin embargo, debía salir purificada y libre ¿cuáles eran los sentimientos de nuestro Santo Pontífice? Los describe él mismo en una carta dirigida a San Hugo de Cluny: "Tales son las angustias, dice, que por todas partes nos rodean que los mismos que viven con Nos no solamente no pueden sufrirlas, sino que ni aun soportar su vista. El santo rey David decía: "Vuestros consuelos Señor, han alegrado mi alma en la medida en que el inmenso dolor oprimía mi corazón"[1]; pero nos pone muy frecuentemente la vida como un fastidio y la muerte como un deseo ardiente. Si Jesús, tierno consolador, verdadero Dios y verdadero Hombre, se digna tendernos la mano, su bondad da la alegría a mi afligido corazón: pero por poco que se aparte, mi turbación llega al exceso. Por mi parte muero continuamente; por El vivo a veces. Si mis esfuerzos desfallecen completamente, le grito y le digo con voz llorosa: "si impusiéseis una carga tan pesada a Moisés y a Pedro, me parece, que estarían abrumados. ¿Qué puede ocurrirme a mí que soy nada en comparación de

[1] *Ps.*, XCIII, 19.

ellos? Señor sólo tienes que hacer una cosa: gobernar tú mismo, con Pedro, el Pontificado que me has impuesto; de otro modo me verás sucumbir, y el Pontificado será cubierto de confusión en mi persona"[1].

PROYECTO DE CRUZADA. — Este grito de angustia que se escapa del alma del Pontífice revela todo su carácter. El celo por las costumbres cristianas que solamente se conservan por la libertad de la Iglesia, era el móvil de su vida entera. Sólo este celo había podido hacerle afrontar esta terrible situación en la cual no iba a recibir nada en este mundo sino las más agudas tristezas. Y sin embargo, Gregorio era el padre de la cristiandad que adelantándose a sus sucesores, concibió desde los primeros años de su pontificado el grande y enérgico pensamiento de rechazar al Islam hasta el Oriente y romper, por una devastación a los Sarracenos, el yugo de los cristianos oprimidos.

ACTUACIÓN UNIVERSAL. — Acabamos de hablar del proyecto de cruzada que más tarde bastó para inmortalizar por sí sólo a Urbano II; pero, diversas empresas, intervenciones pastorales en todo el mundo cristiano, hacen de los doce años de este pontificado tan agitado una de las épocas en que el papado, presente en todas las

---

[1] Data Romae, nonis majii, indictione (1078). P. L. CXLVIII, c. 506.

partes, parece haber desplegado más actividad y vigilancia. En su vasta correspondencia, Gregorio no se limita a dirigir los negocios de la Iglesia en el Imperio, en Italia, Francia, Inglaterra, España; alienta a los nuevos cristianos de Dinamarca, Suecia, Noruega, Hungría, Bohemia, Polonia, Servia y la misma Rusia, reciben sus cartas llenas de solicitud. A pesar de la ruptura de comunión entre Roma y Bizancio, el Pontífice no deja de intervenir: querría detener el cisma que aparte a la Iglesia Griega lejos de su órbita. En la costa de Africa, su vigilancia sostiene aún tres obispados que han sobrevivido a la invasión sarracena. Con el fin de unificar la cristiandad latina, estrecha el vínculo de la oración pública, aboliendo en España la liturgia gótica, y haciendo retroceder más allá de las fronteras de Bohemia la liturgia de Bizancio que iba a invadirla. ¡Qué camino para ser recorrido por un sólo hombre: pero también qué martirio estaba reservado a este gran corazón! No es necesario continuar la historia de las pruebas de nuestro Pontífice. Por él la Iglesia y la sociedad se han salvado: pero como su Maestro "debía beber agua del torrente para levantar su cabeza"[1].

INVASIÓN DE ENRIQUE IV. — Enrique se encamina hacia la ciudad santa en compañía del falso vicario de Cristo. Un incendio causado por

[1] *Ps.*, CIX, 7.

su sacrílega mano amenaza devorar el Vaticano; Gregorio imparte su bendición a su consternado pueblo, y al momento el fuego retrocede y se extingue. Durante un momento el entusiasmo se apodera de los Romanos, tan frecuentemente ingratos con el Pontífice en quien se concentra la vida y la gloria de Roma. Dispuesto a consumar el sacrilegio Enrique duda y tiembla. Dejará que se desvanezca el vil fantasma que había querido oponer al verdadero Papa: solamente pide a los Romanos que Gregorio acceda a administrale la Sagrada Unción, y él, Enrique de Alemania, en adelante Emperador, se mostraría devoto hijo de la Iglesia. La ciudad entera transmite a Gregorio esta petición: "Conozco muy bien la astucia del rey, responde el noble Pontífice. Que satisfaga primeramente a Dios y a la Iglesia, a quien ha pisoteado con sus propios pies: entonces podré absolverle una vez arrepentido, y colocar sobre su cabeza contrita la corona imperial." Las instancias de los Romanos no pudieron obtener otra respuesta del inflexible defensor del derecho de la cristiandad. Enrique iba a retirarse, cuando de repente, este pueblo voluble sobornado por infames larguezas de Bizancio, (pues todos los cismas se unen contra el papado), abandona a su rey y su padre, y ponen las llaves de la ciudad a los pies del tirano que lleva la esclavitud a las almas. Enton-

ces Gregorio se vió obligado a buscar un asilo en la fortaleza de Santángelo.

El saqueo de Roma. — Desde la fortaleza pudo escuchar el impío vocerío del cortejo que conducía a la Basílica Vaticana a Enrique, donde le esperaba su falso Papa junto a la Confesión de San Pedro. El Domingo de Ramos del 1085 el sacrilegio se consumó. La víspera, Giberto se había atrevido a ocupar el trono en la Basílica de Letrán; y bajo las palmeras triunfales llevadas en honor de Cristo cuyo Vicario era Gregorio, se vió al intruso colocar sobre la cabeza del César excomulgado la corona del Imperio cristiano: pero Dios preparaba a su Iglesia un vengador. Cuando el Pontífice se hallaba más fuertemente cercado en la fortaleza que le servía de asilo, y que todo se podía temer del furor de su enemigo, Roma entera se estremeció de repente ante los rumores de la llegada del valiente jefe de los Normandos, Roberto Guiscardo. Este guerrero acudió para poner sus armas al servicio del Pontífice asediado, para librar a Roma del yugo de los alemanes. Un pánico repentino se apodera del falso César y del falso Papa; ambos huyen, y la ciudad perjura expía en los horrores de un espantoso saqueo el crimen de su odiosa traición.

El destierro. — El corazón de Gregorio quedó deshecho ante el desastre de su pueblo. Impo-

sible detener la furia devastadora de estos bárbaros, que no supieron limitarse a libertar al Pontífice, sino que dieron rienda suelta a sus concupiscencias en esta ciudad que debieron castigar y no destruir; amenazado con la vuelta de Enrique que contaba con el resentimiento de los Romanos y se disponía a suplantar a los Normandos una vez que hubieran saciado sus pasiones, Gregorio sale desconsolado de Roma, y sacudiendo el polvo de sus pies pidió asilo en Monte Casino, para pasar algunas horas en el santuario del Patriarca de los monjes. El contraste de los días pacíficos de su juventud al abrigo del claustro, con los tormentosos de su carrera apostólica, debió presentársele ante su imaginación. Errante, fugitivo, abandonado, salvo de una minoría de almas fieles y abnegadas, continuaba su dolorosa pasión; pero su calvario no estaba lejos, y el Señor no debía tardar mucho en recibirle en la paz de los justos. Antes de que descendiera del santo monte, un hecho maravilloso, ocurrido ya otras muchas veces se repitió de nuevo. Estando Gregorio en el altar celebrando el Santo Sacrificio, una blanca paloma apareció sobre su hombro hablándole al oído. No fué difícil reconocer en este expresivo símbolo la actuación del Espíritu Santo que dirigía y gobernaba los pensamientos y actos del Santo Pontífice.

Agonía en Salerno. — Eran los primeros meses del año 1085. Gregorio se encamina a Salerno, última estación de su agitada vida. Sus fuerzas le abandonan cada vez más. Sin embargo, quiso celebrar la dedicación de la Iglesia del evangelista San Mateo cuyo cuerpo reposaba en esta ciudad y con débil voz dirigió todavía la palabra al pueblo. Recibidos a continuación el Cuerpo y Sangre del Salvador, fortificado con este poderoso viático, emprende la vuelta a su residencia, se acuesta en el lecho del que no debía volverse a levantar. Perfecta imagen del Hijo de Dios sobre la Cruz, como él despojado de todo, abandonado de la mayor parte de los suyos, sus últimos pensamientos fueron para la Santa Iglesia que dejaba en viudez. Indicó a algunos de los Cardenales y Obispos que le rodeaban, los nombres de aquellos a cuyas manos él vería gozoso pasar su dolorosa sucesión: Desiderio, Abad de Montecasino, que fué después Víctor III; Otón de Chatillón, monje de Cluny, que fué después Urbano II; y el fiel legado Hugo de Die, que había sido nombrado Obispo de Lyon por Gregorio.

Se preguntó al agonizante Pontífice sobre sus intenciones respecto a los numerosos culpables que él había excomulgado. Aún allí, a semejanza de Cristo sobre la Cruz, fué misericordioso y justo: "Salvo—dice—el rey Enrique, y Guiberto, el usurpador de la Sede Apostólica y

los que han favorecido su injusticia y su impiedad, yo absuelvo y bendigo a todos los que tienen fe en que mi autoridad es la de los santos Apóstoles Pedro y Pablo." Teniendo presente el recuerdo de la Condesa Matilde, confió esta devota hija de la Iglesia Romana a los cuidados del enérgico Anselmo de Lucques, recordando de esta manera, como anota el biógrafo de este santo Obispo, el don que Jesús agonizante hizo de María a Juan su discípulo predilecto. Treinta años de lucha y de victorias fueron para la heroica Condesa el precio de esta suprema bendición.

La muerte. — El desenlace era inminente: pero la solicitud del padre de la cristiandad aún sobrevivía en Gregorio. Llamó uno por uno a los valientes que rodeaban su lecho, y entre sus gélidas manos les obligó a jurar que jamás reconocerían los derechos del tirano hasta que no hubiese dado satisfacción a la Iglesia. Sus últimas energías las concentró en una solemne prohibición intimada a todos de no reconocer por Papa a quien no hubiera sido canónicamente elegido y según las reglas de los Santos Padres. Recogiéndose en su interior, y aceptando la divina voluntad sobre su vida de Pontífice que no había sido más que un continuo sacrificio, dijo: "He amado la Justicia y he odiado la iniquidad, por eso muero en el destierro." Uno de los Opispos circunstantes le respondió respetuosamente:

"Vos, señor, no podéis morir en el destierro, Vos que ocupando el lugar de Cristo y de los Apóstoles habéis recibido en herencia las naciones y en posesión toda la tierra." Palabra sublime que Gregorio no podía ya oír, porque había volado su alma al cielo y recibía desde este momento la corona inmortal de los mártires [1].

El triunfo. — Gregorio, había sido vencido, como el mismo Cristo fué vencido por la muerte: pero el triunfo sobre la muerte no faltó al discípulo como no había faltado al Maestro. La cristiandad, de tantas maneras abatida, surgió de nuevo en toda su dignidad; y puede decirse que una garantía de este resurgimiento fué otorgada por el cielo el mismo día en que Gregorio exhalaba su último suspiro en Salerno. En este mismo día, 25 de Mayo del 1085, Alfonso VI entraba victorioso en Toledo y enarbolaba la cruz en la ciudad reconquistada, después de cuatro siglos de esclavitud bajo el yugo sarraceno.

Pero la Iglesia necesitaba un continuador de Gregorio, y Dios, del cual fué su vicario, no se lo rehusó. El martirio del gran Pontífice fué como el semillero de Pontífices dignos de él. De la

[1] San Gregorio, moría a la edad de 70 años. Su cuerpo sepultado en Salerno en la Iglesia de San Mateo, fué descubierto intacto en el 1580. En 1606 fué canonizado por Paulo V. Benedicto XIII (17-24-1730) extendió su fiesta a la Iglesia Universal a pesar de las protestas galicanas (V. D. Guéran., Inst. Litúrg., t. II, págs. 410-455.

misma manera que había preparado a sus predecesores, puede decirse que sus sucesores procedieron de él; y la historia del papado no presenta en ninguna época una serie de nombres más gloriosos que la que se extiende desde Víctor III, inmediato sucesor de Gregorio, a Bonifacio VIII, en quien vuelve a empezar el martirio que nuestro gran héroe había sufrido. Apenas se había librado su alma de los sufrimientos de este valle de lágrimas, cuando ya apuntaba la victoria. Los enemigos de la Iglesia eran derrotados, la supresión de las investiduras hacía desaparecer la simonía y aseguraba la elección canónica de los pastores: la ley sagrada de la continencia del clero recuperaba por todas partes su esplendor.

JUICIO SOBRE LA OBRA DE GREGORIO VII. — Gregorio había sido el instrumento de que Dios se había servido para reformar la sociedad cristiana; y si su nombre ha sido bendecido siempre por los verdaderos hijos de la Iglesia, su misión había sido cumplida con demasiada energía y belleza para que no atrajera sobre sí el odio del infierno. He aquí, lo que el príncipe de este mundo en su cólera[1] armó contra él. No contento con haber hecho de Gregorio objeto de desprecio para los herejes, llegó hasta el extremo de hacerle odioso a los falsos católicos y mo-

[1] *S. Juan,* XII, 31.

lesto a los cristianos a medias. Durante mucho tiempo, estos últimos, a pesar del juicio de la Iglesia que le colocó sobre los altares, le llamaron insolentemente *Gregorio VII*. Gobiernos que aún se llamaban católicos proscribieron su culto y fué prohibido por decretos episcopales. Su pontificado y su actuación fueron tachados de contrarios a la religión cristiana por el más elocuente de los oradores franceses. Hubo un tiempo en que las líneas que dedicamos a este Santo Papa, en un libro destinado a hacer crecer en los fieles el amor y la admiración por los grandes héroes de la santidad, en el culto que les tributa la Iglesia, hubieran hecho caer sobre nosotros el castigo de las leyes. Las lecciones del Oficio de este día fueron suprimidas por el Parlamento de París en 1729 con prohibición de servirse de ellas bajo pena de embargo de los bienes materiales. Pero estas trabas han sido ya levantadas y ya han terminado estos escándalos. Después de la restauración de la Liturgia Romana en Francia se sigue proclamando en nuestras iglesias todos los años el nombre de San Gregorio VII, se le honra públicamente con la alabanza propia de los Santos y se ofrece a Dios el santo Sacrificio para glorificar con él a tan ilustre Pontífice. En verdad que, para honor del pueblo francés, era ya tiempo de que se diese esta reparación a quien la merece. Cuando hacía ya muchos años que los historiadores y publicistas de la protes-

tante Alemania colmaban de elogios a aquel para quienes no era más que un hombre grande, y además heroico vindicador de los derechos de la sociedad humana; cuando los gobiernos acosados por la ola siempre creciente y tiránica de los principios democráticos, no tienen ya humor para resucitar sus viejos celos contra la Iglesia; cuando el episcopado se adhiere más estrechamente alrededor de la cátedra de San Pedro, centro de luz, de vida y de fuerza, nada más natural que ver el nombre de San Gregorio VII resplandecer nuevamente de gloria después del eclipse que durante tanto tiempo le había quitado de la vista de tan gran número de fieles. ¡Que su nombre glorioso permanezca hasta el fin de los tiempos como uno de los astros más brillantes del tiempo pascual y que su figura derrame sobre la Iglesia de nuestros días el influjo saludable que ejerció durante la Edad Media.

Elogio. — ¡Oh bienaventurado Gregorio! Verdaderamente se han aumentado nuestras alegrías pascuales con tu triunfo. Porque nosotros vemos en ti la imagen de Aquel que mediante su gloriosa Resurrección ha sublimado al mundo que se hundía en sí mismo. Tu pontificado fué preparado por la divina Sabiduría como una era de regeneración de la sociedad que se desplomaba cediendo al impulso de la barbarie. Tu valor, basado en la confianza de la palabra de Jesús,

no retrocedió ante ningún sacrificio. Tu vida en la Silla Apostólica no fué más que un continuo combate, teniendo que morir en el destierro por haber amado la justicia y odiado la iniquidad. Pero por eso mismo se cumplía en ti aquel oráculo escrito por el Profeta para tu divino Maestro: "Por haber dado su vida por el pecado, gozará de gran posteridad"[1]. Treinta y séis Papas han seguido el camino trazado por tu sacrificio; por ti la Iglesia alcanzó la libertad y la fuerza se sometió ante el derecho. Después de este período triunfante, ha vuelto de nuevo a declararse la guerra, que sigue todavía. Los reyes de la tierra se han levantado contra el poder espiritual, han sacudido el yugo del Vicario de Cristo, y han rechazado el control de toda autoridad humana. A su vez los pueblos también se han sublevado contra un poder que no admite ninguna dependencia del cielo por medio de un lazo visible y sagrado y esta doble insurrección pone a la sociedad de nuestros días al borde de su perdición.

La libertad y la fortaleza. — Este mundo es propiedad de Jesucristo "Rey de reyes y Señor de los señores"[2]. A El, Hombre Dios, "ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra[3]". Todo

[1] *Isaías*, LIII, 10.
[2] *I Tim.*, VI, 15.
[3] *S. Mateo*, XXVIII, 18.

aquel que se levante contra El sea rey o sea pueblo, será deshecho, como lo fué el pueblo judío que vociferaba en el frenesí de su orgullo "no queremos que El reine sobre nosotros"[1]. Glorioso San Gregorio, ora por este mundo, que salvaste de la barbarie y que de nuevo se encuentra a punto de sucumbir en ella. Los hombres de hoy día no hablan más que de libertad y a nombre de esta pretendida libertad no han hecho más que disolver la sociedad cristiana, y la fuerza es el único medio que les queda para mantener en orden tantos elementos encontrados e indispuestos entre sí. Triunfaste de la fuerza y restableciste los derechos del espíritu; por ti fué reconocida la libertad de los hijos de Dios, la libertad del bien y esa libertad reinó durante muchos siglos. Pontífice generoso, ven en ayuda de Europa, preservada de su ruina inminente gracias a la fortaleza de tu brazo. Aplaca a Jesucristo de quien blasfeman los hombres, después de haberle arrojado de sus dominios, como si no debiera volver a triunfar El en el día de su justicia. Implora su clemencia sobre tantos cristianos seducidos y arrastrados por los más absurdos sofismas y por los más ciegos prejuicios, por una educación pérfida, por palabras hueras y mal definidas, y ellos llaman camino del progreso, camino que les aleja cada día más del

---

[1] *S. Lucas*, XIX, 14.

único fin propuesto por Dios al crear al hombre y a la humanidad.

PLEGARIA POR LA IGLESIA. — Echa, oh Gregorio, desde aquella morada tranquila en que descansas después de tantos combates, una mirada sobre la Santa Iglesia que sigue su curso a través de innumerables dificultades. Todo se levanta contra ella. Los restos de las antiguas leyes inspiradas por la reacción de la fuerza contra el espíritu, los excesos crecientes del orgullo popular, que persigue encarnizadamente todo lo que le parece contrariar la igualdad de derechos, el recrudecimiento de la impiedad que ha comprendido que para llegar hasta Dios hay que echarse sobre la Iglesia en medio de esta terrible tempestad, las olas golpean la roca que lleva la silla de la inmortalidad y sobre la cual ocupaste el lugar de San Pedro. Ora por el Vicario de Cristo. Vela sobre esta ciudad santa, que fué tu esposa en la tierra. Derroca los planes pérfidos, reaviva el celo de los hijos de la Iglesia a fin de que por su valor y por su generosidad continúen ayudando a la más sagrada de todas las causas.

... POR EL EPISCOPADO. — Ruega, oh soberano Pontífice, por el Orden Episcopal, cuya fuente es la Sede Apostólica. Fortifica a los ungidos del Señor en la lucha que tienen que sostener contra

las tendencias de una sociedad que ha arrojado a Cristo fuera de sus leyes y de sus instituciones. Revístanse de la fortaleza de lo alto, sean fieles en la confesión de la antigua doctrina, celosos en precaver a los fieles de los peligros a que están expuestos por tantas seducciones en este naufragio mortal de la verdad y del deber. En tiempos como en los actuales la fortaleza de la Iglesia no está más que en las almas, desapareciendo ya casi por todas partes toda otra ayuda exterior. Cierto que el Espíritu Santo, cuya misión no es otra que sostener la obra del Hijo de Dios, asistirá a la Iglesia hasta el fin de los tiempos; pero quiere también como instrumentos suyos a hombres despegados de las preocupaciones de la vida presente, dispuestos si fuera preciso a la impopularidad y resueltos a perderlo todo, por proclamar la doctrina inmutable de la Suprema Cátedra. Todavía son muchos los pastores, oh Gregorio, los que por la misericordia divina se conforman en la Iglesia según el modelo a quien San Pedro llama "Príncipe de los Pastores"[1]. Ruega por que todos siguiendo tus ejemplos, quieran la justicia y odien la iniquidad, amen la verdad y aborrezcan el error, y no teman ni el destierro ni la persecución ni la muerte, porque "el discípulo no ha de estar por encima del Maestro"[2].

---

[1] *I S. Pedro*, V, 4.
[2] *S. Mateo*, X, 24.

EL MISMO DIA

SAN URBANO, PAPA

Este día todavía se ve más realzado con el triunfo de otro Santo Papa. Jesucristo resucitado dijo un día a San Pedro: "Sígueme"[1]. Y San Pedro siguió a su Maestro hasta la cruz. Herederos de San Pedro, Urbano y Gregorio, siguieron en pos del mismo Jefe, y nosotros celebramos su triunfo común que resplandece en la fortaleza invicta que comunicó el vencedor de la muerte a través de los siglos, a todos aquellos a quienes escogió para dar testimonio de la verdad de su resurrección.

VIDA. — San Urbano nació en Roma y después de haber estado empleado en el servicio de la Iglesia, sucedió al Papa San Calixto I el 14 de octubre del año 222. Su pontificado duró siete años, en tiempos del emperador Alejandro Severo, que concedió paz a la Iglesia. Murió en Roma el 19 de mayo del año 230 y fué sepultado en el cementerio de San Calixto.

Las *Actas* apócrifas de Santa Cecilia le han confundido con otro Urbano obispo y no papa del tiempo de Diocleciano y que murió mártir el 25 de mayo y fué enterrado en San Pretextato.

PLEGARIA. — ¡Oh Santo Pontífice! celebramos hoy tu triunfo con una alegría aumentada con

[1] *S. Juan*, XXI, 19.

el aniversario del tránsito de San Gregorio VII, tu ilustre sucesor, a la morada celestial, en que le esperabas. Desde lo alto del cielo has seguido sus combates, y ciertamente habrás reconocido que su valor no es inferior al de los mártires. Desde su fúnebre lecho de Salerno se animaba él en su último combate con el pensamiento de tu postrer victoria en este mismo día. ¡Oh lazo de maravillosa unión entre la Iglesia triunfante y la militante! ¡Oh sublime fraternidad de los Santos, oh esperanza de inmortalidad para nuestros corazones! Jesucristo resucitado nos está convidando a unirnos con él por toda la eternidad. Cada generación le envía sus elegidos que unos tras otros, llegan a colocarse alrededor de su Capitán, como miembros que componen la plenitud de su cuerpo. "El es el primogénito entre los muertos"[1] y nos hará participar de su vida en la medida en que hayamos participado de sus sufrimientos, y de su muerte. Ruega, oh San Urbano, para que se inflame más y más en nosotros el deseo de reunirnos con Jesús, que es "el camino, la verdad y la vida"[2]. Haznos vivir siempre por encima de nuestras ambiciones terrenas y experimentar interiormente que "vivimos desterrados del Señor"[3] mientras permanecemos en este mundo.

---

1 *I Cor.*, XV, 20.
2 *S. Juan*, XIV, 6.
3 *II Corint.*, V. 6.

26 DE MAYO

SAN FELIPE NERI, CONFESOR

LA ALEGRÍA.—La alegría es la principal característica del tiempo pascual, alegría sobrenatural por el triunfo de nuestro Emmanuel y por el sentimiento de nuestra liberación de los lazos de la muerte. Ahora bien esta alegría interior reinó de modo particular en el siervo de Dios, cuya fiesta celebramos hoy, y, del que se puede decir con la sagrada Escritura, que "el corazón del justo es como un continuo festín"[1], ya que su espíritu estuvo siempre lleno de júbilo y entusiasmo por las cosas divinas. Uno de sus últimos, discípulos, el P. Fáber, fiel a las doctrinas de su maestro, enseña en su libro del *Progreso Espiritual,* que el buen humor es uno de los principales medios para adelantar en la perfección cristiana. Por eso recibiremos con alegría y respeto la radiante y simpática figura de San Felipe Neri, el Apóstol de Roma del siglo XVI.

LA CARIDAD.—El rasgo más característico de su vida fué el amor de Dios, amor ardiente y que comunicaba invenciblemente a todos cuantos se le acercaban. Todos los santos han amado a Dios; porque el amor de Dios es el primero y el mayor de los mandamientos; pero donde se ve

[1] *Prover.*, XV, 15.

realizado, por decirlo así, de modo incomparable y en toda su plenitud, es en la vida de este santo. Su existencia no fué más que un éxtasis de amor para con el Señor de todas las cosas, y sin un milagro especial de su poder y de su bondad este amor tan ardiente del corazón de Felipe hubiera consumido su vida mucho antes de tiempo. Tenía 29 años, cuando un día en la octava de Pentecostés, el fuego de caridad abrasó su corazón con tal ímpetu, que saltaron dos costillas del lugar normal de su pecho, dejando al corazón el espacio necesario para poder expansionase en adelante, sin peligro, en los trasportes que le arrebataban. Esta fractura no se compuso nunca y su presencia se hacía sensible por una prominencia visible a todos y, gracias a este alivio milagroso, San Felipe pudo vivir cincuenta años más, preso siempre del fuego de un amor más bien celestial que terreno.

La santidad y el servicio de la Iglesia. — Este serafín en cuerpo humano fué como una respuesta viva y eficaz a los insultos con que la pretendida Reforma Protestante perseguía a la Iglesia Católica. Lutero y Calvino habían llamado a esta Iglesia la infiel y corrompida Babilonia y he aquí cómo esta Iglesia podía mostrar a amigos y enemigos hijos como éstos: Teresa en España, y Felipe Neri en Roma. Pero al Protestantismo le preocupaba mucho la ruptura del yugo y poco el amor. En nombre de la libertad de la

fe oprimía por doquier a los pueblos sumisos en que dominaba y se imponía por la fuerza allí precisamente donde se le rechazaba. Pero nunca se preocupaba de reivindicar para Dios el derecho que tiene de ser amado. Por eso se vió desaparecer de los lugares que invadió, ese amor que engendra el sacrificio por Dios y por el prójimo. Tuvo que pasar mucho tiempo después de la pretendida Reforma para que ésta se diera cuenta de que todavía existían infieles sobre la superficie de la tierra, y si luego, más tarde, ha tomado fastuosamente la obra de las misiones, todos sabemos muy bien qué apóstoles ha escogido para enviarlos como órganos de sus estrañas sociedades bíblicas. Sólo tres siglos después de su existencia fué cuando se dió cuenta de que la Iglesia Católica no había cesado de producir asociaciones cuya finalidad no era otra que las obras de caridad. Desconcertada ante tal descubrimiento trató de introducir en algunos lugares sus diaconías y sus enfermeras. Sea lo que sea sobre el éxito de un trabajo tan tardío, podemos creer no obstante con razón que no alcanzará grandes proporciones y podemos pensar que este espíritu de apostolado, que estuvo adormecido por espacio de tres siglos en el mismo seno del protestantismo, no es precisamente su carácter esencial, cuando se ha visto que, en los países invadidos por él, ha desaparecido el espíritu de sacrificio, suprimiendo voluntaria-

mente la práctica de los consejos evangélicos, cuya existencia se basa únicamente en el amor de Dios. ¡Gloria, pues, sea dada a San Felipe Neri, uno de los representantes más dignos del amor de Dios en el siglo XVI! Gracias a su impulso Roma y muy pronto después toda la cristiandad tomaron nueva vida con la frecuencia de los sacramentos, suspirando por una piedad más fervorosa. Su palabra y su sola presencia electrizaba al pueblo cristiano de la Ciudad Eterna, cuya memoria perdura todavía. Por eso cada año Roma celebra el 26 de mayo el recuerdo de su pacífico reformador. San Felipe se divide con los príncipes de los Apóstoles el patronato de la ciudad de San Pedro.

EL TAUMATURGO. — San Felipe tuvo el carisma de los milagros, y cuanto más buscaba, por su parte, el desprecio y el olvido, más se veía seguido de todo el pueblo, que, por su mediación pedía y obtenía la curación de los males de esta vida terrena a la vez que la reconciliación de las almas con Dios. La misma muerte obedecía a su imperio como testigo de ello fué el joven príncipe Pablo Massimo, a quien Felipe resucitó cuando ya se le estaban preparando las exequias funerarias. En el mismo momento en que este joven daba su último suspiro, y cuando fueron a pedirle ayuda para ese último trance, estaba el siervo de Dios celebrando el santo Sacrificio. Cuando luego más tarde entró ya en el palacio,

encuentra por todas partes las señales del duelo: su padre desolado, sus hermanos llorando sin consuelo y toda la familia consternada. Tal es el espectáculo que encuentran sus ojos. El joven había terminado su vida después de sesenta y cinco días de enfermedad, llevada con asombrosa paciencia. San Felipe se postró de rodillas y después de una fervorosa plegaria, puso su mano sobre la cabeza del difunto y le llamó en voz alta por su propio nombre. Ante esta voz poderosa despertó Pablo del sueño de la muerte, abrió los ojos y respondió con ternura: "Padre mío." Después añadió solamente: "Deseaba sólo confesarme." Los asistentes se alejaron un momento y Felipe permaneció sólo con esta conquista que terminaba de alcanzar de la muerte. Luego fueron llamados sus parientes y Pablo se estuvo en su presencia, hablando con Felipe de su madre y de su hermana, a quienes amaba tiernamente y que habían sido arrebatadas por la muerte. Mientras estaban conversando, el rostro del joven, desfigurado antes por la fiebre, recobró sus colores y la lozanía de otros tiempos. Nunca se le había visto tan lleno de vida. Entonces el santo le preguntó si estaba dispuesto a morir con gusto otra vez. "Oh, sí, respondió el joven, con mucho gusto; porque entonces vería en el paraíso a mi madre y a mi hermana." "Marcha, pues, repuso Felipe, marcha al cielo y pide al Señor por mí." A estas palabras espiró de

nuevo el joven y entró en los gozos de la eternidad, dejando a la concurrencia sobrecogida de dolor y de admiración.

Tal era este hombre favorecido por el Señor casi continuamente con raptos y éxtasis, dotado del don de profecía, que sabía penetrar con su mirada el interior de las conciencias y que dejaba tras sí un perfume que atraía a las almas con encanto irresistible. La juventud romana de todas las clases sociales se apiñaba en su derredor. A unos les hacía evitar los peligros, a otros les daba la mano para sacarles del naufragio. Los pobres y los enfermos eran siempre el objeto de sus cuidados. Parecía multiplicarse en Roma, empleando todas las formas de celo y dejando tras sí un impulso hacia el bien obrar que todavía no se ha resfriado.

EL FUNDADOR. — San Felipe había notado que la conservación de las costumbres cristianas dependía principalmente de la buena predicación de la palabra de Dios y nadie trabajó más que él en procurar a los fieles apóstoles capaces de ganarles con su doctrina sólida y atrayente. Para eso fundó con el nombre de Oratorio un Instituto, que existe todavía, y cuya finalidad consiste en animar y mantener la piedad en las ciudades. Esta Institución, que no hay que confundir con el Oratorio de Francia, tiene por objeto aprovechar el celo y las dotes de aquellos sacerdotes que sin ser llamados al claustro por

vocación divina, llegan no obstante a producir abundantes frutos de santidad al asociar sus esfuerzos.

Al fundar el Oratorio sin ligar a sus miembros con los votos de la religión, San Felipe se acomodaba al género de vocación que habían recibido del cielo algunos miembros, y por de pronto les aseguraba las ventajas de un reglamento común, con la ayuda del ejemplo, tan eficaz para sostener el alma en el servicio de Dios y en la práctica de las obras de celo. Mas el santo apóstol estaba demasiado apegado a la fe de la Iglesia, para no considerar a la vida religiosa como el estado de perfección. Durante su larga existencia no cesó de dirigir a los claustros a las almas que creía llamadas a la profesión de los votos. Por medio de él se recrutaban muchas órdenes religiosas de gran número de sujetos que seleccionaba y probaba él mismo, de tal suerte que, San Ignacio de Loyola, amigo íntimo y admirador del santo le comparaba jocosamente con la campana que llama los fieles a la Iglesia, por más que siempre se queda ella afuera.

LUCHA CONTRA EL PROTESTANTISMO. — La terrible crisis que conmovió el cristianismo en el siglo XVI y que arrebató al catolicismo tan gran número de regiones, afectó dolorosamente a San Felipe y sufrió terriblemente al ver hundirse tantos pueblos unos tras otros en el abismo de la

herejía. Su corazón sentía los incesantes golpes que le daba su ardiente celo por reconquistar las almas seducidas por la pretendida Reforma y seguía con suma atención las maniobras de que se servía el Protestantismo para mantener en ellas su influencia. Las Centurias de Magdeburgo, vasta copilación histórica, destinada a engañar a los lectores con ayuda de pasajes falsificados y de hechos adulterados e incluso inventados como por ejemplo, que la Iglesia Romana había abandonado la antigua fe y que había sustituído las prácticas primitivas con supersticiones; esta obra le pareció ser de tan peligrosa trascendencia, que únicamente podría asegurar el triunfo de la Iglesia Católica otra obra que la aventajase en erudición y que tuviese su origen en las verdaderas fuentes.

Mucho tiempo hacía que había adivinado el genio de César Baronio, uno de sus compañeros del Oratorio. Tomando la defensa de la fe, mandó a este gran sabio que entrase en la lucha y que persiguiese al enemigo de la fe auténtica, poniéndose en el mismo campo de la historia. Fruto de este pensamiento genial de San Felipe fueron los Anales Eclesiásticos, según lo atestigua el mismo Baronio al principio del tomo VIII. Cuatro siglos han corrido desde que se compuso esta obra. Con los medios científicos de que hoy disponemos nos es fácil distinguir sus fallos; pero nunca hasta entonces se había escrito la historia

de la Iglesia con dignidad, elocuencia e imparcialidad, superiores a las que se ven en este inteligentísimo trabajo que abarca doce siglos.

La herejía sintió muy pronto el golpe; la erudición falsa y perjudicial de los Centuriadores se eclipsó ante esta historia verdadera de los hechos y puede afirmarse que el oleaje creciente del protestantismo se detuvo ante los Anales de Baronio, en donde aparece la Iglesia tal cual fué siempre, es decir, "como columna y sostén de la verdad"[1]. La Santidad de San Felipe y el genio de Baronio decidieron la victoria y fueron muchos los que, vueltos a la fe de la Iglesia Romana, vinieron a consolar a los católicos, tan tristemente diezmados, y si en nuestros días son incontables las abjuraciones de la nueva secta, es justo atribuirlo en gran parte al fruto que produce el método histórico inaugurado con los Anales.

VIDA. — San Felipe nació en Florencia en 1515. Tras una infancia consagrada a la piedad, pasó a Roma para estudiar la filosofía y la teología. En 1551 fué ordenado de sacerdote y desde entonces se entregó por completo al servicio de las almas, y para que su trabajo fuera más eficaz, fundó la Congregación del Oratorio aprobada por Gregorio XIII en 1575. Gozaba de una oración tan elevada, que con frecuencia se levantaba en éxtasis. Poseyó también el don de profecía y de saber leer en las almas. En 1593 renunció al car-

[1] *I Tim.*, III, 15.

go de Superior del Oratorio y murió el 24 de mayo de 1602. Fué canonizado veinte años más tarde a la vez que Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier.

AMOR DE DIOS. — ¡Oh glorioso San Felipe! Amaste a Jesucristo y tu vida no fué más que un acto continuo de amor. Pero no quisiste gozar exclusivamente de tan soberano bien. Todas tus actividades se encaminaron a hacerle conocer de los hombres a fin de que todos le amasen contigo, y pudieran llegar a su último fin. Durante cuarenta años fuiste el apóstol infatigable de la Ciudad Eterna, sin que nadie pudiera dejar de sentir el ardor del fuego divino que te consumía. Por eso te pedimos que extiendas tus miradas sobre nosotros. Enséñanos a amar a Jesús resucitado. No basta con que nosotros le adoremos y nos regocijemos de su triunfo; necesitamos amarle, porque todos sus misterios, desde su Encarnación hasta su Resurrección, no tienen otro fin que manifestarnos siempre más claramente su infinito amor. Amándole de continuo podremos llegarnos más cerca del gran misterio de su Resurrección, misterio que acaba de revelarnos todas las riquezas de su corazón. Cuanto más se eleva El en la nueva vida que acaba de tomar al salir del sepulcro, mejor se nos muestra lleno de amor hacia nosotros y más nos está solicitando para atraernos a El. Ruega,

oh Felipe, y pide que "nuestro corazón y nuestra carne salten de gozo en el Dios vivo"[1]. Y tras el misterio de Pascua, introdúcenos también en el de la Ascensión; prepara nuestras almas para recibir el Espíritu Santo en Pentecostés y cuando brille a nuestros ojos el misterio de la Eucaristía en la próxima solemnidad, tú que la celebraste por última vez antes de subir a la mansión eterna, en que Jesús se muestra sin velos, dispón nuestras almas para recibir y gustar "este pan vivo que da la vida al mundo"[2]. Tu santidad se distinguió por los lances irresistibles de tu alma hacia Dios y cuantos se acercaban a ti sentían muy pronto en sí mismos esta misma disposición, única capaz de corresponder al llamamiento del Redentor. Sabías apoderarte de las almas y llevarlas a la perfección por medio de la confianza y de la generosidad del corazón. En esta gran obra no te apegaste a un método imitando a los Apóstoles y a los antiguos Padres, confiando más en la virtud propia de la palabra de Dios. Para ti el frecuentar los sacramentos con fervor fué siempre la señal más clara de la vida cristiana. Ruega por el pueblo fiel y ayuda a tantas almas que se agitan y se gastan en caminos trazados por manos humanas y que con frecuencia no hacen más que re-

---

[1] Salmo LXXXIII, 2.
[2] *S. Juan*, VI, 33.

trasar o impedir la unión íntima de la criatura con el Creador.

Amor a la Iglesia. — ¡Oh Felipe! amaste ardientemente a la Iglesia, siendo este amor el signo imprescindible de la santidad. Tu alta contemplación no te hacía olvidar la dolorosa suerte de la Esposa de Cristo, tan probada en el siglo en que viniste a este mundo y pasaste a mejor vida. Los esfuerzos de la herejía triunfante en tantas naciones estimulaban el celo de tu corazón. Alcánzanos del Espíritu Santo esta viva simpatía hacia la verdad católica que nos haga sentir sus derrotas y sus victorias. No basta con que salvemos nuestras almas; es necesario que deseemos ardientemente y trabajemos con todas nuestras fuerzas por el acrecentamiento del reino de Dios en la tierra, la estirpación de la herejía y la exaltación de nuestra Santa Madre Iglesia. Sólo así seremos hijos de Dios. Inspíranos, oh San Felipe, con tus ejemplos este ardor con el que debemos unirnos en todo a los intereses sagrados de nuestra Madre común. Ruega también por esta Iglesia militante que siempre te ha contado como uno de los soldados mejores salidos de sus filas. Defiende valiente la causa de Roma que se siente orgullosa al serte deudora de tantos servicios. Tú la santificaste durante tu vida mortal; santifícala y defiéndela todavía más ahora ya desde el cielo.

EL MISMO DIA

SAN ELEUTERIO, PAPA Y MARTIR

Este día se hace memoria de uno de los primeros papas que fueron los fundamentos de la Iglesia en la edad de las persecuciones.

San Eleuterio subió al pontificado durante la persecución decretada por Marco Aurelio y Cómodo. En el año 177 ó 178 vió en Roma a los legados de la Iglesia de Lyon, cuyo obispo éra entonces San Ireneo. Esta ilustre Iglesia iba a la nueva Roma en la que reconocía "el poder del principado" según alabó el mismo San Ireneo en su libro "*Contra las Herejías*"[1].

No tardó en volver la paz a la Iglesia y el resto del pontificado de San Eleuterio se pasó en paz y tranquilidad. En medio de este descanso y con *la libertad* que nos indica su nombre, este Papa es imagen del divino resucitado, del cual nos dice el Salmista "que está libre entre los muertos"[2].

La Iglesia honra a San Eleuterio como mártir lo mismo que a los otros Papas que reinaron antes de la paz de Constantino y que casi todos derramaron su sangre en las persecuciones de los tres primeros siglos. Unidos a todos los sufrimientos de la Iglesia, gobernando la cristian-

---

[1] Libro III, c. III, 2. P. Gr., VII, c. 849.
[2] Salmo LXXVII, 6.

dad a través de mil peligros y gozando apenas de la paz en muy raros y cortos intervalos de tiempo, esta lista de treinta y tres pontífices tiene derecho de ser considerada como una serie de mártires aún cuando no todos acabaran sus días en los tormentos.

VIDA. — San Eleuterio fué diácono de San Aniceto, Papa. Sucedió en el 174 a San Sotero y duró su pontificado hasta 189. Es el primer Papa de quien nos son conocidas las fechas con exactitud. Durante su gobierno se suavizó un poco la persecución existente desde el principio del siglo. Incluso parece que San Eleuterio no derramó propiamente su sangre por la fe. Fué enterrado en San Pedro después de su muerte.

LA VERDADERA LIBERTAD. — Tu nombre, oh San Eleuterio, es el nombre del cristiano resucitado con Cristo. La Pascua nos ha redimido, nos ha rescatado, nos ha hecho libres. Ruega, pues, para que conservemos siempre esta "gloriosa libertad de los hijos de Dios", según nos recomienda el apóstol [1]. Por ella somos libertados de los lazos del pecado que nos entregaba a la muerte, de la servidumbre de Satanás que nos arrastraba lejos de nuestro fin y de la tiranía del mundo que nos hacía salir del buen camino por medio de sus perversas máximas. La nueva vida que nos ha traído la Pascua, es la vida del cielo donde Cristo nos aguarda en su gloria. No la perderemos sino es para ser esclavos otra vez más. Oh Santo Pontífice, alcánzanos que la Pascua, cuan-

[1] *Rom.*, VIII, 21.

do vuelva a llegar el año que viene, nos encuentre en esta feliz libertad, que es el fruto de nuestra liberación por Cristo [1].

La falsa libertad. — Hay otra libertad, que alaba el mundo y que por conseguirla pone a los hombres unos contra otros. Consiste en huir, como se huiría de un crimen, de toda sujeción y dependencia y en no doblegarse a ninguna autoridad que no haya sido puesta por sí mismo, y que no durará por más tiempo que su antojo. Líbranos, oh Pontífice, de todo atractivo hacia esta falsa libertad, tan contraria a la sumisión cristiana y que no es más que el triunfo del orgullo humano. Llega en su frenesí a derramar ríos de sangre; embriagada por eso que ella llama a bombo y platillos, derechos del hombre, sustituye el deber por el amor propio y egoísta. Para ella no existe la verdad, por cuanto no teme reconocer los derechos al error; para ella tampoco existe el bien, ya que no reconoce el deber de reprimir el mal: tan esclavizada está por el salvaje principio de independencia. Quiere quitar a Dios de su trono en cuanto la es posible, al rehusar reconocerle los derechos en las personas depositarias de la autoridad social y echa al hombre sin defensa ninguna bajo el yugo de la fuerza bruta, aplastándole bajo el peso de lo llama "mayorías" y bajo la monstruosa presión

[1] *Gal.*, IV, 31.

de los hechos consumados. No es ésta, oh San Eleuterio, la libertad a la cual nos ha convidado Jesucristo, nuestro Salvador. "Sed como los hombres libres", nos dice San Pedro, tu predecesor, "y no seáis como aquéllos, que bajo un velo falaz, son los seguidores de la libertad del mal"[1].

27 DE MAYO

SAN BEDA EL VENERABLE, CONFESOR Y DOCTOR DE LA IGLESIA

En este día Inglaterra pone a nuestra consideración su más ilustre hijo, San Beda el Venerable, aquél monje humilde y amable, cuya vida la pasó alabando a Dios y buscándole en la naturaleza y en la historia, pero sobre todo en la Sagrada Escritura, estudiada con amor e interpretada a la luz de las más sanas tradiciones. El que no hizo otra cosa que escuchar a los antiguos maestros, llega a ocupar un lugar entre ellos, siendo también Padre y Doctor de la Iglesia de Dios. Oigamos cómo al final de sus días nos resume él mismo su vida:

SU VIDA: "Sacerdote del monasterio de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, nací en su territorio y nunca cesé de habitar en su casa desde los siete años, observando la regla, cantando cada día en su iglesia, encontrando mis delicias en aprender o en enseñar o en es-

[1] *I S. Pedro,* II, 16.

cribir. Luego que recibí el sacerdocio, comenté la Sagrada Escritura para mi propio bien y para el de mis hermanos, en algunas obras, sirviéndome para ello de las expresiones que usaron nuestros venerados Padres o siguiendo fielmente su interpretación. Y, ahora, oh buen Jesús, te pido que ya me has dado tan misericordiosamente a beber la dulzura de tu palabra, me concedas llegar benigno a la fuente, tú que eres Fuente de la Sabiduría, y verte por siempre jamás"[1].

La muerte. — Su muerte no había de ser una de las lecciones menos preciosas que dejaría a los suyos. Los cincuenta días que le duró la enfermedad que le privó de la vida, los pasó como el resto de su vida, cantando salmos o enseñando. Acercándose la Ascensión del Señor repetía con lágrimas de gozo la antífona de la fiesta: "Oh Rey de la gloria, que subiste triunfante a lo más encumbrado de los cielos, no nos dejes huérfanos sino envíanos al Espíritu de verdad según la promesa del Padre." Y haciendo suyas las palabras de San Ambrosio repetía a sus discípulos: "No he vivido de modo que tenga que avergonzarme de vivir en medio de vosotros, pero no tengo miedo de morir, porque tenemos un buen Señor." Después volviendo a su traducción del Evangelio de San Juan y a un trabajo que había emprendido sobre San Isidoro, decía: "No quiero que mis discípulos después de mi muerte se distraigan en falsedades y que sean sin fruto sus estudios."

[1] Beda: *Hist. Eccl.*, último capítulo.

El martes anterior a la Ascensión aumentó la dificultad de respirar y aparecieron los síntomas de un rápido desenlace. Muy contento dictó durante todo este día y pasó la noche en acciones de gracias. La aurora del día siguiente le encontró activando los trabajos de sus discípulos. Dejáronle a la hora de Tercia, para ir a la procesión, que se acostumbraba a tener ya desde entonces con las reliquias de los santos. Uno de sus discípulos que se quedó con él le dijo: "Maestro amado, ya no falta sino un capítulo que dictar. ¿Te quedan aún fuerzas?" Es muy fácil contestó sonriendo el bondadoso Padre, toma la pluma, córtala, y luego escribe, pero date prisa. A la hora de Nona llamó a los sacerdotes y les repartió algunos recuerdos, pidiéndoles en cambio un momento en el sacrificio del altar. Lloraban todos, mientras él lleno de gozo les decía: "Es tiempo ya, si es esa la voluntad de mi Creador, de que vuelva a Aquél que me hizo de la nada, antes de existir. Mi benigno Juez ha ordenado muy bien mi vida; mas he aquí que para mí se acerca la hora de la separación; yo la deseo para estar con Cristo: sí, mi alma desea ver en su belleza a Cristo mi rey."

Hasta el atardecer no cesó de exhalar aspiraciones semejantes, hasta que llegó a este diálogo con Wiberto, el joven mencionado más arriba, y que es de lo más encantador: "Maestro amado, aún queda una frase. —"Escríbela

pronto." Y un momento después: "Se acabó ya", dijo el joven. "Muy bien dices, respondió él. Se acabó todo: toma mi cabeza con tus manos y sosténla mirando hacia el oratorio, porque me causa mucha alegría encontrarme de cara al lugar santo, en donde tanto he rezado. Y desde el suelo de su celda en que se le había echado entonó: *Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.* y cuando hubo pronunciado la última palabra entregó su espíritu.

VIDA. — San Beda nació en Gran Bretaña en 672 o 673. Huérfano desde su misma infancia, entró a los siete años en la abadía de Wearmouth. Tres años más tarde pasó a la nueva fundación de Yarrow, en donde permaneció toda su vida. Fué ordenado de diácono a los 19 años, y de sacerdote a los 30. Murió el 25 de mayo del año 735. Su ciencia fué verdaderamente universal y dejó tantos escritos que durante toda la Edad Media estos libros constituían por decirlo así la única biblioteca de los Anglosajones. Sus obras figuran entre las más leídas y las más copiadas en toda la cristiandad. Comentó toda la sagrada Escritura, siguiendo siempre paso a paso la doctrina de los Santos Padres. León XIII le declaró doctor de la Iglesia.

PLEGARIA. — *¡Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo!* Este será el canto de toda la eternidad. Aún no existían ni los Angeles ni los Hombres y ya Dios se bastaba a Sí mismo para su propia alabanza, en medio del concierto admirable de las tres divinas Personas. Su alabanza era adecuada, infinita, perfecta como Dios, sola digna de El. Por más que el mundo ce-

lebrara tan magníficamente a su Autor por medio de los millares de voces de la naturaleza, siempre se quedará muy por debajo del objeto de sus cantos. Sin embargo de eso, la misma creación está invitada a enviar al cielo el eco de la melodía trina y una. Cuando el Verbo por medio del Espíritu Santo se hizo hombre en María, siendo su verdadero hijo, como lo era ya del Padre, el eco creado del cántico eterno respondió plenamente a las armonías adorables, cuyo secreto estaba guardado primitivamente en la Santísima Trinidad. Después, para el hombre que sabe comprenderlo, su perfección está en asemejarse al hijo de María, para no hacer más que uno con el Hijo de Dios en el augusto concierto en que Dios encuentra su gloria.

Fuiste, oh glorioso San Beda, aquél hombre a quien le fué dado el espíritu de inteligencia. Era, pues, justo que tu último suspiro saliese de tus labios acompañado del cántico de amor, en que se había consumido para ti la vida mortal, señalando así tu entrada sin dificultad ninguna en la eternidad feliz y gloriosa. ¡Ojalá nos aprovechemos nosotros de esta última lección en la cual se hallan resumidas las enseñanzas de tu vida tan sencilla y tan grande a la vez! Gloria sea a la infinitamente poderosa y misericordiosa Trinidad. ¿Por ventura no es esta la última palabra del ciclo completo de nuestros misterios que al presente terminan con la glorificación del

Padre Eterno, por medio del triunfo de su Hijo Redentor y con el florecimiento del reino del Espíritu Santificador por todas partes? ¡Qué hermoso era el reino del Espíritu Santo en la Isla de los Santos, qué bello el triunfo del Hijo para gloria del Padre, cuando Inglaterra, entregada a Cristo por Roma, brillaba en los confines del universo, como joya de inapreciable valor en los adornos de la Esposa! Santo Doctor de los ingleses en el tiempo de su fidelidad, responde ahora a la esperanza del Romano Pontífice que extiende tu culto a toda la Iglesia y despierta en el alma de tus conciudadanos los sentimientos de otros tiempos para con la Madre común.

EL MISMO DIA

SAN JUAN I, PAPA Y MARTIR

La integridad de la fe. — Este Papa no consiguió la palma del martirio con la victoria del perseguidor pagano, sino más bien luchando por la libertad de la Iglesia contra un rey cristiano. Pero este rey era un hereje, y por consiguiente enemigo de cualquier Papa romano, celoso del triunfo de la verdadera fe. La situación del Vicario de Cristo en este mundo está revestida del carácter de lucha y ocurre a veces que el Papa es verdaderamente mártir sin haber derramado su sangre. Es lo que sucede con el Papa San

Juan I, que no murió al filo de la espada, sino que el instrumento de su martirio fué un calabozo, y como él hay otros muchos pontífices, que gozarán en el cielo de su compañía incluso sin haber tenido que sufrir sus pies el peso de las cadenas: su calvario ha sido el Vaticano. Vencieron, cayendo sin aparente resonancia y dejando al cielo el cuidado de defender su causa.

La fiesta del santo del día de hoy nos da a conocer la conducta que debe observar cualquier hijo de la Iglesia, si es digno de tal Madre. San Juan nos enseña que el cristiano no debe pactar nunca con la herejía ni tomar parte en las medidas que la política de este siglo creyere debe tomar para asegurarse los derechos. Si los tiempos, secundados por la indiferencia religiosa de los gobiernos, han traído la tolerancia e incluso el privilegio de la igualdad a las sectas separadas de la Iglesia podremos tolerar esta situación que es un atentado gravísimo contra la constitución de un estado cristiano; pero nuestra conciencia de católicos nos prohibe alabarla o considerarla como un bien. Sea cual sea el estado en que nos ha colocado la divina Providencia, nunca debemos de dejar de ir a beber nuestras normas de conducta en las inspiraciones de la fe que recibimos en nuestro Bautismo, en la práctica y en la enseñanza infalible de la Iglesia, fuera de la cual no hay más que contradicción, peligros y naufragios.

VIDA. — San Juan nació en Toscana. Cursó sus estudios en la ciudad de Roma, distinguiéndose por su piedad y sabiduría. Fué elegido papa a la muerte de San Hormisdas el 13 de agosto de 523. Su pontificado no debió de durar más de dos años y medio. El santo mostró siempre gran celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas. A él se debe la fecha de la fijación de la Pascua y el que se empezase a contar los años a partir del nacimiento de Cristo. Por este tiempo se entabló la lucha entre el arriano Teodorico el Grande que gobernaba en Italia (454-526) y el emperador del Oriente Justino Augusto, que reinaba en Constantinopla (518-527) y que había resuelto estirpar de su Imperio los últimos vestigios del arrianismo, echando mano de las más severas medidas. Teodorico obligó al Papa a que fuera a Constantinopla, para que alcanzase del emperador que cesase la persecución de los arrianos. El papa fué recibido de un modo triunfal, pero pareciendo a Teodorico que la embajada no había reportado ningún resultado, encerró al Papa en una prisión en donde murió de hambre y de sed. Su cuerpo fué trasladado cuatro años más tarde desde Rávena a la ciudad de Roma. Su cabeza se venera en la iglesia de los Frailes Menores de Ravena.

PLEGARIA. — Oh Santo Pontífice, conseguiste la palma del martirio con la confesión de la santidad inmaculada de la Iglesia. Esta Esposa del Hijo de Dios, como nos dice el Apóstol, no tiene "ni mancha ni arruga ninguna"[1] siéndola imposible por eso mismo el habitar a la par con la herejía en esta tierra recibida como dote de

[1] *Efes.*, V, 27.

su Esposo. Llegaron días en que los hombres, ebrios de egoísmo y de los intereses de este mundo pasajero, se resolvieron a dirigir la sociedad humana sin tener en cuenta los derechos del Hijo de Dios, de quien procede todo orden social, lo mismo que toda verdad. Arrinconaron a la Iglesia en el corazón de sus fieles y tuvieron a gala levantar capillas y templos para esas sectas revolucionadas contra ella. Oh glorioso Pontífice, despierta en el corazón de los cristianos de nuestros días el sentimiento del derecho imprescriptible de la verdad divina. Podremos humillarnos así sólo ante las necesidades impuestas por el triunfo fatal del error en los tiempos que nos han precedido, sin tener que aceptar como una muestra de progreso la igualdad de derechos que se procura establecer entre la verdad y el error. En tu prisión, oh mártir valiente, proclamaste los derechos de la Unidad de la Iglesia; en medio de la defección predicha tiempo ha por el Apóstol [1], guárdanos de complacencias cobardes, de seducciones funestas, de ligereza culpable que causa tantas víctimas en nuestros días y que nuestra última palabra al salir de este mundo sea la que el Hijo de Dios se dignó enseñarnos: "¡Oh tú que eres nuestro Padre, haz que sea santificado tu nombre y que llegue ya tu reino!"

---

[1] *II Tesal.*, II, 3.

28 DE MAYO

SAN AGUSTIN, OBISPO Y APOSTOL DE INGLATERRA

La evangelización de Inglaterra. — Entre las muchas preocupaciones que absorbían la celosa y apostólica alma de San Gregorio Magno, una fué la idea de evangelizar la Gran Bretaña. Una especie de instinto divino le había revelado que estaba destinado a ser el padre de estos anglosajones, conocidos por él al verlos expuestos como esclavos en los mercados de Roma. No pudiendo realizar por sí mismo esta empresa, buscó otros apóstoles que pudieran llevarla a buen término, encontrándolos en el mismo claustro benedictino, en que años antes y durante mucho tiempo él mismo había llevado la vida monástica. Roma vió con satisfacción partir para Inglaterra al monje Agustín a la cabeza de cuarenta compañeros, bajo el estandarte de la cruz.

De este modo los habitantes de esta gran isla recibían la fe de este gran Papa, siendo también monjes los iniciadores de la doctrina de su salvación cristiana. Muy pronto germinó la palabra de San Agustín y de sus compañeros en este suelo privilegiado. Ciertamente que se necesitaría mucho tiempo para extenderse por toda la isla, pero ni Roma ni la Orden de San Benito

abandonaría la obra comenzada; los restos del antiguo cristianismo acabaron por unirse a los nuevos adeptos e Inglaterra mereció ser llamada durante mucho tiempo la isla de los santos.

Las gestas del apostolado de Agustín en esta isla fueron verdaderamente admirables. El desembarco de los misioneros romanos que avanzan hacia esa tierra infiel al canto de las letanías; la acogida pacífica y bondadosa que les depara el rey Etelberto; la influencia de la reina Berta, francesa y cristiana, en el establecimiento de la fe entre los sajones; el bautismo de 10.000 neófitos en las aguas de un río el día de Navidad; la fundación de la iglesia primada de Cantorbery, una de las más ilustres de la cristiandad por la santidad y grandeza de sus obispos; todas esas maravillas de la evangelización de Inglaterra es una de las señales más significativas de la providencia sobre este pueblo.

La gravedad y mansedumbre de Agustín y su atractivo por la contemplación en medio de tantos trabajos, añaden un nuevo encanto a este magnífico episodio de la vida de la Iglesia. Pero se encoje el corazón al pensar que una nación que fué objeto de tales gracias, se ha hecho infiel a su misión y se ha dirigido contra Roma, su madre, y contra el instituto monástico con el que tantas deudas tiene contraídas, todo el furor de su odio parricida y todos los esfuerzos de una política sin escrúpulos.

VIDA. — San Agustín era monje de S. Andrés de Roma. Cuando S. Gregorio le confió la misión de evangelizar la Gran Bretaña. Partió en 596 con 40 monjes y llegó en la primavera de 597. El rey le tributó honrosa acogida y le permitió evangelizar el país. Agustín volvió a las Galias a recibir la consagración episcopal de manos del arzobispo de Arlés y el día de Navidad de 597 bautizó a diez mil insulares con el mismo rey. En 601 un refuerzo de 12 monjes fué a ayudar a los primeros apóstoles y a llevar a San Agustín, junto con el palio, el plan de la organización jerárquica de la Iglesia de Inglaterra que le enviaba el Papa. Agustín murió el 26 de mayo de 604 ó 605 en Cantorbery. León XIII extendió su fiesta a la Iglesia universal.

JESÚS, REY DE LAS NACIONES. — Eres Jesús resucitado la vida de los pueblos como eres la vida de nuestras almas. Llamas a las naciones a tu conocimiento, a tu amor y a tu servicio porque "te fueron dadas en herencia", y tu las has hecho tuyas una tras otra. Tu amor te inclinó hacia esta isla de Occidente a la que desde lo alto de la Cruz mirabas con misericordia. Hacia esa isla, llamada a tan alto destino se dirigió Agustín tu apóstol, enviado por Gregorio tu vicario.

... DE INGLATERRA. — Has reinado glorioso sobre esta región. La has dado pontífices, doctores, reyes, monjes y vírgenes cuyas virtudes y trabajos llevaron hasta muy lejos el renombre de la Isla de los santos. Y en esta noble conquista una gran parte del mérito recae en Agustín, tu

discípulo y heraldo. Tu imperio, oh Jesús, se mantuvo largo tiempo sobre este pueblo cuya fe fué tan admirada en el mundo entero. Pero ¡ay! vinieron días funestos en los que Inglaterra no quiso que siguieras reinando sobre ella[1] y hasta contribuyó a que otros países, sometidos a su influencia, siguieran el mismo camino. Te ha odiado en tu Vicario, ha repudiado la mayor parte de las verdades que enseñaste a los hombres, ha apagado su fe para sustituirla por la razón independiente que ha producido en su seno todos los errores. En su furor herético ha quemado y pisado todas las reliquias de los santos que fueron su gloria, ha hecho desaparecer la orden monástica a la cual debía el beneficio del cristianismo; se ha anegado en la sangre de los mártires, atizando la apostasía y persiguiendo como el más grande de los crímenes la fidelidad a la antigua fe.

PLEGARIA POR INGLATERRA. — Sin embargo de eso tu misericordia, oh Jesús, ha espigado de nuevo en esta isla millares de almas a las cuales has llenado de luz y de verdad que aprecian con amor tanto más ardiente cuanto mayor era el tiempo que habían estado privadas de él. Creas así un nuevo pueblo para Ti en el seno mismo de la infidelidad entre la cual es cada año más abundante la cosecha. Continúa tu obra

---

[1] *S. Lucas.*, XIX, 14.

misericordiosa para que en el día supremo estos restos de Israel proclamen en medio de la ruina de Babilonia la vida inmortal de esta Iglesia de la cual no pueden separarse impunes las naciones por ella alimentadas.

Agustín apóstol de Inglaterra, tu misión no ha terminado todavía. El Señor ha determinado completar el número de tus elegidos rebuscando incluso entre la cizaña que cubre el campo sembrado por tus manos. Ven en ayuda de los nuevos enviados del Padre de familias. Obtén por tu intercesión esas gracias que iluminan los espíritus y transforman los corazones. Haz ver a tantos ciegos que la Esposa de Jesús es "única" como El mismo dice [1]; que la fe de Gregorio y de Agustín no ha dejado de ser la fe de la Iglesia católica y que muchos siglos de posesión no son capaces de crear un derecho a la herejía sobre una tierra que sólo ha conquistado por la seducción y la violencia y que conservará siempre el sello imborrable de la catolicidad.

29 DE MAYO

SANTA MARIA MAGDALENA DE PAZIS, VIRGEN

LA SANTA DE LA CARIDAD DIVINA. — Magdalena de Pazis ha brillado en el Carmelo por su esplendorosa pureza y por lo ardiente de su amor,

[1] *Cant.*, VI, 8.

Ha sido una de las más hermosas manifestaciones de la caridad divina en el seno de la verdadera Iglesia, llevada a cabo en la sombra del claustro como Felipe de Neri en las tareas del ministerio pastoral, habiendo acogido ambos en sí mismos para cumplirla esta palabra del Hombre Dios: "He venido a prender fuego sobre la tierra y qué otra cosa quiero sino que arda"[1].

La vida de la Esposa de Cristo fué un milagro continuado. Los éxtasis y raptos eran diarios. Dios le comunicó vivísimas luces sobre los misterios y con el fin de purificarla cada vez más por medio de estas sublimes manifestaciones, la hizo atravesar las más terribles pruebas de la vida espiritual. Triunfó de todas, aumentando siempre su amor hasta el extremo de que sólo podía encontrar reposo en el sufrimiento con el que alimentaba el fuego que la consumía. Al mismo tiempo su corazón rebosaba de amor por los hombres, deseando salvarlos a todos y extendiendo su caridad ardiente no sólo a las almas sino también los cuerpos. Mientras duró en la tierra esta existencia seráfica el cielo miró particularmente complacido Florencia y el recuerdo de tantas maravillas ha mantenido, en esta ciudad hasta nuestros días, un culto fervoroso a la insigne Esposa del Salvador de los hombres.

---

[1] *S. Luc.*, XII, 49.

Uno de los caracteres más sorprendentes de la divinidad y de la santidad de la Iglesia aparece en estas vidas privilegiadas en las cuales la acción directa de los misterios de nuestra salud aparece con tanto esplendor. "Dios amó al mundo hasta el punto de darle su único Hijo"[1], este Hijo de Dios se enamora de alguna de sus criaturas produciendo en ella tales efectos que todos los hombres pueden adquirir por ellos una idea del amor de que está abrasado su divino corazón hacia este mundo que rescató con el precio de su sangre. ¡Dichosos los que saben contemplar este espectáculo y dar gracias por tales dones! Ellos pusieron la verdadera luz y en tanto que aquellos que dudan demuestra que sus luces luchan todavía con las tinieblas de la naturaleza caída.

VIDA. — Sta. María Magdalena de Pazis nació en Florencia en 1566. Desde su más tierna infancia fué favorecida de gracias particulares hasta el punto de tener constantemente el sentimiento de la presencia de Dios y de poder pasar largas horas en la oración. A la edad de diez años hizo su primera comunión y poco después emitió el voto de perpetua virginidad. En 1582 ingresaba en el Carmelo donde hacía su profesión dos años después. Pero entonces vivió en un estado continuo de oración y de éxtasis frecuentes. Dios la probó con terribles sufrimientos hasta su muerte ocurrida el 25 de mayo de 1607. Numerosos milagros dieron

[1] *Joh.*, III, 16.

testimonio de su santidad por lo que Clemente IX la inscribió en el catálogo de los santos en 1669.

ELOGIO. — Tu vida aquí, oh Magdalena, se asemejó a la de un angel a quien la voluntad de Dios hubiera sometido a las leyes de la naturaleza caída. Todas tus aspiraciones te llevaban más allá de las condiciones de la vida presente y Jesús se complacía en despertar en ti esa sed de amor que sólo podía saciarse en las fuentes de la vida eterna [1]. Una luz celestial te revelaba los misterios divinos, tu corazón no podía contener ya los tesoros de verdad y de amor que el Espíritu Santo acumulaba en él y entonces tu energía se refugiaba en el sacrificio y en el dolor como si únicamente en el anonadamiento de ti misma hubieras podido pagar la deuda que habías contraído con ese Dios que te colmaba con sus más caros favores.

PLEGARIA. — ¿Cómo te imitaremos alma seráfica?, ¿qué representa nuestro amor junto al tuyo? Podemos, sin embargo, seguirte desde lejos. El año litúrgico era el centro de tu existencia cada una de sus estaciones ejercía sobre ti su influencia y te traía nuevas luces y nuevos ardores. El Niño de Belén, la Víctima de cruz, el Vencedor de la muerte, el Espíritu Santo con sus siete dones te arrebataban; y tu alma, reno-

[1] *Joh.*, IV, 14.

vada por esta sucesión de maravillas se transformaba cada día más en Aquel que, por adueñarse de nuestros corazones, se dignó manifestarse en estos hechos sublimes que la Santa Iglesia nos hace repasar cada año con los socorros de una gracia siempre nueva. Oh Magdalena, amaste con pasión a las almas durante tu vida mortal, pero este amor se ha acrecentado aún más con la posesión del Bien Supremo. Alcánzanos abundancia de luces para ver mejor todo aquello que hechizaba tus potencias y tus sentidos, el ardor del afecto para amar más lo que apasionaba tu corazón.

EL MISMO DIA

SAN FELIX I, PAPA

Los papas santos de la antigüedad cristiana aparecen casi en grupo en esta última parte del ciclo pascual. Hoy es Félix I. Sus actas no nos han sido conservadas. Un rasgo, sin embargo, extraído de los usos de la Iglesia en estos tiempos azarosos nos muestra al Santo Pontífice preocupado por honrar debidamente a los mártires. Fué quien ordenó la celebración del santo sacrificio sobre sus tumbas, práctica que la Iglesia observa todavía como recuerdo de esta prescripción al exigir que todos los altares, fijos o portátiles, contengan al menos algunas reli-

quias de mártires. Tendremos ocasión de volver a hablar de este uso.

VIDA. — San Félix fué elegido papa a la muerte de San Dionisio, acurrida a finales del año 268. Durante su pontificado parece que no hubo persecución y se cree que el emperador Aureliano se le mostró favorable. Murió el 30 de diciembre del 274. Un error del copista, III Kal. jun. por III Kal. jan. ha hecho colocar su fiesta el 30 de mayo. Habiéndole confundido el autor del *Liber Pontificalis* con un mártir por nombre Félix, sepultado en la Vía Apia, le fué atribuído el martirio a este Papa que estaba enterrado en el cementerio de Clisto.

PLEGARIA. — Has imitado en tu muerte, oh Santo Pontífice, al divino Maestro. Como él también saldrás vivo del sepulcro. Jesús es el primogénito de entre los muertos [1] y tú le seguirás en su resurrección. Tu cuerpo fué depositado en esos subterráneos a los que la piedad de la Iglesia de tu tiempo el nombre de Cementerios para significar que era un lugar preparado para el sueño. Y puesto que despertarás aquel gran día en que la Pascua recibirá su último complemento, ruega para que nosotros también tengamos parte contigo en aquella feliz resurrección. Alcánzanos que las gracias de la solemnidad pascual se conserven en nosotros y dispón nuestros corazones para la visita del Espíritu Santo que confirme en nosotros la gracia comenzada por el divino autor de la salvación.

[1] *I Cor.*, XV, 20.

EL MISMO DIA

SAN GENADIO, OBISPO

Cuando los árabes invadieron a España y como torrente destruyeron a su paso monarquía, instituciones, pueblos y ciudades, preparó Dios los restauradores que habían de poner los cimientos del pueblo que había de formarse, fuerte, aguerrido y sobre todo apegado a su fe cristiana, tan probada en su lucha contra el moro. Uno de estos restauradores fué San Genadio.

VIDA. — Brilló este santo hacia el año 890 durante el reinado de Alfonso el Magno. Monje primero en el Bierzo, con su trabajo y con la ayuda de otros compañeros, levanta casas, construye iglesias, labra los campos yermos y copia manuscritos, salvando así de su ruina a la antigua civilización romano-visigoda. Admirados de sus virtudes el clero y pueblo de Astorga le eligen obispo de su ciudad. Aceptado el cargo a la fuerza, después de haber sido durante un tiempo la admiración de su grey por sus virtudes, renuncia al mismo y vuelve a su amada soledad, donde funda una familia religiosa que por sus austeridades llegó a emular a la Tebaida. Murió en 936.

PLEGARIA. — Grande fuiste, Genadio por tus virtudes y grande tu amor a Cristo. Con tu admirable vida ilustraste a Astorga y a las montañas de León. Durante un tiempo toda esa región, por las proezas de las austeridades y por la vida penitente de sus monjes fué émula de la

antigua Tebaida. Gracias a esos gigantes de la santidad que tú formaste, se afianzó el espíritu cristiano en el pueblo, dándole ánimos para combatir a sus omnipotentes invasores, hasta que en un día aún lejano arrojarlos del suelo patrio. Ruega por España, y ruega por esa región de Astorga, cuya sede ocupaste durante tanto tiempo. Que sigan tus enseñanzas y que sea fiel a la fe que tú les predicaste.

30 DE MAYO

SAN FERNANDO, REY DE CASTILLA Y DE LEON

Dios ha querido dotar a su Iglesia de ejemplares vivos que sirvan de modelos a todos sus hijos a quiénes procura educar con maternal cuidado. En todas las épocas y en todos los estados se encontrarán lumbreras que servirán de faro luminoso a los pobres mortales que se hallan encadenados a los placeres de este mundo. Tanto al rico como al pobre, al noble como al plebeyo, al vasallo como al rey, que se sienta en su trono, puede presentar esos modelos para su aprovechamiento.

SANTIDAD EN LA PROSPERIDAD. — Hoy nos presenta la Iglesia a Fernando III, rey de Castilla y de León, uno de los mayores monarcas que ha tenido España. La Providencia quiso que vivie-

ran a la vez dos parientes próximos y que se sentara el uno en el trono de Castilla y de León y el otro en el de Francia y que fueran modelos de caballeros y de santos. Hubo con todo eso una diferencia entre ellos: porque al uno quiso Dios llevarle a la santidad por el camino de los sufrimientos y de los fracasos y al otro por el camino de los éxitos y prosperidades, que es más raro y todavía más admirable por el peligro de caer en la vanagloria. Todo redunda en alabanza de la gracia de Cristo para la que no hay nada imposible. San Luis, rey de Francia imita a Cristo paciente y San Fernando, rey de Castilla y de León representa a Cristo triunfante. Uno y otro son dos hijos de la Santa Iglesia.

"San Fernando, dice un brillante escritor, tuvo todo cuanto puede apetecer un rey: riquezas en abundancia, una corte magnífica, una espada invencible, la dirección experimentada de una madre, el consejo de un hombre genial, el arzobispo Jiménez de Rada; la ayuda de un gran almirante, la colaboración de excelentes capitanes, la adoración de un ejército aguerrido y el amor inalterable de su pueblo. Dios le bendecía y la misma naturaleza parecía ser su esclava "ca en el su tiempo año malo nin fuerte en toda Espanna no vino, e señaladamente en la su tierra""[1]. Si San Agustín bendecía a Dios por ha-

---

[1] Justo Pérez de Urbel: *Año cristiano*.

berle dado tal madre, San Fernando tuvo motivos para agradecer a Dios el beneficio por la suya. A ella la debió no sólo la corona sino la educación piadosa y viril con que llevó a cabo sus admirables gestas en pro de la Iglesia y de la patria."

GUERRERO Y GOBERNANTE. — Quedó el moro muy quebrantado después de la derrota de las Navas de Tolosa. Supo Fernando aprovechar esta debilidad para irle arrojando poco a poco de la Península. Al efecto unas veces por las armas y otras por negociaciones fué tomándole sucesivamente las plazas de Baeza, Jaén, Lorca, Córdoba y Sevilla y todo el reino de Murcia, quedando de ese modo el moro tán debilitado que nunca jamás tuvo la pretensión de volver a imponer su dominio en España. El mismo reino de Granada tuvo que pagar tributo al Santo reconociendo su vasallaje. Mas no sólo fué guerrero afortunado, fué también gobernante. Porque a la vez que empuñaba la espada favorecía la paz y la justicia y con ellas, el amor a las letras y las artes, a la agricultura e industria y sembraba de iglesias y catedrales el suelo patrio, catedrales como la de Burgos, Toledo, León, Osma tan famosas en todo el mundo, a la vez que ponía los cimientos y dotaba con largueza a la Universidad de Salamanca, que había de ser un foco de luz en toda España.

VIDA. — Nació Fernando en 1199 de Berenguela y Alfonso IX de León. Habiendo muerto trágicamente su tío Enrique I de Castilla, su madre, a quien correspondía el trono, renunció a él en favor de su hijo Fernando a quien "había educado en el amor a Dios y a los hombres". Gobernó su reino con mucha prudencia y a la vez firmeza sometiendo a algunos nobles rebeldes a su autoridad. Fundó la universidad de Salamanca y puso las primeras piedras de varias catedrales. Avanzó la reconquista más que ninguno de sus predecesores y como no lo habían de hacer sus sucesores. Murió en Sevilla el 30 de mayo de 1252 despojado de los emblemas reales y tendido en un lecho de cenizas y una soga al cuello "feriendo en los sus pechos muy grandes feridas, llorando muy fuerte de los oios et culpándose mucho de sus pecados."

ELOGIO. — Ninguno mayor se le puede hacer que el que nos pone la Crónica General de España: "Rey mucho mesurado et cumprido en toda cortesía, muy sabidor et de buen entendimiento, muy fuerte y muy leal, muy bravo y muy verdadero; el ensalzador del cristianisimo y abajaor del paganismo, mucho homildoso contra Dios, mucho obrador de obras, muy católico, muy eclesiastico y mucho amador de la Iglesia, ca en Dios tuvo su tiempo, sus oios y su corazón." Hasta los moros lloraron al más benigno de los conquistadores, "ca era de ellos mucho amado, por la mucha lealtad que siempre les guardaba."

PLEGARIA. — ¡Grandes fueron tus conquistas, oh Fernando! pero mayores fueron tus virtudes.

Una cosa admiramos en tu vida y es tú humildad y santidad en medio de la prosperidad. Fuiste grande según el mundo; pero lo fuiste más por el vencimiento propio, por tu amor de la justicia, por tu piedad. ¡Cuántas oraciones se han elevado a Dios desde esas magníficas catedrales e iglesias que levantaste para el servicio del culto divino! ¡Cuántas lágrimas enjugaste con tus limosnas y caridades! Ruega por España a quien tanto bien hiciste con tus ejemplos. Si ha sido tan firme en la conservación de la fe católica contra la herejía y contra el materialismo comunista se lo debe a tus virtudes y a tu intercesión. Ruega por sus gobernantes, de los cuales la casi totalidad han seguido tus huellas en la defensa de la fe. Ruega por su ejército que te ha tomado por patrono, que resplandezca en él no sólo el valor sino también tus virtudes castrenses y cristianas.

31 DE MAYO

SANTA ANGELA DE MERICIS, VIRGEN

El día está aureolado por una doble gloria: por el triunfo de Aurelia Petronila de la primera edad de la Iglesia, y por el perfume de Angela de Méricis. El siglo diez y séis que ayer ofrecía a Cristo resucitado la seráfica Magdalena de Pazis, le presenta hoy este nuevo tributo de la santidad de la Iglesia. Angela llenó todo el signi-

ficado del hermoso nombre que recibió. Posee en cuerpo mortal la pureza de los espíritus bienaventurados, imita la agilidad de su vuelo y por el vigor que lleva consigo las prácticas de todas las virtudes encarna su energía sobrenatural. Vióse a esta heroína de la gracia poner a sus pies todo lo que hubiera podido detenerla en su camino. Elevada desde muy pronto a la más alta contemplación, un ardor caballeresco la lleva a las playas de Oriente para allí seguir las huellas del Esposo divino a quien se había entregado. Poco después se la ve visitar Roma y exhalar sus súplicas ante la Confesión de San Pedro; vuelta al lugar de su morada funda una Orden religiosa que lo es todavía hoy y lo será siempre uno de los ornamentos y auxilios de la Santa Iglesia.

El espectáculo de Ursula rodeada de su legión de vírgenes sedujo el corazón de Angela; también ella necesita un ejército de estas jóvenes valientes. La noble princesa bretona hizo frente a los bárbaros; Angela, nueva Ursula dará una batalla al mundo y a sus seducciones tan peligrosas para las almas todavía jóvenes, y como trofeo de sus victorias podrá mostrar las innumerables generaciones de adolescentes que su santo instituto ha salvado desde hace tres siglos, iniciándolas en la práctica y el amor de las virtudes cristianas.

VIDA. — Angela nació cerca de Verona entre 1470 y 1475. Los sufrimientos que Dios la envió la llevaron a buscar solamente en El los consuelos de que sentía necesidad, y por inspiración divina entró en la Tercera Orden de S. Francisco en la que llevaba una vida piadosa y austera dándose a las obras de caridad. Con gran devoción hizo la peregrinación a Tierra Santa. De vuelta a Italia, viendo extenderse cada vez más la desmoralización producida por el Renacimiento, comenzó en 1535 la fundación de una congregación religiosa que tuviera por fin la educación de las jóvenes para así asegurar las reformas de la familia y de la sociedad. Esta congregación, puesta bajo el patrocinio de la ilustre virgen y mártir Sta. Ursula, fué aprobada por el cardenal Cornaro con el título de Unión romana de Ursulinas el 8 de agosto de 1536. Angela se consagró totalmente a su obra hasta su muerte acaecida el 24 de enero de 1540. Canonizada por Pío VII en 1807, su fiesta era extendida a la Iglesia universal, en 1861.

ELOGIO. — Combatiste los combates del Señor, oh Angela, y tu vida tan llena de obras santas te ha merecido un descanso glorioso en las moradas eternas. Un celo insaciable por el servicio de Aquel que te había elegido por Esposa, una ardiente caridad hacia todos aquellos que El rescató con su sangre, tales son los aspectos que caracterizan toda tu existencia. Este amor por el prójimo te ha hecho madre de una familia innumerable porque nadie podría contar las niñas que han bebido en las escuelas de tus hijas la leche de la doctrina sana y de la piedad. Contribuíste poderosamente al mantenimiento de la

familia cristiana preparando tantas madres y esposas para sus sublimes deberes, y de tu institución han salido otras que para consuelo de la Iglesia y para beneficio de la sociedad han sido llamadas al mismo fin. El Sumo Pontífice ha ordenado que tu nombre sea solemnizado en toda la catolicidad y al promulgar este decreto ha declarado que quería con ello colocar bajo tu protección materna toda la juventud femenina expuesta hoy a tantos peligros por los enemigos de Cristo y de su Iglesia. Han formado el designio de arrancar la fe del corazón de las esposas y de las madres para así aniquilar con más seguridad el cristianismo que tan suave y fuerte influencia ha conservado hasta ahora en la familia. Descubre, oh Angela, estas tenebrosas asechanzas. Protege a tu sexo; alimenta en él el sentimiento de la dignidad de la mujer cristiana y la sociedad podrá todavía salvarse.

Plegaria. — También nosotros nos dirigimos a ti, esposa de Cristo, para obtener tu ayuda en el recorrido de este año litúrgico en el que cada día encontramos tus huellas. Tu empeño en vivir los misterios que se desarrollan a lo largo de él te llevó más allá de los mares. Quisiste ver Nazaret y Belén, recorrer Galilea y Judea, dar gracias en el Cenáculo, llorar en el Calvario, adorar el Sepulcro glorioso. Dígnate bendecir nuestros pasos en el camino que anduvieron tus pies. Te seguiremos al Monte de los Olivos desde

donde el Salvador se remontó a los cielos; penetraremos de nuevo en el Cenáculo iluminado por los fulgores del Espíritu Santo. Condúcenos en pos de tus huellas hacia esos lugares benditos cuyo atractivo te arrancó de tu patria y lanzó a través de tantos azares de una larga y peligrosa peregrinación. Eleva nuestras almas a las alturas de los misterios que coronan el Tiempo Pascual.

EL MISMO DIA

SANTA PETRONILA, VIRGEN

La Iglesia hace hoy memoria de Santa Petronila. Su nombre es un diminutivo de Petro, y descendía de Tito Flavio Petro, abuelo de Vespasiano. Por esta razón fué enterrada en las catacumbas de Domitila que pertenecían a su familia. Se encuentra también venerada en la basílica subterránea de Nereo y Aquileo y los antiguos guías de los peregrinos asocian siempre su nombre al de los dos mártires. Desgraciadamente no se conservan ningún recuerdo de los primeros siglos sobre Santa Petronila y su verdadera historia permanece desconocida. En el siglo VI se creó una leyenda y en adelante se la tuvo por hija de San Pedro.

PLEGARIA. — Nosotros, oh Petronila, juntamos tu triunfo a nuestras alegrías pascuales y ve-

neramos a través de los siglos tu memoria bendita. Despreciaste al mundo con sus placeres y honores y tu nombre se lee a la cabeza de los fastos de la Iglesia Romana que se honra de haber sido tu madre. Socórrela ahora con tu intercesión. Protege a todos los que recurren a ti y concédenos celebrar con un santo entusiasmo las solemnidades que suceden en estos días.

EL MISMO DIA

MARIA, MEDIADORA DE TODAS LAS GRACIAS

El mes consagrado a Nuestra Señora concluye hoy con la fiesta de su mediación universal. Su objeto es glorificar a María por su elección por Dios, como dispensadora de todas las gracias, lo que significa que cualquiera de ellas antes de sernos dadas pasan por sus manos. Así como en 11 de octubre celebramos su maternidad divina, de la misma manera honramos hoy su maternidad espiritual que es consecuencia de la primera.

INTERCESIÓN TODOPODEROSA. — Nada más consolador para nuestras almas de que en el cielo tenemos una Madre que ejerce en nuestro favor su intercesión omnipotente con todo el cariño de la mejor de las madres. Dios no necesita de nadie, pero quiso misericordioso, asociar a María

a la Redención del mundo. Para nuestro provecho la ha dado junto al segundo Adán el lugar que Eva había tenido, para nuestra perdición, junto al primero. Su maternidad espiritual comenzó el día de la Encarnación. Al pronunciar el *Fiat* María sabía que no recibía al Hijo de Dios para guardarlo celosamente, sino para darlo al mundo, para ofrecerlo un día sobre el altar de la cruz como sacrificio perfectísimo. Se diría que desde que posee a Jesús solo tiene un deseo: el de darle. Para darlo a Juan se apresura a visitar a Isabel. Para ofrecerlo al Padre y ofrecerse ella con El sube al templo el día de la Purificación y treinta años después se la ve junto a la cruz presentando la víctima que había alimentado y custodiado para el sacrificio. "La consecuencia de la comunidad de sentimientos y sufrimientos entre María y Jesús es que María mereció con todo derecho llegar a ser la reparadora de la humanidad caída y por tanto la dispensadora de todos los tesoros que Jesús nos ha conseguido con su muerte y con su sangre y de ser la todo-poderosa mediadora y abogada del mundo entero ante su Hijo unigénito[1].

"Habiendo querido Dios una vez, dice Bossuet, darnos a Jesucristo por la Santísima Virgen, ya no revocará esta orden puesto que Dios no se arrepiente de sus dones. Es y será siempre verdad, que habiendo recibido por su caridad el

---

[1] Pío X, Encicl. *Ad illum diem*, 2 de febrero, 1904.

principio universal de la gracia, recibimos también, por su mediación, sus diversas aplicaciones a todos los diferentes estados que integran la vida cristiana"[1]. Al solicitar el primer milagro de Jesús en Caná, María suscitó la fe de los Apóstoles; después de la Ascensión su plegaria atrae al Espíritu Santo y con él el establecimiento y la rápida difusión de la Iglesia. Poco después sube a los cielos "pero no por eso nuestros intereses le son menos queridos y menos sagrados. Allí vela por nuestra desdichada tierra; todo lo que la vida presente y en la futura puede haber de feliz para nosotros, nos viene por ella porque continuamente y de todas las maneras nos hace propicios al Hijo y al Padre de las misericordias"[2].

¡Qué confianza no deberemos tener en las súplicas de una Madre tan poderosa y tan benévola! Si la eficacia de la oración de los santos depende de su grado de santidad y de unión con Dios, ¡cuán poderosa debe ser la de María que fué llamada la llena de gracia por cuanto pertenecía a Dios sin reserva y fué asociada a Jesús hasta el punto de merecernos de *congruo*, es decir, por mérito de conveniencia, lo que El nos merecía de *condigno*, por mérito de justicia! De aquí que la tradición católica la haya llamado "la omnipotencia suplicante." Dios lo ha querido

---

1 Tercer sermón *sobre la Concepción de María.*

2 Juan Eukidas, Sermón *sobre la Dormición. P. G.*, CXX c. 1109.

así y en consecuencia ninguna gracia nos es dada sin pasar por manos de María, ya que ella es "como por derecho natural, la dispensadora de los tesoros" de su Hijo.

León XIII, en la Encíclica *Adiutricem populi* se complace en numerar los beneficios que Dios ha concedido a la Iglesia por la intercesión de la Santísima Virgen: "Debido principalmente a su protección y ayuda, la doctrina y las leyes del Evangelio se han propagado tan rápidamente, que la cruz bendita sea ensalzada y adorada en el mundo entero, y que las herejías hayan sido destruídas." Pío X atribuye igualmente a María los insignes favores concedidos a la Iglesia en los cincuenta años transcurridos hasta él después de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción.

Mediación universal. — Lo que es verdad respecto a los medios generales de salvación, lo es también de cada gracia en particular. La Santísima Virgen, nos dice San Bernardo, y los Papas han hecho suya esta doctrina, interviene en la distribución de todos los dones sobrenaturales, es mediadora para cada uno y cada una de las circunstancias de nuestra vida, como una madre que se ocupa individualmente de cada uno de sus hijos. Para esto Dios la ha dado un conocimiento proporcionado a su papel maternal universal y mientras un fiel prosiga la obra de

su santificación, María pondrá todo su poder y todo su amor a su favor para aplicarle los frutos de la redención.

Debemos, pues, dirigirnos con reconocimiento y confianza a quien y por quien recibimos todos los bienes sobrenaturales. Pero si la Virgen es dispensadora de los tesoros celestiales, si es la mediadora que nos da a Jesús, lo es también para conducirnos a Dios, para presentarle nuestras plegarias y nuestra misma vida. Sin duda Jesucristo es nuestro abogado y mediador ante el Padre, ¿pero tenemos suficiente grado de pureza para dirigirnos directamente a El? Digamos con el bienaventurado Grignon de Monfort en su admirable librito de "La verdadera devoción a la Santísima Virgen": "Tenemos necesidad de un mediador ante el mismo Mediador y para ello María es la más capaz de ejercer esta caritativa función. Por ella Jesús ha venido a nosotros y por ella debemos ir nosotros a El. Si no nos atrevemos a ir directamente a Jesucristo-Dios debido a su infinita grandeza o a nuestra pequeñez o a nuestros pecados, imploremos la ayuda y la intercesión de María nuestra Madre; es buena y cariñosa; en ella no hay nada de austero, nada de demasiado sublime o demasiado brillante que nos impida acercarnos; viéndola a ella, contemplamos nuestra misma naturaleza... Es tan dadivosa que no rechaza a nadie, tan poderosa desoye las súplicas; sólo ne-

cesita presentarse ante su Hijo que no podrá negar nada a las instancias y súplicas de su amantísima Madre. Para ir a Jesús es necesario ir a María que es nuestra mediadora por su intercesión; para ir al Padre es necesario ir a Jesús, nuestro Mediador por la redención."

PLEGARIA. — ¡Oh excelsitud de nuestra raza, diremos con Santiago el Monje, que tal mediadora ha conseguido! ¡Qué boca, aunque cante sin descanso himnos de alabanza, podrá darte, Señor, dignas acciones de gracias por este beneficio![1], ¡Oh Madre divina, eres la dispensadora y depositaria de las gracias no para guardarlas para ti sola, sino para repartirlas a manos llenas sobre todas las criaturas. Como dispensadora de inagotables tesoros está encargada de su distribución; ¿cómo ha de guardar celosamente unas riquezas que no disminuyen nunca? Derrama, pues, con mano generosa sobre tu pueplo y tu herencia tus misericordias y tus gracias. Líbranos de los males que nos oprimen. Mira las múltiples y difíciles pruebas que nos pesan sobre nosotros: pruebas interiores y exteriores que vienen de hermanos y de extraños. Restablece con tu poder el orden y la paz. Reconcilia a los hermanos entre sí, expulsa lejos a los enemigos que nos rodean y atormentan

[1] *Sobre la Natividad de la Madre de Dios*, n.º 20; *P. G.*, XXVII, c. 596.

como bestias feroces. Proporciona a nuestras miserias tu socorro y ayuda y concede a nuestras almas una gracia abundante con la que podamos triunfar de todo, a fin de que si no podemos avanzar lo logremos con ella. Concédenos, en fin, que fortificados y salvados por tantas misericordias podamos glorificar ahora y siempre por los siglos sin fin al Verbo eterno encarnado en ti por nosotros, junto con el Padre sin principio y el Espíritu Vivificador"[1].

[1] Gregorio Palamas, Hom. 37, *sobre la Dormición, P. G.*, CLI, c. 473.

FLORILEGIO

TEXTOS LITURGICOS Y PATRISTICOS QUE ACLARAN EL AÑO LITURGICO DE DOM GUERANGER, RECOGIDOS Y ORDENADOS POR LOS MONJES DE CHEVETOGNE

ADVERTENCIA SOBRE EL FLORILEGIO PASCUAL

El misterio pascual, en la mente de la Iglesia, manifestada por las antiguas liturgias, comprende la Pasión, la Muerte y la Resurrección. Estos tres actos del misterio de Cristo son absolutamente inseparables. "Si Cristo no hubiese nacido según la carne, dice San Juan Crisóstomo, no habría sido crucificado, lo cual constituye el objeto de la fiesta de Pascua." *(Homilía sobre San Filigon, P. G.,* 48, 752.)

Los textos, pues, que celebran la Resurrección de Cristo celebran también su Pasión y su muerte. Por eso hemos incluído en este volumen de Pascua las oraciones sacadas del *Triduum Sacrum,* la mayoría de las cuales se refieren a la Resurrección.

Además, preciso es notarlo porque en nuestros días se olvida con frecuencia, Cristo según la antigua tradición resucitó no solamente del sepulcro sino sobre todo, "de los infiernos", del reino de los muertos: *Resurgens ex mortuis,* o como decimos en español "de entre los muertos." He aquí la meta y el punto de partida, el juicio del misterio Pascual: el paso de la muerte a la vida. De ahí la importancia que al misterio del descenso a los infiernos dan las antiguas liturgias de Pascua: la iconografía primitiva y especialmente la

iconografía oriental, representa siempre la Resurrección de Cristo saliendo de los infiernos.

N. B. Como los textos principales de la Liturgia Romana referentes al misterio de Pascua figuran ya en el cuerpo de la obra, en el Florilegio incluímos solamente algunos.

PLAN DEL FLORILEGIO

(Las cifras se refieren a los números y no a las páginas)

I. — PASCUA

A) **Introducción:** 1. *Pascua, resurrección de la humanidad pecadora.* Canon pascual de San Juan Damasceno (1); Sermón de San Juan Crisóstomo (2).
2. *Las santas mujeres en el sepulcro.* Fragmento de Hipólito (3); Liturgia armena (4).

B) **Pascua vieja y Pascua nueva:** Liturgia romana (5); Liturgia ambrosiana (6); Liturgia griega (7).

C) **El rescate del pueblo de Dios:**
1. *Pasión y Resurrección:* Liturgia griega (8).
2. *Cristo libre en su Pasión y Muerte:* Liturgia romana (9); Liturgia griega (10).
3. *Traicionado y abandonado por su pueblo:* Liturgia romana (11); Liturgia griega (12).
4. *El misterio de la Pasión:* Liturgia griega (13).
5. *La Pasión en los santos y en las almas fieles:* Liturgia griega (14).
6. *El Cordero inmolado: Sacrificio eucarístico:* Liturgia romana (15); Liturgia griega (16).

7. *Nacimiento y participación de la Iglesia:* Liturgia griega (17); Liturgia siria (18).
8. *Gloria de la cruz:* Liturgia romana (19); Liturgia galicana (20); Liturgia griega (21).

D) **Muerte y Resurrección:**

1. *Victoria sobre la muerte:* Liturgia galicana: Himno *Salve festa dies* (22); *Salve dies dierum* (23); Secuencia *Zima vetus* (24); Liturgia griega (25); Liturgia armena (26).
2. *Bajada a los infiernos:* Liturgia romana (27); Liturgia galicana (28); Liturgia griega (29); Liturgia siria (30).
3. *Subida victoriosa. Cristo resucitado:* Liturgia galicana (31); Liturgia mozárabe (32); Liturgia griega (33).
4. *Iluminación y regeneración:* Liturgia griega (34); Liturgia armena (35).
5. *Gozo y alegría:* Liturgia romana (36); Liturgia galicana (37); Liturgia armena (38).
6. *El día del Señor y la Pascua eterna:* Liturgia griega (39); Liturgia mozárabe (40).

II. — ASCENSION

1. *Redención y Ascención:* Liturgia griega (41); Liturgia armena (42).
2. *La Ascensión y los Angeles:* Liturgia griega (43).
3. *Las Ascensión y la Virgen:* Liturgia griega (44).
4. *La Ascensión y los Profetas:* Liturgia griega (45).
5. *La Ascensión y la humanidad:* Liturgia romana (46); Liturgia griega (47); Liturgia mozárabe (48).

6. *La alegría de la Tierra y del Cielo:* Liturgia griega (49); Secuencia de Notkero (50).
7. *Paráfrasis de Dom Guéranger sobre el salmo 67* para la Ascensión y Pentecostés (51).

III. — PENTECOSTES

1. *La venida del Espíritu:* Liturgia armena (52); Liturgia griega (53).
2. *Alabanzas del Espíritu Santo:* Liturgia armena (54); Liturgia griega (55).
3. *Redención y Pentecostés:* Liturgia griega (56).
4. *Bautismo del Espíritu:* Liturgia griega (57).
5. *El milagro de las lenguas:* Liturgia griega (58).
6. *Alegría de Pentecostés:* Prosa de Adán de San Víctor (59); Liturgia armena (60).

IV. — CONCLUSION

Homilía de Santiago de Saroug el velo de la faz de Moisés, donde se explica el misterio de los desposorios de la Iglesia y de Cristo y el misterio de la Pascua (61).

I. — PASCUA

A) INTRODUCCION

1. — PASCUA, RESURRECCIÓN DE LA HUMANIDAD PECADORA

Cristo resucitó de entre los muertos: con su muerte venció a la muerte y devolvió la vida a los que yacían en las tumbas (Tropario pascual de la liturgia griega).

Canon pascual de la liturgia griega[1] 1

1) Día de Resurrección; pueblos, radiemos de alegría.

Hoy es la Pascua del Señor, el tránsito: porque Cristo Dios nos ha llevado, a nosotros que cantamos el himno de la victoria, de la muerte a la vida y de la tierra a los cielos.

2) Purifiquemos nuestros sentimientos y veremos a Cristo resplandeciente en la inaccesible luz de la Re-

[1] El canon es la parte más importante del oficio griego. Se canta en los Maitines (ὄρθρος) y es una simple paráfrasis de nueve cánticos de la Sagrada Escritura: 1.º Moisés (Ex. XV, 1-20); 2.º Cant. Deut. (Deut XXXIII, que sólo se dice los días de Penitencia); 3.º Ana (I Reyes, II, 1-11); 4.º Habac. (Habac. III, 1-fin); 5.º Isaí. (Isa. XXVI, 9-21); 6.º Jonás (Jon. II, 3-11); 7.º Azarías (Dan. III, 26-57); 8.º Tres jóvenes (Dan. III, 57-80); 9.º *Magnificat* y *Benedictus* (Luc. VIII, 46-56, 67-89); El canon de la noche de Pascua se atribuye a San Juan Damasceno pero sus elementos son muy anteriores (Cfr. A. BAUMSTARK, *Die Modestianischen u. die Constantinischen Bauten am Heilige Grabe in Jerusalem* en *Studien z. Gesch. u Kultur der Altertums*, t. VII, (fasc. 3-4) p. 34-44).

surrección; con claridad oiremos su voz que nos dice "alegraos". Cantemos el himno de la victoria, regocíjense los cielos, salte la tierra de alegría, alégrese el mundo visible e invisible, porque Cristo, la alegría eterna, ha resucitado.

3) Venid, bebamos la bebida nueva; ya no es el agua que milagrosamente brotó de la roca árida, es una fuente de incorrupción, una lluvia bienhechora que nos viene de la tumba de Cristo, nuestra Fortaleza. He aquí que todo se halla inundado de luz, el cielo, la tierra y los infiernos; celebren todas las criaturas a Cristo resucitado, de quien ha recibido su fuerza.

Ayer, oh Jesús, me hallaba sepultado contigo, y hoy contigo resucito; ayer participaba de tu cruz; haz que participe de tu gloria en tu reino.

4) Acompáñenos en esta divina vela el heraldo de Dios Habacuc y muéstrenos al ángel de la luz que anuncia claramente: "Hoy es el día de la salud del mundo. Porque Cristo, que es todopoderoso ha resucitado."

Cristo apareció bajo los rasgos de un niño, sin desgarrar el seno virginal. Es Hombre y le llamamos Cordero, purísimo y sin mancha, nuestra Pascua, verdaderamente Dios, dechado de perfección. Como un Cordero, Cristo, nuestra corona bendita, Pascua purificadora, se ha inmolado voluntariamente por nosotros. Pero, al salir de la tumba, el que es espléndido sol de justicia de nuevo nos ilumina. Delante del arca misteriosa, David, antepasado de Dios, danzó acompañándose con música. Almas santas, pueblo de Dios, al ver cumplirse las figuras proféticas llenémonos de santa alegría. Porque Cristo ha resucitado, porque es Omnipotente.

5) Velemos desde la aurora. En vez de aromas, ofrezcamos un himno al Señor, y veremos a Cristo Sol de Justicia que hace brillar la vida para todos.

Testigos de tu misericordia infinita, oh Jesús, cuantos se hallaban cautivos en el infierno corrieron con paso alegre hacia la luz, celebrando la Pascua eterna.

Vayamos con antorchas en las manos, como al encuentro del Esposo de Cristo que sale del Sepulcro. Con solemnes ritos celebremos la Pascua redentora y divina.

Descendiste, oh Cristo, a las entrañas de la tierra, rompiste los lazos seculares de las almas que allí estaban cautivas.

Tú, oh Cristo, que respetaste en tu nacimiento el sello de la virginidad, saliste del sepulcro sin romper sus sellos y nos abriste las puertas del Paraíso.

Oh mi Salvador, Víctima viva que no fué inmolada sino que siendo Dios se ofreció a sí mismo voluntariamente al Padre. Saliendo del Sepulcro, resucitaste a toda la raza de Adán.

7) El que libró a los tres jóvenes del horno, hecho hombre, sufrió como mortal. Mas nuestra mortalidad se revistió, por su Pasión, de incorruptibilidad. Sea El, el Dios único de los Padres, bendito y gloriosísimo.

Sí, es santa y solemne esta noche redentora y radiante, mensajera del día luminoso de la Resurrección. Noche que vió a la luz eterna elevarse del sepulcro y brillar a los ojos de todos bajo el velo de nuestra humanidad.

8) Día ilustre y sagrado, celebérrimo entre todos los sábados, fiesta de las fiestas y solemnidad de solemnidades. En este día, por todos los siglos, celebramos a Cristo.

Venid, participemos del fruto nuevo de la vid y del gozo divino, en este día de la Resurrección, elegido entre todos. Participemos de la realeza de Cristo y cantémosle como a Dios por todos los siglos.

Vuelve los ojos, Sión, en torno tuyo y mira: de todas partes, del Occidente, del Aquilón, del mar y del

Oriente acuden a ti tus hijos como astros iluminados por Dios. En ti celebrarán a Cristo por todos los siglos.

Glorifica, alma mía, a Cristo vivificador, que ha salido al tercer día del sepulcro.

Brilla, brilla, Jerusalén nueva; porque se ha elevado sobre ti la misericordia del Señor; regocíjate y salta de gozo, oh Sión. Y tú, Madre purísima de Dios, regocíjate también porque tu Hijo ha resucitado.

Glorifica, alma mía a Cristo, que voluntariamente ha sufrido sepultado y ha resucitado al tercer día.

Oh Cristo, nueva Pascua, Víctima Viva. Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo; cuán divina, amable y dulce es tu voz por todos los siglos. Nos has prometido tu ayuda y nosotros tus fieles, con la seguridad de esta esperanza nos llenamos de alegría.

Un ángel cantó a la Virgen bendita: "Regocíjate Virgen purísima; de nuevo te repito regocíjate. Tu Hijo ha resucitado efectivamente después de tres días, ha resucitado a los muertos." Alégrate, pueblo fiel. Tu muerte, oh rey, cual rugido de León de Judá ha despertado a los que desde hace tiempo dormían en el sepulcro.

Oh Pascua, grande y santísima, oh Cristo, oh Sabiduría, oh Verbo de Dios, oh Fortaleza. Haz que de nuevo nos unamos a Ti con mayor verdad en el día sin ocaso de tu reino.

María Magdalena corre al sepulcro; ve a Cristo y le interroga, pues creía que era el jardinero.

El Angel dijo a las mujeres: "Cesad de llorar porque Cristo ha resucitado."

Hoy se regocijan y alegran todas las criaturas porque Cristo ha resucitado y el infierno ha sido vencido.

Celebra, alma mía, el poder de Dios Trino en personas pero indivisible. Alégrate, oh Virgen, alégrate, sí alégrate bendita y gloriosísima porque tu Hijo ha salido del sepulcro al tercer día. Glorifica, alma mía, a Cristo que al tercer día ha salido vivo del sepulcro.

(Liturgia griega, Maitines de Pascua, Canon de San Juan Damasceno P. G., 96, 839-844.)

Sermón de San Juan Crisóstomo para el día de Pascua 2

Todo hombre piadoso y amante de Dios disfrute de esta bella y luminosa solemnidad. Todo siervo fiel entre gozoso a la alegría de su Señor. El que se esforzó en observar el ayuno reciba ahora el salario prometido. El obrero de última hora adelántese para recibir lo que le pertenece. Dé gracias también el obrero de la hora de Tercia y gócese. No dude el de la hora de Sexta; de su salario nada le será quitado. Acérquese sin temores ni vacilaciones el de la hora de Nona. Y el que ha llegado a la hora undécima no se inquiete de su tardanza porque el Señor es generoso. Recibe al último como al primero; otorga su descanso al de la hora undécima como al de la primera. Misericordiosísimo con el último, sumamente complaciente con el primero, da al uno y otorga dádivas al otro. Acepta la obra terminada y da según la intención de su terminación. Estima los actos y alaba los deseos.

Por eso entrad todos al gozo de vuestro Señor. Primeros o segundos, recibid vuestra recompensa; ricos y pobres, todos juntamente celebrad fiesta; los que habéis observado la abstinencia y los que la habéis descuidado, honrad este día. Hayáis o no observado el ayuno, alegraos hoy. La mesa del banquete está preparada, venid y participad todos de ella. El ternero es cebado, nadie se vaya con hambre; gozad todos del banquete de la fe, recoged todas las riquezas de la misericordia.

Nadie lamente su pobreza, porque ha aparecido el reino común a todos. Cesen ya todos de llorar sus faltas porque el perdón ha brotado del sepulcro. Nadie tema la muerte, la de nuestro Salvador nos ha librado. El, que fué su prisionero, la destruyó. El, que

descendió a los infiernos les ha sometido a su imperio. Hirió a la muerte, que había gustado su carne. Isaías lo tenía ya predicho: "El infierno se sintió herido de muerte cuando te encontró bajo tierra." Herido de muerte porque tú le aniquilaste; herido de muerte porque tú le humillaste; herido de muerte porque tú le mataste; herido de muerte porque tú le derribaste; herido de muerte, porque tú le encadenaste; te consideró como carne, y se encontró con un Dios; como terrestre y lo que vió fué el cielo, como criatura visible y se encontró con el invisible.

¿Dónde está, pues, oh muerte tu aguijón? ¿Dónde, oh infierno, tu victoria? Cristo ha resucitado y tú has sido humillado. Cristo ha resucitado, y los demonios han caído; Cristo ha resucitado y los ángeles se alegran. Cristo ha resucitado y la vida permanece. Cristo ha resucitado; ya no habrá más muertos en los sepulcros, porque Cristo, el primero entre todos, ha resucitado de entre ellos. A El gloria y poder por los siglos de los siglos, amén. *(Sermón atribuído a San Juan Crisóstomo en la Liturgia griega de Pascua. Orthros, fin.* ed. rom., Pentecostasión, p. 13-14.)

3 ## 2. — LAS SANTAS MUJERES EN EL SEPULCRO

Buscáis a Jesús Nazareno; ha resucitado, no está aquí (Marc., 16, 6).

Fragmento de una explicación de Hipólito de Roma sobre un texto del Cantar de los Cantares, dada al pueblo el día de Pascua.

¡Oh bendita voz de la Esposa! ¡oh admirables y santas mujeres del sepulcro, desde hace tanto tiempo mencionadas en este cántico! Por vuestra causa exclama la Esposa: "Durante la noche busqué al amado de mi alma y no le hallé." Esto se ha realizado en Marta

y María [1] No creyendo que Cristo, viviera, le buscaron entre los muertos (Juan 20, 1). Tal es el sentido de las palabras de la Esposa: "Busqué durante la noche al amado de mi alma y no le hallé." El texto evangélico dice: "Las mujeres fueron de madrugada a buscarle al sepulcro y no le encontraron" (Luc., 24, 22-23). En efecto, no era el sepulcro lo que le convenía como morada sino el cielo: ¿Por qué buscar entre los muertos al que vive? (Luc., 24, 5.) ¿Por qué buscar en la tierra al que se sienta en el trono de celeste majestad, al Glorificado en un sepulcro sin gloria, a la Piedra perfecta cubierta por otra piedra? ¿Por qué buscar en el sepulcro al Viviente que está en el cielo, y entre las ataduras al que está libre de todo lazo?

Pero ved otro misterio; la Esposa dice: "Busquele y no le hallé, encontráronme los guardias de la ciudad" (Cant., 3, 2). ¿Quiénes son esos guardias sino los Angeles que estaban sentados? (Juan 20, 1-2); y qué ciudad guardaban sino la nueva Jerusalén de la carne de Cristo? Las mujeres preguntan: "¿Habéis visto a aquel a quien ama mi corazón? Y ellos responden: ¿A quién buscáis? ¿A Jesús Nazareno?" y añaden: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? (Luc., 25, 5.) Mirad: ha resucitado (Mat., 28, 8)" y cuando se habían alejado un poco de ellos, vino Jesús a su encuentro. Entonces se cumplió lo que sigue: "Hallé al amado de mi alma; le así y ya no le soltaré." El las dice: "¡María y Marta!" (Juan 20, 16); mas ellas se asieron a sus pies: El las dijo de nuevo: "No me toquéis porque todavía no he subido a mi Padre." (Mat., 28, 9.) Ellas no le soltaron y añadieron: "No te dejaré ir hasta haberte in-

[1] Los nombres de las santas mujeres aquí mencionadas—Marta y María—son, como más abajo se verá, nombres puramente simbólicos. Sirven únicamente para ilustrar el diálogo entre Cristo y la Esposa que Hipólito ha dramatizado con tal vivacidad que sus salidas desconciertan un tanto al lector desprevenido.

troducido en mi corazón", pues no querían verse separadas del amor de Cristo. (Rom., 8, 39.) He aquí porqué exclama la Esposa: "Le hallé y no le soltaré."

¡Oh mujeres bienaventuradas que asisteis los pies del Señor para ser transportadas a los aires! Esto dijeron Marta y María y descubrieron el misterio mismo que Salomón había anunciado hacía ya mucho tiempo.

"¡No, no te dejo subir!"—"Me voy a mi Padre." Y lleva en pos de sí a toda una generación nueva. Lleva a Eva que esta vez ya no se equivoca pues ha querido coger "el árbol de la Vida". Han abrazado sus pies: ¡No han venido para retenerle entre las cadenas de sus brazos. "Tengo asidos de nuevo los pies de Cristo! No me deje nuevamente sobre la tierra por temor de que sucumba. Porque la serpiente me ha asaltado y trata de nuevamente de derribarme; se esfuerza una vez más por vencer a Adán. ¡Llévame al cielo, oh mujer bienaventurada que no quieres ya ser separada de Cristo!"

Por eso exclama la Esposa: "Apenas me había alejado de ellos cuando hallé al que ama mi alma." Toma el alma y únela al Espíritu para que se impregne también el cuerpo. Mézcla el cuerpo, mézclale como vino [1]. Tómale también y llévale al cielo. Mezcla la copa nueva de la mujer que ya no es tentada, pero que tiene mordido el talón. No toca ya el árbol de la ciencia sino al árbol que puede matar incluso a la misma muerte. Toma a esta Eva, que no da a luz con dolor porque han huído "los dolores, los infortunios y los gemidos" (Is., 35, 10). Toma nuevamente a esta Eva pletórica de vida; no ya la Eva desnuda y cubierta con hojas de higuera (Gen., 3, 7) sino la ceñida y cubierta con el Espíritu Santo. (Luc., 1-35). Deberá ser revestida con un vestido de incorruptibilidad puesto que tiene a Cristo revestido también y que in-

[1] Alusión a los vinos griegos, particularmente glucosos que debían rebajarse con agua *(miscere vinum, mixtum)* para ser adelgazados y bebidos.

cluso en el sepulcro no estaba desnudo. Adán en un principio no estaba desnudo sino cubierto de inocencia, de dulzura y de bondad. Cuando fué engañado, entonces conoció que estaba desnudo. Y ahora, vuelto en sí (en Cristo) está cubierto de nuevo.

Después las mujeres deben servir de testigos; enviadas por Cristo, se hacen apóstoles. Porque el Angel les dijo: "Id y decidlo a los discípulos; os precede a Galilea" (Mat., 28, 7). Temiendo que no crean al Angel, Cristo mismo se dirige a ellas que, no obstante ser mujeres, perteneciendo a Cristo sean apóstoles, y quede reparada por su humilde obediencia, la desobediencia de la primera Eva.

¡Qué admirable designio! Eva se hace Apóstol. Reconoce la malicia de la serpiente; ya no la seduce el árbol de la ciencia sino recibe el árbol de la promesa y gusta de él (Apoc., 2, 7) digna como es de participar de Cristo. Desearía un alimento que saciase su hambre y su sed de la corrupción humana (Juan 6, 27, 35).

He aquí que Eva se convierte en ayuda de Adán. ¡Oh ayuda admirable venida por el Evangelio! He ahí por qué anuncian mujeres el Evangelio. Porque Eva acostumbraba a anunciar la mentira y no la verdad. ¿Qué es esto? He ahí que algunas mujeres anuncian el Evangelio y el Evangelio de la Resurrección. Entonces Cristo se les aparece y dice: "La paz sea con vosotros (Juan 20, 19). Me he aparecido a las mujeres y las he enviado a vosotros como apóstoles."

Ahora que todo esto ha sucedido, cállese la sinagoga de los judíos. El misterio honrado es el de la Resurrección. Lo celebramos hoy; y glorificando a esta santa fiesta, alegrémonos con los ángeles. *(Ed. Bonuetsch et Achelis, Hippolytus,* T. I, p. 350 y sigs.)

Liturgia armena 4

Hoy, el Angel que ha bajado del cielo rodeado de brillantes resplandores, ha aterrado a los guardias: ha

hablado a las mujeres y les ha dicho: "Cristo ha resucitado de entre los muertos."

Hoy, el Angel que velaba sentado sobre la piedra, hizo oír su fuerte voz a las santas mujeres que llevaban sus perfumes, las mandó ir a decir a los discípulos: Triunfad ahora, Cristo ha resucitado de entre los muertos. Hoy, Eva ha oído la voz de sus hijos que llevaban perfumes: Hemos visto resucitado a aquel que es la Resurrección, a Cristo, Dios de nuestros Padres. *(Himnario de la Liturgia armena; Pascua.)*

B) PASCUA ANTIGUA Y PASCUA NUEVA

1. — SÍMBOLO Y VERDAD

Todos atravesaron el mar y fueron bautizados en Moisés en la nube y en el mar. (I Cor., 10, 1-2.)

5 *Liturgia romana*

Después del paso del mar Rojo, vestidos con nuestras blancas ropas y sentados al regio banquete del Cordero, cantemos un himno a Cristo nuestro Rey.

Su caridad divina nos da a beber su preciosa sangre; su amor es el sacerdote que inmola los miembros de su sagrado cuerpo.

El Angel exterminador queda atemorizado a la vista de la sangre que tiñe nuestras puertas; el mar se divide en dos y huye delante de nosotros; nuestros enemigos quedan envueltos en sus olas.

Cristo es ahora nuestra Pascua, nuestra víctima pascual y el ázimo puro de la sinceridad ofrecido a los corazones limpios.

¡Oh verdadera víctima venida del cielo! ¡Tú subyugaste al infierno, rompiste los lazos de la muerte y recobraste los dones de la vida!

Vencedor de los infiernos, Cristo triunfante despliega sus trofeos, nos abre de nuevo el paraíso y somete al rey de las tinieblas. Para ser siempre, oh Jesús, la alegría pascual de nuestras almas, libra de la muerte cruel del pecado a cuantos has hecho renacer a la vida.

Gloria a Dios Padre, al Hijo resucitado de entre los muertos y al Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén. *(Breviario, Himno de Vísperas del tiempo Pascual.)*

Ayer fué inmolado el Cordero, se tiñeron con su sangre las puertas y Egipto lloró a sus primogénitos; el exterminador no turbó nuestro reposo porque el signo con que estamos marcados le inspiró terror y veneración; nos ha protegido una sangre preciosa. Hoy hemos huído para siempre de Egipto, del Faraón, amo cruel y de sus prefectos exigentes. Hemos sido librados del barro y de los ladrillos. En adelante nadie nos impedirá celebrar en nombre del Señor la fiesta de nuestro Exodo, y no ya con levadura de malicia y perversidad, sino con los ázimos de la pureza y de la verdad, libres en adelante del fermento impío de Egipto. *(Sermón de San Gregorio Nacianceno para la fiesta de Pascua.* Brev. Monast. Maitines de Pascua, lec. 6.ª.)

Liturgia ambrosiana 6

Es digno y justo, equitativo y saludable, Dios santo y todopoderoso, darte gracias y celebrar con amor tus alabanzas, augusto Padre, autor y creador de todas las cosas: porque tu Hijo Jesucristo, el Señor de la majestad, se ha dignado sufrir el suplicio de la Cruz para redención del género humano. Figura suya era en otro tiempo el hijo de Abraham, le presagiaba el pueblo de Moisés en la inmolación del cordero sin man-

cha; le celebraba también la trompeta sagrada de los profetas como a quien debía tomar sobre sí el pecado y abolir el crimen. He aquí la Pascua, ilustrada con la sangre de Cristo, en la cual el pueblo fiel se abandona a los transportes de una piedad jubilosa. Oh misterio lleno de gracia, oh arcano de la divina munificencia, oh solemnidad más digna de honor que todas las demás, en la cual Cristo, para rescatar a esclavos se ha dejado dar muerte por mano de mortales. Dichosa muerte, que ha roto el nudo de la muerte. El rey de las tinieblas se siente ahora vencido. En cuanto a nosotros, arrebatados al abismo, felicitémonos por nuestro nuevo ascenso al reino celestial *(Misal, Prefacio del Domingo de Pascua)*.

7 *Liturgia griega*

En este día los judíos clavaron en una Cruz al Señor que con una vara había dividido en dos el mar, y les había guiado a través del desierto. En este día atravesaron con una lanza el costado de aquel que por ellos había castigado a Egipto con las plagas, y dieron a beber hiel a quien por su causa había hecho llover el maná para su alimentación. *(Viernes Sto. Oficio de los 12 evangelios, ant., 6.ª*, ed. rom. Triode, p. 688.)

El que grabó en el Sinaí las tablas de la Ley, cumple con la prescripción legal; come la Pascua antigua, que no era más que una sombra, y se hace a sí mismo la Pascua y el sacrificio místico. *(Jueves Santo, miércoles a Completas, Oda 8.ª, ibíd.*, p. 64.)

Celebremos esta fiesta no a la manera de los Judíos, porque Cristo Dios, nuestra Pascua, se ha inmolado por nosotros; sino purifiquémonos de toda mancha y pidámosle con toda sinceridad: Resucita, Señor, y sálvanos por tu benevolencia. *(Viernes Santo, Oficio de los 12 evangelios, ant. 15, ibíd.*, pág. 673.)

C) EL RESCATE DEL PUEBLO DE DIOS

1. — PASIÓN Y RESURRECCIÓN

¿No era preciso que Cristo sufriese todo eso y entrase en su gloria? (Luc., 24, 26.)

Liturgia griega 8

Ya está cerca la Pascua grande y divina; "dentro de dos días" dice Cristo, indicando de antemano el día en que será ofrecido al Padre como sacrificio. *(Lunes Santo a Completas, Oda 3.ª*, ed. rom., Triode, p. 630.)

Señor, cuando ibas a tu Pasión, para confirmar a tus discípulos más íntimos les llevaste aparte y les dijiste: ¿No recordáis que una vez os decía que un profeta no debe morir fuera de Jerusalén?

Ahora ha llegado el tiempo de que os hablaba; porque me van a entregar en manos de los pecadores y llevo el sello del condenado; me clavarán en una Cruz, y sepultado, me considerarán en mi muerte como objeto de repulsión. Sin embargo, tened confianza; después de tres días resucitaré para alegría y vida eterna de los creyentes. *(Id., Orthros, Laudes. ibíd.,* p. 622.)

Misterio tremendo y espantoso el que vemos cumplirse hoy: el intangible es apresado, y maniatado el que libra a Adán de la maldición, el que escudriña las entrañas y los corazones es sometido a un injusto interrogatorio; el que cubre los abismos es encerrado en una prisión, y comparece ante Pilatos aquel ante quien tiemblan los poderes celestiales.

El Criador es abofeteado por su criatura; el juez de los muertos condenado al patíbulo, y colocado en un sepulcro el que destruye el infierno.

Gloria a ti, Señor pacientísimo, que todo lo sufres por amor, libras a los hombres de la maldición. *(Vísperas del Viernes Santo, Lucernario; ibíd.,* p. 704.)

2. — CRISTO LIBRE EN SU PASIÓN Y MUERTE

9 *Liturgia romana*

Cristo se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz, por lo cual Dios le exaltó y le dió un nombre sobre todo nombre (Filipenses 2, 5-7.) *(Maitines del Sábado Santo.)*

10 *Liturgia griega*

El Cordero de que habló Isaías va a inmolarse libremente, Presenta su espalda a los golpes, sus mejillas a las bofetadas y no aparta su rostro para evitar los ultrajantes salivazos. Le condenan a una muerte infame, y aunque es inocente, lo acepta todo voluntariamente para que todos puedan resucitar de entre los muertos. *(Jueves Santo,* Orthros, Laudes, ed. rom., Triode, p. 656.)

Recorriendo los caminos de la vida, oh Salvador mío, has sentido voluntariamente hambre por desear la salvación de todos, porque lo que en Ti causa esa hambre es el retorno de todos aquellos que han caído lejos de ti: *(Lunes Santo, Domingo a Completas, Oda 8.ª, ibíd.,* p. 617.)

Anhelando padecer por los hombres, Jesús volvía voluntariamente con sus discípulos a Jerusalén para la Pasión voluntaria que había de sufrir. *(Id., Oda 1.ª, ibíd.,* p. 616.)

Los sacerdotes han abofeteado y dado hiel a Cristo, Poder y Sabiduría de Dios, ante el cual se estremecen y tiemblan todas las cosas y a quien toda lengua canta.

Ha querido sufrirlo todo por desear en su misericordia salvarnos, con su sangre, de nuestras iniquida-

des. *(Viernes Santo, Oficio de los 12 evangelios, ant. 13, ibíd.,* p. 672.)

El que ha venido a sufrir por nosotros nos cura de nuestras pasiones con su Pasión; porque para salvarnos acepta libremente los sufrimientos vivificantes en su naturaleza, por la que es semejante a nosotros. *(Lunes Santo, domingo a Completas, Oda 1.ª, ibíd.,* p. 617.)

3. — TRAICIONADO Y ABANDONADO POR SU PUEBLO

Liturgia romana 11

Improperios del Viernes Santo. *(Cfr. Año Litúrgico,* t. II, p. 646-647.)

Liturgia griega 12

Los jefes del pueblo se han congregado contra el Señor y contra su Cristo. (Psal. 22.)

Me han ofendido gravemente, Señor; Señor, no me abandones. (Psal. 21, 1.) *(Viernes Santo, Oficio de los 12 evangelios;* ed., rom., Triode, p. 665.)

Ved lo que dice el Señor a los Judíos: "Pueblo mío, ¿qué te he hecho? ¿en qué te he contristado? He devuelto la vista a tus ciegos, he limpiado a tus leprosos, he curado al hombre que yacía en su camilla. Pueblo mío ¿Qué te he hecho? Y vosotros, ¿qué me habéis dado en cambio? Hiel por el maná; y por el agua vinagre; en vez de amarme me habéis clavado en una Cruz. No os protegeré más; llamaré a los Gentiles, y ellos me glorificarán como también al Padre y al Espíritu Santo; y yo les daré la vida eterna." *(Id., ibíd.,* p. 671.)

En este día está colgado en un patíbulo el que ha suspendido la tierra y las aguas; coronado con una corona de espinas el Rey de los Angeles; cubierto con

harapos de púrpura el que cubre de nubes el cielo; abofeteado el que en el Jordán ha rescatado a Adán; clavado el Esposo de la Iglesia y traspasado con una lanza el hijo de la Virgen. Adoramos, oh Cristo, tus sufrimientos; muéstranos también tu gloriosa Resurrección.

Legisladores de Israel, Judíos y Fariseos, el coro de los apóstoles os dice: "Ved el templo que vosotros mismos habéis destruído, ved el Cordero al que habéis crucificado. Le habéis encerrado en un sepulcro, pero El ha resucitado por su propio poder. No os engañéis, oh Judíos; El es quien ha salvado a su pueblo en el mar y quien le ha alimentado en el desierto; El es la vida, la luz y la paz del mundo". *(Id., ibíd.,* p. 671.)

4. — EL MISTERIO DE LA PASIÓN

13 *Liturgia griega*

Con tu crucifixión, oh Cristo, ha sido destruída la tiranía del enemigo y agotada su fuerza; porque no nos ha salvado un ángel o un hombre, sino Tú, Señor. Gloria a Ti. *(Viernes Santo, Prima, Trop.,* ed. rom., Triode, p. 683.)

Como una oveja te han conducido al Sacrificio, oh Cristo Rey y como inocente cordero te han clavado en la Cruz hombres impíos por causa de nuestros pecados, Señor misericordioso. *(Id., stich., ibíd.,* p. 683.)

El que está revestido de luz como de un vestido, se presentó desnudo al juicio y recibió una bofetada de manos por El creadas. El pueblo impío clavó en una Cruz al Señor de la gloria; entonces se rompió el velo del templo y el sol se oscureció al no poder soportar el espectáculo de un Dios cargado de oprobios. Rindamos el tributo de nuestra adoración. *(Viernes Santo, Oficio de los 12 evangelios, ant. 10.ª, ibíd.,* p. 670.)

5. — PASIÓN EN LOS SANTOS Y EN LAS ALMAS FIELES

Liturgia griega 14

Contemplando a su propio Cordero llevado a la muerte, y transida de pena, María, la Oveja, le acompañaba con otras mujeres y le decía: "¿Dónde vas hijo mío? ¿Por qué te impones esa pesada carrera? Hay acaso otra boda en Caná y corres allá para convertirles el agua en vino? ¿He de acompañarte hijo mío? ¿o debo, más bien, esperarte? Dime una palabra, oh Palabra. No pases así en silencio. Tú que me has conservado pura, porque eres mi hijo y mi Dios." *(Viernes Santo, Oficio de los 12 evangelios, Ikos;* ed. rom., Triode, p. 676.)

Cuando libremente ibas, oh Señor, a tu Pasión, dijiste a tus Apóstoles: Subimos a Jerusalén y el Hijo del Hombre será entregado como está escrito de El. Vayamos nosotros también y acompañémosle, purificadas nuestras almas; crucifiquémonos con El y muramos por El a los placeres de la vida a fin de vivir con El y oírle decirnos: "No subo ya a la Jerusalén terrestre para sufrir, sino a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios y os haré subir conmigo a la Jerusalén de arriba, al reino de los cielos." *(Lunes Santo. Orthros, Laudes, ibíd.,* p. 622.)

Prepárate, alma mía, antes de tu partida; despégate de la vida de aquí abajo y apresúrate a sufrir con Cristo que está impaciente por morir por ti para glorificarte; apresúrate a morir y a resucitar con El. *(Lunes Santo, Domingo a Completas, Oda 8.ª, ibíd.,* p. 617.)

6. — EL CORDERO INMOLADO: SACRIFICIO EUCARÍSTICO

Liturgia romana 15

Era yo como inocente Cordero inmolado; me conducían para sacrificarme sin yo saberlo. Mis enemigos

tramaron una conjura contra mí, y se dijeron: Venid, echemos serrín en su pan, borrémosle de la tierra de los vivientes. Todos mis enemigos se conjuraron contra mí; pronunciaron palabras inicuas contra mí diciendo: Venid, echemos serrín en su pan. *(Jueves Sto. Mait. 7.° Resp.)*

El buen Pastor que da la vida por sus ovejas y se ha dignado morir por su rebaño ha resucitado: Aleluya, aleluya, aleluya. Porque nuestro Cordero Pascual, Cristo, ha sido inmolado. *(Brev. rom., 2.° resp., del Lunes de Pascua.)*

16 *Liturgia griega*

Al ir a tu Pasión, oh fuente de impasibilidad para los hijos de Adán, decías a tus amigos: "He deseado comer esta Pascua con vosotros, puesto que el Padre me envió a mí, su Hijo unigénito, al mundo como sacrificio propiciatorio." *(Jueves Santo, Orthros, Oda 4.ª,* ed. rom., Triode, p. 665.)

Cristo era una Pascua grande y augusta, comida como pan, inmolada como un cordero; es la víctima ofrecida por nosotros; recibamos todos místicamente su cuerpo y su sangre con piedad. *(Jueves Santo, Miércoles a Completas, Oda 9.ª, ibíd.,* p. 650.)

Habiendo bendecido el pan y dado gracias al Padre que le engendra, el Pan celeste tomó la copa y la dió a sus discípulos. "Tomad, comed—les dijo—esto es mi cuerpo y la sangre de la vida incorruptible." *(Id., ibíd.,* p. 650.)

Tú eres nuestra Pascua, Tú has sido inmolado por todos, como cordero, como víctima y como propiciación, de nuestros pecados. Ensalzamos, oh Cristo, tus santos padecimientos por todos los siglos. *(Miércoles Santo, Completas, Oda 8.ª, ibíd.,* p. 638.)

Hazme participar en este día, oh Hijo de Dios, de tu mística cena, porque no revelaré tus secretos a tus

enemigos, ni te daré el beso como Judas; sino, como el ladrón, te pido: "Acuérdate de mí cuando estés en tu reino." *(Jueves Santo, Liturgia, Canto de la Gran Entrada; ibíd.*, p. 663.)

7. — NACIMIENTO Y PARTICIPACIÓN DE LA IGLESIA

Liturgia griega 17

Tú, oh Criador mío, que procedes de aquel que no es engendrado y tuviste el costado atravesado por una lanza, modelaste en ese mismo costado la nueva imagen de Eva: Nuevo Adán, dormiste sobrenaturalmente con sueño generador de vida; y de este sueño de tu carne, Tú, Omnipotente, produjiste de nuevo la vida. *(Sábado Santo, Orthros, Canon, Oda 5.ª*, ed. rom., Triode, p. 730.)

Como la fuente que brota del Edén, oh Cristo, tu costado, fuente de vida, riega este paraíso espiritual que es tu Iglesia; por eso, como al principio, se divide en cuatro evangelios, riega al mundo, regocija a la creación y enseña a los gentiles a adorar con fe tu reino. *(Viernes Santo, Oficio de los 12 evangelios, 4.º Trop. de las Bienaventuranzas, ibíd.*, p. 674.)

Liturgia siria 18

Tu Resurrección se ha elevado sobre la creación; la muerte y Satanás han huído. La Iglesia se alegra porque le han rescatado y el Scheol se duele porque le ha devastado la Resurrección del Salvador. *(Ant. de Kyrie ekekraxa. Madracha de San Efrán, 3.º Domingo de Resurrección.* Franqui (Brev. Jacobite), ed. cath., Mossoul 1880; t. VI, p. 62.)

8. — GLORIA DE LA CRUZ: ÁRBOL DE VIDA

19 *Liturgia romana*

Sufrió el suplicio de la Cruz el que destruyó a los infiernos; se revistió de poder y al tercer día resucitó. — Decid a las naciones que el Señor reina desde el madero —. Oh Dios qué quisiste que tu Hijo sufriese por nosotros el suplicio de la Cruz a fin de apartar lejos de nosotros el poder del enemigo, concédenos a tus siervos la gracia de llegar a la Resurrección. *(Vísperas del tiempo Pascual, Conmemoración de la Cruz.)*

20 *Liturgia galicana*

Rey de reyes, Cordero de Dios, León fuerte de Judá; por la virtud de tu Cruz, eres muerte del pecado y vida de la santidad.

Das fruto del árbol de la vida a los que quisimos gustar la ciencia, remedio de la gracia contra el hurto de la gloria.

Tu sangre ha extinguido la llama de la espada; abres el jardín del Paraíso, raíz de la obediencia, remedio de la gracia. Hoy es el día augusto del Señor; la paz reina sobre la tierra; los relámpagos surcan los infiernos y la luz brilla en los cielos; es el día de un doble bautismo, el de la Ley y el del Evangelio.

Cristo es la Pascua de los hombres; la Pascua antigua pasa y la nueva se levanta. Es el día del Señor; alégrate, alma libertada de la vieja levadura, saciada con el pan ázimo (...). Oh Señor, hecho una misma sangre con tu siervo, esperanza de la primera y de la segunda resurrección por el juramento hecho a Abraham, restáuranos a nosotros también. Caudillo inmortal, devuelve la vida, al mismo tiempo que a tu cuerpo, a los que participamos de la muerte de Adán, nuestro primer padre. Une los miembros débiles a los tuyos llenos de vigor y fuerza, y danos los pastos de la vida eterna.

Tú que eres la Pascua. Amén. *(Himno ex Regum Dei Agne*, str. 1-5 y 11.)

Celebremos con alborozo y con los cánticos más hermosos la victoria nueva del gran Rey sobre la Cruz.

En ella ha triunfado del imperio de la muerte; en ella ha destruído el *quirógrafo* del pecado antiguo; en ella se ha inmolado el Cordero Pascual como víctima por el rebaño; en ella ha pisado el lagar el que ha venido de Edom y de Bosra y cuya medicina cura la herida de la serpiente.

Por la Cruz el mundo ha quedado reconciliado con Dios. Por el madero es rescatado el que por el madero fué vendido en Adán.

Por la Cruz la nueva criatura es asociada a los astros de la mañana; ella llena los vacíos del cielo.

Oh Cruz, árbol de vida, tú llevas la vida del mundo y su rescate, tú eres el apoyo que sostiene el racimo de las viñas de Engaddi. Cristo nuestra paz, ha destruído las enemistades y ha dado la paz a los que estaban unidos y a los que estaban distanciados.

Oh Cruz poderosa, has atraído al mundo hacia ti; en tus brazos le encierras totalmente.

Oh Cruz inhiesta, tu penetras las profundidades y elevas hasta el cielo a los cautivos que acabas de libertar.

En ti ha ofrecido Cristo a la destrucción el templo de su carne, el cual fué edificado en el número de días figurados por las cuatro letras griegas del nombre de Adán; pero con el fin de reedificarlo después de tres días, a los cuatro puntos cardinales [1].

---

[1] Idea frecuentemente anunciada por los antiguos: ADAM = Ἀνατολή (Oriente), Δύσις (Occidente), Ἄρκτος (Norte), Μεσεμβρία (Medio día). Cfr. S. AGUSTÍN, *Enarr. en Ps.* 95, 15; *P. L.*, 37, 1236.

Cordero del Padre soberano, Tú que por la Cruz quitas los pecados del mundo, auméntanos la fe, la esperanza y la caridad para que podamos comprender con todos los santos el alcance de la sagrada Cruz; tengamos compasión del prójimo, mortifiquemos la carne; concédenos que sigamos tu camino con la venerable Cruz. Y de esta manera protegidos y asegurados aquí abajo, ante tu tribunal de allá arriba, de juez, estemos marcados con el sello de la Cruz, para proclamar ante los pueblos que Dios reina desde el madero. Amén. *(Misal de San Galo, Seq. Magnificet confessio.)*

21 *Liturgia griega*

Por el árbol, Adán fué expulsado del Paraíso: por el árbol de la Cruz, el ladrón está en el Paraíso; porque el primero, gustando su fruto, despreció el mandato del Creador, mientras el segundo, crucificado con él y humillado, confesó a Dios, gritando: "Señor, acuérdate de mí en tu reino." *(Viernes Santo, Oficio de los 12 evangelios, 1.ª trop, de las Bienaventuranzas,* ed. rom., Triode, p. 674.)

Sobre tu Cruz, Señor, rompiste el acta de acusación escrita contra nosotros; contado entre los muertos, encadenaste al tirano que reinaba sobre ellos, y por tu resurrección les librastes de los lazos de la muerte: por ella fuimos iluminados, Cristo Dios nuestro, y te clamamos: "Acuérdate de nosotros, en tu reino." *(Ibíd.)*

Tu Cruz, Señor, es vida y reconfortamiento para tu pueblo: confiando en ella, te alabamos a Ti, nuestro Dios crucificado, tén piedad de nosotros. *(Ibíd.)*

Cristo Dios, tu alzaste nuestra salvación en la tierra. Extendiendo sobre la Cruz tus inmaculadas manos reuniste a todas las naciones que claman: "Gloria a Ti." Por el leño de tu Cruz, aniquilastes la maldición del madero: por tu enterramiento, mataste el poder de la muerte; por tu Resurrección, iluminaste al gé-

nero humano. Por lo cual te decimos a viva voz: "Cristo misericordioso, Dios nuestro, gloria a Ti." *(Dom. de Pascua, vísperas, stich. anatol.,* ed. rom., Pentecostés., p. 21.)

Señor, Dios nuestro, que estás por encima de los querubines, manifestaste tu poder y enviaste a tu único Hijo, nuestro Señor Jesucristo, para salvar al mundo por su Cruz, su sepultura y su Resurrección. Mientras se aproximaba a Jerusalén, camino de su Pasión voluntaria, el pueblo que yacía en las tinieblas y en la sombra de la muerte, cogió ramos y palmas, símbolos de triunfo, con lo que predecía su Resurrección.

Guárdanos, Señor, también a nosotros que, a su ejemplo, llevamos en este día, víspera de fiesta, palmas y ramos y te dirigimos como la turba y los niños nuestro Hosanna. De esta manera, en medio de cánticos y alabanzas, seremos juzgados dignos de la vivificante Resurrección al tercer día, con Cristo nuestro Señor que contigo y el Espíritu Santo vivificante es bendecido ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén. *(Domingo de Ramos, Orthros, Bend. de los ramos,* ed. rom., eucologio, I. 436.)

Nos redimiste de la maldición de la Ley con el precio de tu sangre. Clavado en la Cruz y taladrado por la lanza, hiciste brotar para los hombres la inmortalidad; gloria a ti, nuestro Salvador. *(Viernes Santo, Oficio de los 12 evangelios kath. av. el 6.° evangelio,* ed. rom., Tr. p. 673.)

Fuiste crucificado por mí para otorgarme el perdón; tu costado fué traspasado para que manasen en mi provecho las aguas de la vida; fuiste clavado para que la humillación de tus sufrimientos tenga confianza en tu majestad poderosa y te diga: "Cristo vivificador y salvador mío, gloria a tu Cruz y a tu Pasión." *(Id., 5.ª trop. de las Bienaventuranzas,* p. 674.)

Tú que fuiste levantado en Cruz, que venciste el poder de la muerte, y que en cuanto Dios borraste la

sentencia promulgada contra nosotros, concédenos, Señor, único Misericordioso, la penitencia del ladrón, pues te servimos con fe, oh Cristo, Dios nuestro, y te clamamos: "Acuérdate de nosotros en tu reino." *(Id., 8.ª trop. de las Bienaventuranzas, ibíd.,* p. 675.)

Tú que descendiste del cielo, fuiste levantado en Cruz; vida inmortal, fuiste condenado a morir; luz verdadera, fuiste donde estaban los que yacían en las tinieblas; resurrección nuestra, fuiste a los que estaban caídos. Gloria a Ti, luz y Salvador nuestro. *(Viernes de Pascua, Vísperas, stich. de la Resurrección,* ed. rom., Pentecostés, p. 38.)

Eramos hombre-viejo, y tú, oh Cristo, nos renovaste por tu Cruz; de corruptibles nos hiciste incorruptibles; con razón, pues, nos mandaste llevar una nueva vida. *(Dom. de Santo Tomás, Orthros, con. 3.ª Oda,* ed. rom., Pentecostés, p. 51.)

Adoramos tu preciosa Cruz, oh Cristo, y alabamos y glorificamos tu resurrección; porque por tus sufrimientos hemos sido curados. *(Lunes de Pascua, Vísperas, stich, ontol., ibíd.,* p. 25.)

Por tu Cruz, oh Cristo, nos libraste de la antigua maldición; por tu muerte derrotaste al demonio, tirano de la humanidad; por tu Resurrección alegraste a todo el mundo. Por tanto, te clamamos: "Gloria a Ti, Señor, que resucitaste de entre los muertos." *(Miércoles de Pascua, Orthros, Laudes, ibíd.,* p. 31.)

De tu costado, traspasado por la lanza, oh Salvador, mana gota a gota la vida; sobre la vida que me apartó de la vida [1], y con ella me vivificas. *(Sábado Santo, Orthros, Canto de los Epitafios, 1.ª estrofa,* ed. rom., Triode, p. 714.)

---

[1] Algunos traductores han aplicado esta frase a Eva, madre de los vivientes a quien ha alcanzado la sangre de Cristo. (Cfr. MAX DE SAXE, *El Oficio griego del Sábado Santo,* Friburgo, 1907, p. 77.)

Suspendido en el madero, oh Jesús, congregaste a todos los mortales; de la abertura de tu costado, fuente de vida, manó el perdón de todos. *(Sábado Santo, Ortrhos, Canto de los Epitafios, 1.ª estrofa, ibíd.,* p. 714.)

D) MUERTE Y RESURRECCION

1. — VICTORIA SOBRE LA MUERTE

"Cristo resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre El." (Rom., 9.).

Liturgia galicana 22

Salve, día solemne, venerable en todos los tiempos, en el cual Dios triunfa del infierno y toma posesión de los cielos. La tierra que recupera su belleza, proclama que todas las criaturas renacen con su autor.

He aquí el triunfo de Cristo que asciende de las tenebrosidades del tártaro: los bosques se cubren de follaje y las plantas ostentan su floración.

La luz, el cielo, los campos y los mares cantan a una al Dios que se eleva sobre los astros, vencedor de la ley de la muerte.

El Dios poco ha crucificado, reina ahora sobre el universo; la creación entera ora a su Creador.

Oh Cristo, salvación del mundo, Creador lleno de bondad y Redentor, Hijo unigénito de un Padre que es Dios.

Viendo al género humano hundirse en el abismo, te has hecho hombre para librar al hombre.

No contento con nacer con un cuerpo has entregado a la muerte esa carne en que naciste.

Autor de la vida y del mundo, te has humillado hasta el sepulcro; para asegurarnos la vida has tomado el camino de la muerte. . . . .

Las lúgubres cadenas de los infiernos se han roto y el abismo espantado, ha sentido que una luz rompía sus puertas. Al resplandor de Cristo las tinieblas se han disipado; las negras sombras de la noche han desaparecido. Cumple tu promesa soberano poder: ya ha llegado el tercer día; levántate, mi Dios sepultado. Sus miembros no deben reposar en sepultura angosta; la áspera roca no debe detener al que es precio del mundo. Escucha mi oración, desata esta mortaja, deja este sudario en el fondo del sepulcro; ¿no eres tú nuestro único bien sin el cual todo lo demás es nada?

Libra a los sombríos cautivos de las prisiones subterráneas; lleva contigo a las alturas cuanto ha rodado a los abismos. Envuélvenos tu rostro para que el mundo vuelva otra vez a ver la luz; tráenos de nuevo el día que había desaparecido a tu muerte.

Tu vuelta a la tierra, oh vencedor lleno de bondad, ha dado cumplimiento a todas las profecías; la muerte está aplastada bajo tus pies y sus derechos han sido abrogados.

El infierno, cuyas fauces abiertas e insaciables devoraban sin cesar, se ha convertido, oh Dios, en tu presa.

Ahora arroja de sí con horror esas generaciones que en su ferocidad había devorado; y el Cordero arranca a las ovejas de las fauces del lobo.

Divino Rey, he aquí cómo resplandecen, como la parte más noble de tu triunfo, las almas bienaventuradas purificadas por el agua santa.

Una blanca multitud sale de estas ondas límpidas lavadas del antiguo pecado en las aguas renovadas.

Una vestidura sin mancha manifiesta el resplandor de las almas y la blancura de las ovejas regocijan al Pastor. *(Himno: Salve festa dies,* para la Procesión, Pascual, atribuído a Venancio Fortunato.)

Secuencia: Salve Dierum 23

¡Salve, día, gloria de los días! ¡día afortunado en el que Cristo triunfa!; ¡día destinado a la alegría, el primero de los días! La luz divina, ilumina a los ciegos; Cristo despoja a los infiernos; vence a la muerte y reconcilia al cielo y la tierra. La sentencia del Rey eterno ha sometido todas las cosas al pecado para que la gracia del cielo conforte a los débiles.

Por su poder y su sabiduría, Dios, en su clemencia, aplacó la cólera cuando el mundo entero iba a caer en el abismo.

El antiguo enemigo, autor del mal, se mofaba de nuestra miseria; porque nuestros pecados permanecían sin esperanzas de perdón.

El mundo desesperaba ya del remedio, cuando Dios Padre, en la hora en que el silencio reinaba sobre todas las cosas, se dignó enviar su Hijo a los desesperados.

El monstruo rapaz, la infernal serpiente, vió la carne, y no sospechando la trampa, se arrojó sobre el anzuelo escondido; y sus fauces quedaron destrozadas.

Nuestra dignidad antigua queda restablecida en el Hijo, cuya resurrección renueva nuestro consuelo.

Ha resucitado, libre de los infiernos, el restaurador del género humano, y lleva hasta el cielo sobre sus espaldas a sus ovejas. La paz queda restablecida entre los ángeles y los hombres; el orden aparece en toda su grandeza. ¡Alabanza al Señor triunfante, alabanza eterna!

Oh Iglesia, Madre nuestra, une tu voz al concierto de la patria celestial; pueblo fiel, repite en este día, Aleluya.

El imperio de la muerte ha sucumbido, participemos en las alegrías del triunfo; paz sobre la tierra y en el cielo alegría. Así sea. *(Secuencia Salve dies dierum gloria,* de Adán de San Víctor.)

24 *Secuencia: Zyma Vetus*

Desechamos la vieja levadura, y celebremos alegremente la nueva Resurrección.

Este es el día de nuestra esperanza, el día cuyo poder admirable nos describe la Ley.

Este es el día que despojó a Egipto y libró a los Hebreos de la cruel hoguera.

Dominados con crueldad, solo conocían el peso de la esclavitud, el lodo, el ladrillo y la paja.

Nuestra voz entone ya libremente alabanzas, a la gran obra divina, por el triunfo y por nuestra salvación.

Este es el día que hizo el Señor, día que pondrá fin a nuestros dolores y nos traerá la salvación.

La ley es una sombra del futuro; Cristo, el fin de las promesas, viene a consumarlo todo.

La sangre de Cristo ha envainado la espada de hierro y auyentado al guardián.

El niño cuyo nombre significa sonrisa *(Isaac)* y en cuyo lugar fué inmolado el carnero, es figura de la alegría de la vida.

José, saliendo de la cisterna, es Cristo remontando a las alturas después de la muerte.

Es el la serpiente que devora a las serpientes del Faraón; ya no puede nada contra El la maldición del dragón.

En figura de serpiente de bronce, cura las heridas del venenoso reptil. (...)

El poderoso León de Judá, rompe las puertas de la muerte y resucita al tercer día.

A la orden de su Padre, sube, cargado de botín, a la patria celestial.

Pasados tres días en el vientre de un pez monstruoso es arrojado el fugitivo Jonás, figura del nuevo Jonás.

El racimo de Chipre, brota, crece y muere; la Sinagoga se marchita y la Iglesia florece.

La muerte y la vida están en sus manos; Cristo ha resucitado verdaderamente y con El, un sinnúmero de testigos de su gloria.

¡Nueva mañana, nueva alegría que enjuga las lágrimas de la tarde! La vida ha vencido a la muerte; este es el tiempo de gozo.

Jesús vencedor, Jesús nuestra vida, Jesús, camino trillado de la inmortalidad; Tu muerte ha vencido a la muerte y por tu bondad nos has hecho partícipes de los goces pascuales.

Pan de vida, agua viva, vid verdadera y fecunda, aliméntanos, purifícanos; sálvanos por tu gracia de la segunda muerte. Amén. *(Sec. Zyma vetus expurgatur* de Adán de San Víctor. P. L. 196, 1437.)

Liturgia griega 25

La vida, es decir, Cristo, después de gustar la muerte, ha librado a los mortales de la muerte; y ahora nos da a todos la vida. *(Sábado Santo, Orthros, Canto del Epitafio, 1.ª Stance,* ed. rom., Triode, p. 213.)

Señor, cuando fuiste levantado en la Cruz, el temor y el temblor se sintió en la creación. Impediste que la tierra tragase a los que te crucificaban y mandaste al infierno devolver a los que estaban encadenados, para el nuevo nacimiento de los mortales. Juez de vivos y muertos, nos has traído la vida y no la muerte. Gloria a Ti, amigo de los hombres. *(Viernes Santo, Of. de los 12 evangelios. Idiomele, ibíd.,* p. 617.)

¿Cómo no temblaría la muerte, Salvador mío? ¿Cómo no se atemorizaría el infierno al salir a tu encuentro, pues por tu benevolencia te das prisa por llevar a cabo tu pasión y piensas que por los pecadores, Tú, el Justo, has venido a sufrir? *(Lunes Santo, Dom. a Compl., 8.ª Oda, ibíd.,* p. 617.)

Los pequeñuelos, llevando palmas te cantaban a Ti, oh Cristo, como vencedor y te victoreaban en este día, porque has encadenado a los infiernos, vencido a la

muerte y resucitado al mundo; Hosanna al Hijo de David. Ya no serán degollados más niños por causa del Hijo de María, sin embargo, Tú has sido crucificado por todos, niños y ancianos; ni la espada será jamás dirigida contra nosotros, pues tu costado está abierto por la lanza. Y por esto te cantamos en nuestra alegría. Bendito seas Tú que has venido a sacar a Adán de su tumba. *(Dom. de Ramos, Orthros, Ikos, ibíd.,* p. 212.)

Con el grano de trigo arrojado en el surco, has producido una espiga granada, resucitando a los hijos muertos de Adán. *(Sábado Santo, Orthros, Cant. del Epitafio, 1.ª Stance, ibíd.,* p. 212.)

26 *Liturgia armena*

Hoy ha resucitado de entre los muertos el Esposo inmortal y celestial; para ti es la noticia alegre, oh Esposa Iglesia de la tierra. Bendice a tu Dios Sión, con cánticos de júbilo.

Hoy ha sido llevada la gran nueva a Adán, la primera criatura; Tú que duermes, levántate; Cristo Dios de nuestros padres viene a iluminarle.

Hoy los ángeles descienden del cielo para decir a los hombres: "El Crucificado ha resucitado y nosotros con El.

Hoy por tu santa resurrección, oh Cristo, has cambiado la *Fase* de las miserias de Israel en la Pascua que salva las almas.

Hoy, en lugar de la sangre de los corderos irracionales, nos has dado, Cordero de Dios, la sangre que obra la salvación.

Hoy, el rescate de los primogénitos, has sustituído el rescate de los cautivos, Tú que eres primogénito entre todos los mortales y las primicias de los que duermen. *(Himnario de la Iglesia Armena. Cfr. Garkavoroution.* Orden de las plegarias comunes de la iglesia Armena, *Venise,* 1898, p. 529.)

2. — DESCENDIMIENTO A LOS INFIERNOS Y COMBATE ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE

Liturgia romana 27

Esta es la noche que ve salir a Cristo victorioso de los infiernos, después de haber roto las cadenas de la muerte. *(Sábado Santo, Bendición de Cirio, Exultet.)*

Liturgia galicana 28

Cuando Cristo, Rey de la gloria, entró como guerrero en los infiernos y los coros de los ángeles abrieron las puertas de los príncipes de las tinieblas, las almas de los santos detenidas hasta ahora en este lugar de la muerte gritaron entre lágrimas y sollozos: "Venid, deseado de cuantos nos hallamos en las tinieblas, a librarnos de esta noche de nuestra prisión; nuestros suspiros te llaman; nuestras continuas lamentaciones te reclaman; eres la esperanza de nuestras desolaciones, y el gran consuelo en nuestras tribulaciones." *(Tommasi-Vezzosi, op. omm.,* t. v. p. 86.)

Liturgia griega 29

Ante Ti, Señor, se abren con terror las puertas de la muerte; los porteros del infierno, al verte, quedan espantados, porque has roto las puertas de bronce y quebrantado los cerrojos de hierro; nos has sacado de las tinieblas y sombras de la muerte y has roto nuestros lazos. *(Dom. de Pascua, Vísp. stich. anatol.,* ed. rom., Pentecostar; p. 21.)

Mientras estuviste en la tumba nueva por la salvación de todo el universo, Libertador de todas las cosas, el infierno al verte se escondió de miedo, y fué objeto de escarnio; sus cerrojos fueron rotos, sus puertas quebradas. Entonces Adán, con alegría agradecida te dijo: "¡Gloria a tu condescendencia, Amador del Bien!" *(Viernes Santo, Vísperas, apostiche,* ed. rom., Triode, p. 2081.)

Al descender a la muerte, vida inmortal, mataste al infierno con tu divinidad; y cuando resucitaste a los muertos de sus moradas subterráneas, todos los poderes del cielo gritaron: "Cristo unificador, Dios nuestro; gloria a Ti." *(Sábado Santo, apolitikion del 2.º ton. ibíd.,* p. 709. Cfr. *también Parakletike,* ed. rom., p. 102.)

Oh Vida, ¿por qué mueres tú? ¿Por qué también habitas en la tumba? Destruye el reino de la muerte y resucita a los muertos del infierno. *(Sábado Santo, Cant. del Epitafio, 1.ª estancia,* ed. rom., Triode, p. 710.)

¿Podrá soportar el infierno a su venida? ¿No será, más bien, quebrantado, obcecado, ofuscado por el resplandor fulgurante de tu lazo? *(Id., ibíd.,* p. 711.)

Tú, Salvador y vida mía, te levantaste de la corrupción; una vez muerto, visitaste los muertos y quebrantaste los cerrojos del infierno. *(Id., ibíd.,* p. 711.)

Extendiste el brazo y congregaste lo que por largo tiempo estuvo separado; envuelto en un sudario y encerrado en la tumba, libraste a cuantos estaban atados y te gritaban: "Nadie más santo que Tú." *(Id., cant. 3.ª Oda, ibíd.,* p. 729.)

Antorcha portadora de luz, la carne de Dios se encuentra ahora oculta en la tierra y disipa las tinieblas del infierno. *(Id., cant. Epitafios, 1.ª estancia, ibíd.,* p. 711.)

En este día, una tumba encierra a quien tiene en su mano toda la creación; una piedra cubre a quien cubre los cielos de hermosura; la Vida duerme; el infierno tiembla y Adán quedó librado de sus cadenas. Gloria a la economía según la cual, habiendo cumplido todas las cosas, nos prometes el Sábado eterno por tu santa resurrección. *(Id., Laudes, sticherel., I, ibíd.,* p. 733.)

Levantado en la Cruz, subiste allí contigo a todos los vivos, y sepultado en la tierra, resucitaste a los que

allí dormían. *(Id., Canto del Epitafio, 1.ª estancia, ibíd.,* p. 713.)

Cuando el voraz incendio absorvió a la Piedra de la Vida, vomitó todos los muertos devorados en el correr de los siglos. *(Id., ibíd.,* p. 712.)

Viniste a la tierra para salvar a Adán, y no encontrándote aquí, Dios mío, fuiste a buscarle en el infierno. *(Id., ibíd.,* p. 712.)

Liturgia siria 30

Durante los tres días que permaneciste en el sepulcro, luchaste con la muerte; sembraste la alegría y la esperanza en los habitantes de las tumbas y alegraste a cuantos moraban en las regiones de la corrupción. *(Houssaia,* p. 81, cfr. D. H. Leclerq, DAL., t. IV, col. 596.)

Aquel dijo a Adán: "¿Dónde estás?" Ese ha querido revestirse voluntariamente de un cuerpo humano. Subió a una Cruz, porque quiso, con el fin de buscar a quien se había extraviado. Bajó al schéol en su busca y le encontró. Llamóle y díjole: "Ven, imagen y semejanza mía. Héme aquí junto a ti para volverte a tu heredad." *(Madracha de San Efrén, 3.º Dom. de Resurrección.* Faquit, o brev. jacobita, ed. cath., Mosoul, t. IV, p. 110.)

Todo un Dios, en su bondad, descendió al seno de una tumba. Voluntariamente habitó entre los muertos. Visitó a Adán en el seno de Abraham y le dió una buena nueva. Le prometió la resurrección y la vida.

Los coros de los ángeles bajaron con hábitos blancos a visitar al Rey hecho compañero de los muertos en el infierno. Yacía en la tumba como un ser débil y hoy se ha levantado como un gigante. Bendito el que gustó la muerte para hacernos vivir en El.

David ha visto al Hijo penetrar en el infierno y ha comenzado a cantar con su cítara: Entre los muertos vive el Hijo de los hombres libres; y resucitó a todos

los finados. Gloria a su misericordia que se ha abajado hasta nosotros para renovar nuestra imagen.

Los justos en el seno de las tumbas se prosternan ante El. Han estado esperando su venida durante muchos siglos. El justo Abraham le esperaba; Isaac, la víctima, también le esperaba, pues fué El quien le libró del cuchillo en la montaña. *(Ibíd., 1.ª Dom. después de Pent.* 16, t. IV, p. 149, 240.)

Como un buzo bajaste al lugar de los muertos para buscar tu imagen sumergida. Bajaste como un pobre y miserable. Sondaste el abismo de los muertos. Y tu misericordia se ha sentido aliviada porque ha visto a Adán volver al redil. *(Boutho de San Efrén, ibíd.,* p. 365.)

31 *Liturgia galicana*

Santa asamblea, haz oír tus cantos armoniosos y acompáñales con instrumentos.

Canta hoy la gloria de un Dios que ha roto las puertas del infierno.

Vencedor de la muerte, resucita y trae al mundo alegrías que debemos celebrar.

Asustados a la vista de semejante espectáculo, las regiones del abismo contemplan y admiran sus grandes hazañas mientras entra el que da la vida eterna.

Sobrecogido por el terror, tiembla el ejército formidable de los demonios. Gime, grita y se asusta de la audacia del que ha roto tales cadenas.

Cristo vuelve a la luz, acompañado de la pléyade de elegidos; ha confortado los corazones de sus tímidos discípulos. *(Misal de Cluny, seq. Prome casta concio cantica.)*

32 *Liturgia mozárabe*

Por su condena, Cristo libró de los lazos del infierno a la muchedumbre de los fieles creyentes y les dió las

insignias de la libertad. Apareció en el mundo como verdadero León de Judá; y toda la tierra celebró la destrucción del otro león, el demonio, que devora las almas. Permitió que sus miembros fueran clavados a una Cruz, para demostrar su poder infinito que ahuyentaría al enemigo. A su voz, cuando entregó el alma, la tierra tembló, el cielo se sobrecogió de espanto; el día huyó, el sol se obscureció; los astros, velados sus rayos, desaparecieron. Bajó a los infiernos después de romper las puertas y les sumergió en el duelo. Resucita, los ángeles se alegran, la tierra salta de gozo con sus habitantes. En este triunfo se cumplió el oráculo del Profeta: "Yo seré tu muerte, oh infierno. ¿Dónde está pues, tu victoria?" Nadie, sino la Vida, podía destruir a la muerte. Después de haber descendido, ha vuelto a la luz, resucitando a cuantos estaban cautivos de la muerte, a fin de que su resurrección sea confirmada por el testimonio de los vivos y de los muertos. *(Misal gótico publicado por Mabillon. Cfr. A. L.,* ed 1885, t. II, p. 249.)

Liturgia griega 33

Hoy es la primavera de las almas, porque Cristo, al salir de su sepulcro, al tercer día, ha desterrado como otro sol el sombrío invierno de nuestros pecados; cantémosle porque se ha cubierto de gloria. *(Dom. de Santo Tomás, Orthros, can., 3.ª Oda,* ed. rom., Pentecostar., p. 50.)

Tú, Salvador, que has aparecido en la carne como un nuevo Adán, has vuelto a la vida al viejo muerto en otro tiempo por la envidia. *(Sábado Santo, Orthros, Canto del Epitafios, 1.ª parte,* ed. rom., p. 713.)

4. — ILUMINACIÓN Y REDENCIÓN

34

Liturgia griega

Tu resurrección, Señor, ha iluminado todas las cosas, y el Paraíso se ha abierto de nuevo; la creación entera te canta y te ofrece diariamente sus himnos. *(Lunes de Pascua, Vísperas, lucernario,* ed. rom., Pentecostar, p. 24.)

Cristo, la alegría de todos, la Verdad, la Luz, la Vida del mundo, la Resurrección, se ha aparecido, en su bondad, a los habitantes de la tierra, se ha convertido en el modelo ejemplar de la Resurrección, y otorga a todos el perdón divino. *(Sábado de Lázaro, kondak.,* ed. rom., Triode, p. 595.)

35

Liturgia armena

Hoy, la inefable luz de luz ha iluminado a tus hijos; resplandece, Jerusalén, porque Cristo, tu luz, ha resucitado.

Hoy la triple luz ilumina las tinieblas de la ignorancia; aparece la luz de la ciencia, Cristo que resucita de entre los muertos. *(Himnario de la Iglesia armena.* Cfr. Garkavoroutium, Venecia, 1898, p. 529.)

5. — GOZO Y ALEGRÍA

36

Liturgia romana

Ha vencido el León de Judá, el vástago de David, que ha alcanzado con su victoria el poder abrir el libro y romper sus siete sellos: Alleluia, alleluia, alleluia. El Cordero inmolado, debe recibir la virtud, la divinidad, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la bendición. (Apoc., 5, 5.) *(Sábado de Pascua, Maitines, 3.º responsorio.)*

Liturgia galicana 37

Venid a celebrar la Pascua nueva. Esperen los miembros para ellos mismos lo que su Jefe, que les ha precedido, tiene conquistado para sí. La nueva Pascua es Cristo, que ha sufrido por nosotros, el Cordero sin mancha (...).

Bajo la prensa del lagar sagrado de la Cruz, la uva se ha exprimido sobre el corazón de su amada Iglesia; ha sido estrujada en la prensa, y las primicias de la gentilidad se alegran ya en una embriaguez gozosa. (...).

La piedra desechada y reprobada se ha convertido en elegida; convertida en piedra angular, brilla como un trofeo. Elimina el pecado pero no la naturaleza; forma una criatura nueva y en ella une a los dos pueblos.

Gloria a la cabeza y concordia entre los miembros. Amén. *(Secuencia de Adán de San Víctor, estrofas,* 2, 5 y 8. P. L., 196, 1442.)

Liturgia armena 38

Hoy es nuesta Pascua por la inmolación de Cristo; renovados todos nosotros del viejo hombre y del pecado, hagamos gran fiesta y digamos: "Cristo ha resucitado de entre los muertos." *(Himnario de la Iglesia armena. Cfr. Garkavoroutium,* Venecia, 1898, p. 529.)

Oh Iglesia, madre de la fe, lecho nupcial de las bodas espirituales. Eres la casa del Esposo inmortal que ha adornado con resplandor eterno.

Eres un nuevo y admirable cielo, elevado de gloria en gloria. Nos regeneras en el baño sagrado, y haces de nosotros hijos brillantes como la luz:

Nos repartes ese pan que purifica y nos das a beber esa sangre temible.

Nos elevas a alturas inaccesibles a la compañía de las inteligencias incorpóreas.

Venid, pues, hijos de la nueva Sión, acercaos con pureza al Señor; gustad y experimentad cuán suave y poderoso es nuestro Señor; el antiguo Tabernáculo era una figura que te simbolizaba, oh Iglesia de Cristo; tú eres la figura simbólica del tabernáculo celestial.

Aquél resquebrajó las puertas de hierro; tú derribas, desde sus fundamentos, las puertas del infierno;

Aquél triunfó del Jordán, tú del mar de la maldad universal.

El jefe del antiguo tabernáculo era Josué; el tuyo es Jesús, Hijo único del Padre eterno.

Ese pan es el cuerpo de Jesucristo; ese cáliz, la sangre de la alianza.

Se nos revela el misterio más profundo: el mismo Dios se manifiesta a nosotros.

Este es el mismo Cristo, el Verbo divino que está sentado a la diestra del Padre.

El que es sacrificado entre nosotros y borra los pecados del mundo, junto con el Padre y el Espíritu, sea bendito eternamente por los siglos de los siglos. Amén. (SCHUSTER, *Liber Sacramentorum*, t. IV, 224.)

6. — DÍA DEL SEÑOR

Este es el día que ha hecho el Señor. (Salmo 117, 4.)

39 *Liturgia griega*

En este día una tumba encierra a aquel que contiene en una mano toda la creación; una piedra cubre al que cubre los cielos con su virtud; la Vida duerme, el infierno tiembla y Adán es libertado de sus lazos. Gloria a la economía según la cual, habiendo cumplido todas las cosas, nos concedes, como Dios, el Sábado eterno por tu Santa Resurrección de entre los muertos. *(Sábado Santo, Orthros, Laudes,* ed. rom., Triode, p. 733.)

El gran Moisés se refería místicamente al día presente cuando dijo: "Dios bendijo el día séptimo." He aquí, en efecto, el día del reposo en que el Hijo único de Dios descansó de todos sus trabajos, celebrando el Sábado en su carne, conforme a la disposición que le hizo padecer la muerte; y al volver a lo que era, nos ha concedido, por medio de su Resurrección, la vida eterna, El, el único bueno y generoso. *(Id., ibíd.*, p. 734.)

Liturgia mozárabe 40

¡Oh Dios! El día que celebramos es el tuyo por excelencia. En él has querido manifestar a todos los seres creados, la luz visible, como testimonio de la luz eterna; en él has hecho resplandecer la llama que ilumina al mundo, y la antorcha que resucita las almas a la luz. Este día, el primero de la creación, es también el de la Resurrección del Señor: y dando la vuelta al ciclo anual en un cálculo riguroso, es, al mismo tiempo, el principio y el fin del misterio santísimo de la solemnidad pascual. Mira, Señor, en este tiempo propicio, y en este día de salvación, a tus siervos que rescataste de la cautividad del espíritu maligno durante el tiempo de tu Pasión. Les liberastes tiñiéndoles con la sangre de tu Cordero para que no les hiriese la espada exterminadora. En el desierto de esta vida caminas delante de nosotros como nube que nos cobija bajo su sombra durante el día, y por la noche amortigua el ardor de nuestras tentaciones. Como columna de fuego que con su luz nos preserva de las tinieblas del pecado, nos conducirás con tu presencia salvadora al lugar de nuestro descanso. *(Brev. Dom. de Pascua, Vísperas, cap. P. L.* 86, 620.)

Cristo, Hijo de Dios, sosiego de nuestras almas, que guardaste en el sepulcro el descanso sabático; en otro tiempo reposaste este día de todas tus obras, y ahora, este mismo es el de tu descanso sepulcral; verdaderamente santificaste para nosotros este día cuya

tarde presagia ya el que también para nosotros es el octavo. Tú que hicistes brillar la luz en las tinieblas y resucitaste de entre los muertos, apareciste con tu humanidad digna de dirigir nuestra vida por el camino de la santidad; para que durante estos siete días que representan la duración del mundo y en cada uno de los cuales se sacrifica al Cordero y se celebra la Pascua; vivamos conforme a nuestra salvación. Ojalá podamos merecer celebrar todos los días la Pascua con pureza y descansar en este día de todas nuestras obras de una manera tan santa que participemos en la paz del día octavo y eterno, resucitados a la gloria. *(Brev. Dom. in albis, cap. P. L.,* 86, 638.)

Este es el día que hizo el Señor: alegrémonos y gozémonos. Este día no pudieron oscurecerle las tinieblas. Este día ninguno le ha precedido: ninguna noche le ha puesto fin. Quien camina durante este día no tropieza. Es el día en que ningún olvido ha suprimido al que ni la duración de los siglos oscurece. El que, aún permaneciendo eternamente junto al Padre, nos libró en este día de los infiernos, resplandece con luz inmortal.

Tengámosle presente, pues, en nuestra mente, celebrémosle con nuestra voz, adorémosle en espíritu, glorifiquémosle y llevémosle en nuestro cuerpo; y con fervorosa súplica roguémosle que no permita seamos víctimas de la segunda muerte, puesto que nos ha redimido del poder de la primera, y nos ha puesto en libertad por la pasión de su Cruz y de su cuerpo.

El que posee una misma esencia con el Dios que vive por los siglos de los siglos. *(Misa del 3.° Dom. después de la Octava de la Resurrección.* FEROTIN, p. 712.)

Por tu Hijo, oh Padre, restableciste todo y todo lo restauraste. Le enviaste al mundo en forma humana para que pudieses amar en nosotros lo que ya amabas en tu Hijo. Ya está cumplido todo cuanto habías

vaticinado por los Profetas: Cuando tú mismo predijistes de su venida está consumado.

Porque El es el León de Judá, valeroso en la lucha. Es el cachorro del león que resucita victorioso de entre los muertos. Es el Cordero inmaculado, durante tanto tiempo deseado. La piedra desechada por los arquitectos, que luego ha llegado a ser admirable, y piedra angular de la Iglesia. Es la cabeza y príncipe de la milicia celestial. Esposo y Señor de la Iglesia, Piloto, no sólo del arca de Noé, sino también de la Iglesia. Es, en la persona de Abraham, el representante más genuino del cuerpo de los Patriarcas; en la persona de Isaac, el misterio de la víctima gloriosa; en la persona de Jacob el modelo supremo de paciencia; en la de todos los santos, la plenitud de la santidad. *(Misa del 4.º dom. después de la Octava de Pascua.* FEROTIN, n.º 725.)

Digno y justo es, oh Padre Santo, Dios omnipotente y eterno, celebrar tu bondad en todo tiempo, pero con más esplendor, con las almas bienaventuradas, en esta noche o en este día. Porque esta noche, en la que ha amanecido para la eternidad el Día, nuestra Resurrección, nuestro Señor Jesu-Cristo, no es madre de las tinieblas, sino de la luz.

El es verdadero Cordero que borró los pecados del mundo; no se ha inmolado en figura de una víctima futura, ni por otro sacerdote que El mismo; mas, venido en cuerpo real, ha realizado la figura de los sacrificios carnales: en El se han verificado los vaticinios proféticos; y, sacerdote al mismo tiempo que cordero sagrado, se ha hecho, en los últimos tiempos de los siglos, hostia viva y saludable. Levantadas sus manos en Cruz, pende del madero como sacrificio vespertino; resucitado, nos otorga un beneficio matutino.

Por eso, ahora, a imitación del venerable misterio, los hijos de la luz nacen a la vida eterna. En el amanecer de esta noche, nuestra madre la Iglesia los engendra espiritualmente por la gracia, los concibe sin

desdoro, les da a luz con gozo, realiza en sí misma el estado de la Virgen-Madre, que concibió sin obra de varón. En esta mañana de la Resurrección de Cristo, termina la muerte del pecado y comienza la vida de los que tienen fe.

Por esto el cielo y la tierra le cantan un cántico nuevo en compañía del ejército de los ángeles, y pregonan sin cesar, en unión de los Querubines y Serafines, ¡Santo, Santo, Santo! *(Misa de la Vigilia de* Pascua, FEROTIN, n.º 605.)

II. — ASCENSION

1. — REDENCIÓN Y ASCENSIÓN

El que descendió es el mismo que subió por encima de todos los cielos. (Eph., 4, 10.)

Liturgia griega 41

Tú naciste como quisiste, Te manifestaste según tu voluntad; padeciste en tu propio cuerpo, oh Dios nuestro: resucitaste de entre los muertos, después de haber vencido a la muerte. Descendiste a la gloria Tú que llenas todos los espacios, y enviaste el divino Espíritu para cantar y glorificar tu divinidad. *(Ascensión, Vísperas, Litie,* ed. rom., Pentecostar., p. 311.)

Cuando te apresaron, oh Cristo, en el monte de los Olivos, clamaron entre sí las potestades al verte subir: "¿Quién es éste?" y una voz les respondió: "el Fuerte y el Poderoso en la lucha: verdaderamente, el Rey de la gloria." ¿Y por qué están teñidos de sangre sus vestidos? Porque viene de Bosra, esto es, humanado, y El mismo, sentado como Dios a la diestra del Padre, nos ha enviado al Espíritu-Santo para que oriente y salve nuestras almas. *(Vísperas, stich, ibid.,* p. 312.)

Liturgia armena 42

1. Oh Cristo, las potestades del cielo fueron presas de temor al contemplar tu Ascensión; y en su admiración se dijeron entre sí: "¿Quién este este Rey de gloria?"

2. Es el Dios encarnado, el Verbo que ha destruído el pecado sobre la Cruz; Dios fuerte, por su propia virtud sube al cielo en glorioso vuelo.

3. Es el que ha resucitado del sepulcro y vencido al infierno: hoy se eleva glorioso sobre todas las cosas, viene a su Padre; es el Señor poderoso en las tinieblas.

4. Hoy sube, por su divina virtud, al trono de su Padre, seguido del coro de los ángeles que le cantan: "Príncipes, abrid de par en par las puertas, y entrará el Rey de la gloria."

5. Estupefactas, clamaron desde lo alto las potestades con sonora voz: "¿Qué Rey de la gloria es éste que viene humanado y revestido de maravilloso poder? Príncipes, abrid vuestras puertas y dejad entrar al Rey de la gloria."

6. En armonioso concierto, cantan las jerarquías superiores este cántico nuevo: "Es el Rey de la gloria, el salvador del mundo, el libertador del linaje humano. Príncipes, abrid vuestras puertas y dejad entrar al Rey de la gloria."

7. Oh Rey glorioso, haznos dignos de participar de tu gloria, a cuantos hemos sido incorporados a Ti, al participar en tu muerte.

8. Crucificaste contigo el viejo hombre, arrancaste el aguijón del pecado, nos liberaste y por el madero vivificante en que fuiste clavado, y las gotas de tu sangre empaparon al mundo; todas las Iglesias de los santos te cantan himnos espirituales.

9. Por la compasión que indujo a tu divinidad a tomar nuestra humanidad, nos hiciste participantes de tu cuerpo y de tu sangre, mediante el sacrificio de agradable olor que ofreciste a tu Padre, la inmolación del cuerpo que tomaste de nuestra naturaleza; y ascendiste sobre nubes luminosas, a la vista de las Potestades y Principados que, llenos de admiración, se decían: "¿Quién es este que tan velozmente viene de Edom?" Y por tu Iglesia los hombres han aprendido

las manifestaciones multiformes de tu sabiduría. A Ti, los cánticos espirituales de las Iglesias de los santos. *(Himno de Vísperas, del día de la Ascensión.)*

2. — LA ASCENSIÓN Y LOS ÁNGELES

Liturgia griega 43

Ascendiste, oh Cristo, junto a tu Padre, principio sin principio, sin haber abandonado la celestial morada; y las potestades no tuvieron nada que añadir a la alabanza del Trisagio: pues después de la Encarnación reconocieron en Ti al solo y único Hijo del Padre. Según la multitud de tu misericordia, tén piedad de nosotros. *(Ascensión, Vísperas, Litie,* ed. rom., Pentecostar., p. 309.)

Cuando te elevaste a la gloria en presencia de tus discípulos, oh Cristo Dios, las nubes te transportaron con tu propio cuerpo; las puertas del cielo se abrieron, los coros angélicos te saludaron extasiados de alegría, las más encumbradas potestades pronunciaron estas palabras: "Levantad vuestras puertas, Principados, y entrará el Rey de la gloria." Por su parte, los discípulos dijeron: no te alejes de nosotros, Pastor Santo; envíanos al Santísimo Espíritu, para que guíe y reconforte nuestras almas." *(Id., ibíd.,* p. 310.)

En este día, las potestades de lo alto, al ver nuestra naturaleza en los cielos, extrañados de tal ascensión, se preguntaban entre sí y se decían: "¿Quién es éste que acaba de llegar?" Reconocieron a su propio Señor y recibieron la orden de abrir las puertas celestiales. Con ellos te cantamos continuamente a Ti que has de venir en tu propia carne, como juez de todas las cosas y Dios omnipotente. *(Ascensión, Orthros, Idiomele, ibíd.,* p. 313.)

Lluevan las nubes desde lo alto sobre nosotros la eterna alegría, porque hoy Cristo sube a su Padre, trasladado en una nube como sobre los querubines.

Aparecido en forma de una carne semejante a la nuestra, uniste, oh Bondadoso, lo que estaba dividido; oh Misericordioso, subiste antes al cielo a la vista de tus apóstoles.

Los santos ángeles, al ver que Cristo lleva los divinos estigmas de su preciosa pasión se preguntan entre sí: "¿Por qué son rojos los vestidos de quien se ha unido a la carne?" *(Id., canon, 6.ª Oda, ibíd.,* p. 318.)

A Ti Señor, que eres la luz, te recibió una nube de fuego, y de una manera sublime, te arrebató de la tierra. Los ejércitos celestiales te alababan diciendo: con los apóstoles: "Oh Dios, seas bendito." *(Id., 7.ª Oda, ibíd.,* p. 320.)

El Señor subió a los cielos para enviar al mundo el Paráclito. Los cielos prepararon su trono; los ángeles se admiraron al ver a un hombre por encima de ellos. El Padre recibe a quien eternamente tiene en su seno. El Espíritu Santo manda a todos sus ángeles: "Príncipes, levantad las puertas, naciones todas, aplaudid con vuestras manos porque Cristo ha subido donde antes estaba." *(Ascensión, Vísperas, Lucernario, ibíd.,* p. 307.)

Oh Dios que habitas sobre las nubes, los querubines se llenaron de temor en el momento de tu Ascensión al verte subir por encima de ellas. Y nosotros te glorificamos tu infinita piedad. *(Id., ibíd.,* p. 307.)

3. — LA ASCENSIÓN Y LA VIRGEN

44 *Liturgia griega*

Señor, después de haber llevado a cabo, según tu bondad, el misterio oculto antes de los siglos y antes de las generaciones, viniste con tus discípulos al monte de los Olivos. Contigo estaba la que te había dado a

luz a ti, Creador y Hacedor de todas las cosas. ¿Acaso no es justo que la que, como madre, sufrió más que ningún otro en tu pasión, goce de una alegría insuperable en la glorificación de tu cuerpo? y nosotros, Señor, tomando también parte, glorificamos en tu Ascensión a los cielos, la piedad inmensa que nos has mostrado. *(Ascensión, Vísperas, Litie,* ed. rom., Pentecostar., p. 311.)

Oh soberana Inmaculada, tú diste a luz al Señor de todas las cosas, quien voluntariamente eligió la pasión y subió al Padre, del cual no se había separado al encarnarse. *(Ascensión, Ortrhos, canon 1.ª Oda, Theotokion, ibíd.,* p. 314.)

¡Oh maravilla inconcebible! ¿Cómo tú, la llena de divina gracia, has podido concebir en tu seno al Dios incomensurable, que mendigó un cuerpo, que dió la vida a los hombres y que en este día asciende en medio de inmensa gloria a los cielos? *(Id., 7.ª Oda, ibíd.,* p. 320.)

Tu hijo, Madre de Dios, destruída la muerte por su Cruz, resucitó al tercer día y, después de haberse manifestado a sus discípulos, se encaminó al cielo. Te asociamos a El en nuestra veneración y te alabamos y te glorificamos por los siglos de los siglos. *(Id., 8.ª Oda, ibíd.,* p. 321.)

¡Salve, Madre de Dios, Madre de Cristo Dios; Glorificas a quien diste a luz al verte en este día volar de la tierra en compañía de los ángeles. *(Id., 9.ª Oda, Theotokion, ibíd.,* p. 322.)

4. — LA ASCENSIÓN Y LOS PROFETAS

Te elevaste sobre las alturas y te llevaste los cautivos. (Ps., 88, 19.)

Liturgia griega 45

Admirable es tu nacimiento, admirable tu Resurrección, admirable y terrible tu divina Ascensión des-

de la cumbre del monte de los Olivos, ¡oh vivificador! La prefigura ya Elías, ascendiendo en una cuadriga y cantándote, oh Señor bondadoso! *(Ascensión, Orthros, Canon, 5.ª Oda,* ed. rom., Pentecostar., p. 317.)

5. — LA ASCENSIÓN Y LA HUMANIDAD

46 *Liturgia romana*

Cristo, después de su Resurrección se apareció a sus discípulos reunidos, y ante sus ojos se elevó a los cielos con el fin de hacernos participantes de su divinidad. *(Prefacio de la Ascensión.)*

En este día, nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo único, se ha dignado introducir en los cielos y colocar a tu derecha a nuestra carne frágil unida a tu divinidad. *(Comunicantes de la Ascensión.)*

47 *Liturgia griega*

Descendiste de lo alto de los cielos a la tierra y como Dios, resucitaste contigo a la raza de Adán que yacía en la prisión infernal. Por tu Ascensión, oh Cristo, la has levantado al cielo y la has sentado contigo en el trono de tu Padre, pues estás lleno de piedad y de misericordia. *(Ascensión, Orthros, Cathisme según el Polyeleos,* ed. rom., Pentecostar., p. 312.)

Nuestra naturaleza, antes caída, ha sido elevada por encima de los ángeles, y ha sido colocada en el trono divino de un modo que sobrepasa a toda inteligencia. Venid, celebremos esta fiesta y gritemos. Cantad al Señor cuantos sois obra suya y exaltadle por toda la eternidad. *(Id., canon, 7.ª Oda, ibíd.,* p. 321.)

¡Oh muy dulce Jesús, que sin dejar el seno del Padre, te juntaste por tu humanidad a los habitantes de la tierra, y que en este día, desde el monte de los Olivos subiste glorioso a los cielos, Tú levantando compasivo nuestra naturaleza caída, la has hecho sentar

contigo al lado del Padre. Por eso, las muchedumbres celestiales de los incorpóreos, a la vista de esta maravilla, se llenaron de admiración, y comenzaron a enaltecer tu amor para con los hombres. Juntamente con ellos nosotros también, habitantes de la tierra, glorificamos tu venida a nuestro lado y tu Ascensión a los cielos: nosotros te dirigimos esta oración. "Tú que en tu Ascensión colmaste de una alegría indecible a tus apóstoles y al Padre que te envió al mundo, júzganos dignos por tu gran misericordia y a causa de sus oraciones de la alegría de tus escogidos.

Tú elevaste en este día por encima de todo principado y de todo poder a la naturaleza de Adán, que había caído hasta las profundidades de la tierra y a la que Tú renovaste en ti mismo, pues habiéndole amado, la sentaste a tu lado; habiéndote apiadado de ella, te la uniste; habiéndotela unido, sufriste con ella; y habiendo sufrido con ella, aunque impasible, la glorificaste contigo. Mas los incorpóreos decían: "¿Quién es éste hombre tan magnífico?" No es solamente un hombre, sino Dios y hombre, este prodigio que reune las dos apariencias. Por esto los ángeles, con sus túnicas resplandecientes, volando alrededor de los apóstoles, les gritaban: "Hombres de Galilea, el que os ha dejado, Jesús, el Hombre-Dios, volverá Dios-Hombre, como juez de los vivos y de los muertos, para conceder a los fieles la remisión de su pecado y la gran misericordia." *(Id., ibíd.,* p. 310.)

Liturgia mozárabe 48

Procurad, oh hermanos muy queridos, abandonar la carga de los pensamientos profanos, levantad vuestro espíritu y tomad vuestro vuelo hacia las regiones superiores. Seguid con los ojos del corazón a la humanidad que Cristo asumió, escoltada a lo más alto del cielo: el objeto asombroso que se propone a nuestra contemplación, es Jesús, nuestro Señor. Asocia la bajeza de la

tierra a la nobleza del cielo. Hace falta una vista penetrante para considerar el lugar a donde debemos seguirle. En este día nuestro Salvador, después de haber tomado nuestra carne, recupera el trono de su divinidad. En este día presentó a su Padre su humanidad que ha sometido al sufrimiento. Exalta en los cielos a la que ha humillado en la tierra. Va a ver la gloria el que ya ha visto el sepulcro. Y aquel que por vencer a la muerte nos ha otorgado el beneficio de su muerte, nos gratificó con la esperanza de la vida por el ejemplo de su resurrección. En este día ha vuelto al Padre, El que no ha aparecido nunca sin el poder del Padre, El que es su igual. Así, no siendo por su naturaleza más que uno con el Padre, al entrar en el cielo como hombre nuevo, no tomó una nueva humanidad. Imploremos, pues, del poder del Padre, en nombre de su Hijo nuestro Salvador, el envío de la gracia espiritual, el don de la eterna beatitud, la ascensión hacia la mansión feliz, el progreso de la verdadera fe y la ruina de la infidelidad herética. Ciertamente oirá en su gloria a los que buscó cuando estaban perdidos. El que no rechazó a los extraños será cortés con los suyos. Nos ayudará a nosotros que creemos en él puesto que no nos abandonó cuando estábamos por conocerle. El que hizo de sus enemigos hijos obedientes no nos dejará huérfanos. Y, en fin, El que prometió el espíritu de la santidad, nos concederá el objeto de nuestras súplicas. Así sea. (**Ferotin**, *Liber mozarabicus*, col. 322.)

6. — ALEGRÍA DEL CIELO Y DE LA TIERRA

"El Señor ha subido en la alegría." (Ps., 46, 6.)

49 *Liturgia griega*

El mundo entero, visible e invisible, está de fiesta: los ángeles se alegran con los hombres y glorifican sin

cesar la Ascensión de aquel que por su bondad se unió a nosotros en la carne (*Ascensión, Orthros, canon, 4.ª Oda*, ed, rom., Pentecostar. p. 316.)

Liturgia galicana 50

Secuencia de Notkero.

Dígnese Dios alegrar en este día a cuantos cristianos le aman.

¡Oh Cristo Jesús!, Hijo de Dios, mediador que posees la naturaleza divina y la nuestra, Dios eterno, has visitado la tierra; hombre nuevo, has escalado los espacios etéreos.

En tu vuelta al Padre, los ángeles y las nubes te rodean y te sirven.

¿Pero, cuánto más asombroso, cuando, aún infante, las estrellas y los ángeles te obedecen?

Hoy has concedido, Señor, a los hombres, un don nuevo y suave: la esperanza de los bienes celestiales.

Al levantar por encima de los límites sidéreos a un verdadero hombre, ¡oh Señor de los reyes!, ¡qué alegría inundó a los apóstoles a quienes tú concediste que te contemplasen en tu camino hacia el cielo!

¡Con qué alegría vienen los nueve coros a recibirte en el cielo! Llevas, por fin, cargado sobre tus espaldas al rebaño que durante mucho tiempo han tenido dispersado los lobos.

Cristo, buen Pastor, dígnate custodiarle. Así sea.

7. — PARÁFRASIS DE DOM GUÉRANGER SOBRE EL SALMO *LXII*, PARA LA ASCENSIÓN Y PENTECOSTÉS 51

¡Levántese Dios, el Dios-Hombre! Huyan sus dispersados enemigos. Cuantos le tienen odio, desaparezcan como se desvanece el humo; así como se derrite la cera en presencia del fuego, así perezcan los impíos ante la faz de Dios.

Los justos, por el contrario, celebren festines, salten de alegría, y déjense dominar por los transportes de alegría en presencia de Dios.

Oh hombres rescatados, cantad a Dios; haced resonar vuestros cánticos a gloria de su nombre; abrid el camino al que sube sobre Occidente, como sobre un trono. Es el Hijo del Hombre y se llama el Señor.

Entregaos al entusiasmo en su presencia. Ante su vista tiemblan sus enemigos infernales; pues ha venido para ser el Padre de los huérfanos, el defensor de las viudas, el redentor del género humano que el pecado había entregado a Satanás.

En el interior de su santuario está Dios mismo; ha querido que habiten en su propia casa cuantos viven en la unidad de una misma fe y caridad.

A cuantos estaban cautivos, los libró por su poder; a cuantos ponían resistencia, los precipitó a los infiernos.

¡Oh Dios! ¡Oh Cristo! Cuando apareciste en la tierra caminando a la cabeza de tu pueblo, cuando atravesaste el desierto de este mundo árido y desolado.

La tierra se conmovió, los cielos enviaron su rocío fructuoso de parte del Dios del Sinaí, del Dios de Israel que te había enviado.

Reservaste para tu herencia—tu Iglesia—una lluvia de gracias. Cuando bajaste, Tu herencia había perecido; el género humano estaba sin fuerzas; pero Tú le confortaste.

En la Iglesia habita el rebaño del que eres Pastor; y Tú, Dios mío, has preparado, en tu dulzura, un alimento destinado a sostener su debilidad.

Para convidar a sus elegidos con tantos favores, el Espíritu Santo, que es también Dios, da una lengua, una palabra a cuantos han de evangelizar la tierra, para que hablen con fuerza irresistible.

Los reyes de los ejércitos caerán ante El que es el querido y amado del Padre; y la que a la belleza de la casa repartió los despojos.

Durante la lucha, hijos de la Iglesia, dormíais seguros en el recinto que os protege, semejantes a la paloma con plumas de plata, cuyo lomo tiene reflejos de oro.

Mientras aquél cuyo trono está en los cielos, ejerza su juicio sobre los reyes, sus protegidos semejarán a la nieve que cubre los montes de Selmon.

Hay una montaña, montaña de Dios, montaña fértil, sustanciosa y fecunda: es su Iglesia. ¿Dónde encontraréis otra comparable a ésta en fertilidad?

En esta montaña ha querido Dios habitar, y habitará hasta el fin.

El carro del Hijo de Dios que sube al cielo es mejor que diez mil carros de guerra; miles de ángeles le rodean con alegría. El Señor está en medio de ellos; se ha detenido en su santuario, como en otro tiempo en Sinaí.

¡Oh Cristo! has subido a las alturas llevando contigo a los cautivos; has recibido en tu humanidad dones inefables y les has repartido entre los hombres.

Y aquéllos que no creían, reconocen hoy, que Dios habita entre nosotros.

¡Bendito sea el Señor en todo el curso de los días! Dios, autor de nuestra salvación, hará que sea feliz nuestro camino.

Sí; nuestro Dios es un Dios de salvación; al Señor pertenece librarnos de la muerte.

Pero este Dios quebrará las cabezas de sus enemigos, las cabezas altaneras de los que caminan complaciéndose en sus crímenes.

El Señor dijo: "Les arrancaré de Basán y les precipitaré a lo profundo del mar.

Y tú enrojecerás tu pie con su sangre, pueblo mío escogido; y la lengua de tus perros se teñirá de carmín.

Oh Dios, vi tu entrada en el cielo, tu entrada triunfante; te vi a ti que eres mi Rey para siempre.

Los príncipes de la milicia celeste salieron a tu encuentro y con ellos los que ejecutaban cánticos, rodeados todos de las jovencitas que pulsan los tímpanos; tal es el cortejo de Cristo: fuerza, melodía y pureza.

Bendecid al Señor en vuestras reuniones sobre la tierra, cuantos pertenecéis a la fuente verdadera de Israel y formáis parte de la Iglesia.

Encuéntrense reunidos en una santa amistad, Benjamín, el adolescente, sobrecogido por el entusiasmo.

Los príncipes de Judá con sus jefes, los príncipes de Zabulón, y los de Neftalí.

Manda, oh Dios, oh Cristo, con tu poder; envía el Espíritu que da fuerzas; afirma y fortalece por El, lo que has obrado en nosotros.

Vengan los reyes sometidos a ofrecer sus dones a tu templo santo de Jerusalén, figura de la Iglesia.

Reprime las bestias salvajes que se esconden entre los cañaverales, los toros que caen sobre las terneras, las herejías que turban la paz de tu pueblo. Quisieron arrojar de tu herencia a aquellos cuya fe fué probada como la plata.

Dispersa a las naciones que no quieren sino guerra. Egipto envió embajadores para ser adoctrinados en el conocimiento del verdadero Dios; Etiopía tenderá sus manos hacia él, y arrastrará a otros pueblos.

Reinos de la tierra, cantad a Dios; cantad al Señor con cánticos.

Cantad a Dios que ha subido al cielo, saliendo de Oriente, del monte de los Olivos.

Llega el momento en que va a dar una fuerza nueva a sus discípulos. Dad gloria a Dios por cuanto ha obrado en favor del nuevo Israel; su magnificencia y poder resplandecen en sus mensajeros que vuelan como las nubes del cielo.

Admirable es Dios en lo interior de su santuario. El dará a su nuevo pueblo la energía y la fuerza para permanecer hasta el fin de los siglos. ¡Bendito sea Dios!

III. — PENTECOSTES

1. — LA VENIDA DEL ESPIRITU SANTO

"Y fueron llenos todos del Espíritu Santo". (Act., 2, 4).

Liturgia armena 52

La paloma mensajera descendió con gran ruido, bajo la apariencia de una luz; armó con el fuego del relámpago, sin quemarlos, a los discípulos, reunidos en el cenáculo. Es esa paloma inmaterial, insondable, que penetra en la profundidad de Dios, y que, procediendo del Padre, anuncia la segunda venida; se nos enseña, además, que es consustancial a El.

Gloria en el cielo al Espíritu Santo que procede del Padre; por este Espíritu los Apóstoles fueron embriagados del cáliz inmortal, e intimaron a la tierra a unirse al cielo. Dios, fuente de vida, Espíritu de bondad, has esclarecido por medio de las lenguas de fuego a cuantos unía un amor unánime; por esto, celebramos nosotros tu venida santa.

Los santos Apóstoles se vieron colmados de delicias con tu venida; por el don de lenguas conquistaron hombres que ningún lazo podía unir; por esto celebramos en este día tu venida feliz.

Te has servido de ellos para embellecer, por medio del bautismo santo y espiritual, a todo el universo, revistiéndole de hábitos nuevos y resplandecientes; por lo cual celebramos en este día tu venida santa.

Tú que descansas en el carro de los Querubines, Espíritu Santo, descendiste hoy del cielo sobre todos los Apóstoles; ¡bendito seas, Rey inmortal!

Tú que caminas sobre los vientos, te das hoy como lenguas de fuego y fijas tu morada sobre los Apóstoles; ¡bendito seas, Rey inmortal!

Tú que cuidas de todas las criaturas con tu providencia, oh Espíritu Santo, has venido en este día a consolidar tu Iglesia; ¡bendito seas, Rey inmortal!

53 *Liturgia griega*

El manantial del Espíritu Santo descendió en torrentes de fuego sobre los habitantes de la tierra; cayó en rocío espiritual sobre los Apóstoles y los dejó iluminados; se convirtió para ellos en una nube que destila fuego, en una llama que los iluminó y los regocijó; y ellos nos han comunicado la gracia por el fuego y el agua. El fuego del Paráclito ha venido y ha iluminado el mundo. *(Pentecostés, Orthros, Kathisme según la 2.ª stichol.*, ed. rom., Pentecostar., p. 386).

2. — ALABANZAS AL ESPIRITU SANTO

54 *Liturgia armena*

Espíritu igual y semejante al Padre y al Hijo, increado y coexistente con ellos, que procedes del Padre de una manera insondable, que recibes del Hijo su figura indecible, has descendido hoy al Cenáculo, has embriagado a los Apóstoles del Espíritu de tu gracia; embriáganos también a nosotros con la misericordia del cáliz de la sabiduría.

Creador de todas las cosas, Tú que has sido llevado sobre las aguas, te muestras acariciador como la paloma, sobre las aguas del baño que has instituído para nosotros por el que coexiste contigo; ahí das a luz a los niños deiformes; dános de beber por tu misericordia del cáliz de la sabiduría.

Maestro de los entendimientos de arriba y de los seres sensibles de la tierra, Tú que de pastores sacas profetas, de pescadores, Apóstoles, de publicanos, Evangelistas; de perseguidores, heraldos de tu palabra, dános de beber por tu misericordia del cáliz de tu sabiduría.

Como viento impetuoso con ruido terrible de tempestad, te apareciste, oh Espíritu, en el cenáculo al coro de los doce; bautizados por ti, se purificaron como el oro en el crisol; purifícanos de las tinieblas del pecado y vístenos de la gloria.

El Amor te envió por amor, a Ti que eres amor; por Ti se unió a sus miembros; apoyó sobre tus siete columnas, la Iglesia que se construyó; puso en ella como sus representantes a los Apóstoles enriquecidos con tus siete dones. Purifícalos de las tinieblas del pecado y revístelos del esplendor de tu gloria. *(Primer himno de los nocturnos del 2.ª día después de Pentecostés;* cfr. Garkovoroutium. Venise, 1898, p. 529-531).

Oh Espíritu Santo, cáliz derramado desde los cielos que haces inmortales; de él han bebido en el cenáculo los santos Apóstoles; bendito seas, oh Espíritu Santo, que eres la verdad.

Te extendiste ampliamente entre nosotros; fuego vivo; pues los Apóstoles se saciaron y después saciaron a toda la tierra; bendito seas, oh Espíritu Santo, que eres la verdad.

Hoy, las iglesias de la gentilidad se sienten transportadas de gozo y llenas de alegría que viene de Ti, cáliz vivificador; bendito seas, oh Espíritu Santo, que eres la verdad.

Tú que procedes de la verdad del Padre, fuente de luz, has traído la alegría a los Apóstoles, les has llenado de los rayos de una vibrante luz; por sus plegarias, tén piedad de nosotros.

Tú que, al principio, convertiste en luz las tinieblas que envolvían al mundo, hoy has llenado a los Apósto-

les de tu luz divina y admirable y les has colmado de felicidad; por sus plegarias, tén piedad de nosotros.

Tú que te sientas sobre los ángeles que despiden rayos de fuego y extienden sus alas, hoy has descendido desde lo alto de los cielos sobre una reunión de hombres, impulsado por un inflamable amor; ¡bendito seas, oh Espíritu Santo, oh Dios!

Tú, proclamado santo por el Trisagio de las lenguas de fuego, has descendido en este día de los cielos sobre los labios de los hombres; ¡bendito seas, oh Espíritu Santo, oh Dios!

Tú, a quien los espíritus ígneos contemplan siempre en medio de llamas brillantes, te has derramado hoy desde los cielos sobre la tierra como una copa que aviva el fuego; eres bendito, ¡oh Espíritu Santo, oh Dios! *(Canon del Viernes después de Pentecostés)*.

55 *Liturgia griega*

El Espíritu Santo es Luz y Vida, y fuente viva de inteligencia; Espíritu de Sabiduría, Espíritu de Ciencia, bueno, recto, inteligente, purificador de los pecados, divino y al mismo tiempo divinizante; fuego que procede del fuego, que habla, obra y distribuye los dones; El ha coronado a todos los profetas y los Apóstoles de Dios juntamente con los Mártires.

Prodigio extraño de oír y extraño de ver; el fuego está dividido por la partición de dones. *(Pentecostés, Orthros, Laudes,* ed, rom., Pentecostar., p. 405).

3. — REDENCION Y PENTECOSTES

"Si no me voy, el Consolador no bajará a vosotros". (Juan, 16, 7).

56 *Liturgia griega*

Habiendo preparado con una palabra el baño divino de la regeneración para la naturaleza corrup-

tible, me inundas con el torrente salido de tu corazón inmaculado y traspasado por una lanza, oh Verbo de Dios, al mismo tiempo que me marcas con el sello del fervor del Espíritu. *(Pentecostés, Orthros, canon, 4.ª Oda*, ed, rom., Pentecostar., p. 398).

Después de tu Resurrección de la tumba, oh Cristo, y de la Ascensión a lo más alto de los cielos, has enviado desde lo alto tu gloria sobre los testigos de tu divinidad, has renovado en tus discípulos un espíritu de rectitud. Por esto, a semejanza de un arpa, ellos han expuesto melodiosamente con la ayuda de un plectro místico, el eco de tus palabras y tu economía. *(Id., cathisme según el Polyeleos, ibid.*, p. 195).

4. — BAUTISMO DE LA IGLESIA

Liturgia griega 57

¡Oh hijos luminosos de la Iglesia!, recibid el rocío del soplo inflamado del Espíritu como un bautismo que perdona vuestros pecados. En este día una ley ha salido de Sión; es la gracia del Espíritu figurada por las lenguas de fuego. *(Pentecostés, Orthros, canon, 3.ª Oda*, ed. rom., Pentecostar., p. 399).

5. — EL MILAGRO DE LAS LENGUAS

Liturgia griega 58

Los pueblos que, antiguamente, en su presunción, edificaron la torre de Babel, fueron castigados con la confusión de lenguas: hoy las lenguas están repletas de sabiduría por la gloria del conocimiento divino. En otro tiempo, Dios condenó a los impíos por sus pecados; hoy Cristo ilumina a los pecadores por medio del Espíritu. Antiguamente, les vino el castigo de no poderse expresar: hoy se nos concede para salud de nues-

tras almas la sinfonía de las voces. (*Id.*, *Vísperas, Apostiche, ibíd.*, p. 394).

6. — ALEGRIA DE PENTECOSTES

59 *Liturgia galicana*
Prosa de Adán de San Víctor

Una luz alegre, resplandeciente, un fuego que baja del trono divino sobre los discípulos de Cristo, llena los corazones, enriquece las lenguas y nos invita a unir en conciertos armoniosos nuestras lenguas y nuestros corazones.

La prenda que Cristo había prometido a su Esposa se la traía al volver el quincuagésimo día; después de la dulce miel, la piedra vierte aceite, esa piedra que en adelante será inamovible.

En la montaña se dió al pueblo la Ley, no en lenguas de fuego, sino en tablas de piedra; en el Cenáculo se da a algunos hombres, un corazón nuevo y la unidad de lenguas.

¡Oh día feliz y festivo aquel en que fué fundada la Iglesia primitiva! Tres mil hombres; tales son las primicias vivientes de la incipiente Iglesia.

Los panes legales ofrecidos como primicias representan a los dos pueblos adoptados en una misma fe; la piedra angular se interpone entre ambos para no formar más que un solo pueblo.

Unicamente los odres nuevos pueden contener el vino nuevo, mas no los viejos. La viuda prepara las vasijas y Eliseo infunde el aceite. De este modo derrama Dios sobre nosotros el rocío celestial si nuestros corazones se encuentran convenientemente preparados. El desarreglo de nuestras costumbres nos haría ciertamente indignos de este vino, de este aceite y de este rocío; el Paráclito no podía habitar en corazones entenebrecidos o divididos.

Ven, augusto Consolador, gobierna las lenguas, apacigua los corazones; la hiel y el veneno no son compatibles con tu presencia. Sin tu gracia no hay ni felicidad, ni dicha, ni salud, ni seguridad, ni dulzura, ni plenitud.

Eres luz y fragancia, eres el que confiere al agua su poder misterioso. Los que antes éramos por naturaleza hijos de cólera y ahora somos hijos de gracia te alabamos con un corazón puro después de hechos una creación nueva.

Tú que eres el Donante y el Don y el Autor de todo bien, dános el gusto de tu alabanza y pon en nuestros labios los acentos que canten tu gloria.

Tú que eres el autor mismo de la pureza, purifícanos de todo pecado; renuévanos en Cristo y dános la alegría plena que acompaña a la renovación perfecta. Amén. (*P. L.*, 196, 1447).

Liturgia armena 60

Hoy los coros de los Apóstoles se llenan de alegría por la venida del Espíritu de Dios; les consuela como antes lo hacía el Verbo encarnado y habita en ellos; glorifiquémosle y celebremos su santidad con santas alabanzas.

Hoy, una agua viva ha brotado en Jerusalén; los ríos de Dios se han henchido de ella y con su curso han empapado la tierra como las cuatro fuentes que bañaban el Edén; glorifiquémosle y celebremos su santidad.

IV. — CONCLUSION

61 *Homilía de Santiago de Saroug sobre el velo de Moisés*

(Exodo, 34, 33-34). *Dónde está explicado el misterio de las bodas de Cristo con la Iglesia y el misterio pascual.*

En el misterio de sus designios el Padre había preparado una Esposa a su Hijo unigénito y la había anunciado en figuras proféticas. En su amor había edificado un palacio inmenso para la Esposa de aquél que era la luz y decoró las paredes de la morada con diversas imágenes del Esposo. Apareció Moisés y trazó con mano experta una imagen del Esposo y de la Esposa a la que cubrió con su velo. En su libro escribió que el hombre dejaría a su padre y a su madre para juntarse a su Esposa de tal manera que de los dos se hiciesen uno solo. El Profeta Moisés nos habla así del hombre y de la mujer para anunciarnos con ello a Cristo y a su Iglesia. Con el ojo penetrante de profeta contempló a Cristo haciéndose uno con la Iglesia a partir del misterio del agua. Vió a Cristo traer hacia sí a la Iglesia desde el seno virginal y a la Iglesia atraer hacia sí a Cristo desde el agua del bautismo. De este modo el Esposo y la Esposa se unieron místicamente de modo total. He aquí por qué escribió Moisés que de dos se harían uno solo.

Moisés, con la faz velada, contemplaba a Cristo y a la Iglesia; a uno llamó hombre y a la otra mujer para no mostrar a los Hebreos la relidd en todo su

esplendor. De las más diversas maneras trató de velar sus palabras a los extraños y decoró la morada real del Esposo con una imagen a la que llamó: Hombre y Mujer, aunque bien sabía que bajo este nombre se escondían Cristo y la Iglesia. Pero en su lugar, con el fin de guardar mejor el secreto, anunció solamente al hombre y a la mujer porque el velo debía todavía durante algún tiempo cubrir el misterio. Nadie conocía la significación de esta gran imagen; se ignoraba lo que podía representar.

Después de las fiestas nupciales vino Pablo quien vió el velo extendido sobre su esplendor y lo arrancó. Entonces reveló a Cristo y a su Esposa todo el universo y los mostró como los mismos que Moisés había descrito en su visión profética. El Apóstol exclamó en un arrebato de entusiasmo: He aquí un gran misterio, y descubrió lo que representaba esta imagen velada, llamada por la profecía: el Hombre y la mujer. "Yo lo sé, representaban a Cristo y a la Iglesia que de dos se han hecho uno."

El velo que cubría el rostro de Moisés ha desaparecido por fin. ¡Venid todos y contemplad este resplandor que uno no se cansa de admirar! El gran misterio escondido hasta ahora, está puesto a la luz. Regocíjense los convidados a la boda a la vista de la belleza del Esposo y de la Esposa. El se entregó a Ella, que se hallaba en la indigencia y se hizo su posesión; y unida ya a El, participó de su alegría; para exaltarla se abajó hasta su humilde nivel, pues ya son uno solo y donde El esté está también Ella. Pablo, este gigante del apostolado, nos ha dado una interpretación clara del misterio. La belleza de la Esposa, escondida hasta ahora, ha sido manifestada y los pueblos y las naciones admiran su fulgor.

El prometido ha llevado a la hija de la luz a un nuevo seno materno; el agua predestinada del bautismo la concibió y la dió a luz. El se encuentra en el agua y la llama a sí; ella desciende, le atrae, sale del

agua y le recibe; todo ello para que se realicen las palabras de Moisés que de dos se han hecho uno solo. Por el bautismo se traba entre el Esposo y la Esposa un vínculo de pureza y santidad: se hacen uno en la unidad del Espíritu por el bautismo.

Las esposas no están tan estrechamente unidas a sus maridos como lo está la Iglesia al Hijo de Dios. ¿Qué esposo, fuera de Nuestro Señor, ha muerto alguna vez por su esposa y qué esposa ha escogido jamás por esposo a un crucificado? ¿Quién ha ofrecido jamás su sangre como prenda a su esposa fuera de aquél que murió en la Cruz y que con sus heridas selló su unión nupcial? ¿Quién ha visto alguna vez al esposo yacer muerto en el mismo festín de las bodas, mientras que, a su lado, la esposa le abraza para consolarle? ¿En qué otra fiesta y en qué otro banquete ha sido distribuído a los convidados el cuerpo del esposo a manera de pan?

La muerte separa a las esposas de sus maridos pero aquí es la muerte la que une la Esposa a su amado. El murió sobre la Cruz, entregó su cuerpo a su gloriosa Esposa y cada día Ella lo toma de nuevo y lo consume en su mesa. Con la sangre preciosa manada de su costado traspasado la preparó una copa que debía beber para olvidar sus dioses innumerables.

Junto con El, se ungió de aceite; en el agua, Ella le atrajo hacia sí y le consumó bajo la forma de pan y de vino que bebió, para que el mundo reconociese que de dos se habían hecho uno. Después de la muerte del Esposo sobre la Cruz Ella no le dejó por otro, mas amó su muerte porque sabía que por su muerte había recibido la vida.

El Hombre y la Mujer habían dado ocasión al delineamiento del misterio del cual solo eran sombras, tipos y figuras. Detrás de estos nombres de hombre y mujer Moisés dibujó este gran misterio, pero escondióle y cubrióle con un velo para que permaneciese oculto. El Apóstol manifestó su fulgor a toda la tierra,

y las palabras de Moisés: "De los dos se harán uno" fueron esclarecidas.

Moisés habló del Hijo de Dios de muchas maneras; pero, como estaba velado, nadie le entendió. Le describió en el cordero que se coge y se encierra, como figura del Hijo de Dios que el pueblo arrastró al juicio. Después inmoló el cordero aspergeando con su sangre las puertas de los Hebreos para impedir que el Angel exterminador matase a sus primogénitos. La aspersión de las puertas se hizo con un hisopo empapado en sangre, pero nadie sino él sabía la razón de ello. De manera figurativa aspergeó la parte superior e inferior de las dos partes del dintel de la puerta trazando así sobre ellas el signo de la cruz para impedir que entrase la muerte. Pero oculta este misterio a los ojos del pueblo para que no advierta nada. Sin embargo es claro, y un ciego se daría cuenta de ello, aunque fuese a tientas, que no es el Angel el que ha podido con su sangre detener la muerte. Si el exterminador de los primogénitos no hubiera reconocido en ello la figura del Hijo de Dios representada en aquellas puertas, no habría pasado adelante. La sangre del cordero prenunciaba la sangre de Cristo; esa imagen insignificante presagiaba este gran misterio.

Por la unción de la sangre del cordero sobre la puerta Moisés te enseña a humedecer tus labios cada día con la sangre del Hijo. La puerta, en el hombre, es la boca de la cual salen toda clase de sonidos y palabras, de alabanzas o de insultos. Por eso David pedía un guardián para su boca; ¿y qué mejor custodio podemos desear que el crucificado? David suplicaba: "Pón, Señor, un custodio a mi boca." La Cruz es este vigilante colocado junto a la boca contra Satanás. La Cruz se elevó junto a las puertas del pueblo de Israel y los preservó del exterminador de los primogénitos de Egipto. Toma tú también la sangre del Hijo de Dios y traza con la derecha sobre tus labios el signo de la Cruz. Pón un guardián a tu boca y tén con-

fianza; al verla, el exterminador no podrá acercársete. Si el signo figurativo ha podido por sí mismo salvar a Israel, ¿Cuánto más lo podrá la realidad de la figura para aquél que apela a ella? Lleva a tus labios el cáliz de la sangre de Dios para que te sea un vigilante seguro. Por la sangre de un cordero fueron selladas las puertas del pueblo; sella también tus puertas por la sangre del costado del Hijo de Dios. Colora tu lengua, tiñe tus labios y tu corazón con la sangre de tu Señor para que él te preserve de todo mal. Aspira cada día a Aquel que guarda tu boca y tus labios; pídele con lágrimas que te sea un custodio vigilante. La sangre del Crucificado que recibe hoy la boca de los fieles, he ahí lo que significaba a los ojos de Moisés la sangre del Cordero. Los doctores de la ley leían los libros que contenían las gestas de Moisés y ninguno de ellos era capaz de explicar sus misterios. Un velo los ocultaba a sus miradas y no podían reconocerles antes de la aparición del Hijo de Dios.

Cuando con su vara abrió el mar ante la gran multitud, trazó la cruz sobre aquel paso milagroso. ¿Quién podrá dividir el mar con la ayuda de una simple vara como lo hizo Moisés sin poseer como él el misterio del Hijo de Dios? El abrió un paso en el mar para mostrar que el Hijo de Dios debía también penetrar el Hado y llamar los muertos a la vida para llevarles consigo. El paso de los Hebreos era la figura de este gran tránsito del Hijo que lleva consigo a toda la humanidad hacia su Padre.

Los egipcios que se anegaron en las aguas constituyen el tipo de los demonios impuros que el Hijo de Dios arrojó al abismo. El Faraón, que se creía fuerte y semejante a Leviatán, es imagen del diablo derribado por la Cruz. Moisés salió del mar, y después de la muerte de este lobo rapaz, pudo conducir su rebaño: figuraba al pastor que arranca sus ovejas de las manos de los ladrones.

También por su cántico, fuá Moisés, imagen de la Esposa de la luz que canta su liberación de las manos del perseguidor. Las vírgenes alternan sus coros, imagen de nuestras asambleas festivas con sus himnos de alabanza.

Llegó a Mara, donde por razón desconocida no pudo beber de aquella agua amarga hasta que el signo de la Cruz la endulzó... El Señor le mostró una rama que debía arrojar al agua para hacerla potable. Aquella unción era un símil del Hijo de Dios: la Cruz endulza las amarguras de los hombres y les sirve de fermento que les penetra y les transforma interiormente.

A todo lo largo de su trayecto, en cada parada y en cada estación, Moisés trazó muchas figuras del Hijo de Dios. Por las setenta palmeras y las doce fuentes representaba el número de los discípulos y de los Apóstoles. Desde lo alto de los muros hizo descender sobre la asamblea del pueblo, aquél Pan maravilloso, con lo que señalaba de antemano que el Pan de vida debía descender sobre la tierra.

Hendió la roca y brotaron manantiales, imagen de Cristo que derrama la vida sobre toda la tierra. Porque como dice la Escritura (I Cor., X, 4) Cristo era la roca. Por El y por su Misterio los Hebreos poseían la vida sin saberlo. También El es la piedra que echa a rodar sin que ninguna mano la impulse; es la piedra que proporciona agua al pueblo sediento; es la piedra desechada por los que levantan el edificio; es en fin, la piedra que destruyó los innumerables ídolos de la tierra. Moisés habló a la roca y de ésta brotó agua; en la piedra anunciaba a Cristo, piedra que debía descender a la tierra.

Con la serpiente de bronce que mandó hacer para curar a sus hermanos, Moisés erigió una figura de la Crucifixión. Todos los que habían sufrido mordeduras de las serpientes y elevaban a ella sus ojos, se encon-

traban al punto curados. Moisés fundió una serpiente de bronce que levantó en medio del campo; todos los que habían sido mordidos por las serpientes y la miraban quedaban curados. Con esto pintó el Gólgota y la Cruz del Hijo de Dios y mostró cómo su cuerpo curaría las heridas. Cuantos hayan sido mordidos por la serpiente que en otro tiempo causó la muerte a Adán, eleven sus ojos a la Cruz que, sin ningún otro remedio, da la curación.

¿Qué figuraba Moisés en estas profecías ocultas para cuantos le rodeaban? Por los sacrificios de acción de gracias y los holocaustos ofrecidos sobre los altares prefiguraba al Hijo; le prefiguraba igualmente por el par de pájaros de los cuales uno se inmolaba y el otro se soltaba; por la vaca inmolada en sacrificio expiatorio, por los toros y las ovejas, por las tórtolas y las palomas. Así mismo le anunciaban los panes de la proposición que sin cesar se renovaban sobre la mesa, y también la túnica sacerdotal, recogida por la cintura, la santa diadema, el efod con las piedras preciosas, la vestidura del gran sacerdote con sus campanillas de oro, el fuego, el incienso, el incensario de los sacerdotes que ofrecían el sacrificio, las piedras llamadas Luz y Justicia que el gran sacerdote llevaba sobre sí y consultaba en el santuario. En fin, aquella unción de sangre que recibía el gran sacerdote en su consagración sobre las manos, los pies y el lóbulo de la oreja, eran una figura del Hijo de Dios.

Además de los diversos sacrificios que ofrecía, Moisés derramaba sangre por los pecados de sus hermanos, y de este modo absolvía figurativamente a los Hebreos para hacer saber al universo que su Señor expiaría con su propia sangre los pecados del mundo [1].

[1] ZINGERLE, O. S. B. *Monumenta Syriaca*, p. 75 y sigs. (Cfr., G. BICKELL, *Ausgewänlte Gedichte der syrischen Kirchevätern*, en la *Bibliothek der Kirchenväter*, t. XII, páginas 258 y siguientes).

SUPLEMENTO

ADVERTENCIA

Hallábase ya impreso este volumen tercero de nuestra versión castellana del AÑO LITÚRGICO, *cuando la Sagrada Congregación de Ritos, cumpliendo las disposiciones de S. S. Pío XII, felizmente reinante, promulgó las modificaciones siguientes al Calendario de la Iglesia Universal:*

a) Suprimida la Solemnidad de San José, Esposo de la Santísima Virgen María, Confesor y Patrono de la Iglesia Universal, o más bien fundida esta fiesta, que se celebraba el miércoles de la tercera semana después de Pascua [1],

[1] Advertimos que creemos un error el de computar las semanas después de Pascua (y lo mismo se diga de las de después de Pentecostés) con distinta enumeración que los domingos; pues, así como los domingos no empiezan a contar sino pasada la *semana de Pascua* (o de Pentecostés respectivamente), tampoco deben empezar a contar las semanas sino terminada la de Pascua (o de Pentecostés), que no forma más que una sola fiesta con el domingo de Pascua (o de Pentecostés). Esto se ve expresado claramente en los títulos mismos con que los días o ferias de ambas semanas se designan en el Breviario y en el Misal. Por otra parte es un contrasentido que, por ejemplo, al segundo domingo después de Pascua (o de Pentecostés) siga la tercera semana, siendo así que el domingo histórica y litúrgicamente es el primer día y el principio y cabeza de la semana. Reflexionen sobre esto muchos de los que confeccionan los calendarios distribuyendo los días del año por semanas y meses y colocando el domingo en la última casilla de los días de la semana, debiendo ponerle en la primera, como hacen otros mejor instruidos. (N. de los T.)

con la del 19 de marzo (véase el tomo II), se ha introducido la nueva fiesta de la Solemnidad de San José Obrero, *que se ha fijado el 1 de mayo.*

b) La fiesta de los Apóstoles San Felipe y Santiago el Menor, queda trasladada para siempre al día 11 de mayo, con el mismo rito que tenía.

c) Finalmente el 31 de mayo ha sido consagrado con la fiesta de la Santísima Virgen María REINA, *bella corona del mes particularmente dedicado a cantar la beldad de nuestra Madre y Señora.*

A todo esto responde el presente Suplemento.

PROPIO DEL TIEMPO

MIERCOLES

DE LA TERCERA SEMANA DESPUES DE PASCUA

Suprimida la Solemnidad de San José, páginas 257-274, tómense para lectura instructiva o puntos de meditación, los dos primeros párrafos que se ponen para el jueves de la misma semana; *La Iglesia sociedad visible,* página 274, y *Los derechos de la Iglesia,* página 275.

JUEVES

DE LA TERCERA SEMANA DESPUES DE PASCUA

Léase y medítese el párrafo *Las persecuciones de la Iglesia,* página 278.

PROPIO DE LOS SANTOS

1 DE MAYO

SOLEMNIDAD DE SAN JOSE OBRERO, ESPOSO DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA, CONFESOR

DESARROLLO HISTÓRICO DEL CULTO A SAN JOSÉ.— Extraordinario es el desarrollo que últimamente han adquirido en la piedad de los fieles y en la liturgia de la Iglesia, el culto y devoción al Patriarca San José.

Por lo que hace al culto litúrgico, no se puede exactamente precisar cuándo empezó. Es indudable que en esto las Iglesias de Oriente se adelantaron a las occidentales. La Abadía benedictina de Winchester, en Inglaterra, se atribuye el honor de haber sido la primera en celebrar la fiesta de San José, hacia el año 1030. Este culto recibió incremento durante el siglo undécimo, siendo causa de ello la venida a Occidente de los Hermanos Carmelitas. Al Instituto Carmelitano siguieron las demás familias religiosas, señaladamente la de San Francisco y la de Santo Domingo de Guzmán en los siglos XIV y XV.

Sixto IV mandó poner la fiesta en el Breviario y en el Misal Romano. El oficio era de rito simple. Inocencio VIII la elevó a rito doble, y con este rito ordenó Gregorio XV se celebrase tal solemnidad en todo el mundo. Clemente X la elevó a segunda clase, y Clemente XI hizo que se solemnizara con Oficio y Misa propios. Benedicto XIII insertó el nombre de San José en las Letanías de los Santos, y Pío IX, habiéndolo declarado Patrono de la Iglesia Católica, extendió la fiesta de su Patrocinio a toda la Iglesia. Grandemente fomentó León XIII la devoción al celestial Patrono de la Iglesia Universal declarándolo asimismo Patrono de varias naciones e inculcando la devoción a la Sagrada Familia. San Pío X, que tan dignamente había llevado el nombre del Santo Patriarca, aprobó sus Letanías y elevó la fiesta del Patrocinio a rito doble de primera clase con Octava. Benedicto XV, además de aprobar el Prefacio propio del Santo, introdujo la mención que de él se hace en la fórmula de la *Recomendación del alma*, como especial abogado de los que están para morir. De Pío XI también consta que fué devoto de San José; y, en fin, S. S. Pío XII, el papa reinante, no se ha mostrado menos espléndido en su piedad al Patrono de la Iglesia, especialmente con la institución de la Solemnidad de San José Obrero, que hoy celebramos.

LA DEVOCIÓN PRIVADA A SAN JOSÉ. — Bien puede afirmarse que la devoción privada al Santo Patriarca, Esposo de la Virgen Madre del Señor, existió en el pueblo cristiano desde los primeros siglos de la Iglesia. Isidoro de Isolano, muerto en 1522, autor de la famosa *Suma de los dones de San José,* escribía: "El Espíritu Santo no cesará de mover los corazones de los fieles hasta que por todo el imperio de la Iglesia militante se ensalce al divino José con nueva y creciente veneración, se edifiquen monasterios y se levanten iglesias en su honor, celebrando todos sus fiestas y ofreciéndole y rindiéndole a porfía sus votos...; se establecerá en su honor una fiesta singular y extraordinaria. El Vicario de Cristo en la tierra, movido por el Espíritu Santo, mandará que la fiesta del Padre Putativo de Jesucristo y Esposo de la Reina del mundo y varón santísimo, se celebre hasta el último confín de la Iglesia militante". Es evidente que en gran parte se han cumplido ya las inspiradas palabras del insigne dominico y teólogo de San José. En otra parte hemos recordado ya cómo este incremento de la devoción de pueblo cristiano al Santo Patriarca San José, se debe en una manera especial a Santa Teresa de Jesús [1].

[1] Véase lo dicho en el tomo II, el 19 de marzo; y pueden leerse igualmente con provecho las páginas 257-274 de este mismo volumen, correspondientes a la suprimida solemnidad del Patrocinio de San José.

FIESTA DE SAN JOSÉ OBRERO. — El 1 de mayo de 1955, atendiendo a las necesidades de los actuales tiempos, S. S. el Papa Pío XII, rodeado de más de 150.000 obreros, representantes de la Asociación Cristiana de Trabajadores, reunidos en la plaza de San Pedro del Vaticano para ofrendarle sus afectos y presentes, contestando a los anhelos que le manifestaron de que consagrara solemnemente la Fiesta del Trabajo, sorprendió al mundo obrero católico con el regalo celestial de la institución de la fiesta litúrgica de su patrono San José, virginal Esposo de María Santísima, el humilde y callado y justo trabajador de Nazaret, para que en adelante fuera su protector especial ante Dios, su defensor en la vida, y su refugio en las penas y pruebas del trabajo. Con esto el Padre Santo quiso grabar en la mente de los obreros y trabajadores católicos el significado de la celebración cristiana de la Fiesta del Trabajo, que una concepción materialista y atea pretende imponer en el proletariado universal para ruina de las naciones. Y para darla todo el realce que merece, se la ha titulado Solemnidad de San José Obrero, declarándola de rito doble de primera clase. De este modo la Iglesia, Madre providentísima de todos, ha manifestado su tierna preocupación por amparar y elevar a los obreros, la parte más numerosa del rebaño del Señor a ella confiado.

Objeto de la nueva fiesta. — El objeto de la Solemnidad de San José Obrero es honrar al Santo Patriarca como modelo y protector celestial de los trabajadores, y el de promover al mismo tiempo el reconocimiento de la dignidad y la estima y práctica cristiana del trabajo manual. Por eso el Papa, al instituir esta fiesta de San José, Patrono del mundo obrero, nos recuerda a todos que el trabajo es parte del homenaje esencial que el hombre debe rendir a su Creador. Debemos trabajar todos porque, según la palabra del Génesis, estamos hechos a imagen y semejanza del mismo Dios que nos creó; ahora bien, Dios ha trabajado y trabaja eternamente, y no menos su divino Hijo, como éste mismo lo declara en el Santo Evangelio [1]. Y no crearon al hombre para estarse ocioso, meramente gozando y contemplando, sino que, aun antes de que pecara, le pusieron en el paraíso para que lo trabajase y custodiase [2].

Obligación del trabajo.—Somos hombres, somos pecadores, somos cristianos: he aquí tres títulos que nos obligan a la ley universal del trabajo.

En cuanto hombres, debemos trabajar. Ya hemos dicho cómo Adán debía trabajar en el paraíso, y no precisamente para procurarse el alimento, que tenía asegurado por los frutos es-

[1] *Job,* V, 17.
[2] *Gen.,* II, 15.

pontáneos de aquel huerto, sino para ejercitar sus fuerzas y su inteligencia. Su trabajo debía ser entonces agradable y en ningún modo penoso. Esta necesidad del trabajo la conocieron hasta los paganos. Entre los egipcios cada año se tomaba cuenta de lo que uno había hecho y del oficio que había ejercido; y el no haber ejercido ninguno, se castigaba con la ignominia y hasta con la muerte. Entre los griegos todo padre debía enseñar un oficio a sus hijos; de lo contrario éstos no tenían la obligación de asistirle en su vejez. Y es que el hombre constituye un ente social, que no puede vivir por sí solo, independiente de los demás. Y así, ya que vive del trabajo de los otros, justo es que éstos vivan también del suyo. Además es imposible que un hombre ocioso no moleste a los demás, matando el tiempo en indagar vidas ajenas y llevando y trayendo cuentos y sembrando desasosiegos, discordias, malquerencias y alborotos. San Francisco de Asís, a un fraile que andaba vagueando por la casa, llamábalo *Fray Mosca*. Tales ociosos, dice San Alfonso, merecerían se los echase afuera o se los encerrase en una habitación.

Debemos, en segundo lugar, trabajar *en cuanto pecadores*. Después del pecado de nuestros primeros padres, el trabajo es una satisfacción que Dios exige al hombre; es una reparación, una deuda de justicia que, a no pagarla en este mundo, tendremos que pagarla en el otro. "Y a Adán le dijo (Dios): Por cuanto has escuchado

la voz de la mujer y has comido del árbol de que te mandé no comieses, maldita sea la tierra por tu causa; con grandes fatigas sacarás de ella el alimento en todo el curso de tu vida. Espinas y abrojos te producirá...; mediante el sudor de tu rostro, comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra de la que fuiste formado"[1]. Explicando estas palabras, dice Santo Tomás que en ellas se contiene un precepto positivo, que obliga a todos los hombres hijos de Adán, a algún trabajo honesto, corporal o espiritual.

Estamos, finalmente, obligados a trabajar, *a título de cristianos*. Como tales, debemos imitar a Jesucristo, cuya vida fué continuo trabajo. Durante treinta años trabaja como carpintero, ganando de este modo su propio sustento. Durante su vida pública trabajó también en predicar de pueblo en pueblo, hasta el punto de tener que robar al sueño el tiempo para la oración, y pasar las noches orando y haciendo oficio de custodio de sus discípulos. San Pablo, por grandes que fuesen sus ocupaciones de sacerdote y apóstol, vivía del trabajo de sus manos, y en sus epístolas insiste en que todos trabajen. Esto mismo aconsejan los desastrosos efectos de la ociosidad. Es ésta, con toda verdad, la madre de todos los vicios, conforme a la Sagrada Escritura: "La ociosidad ha enseñado mucha maldad"[2]. San José de Calasanz solía decir que el demonio anda de

[1] *Gen.*, IV, 12.
[2] *Eccles.*, XXXIII, 29.

ordinario a la caza de hombres desocupados; y San Jerónimo escribía a una de sus discípulas: "Ocúpate en alguna obra, de modo que el diablo siempre te encuentre ocupada".

CÓMO QUIERE LA IGLESIA QUE TRABAJEMOS. — Pero no basta trabajar; se necesita trabajar bien. Como hombres, conviene trabajemos con prudencia; como pecadores, con espíritu de penitencia; como cristianos, hemos de trabajar con conciencia y unidos a Jesucristo.

Trabajar con prudencia, es hacerlo con moderación, sin dejarse arrastrar de la codicia ni exponiendo la salud corporal ni descuidando la espiritual, según enseña el Sabio: "No te afanes por enriquecerte, antes bien pon coto a tu industria" [1]. Es un peligro para el hombre afanarse en aumentar y amontonar riquezas, y para el escritor publicar libros, y para el que gobierna, acrecentar su poder y sus reinos. O lo que es igual: es inútil imponerse un trabajo inmoderado, por cuanto éste no puede procurar al hombre esa felicidad que el demonio y su propia imaginación le pintan con vivos colores; y es también nocivo, por cuanto ese trabajo excesivo irá minando su salud y le impedirá disfrutar de sus riquezas. Este peligro suele ser mayor cuando se trata de un trabajo gustoso, pues entonces se añade el riesgo de abandonar la oración con otros ejercicios que afectan directamente al progreso

[1] *Prov.*, XXIII, 4.

del alma y son menos gustosos para nuestra naturaleza corrompida. Los que llegan a tal extremo de pasión por el trabajo, se enfrascan en él excesivamente y se olvidan de sí, de sus hermanos y de Dios. En estos casos hay que comenzar por enderezar la intención desde el principio del trabajo, interrumpir éste a menudo, y procurar, como quien dice, que un ojo esté atento a lo que se hace, y el otro a Dios; y que una mano ejecute la obra y la otra esté asida a los vestidos de Dios.

Como pecadores, debemos mediante el trabajo, dar a Dios la satisfacción que le debemos: ¡Cuánto purgatorio en la otra vida, y cuántos trabajos y penalidades nos ahorraríamos aún en ésta! Dios no pide dos veces lo que se le debe: Por desgracia nos olvidamos de trabajar en espíritu de penitencia, y así esterilizamos nuestras obras y nos asemejamos al mal ladrón, que padece y muere en la cruz, pero no se salva. Este espíritu de penitencia hará que nos abracemos con el trabajo aun cuando fuere penoso; que lo aceptemos íntegramente y que lo ejecutemos con esmero. El trabajo manual moderado tiene la ventaja de no gastar la salud y de no impedir la oración, como suele ocurrir cuando se ejecuta con demasiado ardor y apasionamiento. Pero, por otra parte, debemos ejecutar nuestro trabajo íntegramente, cuidando de evitar la rapiña en el holocausto, y no haciéndolo a medias o disminuyendo notablemente el tiempo señalado o contra-

tado. Finalmente lo haremos con esmero, pensando que lo hacemos para Dios en último término, y no simplemente para los hombres. En las familias y en las sociedades cristianas todos los oficios y trabajos se ordenan a Dios, o, por lo menos pueden ordenarse a El, no menos que en las comunidades religiosas.

Trabajaremos como cristianos si lo hiciéremos en unión con Jesucristo. Para ello procuremos no omitir al principio el hacer la señal de la cruz, práctica constante entre los primeros cristianos y aún hoy entre los españoles, que lo practican al principio de todas sus obras. Hemos de trabajar por servir a Dios, por fomentar sus intereses, por imitarle; trabajar en su compañía, trabajar con su bendición: Un niño que escribiese ceros en la pizara, por muchos que añadiese, no obtendría ninguna cantidad si delante no les pusiese al menos un uno. Lo mismo las buenas obras; carecen de valor si no van hechas con espíritu sobrenatural.

Ventajas del trabajo. — Muchas son las ventajas anejas al trabajo. En esta vida lleva consigo la satisfacción que acompaña siempre al cumplimiento del deber. Es un error creer o imaginarse que lo pasan bien los que no hacen nada. Es asimismo el trabajo fuente de gloria, de riqueza honestamente adquirida y de paz para las familias y los estados. La mayor tranquilidad de los que gobiernan, está en que sus súbditos sean

amantes del trabajo. Este hará también que en la otra vida, los que le practican en ésta, alcancen la salvación y se libren de caer en el infierno, según aquello del Evangelio: "A éste siervo inútil, arrojadle a las tinieblas del infierno"[1]. Con el trabajo asiduo se obtendrá fácilmente un puesto elevado en el cielo, pues lo que hace adelantar en la virtud y en los méritos, es el aumento diario que aporta el trabajo hecho con buena intención, ya que las obras grandes y difíciles son raras en la vida.

Para lograr trabajar como hemos dicho, procuremos tomar por modelo a San José, el cual fué una persona humilde que con su trabajo ganaba el sustento de la Sagrada Familia: En San José hallaremos también un poderoso intercesor. Son las dos ideas principales que nos inculcan el Oficio y la Misa de la nueva festividad.

MISA

Puede decirse que tanto el Oficio como la Misa de la Solemnidad de San José Obrero, no hacen sino repetir y comentar y sacar las enseñanzas de las palabras del Evangelio que nos presentan al glorioso Patriarca como artesano y trabajador.

El Introito nos recuerda que la Sabiduría de Dios premia los trabajos que por El se ejecutan.

[1] *Mt.* XXV, 30.

INTROITO (Sap., 10, 17)

La Sabiduría dió a los justos el galardón de sus trabajos y los condujo por sendas maravillosas, y sirvióles de toldo durante el calor del día y suplió de noche la luz de las estrellas, aleluya, aleluya. — *Salmo:* Si el Señor no construyere la casa, vanamente trabajan los que la edifican. ℣. Gloria al Padre.

La Colecta pide a Dios, creador de todas las cosas, que impuso la ley del trabajo, que siguiendo el ejemplo de San José y con su ayuda, practiquemos cuanto nos manda y de modo que alcancemos el premio prometido.

COLECTA

Oh Dios, creador de todas las cosas, que tienes establecida para el género humano la ley del trabajo: concédenos propicio el que, a imitación de San José y con su ayuda, practiquemos las cosas que nos mandas y alcancemos los premios que prometes. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Apóstol San Pablo a los Colosenses (Col. III, 14-15; 17, 23-24).

Hermanos: Mantened la caridad, la cual es el vínculo de la perfección. Y la paz de Cristo triunfe en vuestros corazones, paz divina a la cual fuisteis asimismo llamados para formar todos un mismo cuerpo, y sed agradecidos a Dios. Todo cuanto hacéis, sea de palabra o de obra, hacedlo todo en nombre de nuestro Señor Jesucristo y a gloria suya, dando por medio de él gracias a Dios Padre. Todo lo que hagáis hacedlo de buena gana, como quien sirve a Dios y no a los hombres, sabiendo que recibiréis la herencia del cielo por galardón o salario; pues a Cristo Nuestro Señor es a quien servís.

Hermosos consejos, relativos al trabajo, que, si se observaren harán de él una fuente abundantísima de méritos para el cielo y de paz y contento en la tierra.

En el primer versículo del aleluya, San José es quien habla, e invita a los fieles a recurrir a él prometiéndoles una pronta ayuda; en el segundo, son los fieles quienes ruegan a San José les conceda la gracia de pasar la vida con gran pureza de alma.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. ℣. En cualquier tribulación que me invocaren, los escucharé y seré siempre su protector. Aleluya.

℣. Haz, oh glorioso San José, que llevemos una vida inocente y que nos sintamos siempre defendidos por tu patrocinio.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Mateo (XIII, 54-58).

En aquel tiempo: Pasando a su patria, Jesús se puso a enseñar en las sinagogas de sus paisanos, de tal manera que no cesaban éstos de maravillarse, y se decían: ¿De dónde le ha venido a este tal sabiduría y tales milagros? Por ventura ¿no es el hijo del artesano? Y su madre ¿no es la que se llama María? ¿No son sus primos hermanos Santiago, José Simón y Judas? Y sus primas hermanas ¿no viven todas entre nosotros? Pues ¿de dónde le vendrán a éste todas estas cosas? Y estaban como escandalizados de él. Jesús empero les dijo: No hay profeta sin honra, sino en su patria y en la propia casa. En consecuencia hizo allí muy pocos milagros, a causa de su incredulidad.

CHOQUE ENTRE JESÚS Y SUS PAISANOS. — Espe-
.ban éstos que el Mesías sería un gran rey tem-
oral. Y he aquí que Jesús se dice Mesías; Jesús,
ı paisano, carpintero e hijo de José el carpin-
ro. Si quiere demostrar ante ellos su carácter
esiánico, es preciso que garantice con milagros
ı afirmación. La elocuencia que debía llevarlos
la verdad, es para ellos piedra de escándalo.
¿No es éste el hijo de José?" ¿Qué importa, di-
e San Cirilo, que fuera hijo de José, si realmen-
e lo hubiese sido, cuando sus obras le hacían
dmirable y venerable? ¿No veían los grandes
ilagros hechos, los enfermos curados, Satanás
encido? Para que aprendamos a estimar a las
ersonas, no por su procedencia o naturaleza,
atria, familia, condición, sino por lo que de-
uestran ser por sus obras, por las que cada uno
ebe ser conocido, según criterio del mismo Je-
ús. Los dones de Dios, así de orden natural, co-
ıo sobrenatural, no están ligados a la condición
umana de carne y sangre, profesión, naciones
razas. Sopla el Espíritu de Dios donde quiere y
n la forma que quiere, y no debemos ser ni em-
diosos ni protervos para reconocerlo donde
uiera que se manifieste.

El Ofertorio, sacado del salmo 89, expresa el
eseo de que Dios bendiga el trabajo de nuestras
ıanos.

OFERTORIO

Sea sobre nosotros la bondad del Señor Dios nues-
o y secunde la obra de nuestras manos y la apoye.
leluya.

En la Secreta se pide a Dios que las ofrendas de pan y vino, fruto del trabajo y que se convertirán en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, nos concilien y aseguren mediante la intercesión de San José, la unidad y la paz de las familias y de las sociedades.

SECRETA

Las ofrendas que a ti Señor ofrecemos, preparadas por nuestras manos, sean para nosotros, por intercesión de San José, una prenda de unidad y de paz. Por el Señor.

La Iglesia suspende hoy el prefacio del tiempo pascual y le sustituye por la fórmula de acción de gracias señalada para todas las misas de San José. En este prefacio se celebra la fidelidad de San José en el cumplimiento de sus oficios de Padre putativo de Nuestro Señor y de Esposo de la Santísima Virgen María.

PREFACIO

Verdaderamente es digno y Justo, equitativo y saludable, darte gracias en todo tiempo y lugar, oh Señor santo, Padre todopoderoso, eterno Dios. Y glorificarte, bendecirte y ensalzarte en la festividad del bienaventurado San José. El fué el varón justo que diste por esposo a la Virgen Madre de Dios; a él le constituiste en servidor fiel y prudente sobre tu familia, para que guardase con paternal solicitud a tu unigénito Jesucristo, nuestro Señor, concebido por obra del Espíritu Santo. Por quien los ángeles alaban tu majestad, las dominaciones la adoran, las Potestades la temen. Los cielos y las Virtudes de los cielos, y los bienaventurados Serafines, la celebran todos juntos con

transportes de júbilo. Te suplicamos Señor que recibas con las suyas nuestras voces, que te dicen sin cesar: Santo, santo, santo...

La Comunión, tomada del Evangelio de San Mateo, vuelve a recordar el título de artesano, dado a San José por sus compaisanos.

COMUNION

¿De dónde le ha venido a éste tal sabiduría y tales milagros? Por ventura ¿no es el hijo del artesano? Su Madre ¿no es la que se llama María? Aleluya.

La Iglesia pide en la Poscumunión que el sacramento de la eucaristía que acabamos de recibir, nos sirva, por intercesión de San José, de ayuda para trabajar santamente y para recibir algún día el premio en el cielo.

POSCOMUNION

El Sacramento que acabamos de recibir, oh Señor, sirva por intercesión de San José, para perfección de nuestras obras y para asegurarnos el premio de ellas. Por el Señor.

Plegaria a San José Obrero. — ¡Oh glorioso Patriarca, escogido por el Padre Eterno para Esposo de la Virgen, Madre de su divino Hijo humanado, a fin de que, puesto al lado de ambos, los custodiaras y les procuraras el necesario sustento, teniéndoles todo el afecto de esposo y de padre, y ejerciendo con ellos la autoridad de cabe-

za de la Sagrada Familia! Si admirables son por esta parte tus prerrogativas y privilegios, no son menos dignos de consideración y alabanza los méritos y los títulos que alcanzaste al cumplir fiel y prudentemente tu cometido; y, aunque por tus venas corriese la sangre real de la estirpe de David, no te desdeñaste de vivir entre los sencillos paisanos de la oscura y despreciada población de Nazaret, ejerciendo los oficios de un humilde artesano y demostrando así a los hombres lo honrosos que son la pobreza y el trabajo corporal dignificados por la virtud. Por esto la Iglesia, la infalible mandataria de Dios en este mundo, justamente te proclama "Lumbrera de los Patriarcas, Espejo de la paciencia, Amante de la pobreza, Modelo de los obreros, Honra de la vida doméstica, Sostén de las familias, Solaz de los desgraciados"[1]. A ti nos dirigimos hoy suplicantes y confiados, para que nos mires a todos con ojos de protección, pues todos somos obreros de la viña del Señor y trabajadores en este valle de lágrimas, en el que, unos de un modo, otros de otro, todos debemos procurarnos el alimento y demás cosas necesarias o útiles para vivir esta vida terrena y conseguir la celestial, con el sudor de nuestros miembros o con el esfuerzo de nuestras facultades intelectuales. Pero mira con predilección, especialmente en este día, a todos los artesanos y obreros, y aliéntalos siempre y mantenlos fieles al cumplimiento de

[1] Letanías de San José.

sus deberes religiosos, domésticos y sociales, preservándolos en todo instante de cualquier contagio del socialismo y del comunismo, falaces enemigos de la doctrina cristiana y aun de la felicidad terrena que es dado alcanzar a los hombres de buena voluntad. Ellos te han escogido y te miran como a singular Patrono y guía y como a su más propio modelo, ya que tu vida mortal transcurrió en situación semejante. Como tú, aun cuando moren en grandes ciudades, viven también ellos en un hogar y en un taller y en un ambiente humilde y pobre; como tú, deben ganar su sustento y el de su familia con el trabajo de su cuerpo; como tú, muchos de ellos han de velar por el bienestar de su esposa y de sus hijos; como tú, habrán de hacer frente, a veces, a las necesidades de la vida y arrostrar acaso la repulsa dolorosa que sienten los pobres cuando se les cierran sin piedad las puertas de la posada, o gustar las amarguras de alejarse de la patria, o sobrellevar las pruebas con que Dios, en su amorosa providencia, quiere que sean purificados en la tierra a fin de que consigan mayor recompensa en el cielo. Debajo de tu protección esperan y confían poder sobreponerse a todas las dificultades y saber cumplir con sus obligaciones, ya como particulares, ya como padres o hijos de una familia, ya como miembros de la sociedad y de la Iglesia. Y así como te encomendamos, ¡oh glorioso Patriarca!, a todos y cada uno de los trabajadores, y te rogamos y suplicamos los apar-

tes y alejes de toda compañía y compromiso con asociaciones irreligiosas e impías, inspiradoras de envidias, sembradoras de discordias, atizadoras de odios, y perpetradoras taimadas de violencias, del mismo modo y con el mismo fervor te encomendamos las Asociaciones de Trabajadores Católicos que ya te aclaman por singular Patrono, y que tienen presente su primordial deber y preocupación de conservar y acrecentar la vida cristiana en los obreros, facilitándoles el cumplimiento de sus deberes religiosos y el mayor y más profundo conocimiento de la doctrina cristiana. Haz, en fin, poderosísimo protector de la Iglesia, que esta tu nueva fiesta sea tal cual, al instituirla, ha querido el Padre Santo que sea: Una fiesta cristiana, un día de júbilo por el triunfo progresivo de las ideas cristianas de la gran familia del trabajo, una invitación constante a completar lo que aun falta a la paz social; de modo que, trabajando gustosos en la tierra por el Dios que quiso aquí pasar por tu Hijo y experimentar contigo las fatigas del trabajo, logremos la recompensa de gozar contigo de su visión beatífica en el cielo.

11 DE MAYO

SAN FELIPE Y SANTIAGO EL MENOR, APOSTOLES

Véase en el cuerpo de este volumen el 1 de mayo, páginas 753-758.

31 DE MAYO

FIESTA DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA REINA

QUÉ ES LA REALEZA. — Analizando las notas esenciales de la realeza, para mostrarlas después reunidas en Cristo desde los comienzos de su vida mortal, Bossuet, definía con fórmula magistral en qué consistía la verdadera grandeza: "La realeza, dice, consiste en un poder universal para hacer el bien a los pueblos sometidos; de tal modo que el nombre de rey es un nombre de padre común y de bienhechor universal" [1].

Esta es la realeza que Jesús había reivindicado delante de Pilatos. Y para hacer comprender mejor su honor y su carácter, Pío XI, al terminar el año jubilar 1925, instituía la fiesta de la realeza universal y social de Cristo, exhortando a los fieles a someter a Cristo Rey, sus inteligencias y sus voluntades, a consagrarle sus familias, su patria y toda la sociedad, para recibir de El, en mayor abundancia, los socorros y las gracias de las que siempre tienen gran necesidad.

Cuando a su vez el Papa Pío XII, al concluir el año mariano 1954, instituía la fiesta de la Bien-

[1] Sermón predicado en Metz para la fiesta de la Circuncisión, en 1657.

aventurada Virgen María Reina, no pensaba proponer al pueblo cristiano la creencia de una nueva verdad, ni siquiera en justificar por una razón o un título más nuestra piedad para con la Madre de Dios y de los hombres: "Nuestro designio, dice, en su discurso del 1.° de noviembre, sirve más para hacer resaltar a los ojos del mundo una verdad, susceptible de procurar remedio a sus males, librarle de su angustias y encauzarle por el camino de la salvación que busca con ansiedad... Reina, más que ninguna otra, por la elevación de su alma y por la excelencia de los dones divinos, María no cesa de prodigar todos los tesoros de su amor y de sus tiernas atenciones a la pobre humanidad. Lejos de fundamentarse sobre las exigencias de sus derechos y sobre los caprichos de una altiva dominación, el reinado de María sólo conoce una aspiración: el pleno don de sí misma en la más elevada y total generosidad..." [1].

Realeza de María en la Tradición. — Ceñida de diadema de gloria, la Bienaventurada Virgen María reina también en todo el mundo con corazón maternal. Desde tiempo inmemorial el pueblo fiel, proclamó que la Madre "del Rey de reyes y Señor de señores" posee una excelencia especial, habiendo recibido gracias y privilegios

[1] Doc. Cath. 1954, p. 1423 ss.

únicos. Los antiguos escritores eclesiásticos se complacían en llamarla, como Isabel, "Madre de mi señor" y consecuentemente soberana, dominadora, Reina del género humano.

Basándose en numerosos testimonios que datan de los primeros tiempos del cristianismo, los teólogos de la Iglesia han elaborado la doctrina en virtud de la cual llaman a la Santísima Virgen Reina de todas las criaturas, Reina del mundo y Soberana del universo.

La liturgia, que es como el fiel espejo de la doctrina transmitida por los Doctores y que profesa el pueblo cristiano, ha cantado siempre, tanto en Oriente como en Occidente, las alabanzas de la Reina de los cielos. El mismo arte, basándose en el pensamiento de la Iglesia e inspirándose en él, ha interpretado admirablemente, desde el concilio de Efeso, 431, la piedad auténtica y espontánea de los cristianos, representando a María con los atributos de Reina o Emperatriz, adornada con insignias reales, ceñida de la diadema que coloca en su frente el divino Redentor, rodeada de una cohorte de ángeles y de santos que proclaman su dignidad y su gloria de soberana.

Enseñanza de la Teología. — El Arcángel Gabriel fué el primer heraldo de la dignidad real de María; "Lo que nacerá de ti, la dice, será llamado hijo del Altísimo; el Señor le dará el trono

de David su padre y reinará eternamente y su reino no tendrá fin"[1]. Lógicamente se sigue que ella misma es reina, puesto que da la vida a un hijo que desde el instante de su concepción era, aun como hombre, Rey y Señor de todas las cosas por razón de la unión hipostática de su naturaleza humana con el Verbo. El argumento principal en el que se funda la dignidad real de María, es sin duda su Maternidad divina. Y San Juan Damasceno escribía: "Es verdaderamente soberana de toda la creación desde el momento en que llega a ser Madre del Creador"[2].

Fué además María destinada por Dios a desempeñar en la obra de nuestra salvación, un oficio eminente, ya que debía ir asociada a su divino Hijo, principio de nuestra salvación, como Eva estuvo asociada a Adán, principio de nuestra muerte; y así como Cristo, nuevo Adán, es nuestro Rey, no solamente por que es Hijo de Dios, sino también por derecho de conquista pues es nuestro Redentor, del mismo modo se puede afirmar, con cierta analogía, que la Virgen Santísima es Reina, no sólo porque es Madre de Dios, sino también porque, como nueva Eva, fué asociada al nuevo Adán en la obra de nuestra redención.

Sin duda en el reino mesiánico, solo Cristo es rey en el sentido pleno de la palabra, pero,

---

[1] *Luc.*, I, 32-33.
[2] *De fide Cathol.* L. IV, c. 14.

la dignidad de rey no disminuye en nada por tener a su lado una verdadera reina. Esta presencia, por el contrario, realza el esplendor de su soberanía, la hace más amable, la enriquece con una íntima confidente, la hace su representante más calificada para las causas más solemnes. Así María será Reina perfecta junto a Cristo, no para mandar en su lugar ni para darle consejo, sino para ejercer sobre su Corazón, en favor de todos sus súbditos, sobre todo de los más necesitados, la influencia decisiva de una oración eficaz. A esta Reina confiará Cristo la ejecución de sus larguezas; en este reino todo don gracioso es causa mayor, que el Rey hace siempre de la manera más amable y delicada: he aquí la razón por qué no lo realiza sino por María." Tratándose del negocio de nuestra salvación, dice Pío IX, se preocupa con corazón maternal de todo el género humano, habiendo sido proclamada por el Señor reina del cielo y de la tierra... obtiene audiencia por el poder de sus súplicas maternales, consigue todo lo que pide, y jamás recibe una negativa [1].

El Papa Pío XII daba fin a su Encíclica "Ad coeli Reginam", a la que hemos hecho frecuentes alusiones: "Convencido de las grandes ventajas que se seguirán para la Iglesia, si esta verdad, sólidamente demostrada, brilla con mayor evidencia a los ojos de todos..., por nuestra autoridad Apostólica decretamos e instituímos la fies-

[1] Bula "Ineffabilis".

ta de María Reina, que será celebrada cada año el 31 de mayo. Ordenamos asimismo que este día se renueve la consagración del género humano al Corazón Inmaculado de la Bienaventurada Virgen María. En ella, efectivamente, descansa una viva esperanza de ver levantarse una era de dicha, en la que resplandecerán las paz cristiana y el triunfo de la verdad."

Unámonos ahora a los sentimientos del Papa recitando la oración que compuso y recitó el 1.° de noviembre de 1954, después de coronar a la Virgen "Salus populi romani":

ORACIÓN. — Desde lo hondo de esta tierra de lágrimas, en que la humanidad dolorida se arrastra trabajosamente; en medio de las olas de este nuestro mar perennemente agitado por los vientos de las pasiones, elevamos los ojos a Vos, ¡oh María, Madre amantísima!, para reanimarnos contemplando vuestra gloria, y para saludaros como Reina y Señora de los cielos y de la tierra, como Reina y Señora nuestra.

Con legítimo orgullo de hijos, queremos exaltar esta vuestra realeza y reconocerla como debida por la excelencia suma de todo vuestro ser, dulcísima y verdadera Madre de Aquel que es Rey por derecho propio, por herencia, por conquista.

Reinad, Madre y Señora, señalándonos el camino de la santidad, dirigiéndonos y asistiéndonos, a fin de que nunca nos apartemos de él.

Lo mismo que ejercéis en lo alto del cielo vuestra primacía sobre las milicias angélicas, que os aclaman por Soberana suya, sobre las legiones de los santos, que se deleitan con la contemplación de vuestra fúlgida belleza; así también reinad sobre todo el género humano, particularmente abriendo las sendas de la fe a cuantos todavía no conocen a vuestro Hijo divino.

Reinad sobre la Iglesia, que profesa y celebra vuestro suave dominio y acude a Vos como a refugio seguro en medio de las adversidades de nuestros tiempos. Mas reinad especialmente sobre aquella parte de la Iglesia que está perseguida y oprimida, dándola fortaleza para soportar las contrariedades, constancia para no ceder a injustas presiones, luz para no caer en las asechanzas del enemigo, firmeza para resistir a los ataques manifiestos, y, en todo momento, fidelidad inquebrantable a vuestro reino.

Reinad sobre las inteligencias, a fin de que busquen solamente la verdad; sobre las voluntades a fin de que persigan solamente el bien; sobre los corazones a fin de que amen únicamente lo que vos misma amáis.

Reinad sobre los individuos y sobre las familias, al igual que sobre las sociedades y naciones; sobre las asambleas de los poderosos, sobre los consejos de los sabios, lo mimo que sobre las sencillas aspiraciones de los humildes.

Reinad en las calles y en las plazas, en las ciudades y en las aldeas, en los valles y en las mon-

tañas, en el aire, en la tierra y en el mar, y acoged la piadosa oración de cuantos saben que vuestro reino es reino de misericordia, donde toda súplica encuentra acogida, todo dolor consuelo, alivio toda desgracia, toda enfermedad salud, y donde, como a una simple señal de vuestras suavísimas manos, de la muerte misma brota alegre la vida.

Obtenednos que quienes ahora os aclaman en todas las partes del mundo y os reconocen como Reina y Señora, puedan un día en el cielo gozar de la plenitud de vuestro reino en la visión de vuestro Hijo divino, el cual, con el Padre y el Espíritu Santo, vive y reina por los siglos de los siglos. Así sea [1].

---

[1] Oración de Pío XII al fin de su discurso el 1.º de noviembre de 1954, en la Basílica de San Pedro de Roma.



INDICE

Págs.

TIEMPO PASCUAL

Págs.

PROPIO DE LOS SANTOS

FLORILEGIO

SUPLEMENTO

PROPIO DEL TIEMPO

PROPIO DE LOS SANTOS

ACABOSE DE IMPRIMIR EL DIA 28
DE JUNIO DE 1956, VISPERA
DE LA CONMEMORACION DE
LOS SANTOS APOSTOLES
PEDRO Y PABLO

DEO GRATIAS